ATENEO

G
4431

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

TOMO SÉPTIMO

1909

ENERO-JUNIO

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Redacción y Administración:
27, CALLE DE SERRANO, 27
MADRID

EL GENERAL GÓMEZ DE ARTECHE

Con un alto instinto nacional, los escritores alemanes, marchando á su cabeza el ilustre general Pelet-Narbonne, de tan vasta capacidad científica y profesional, han procurado presentar á las novísimas generaciones las figuras más ilustres de la historia militar germana, singularmente á aquellas que han señalado su actividad con trazo vigoroso en la mentalidad y en el espíritu del Cuerpo de oficiales. Desde Roon y Moltke, el ministro de la Guerra y el caudillo de las victorias, á Leopoldo de Anhald Dessau, el que preparaba las Instituciones prusianas por los días del Rey Sargento, han ido saliendo los bocetos de los educadores de aquel admirable Ejército, del que solemos ver no más que las formas externas de su organización y de su táctica, sin cuidarnos gran cosa de la esencia de ellas.

Francia, sin clasificar ni presentar en agrupamiento sistemático la pléyade de insignes maestros de su Cuerpo de oficiales, cuida con celo patriótico de recordar toda la influencia ejercida en él, desde los historiógrafos que vivieron en los días gloriosos del *Roi Soleil* y presenciaron sus campañas, hasta el poderoso influjo que hoy tiene la escuela creada por Maillard, por Bonnal y por Langlois, sin olvidar un punto la gigantesca labor personal y doctrinal derramada en cien campañas y libros maravillosos por el Titán de la guerra moderna.

Italia, cuidando con afanes honrosos su potencia bélica, jamás deja de presentar á la juventud salida de sus grandes Escuelas militares de Turín, de Módena, de Pignerolo y de Nápoles, los nombres á quienes el Ejército nacional debe gratitud eterna por la fecunda labor técnica y profesional ejercida en provecho de la oficialidad, y á cuya cabeza van los hermanos Mezzacapo, Carlos Corssi, Nicola Marselli, Ricci...

El análisis de las tareas realizadas por los hombres que nos precedieron en el apostolado, en la enseñanza y en el estudio, nos da el conocimiento de la doctrina y de la mentalidad que sucesivamente han florecido en un Cuerpo de oficiales. Y un encadenamiento de esfuerzos y una investigación paciente y racional de lo que fueron los caudillos y los tratadistas de antaño, dan siempre el índice de lo que es, ó debe ser, la característica guerrera de un país y la modalidad del Cuerpo de oficiales de su Ejército.

Acaso por no haberse realizado con perseverante empeño y con método y conciencia rigurosa el estudio de lo que fueron los hombres más ilustres de nuestro Estado militar, así los caudillos como los maestros de la técnica y los

tratadistas del Arte, carecemos en España de una organización y una táctica adecuadas al temperamento nacional y al genio guerrero de nuestro pueblo.

Porque bien será afirmar que, borrada la condición solariega de nuestras gentes de armas al desaparecer del Trono la Casa de Austria, hemos rendido vasallaje casi constante á Francia, amén de las veleidades transitorias que el éxito ó el apego á las novedades han impuesto.

Un estudio de lo que fueron los educadores de nuestro Ejército, desde Gómez de Arteche á Gonzalo de Ayora, buscando en lo castizo y nacional sus trazos más salientes, ha de ser empresa difícil y benemérita, propia para más de una pluma sazonada y ganosa de investigación. El gran siglo militar de España es rico, riquísimo en tratadistas de nervio y de autoridad, que solían narrar con gusto de clásicos canos y chapados lo que realizaban como capitanes expertos y afortunados.

Mas, para tarea de tal calibre, se necesita también un vagar extraordinario, no muy posible en la vorágine que suele rodear á los escritores de vulgarización y de apostolado, entre los cuales, en jerarquía humilde, figura el escriborreador de estas cuartillas.

Trazaremos, pues, aquí la semblanza y la labor de algunos de nuestros más eminentes tratadistas, cuya producción nos es conocida, haciendo resaltar su eficacia en orden á la moral y á la mentalidad del Cuerpo de oficiales. Ellos han sido los formadores de la generación que manda en el Ejército actual, modelando su oficialidad, inyectando en sus venas sentimientos, ideas, aspiraciones...

Y justo parece, por su autoridad sancionada y por la propia transcendencia de su labor, que comencemos por el general D. José Gómez de Arteche y Moro de Elexabeitia, preclaro autor de la *Historia de la Guerra de la Independencia* y de la *Geografía Militar de España y Portugal,* obras, entre otras varias, imperecederas, que han influído en grado más superior que muchas de su época á la formación del cerebro y del alma de una masa considerable de oficiales.

***

Arteche fué para toda la generación que estudiamos en Toledo, y que ya vivimos en sazonadísima madurez, más que un maestro, un ideal.

Representaba él en nuestra fantasía, exaltada por el amor á las glorias patrias y el culto á la carrera, el verbo del grandioso esfuerzo de la Ilíada contra Napoleón, á la vez que el guiador de nuestros ensanches espirituales y materiales por Africa y por América, y el formador del gusto literario de todos nosotros, por su cultura eminentemente clásica, así en sus labores históricas como en las profesionales, que tan abundantemente nos legó.

Su larga y provechosa existencia le presentaba ya á nuestros ojos, allá por los años del 82 al 84 del pasado siglo, como al tipo del veterano encanecido por merecimientos militares y por empresas profesionales. El perfume de sus virtudes, arrastrado por la misma modestia de su vida, llegaba al

Alcázar toledano para embellecer más su figura ante nuestras imaginaciones, ávidas de amar y de aprender entre los generalísimos del espíritu y del patriotismo, proclamados por las vehemencias de futuros oficiales españoles.

Las mismas dificultades de su precioso texto de *Geografía Militar* elevaban su nombre entre todos, porque instintivamente apreciábamos su tarea técnica y científica, realzada gallardamente por una serie de estudios de



Retrato al óleo del general D. José Gómez de Arteche y Moro de Elexabeitia, pintado por don Luis de Madrazo el año de 1867, cuando empezó el general á escribir la *Historia de la Guerra de la Independencia*.—Espada y faja que le pertenecieron.

aplicación militar que constituyen su rasgo más saliente. ¡Como que ellos trazan un método que después han seguido *todos* los tratadistas de Europa!

No rodaba el nombre del historiador y del geógrafo por las gacetillas ni lo mentaban entre las cábalas; los papeles públicos apenas si nos decían de la vida provechosa y fructífera constantemente del gran apóstol del españolismo militar más característico.

Pero ya entonces se iniciaba en las cimas de la juventud escolar de la Milicia cierta prevención hacia el elogio sistemático é inflado de las medianías galoneadas ó con entorchados, naciendo al tiempo mismo la devoción á favor de los hombres que hacían labor honda, sesuda y altruísta.

Y por eso, mientras se daba de mano á la lectura gacetillesca que ensal-

zaba ó deprimía figurones y figuras, se cogía con religioso interés las *Nieblas de la Historia Patria* para devorarlas y hacerlas correr de grupo en grupo... ¡Cuántas veces, en derredor de la papelera, en el rincón del vasto dormitorio del frente occidental se agrupaban junto á mí los compañeros para oir la lectura de la batalla de Bailén y sus hermosos comentarios, aparecidos en el tomo II de la *Historia!* ¡Cuántas veces también nos solazábamos recitando algún párrafo de la *Geografía,* bien de aquellos que bellamente describen una cuenca ó el curso de un río, ya de los que enseñan el valor militar de un accidente topográfico mediante un ejemplo histórico hábilmente elegido!

Gómez de Arteche y Almirante son los maestros que más honda huella han dejado en nuestra alma.

Porque además de la savia de sus escritos y de la gentileza de su exposición, entre los atractivos que su estudio tenía, iba envuelto un sentimiento de gratitud y de amor que brotaba de los corazones de todos los que nos considerábamos correligionarios de su apostolado nacional y profesional. ¡Cuán suaves y estimuladoras las emociones recibidas!

***

Iniciado en la actividad mental del autor preclaro, fué creciendo el respeto con la vida y con la madurez del juicio, arraigando después en lo más hondo de mi ser.

A distancia, con diversas perspectivas ante los ojos, pude con el tiempo ver más perfectamente delineada la vida y la producción del maestro.

Jugosa y varia, eminentemente nacional y castiza, destácase entre todas las de su época, saturada también por un ambiente de sereno optimismo, del gusto siempre de la juventud. Cuanto más que en Arteche se daba concentrada algo así como la lealtad legendaria al deber y al Trono, pudiendo decirse de él que llevaba en sus venas esencia de la rancia y olvidada hidalguía.

Ciertamente, si varios esfuerzos de calibre semejante al de Gómez de Arteche hubiesen colaborado conjunta y concertadamente en la historiografía nacional, la resultante sería bien perceptible.

Uno de los fenómenos más dignos de admiración y de envidia en la formación de la unidad y del vigor de Germania bajo el cetro de los Hohenzollern, es el de la influencia decisiva que allí ejercieron, con la palabra en la cátedra, con la pluma en la revista y en el libro, sus historiadores más preclaros. ¡Gloria á Niebuhr, á Dahlmann, á Ranke, á Droysen, á Sybel, á Mommsen, á Treitschke!...

Los precursores, suavemente, someramente, los maestros con procedimientos más científicos, todos con un verdadero culto á la ciencia y á la Patria, laboraron por la Alemania presente y futura, valiéndose de la savia histórica, de los ejemplos y de las lecciones de la Historia.

Nuestro Gómez de Arteche es, en su actividad histórica y profesional, un émulo de Niebuhr... Como él, amó ciegamente á su Patria, y para estudiar y

Lejos de su patria es donde los Españoles la recuerdan con amor más acendrado, enaltecen sus glorias con mayor entusiasmo y lloran sus desventuras, acudiendo presurosos en su alivio, los imbeles con su fortuna y los fuertes con la espada en la mano ó el fusil para vengarlas.

Como el grito del Dos de Mayo disperto á nuestros padres del torpe letargo en que yacían y, resonando en ambos hemisferios iracundo y pidiendo venganza, levanto los ánimos hasta hundir en las soledades del Océano la ambición y el orgullo del protervo que intentaba sometedlos á su tiránico albedrío, así hoy repercute su eco, y que difunde por todas partes el acento de España llamando á sus hijos á la cruenta pelea que la ingratitud más negra ha provocado en las hermosas Antillas, girón de una bandera rota por la desgracia es verdad pero nunca manchada por la cobardía ni la traición

Al llegar ese grito á las márgenes del Plata, habeis sentido hervir en vuestras venas la sangre española que las mueve, y deseyes de volar muchos blandiendo las armas, si apresuran los demas á vuestra patria el don hoy tan apreciado para que vuelva á lucir la gloriosísima enseña con que sus naves cruzaron todos los mares del mundo.

Loor eterno á quienes tal muestra dan de su abnegacion y patriotismo

El General José Gómez de Arteche

S. Sebn. 18 de Agosto de 1895.

Autógrafo interesante.

escribir historia tuvo, ante todo, lealtad y honradez: huyó siempre de los peligros de la vanidad y de la fantasía, y cuando cogía la pluma, como el historiador alemán, «consideraba que su acción debía marchar siempre con el deber, bajo la mirada de Dios».

Por todo ello, de día en día iba aumentando la veneración hacia el maestro, y con el aguijoneo, además, que producía la lectura de cuanto brotaba de su pluma, pude un día llegar hasta él, cuando, recluído en su fecundo retiro, vivía rodeado de la placidez que da una existencia pública y privada ejemplarísima.

Por vez primera estreché su mano en el mismo taller de sus obras; ¡halléle como en su puesto de honor, rodeado de las armas que había utilizado en sus campañas de todo linaje! Alto y de severo continente, recordaba con su hablar afectuoso y lleno de autoridad, con su aplomo en la reflexión y su viveza en el comentario de los hechos que motivaban la entrevista, á cualquiera de los soldados-tratadistas del Renacimiento y de nuestro gran siglo militar. ¡Al menos, la fantasía los cree así: con fortaleza de alma y de cuerpo, nobles de sangre y de intención, modestos y activos al par, criados de la cortesía, preceptores de la mocedad, esclavos de un deber, amadores de su Rey y de su Dios!...

Desde entonces creció el culto que por él se iniciara en mi corazón veinte años atrás.

Y en los cuatro ó cinco que alcancé el honor de tratarle y de merecer su amistad y de recibir su consejo, completé, redondeé, con la admiración íntima nacida, formada en la diaria y personal observación de un hogar que es como templo de todas las virtudes de nuestra casta, el concepto del gran español, del tratadista insigne, del soldado sin mancilla, del educador, en fin, que ponía su amor y su celo para guiarnos por los derroteros que, en su sentir, debía tomar la crítica profesional y la verdadera ciencia histórica.

***

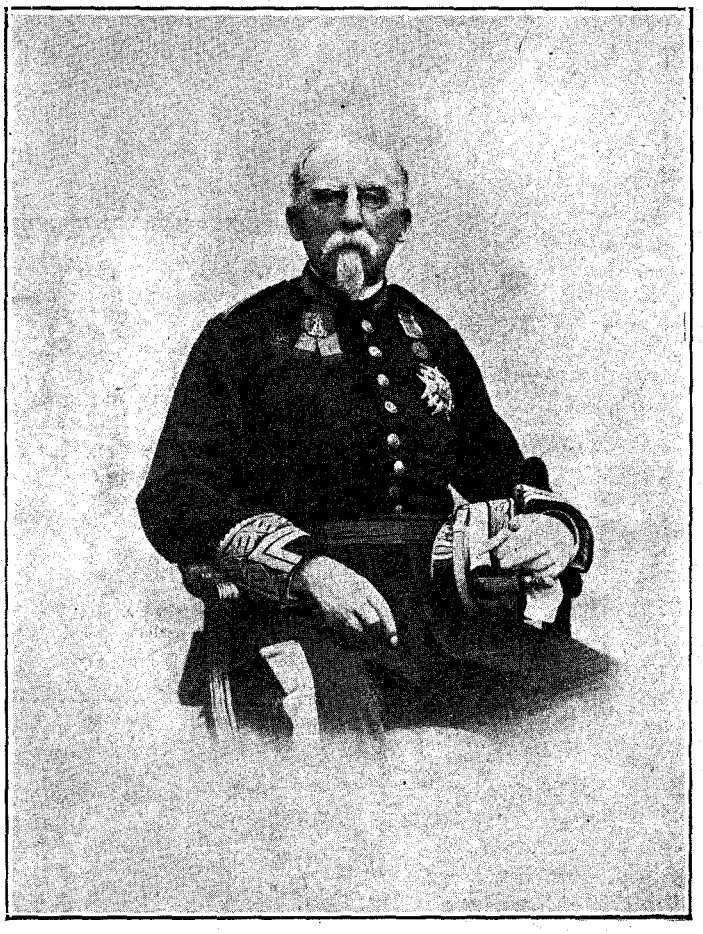
Nació D. José Gómez de Arteche en Carabanchel, el día 12 de marzo de 1821, siendo su padre un jefe de Infantería que había hecho sus armas primeras contra los soldados de Napoleón en España.

Mancebo apenas, vió prácticamente los horrores del sectarismo político y del tráfago sangriento de la primera guerra civil, porque, siendo su padre liberal y jefe de la Infantería cristina, tuvo que seguirle en más de una persecución en las correrías por Navarra.

Luego de una esmerada preparación y de una educación reciamente cimentada, Arteche fué cadete en enero de 1836, en el Real Colegio de Artillería de Segovia.

Frecuentemente, en su despacho de la calle de Lope de Vega se reunían con él algunos veteranos octogenarios, como el benemérito brigadier D. Antonio Andía y el general Muñoz Salazar. Entre los tres reunían *dos siglos y me-*

dio de edad, y como Naturaleza les dotara de salud y de privilegiada memoria, daban pelos y señales de sucesos acaecidos en los reinados de Carlos III y de Carlos IV, en los que habían figurado deudos de ellos y de cuyos labios habían oído lo que referían. ¡Así es la vida, y tal enlace tienen los testimonios históricos! Por la amistad con aquellos tres soldados más que octogenarios



Último retrato.

puedo yo decir que he oído casos y hechos de los dos citados reinados, singularmente militares, referidos por testigos casi presenciales, habida cuenta de que ellos reflejaban honradamente lo que escucharon en sus hogares.

Gómez de Arteche alcanzó la charretera de subteniente en 1840; fué teniente el 43; salió á capitán de Estado Mayor el 47; comandante el 51; teniente coronel el 54; coronel el 56, y brigadier en 1868.

Huelgan todos sus dilatados servicios en paz y en guerra, dentro y fuera

de España, porque no es al general ilustre, sino al maestro en *re militare,* al que consagramos estos renglones.

Por sus cualidades distinguidas, así como por su seso y su honradez, Arteche granjeó consideración, afectos y respeto en la flor de la sociedad militar de su tiempo, en las esferas del Gobierno y en el mundo intelectual.

Los Concha, el mismo D. Leopoldo O'Donnell, San Román, Rivero, Narváez, D. Fernando Fernández de Córdova, Cánovas del Castillo, Rosell, los Silvela, profesaron á Gómez de Arteche amistad sin límites unos, cariño la mayoría, respeto todos. Y como apreciaban sus dotes de inteligencia y de carácter, lo emplearon en las más variadas funciones que pueden encomendarse á un buen militar.

***

Fiel á la dinastía de Borbón, al triunfar el movimiento de Alcolea Arteche solicitó su retiro para San Sebastián. Durante su permanencia en la bella ciudad del Cantábrico fué elegido académico en la de la Historia. Al hacerse la Restauración volvió al Ejército con el mismo empleo que tenía el 68.

El malogrado Rey D. Alfonso XII, así como sus augustas hermanas, profesaron al glorioso historiógrafo afecto tan respetuoso como sincero. Pruébanlo una serie de hechos interesantes, de los cuales algunos hemos de recordar aquí, porque fijan bien el carácter del hombre.

En su ausencia de España D. Alfonso XII había leído los tomos publicados de la *Guerra de la Independencia,* así como la *Geografía Militar.* De aquí el que, en el primer retrato que le dedicara, escribiese:

«Al general Gómez de Arteche, recuerdo del que antes de conocerle y de nombrarle su ayudante, fué lector asiduo y admirador de sus obras.—ALFONSO.»

Y á propósito de la ayudantía.

Al desembarcar el Rey en Barcelona, constituído el Gobierno conservador, un ministro llamó á Gómez de Arteche para decirle que iba á ser nombrado ayudante de S. M.

—¿Lo sabe el Rey?—preguntó el historiador.

—¡No! ¡Ni hace falta tampoco!—replicó el ministro.

—Pues yo no sirvo á ningún amo que no solicite mis servicios—añadió el tratadista.

—¡Pero Arteche!... Considere usted que el Gobierno debe elegir las personas que han de rodear al Soberano... Las condiciones de usted son las más adecuadas para el cargo, y Cánovas tiene en ello marcado interés...

—Todo eso está muy bien—volvió á decir Arteche—; pero yo no voy á una casa cuyo dueño no es quien indica deseos de tratarme...

Y no fué, en efecto, ayudante del Rey hasta que éste, semanas después, dió orden al propio Cánovas del Castillo para que el ministro de la Guerra extendiera el correspondiente decreto.

Ni sus probados servicios al país y á la dinastía, ni sus virtudes ejemplares, ni sus altas dotes de inteligencia, ni sus obras, de capital influencia en la mentalidad del Ejército, le sirvieron para ascender al empleo de teniente general. Como mariscal de campo, que lo era desde 1877, pasó á la reserva en 1889.

La ingratitud oficial fué antes, y lo ha sido después, compensada sobremanera con la distinción que más puede halagar á un espíritu bien cendrado: con el amor y el respeto de todos cuantos pudieron apreciar sus cualidades, y singularmente de las generaciones que nutrieron la medula de su profesión militar con la doctrina del maestro. Y mientras docenas de nombres que le superaron en la jerarquía sólo han existido para la nómina y el escalafón, el suyo perdurará honrado y venerado mientras existan soldados españoles que amen el temple y la acometividad de la raza, tan puntual y brillantemente descritos y comentados por Gómez de Arteche.

Fué su divisa de educador «enseñar deleitando». La preparación literaria que tenía y el trato continuo con nuestros clásicos más chapados facilitaron en verdad su tarea.

Y la facilitaron, á despecho de rutinas y de malevolencias. Porque siendo como es la *Geografía* una verdadera joya en su género, ciertas Academias de las llamadas facultativas la desdeñaron en su tiempo... Verdad es que, como me decía el ilustre general López Domínguez, cuando él estudió en Segovia, la *Geografía Militar* era mirada con desprecio por el Profesorado. De aquí el que la enseñase, burla burlando..., *el padre capellán del Colegio*.

Ha sido por demás larga la época en que para la enseñanza del alumno militar se desatendían el arte y la belleza de la exposición, cuando no se vapuleaba la Pedagogía... Y en el apogeo de esas ideas fué cuando Arteche, Almirante y Villamartín lanzaron á la luz las páginas hermosamente escritas de sus libros magistrales.

Sano siempre de cuerpo, y más sano y recio de voluntad y de inteligencia, D. José Gómez de Arteche fué paladín de su Patria hasta cuatro ó cinco días antes de desaparecer de entre los vivos, el 28 de enero de 1906.

Difícilmente se dará otra vida tan ejemplar y tan provechosa.

Su obra magna, á la que consagró medio siglo de su existencia, fué su preocupación mayor.

Una tarde de septiembre de 1902, cuando arreglaba las cuartillas del epílogo de tan noble empresa, me decía con la sinceridad con que él expresaba sus sentimientos:

—He llegado á dar cima á la obra que comencé antes de 1860... ¡Ya puedo morir!...

Todavía vivió algunos años el venerable anciano para derramar la luz de su entendimiento y la bondad inagotable de su espíritu entre los amadores de la literatura militar. Porque hasta los días últimos de su existencia leyó, comentó y escribió sobre cosas de la historia patria y de la Milicia. En los *Boletines* de la Academia están informes y notas que pregonan el raro vigor de sus facultades, habiendo ya remontado los ochenta años.

Hasta su hora postrera preocupáronle los problemas nacionales y militares, y tuvo siempre en su alma los alientos característicos de la raza: ¡ni una sola vez dudó del porvenir de España!

En el ocaso como en los albores de su vida, hizo él labor generosa, eficaz, altruísta: pensó en la necesidad de reformar lenta, sosegada y hondamente el corazón y el cerebro de las nuevas generaciones, retemplando el espíritu de todos y modelando formas orgánicas y tácticas del Ejército en la gloriosa tradición española.

Esa es la resultante más enjundiosa de su labor personal y de apostolado; eso significa su rica producción histórico-militar.

¡Con razón, pues, debemos reconocerle como á uno de nuestros educadores más eminentes!

José Ibáñez Marín.

De la copiosa labor del general Gómez de Arteche señalaremos no más sus estudios más salientes:

Alza calibradora, aprobada y recomendada por la Junta Superior Facultativa del Cuerpo de Artillería. Artículo del autor inserto en el *Memorial* del Arma, 1847.

Agenda militar. Madrid (Mellado), 1855. Un volumen de 312 páginas en 8.° menor.

Geografía históricomilitar de España y Portugal. Madrid (Mellado), 1859. Dos volúmenes de 490 y 692 páginas en 8.°—Segunda edición. Madrid, 1867.

Descripción y mapas de Marruecos, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupación militar de una parte de este Imperio. Madrid (Mellado), 1859. Un volumen de 145 páginas en 8.° Está escrito en colaboración con D. Francisco Coello, autor del *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar.*

Consideraciones sobre el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército. Artículo en *La Asamblea del Ejército,* tomo IV, 1858; páginas 266, 409 y 489.

Espíritu militar. Artículo ibídem, 1859. Tomo V, páginas 138-157.

Sobre ferrocarriles que crucen el Pirineo. Artículo ibídem, 1861. Tomo I, página 266.

Habiendo producido este artículo varias contestaciones, el autor replica á la del periódico *El Contemporáneo* en el tomo II, 1862, página 319, y á la del brigadier Ramírez Arcas, página 474.

Batalla de los Arapiles en 22 de julio de 1812. Artículos ibídem, segunda época, 1862. Tomo II, página 168; tomo III, página 284, y tomo IV, página 352.

Guerra del Rosellón y Cataluña de 1793 á 1795, por el capitán portugués Claudio de Chaby. Artículo crítico ibídem, 1865. Tomo IX, página 254.

También hay en *La Asamblea* otros varios trabajos anónimos, y, además, artículos necrológicos y de Dos de Mayo en otros periódicos: *La Epoca, El Tiempo* y *El Correo Militar.*

Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 á 1814. Con un prólogo escrito por el excelentísimo señor teniente general D. Eduardo Fernández de San Román. Madrid; catorce tomos.

Historia de Carlos IV. Tres tomos; Madrid.

Discurso de recepción en la Academia de la Historia, sobre la expedición de los españoles á Dinamarca, á las órdenes del insigne marqués de la Romana. Madrid (Rivadeneyra), 1872. Un folleto de 59 páginas en 4.° mayor.

Contestación al discurso de D. Francisco Coello y Quesada, sobre las vías romanas de la Península, leído el día 27 de diciembre de 1874, con motivo de su recepción en la Academia de la Historia. Madrid (Fortanet). Un folleto de 21 páginas en 4.° mayor.

Un soldado español de veinte siglos. Madrid (Labajos), 1875. Un volumen de 499 páginas en 4.°

Nieblas de la Historia Patria. (El tamborcillo de San Pedor.—Una intentona ignorada contra Gibraltar.—La misión del marqués de Iranda en 1795.—El alcalde de Montellano.—Las zaragozanas en 1808.) Madrid (Víctor Sáez), 1876. Un volumen en 4 ° menor de 175 páginas.—*Segunda serie.* (El marqués de Torrecusa.—Un proyecto estupendo.—El alcalde de Olivar.) Idem íd. íd.

Elogio de Don Mariano Alvarez de Castro. Madrid, 1880.

El por qué en España son tan largas las guerras civiles. Barcelona, 1885.

Juan Martin el Empecinado.

Biografías de los generales San Román, Cotoner y Echagüe, en folletos separados.

Dos de Mayo de 1808.

Centenario de los Sitios de Zaragoza

Entremeses del siglo XVII, atribuídos al Maestro Tirso de Molina

EPÍSTOLA PREFATORIA

á su merced del Sr. de Samos, Licenciado en ambos Derechos y Doctor en todo género de Poesía.

«Chica es la calandria, e chico el rruyseñor;
pero mas dulçe canta que otra ave mayor.»
(JUAN RUIZ: *Libro de Buen Amor;* ed. Ducamin; e. 1614.)

Pidióme v. m., Sr. de Samos, que inaugurase la colección «Oro viejo», que ha de publicarse en la revista ATENEO, con alguno de los cuadernillos que yacen, polvorientos y traspapelados, en los rincones de mi librería. Y, vive Apolo, que si de perlas me pareció la idea de dar al público, en breve forma, los minúsculos diamantes que adornan y rodean á las grandes joyas de la literatura nacional, no dejó de asaltarme el recelo de echar á perder la montura con mis torpes manos. Porque ha de saber v. m., señor mío de mi alma, que yo no soy ni tengo obligación de ser ahora sino un *tólogo,* como mi paisano Sancho decía, y que va para un lustro que mi lengua ha sido chitona en eso de revelar secretijos de bibliotecas y escenas de zahurdas literarias. Con todo, confiésole á v. m. que más de una vez se me ha antojado tornar á las andadas, repitiendo aquellos conocidos versos:

«Si gozques todos me ladran,
yo quiero ladrar á todos,
pues que me tienen por perro;
mas yo los tengo por porros.
Piensan que no los entiendo;
yo pienso de ellos lo proprio;
míranme, y hácenme gestos;
mírolos, y hágolos cocos.
Todos somos locos,
los unos y los otros.»

Pero más loco soy yo en abandonar mis *tologías* y mezclarme en bululúes, ñaques, gangarillas y cambaleos, cuando en 1583 el Muy Reverendo Padre Diego Pérez de Valdivia, en su *Plática ó lección de las máscaras,* dijo que á éstas «un *vil hombre*, representador de farsas, llamado Esquilo, las inventó para representar cosas sucias y deshonestas y de viles personas, *instigado del diablo* como principal autor»; y cuando otro padre también, aunque no tan reverendo como el anterior, D. Emilio Cotarelo, asegura que la moral cristiana «tiene muy bien señalados» los casos en que el pecado se comete, «y en este concepto no puede negarse que *todos los teatros antiguos y modernos son inmorales*».

¡Válame Dios y cuánta pro me haría en este trance el cuerno de los menesteres! ¿Tié-

nele vuesamerced por ventura? Pues tráigale acá y no le pese, que tengo de arremeter con él á estos disciplinantes, á quienes las Musas expulsarían del Helicón á golpes de matapecados. ¿Qué saben ellos de Esquilo, ni de Cristo, ni del Diablo? ¡Habría que verles criticando el *Fausto* de Goethe ó la Tetralogía de Wagner, y diciendo del primero que es *impío*, y de la segunda, que incita *ad libidinem!* ¡Y habría que oir desde el otro mundo á San Pablo, reprendiendo á estos escrutadores de conciencias y diciéndoles severamente: «¿Tú, quién eres, que juzgas el siervo ajeno?... ¿Tú, por qué juzgas á tu hermano?» (1). El teatro es imagen de la vida, y al hombre le interesa por la misma natural curiosidad que le impulsa á enterarse de las acciones de sus semejantes; y así como en la vida hay escenas alegres y escenas tristes, acciones buenas y acciones malas, así las ha de haber en el teatro, sin que valga decir que lo malo, y lo triste, y lo doloroso es aborrecible y sucio, porque, como decía el susodicho santo, «de suyo nada hay inmundo; mas á aquel que piensa alguna cosa ser inmunda, *para él es inmunda*» (2). Por lo demás, en el teatro, como en toda obra de arte, tiene mucha intervención el gusto individual, y aquí sí que no caben discusiones. Concibo que haya personas á quienes no les agrade, por ejemplo, el originalísimo *Théatre d'épouvante* de André de Lorde, y que encuentren irresistible *Une leçon à la Salpétrière;* pero ¿proscribir todo esto en nombre de un principio?...

Tout beau, monsieur, tout beau, ne courez point si vite!

Lo que sí debe proscribirse del teatro es lo artificioso, lo exageradamente convencional, lo retórico, y en todo esto abundan, por desgracia, nuestros dramáticos del siglo XVII, hasta el punto de que no vacilo en adherirme á aquellas palabras que en 1827 escribía D. Leandro Fernández de Moratín (que era hombre que sabía á qué atenerse sobre el asunto) á M. Auguste Bobée: «Le diré también que en el número de las comedias de Lope, Calderón y los imitadores de entrambos no hay que buscar nada perfecto; que las que se pueden elegir, todas serán defectuosas, y todas tendrán prendas estimables que las recomienden, en medio del desorden y abandono con que están escritas; pero si usted exige que le indique *una buena comedia* de aquella edad, no podré citársela, porque no la conozco.»

La gloria de la literatura española, en teatro, como en novela, como en poesía épica, como en arte, estriba en haber acertado maravillosamente en ciertos casos á reproducir de un modo estético las condiciones de la vida real, en lo que se conoce con el nombre de *literatura picaresca*. En esto sí que somos grandes, excelsos y envidiables, y por esto seremos imperecederos. Por tal razón también interesan y encantan algunas de las piezas cortas llamadas *entremeses,* cinco de las cuales componen el primer doblón de «Oro viejo».

***

El teatro, en España, como en Roma, en Grecia, en la India y en muchos otros países, nació de las fiestas religiosas (aunque después fuesen eclesiásticos, á mediados del siglo XVII, los que procuraron matarlo). La ley de la evolución se cumplió en él como en los demás órdenes de la actividad humana, y fué primero una masa homogénea é indistinta lo que después se diferenció y separó en diversas categorías. El *Auto de los Reyes Magos* (¿siglo XII?), y en nuestros propios días el *Misterio* de Elche, lo prueban

(1) *Ad Rom.*, XIV, 4 y 10.
(2) Idem id., v. 14.

suficientemente. La primera diferenciación literaria entre lo sagrado y lo *profano* parece operarse en los tiempos de Gómez Manrique (1412?-1491), el cual, á la vez que escribe su *Representación del Nacimiento de Nuestro Señor*, redacta una comedia profana para el cumpleaños de Alfonso, hermano de Enrique IV, obra en la que la Infanta Isabel representó una de las Musas.

El término *entremés* (derivado de la influencia francesa) designó indistintamente en el siglo XV danzas y torneos acompañados de coros líricos (1). A estos orígenes del entremés obedece la costumbre, general en el período clásico de este género dramático, ó sea, en el siglo XVII, de que se terminasen con alguno de los bailes entonces de moda:

«Vuesarcedes, señores, con Dios se queden,
que *bailando se acaban los entremeses*»,

dice Águeda al final de *Los apellidos en dote*, de Belmonte. Y así fué como el *zambapalo* ó *zampapalo*, la *zarabanda*, el *canario*, la *chacona*, el *villano*, las *gambetas* y otras semejantes danzas, se divulgaron y aplaudieron en tierra española durante el susodicho siglo, siendo entonces lo general que el metro con que el entremés terminaba fuese el de seguidilla, y allí era «el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos y, finalmente, el azogue de todos los sentidos».

Yo, Sr. de Samos, soy de los que creen que el Renacimiento, aunque lo fué de toda la antigüedad clásica, *sagrada y profana*, trajo consigo la renovación de ambas sociedades, y, por consiguiente, tuvo harto más de *heterodoxo* que de *ortodoxo*. Y, por lo que á España toca, creo que influyó poderosamente en el nacimiento de la comedia profana, al estilo de Plauto y de Terencio, á quienes tendió á imitar Bartolomé de Torres Naharro, cuya *Propaladia*, como es sabido, fué prohibida por la Inquisición. De las seis piezas dramáticas (exceptuando el *Diálogo para cantar)* que se conocen de Lucas Fernández, sólo tres son estrictamente profanas: una *comedia* y dos *farsas* ó *cuasi-comedias* (que así las llama él), y las tres acaban con *villancicos*, que cantan y bailan los personajes:

«Zapatetas arrojemos
repicadas por el cielo.
Mill altibajos peguemos
por acaronas del suelo.
Reholguémonos sin duelo»;

ni más ni menos que en los *entremeses* del XVII.

La mayoría de las *Églogas* de Juan del Encina (1469?-1534) son también de carácter sagrado. En cuanto á las profanas, que acaban asimismo con villancicos, como las farsas de Lucas Fernández, digno es de notar que la que Juan de Valdés estimaba como mejor, ó sea, la de *Plácida y Vitoriano*, fué, igualmente que la *Propaladia* de Naharro, prohibida por la Inquisición; y que, según ha advertido Cañete, el *Aucto del Repelón*, «reducido á pintar la burla que varios estudiantes hicieron á dos pastores, muestra carácter idéntico al de los *pasos* ó *entremeses* que con tanta sal compusieron á mediados del siglo XVI y principios del XVII el batihoja sevillano y el donoso Quiñones de Benavente».

Ha observado el Sr. Menéndez y Pelayo (y la observación es aguda y magistral, como todas las suyas) que durante la primera mitad del siglo XVI coexistieron dos escuelas dramáticas: una, la más fecunda, derivada de Juan del Encina, y representa-

(1) J. Fitzmaurice-Kelly: *Historia de la literatura española;* trad. del inglés por A. Bonilla; pág. 173.

da por innumerables autores de *églogas, farsas, representaciones* y *autos,* de asuntos sacros ó pastoriles; otra, la que más se aproxima á la forma definitiva que entre nosotros logró el drama profano, nace del estudio combinado de la *Celestina* y de las comedias de Torres Naharro, sin olvidar el influjo secundario del teatro latino y de las comedias italianas.

Al dominar, en la segunda mitad del siglo XVI, la imitación de la comedia italiana, con Lope de Rueda, Timoneda, Alonso de la Vega y otros, el *entremés* adquiere ya su perfecta y definitiva forma. No se conocía, sin embargo, entonces con ese nombre, sino con el de *paso,* que es el que se le da en *El Deleitoso* (1567) y en el *Registro de Representantes* (1570), recopilados por Juan de Timoneda. El subtítulo de la primera de dichas colecciones declara bien la función del *entremés;* dice así: «Compendio llamado el Deleytoso, en el qval se contienen muchos passos graciosos del excellente Poeta y gracioso representante Lope de Rueda, para poner *en principios y entremedias* de Colloquios y Comedias.»

Lope de Rueda emplea el vocablo *entremés;* pero solamente en el sentido de intermedio, paréntesis, durante el cual queda en suspenso é interrumpida la acción dramática principal, mientras se desarrolla un incidente secundario. En el *Auto de los desposorios de Moisén* (si es que este *Auto* pertenece á Lope de Rueda, como cree M. Rouanet), después de un breve monólogo del protagonista, figura la siguiente acotación: «Aquí ha de haber un *entremés,* y salen Getrón y sus dos hijas» (1). Pero los verdaderos *entremeses,* en el sentido clásico del vocablo, son los *pasos* (2), y en este género Lope de Rueda es un maestro insuperable, sin otro rival que Cervantes, quien, sin duda alguna, aprendió mucho en él. Por la soltura y naturalidad del diálogo, por la buena ley de los chistes, por la gracia encantadora de las situaciones, y hasta por la profunda intención que algunos revelan, son los *pasos* de Lope de Rueda perdurables, aunque diminutas, joyas literarias; y desde luego revelan mucha más originalidad que las comedias del mismo autor, si bien en todas ellas campea el castizo lenguaje que hace del batihoja sevillano el precursor más inmediato y señalado del autor del *Rinconete.* A Rueda alude Agustín de Rojas en su *Loa de la comedia,* inserta en el *Viaje entretenido,* en los siguientes términos:

«Y porque yo no pretendo
tratar de gente extranjera,
sí de nuestros españoles,
digo que Lope de Rueda,
gracioso representante
y en su tiempo gran poeta,
empezó á poner la farsa
en buen uso y orden buena,
Porque la repartió en actos,
haciendo *introito* en ella,

(1) *Obras de Lope de Rueda.* Edición de la Real Academia Española; Madrid, 1908; tomo II, pág. 393.

(2) Que, en opinión de Timoneda, el editor de Rueda, *pasos* y *entremeses* venían á ser una misma cosa, se demuestra por el hecho de que, no conteniendo *El Deleitoso* sino siete *pasos* así titulados, diga el colector en el soneto que sirve de prólogo:

«Con ánimos sinceros y quietos,
venid alegremente al Deleitoso;
hallarlo heis repleto y caudaloso
de pasos y entremeses muy facetos.
El padre destos es el excelente
poeta y orador, representante
en todo universal, Lope de Rueda.»

que ahora llamamos *loa*,
y declaraban lo que eran
las marañas, los amores,
y, entre los pasos de veras,
mezclados otros de risa,
que, *porque iban entre medias*
de la farsa, los llamaron
ENTREMESES *de comedia;*
y todo aquesto iba en prosa
más graciosa que discreta.
Tañían una guitarra,
y ésta nunca salía fuera,
sino adentro y en los blancos,
muy mal templada y sin cuerdas.
Bailaba á la postre el bobo,
y sacaba tanta lengua
todo el vulgacho, embobado
de ver cosa como aquélla» (1).

Cervantes continuó la tradición de Lope de Rueda, á quien él vió representar cuando niño, escribiendo lindísimos entremeses en prosa, ocho de los cuales (seis en prosa y dos en verso) publicó, juntamente con ocho comedias, en 1615 (2). Pero cuando el gran Lope de Vega renovó, con su fecundidad y lozanía prodigiosas, el teatro nacional, los *entremeses*, como los *bailes*, las *jácaras* y otras piezas menores, fueron escribiéndose casi exclusivamente en verso, y apenas hubo autor dramático que no los compusiera, habiéndolos de Lope de Vega, de Calderón (3), de Quevedo y de muchos más. El género siguió cultivándose durante todo el siglo XVIII, en el que lo enaltecieron, bajo el título de *sainete*, los nombres ilustres de D. Ramón de la Cruz y de Castillo, después de los cuales es preciso saltar hasta los contemporáneos de Javier de Burgos y de Ricardo de la Vega, para encontrar émulos dignos de los primeros. Mas el *sainete*, aunque obra de corta extensión, no es simplemente, como el entremés, un interludio; tiene más *personalidad* propia en el arte dramático, y aunque á veces se represente antes ó después de una comedia, no es meramente un elemento accidental de ella, como lo fué en el teatro del siglo XVII. El *sainete*, padre del *género chico* actual (como los *bailes* y las *jácaras* lo son del llamado *género ínfimo*), se ha vengado con creces en nuestros días del papel secundario que representó en pasados siglos, haciendo vivir poco menos que con vilipendio y de limosna á la vanidosa *comedia* y al estirado *drama*.

De todos los *entremesistas* del siglo XVII, el toledano Luis Quiñones de Benavente es, sin disputa, el más ilustre. En 1645 (fecha en que Quiñones se había *retirado* ya del teatro), al publicar D. Manuel Antonio de Vargas la *Ioco Seria: Burlas veras, o repre-*

---

(1) *El viaje entretenido de Agustín de Rojas*, etc. Edición Bonilla (en la *Colección de libros picarescos);* Madrid, 1901; pág. 143 del tomo I.

(2) Véase la edición: *Los entremeses de Miguel de Cervantes Saavedra;* Madrid, Gaspar y Roig, 1868; VIII + 208 páginas en 8.º

(3) Uno de los entremeses de Calderón, refundido con el título de *El Conjuro* por Adelardo López de Ayala, y puesto en música por Emilio Arrieta, se representó en el teatro de los Bufos Madrileños á últimos del año 1866. Tengo á la vista un ejemplar:

Repertorio de los Bufos Madrileños. El Conjuro, entremés de Don Pedro Calderón de la Barca, manoseado por A. L. de A. y puesto en música por E. A. Madrid, imprenta de José Rodríguez, Calvario, 18; 1866. (La aprobación del censor está firmada por Luis Fernández Guerra.) 22 páginas en 8.º

hension moral y festiua de los desordenes publicos, en doze entremeses representados y veinte y quatro cantados, de aquel famoso ingenio, decía pedantescamente que Quiñones «resucitó en España una especie de la poesía, de las cuatro en que Aristóteles la divide, olvidada ó jamás aprendida de los españoles, que es la ditirámbica imitación», añadiendo: «Después que este ingenio, ó atento á sus enfermedades, ó distraído de sus cuidados, ha retirado del teatro su pluma, no hay ninguno que, ó por la dificultad de competirle, ó por la imposibilidad de imitarle, se atreva á poner la mano en donaires desta calidad ni *sainetes* deste gusto, con que la mejor comedia tiene hoy el peligro de los desaires que padece entre jornada y jornada, cuando la menos ajustada se alentaba en otro tiempo, satisfecha de que el Licenciado Benavente, con lo festivo de su ingenio, le hacía gustoso lo lúgubre del discurso; con lo agudo en las sentencias, le paliaba lo desaliñado de las razones; con lo artificioso del contexto, le suplía el descamino de lo mal trazado: de modo que el autor que tenía una mala comedia, con ponerle dos entremeses deste ingenio, le daba muletas para que no cayese, y el que tenía una buena, le ponía alas para que se remontase; con que todas las comedias le debían, la buena, el ser mejor, la mala, el no parecerlo.»

Los *entremeses* de Quiñones de Benavente (algunos de los cuales, como *El Murmurador, La Maya, El Casamiento de la Calle Mayor con el Prado Viejo, Las Manos y Cuajares, El Abadejillo, El Doctor y el Enfermo, El Sacristán y Viejo ahorcados, Don Gaiferos y las busconas de Madrid, Los dos alcaldes encontrados,* y especialmente *Los ladrones* y *Moro Hueco y la parida* (1), son excelentes) retratan admirablemente la vida madrileña del siglo XVII, como retratan la del XVIII los de D. Ramón de la Cruz y Castillo, y la de la segunda mitad del XIX los de Javier de Burgos y Ricardo de la Vega. Los ceceos y bromas de las damas que con sus mesas, toallas y platos en los portales de las casas, asedian al incauto amigo que por la rua pasa, pidiéndole para la maya; los afanes de los esportilleros que por la calle gritan, con modulaciones estrambóticas:

«¡Llevad, comprad,
baratos y á millares,
manos y cuajares!»;

el mal humor de las castañeras; las mazas, los tiznes, huevos hueros, salvado y naranjazos con que se obsequia por Carnestolendas á los pacíficos transeuntes; la Puerta del Sol y sus coches; la Puerta Cerrada con sus herreros; la Espartería con sus esteras; los doctores que todo lo echan en mula y guantes, no recetando al enfermo sino sangrías, purgas y ventosas; las damas *campeadoras,* que salen de noche á pecorea, dispuestas á dejar en camisa á los incautos; las tapadas de medio ojo; los festejos de lacayos y fre-

(1) V. *Colección de piezas dramáticas, entremeses, loas y jácaras, escritas por el licenciado Luis Quiñones de Benavente y sacadas de varias publicaciones ó de manuscritos recientemente allegados,* por D. Cayetano Rosell. Madrid, A. Durán, 1872-1874. (Dos tomos de la colección: *Libros de Antaño.)*

Las colecciones de entremeses suelen ser extraordinariamente raras. El marqués de Jerez de los Caballeros publicó en Madrid, el año 1903, una reimpresión de la importantísima *Flor de entremeses y sainetes de diferentes autores* (1657), que carece de portada en el único ejemplar conocido. Lleva la reimpresión una *Advertencia* del Sr. Menéndez y Pelayo.

Don E. Cotarelo ha reimpreso también en 1908 (Madrid) las *Migaxas del ingenio y apacible entretenimiento* (Zaragoza, Diego Dormer), según el ejemplar, probablemente único, de la Biblioteca Nacional.

Para más datos bibliográficos, véanse: el *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español,* de don Cayetano Alberto de la Barrera (Madrid, 1860), y el *Catálogo de las piezas de teatro que se conservan en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional* (Madrid, 1899).

gonas; las disputas de los *mosqueteros* en la comedia; el *corito* andrajoso y despedazado, recién venido á la Corte; los venteros archiprometedores y escasos; las modas ridículas...: todo esto y muchísimo más sale á luz en los entremeses de Quiñones, que nos descubren la vida de su tiempo con más interioridades que las reveladas por el Diablo Cojuelo al estudiante Don Cleofás desde el capitel de la Torre de San Salvador.

Claro es que, dado su carácter, el entremés no podía ser obra transcendental, siendo más bien ocasión de

«mucha vista y poco seso»,

como del «entremés de auto» dice el mismo Quiñones en *Los sacristanes burlados*. Toda su filosofía va encerrada en aquel donoso final de *El Martinillo:*

«—Muchos son los poetas.
—Más habían de ser.
—Y el dinero va huyendo.
—Tenelle es tener.
—*Todo es sed de las cosas;*
decidme: ¿qué haré?
—*En lugar de pudrirse,*
vivir y beber.»

Como ejemplo típico de lo que eran esos cuadros de costumbres encajados en el marco del entremés, véase el siguiente fragmento de *El día de San Blas en Madrid,* entremés de D. Pedro Francisco Lanini, mediano aunque fecundo escritor de últimos del siglo XVII:

«MUJER 2.ª ¡Qué de bulla hay en la fiesta
y de coches estancados!
UNO. *(Dentro.)* ¡Tostones y cañamones!
OTRO. *(Ídem.)* ¡Limas dulces!
OTRO. *(Ídem.)* ¡Buenos cardos!
OTRO. *(Ídem.)* ¡Buen vino!
VALIENTE. Así tengas tú
los gustos.
GORRONA. Serán aguados.
UNO. *(Dentro.)* Á deseo consentido...
OTRO. *(Ídem.)* ¡Mientes, hijo de un borracho!
MUJER 1.ª ¿Quién es éste?
MUJER 2.ª Este es un ciego
á quien puso el desacato
un nombre muy indecente,
y echa versos extremados;
pero escuchemos, que viene
una relación cantando.
(Sale el Ciego cantando.)
CIEGO. ¿Quién me la lleva;
relación que ha salido
de la cometa
que se vió aqueste año
en Ingalaterra!
Escuchen la relación
de la cometa, que admira,

que amenaza á una nación;
ella es bizca, en conclusión,
pues á todas partes mira.
Admirable á todos es,
aunque alumbra celestial,
la cola y cabeza, pues
dicen que parece al
lagarto de San Ginés.

VALIENTE. Ciego, glosa aqueste pie.
CIEGO. Diga usté y vamos tocando.
VALIENTE. «El callejón de San Blas.»
CIEGO. Vele aquí, y muy bien glosado:
«Cuando se da á Barrabás
nuestro gaznate, y después
le sana el Santo, verás
que nuestra garganta es
el callejón de San Blas.»
TODOS. ¡Vítor!
MUJER 1.ª Va otro.
MUJER 2.ª Si éste glosas,
te daré estos cuatro cuartos:
.....
VOZ. *(Dentro.)* ¡Buen vino!
OTRA. *(Ídem.)* ¡Limones dulces!
OTRA. *(Ídem.)* ¡Buen vino!
OTRA. *(Ídem.)* ¡Lleven los cardos!»

¡Aun en poeta de tan escaso vuelo como Lanini, el entremés daba de sí cuadros de tanto colorido y animación cual el transcrito!

***

Quédese para mañana, señor mío, el que yo haga una relación más minuciosa de estas *opera minora* de nuestros ingenios. Por ahora me reduzco á copiar á continuación, con las debidas enmiendas y aclaraciones, cinco entremeses atribuídos al insigne Maestro Fray Gabriel Téllez (1571-1648), al celebrado *Tirso de Molina,* el más realista de nuestros dramaturgos del siglo de oro.

Digo que *se atribuyen* á Tirso, porque figuran al final de la rarísima *Segunda Parte de las Comedias* (1) de aquél, libro del cual poseo ejemplar, que pongo, como todos los de mi librería, á la disposición de vuesamerced; y, además, porque el bueno de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en su edición de Tirso, que ocupa el tomo V de la *Biblioteca de Autores Españoles,* no vacila (pág. XXXIX) en achacárselos al gran mercenario.

Pero sobre semejante atribución hay mucho que decir. Ante todo, adviértase que, de las *doce comedias* que van en el tomo, ya afirma el mismo Tirso que sólo son suyas *cuatro;* y como una de aquellas doce es precisamente *El condenado por desconfiado,* ahí

(1) Segvnda parte | de las | Comedias | del Maestro | Tirso de | Molina. | Recogidas por sv sobrino | *don Francisco Lucas de Auila.* | Dedicadas a la venerable | y piadosa Congregacion de los Mercaderes de | Libros desta Corte, en la Tutela del Glo- | rioso Doctor S. Geronimo. | 76. | En Madrid, | En la Imprenta del Reino, Año 1635. | *A costa de la Hermandad de los Mercaderes de Libros desta | Corte.* (4 hojas preliminares sin numerar + 300 numeradas de texto.) (En 4.º)

Los entremeses empiezan al folio 261 vuelto.

tiene vmd. un motivo más que suficiente para que los críticos se descalabacen discurriendo si *El condenado* debe incluirse ó no en el susodicho cuento de las cuatro.

Los entremeses son también en número de doce; pero de uno de ellos (del 11.º) consta por su mismo rótulo *(Los coches de Benavente)* que el autor fué Quiñones de Benavente (1). En cuanto á los demás, el 1.º *(La venta)* es de Quevedo (2); el 2.º, el 3.º, el 4.º y el 5.º (las cuatro partes de *Los Alcaldes)*, como igualmente el 8.º *(El Negro)* (3), son del citado Quiñones; y con respecto á los 6.º *(El estudiante)*, 7.º *(El gabacho)*, 9.º *(Las viudas)*, 10.º *(El duende)* y 12.º *(La mal contenta)*, ó sea, los cinco que van copiados luego, no me consta quién sea su autor (4), y, *sin quitar ni poner rey*, los dejo atribuídos á Tirso, mientras nuevas investigaciones no den otro resultado (5).

De su mérito sólo diré á vmd. que ninguno de ellos me parece malo, y que todos pueden competir con la generalidad de los de Benavente. Sirven, pues, como *muestras* del género, y en este concepto se los ofrezco á vmd., para que se solace en tanto que voy quitando el polvo á otros papelotes.

B. L. M. de vmd.
El Bachiller Mantuano.

I

EL ESTVDIANTE (6)

ENTREMES FAMOSO

(REPRESENTOLE EL VALENCIANO)

Hablan en el las personas siguientes:

PEROTE.	VN ALGUAZIL.
LUCRECIA.	VN ESCRIUANO.
CARRIÇO.	VN CRIADO.

LOS MUSICOS.

ESCENA PRIMERA

Salen PEROTE, LUCRECIA y CARRIÇO

LUCRECIA. Holgareme que trates de vengança,
Carriço, por la parte que me alcança.

---

(1) V. la edición Rosell, II, 196 y siguientes.

(2) V. la edición Janer (en la *Bibl. Aut. Esp.)*, pág. 283 y siguientes.

(3) V. la edición Rosell, II, 215 y siguientes y 29 y siguientes; y para la IV parte de *Los Alcaldes*, la *Flor de entremeses y sainetes.*

(4) Don E. Cotarelo, en su edición de las *Comedias* de Tirso (en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles)*, tomo II, pág. XLV, dice que *El gabacho* y *La mal contenta* son de Quiñones de Benavente. Puede que lo sean; pero no lo afirmaré mientras no tenga otro dato que la sentencia de un académico (el cual, entre paréntesis, se deja en el tintero la atribución de *El Negro)*. Los cinco entremeses citados figuran también en la colección: *Entremeses nuevos de diversos Autores* (Zaragoza; Pedro Lanaja y Lamarca; 1640).

(5) Y advierta vmd., Sr. de Samos, que los cinco entremeses van reproducidos con la misma ortografía de la edición que sigo. Ya sé que esto le parecerá mal al Sr. Rodríguez Marín, el cual *(Rinconete y Cortadillo;* Sevilla, 1905; pág. 237) censuró al Sr. Bonilla porque, en su reproducción de la edición príncipe de *El Diablo Cojuelo,* transcribió *hajo* con *hache* y *óbtica* con *be.* Pero es el caso que no me agrada remozar virgos, como la madre Celestina, y que, aparte de la utilidad científica que la mencionada práctica pueda tener, es costumbre hoy entre los doctos respetar esas extravagancias ortográficas, y dejar, no digo *hajo* (que, al fin, sin la *hache,* parece vocablo feo y malsonante), sino *hasno,* si por ventura asoma la oreja en alguna página. La ortografía es la vestidura de la palabra; si nos fuese dado resucitar á Cervantes, para pasearlo entre los que *supieran* apreciar su mérito, ¿le vestiríamos de levita y chistera?

(6) A la cabeza de las páginas siguientes: *El Estvdiante qve se va a acostar.*

CARRIÇO. Lucrecia, quando tu la casta fueras,
no creas que vengança igual tuuieras.
PEROTE. ¡Notable necedad, por vida mia,
donde ay ingenio, echar por valentia!
Demas, que vn alguazil, en Salamanca,
nunca sale a rondar tan desarmado.
¡Que no buelua Carriço trasquilado!
LUCRECIA. ¡Que aya dado este hombre en perseguirme!...
PEROTE. Si eres muger (que pienso que lo eres),
¿quien quieres que persiga a las mugeres?...
¿Dizete amores?
LUCRECIA. No me dize amores.
PEROTE. Pues ten por aforismo verdadero
que, si no busca amor, busca dinero.
CARRIÇO. Aora bien: ¡yo le mato aquesta noche!
PEROTE. ¿Aquesta misma?
CARRIÇO. Aquesta... o la que viene.
PEROTE. Pues, para la que viene, lugar tiene
de tratar de su alma y de su hazienda;
mas ¡a fè que, si a mi se me encomienda,
que, con solò burlarle y perseguirle,
no ha de quedar el hombre en Salamanca!
LUCRECIA. Esto es mejor, Carriço, y no perderte,
que no es mi agrauio para darle muerte.
PEROTE. Andaua yo en la rua, enamorado
de vna platera (1), como vn angel bella,
tan necia, que auia dado en ser donzella;
dio el alguazil de escuelas en quitarme
vna guitarra alli todas las noches;
a tres que me quitò, pido a vn amigo
vn galgo que tenia, y de la cola
atele la guitarra por los trastes,
y, apenas comencè la seguidilla,
quando el tal alguazil llega a pedilla:
doi vna coz al galgo, y, al instante,
le dexo la guitarra, y el, sintiendo
el son que por las piedras le iba haziendo,
aullaua de manera que, espantados,
huyeron vara y pluma (2); y los criados
contauan que auian visto, essotro dia,
vn diablo que cantaua y que tañia (3).
LUCRECIA. ¡Ansi quisiera yo que le burlaran!

---

(1) *Sic.* Quizá *placera.* De las cuales escribe Sancho Panza en sabrosa epístola á Don Quijote «que no ay gente mas mala... porque todas son desuergonçadas, dessalmadas y atreuidas.» *(Don Quijote,* II, 51; edción de Madrid, 1615.)

Véase también el entremés cervantino de *El juez de los divorcios.* Pero conste que si en éste habla Cervantes de *placeras,* en el de *La guarda cuidadosa* describe, por boca del soldado, á la *platera* ó fregatriz Cristina, «la más limpia que tiene, tuvo ó tendrá el calendario de las fregonas».

(2) Alguacil y escribano.

(3) Recuérdese á este propósito el susto que le da cierto perrazo con cencerro al escudero Marcos de Obregón, en las discretísimas *Relaciones* escritas por el maestro Vicente Espinel (I, descanso 5.°; edición de la *Biblioteca «Arte y Letras»;* Barcelona, 1881).

PEROTE. Como esso en Salamanca, por instantes,
hazen, si los persiguen, estudiantes.
¿No has visto vnas garruchas, por do suben
la leña a las altas açoteas?
Pues atose la soga vn estudiante
y puso en la açotea diez o doze.
El alguazil de escuelas, que tenia
costumbre de quitalle la espada,
llegò a reconocerle, la vna dada;
y abraçose con el, diziendo: «aroga» (1),
y tiraron los otros de la soga.
Subiò el cuitado dando muchas vozes,
donde le dieron colacion tan fea,
que fueron canelones de açotea.

CARRIÇO. Pues yo dexo la colera, y te dexo,
Perote, la elección de la vengança.

PEROTE. Id con Dios, y esperadme luego en casa.
Sabreis presto, despacio, lo que passa. *(Vanse.)*

ESCENA II

Sale el ALGUAZIL de escuelas, el ESCRIUANO y VN CRIADO.

ALGUAZIL. ¿Muriosete la luz?

CRIADO. ¡Refresca el viento!

ESCRIUANO. No sabes, como nueuo en Salamanca,
que los cimientos y arboles arranca.

ALGUAZIL. Enciende en essa lampara de enfrente.

CRIADO. Yo voi. *(Vase.)*

ALGUAZIL. Buelue a esta calle.

ESCRIUANO. ¡Aquí ay vn emboçado! ¿Quien diremos?...

PEROTE. ¡Ya os conozco! ¡Tenganse! ¡No lleguen
que viue Christo que es don Diego *victor*,
aunque pese al mas brauo y arrogante!
¿No respetan el aire del montante?
Pues ¡fuera, que le juego! ¡Haganse afuera!

ALGUAZIL. ¿Que dizes, hombre? ¡Tente, escucha, espera!

PEROTE. Rebano y corto, en circulos pachecos (2),
varas y plumas, como cardos secos.

---

(1) En el entremés de Quiñones titulado *La Capeadora* se lee:

«(Echa Pandilla por la ventana un cordel con un anzuelo, y Gusarapa, como que le pone bien el sombrero, se le prende, y en diciendo *aroga*, tira dél Pandilla arriba.)

GUSARAPA. ¡Aroga!
ARRUMACO. ¡Donosa chanza!
Daca mi sombrero.
GUSARAPA. ¿Yo?
ARRUMACO. Tú, pues.
GUSARAPA. ¿Yo?
ARRUMACO. No, sino el alba.»

Cayetano Rosell, en su edición de Quiñones, dice (I, 456) que *Aroga* «es el adverbio *agora*, así disfrazado para que fuese menos comprendido»; pero ¡vive Dios que así tengo yo fe en las explicaciones de Rosell, como en los vaticinios de madame de Thèbes!

(2) Alusión al famoso diestro D. Luis Pacheco de Narváez, autor del *Libro de las grandezas de la espada* (Madrid, 1600), de cuyos *círculos* se ríe Quevedo en el *Buscón* (I, cap. VIII). El texto dice «pachechos».

Conste, sin embargo, que en *Marta la Piadosa* (acto I, escena IX, ed. Hartzenbusch, en la *Biblioteca de Autores Españoles)* Tirso cita preferentemente á Carranza (otro famoso diestro). Véase también *Amar por razón de Estado*, ed. ídem, acto I, escena VI.

ALGUAZIL. ¡Que te destruyes, hombre!
PEROTE. ¡Soy manchego

ESCENA III

Sale el CRIADO.

CRIADO. La linterna està aqui
ALGUAZIL. ¡Llegala presto!
PEROTE. ¡Passo, señores, passo! ¿Que es aquesto?...
ALGUAZIL. ¿Que es del montante? ¿Donde le has echado?...
PEROTE. ¿Montante yo? ¡Por vno y otro lado
me miren sus mercedes!
ALGUAZIL. ¿No tenias
el que aora a dos manos esgrimias?
PEROTE. ¿Que dizen?... ¿Estàn locos?...
¡O! ¡que vienen tan micos, que hazen cocos!
¿Montante yo? ¿Ay mayor vellaqueria?
ALGUAZIL. Pues ¿quien eres?
PEROTE. ¡Que lindo preguntar!
Vn estudiante que se và a acostar. *(Vase.)*

ESCENA IV

ALGUAZIL. ¡Iurara que le vi con el montante!
ESCRIUANO. Estos son medio brujos o hechizeros.
ALGUAZIL. ¡El aire, viue Dios, de los azeros,
dos vezes me passò por las narizes!
ESCRIUANO (1). Echad por esta calle, que ay perdizes.
PEROTE. *(Dentro.)* (2) ¡Iusticia, aqui de Dios!
ALGUAZIL ¡Tened! ¿Que es esto?
ESCRIUANO. Vna muger se quexa en esta esquina.
ALGUAZIL. ¡Tapad la luz hasta saber el caso!
PEROTE. *(Dentro.)* (3) ¡Passo, que soi donzella!... ¡Passo, passo!...
—¡No hay passo! ¡Estese queda, o viue Christo
que la corte la cara!
ESCRIUANO. ¡Fuerça es esta!
ALGUAZIL. ¡A [vna] pobre donzella!
CRIADO (4). ¡Que traicion!
ALGUAZIL. Apresta, [tu], la luz. ¿Quien va?...
PEROTE. [Soi] yo. *(Sale Perote.)*

ESCENA V

ALGUAZIL. ¡Que libremente (5) responde el bellacon,
el insolente! ¿Do(nde) está la donzella...
PEROTE. ¿Que donzella?
ALGUAZIL. ... (La donzella) que aqui forçando estaua?

---

(1) El texto: *Algua.*
(2) El texto: *Dent. Per.*
(3) El texto: *Dentro Per.*
(4) El texto: *Per.*
(5) Quizá deba leerse:

«¡Que libre [que] responde el bellacon...»

PEROTE. ¿Es esto lo que aqui me leuantaua
de vn montante que dize que esgrimia?
¡Yo muger! ¡Ay mayor bellaqueria!
ALGUAZIL. Pues ¿quien es?
PEROTE. [¡O!] ¡Que lindo preguntar!
El estudiante que se và a acostar. *(Vase.)*

ESCENA VI

ESCRIUANO. ¡Prendelde!
ALGUAZIL. ¡Ya se fue! Y estoi corrido
que vn picaro dos vezes aya sido
atreuido a burlarme.
ESCRIUANO. No rondo mas aquesta noche.
ALGUAZIL. Pues entremos en casa y cenaremos,
que temo que ha de andarse tras mi toda la noche,
y ha de obligar este vergante a que le mate (1).
ESCRIUANO. Notable fue la treta del montante;
pero la de la fuerça y la donzella
disfraçada la voz, la burla es bella.
¡Con la flema que el picaro dezia,
como si fuera verdadero el caso:
«¡Passo, que soi donzella! ¡Passo, passo!»
(Vanse, y sale Perote solo.)

ESCENA VII

PEROTE. El se ha entrado a cenar. ¡Yo pondrè el sello
a las burlas que tengo començadas!...
¡Ha de casa! (¡Ha de casa!)...
ALGUAZIL. *(Dentro.)* (2) ¡Que necias aldabadas!
PEROTE. ¡Ha de casa, señores!...
¡A, señor alguazil! ¡Mire que es cosa
importante, piadosa y prouechosa!...
¡Ha de casa!... ¡Sin duda estàn dormidos!...
¡O dura suspension de los sentidos!...
¡Ha de casa!... ¡Por Dios! ¡Pongase alguno
siquiera a essa ventana!
ALGUAZIL. ¡Que importuno!
¿Quien es?
PEROTE. Yo.
ALGUAZIL. ¿Quien?...
PEROTE. ¡Que lindo preguntar!
El estudiante, que se và a acostar. *(Vase.)*

---

(1) Estos versos, como muchos otros de los entremeses, están faltos de medida. Tal vez pudieran reconstituirse del siguiente modo:

«que vn picaro dos vezes aya sido
atreuido a burlarme aquesta noche.
ESCRIUANO. No rondo mas. En nuestra casa entremos
ALGUAZIL. Pues entremos en ella y cenaremos.
Que temo ha de ir tras mi toda la noche
y aurè de darle muerte a este vergante.»

(2) El texto: *Dent. Alg.*

ESCENA VIII

ALGUAZIL. ¡Espera un poco,
pícaro!... ¡Aun en mi casa este estudiante
ha de boluerme loco?
Dame vna espada y capa, que, si espera,
yo le harè que se acueste aunque no quiera.
(Vase, y salen Lucrecia y Carriço.)

ESCENA IX

LUCRECIA. ¡Mucho tarda Perote! No querria
que saliesse la burla a la trocada.
CARRIÇO. De noche toda burla fue pesada.
(Sale Perote.)

ESCENA X

PEROTE. ¡Vitor Perote! ¡Vitor treinta vezes!
LUCRECIA. Entra, y, vitor mil vezes, cuenta el caso.
PEROTE. ¡Altamente, Lucrecia, te he vengado!
CARRIÇO. Bien nos puedes contar lo que ha passado,
mientras ponen la mesa, y cenaremos.
PEROTE. Pues, aueis de saber...
ALGUAZIL. *(Dentro.)* (1) ¡Llamad, y entremos!
ESCRIUANO. ¡Abran aqui!...
LUCRECIA. ¿Quien llama?...
ALGUAZIL. La justicia.
PEROTE. ¡Este es el alguazil!... ¡Braua malicia!
¡Siguiendome ha venido!
CARRIÇO. Ya han entrado.
¡Bien dixe que la burla se ha trocado!

ESCENA XI

Salen el ALGUAZIL y el ESCRIUANO.

ALGUAZIL. ¡No se alborote nadie! Estense quedos,
que vengo de amistad, solo a buscar
el estudiante que se và a acostar.
PEROTE. Yo soi, y de mi culpa perdon pido,
que soi tan seruidor de aquesta dama,
que venguè los agrauios de su fama.
ALGUAZIL. Pues yo solo he venido a conoceros,
y por vos le prometo no ofendella,
sino seruilla, que, aunque me han burlado,
a hombres de ingenio soi aficionado.
He sabido que baila diestramente,
y quiero que me pague la visita.
LUCRECIA. ¡De mil amores! ¡Ola, Margarita!...

---

(1) El texto: *Dent. Alg.*

ALGUAZIL. ¿Ay venica (1) tambien?
LUCRECIA. Para seruiros.
Vezina: castañeta y seguidillas.
ALGUAZIL. Pues yo quiero escuchallas y seruillas,
como no aya mas treta de montante.
PEROTE. Aqui le bailaràn; y no se espante
de que me vaya yo.
ALGUAZIL Pues ¿por que causa?
PEROTE ¿No vè que sci (¡que lindo preguntar!)
el estudiante que se và a acostar? (Vase.)

ESCENA XII

Salen los MUSICOS y BAILARINES.

Cantan:

Las discretas damas
montantes juegan,
que jugar a dos manos
son lindas tretas.
Con rebeses y tajos
(que no estocadas),
de matar a los hombres
viuen las damas.
De estocada matan
tus ojos bellos,
que es tirarme rebeses
matar con celos.

CARRIÇO. Assienten, señoras.
ALGUAZIL. Luego ¿ya no hay mas?
LUCRECIA. Busque (2) al estudiante
que se và a acostar.
MUSICOS. Busquen al estudiante
que se và a acostar.

Fin del entremes del estudiante que se và a acostar.

(Concluirá.)

---

(1) Quizá deba leerse:

«¡Ay! ¡Veni acà tambien!»

ó

«¿Ay vecina tambien?»

(2) El texto: «Busqué».

ALMAS GEMELAS

Acababa de volver de Roma cuando le conocimos en la capital de una hermosa provincia. Con los atractivos de una animosa y lozana juventud, traía el prestigio y la promesa de un nombre, ya laureado, que empezaba á refulgir entre las pléyades de nuestros pintores más jóvenes. Su padre, arquitecto acreditadísimo, había querido prepararle con una gran cultura para que su amor al arte no fuese instintivo y ciego, sino afecto reflexivo y hondo de hijo bien nacido que conoce la historia y la heráldica y los grandes hechos de la noble familia á que pertenece.

A los veintiocho años, Félix de Santolaria, alto y delgado, representaba ser hombre de treinta y seis por su aplomo, por su aspecto de gran caballero conocedor del mundo y de la vida, que ha sabido seguir su camino sin ostentosos alardes de independencia. Pudiera tildarse acaso á su temperamento de artista el ser algún tanto perezoso, el concebir y desarrollar sus ideas después de una larga preparación, y de dar á la vida de sociedad todo cuanto le exigían sus grandes y numerosas relaciones.

Le estimaban sus amigos por esta misma sencillez y entrega de su espíritu, realmente pródigo y generoso, que sabía contener y ocultar á veces, haciendo caso omiso de sus legítimas aspiraciones.

En esta buena sociedad conoció á Sofía Vallabriga, hija de un distinguido y sabio magistrado que murió antes de cumplir los cuarenta otoños, á causa de una larga dolencia de carácter canceroso. Este inesperado golpe no logró precipitar en la ruina á la familia, como cabía suponerlo en otras circunstancias, pues la madre de Sofía poseía bienes heredados, y el padre fué desde los primeros días tan solícito administrador como excelente magistrado. Después de unos años de voluntario aislamiento, hija y madre volvieron á visitar á sus antiguos amigos, y en casa del presidente de la Audiencia, compañero inseparable de Vallabriga, fué donde Sofía conoció á Félix de Santolaria.

Desde las primeras noches en que se iniciaron estas reuniones, comprendió nuestro pintor que la señorita de Vallabriga no era una de tantas jovencitas ignorantes, presumidas ó locuelas, que se exhiben y danzan en estos improvisados salones de provincia. Aquella misma noble sencillez que en su manera de ser dejaba traslucir el artista la hallaba como reproducida en el trato, en la conversación, en los sentimientos y en la persona toda de Sofía, que en sociedad no parecía reparar en esas mil y tantas frases y vulgaridades que sublevan ó irritan á los espíritus mezquinos. Por sus cualidades morales, así como por su belleza, podía figurar entre las elegidas, que con dejarse ver y mostrarse como son adivínase desde luego la distinción y la nobleza que les acompañan, como un aroma inconfundible con otro alguno. Pertenecía á este tipo delicado de mujer rubia, de un rubio pálido y fino, de cabellos rizosos de castaño claro y ojos obscuros del mismo color, hermosos y expresivos.

Á un hombre como Félix, y menos á un pintor, no podía escapársele este sello, apenas perceptible, esta exquisita delicadeza de sentimientos, esta inefable flor que no suele conceder la Naturaleza más que á las organizaciones privilegiadas. Hablaron varias veces, sin ocultarse sus más íntimos pensamientos, y se comprendieron. Muy satisfecha, por su parte, encontró Sofía en el artista aquel noble espíritu de su padre, tan elevado, tan amplio, tan ajeno á las volubilidades y envidias de los pequeños; aquel noble espíritu en quien ella pensaba tantas noches á la hora solitaria del reposo. ¡Qué guía más seguro para seguir sus pasos, aun en la senda más áspera y peligrosa que nos trazara el destino! Por delicadeza no fué Sofía la primera en ofrecerle aquel oculto tesoro de su corazón, por más que su infalible instinto de mujer le permitiera adivinar desde el primer momento el lazo misterioso que debía de atraerles. Así el amor pareció nacer en sus pechos como por impulso tácito de uno y otro.

Más adelante Sofía habló á su madre de este afecto tan hondo como espontáneo, y no hubo inconveniente en abrirle las puertas de su casa. Por otra parte, no era un desconocido para la familia. De niños jugaron juntos en los corrillos de un anchuroso patio que establecía comunicación entre dos buenos vecinos, en los pasados años, época memorable para los que aún conservan frescas y risueñas estas reminiscencias infantiles.

La misma madre de Sofía, al conocer y tratar á Félix con mayor intimidad, llegó á depositar en él una confianza ilimitada. Acostumbraba ir á visitarlas de noche, y entraba en la casa como un antiguo amigo de la familia, para el cual no hay señas secretas, ni conversación interrumpida, ni puertas que se cierren cautelosamente. Levantábase á veces de la mesa la madre después de cenar, y los dejaba solos, en esa franca y serena familiaridad de dos seres que se comprenden y respetan y se aman lo suficiente para saber que están unidos voluntariamente por el más santo y fuerte de los vínculos. ¿Qué les importa la soledad ó la compañía de un extraño, si presienten que sus corazones han de latir al unísono para no separarse nunca?

En la plenitud de esta rara armonía de ideas y sentires, una de aquellas largas noches que preludiaban las del próximo invierno, hablaron del eterno reposo de los cuerpos, que apenas comprende la imaginación de la juventud, que es toda vehemencia, agitación y vida. ¿Cómo pudiera sugerirnos la vista de una cima cubierta de blanquísima nieve ni la más leve imagen siquiera del calor centellante de un incendio? Era, pues, realmente una coquetería la extraña suposición de esta joven:

—Seremos algún día viejecitos, muy viejecitos, y juntos, como estamos ahora, sentiremos aproximarse ese tenebroso ocaso que llega para todos... ¿Te gustaría reposar á mi lado, Félix? ¿Tendría para ti alguna significación este último deseo, este profundo hueco donde yacerán dos cuerpos, que parece recordar lo eterno del espíritu, la aspiración de todo ser elevado?...

—Si te oyeran tus amigas...—le contestó el artista sonriendo—, dirían que era un poco romántico ese modo de expresar una idea que tuvieron tantos

enamorados vulgares y... pudientes. Pues bien; sí soy de tu parecer, Sofía. Es tan breve esta ignorada vida que despliega sus mágicas alas ante nuestros ojos, que quisiéramos alargarla indefinidamente más allá del sepulcro, en otros mundos, en un vivir tan intenso, tan luminoso, tan infinito como nuestros deseos.

Sofía hizo un mohín de desagrado.

—Esto me atrae en ocasiones como una escarpadura: subir, asomarse, adivinar ó, más bien, sentir la atracción del abismo... Pero oprimen demasiado estos locos pensamientos.

—Tienes razón. Al tender la vista hacia estas obscuras regiones del misterio, sin saber cómo, de alguna parte de nuestro ser cae un velo de tristeza tan grande sobre todo lo que nos rodea..., que quisiéramos ver surgir al instante la luz, la luz soberana del mundo y de la vida. Hablemos, pues, de otra cosa: de nuestra felicidad. Algunos saben ser muchas veces felices en su esfera. Aciertan á encontrar esa difícil y extraordinaria armonía que satisface á un tiempo mismo sus sentimientos de hombre y sus aspiraciones de laborante, de hombre de acción, de artista ó de pensador.

—Ese es un privilegio. Que raras serán las personas que te digan: «Somos felices; muy felices.»

—No lo dirán por egoísmo, y porque se tiene por signo de candidez el imaginarse en el mejor de los mundos posibles. La vida es dura, como amasada por hombres duros de corazón. Sólo los que se elevan alcanzan á ver las claridades inefables, las auroras de paz, las que presagian tiempos mejores...

De repente, risueña y grácil, adelantó ella el cuerpo, le miró con ansia femenina y le interrogó como una burguesita conmovida:

—¿Me quieres mucho, mucho, mucho?

—¡Qué niña eres!—respondió Félix con dulzura; pero luego le asió una de sus manos, que estrechó entre las suyas y la llevó á su pecho, añadiendo—: Aquí, sobre mi corazón, eternamente.

Aquel año empezó á extremar sus rigores invernales antes de empezar diciembre. A pesar de esto, entre las más valerosas muchachas que se reunían en la tertulia del señor presidente se concibió la idea de una expedición á *Monteclaro,* un enorme cerro que se hallaba á una legua y media de Cesarea. Sofía, que hubo de ser también de la partida por condescendencia, no indicó nada á Félix, pues quería proporcionarle esta sorpresa. Fueron, pues, en tres sólidas carretelas, acompañadas de un criado de su confianza, hasta el final del paseo de *Los Cipreses,* en donde empezaba el camino en larga y fatigosa cuesta. La mañana era glacial, y para mayor contratiempo caían ligerísimos copos de nieve al hallarse los expedicionarios en el promedio de la cuesta. Ligero y como transparente el nublado en sus comienzos, íbase extendiendo, sin embargo, por todo el horizonte, y en cuanto ellas llegaron á *Monteclaro,* observaron con algún recelo que se hacía más espeso, como si se condensara hacia aquella parte. Sopló de pronto un furioso sudoeste, con breves intermitencias, tras de lo cual empezó á arreciar la nevada.

No hubo más remedio que abandonar el cerro á toda prisa, en medio de alegres voces y risueñas protestas contra aquel intolerable abuso atmósferico. Aun defendidas por los abrigos, la nieve compacta ó menudísima se pegaba á los gentiles cuerpos de las muchachas, y entraron heladas y caladitas en los coches. Sofía no consiguió reaccionar ni entrar en calor en todo el resto del día.

Por la noche, cuando contó á Félix el desenlace bastante frío de la gran expedición, se dolió éste de que hubieran caído en la tentación de una tontería semejante. ¿A qué luchar con un imposible?

Quince días después Sofía tuvo otro ligero enfriamiento, que degeneró inesperadamente en una insidiosa pneumonía. Durante la convalecencia, en las largas noches de este cruel invierno, recordaba Félix las estivales noches de la costa de Levante y del golfo de Nápoles. ¡Qué dulces y acariciadores se tornan nuestros ensueños bogando sobre estas aguas azules, bajo un hermoso cielo tan límpido y sereno! Sofía concibió un gran proyecto, que debía realizar en compañía de su madre y de su querido Félix. Pero hasta la próxima primavera no había que pensar en ningún preparativo. Por su desdicha, este proyecto tuvo que adelantarse algunos meses, en vista del decaimiento físico que parecía minar lentamente aquella naturaleza, no muy rica en materiales de resistencia.

Sofía determinó, por último, confesarse al médico, antiguo amigo de la familia, que le recomendó el variar inmediatamente de régimen y de clima.

Dolorida ante la realidad de una dolencia interna, que avanzaba con felina cautela, pero llena también de valor y delicadeza, no quiso dar á su prometido este triste espectáculo de una pobre mujer que se transforma, abrasada por la fiebre, en un ser pálido y enteco, inútil para el amor y para la vida. Por tanto, se despidió de Félix, quedando acordado que después de los cuatro ó cinco meses que tardaría en reponerse en las plácidas cercanías de Málaga, se reunirían en Italia para volver juntos á su país. Á pesar del aspecto de la enferma, Félix, igual que la familia de ella, influída por el dictamen del médico, conservaba una gran esperanza en su juventud, en su naturaleza no gastada, en la oportunidad del remedio y, sobre todo, en la eficacia renovadora del clima.

La primera carta que recibió Félix se hallaba fechada en Málaga. Se sentían mucho más animadas hija y madre, y habían determinado, después de pasar una temporada en un pueblecillo, en pleno campo, embarcarse á primeros de junio para ir con mayor brevedad á unos baños indicados por uno de los mejores médicos de la capital. En estos dos meses se cruzaron varias cartas; pero luego transcurrieron más de veinte días sin tener noticia alguna de las viajeras.

Una hermosa noche de junio se hallaba Félix en su estudio, dispuesto convenientemente en la azotea, con grandes bastidores y recios cristales que dejaban pasar algo atenuada la luz cenital. Después de cenar había subido con dos amigos, Valentín y Máximo, para charlar y disfrutar un rato del am-

biente plácido y sereno, que no alteraba ni el más leve soplo de viento. De pronto Félix, que había levantado la cabeza, vióse como deslumbrado por el correr luminoso de una estrella, que fué á perderse en la brumosa lejanía del horizonte. Al propio tiempo creyó oir un grito de mujer, una voz dolorida que repercutía en el espacio sin que pudiera adivinarse de qué punto partía. Pálido y descompuesto se levantó de la mecedora y miró á su alrededor con extraviados ojos. También Valentín y Máximo se alzaron instantáneamente para preguntarle la causa de aquella extraña actitud.

—No me hallaba traspuesto ni distraído—contestó Félix al punto—, y, sin embargo, he visto cruzar algo extraordinario que ha herido vivamente mis ojos, y oí una voz lejana que ha llegado á mi corazón. Debo deciros que nunca en mi vida sentí una impresión de frío y desaliento como en este supremo instante.

—Es una alucinación—afirmó Valentín—. Desengáñate, Félix.

—Es un presentimiento; no lo dudéis. Me han herido en el corazón. ¿Habrá muerto ella?...

—Qué exageración. No pienses más en eso.

—Es que cuando murió mi madre me hallaba yo de expedición en el Pirineo; lo recuerdo muy bien. Y aquella fatal noche sentí una angustia especial, como el que se ahoga por asfixia. Dudaréis de esto vosotros, lo comprendo; pero yo no dudo: presiento la desdicha. Juraría que... ¿Habrá muerto ella?

En racional suposición, no acertaban á explicarse los dos amigos esta maravillosa sensibilidad del artista, esta singular clarividencia de una imaginación que presiente y adivina en un sencillo fenómeno de la Naturaleza la repercusión de un inmenso dolor ó la desaparición de un ser querido. Pues ocho días después de este incidente supo Félix, por carta de un pariente de Sofía, que, á causa de la espesa neblina del mar, el vapor italiano *Fiorenzuela,* que hacía la travesía del Mediterráneo, fué pasado por ojo por un buque de guerra, entre nueve y nueve y media de la noche. Lo imprevisto, lo rápido y brusco de la acometida motivó el que pereciesen la mayoría de los pasajeros y se salvasen únicamente los muy contados entre los seis ó siete marineros que se hallaban sobre cubierta.

De aquellos encantadores proyectos, de aquellas ardientes esperanzas que acariciaron sus almas gemelas en las veladas interminables del invierno, no le quedaba á Félix ni aun la triste posibilidad de recoger los restos mortales de la mujer adorada para dormir después á su lado el eterno sueño. ¿De qué se vive cuando se eclipsa nuestra luz, cuando se agota y acaba el propio manantial, fresco y perenne, que alimentaba nuestra vida?

Sepan, pues, los humildes cómo se forja el rayo en las alturas, y cómo hiere mortalmente á los seres elevados, á los más nobles corazones, truncando para siempre su destino.

José María Matheu.

LAS ROSAS DE MI JARDÍN

I

En horas en que el alma, rompiendo sus cadenas,
recorre del ensueño los términos sin fin,
ceñido de arrayanes, poblado de azucenas,
resurge en mi memoria mi plácido jardín.

Aquel jardín perdido, tan lleno de fragancia,
que á un tiempo embellecían la albahaca y el azahar;
aquel jardín risueño, regalo de mi infancia,
que nunca desde entonces he vuelto á contemplar.

Y en esas horas breves, tan breves como hermosas,
parece que aquel tiempo renace para mí;
que cuido los jazmines, que vuelvo á coger rosas...
¡Aquellas rosas dobles que sólo he visto allí!

Que brotan nuevamente las flores del granado,
de púrpura primero, dulcísimas después;
que miro con delicia su fruto sazonado
en lluvia de rubíes rompiéndose á mis pies.

Que el agua de la fuente, que en hebras se desata,
murmura suspirando su endecha de cristal;
que apenas de sus flores deshójase la plata,
del oro al dulce peso se dobla el naranjal.

Y en mágicas memorias el alma embebecida,
respira satisfecha, se siente renacer:
dijera en ese instante que vuelve atrás mi vida,
que surge ante mis ojos un nuevo amanecer.

Aquí la débil rama del verde limonero,
partiéndose de pronto, conmigo en tierra dió;
allí cogí una tarde—¡qué triunfo!—aquel jilguero
que á fuerza de cuidados el pobre se murió.

Debajo de la acacia parece todavía
que suena un dulce canto de ritmo celestial;
bajo ella muchas veces mi madre me dormía...
¡La brisa guardó el eco del canto maternal!

Aquí se deslizaron mis sueños de inocencia,
la edad sin inquietudes, los goces sin temor,
y aquí, cuando más tarde llegó la adolescencia,
la sangre dijo «vida», y el alma dijo «amor».

Regalo de mi infancia, plantel de mariposas,
jardín de mis amores, refugio de mi fe:
que aspire, en sueño al menos, la esencia de tus rosas...
¡De aquellas rosas dobles que nunca más veré!

Parécesme tan dulce por verte tan de lejos;
mi dicha compendiabas... ¡Por eso te perdí!
¡Otoño de mi vida, de pálidos reflejos,
ya sólo cuando sueñas hay rosas para ti!

II

La máquina impaciente su aliento reprimía
lanzando bocanadas espesas de vapor;
el monstruo la melena de llamas sacudía,
poniendo luz y sombra del tren en derredor.

De nuevo de Sevilla la ausencia me alejaba,
de nuevo á extrañas tierras llamábame el deber,
y el alma, al alejarse, llorosa repasaba
los goces renovados y vueltos á perder.

De pronto, como un sueño que bienes nos prodiga,
que alegre nos transporta del Cielo hasta el confín,
muy cerca, de entre un grupo, salió una voz amiga
que dijo: «Este recuerdo te manda tu jardín.»

Y un ramo, un pobre ramo, con fuerza despedido,
cayó junto á mis plantas, cual eco de la voz...
Lanzó, vibrante y seco, la máquina un silbido,
los hierros rechinaron, y el tren partió veloz.

III

Y atrás queda Sevilla, perdiéndose á lo lejos
sus calles y su ambiente, que alegran el vivir,
sus rejas de jazmines, sus patios de azulejos,
su altísima Giralda, su azul Guadalquivir.

Mas no; mentí sin duda; no es cierto lo que digo.
La ausencia en ocasiones es blanda y no cruel.
No queda atrás Sevilla... ¡La llevo yo conmigo!
Mi ramo la conserva... ¡Sevilla vive en él!

La llevo en estas flores purísimas y hermosas
que evocan su recuerdo por mágica virtud;
mi pueblo, mi Sevilla, se encierra en estas rosas:
¡en ellas bebo goces y aspiro juventud!

Habladme de esos tiempos; habladme, rosas mías
de aquellas horas gratas, de aquel placer sin fin;
renazcan en vosotras mis viejas alegrías,
mi casa abandonada, mi plácido jardín.

Mirad á vuestro amigo que ha vuelto nuevamente;
ya estoy á vuestro lado; ya nunca os dejaré:
como antes os regaba con agua de la fuente,
con agua de mis ojos desde hoy os regaré.

Mas siempre de vosotras el alma suspendida,
mi pecho os dará abrigo, mi labio os besará,
pues sois, ¡oh dulces rosas!, la imagen de mi vida:
como ella, alegres antes; como ella, secas ya.

Juan Antonio Cavestany.
De la Real Academia Española.

(Del libro *Al pie de la Giralda*, que acaba de ver la luz.)

EXTRANJERO

América

República de Chile.

Prejuicios americanos.—La prensa y el cable.—«Le Figaro» y la revista «Ateneo».—La opinión de un presidente del Consejo.—Lo primero es conocerse.

La navegación chilena.—Inglaterra y España.—Los corsarios del Perú.—La primera Empresa de navegación chilena.—Protección á los astilleros.—Derechos de exportación. Hegemonía extranjera.—Desarrollo de las industrias.—Educación marítima militar.

Fundamento de la prosperidad chilena.—Introducción de maquinaria.—Los alemanes en Chile.—La cuestión de la moneda.—Equilibrio de la política.—Las Cámaras y los partidos.—El Poder presidencial.—La revolución de 1891.—Suicidio de Balmaceda.—El Parlamento y el sufragio actuales.—El presidente Montt.

El problema de los cambios.—La guerra del Perú.—El conflicto de los Andes.—La moneda oro desaparece.—Temores de los Bancos.—La ley de Conversión por dos años.—Prórroga y moratoria.—El Estado emite billetes.—Pago de Aduanas en oro.—Depósito de oro en los Bancos de Alemania.—Caducidad de la prórroga.—Actitud del Presidente. Oposición de los industriales.—«Oristas» y «papelistas».—Ventajas y desventajas del oro.—Las elecciones próximas.—El trabajo y el capital.—La competencia extranjera. Las utilidades y los salarios.

La agricultura en Chile.—Los latinos son labradores ante todo.—Emigración española. La voz del pasado.

Los diplomáticos de Chile.—D. Ruperto Vergara.—¡Atienda los clamores de Cádiz!

Errores y simpatías

Con el objeto de conocer *de visu* nuestro país y reflejar en el suyo las impresiones, llegan á España constantemente diplomáticos y periodistas sudamericanos que dedican á París y á Londres su primera visita. Y como la primera impresión es la que perdura, pocos son los que en su vida de Madrid logran después prescindir de los prejuicios que trajeron.

La prensa de España—dicen—sólo cuenta las revoluciones y golpes de Estado de las Repúblicas centrales, que algunos confunden con las del Sur; cargo este último fundadísimo.

Sin duda desconocen, en lo que se refiere á las noticias de la prensa, que las Agencias telegráficas tienen un pie en París, otro en Nueva York, y amarran las noticias americanas en inglés; en París las desfiguran en francés, y á España las sirven de tal suerte, que hay necesidad de tocarlas con algún sentido de benevolencia para poder servirlas al público.

El cable es lacónico, sensacional, ventajista; una tarifa de ingresos puesta en circulación, con Consejo de Administración; y por eso el buen sentido de los periódicos

españoles tiene que rectificar constantemente las desviaciones informativas de esas Compañías.

El error de nuestros huéspedes es muy explicable, porque lleva el ropaje de autenticidad que parece más adecuado; pero injusto, porque la prensa diaria, política, pasional y artificiosa de la emoción, suele abrir sus puertas con júbilo á todas las informaciones americanas.

El Congreso de 1900 se hizo por el solo esfuerzo de la prensa al servicio de noveles inteligencias que movieron en bloque al Gobierno, á la Monarquía y á la totalidad del país. Tosca y llanamente ha arrojado en las columnas de la prensa el que esto escribe semilla muy abundante de informaciones hispanoamericanas que han llegado á producir excelentes planteles de ideas y de hombres para cultivarlas.

Es muy corriente en los espíritus pagados y superficiales achacar los males de la infausta patria española á las acciones ú omisiones de los periódicos. La prensa tiene defectos como el espejo mal azogado, que por eso no deja de reflejar las fealdades.

Las informaciones americanas de *Le Figaro*, de París, cuestan á la República Argentina 10.000 francos mensuales, mientras que la prensa española prodiga lealísimamente un amor hacia los países americanos, que es la obligada correspondencia al noble hospedaje que dispensan aquellos países á millones de compatriotas nuestros.

La revista ATENEO, desde su primera publicación, ha concedido la importancia que merecen á aquellos grandes países emancipados de España, con quienes no basta sostener relaciones platónicas en estos tiempos.

Desgraciadamente, es más difícil de lo que parece salir airoso del empeño, porque no es posible encontrar fuera de Hamburgo y de Londres los elementos informativos que requiere nuestra constancia.

El hecho de que para una obra tan constructiva, tan esencialmente española, sea indispensable acudir á los idiomas alemán é inglés, prueba lo mucho que falta por andar para llenar el hueco de aspiraciones que nos ufanamos en proclamar.

En el preámbulo del decreto convocando el Congreso Hispanoamericano de 1900 decía el presidente del Consejo, Sr. Silvela: «Gran parte del porvenir social y económico de nuestra nación descansa en la necesidad de acrecentar estas simpatías de raza que España tiene en América, abordando sin pérdida de tiempo, desinteresada y noblemente, el problema de aumentar nuestras relaciones con los pueblos de origen ibero.» Pero la aproximación de los espíritus conseguida en aquel Congreso no es más que la ilusión de la realidad. La verdadera aproximación de los pueblos hispanoamericanos consiste en sostener buenas relaciones comerciales, en que no recibamos sus productos por Hamburgo y no se los enviemos por Génova.

El afianzamiento de familia no excluye la compenetración de intereses que necesita la vida, y los problemas que tenemos que resolver con nuestros hermanos no envuelven otro sacrificio que el de una buena voluntad, á saber: intercambio intelectual, mercantil y armonía de los sentimientos jurídicos. Es una labor social que se halla á cien leguas de necesitar complicados planes diplomáticos, armamentos costosos y presupuesto ruinoso; es obra de progreso y de paz, de confianza y de orgullo: la solidaridad del trabajo y del genio, que llevan en las burbujas de la sangre todos los latinos.

Para llegar á conocer las verdaderas influencias que ejercen otros países sobre el nuestro, hemos hecho una disección interior de España, que nos llevó á tristes reflexiones. Necesitamos robustecimiento intelectual, capital para nuestro resurgir económico, y una reforma del derecho mercantil que nos apasione por los pueblos triunfadores. Si queremos mejorar nuestra mala situación comercial con América, podemos contentarnos

con la ley común de imitar á italianos, alemanes é ingleses; pero que no se dé el caso de que los artículos españoles se reciban en Chile procedentes de Alemania, Inglaterra y Bélgica; que los artículos de Cataluña no tengan necesidad de embarcarse en Génova para Valparaíso; que Chile pueda recibir directamente cemento portland, tejidos de algodón, lana, seda y paños para uso del Ejército, sombreros de fieltro de Alcoy, alfombras, rieles de Vizcaya, artículos todos que España produce mejores y más baratos que otros países; y que el salitre de Chile, tan indispensable á la agricultura española, no tenga necesidad España de recibirlo de Inglaterra.

El primer paso para ensanchar las relaciones mercantiles con los países de América es conocer lo que han progresado en un siglo escaso de independencia y no regatear concesiones de imprescindible reciprocidad.

¿Sabemos si las condiciones políticosociales de Chile son á propósito para sostener con este gran país comercio floreciente? ¿Hemos seguido paso á paso su maravillosa transformación industrial y el ascenso de su riqueza, sostenido por un solo producto: el salitre?

Claro está que á los Gobiernos corresponde principalmente la orientación de conocimientos entre pueblos incomunicados y lejanos; pero no hemos de permanecer cruzados de brazos esperando á que se digne surgir el Mesías de algún Ministerio.

La revista ATENEO no omitirá medio alguno de adquirir datos reveladores de la fisonomía económicosocial, con su variabilidad compleja, de los Estados sudamericanos, donde nuestros compatriotas viven como en su casa. Algunas veces somos singularmente afortunados por la concurrencia de circunstancias y personas que, solicitadas en bien del interés general, nos facilitan la guía de salir del apuro. Ello alienta mucho nuestra voluntad para empeños mayores, como el que nos proponemos emprender en este número, estudiando el país de Chile, cuyo conocimiento escasea tanto entre nosotros.

Es una reparación y un placer del espíritu dar á conocer lo que amamos.

La navegación chilena

Durante los primeros pasos de la emancipación de Chile, el comercio y la navegación extranjeras, vedados por la metrópoli en las colonias, adquirieron concesiones y libertades que el Senado reconoció en 1814 por la ley llamada «Reglamento del libre comercio».

Por virtud de esa ley se permitió un comercio recíproco con naciones amigas, y se habilitaban los puertos *mayores* de Valparaíso, Talcahuano y Coquimbo, reservando los demás puertos, *menores*, para el comercio interior.

Reputábanse naves nacionales, no sólo las adquiridas por los hijos del país, sino por todos los naturalizados en él por más de cuatro años; y para dar impulso á los astilleros, dispensábase por tres años de gabelas á los cascos adquiridos en el Extranjero.

País tan favorecido por la Naturaleza para la navegación, como para la agricultura é industria, necesitaba complementar con disposiciones del comercio marítimo una actividad exportadora, y eximió en un 25 por 100 los derechos de exportación para la marina nacional, prohibiendo el comercio al pormenor á los extranjeros.

Al amparo de este régimen llegaron á Valparaíso las primeras naves inglesas, conduciendo imprentas, objetos de cultura, artistas; y como el Gobierno de España, que reconquistó á Chile, se abstuviera de prohibir el comercio con extranjeros después de la revolución de 1814, los buques británicos que llegaban con nuevos elementos para la prosperidad chilena, no fueron hostilizados tampoco por el Gobierno realista.

Poco necesitó añadir la victoria de Chacabuco á la libertad de comercio que el Rey de España toleraba á los ingleses, en razón á los buenos servicios que su nación prestara á España durante la guerra de la Independencia. El único obstáculo al desarrollo del comercio en el Pacífico eran los corsarios del Perú. Los puertos mineros de Huasco y Copiapó sufrieron bloqueos completos que hasta les privaban de subsistencias. Entonces Chile concedió permiso á los extranjeros para hacer escala también en los puertos *menores*.

Los comerciantes chilenos, en 1819, constituyeron con capitales propios la primera Compañía de navegación, practicando la fragata *Carmen* una primera expedición comercial á Calcuta. El Senado le concedió la exportación libre y una subvención de 22.000 pesos. La Compañía adquirió la fragata *Stammore*, que zarpó en segundo viaje para la India. Y el agente de la Compañía fletó la fragata *Lady Blackwood* para conducir artículos de China y Calcuta á Manila, Valparaíso y Centro-América, enviando el navío *James Scott* al Callao con cargamento de trigo. Poco tiempo después 20 navíos de buen porte recorrieron las costas de Buenos Aires, Río Janeiro y el Pacífico, ensanchando las dimensiones de los puertos como síntomas de la importancia futura.

La prosperidad de los negocios—dice Barros Arana—, representada por extranjeros inteligentes y laboriosos, llegó á suscitar recelos é inquietudes en los nacionales, estimulándoles á introducirse de apoderados ó dependientes del comercio al por mayor, y reservándose ellos el menudeo.

Santiago y Valparaíso resultaron natural asiento de comerciantes norteamericanos é ingleses que no perdonaban medio de calcular y combinar sus negocios. Se apresuraron á adquirir cartas de ciudadanía—dice el juez Trucias—para correr todas las semanas á Valparaíso á postular preferencias, dar banquetes, tener altas representaciones, usurpando á los naturales las ventajas del suelo natal, frustrar las disposiciones reglamentarias y la vigilancia de los Tribunales de comercio, las reclamaciones de los comerciantes del país; y como el Gobierno no podía desentenderse de las que hacían los comerciantes nacionales, declaró en 1820 que los extranjeros pudieran tener tiendas, pero servidas por nacionales.

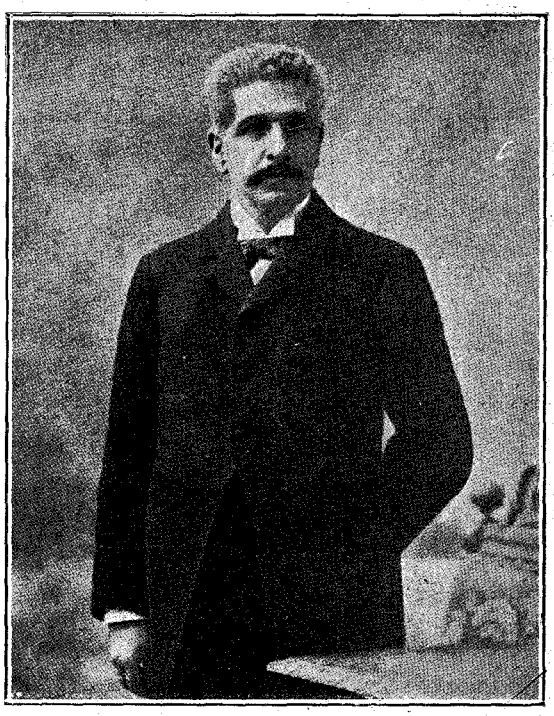
Se deduce de estos precedentes que un país puramente marítimo y mercantil como Chile tenía que preocuparse en dictar leyes protectoras para el comercio por el mar, porque si algún día llegara á ser habilitado alguno de los canales interoceánicos, la marina mercante de Chile, que ha luchado tan desventajosamente en el comercio de cabotaje, quedaría casi anulada.

El crecimiento de las industrias y la exportación creciente de minerales y salitre sufren todavía de la carestía y carencia de exportación en condiciones propicias, y por eso Chile se preocupa de hacer marina propia, exigiendo de las extranjeras que tengan la tercera parte por lo menos de tripulación nacional, y establece primas de diez pesos por tonelada para los buques de más de 100 toneladas que se construyan en el país, y de cinco para los buques menores de esta capacidad.

Aquellas medidas tienen por objeto instruir el personal en el conocimiento de las costas y tener núcleos aptos siempre para la marina militar, y éstas tienden á fomentar las construcciones navales. Además, los vapores chilenos que se construyan en el Extranjero, y cuyos planos se sujeten á servir de cruceros auxiliares, pueden recibir subvención del Gobierno, previo informe de la Junta general de la Armada. Han de tener plataforma adecuada para llevar cañones de tiro rápido á los costados y dos de gran calibre: uno para proa y otro para popa; capacidad carbonera para recorrer 6.000 millas, un andar de 14, alojamiento para 1.000 hombres y 500 caballos con sus correspondientes atalajes y monturas.

Avance industrial y equilibrio político de Chile

El desarrollo marítimo comercial de Chile, fundamento primero de su prosperidad, ha ocasionado como consecuencia un gran progreso de las artes mecánicas y de la industria: la fuerza motriz, el alumbrado eléctrico, la resaca de agua dulce para el consumo, la ventilación artificial de las minas, los aserraderos de maderas, la calefacción de agua para la filtración de las salitreras, los servicios de la Armada y marina mercante, los torpedos automóviles, los servicios de incendios, los ascensores de proyectiles, los motores de cañones y otros muchos anexos han hecho de Chile una nación tributaria, mecánicamente, de Alemania, de la cual sus instituciones armadas son una copia, y sus grandes industrias, los mejores clientes de maquinaria.



Excmo. Sr. D. Pedro Montt, presidente de la República de Chile.

Hay en Chile, por consecuencia de esto, una gran cantidad de especialistas, ingenieros, electricistas, artificieros, torpedistas, mecánicos alemanes á contrata, mejor rentados que los del país, que ganan sueldos especiales.

Es una característica del país y acaso la razón especial de que, mientras el Estado y las grandes Empresas extranjeras, nacionales ó mixtas, alcanzan una gran prosperidad, los hijos del país se refugien en la agricultura, pesca, minas, boscaje y colonización de las tierras magallánicas, convirtiendo los campos tristes y accidentados en condiciones risueñas para el cultivo, la ganadería, la pratificación, fertilizando á fuerza de inteligentes sacrificios las tierras que parecían heladas é ingratas.

Los azarosos tiempos de guerras que obligaban á los chilenos á perpetuo sacrificio de prestaciones de vidas y de dinero han cambiado ya, convirtiendo los problemas internacionales en soluciones de derecho que han tenido eventos de paz con Bolivia y la Argentina, felices iniciativas de concordia con el Perú, y la seguridad, cuando menos, de no alterar la estabilidad con el Brasil.

Lo que preocupa hoy como problema interior á Chile es la mejora de sus cambios, el saneamiento de su moneda, la contención del oro á límites necesarios para la estabilidad de los negocios de crédito. A ello tiende la caducidad de la ley de moratoria en la conversión, caballo de batalla en estos momentos, llenos de preámbulos, proyectos y planes en cuyo desarrollo controvierten las aspiraciones más encontradas.

No hay que suponer que se altere por esta causa el equilibrio de la política chilena,

emanación de la manera de pensar de las Cámaras, de donde surgen los Ministerios, que representan todas las tendencias gobernantes.

Ningún presidente del Poder puede ahora renovar las Cámaras hasta que éstas cumplan su vida legal, tres años el Congreso y seis el Senado, renovado éste por mitad cada tres años.

La división fundamental de los partidos (clericales y anticlericales) puede subdividirse en *conservador* ó clerical; *radical*, que es el más progresivo, y *liberal*, con sus dos ramas, histórica y *balmacedista*. Estos tres últimos son de tendencia anticlerical en diversos grados.

En Chile dominaba hasta 1891 un Poder presidencial que tenía á su disposición el Congreso. Estalló la revolución de 1891, porque Balmaceda quiso designarse sucesor. Con esta revolución triunfó el sistema parlamentario, el sufragio universal, los Gobiernos nacidos de las Cámaras; pero le costó á Chile 10.000 vidas y 200 millones de pesos. Balmaceda, refugiado en la Legación argentina, se pegó un tiro.

Hoy es el Parlamento el que confiere poder al Gobierno y al presidente de la República, quien únicamente puede ejercer un derecho incompleto de veto, puesto que ha de someter toda solución en definitiva al Consejo de Estado.

Chile no participa de las modernas tendencias federales. Su fortaleza democrática es su unitarismo sin debilidades. El sufragio se garantiza eligiendo los interventores para las mesas electorales los Municipios, que son autónomos. Existe aún el voto acumulativo.

En la actualidad ocupa la Presidencia de la República D. Pedro Montt, abogado profundo, exministro de Estado, que goza de reputación por su acreditadísima honorabilidad y pericia en el conocimiento de la Administración pública. Lleva dos años ejerciendo la alta magistratura, y le restan tres para cumplir el mandato. No puede constitucionalmente ser reelegido.

El problema interior del cambio

Preocupa hondamente al primer magistrado de Chile la manera de no demorar la conversión del papel, capitalísimo asunto que divide las opiniones y los intereses chilenos en sorda guerra que ocasionó la última crisis del Ministerio y será el programa de las elecciones generales que han de verificarse en el mes de marzo próximo.

Ligeros antecedentes bastarán á dilucidar la cuestión que tanto influirá para lo sucesivo en los destinos de Chile.

Antes de la guerra con el Perú regía en la República chilena la moneda oro; pero, como consecuencia de los gastos enormes que ocasionó esta guerra, hubo de sustituirse el oro por el papel, determinando tan gran descenso en el valor de éste, que llegó á verse anulada su reducción ó cambio.

Á favor de estas enormes diferencias de valor nació y se desarrolló en Chile la mayor parte de las grandes industrias y explotaciones, que tenían como base de utilidad la diferencia de valores, porque pagando los salarios en papel y vendiendo los productos en oro, la diferencia era la base de utilidad y crédito más seguros con que contaban los industriales.

Con el objeto de obligar el cambio de papel á oro y regular las operaciones, en 1895 se publicó una ley de Conversión al tipo de 18 peniques el peso oro y 13 pesos oro la libra. Dos años concedía dicha ley para admitir el papel al cambio.

Ante el conflicto con que amenazaba la cuestión de límites en los Andes con la Ar-

gentina, Chile hubo de improvisar armamentos, cuya costosa adquisición volvió á determinar la salida del oro y otra gran depresión en los cambios. Los Bancos, faltos de reservas para resistir, restringieron bastante el crédito y se quejaron al Presidente del aceleramiento con que se les obligaba á dar salida á sus reservas. El Presidente, para contener el *krac*, dictó una ley emitiendo 50 millones de pesos en billetes del Estado y prorrogó la de 1895 hasta 1910, medida que bastó á normalizar la tranquilidad pública y encauzar las operaciones del cambio.

Además, estableció el Estado el pago de las Aduanas en oro y depositó en los Bancos alemanes 120 millones de pesos oro para prevenir todos los conflictos posibles.

Ahora cree el presidente Montt que no existe el menor motivo para prorrogar la caducidad de la ley de Conversión más allá de 1910; pero muchos industriales y financieros estiman que debe ser concedida otra prórroga. El país se halla dividido en *oristas* y *papelistas*, y los ánimos se enardecen, preparándose á ganar la batalla en las elecciones próximas. Lo probable es que el resultado electoral dé una mayoría de conciliación, de la cual surgirá un Gobierno con elementos de todas las tendencias y partidos, puesto que en todos los partidos chilenos existen *oristas* y *papelistas*, partidarios de la caducidad y de la prórroga de la ley citada.

Partidarias son del oro las provincias del Norte; del papel, las del Centro; y las del Sur se hallan divididas, pudiendo considerarse entre las partidarias del oro Punta Arenas y Valdivia; pero no tienen la intención, ni mucho menos, de apelar al desorden y á la indisciplina social, sino más bien de significar opuestos sistemas de labor y confianza en las fuerzas nacionales, que dan facilidad á los mayores adelantos y exuberancia á las explotaciones que contribuyen al ascenso de Chile al grado culminante de primer país.

Si la conversión respondió á la necesidad meditada de librar á Chile de una bancarrota, al imprescindible criterio de aplicar grandes remedios á los grandes males, el Presidente actual intenta restaurar ahora un régimen monetario de suficiente alcance sociológico para dar relativo valor al papel moneda, conservando el oro.

Acaso llegue á lesionar grandes intereses privados esta iniciativa; pero no se podrá desconocer que da un paso lleno de fe en el porvenir, porque cree en el presente chileno y no tiene por objeto revolucionar el país por simples teorías.

Los dos únicos impuestos de Chile sobre la exportación y las Aduanas pesan indirectamente sobre el trabajo, que no es remunerado en la misma moneda que las valorizaciones, utilidades y rentas. Luego lo que agobia al trabajo es la depreciación del papel, y, en este caso, el proyecto del presidente Montt contribuirá al mejoramiento del trabajo humano, que da valor de oro á los productos chilenos.

Los que, viendo la miseria y el vicio que resultan de una distribución desigual de la riqueza—ha dicho el economista George—, sean capaces de sentir un estado social más elevado, deben contribuir á establecerlo. Y acaso el presidente Montt lo crea impositivo problema de Chile. Pero el caso es que cuenta con la hostilidad de las grandes industrias, convertidas en fuentes de prosperidad para provincias enteras.

De veinticinco años á esta parte Chile viene introduciendo formidable cantidad de maquinaria, que paga en oro á los extranjeros, y obliga por su producción máxima á disminuir la internación de objetos; pero la materia prima introducida para la fabricación en el país continua pagándola en oro. Tal sucede con los bronces, hierros y alambres, cuya internación no disminuye, á pesar de las grandes fundiciones que existen ya en el país, porque la industria de los ferrocarriles y la de camas adquieren colosal importancia.

Para que la industria chilena pueda luchar con sus competidores vigorosos necesita introducir maquinaria que economice trabajo y tiempo, y pagar en papel los salarios, que es lo mismo que reducirlos.

Los materiales para ferrocarriles proceden de los Estados Unidos y de Europa. Los capitalistas que invierten sus fondos en la construcción de líneas férreas aspiran á obtener remuneraciones alentadoras pagando los salarios en papel, más bajo en toda ocasión que el oro.

Millares de talleres de joyería y relojes, de ropas, tejidos, modas, corbatas y camisería, pueden competir con los géneros extranjeros, porque pagan á sus operarios en papel, de valor siempre más bajo que el oro. Y, en general, toda empresa de fabricación nacional, que por falta de competentes operarios ó por la desconfianza del público, que cree mejor que lo nacional todo lo extranjero, no llega á abastecer los mercados, se compensa de pagar en oro las materias primas abonando los salarios en papel, de precio más bajo en cualquiera relación de cambio que el oro.

Y omito las sangrientas huelgas de las salitreras de Antofagasta y la situación de las masas de hombres que trabajan en las minas de cobre, plata, plomo y hierro, problemas de orden público reveladores de que muchos de los progresos capitalistas chilenos son debidos á percibir las ganancias en oro y remunerar en papel los salarios.

No es de extrañar que la *caducidad* con que *amenaza* el Presidente sea considerada como una tasa de muchas ganancias y un deslinde de grandes industrias; mas es lo cierto que la crisis monetaria está en camino de solución en Chile, cosa que consideran justa los que creen que los productos no han adquirido su valor por el esfuerzo solamente del que los explota, sino por el trabajo humano que se ha incorporado á ellos.

La ley virtual del bienestar económico de Chile ha de dar por resultado una moneda igual para los salarios que para las utilidades. Pueblo como aquél, libre de impuestos, solamente espera una medida así para vivir ampliamente.

La agricultura, fuente de bienestar

Se dedica Chile también, con segura visión de lo futuro, al ideal de la industria agraria, que resume como ninguna en completa paz la ley de los deberes del hombre.

En toda América es la mayor revelación de la acción bienhechora que desde los primeros albores de la raza acreditó la felicidad de los trabajadores: desde los primeros tiempos de Roma hasta nuestros días.

La familia latina ha sido siempre una gran cooperación de labradores. El Foro, antes de ser Comicio de Roma, fué un gran mercado de cereales. Los *fratres arvales* introdujeron liturgias sobre las leguminosas, que conservan en misteriosos recuerdos Roma, Berlín, París y Londres. Las leyes agrarias produjeron las mayores agitaciones entre las clases conservadoras y las populares de la República Romana. Los ingenieros etruscos colocaron la agrimensura y la hidráulica á la gran altura del arte de los campos. Los viñedos de Hungría, del Rhin, de Grecia y de España fueron obra de los agricultores soldados romanos. Plinio, Leonardo de Vinci, Franklin, Cavour, Washington y, entre nosotros, Moret, antes que historiadores, artistas y hombres de Estado, han sido agricultores. En todas partes y en todas épocas es la agricultura la más grande y amada de las industrias.

También Chile somete la cerviz guerrera á las atracciones de la agricultura, con

ardimiento y perfección tales, que sus producciones del campo llevan estampadas la voluntad y la victoria.

Mucho más infértil que la Argentina, el empleo de capital y la tenacidad del esfuerzo introducen en los campos agrestes, fríos, rocosos, la fecundidad, la vegetación, la cultura de fuerzas enemigas de la tierra, y le hacen parir trigo, frutos, flores, vino, materias tejibles, y alimentar animales en las llanuras, en los valles, en los quebrados de las sierras y hasta en las regiones de la Patagonia helada, donde no reinaban hasta hace poco más que la desolación y las fieras.

Al desarrollo agrícola de Chile contribuyen muchos labradores de España, que acuden en mesnadas en busca de tierras donde se hable su lengua, rijan leyes como las suyas, encuentren el recuerdo y el consuelo de la Patria que dejan, y una recompensa necesaria á sus fatigas.

No rezan con Chile esas utopías de una Edad de Oro en la cual un clima benigno y una tierra fertilísima preparen á la emigración sedes de abundancia y de alegría. Pero tampoco es fácil encontrar las desolaciones de las grandes derrotas frecuentes en las *facendas* brasileñas. La agricultura chilena es trabajosa y seria; pero también agradecida.

De ella hablaremos con la amplitud de las cosas que no requieren grandes investigaciones en los museos arqueológicos; pero en otro artículo, para que éste no resulte demasiado extenso. Para hablar de los adelantos de Chile, de las iniciativas de sus gobernantes, de la valía de sus legisladores, de la reflexión de sus intelectuales, de la valentía emprendedora de sus industriales, de sus instituciones y vida social, se requiere mayor espacio.

La voz del pasado nos excita á reconstituir la existencia de las naciones que fueron españolas, no con los ecos que las agitaron, sino con los testimonios del engrandecimiento actual, adquirido á impulso de las necesidades espontáneas. Estos jóvenes pueblos, hijos de un desarrollo deliberado y sistemático, que procede por acciones sociales, han costado sangrientos esfuerzos de revoluciones y guerras para arraigar en el concierto intercontinental con característica propia. Los caminos de sus relaciones con el mundo, antes de trazarlos los administradores públicos, los habían marcado las huellas de los viajeros. Los anales sólo registran lo excepcional: del pasado, los templos y palacios, que no conocía la multitud, ó entraba en ellos muy pocas veces; las viviendas donde consumía el pueblo una vida obscura, ésas no han podido resistir á la destrucción: por eso permanece oculto á nuestra investigación el trabajo de las muchas generaciones americanas que se nos *aparecen* como *detritus* de creencias extinguidas, de supersticiones arcaicas, de fábulas y cuentos populares que penetraron en la mente como un relativo valor literario y acabaron por arraigar en la memoria los más falsos prejuicios.

Don Ruperto Vergara

No eran muy espléndidas hasta hace poco tiempo las relaciones diplomáticas de Chile con España. Con ocasión del matrimonio real llegó á Madrid de enviado especial el joven y prestigioso Sr. Edwards, y con este motivo permaneció algún tiempo entre nosotros, elevando la categoría de la representación en Madrid de Consulado á Legación.

Gracias á esta justa medida podrán ocupar permanentemente el puesto hombres del mayor prestigio y categoría social, como el joven amantísimo de España y cultivador de sus artes D. Ruperto Vergara, actual ministro plenipotenciario.

Vergara y su ilustre esposa, Mercedes Santa Cruz, pertenecen á la sociedad española desde que llegaron á Madrid, hace muy pocos meses, y en ella se ganan un puesto preferente por su distinción y llaneza. Vergara es un admirador del espíritu de nuestra cultura y de nuestras artes. Ha encargado á Benlliure un monumento al general Bulnes, héroe de la guerra del Perú, abuelo suyo; y el proyecto de Benlliure ha triunfado, siendo la primera vez que nuestros grandes artistas brillan en Chile. Vergara es un admirador de Sorolla y de Blasco Ibáñez, y como no se hallaría satisfecho en la ociosidad tranquila y mundana de las elevadas relaciones de su cargo, estudia y observa la manera de intentar cosas de gran provecho para los dos países, comenzando por estimular el intercambio intelectual, estrechando las relaciones de la prensa y resolviendo que los cambios sean más numerosos, las correspondencias de propaganda, más activas, los estímulos y las simpatías, más vivos.



Excmo. Sr. D. Ruperto Vergara y Bulnes, ministro plenipotenciario de Chile en Madrid.

Incorporado á la vida española para conocerla profundamente, no desconoce ya que nuestra agricultura necesita de los salitres chilenos para regenerar el cansancio de las tierras, y estimula con vehemencia á los Comités del salitre chileno en Londres para que ejerzan en España una acción más directa, consciente y viva.

Encuentra, al parecer, en nuestra nación inspiraciones múltiples á su talento, móviles á su voluntad, sentimientos de generosidad adaptables á una intensa compenetración hispanochilena, retardada por desconocimiento de conveniencias mutuas y por la defección de buenas comunicaciones directas que abaraten el pasaje y las mercancías y hagan más frecuentes las visitas de unos á otros, endulzando muchos días de lejanía.

En punto á comunicaciones por vapores directos el Sr. Vergara es un gran convencido, y no hay duda de que escuchará los clamores de la postergada Cádiz, cuna de la libertad española, que dió origen á la independencia americana.

Julián de la Cal.

Bélgica

La Exposición Universal de 1910.

El reciente certamen internacional de Zaragoza, cuyo buen suceso ha podido levantar el espíritu de los menos optimistas, forzosamente había de tener consecuencias en cuanto se refiere á la norma que ha de guiarnos en lo venidero si queremos que España se emancipe de esa falsa leyenda con que ha sido vilipendiada en el mundo. Extender nuestro campo de acción. ¿Quién duda la importancia de estas miras? Pero hemos de empezar, puesto que tan equivocadamente se nos juzga, por hacernos conocer y estimar, llevando nuestros géneros y productos, nuestros frutos y nuestras obras, allí donde pueden ser vistos y parangonados con los productos y géneros de los demás países.

Las Exposiciones universales han sido siempre elemento poderoso de vida para los pueblos, firme base de toda prosperidad; y es que tanto aquellos cuya superproducción necesita de mercados extranjeros para dar salida á sus existencias, como los que no producen cuanto pueden por temor al abaratamiento excesivo, encuentran solución á sus problemas sin más que haberse codeado con las otras naciones en una Exposición universal, haber presentado allí las muestras singulares de su riqueza y trabajo, y haberse puesto en condiciones de aprovechar para lo sucesivo enseñanzas y experiencias siempre útiles y altamente beneficiosas.

El actual ministro de Fomento, Sr. Sánchez Guerra, cuyo talento, competencia y acierto son reconocidísimos, lo expresó así recientemente, cuando tuvo el honor de clausurar en nombre de S. M. el Rey la Exposición de Zaragoza; y no lo expresó únicamente con palabras, sino con obras: decretando la asistencia de España á la Exposición Universal de Bruselas en 1910 y nombrando un delegado regio elegido entre las personas del Comité de la Exposición Hispano-Francesa.

Pero si de aplaudir es la iniciativa, y de esperar que el señor ministro amplíe y complete su obra adoptando la forma que estime de mayor eficacia á fin de asegurar los efectos beneficiosos de nuestro acto de presencia en el próximo certamen universal, nada podremos conseguir hasta empezar por lograr que la industria española y las manifestaciones todas del trabajo y la inteligencia nacionales se sientan á ello estimuladas y atraídas.

Hay que procurarlo á todo trance. La crisis económica de las actuales naciones gigantes y nuestros lazos históricos con Marruecos, nuestra proximidad al continente africano, emporio de la riqueza futura, vuelven á poner sobre el tapete los lauros de nuestra pasada grandeza, injertos en planta de más sano fruto, reverdecidos, como al soñado resplandor de un nuevo poderío, á la luz vivificadora de un mañana espléndido.

Y España, á pesar de los pesares y de las calumnias, no ha perdido aún las simpatías universales que le conquistaron en los siglos la hidalguía de su espíritu y el azul de su cielo.

Para su presencia brillantísima cuenta, además, con medios de que otras naciones ricas y muy poderosas carecen: son nuestras joyas históricas y envidiables reliquias, que en la Exposición retrospectiva de Brujas fueron el asombro de todos los visitantes.

Adelante, pues, y confiemos en el resultado.

El comisario regio español, D. Nicolás de Escoriaza, á quien tanto debe la industria española y de cuya iniciativa inteligente y laboriosidad incansable simultáneamente se benefician Granada, Zaragoza y Madrid, acaba de expresarlo así en su interesante Memoria al señor ministro de Fomento, presentada al regresar del primer viaje á Bruselas:

«La Exposición que se prepara será, por su magnitud, de las más importantes que se han celebrado hasta el día. De un millón de metros cuadrados de terreno y de un presupuesto de 25 millones de francos disponen sus organizadores; y como S. M. el Rey de los belgas favorece la empresa con su alto patronato, y es su presidente honorario Su Alteza Real el Príncipe Alberto, heredero del trono, no cabe dudar del éxito.

»La participación extranjera promete ser grandiosa, á juzgar por los terrenos comprometidos ya por Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Suiza, Holanda, Canadá y China, y por los preparativos que hacen otras muchas naciones.

»Se presenta para España una excelente ocasión de demostrar en el Extranjero lo que tan hermosamente supo demostrar últimamente en Zaragoza: que ha progresado mucho y que progresa de día en día; que tiene mucho y bueno que enseñar; que no es una entidad despreciable en el concierto del mundo, ni como industria ni como comercio.

»Y esta ocasión se presenta precisamente en un país que quiere y puede traficar mucho con el nuestro.

»Es evidente que á todos interesa el cooperar para que estemos dignamente representados.»

Ahora bien; ¿cómo estimular á los productores españoles? Dándoles con estas garantías del triunfo las facilidades todas: economía, buena instalación y gran propaganda; facilidades de que se ha preocupado ya el Sr. Escoriaza al tratar con el Comité ejecutivo de la Exposición, y que serán tanto mayores cuanto más numeroso sea el contingente de expositores y mayor el auxilio moral y material que el Gobierno pueda prestar á su comisario.

De que éste no ha de faltarle en la medida de lo posible son garantía los arrestos del actual ministro de Fomento, cuyas primeras iniciativas en este asunto han sido tan acertadas y fructuosas.

Nuestros productores pueden estar seguros de que sus esfuerzos no han de resultar estériles esta vez. Preciso es, por tanto, que, en bien suyo y en el de España toda, no los regateen; pues prestándose ahora á colaborar, como en Zaragoza lo hicieron, nuestro pabellón quedará bien plantado en Bruselas.

M. M. V.

INFORMACIONES

Política

La intolerancia religiosa.

Cristalizó en el discurso del Sr. Moret en Zaragoza la tendencia á una reintegración en el Poder civil de todas sus prerrogativas para el rescate de la libertad de conciencia detentada; y las pasiones en acecho de los elementos reaccionarios, susurrando amenazas contra ese movimiento, han resucitado de nuevo en España la cuestión de la intolerancia religiosa.

***

La intolerancia religiosa es un contubernio de la fe (posición irreflexiva del espíritu) con la fuerza. Su operar interno es nulo, porque el entendimiento, con relación á las verdades de la fe, es sólo un recipiente pasivo que está privado de toda actitud activa. Tales verdades, en efecto, no admiten ningún por qué ni grados de desenvolvimiento. Se aceptan y profesan ya definitivamente modeladas. La inteligencia humana, aunque parezca absurdo, no puede concebir aquéllas ni mejor ni peor, ni otras contrarias. La fe le venda los ojos, y la voluntad es la que decide. He aquí el caso de aquel que recibe una moneda sin verla. Lo cual no será obstáculo para que la moneda pueda ser falsa.

En su actuación externa, de dentro á fuera—verdadera intolerancia—, es una violencia que se ejerce sobre la libertad ajena y que se erige á expensas del respeto humano. Es agresora y opresora. Apodérase de las llaves de todas las conciencias y define á su placer el destino del hombre, reclamando para que lo cumpla la acción coactiva del Poder civil.

Surge el Estado creyente, tipo de regresión, atávico, que hace la política de la intolerancia religiosa. Y ésta sobre el tejido colectivo social borda entonces la historia de su dominación, tan bellamente descriptiva á veces. Y decreta la abolición de todas las verdades filosóficas que no están cimentadas en su fe. Y declara su odio al que, soberano de sí mismo, tiene otra individualidad religiosa. Y le persigue como á pieza de caza. Lo que, en el fondo, no es otra cosa que el disfrute de un régimen proteccionista para determinadas creencias; un sistema de prohibiciones legales que convierten el territorio en religioso coto cerrado. Y es algo más grave, porque representa también un monopolio industrial de los salvoconductos para la gloria eterna.

De esos desposorios de la Iglesia (Arca Santa de la Intolerancia) con el Estado nace una abundante prole clerical que, si en la matriz eclesiástica adquiere su configuración, además, se alimenta en ella del dogma que subordina la sociedad civil á la religiosa, y somete el poder de la primera al gobierno de la segunda. En ese dogma troquel se hace una reacuñación del concepto del Estado, que queda definido como una sociedad política regida por el poder soberano de la Iglesia. Y con esa moneda equípase

la nación como bajel clerical, con derrota á Roma, piloteado por el clero y sus obispos, las Asociaciones religiosas y sus representantes en los grandes Sindicatos clericales.

Por todo esto, ¿será posible que de hoy para siempre la barca de Pedro no navegue jamás por sus aguas, y la nave del Estado por las suyas?

***

Esos estados de agresiva dominación tienen como factores más importantes: por sus conveniencias materiales, el clero, el fraile y la plutocracia; por fanatismo, la mujer.

A la hora actual, para el primero la intolerancia, más que una cuestión de fe, es una cuestión de peculio. Es la defensa de los derechos de estola y pie de altar, que sufrirían una importante merma si se admitiese que el hombre que vive ordenado por los dictados de una honrada conciencia puede salvarse sin el auxilio de la Iglesia. No debe tolerar el matrimonio civil, porque cada matrimonio de esta clase resta un doble ó triple ingreso por la no celebración de ese sacramento ni el del bautismo de los hijos. Tampoco es posible que tolere el enterramiento civil, porque por él no se devengan derechos de funerales, transportes y aniversarios de difuntos. Toda transacción en este sentido le mostraría como impulsor de la ruina de la Iglesia, que cada día se vería privada más y más de tantos y tantos legados como se otorgan para su sostenimiento y culto por la salvación de las almas.

Para el fraile la intolerancia es una condición de su existencia. Por eso sus manos, ungidas con bendiciones, se deleitaron en la tortura y encendieron con tan vivo fervor los braseros en las quemazones piadosas: ¡las mismas manos que se tienden hoy amorosamente hacia la niñez! «Dadnos vuestros hijos—dicen—, que nosotros los educaremos en la única y verdadera fe.» Y al tiempo que se les confía ese material humano, inocente, blando, dócil, lo moldean y elaboran para el ideal de las supersticiones, sojuzgando de este modo el alma de la juventud del mañana. Esa juventud á la que cuando una idea florezca en su cerebro, y por ella en los labios brote una pregunta, le exigirán que humille la cerviz y doble la rodilla y ore. Esa juventud que luego, al constituir una familia, llevará el fraile á su hogar y le hará partícipe en su patrimonio. Esa juventud que más tarde, en la vida pública, será la defensora del fraile, sus riquezas, privilegios y franquicias.

A estos fines concurre también en España la plutocracia, por el pacto que tan magistralmente señaló con el cincel helénico de su palabra el insigne Melquiades Alvarez, demostrando cómo en ese pacto—alianza simoníaca—llega la Iglesia del brazo de los patronos hasta el exceso de declarar el *boycottage* á los obreros que no presentan la «papeleta de comunión».

Mas el mejor baluarte de la intolerancia es la mujer. Su espíritu fórmase en los deliquios del confesonario, donde su inteligencia absorbe fácilmente, como una esponja, las visiones misteriosas de la vida ultraterrena y de las bienandanzas religiosas, y donde rinde su corazón en la comunicación constante de sus más hondos y dulces secretos con deliciosas exaltaciones, como si allí, de manos del confesor, bebiera el soma sagrado. Así llega á la cumbre del fanatismo, que es la misma de la intolerancia, ella, la mujer, la que, según la expresión feliz de un escritor, gobierna este mundo con toda la potestad de un déspota, aunque su cetro sea sólo de amor. Y desde esa cumbre, con el fuego íntimo de sus palabras, quiere y manda que el hombre mire por su prisma espiritual, y también los hijos de su alma.

La propia consubstancial ignorancia del pueblo no permite agruparlo entre los fac-

tores citados. Su vida psicológica es escasa. Apenas si de ella muestra indicios en las rogativas de los días de sequía, en que pretende atraer las nubes de agua con nubes de incienso, ó en sus holgorios el día del Santo Patrono, festejado con danzas lujuriosas, empinando la bota rebosante y suscitando querellas, cuya última palabra la dicen las navajas en la puerta misma de los santuarios.

***

Tenía razón aquel amigo de Renan cuando le dijo: «El hombre hace lo que quiere, y cree lo que puede.» Mas ¿cuál es la condición de los que en España nacen sin fe religiosa? Aunque para el progreso de la Humanidad han corrido muchos años desde los tiempos de Inocencio III, de Felipe II y del imbécil Carlos, todavía vive en el intolerante español el espíritu de los inquisidores, que persigue y escarnece con frases de injuria y con actos de agravio toda manifestación de la llamada libertad de conciencia, sobre la cual descarga, cuando menos, los anatemas del *Syllabus*.

¿Y esta política de la intolerancia ofrece como resultado una supremacía moral en las costumbres? Nadie la ve en las estadísticas de la criminalidad, en las de filiaciones ilegítimas, ni en esas otras que evidencian cómo los patronos católicos de las fundaciones benéficas han despojado á éstas de sus bienes. Y es que las doctrinas que defienden la intolerancia tienen un capital de máximas, y ni un ochavo de buenas acciones. En la práctica hacen recordar el caso de aquel fraile que predicaba la honradez, teniendo en la manga un faisán robado.

Sin embargo, esta política reclama para sí todas las libertades. La libertad para la calumnia desde la cátedra sagrada. La libertad para la amenaza á los Poderes públicos. La libertad para captar fortunas con promesas de salvación. La libertad para secuestrar la doncellez en los claustros. La libertad para ahogar por todos los medios cualquier progreso en la vida del país. La libertad para enroscarse al alma nacional como una serpiente maldita.

¿Será descatolizar á España el oponerse á todas esas demasías? ¿Se considerará injusta la vigorización de leyes que preceptúen el más sagrado respeto á la fe religiosa, moral, cualquiera que ella sea, de todo ciudadano, llegando en su día á la libertad de cultos? Yo prescindo de contestar á la última parte de estas preguntas, porque opino que no hay derecho á la superstición, y considero (H. Spencer) todos los cultos como variantes de un sistema de supersticiones.

Al combatir ahora y siempre la intolerancia religiosa, presto mi adhesión espiritual sólo á las sublimes enseñanzas de Jesús y á la de su divina parábola del hombre herido en el camino de Jericó.

Enrique Sandino.

Financiera

Asamblea de intermediarios oficiales de comercio

Los Colegios de Agentes de Cambio y Bolsa y Corredores de Comercio de Madrid y Bilbao han invitado á los demás Colegios de España á la celebración de una Asamblea interprovincial que tendrá lugar en la segunda quincena del presente mes.

Las adhesiones recibidas han sido numerosas, y es de esperar concurran representaciones de todos los Colegios.

Las sesiones de apertura y clausura serán presididas por el ministro de Fomento.

En ella se tratará principalmente de la defensa de la clase y establecimiento de armónicas relaciones entre los intermediarios de las diferentes plazas, de la unificación de los Aranceles, de la creación de una Junta Central Delegada que estudie, encauce y dirija las reformas necesarias, y del nombramiento de una ponencia que redacte un reglamento definitivo de Bolsas de Comercio, adaptado á las necesidades y prácticas mercantiles, que ha de ser sometido á la aprobación del Gobierno.

La proyectada Asamblea ha despertado el interés del público, y principalmente de las entidades bancarias y mercantiles, íntimamente relacionadas con los negocios bursátiles.

Sociedad General Azucarera

Podemos asegurar fundadamente que la nueva emisión de obligaciones propuesta por el Consejo de Administración de esta Sociedad se ve muy solicitada, como lo prueba, entre otras cosas, el entusiasmo con que varios particulares y algunos accionistas de Zaragoza, ayudados por un Banco local y tal vez por una entidad mercantil de Barcelona, han ofrecido *veinte* millones de pesetas, suma suficiente para asegurar la totalidad de la emisión.

No nos sorprende este resultado, ni nos extrañaría que nuevos grupos financieros concurrieran á disputarse una operación que, según los datos conocidos, deja un buen margen de beneficio para el suscriptor, dado el pequeño interés del dinero en los mercados.

Creemos, sin embargo, que la nueva emisión no se llevará á efecto, porque necesariamente tiene que pasar por el trámite de su aprobación en una nueva Junta extraordinaria, y cada día aumenta el número de los accionistas que conceptúan la operación como perjudicial para los intereses sociales, y por ello, muy fácilmente la Junta general puede denegar la aprobación del proyecto.

Nortes y Alicantes

Ha causado siempre gran extrañeza que, á pesar de existir en la plaza de Madrid gran número de clientes interesados en especulaciones y jugadas sobre estos valores, que mandaban sus numerosas órdenes á cumplimiento en las plazas de París y Barce-

lona, no se hubiese abierto un mercado regular y constante sobre los ferrocarriles españoles en la Bolsa de Madrid. Esto era debido á las dificultades de *report*.

Según nuestras impresiones, en el presente mes ha de abrirse amplio mercado sobre Nortes y Alicantes, pues son varios los Bancos y banqueros que piensan dar facilidades á la plaza de Madrid, dedicando cantidades de importancia á las dobles de esos valores.

Con ello todo el mundo saldrá beneficiado, y el cambio de nuestros ferrocarriles no quedará á merced de la dirección é impresiones del mercado parisiense, como hasta aquí ha venido ocurriendo.

Empréstito ruso

Hace ya varios días quedaron definitivamente fijadas las condiciones de emisión del nuevo empréstito ruso destinado al reembolso de los bonos del Tesoro ruso emitidos en 1904 al 5 por 100 de interés.

Se emite por un total de 1.400 millones de francos nominales, á 89 $^1/_4$ por 100, con cupón 15 de enero último y 4 $^1/_2$ por 100 de interés.

La emisión se hará, á la vez que en Rusia, en Francia, Inglaterra y Holanda.

La operación promete ser un acontecimiento financiero de importancia.

La suscripción quedó abierta el 22 de enero último.

Bolsa de Madrid.

Situación general del mercado

La solución pacífica del problema de Oriente, la tranquilidad política interior, ajena á proyectos financieros de importancia, y principalmente las cantidades de cupones y dividendos repartidos por las empresas mercantiles é industriales de toda especie, como final de ejercicios económicos, reportan al mercado grandes disponibilidades de dinero á colocación, que han producido un alza general en todos los valores.

La liquidación del pasado mes se ha hecho con gran normalidad y abundancia de dinero, y es de esperar que las impresiones y buenas tendencias de los mercados, tanto nacionales como extranjeros, se acentúen si algún acontecimiento político no viene á perturbar la buena marcha de las Bolsas.

Valores del Estado

Tanto el Interior 4 por 100 como los Amortizables 4 y 5 por 100 se presentan animadísimos y con abundante dinero en sus respectivos corros.

Las operaciones de fin de mes y las posiciones de los jugadores son escasas y de muy pequeña importancia, estando dominado el mercado por la firmeza y solidez que presenta el contado.

Valores industriales

Banco de España y Tabacos.—Contrasta la firmeza general de la Bolsa con la flojedad de estos dos valores, que, en general, es atribuída á los recelos que al mercado inspira la discusión y aprobación de la ley del Banco que el ministro de Hacienda tiene presentada á las Cortes.

Al Banco de España le afecta directamente, porque disminuiría sus beneficios á repartir, y á las acciones de la Compañía Arrendataria de Tabacos, por el fundado temor de que el Banco se viera obligado á vender parte de su cartera de Tabacos.

Fuera de esta circunstancia, son estos valores de los mejor conceptuados en plaza y de los que ofrecen un buen interés al capital.

Altos Hornos.—Se presentan con una gran firmeza, no sólo por la buena marcha del negocio y excelente administración, sino también por la adjudicación á favor de la casa Vickers de la construcción de la escuadra, con la cual, y otras entidades españolas, está en relación esta Sociedad para la participación en el negocio.

Azucareras.—A pesar de que la pasada liquidación se ha hecho con gran abundancia de dinero y pequeñas dobles, el corro no está lo firme que debiera, á consecuencia de los proyectos de emisión de nuevas obligaciones que gestiona el Consejo de Administración de esta Compañía, y que, en general, merecen la desaprobación de la mayor parte de los accionistas, como por separado damos anteriormente cuenta al tratar de este punto.

Río de la Plata.—Se acaba de cortar el cupón de este valor, repuesto en parte por el mercado.

La tendencia es indudablemente de alza, y la liquidación se ha hecho con gran escasez de papel.

Es uno de los muy pocos valores que, ofreciendo sólida garantía, producen al capital un interés elevado, como lo es el 7,20 por 100 á los actuales cambios, por cuya razón concurren al mercado constantes órdenes de compras de importancia al contado, que en muchos casos son surtidas por el arbitraje con Buenos Aires y París.

Valores varios

Los demás valores, cédulas y acciones del Banco Hipotecario, Español de Crédito, Banco Hispano Americano, Resineras, etc., bien impresionados y con tendencia alcista.

José María del Valle.
Agente de Cambio y Bolsa.

Científica

Á pesar del tiempo transcurrido y de la rapidez con que todos los asuntos se hacen «viejos», la catástrofe de Italia sigue siendo «la actualidad» en el mundo entero. Realmente, la intensidad del cataclismo, jamás igualada, merece que no se olvide tan pronto

como otros acontecimientos. Y como la confusión de los primeros días no era apropiada para hacer estudios, y todo el mundo se preocupó de salvar á los heridos y socorrer á los supervivientes, ahora es cuando empiezan á recibirse noticias de interés científico que merecen ser recogidas en una revista como la presente.

Oddone, geólogo italiano de fama, ha visitado un laboratorio sísmico subterráneo instalado en un montículo próximo á Mesina, y, gracias á la observación de los aparatos registradores, ha podido obtener datos precisos sobre el terremoto del 28 de diciembre. Según este sabio, el movimiento comenzó á las 5 y 21 minutos por un ligero temblor, cuya fuerza fué en aumento durante diez segundos y disminuyó durante otros diez. Pasados dos minutos de calma, prodújose la segunda sacudida, la que originó la catástrofe. Después los aparatos registraron temblores menos intensos á las 5,45, á las 5,53 y á las 9,5, que en los días sucesivos continuaron y continúan todavía.

La terrible sacudida de las 5,23 se originó muy cerca de Mesina, y, según todas las probabilidades, debióse á un derrumbamiento interno, acompañado de penetración de agua en las rocas y explosiones subterráneas. El Strómboli y el Etna no han presentado ningún fenómeno anormal durante el terremoto ni en los días subsiguientes.

La oscilación experimentada por el mar ha debido de ser grande, aunque no tanto como se dijo en los primeros momentos. El mareógrafo registró una oscilación máxima de 22 centímetros; en 1905 llegó á ser de 10.

En Mesina como en Reggio, las casas que más han sufrido son las edificadas sobre líneas de separación entre terrenos de desigual consistencia. Las construídas sobre terrenos firmes y homogéneos han resistido más. Donde los cambios han sido más profundos es en el fondo del mar: lugares del estrecho de Mesina en que la sonda había dado 420 metros no tienen hoy más que 170 y aun menos. Imagínese el efecto producido por tan colosales levantamientos de la corteza terrestre.

Parece que los italianos piensan reconstruir completamente las ciudades de Mesina y Reggio; pero esto será una imprudencia que costará cara á los futuros habitantes de ambas. Hoy por hoy, el hombre no está en condiciones para luchar de potencia á potencia con las fuerzas naturales.

***

El hallazgo del hombre fósil de la Chapelle-aux-Saints ha renovado entre los antropólogos las discusiones que originó el *Pithecanthropus erectus* de M. Dubois y que originan siempre estos sensacionales descubrimientos. Desde que Darwin dijo, no que el hombre procede del mono, como cree el vulgo y como lo han propalado los espíritus fanáticos, sino que el hombre y los monos antropomorfos tienen un antepasado común, hay una infinidad de antropólogos y de *amateurs* que está siempre arma al brazo esperando se descubran restos de ese antepasado; y cuando M. Boule, recientemente, ha publicado su descubrimiento del hombre fósil, esos antropólogos han cantado victoria: ¡al fin se ha hallado el *missing link* entre el hombre y los simios! ¿Cuándo se convencerán de que ciertos espíritus no habían de reconocer ese parentesco aun cuando se les diera las pruebas más fehacientes de él? ¡Son tan grandes los prejuicios, los intereses que se oponen á ese reconocimiento!

Descartando, pues, las consecuencias que pueda tener el hallazgo de M. Boule para la filogenia de nuestra especie, y limitándonos al hecho en sí, el hombre fósil de la Chapelle-aux-Saints es, así y todo, interesantísimo. Su cráneo dolicocéfalo, de aspecto bestial y caracteres marcadamente simios, llama la atención por el enorme espesor de

los huesos, por la forma plana de la bóveda, por la inclinación hacia atrás de la frente, por el gran desarrollo de las arcadas surciliares y por la fuerte depresión de la parte occipital, muy deprimida. La cara es no menos extraordinaria. El prognatismo, es decir, la inclinación de la mandíbula hacia adelante, es considerable; las órbitas, grandes y salientes; la nariz, corta y ancha, y está separada de la frente por una depresión. El maxilar superior se proyecta en forma de hocico; la bóveda palatina es muy larga, y los bordes de la arcada alveolar son casi paralelos como en los antropoides.

En suma: los caracteres de este cráneo son, exagerados, los mismos del famoso cráneo de Neanderthal. Si pertenece á un hombre, no se conoce ninguna raza tan inferior y tan primitiva. Boule dice que si se tratara de un carnicero ó de un rumiante, no se dudaría en hacer de él una nueva especie.

«Lo que me parece cierto—añade—es que, por el conjunto de sus caracteres, el grupo de Neanderthal-Spy-la Chapelle-aux-Saints representa un tipo inferior que se aproxima á los monos antropoides mucho más que ningún otro tipo humano.»

El hombre de la Chapelle-aux-Saints no conocía el fuego; al menos, en la cueva donde se ha encontrado su esqueleto no había trazas de hogar. En todo caso, no sabía fabricar sino objetos groseros; las ideas artísticas y científicas no habían germinado en su pobre cerebro. El hombre cuaternario de los pisos superiores era ya mucho más perfecto que este respetable antepasado, cuyo origen se remontará, probablemente, al fin del período plioceno.

***

La Química se enriquece diariamente con el descubrimiento de nuevos cuerpos simples. El último de que se tiene noticia, el *nipponio,* ha sido aislado en Tokío por el profesor Ogawa, y en la clasificación periódica de los elementos ocupa el lugar intermedio entre el molibdeno y el rutenio. Su símbolo es *Np,* y tiene dos óxidos: uno básico y otro ácido, que se reduce muy fácilmente por la acción combinada del cinc y del ácido clorhídrico. El *nipponio* se presenta bajo la forma de cristales muy pequeños, de color amarillento rojizo, muy duros, que rayan el vidrio y cuya densidad es de 4,5.

***

El telégrafo nos ha anunciado que la Fotografía, esa maga de los tiempos modernos, acaba de descubrir un nuevo planeta. Los astrónomos saben que este hecho se da casi diariamente: sólo de 1898 á 1901 se descubrieron 47; y la lista de los asteroides conocidos se eleva ya á 659, situados todos entre Marte y Júpiter. Pero esta vez el descubrimiento, si se confirma, porque es muy difícil distinguir en la placa fotográfica los astros nuevos, y siempre transcurre mucho tiempo entre las primeras observaciones y la catalogación definitiva del cuerpo celeste, tendría gran importancia por tratarse de un planeta grande, ultraneptúnico, que agrandaría considerablemente el dominio del Sol en el espacio.

Hace poco más de un siglo sólo se conocían siete planetas: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno y la Luna, que como tal se consideraba. El 13 de marzo de 1781 un músico que después fué astrónomo, Herschel, descubrió un nuevo astro que al principio fué tomado por un cometa y bautizado sucesivamente con los nombres de *Georgium sidus* (de Jorge III), *Neptuno, Herschel, Astrea* y *Urano;* este último fué el que prevaleció. Y en 1846 Le Verrier halló en el cielo el planeta que hasta ahora ha marcado el límite del sistema solar: *Neptuno.* Después se ha hablado muchas veces de planetas ul-

traneptúnicos é intramercuriales, y hasta se ha dado á uno de estos últimos el nombre de *Vulcano;* pero no parecía probable que el dominio del Sol se extendiera á distancias tan enormes. Se recordará que, según la ley que unos llaman de Bode y otros de Ticio, consecuencia de los cálculos de Kepler, dividiendo la distancia de la Tierra al Sol en diez partes iguales, la distancia media de los diferentes planetas al astro central es 4 para Mercurio, 7 para Venus, 10 para la Tierra, 16 para Marte, 24 para los asteroides, 52 para Júpiter, 100 para Saturno y 196 para Urano. Así, Mercurio gira á 46 millones de kilómetros del Sol; Venus, á 107; la Tierra, á unos 150; Marte, á unos 200; Júpiter, á 800 aproximadamente; Saturno, á 1.400; Urano, á 2.800; Neptuno, á 5.000; y siguiendo esta progresión, el nuevo planeta estaría á unos 10.000 millones de kilómetros del astro-rey. Para darse cuenta de esta distancia, bastará decir que la luz y el calor recibidos por Neptuno son un millón trescientas mil veces menores que los que recibe nuestro planeta; y que desde ese inmenso globo, envuelto en una eterna noche, el Sol se verá como una estrella de segunda magnitud. Si en este mundo hay habitantes, ¿habrán descubierto por acaso que esa estrellita, menor que Aldebarán ó que Pólux, es el centro del sistema á que su globo pertenece? Y si el nuevo planeta está habitado, ¿podrán suponer el mismo hecho sus *hombres,* que sólo podrán ver al astro-rey con ayuda de potentes telescopios? Estas consideraciones bastan para convencernos de la relatividad de todos nuestros conocimientos. ¿Quién sabe si el movimiento de nuestro sistema hacia la constelación Hércules no será sino una rotación en torno de una estrella que á nosotros nos parezca insignificante, y que, sin embargo, será el resto de la nebulosa que dió origen al Sol y á otros astros, como el Sol es el resto de la nebulosa que dió origen á todos los planetas del sistema? Y ¿quién sabe si más allá del mundo recientemente descubierto habrá otro y aun otros que nunca conoceremos? La nebulosa solar, en el estado primitivo, ocupaba un espacio mayor que las órbitas de los últimos cometas; y el de Halley llega á veces á la distancia de 300 millones de kilómetros del Sol. ¡Imagínese, pues, lo que puede haber en el enorme espacio que se extiende desde estas lejanías insondables á los 4.527 millones en que se cierne el opulento Neptuno!

Hora es de que nos vayamos convenciendo de la hipérbole que encierra el título de *Rey de la Creación* que el hombre se ha adjudicado graciosamente...

Juan Téllez y López.

Bibliografía (1)

La ciudad de la niebla, novela de D. Pío Baroja.

La ciudad de la niebla es segunda parte y final de *La dama errante.* Ambas novelas llevan como título común uno muy significativo: *La raza.* En ellas parece que el Sr. Baroja intenta presentar un cuadro expresivo de cómo las condiciones más altas de nuestro temperamento, la brillantez, la generosidad, la voluntad indomable, han venido, por la corrosiva influencia del tiempo, por cansancio, á reducirse á una triste desigualdad, á

(1) Encargado de dar aquí cuenta mensualmente de los libros que me parezcan merecedores de una noticia, considero un deber avisar á los autores y editores que si tienen la debilidad de desear conocer mi opinión acerca de sus obras, deben dirigir un ejemplar á mi nombre, Daniel López Orense, á la Redacción de *Diario Universal,* Florida-blanca, 1, en Madrid, independientemente del que envíen, como es costumbre; á la Redacción de esta Revista.

un profundo egoísmo, á una dolorosa inconsistencia.

El Sr. Baroja tiene un originalísimo temperamento de aventurero teórico. Siente el culto del *pícaro,* del hombre sin fortuna y sin escrúpulos, del gran egoísta rebelde á todas las disciplinas, exceptuando la que le impone la propia conveniencia, que cruza los caminos y se deja arrastrar por la casualidad y por la fantasía, sin más voluntad que la de encontrar al final de todas sus aventuras un pedazo de pan para comer y un techo bajo el cual reposar. Siente el autor de *La busca,* como ningún otro escritor de su época, la intensa poesía de la vida de esos hombres esclavos de la aventura, enamorados de lo imprevisto, maestros en todas las artes del engaño, verdaderos precursores del superhombre nietzschano.

La sinceridad de este sentimiento del señor Baroja da á sus libros una gran belleza. Ellos son espontáneos; en ellos no hay artificio. Y esta virtud insuperable de la espontaneidad, de haber sido escritos á impulso de un sentimiento sincero é impetuoso, aleja de nosotros todo deseo de censura. En arte, el artificio es lo más lamentable. Una página sincera, expresiva de ideas y sentimientos simpáticos, halla eco en nuestra alma y en ella despierta una emoción. ¿Y para quién ha de ser nuestro agradecimiento sino para aquel que sabe emocionarnos bellamente?

El estarle agradecidos nos impide censurarle sus descuidos, sus innumerables descuidos, no sólo de forma, sino de composición. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, que en la *Feria de los discretos* uno de los personajes queda en un tejado, sin que en el resto de la novela se vuelva á ocupar de él el autor? Esto tiene mucha gracia, indudablemente; pero es un defecto. Un novelista de ahora tiene la obligación ineludible de dejar á todos sus personajes, al finalizar la novela, en situaciones lógicas. Y no es fácil ver la lógica de la situación de ese personaje á quien el Sr. Baroja coloca en un tejado para no volverse á ocupar de él.

En *La ciudad de la niebla* no se tropieza con descuidos de esta magnitud. Pero se tropieza con otros, especialmente de lenguaje, bastante considerables. Todos se los perdonamos, sin embargo, en gracia á la espontaneidad, al impulso sincero que guía la pluma del Sr. Baroja al escribir.

También contribuye á esta benevolencia para con el Sr. Baroja su fantasía, su facilidad de invención, su amor á los tipos raros, á los paisajes que los buenos burgueses no vacilarían un instante en calificar de feos. Paisajes de Londres, paisajes de fango, de humo, de negrura; paisajes reveladores de miseria y de dolor; tipos de aquellos á quienes Gorki tituló un día exhombres, bien hallados en medio de esos paisajes, hondamente trágicos: todo ello tiene expresión justa, intensa, profundamente bella, en el libro del Sr. Baroja. Y siendo nosotros, los novecentistas, hombres curiosos de la vida, amigos de conocer lo que no conocemos, ¿cómo no hemos de guardar lo mejor de nuestro agradecimiento para este novelista, que sabe dar un extraordinario poder de evocación á sus cuadros de vida misérrima y dolorosa, cuadros de la vida más ignorada por nosotros los que, por un azar de la fortuna, estamos en la agradable situación de no saber de ella más que por los libros?

***

Sor Demonio, novela de D. Felipe Trigo.

El Sr. Trigo es un novelista fecundo: esto ya lo hemos dicho varias veces hablando de diversos libros de este señor en nuestras crónicas literarias del domingo en *Diario Universal.* Además, no es necesario decirlo. Que el Sr. Trigo es un novelista fecundo, lo sabe, sin necesidad de que se lo diga ningún crítico, todo el que se haya fijado en el número de novelas que publica anualmente. Si la cantidad perjudica á la calidad, es cosa muy discutible. Para juzgar de eso con acierto, habría que dilucidar, por ejemplo, y como cuestión previa, si Balzac es más ó menos grande que Flaubert. Balzac lo sacrificó todo á la extensión; Flaubert, á la intensidad. Los dos son grandes; los dos llevan camino de permanecer sin que el tiempo los destruya. Así, pues, es muy posible que al cabo viniésemos á dar en el convencimiento de que eso de la fecundidad no tiene nada que ver con la bondad; de que un novelista puede ser fecundo y ser bueno, y puede ser poco fecundo y ser malo; de que eso de la fecundidad, la fa-

cilidad de crear, es una facultad más de los escritores, como la de hacer buen estilo ó la de evocar poderosamente.

El Sr. Trigo es, pues, un novelista fecundo. La cuestión ahora está en saber si, además de fecundo, el Sr. Trigo es un novelista bueno. Cuestión grave, si las hay. Porque dictaminar acerca de la bondad ó maldad de un escritor cuya obra tiene ya en su favor el haber triunfado del tiempo, es, hasta cierto punto, fácil; pero decidir esto mismo de otro escritor que se halla en plena batalla, que además adopta un gesto revolucionario, que es por unos combatido sañudamente y ensalzado sin tasa por otros, nos parece cosa grave y arriesgada en extremo.

En nuestra humilde opinión, el Sr. Trigo es un buen novelista que escribe mal. Esto á muchos les parecerá un contrasentido. Pero es virtud muy general en los contrasentidos la de tener amplia base de verdad. El señor Trigo tiene todas las condiciones necesarias para ser un buen novelista, si se exceptúa la de saber escribir. Y sentimos mucho tener que poner en duda si el Sr. Trigo sabe escribir ó no.

El Sr. Trigo goza de una poderosa facultad de crear; el Sr. Trigo sabe dar á sus narraciones un gran interés; el Sr. Trigo acierta á pintar sus personajes con caracteres firmes, vigorosos; el Sr. Trigo acierta también, con grandísima frecuencia, á infundirles extraordinario calor de vida. El Sr. Trigo sabe hacer todas estas cosas, fundamentales en un novelista. Pero ¡ay!, el Sr. Trigo no sabe escribir.

El cree que sí, que sabe; está convencido, además, de que desempeña una misión de alta literatura al estropear el idioma castellano. Hasta, según parece, se propone explicarnos en el prólogo de un libro próximo las razones que tiene para adoptar frente á nuestro idioma una actitud tan fiera, tan sañudamente fiera. Como no tenemos el orgullo de nuestra infalibilidad, esperamos con verdadera ansia la aparición de ese prólogo para buscar en él las razones del Sr. Trigo y poner toda nuestra voluntad en dejarnos convencer. ¿Quién sabe si el Sr. Trigo ocultará alguna razón transcendental que justifique su actitud de un modo completo y definitivo?

Con nuestra humildad acostumbrada, hemos apuntado ya en otro lugar, hablando de algún libro del Sr. Trigo, que acaso intentase, mezclando de esta manera en su estilo galicismos, italianismos y portuguesismos con las frases puramente castellanas, una tan perfecta fusión de estos cuatro idiomas que de ella resultase uno tan solo, base de la futura federación latina. Este fin transcendental ya disculparía un poco los atropellos que el Sr. Trigo comete con el castellano; pero, en cambio, haría aparecer su actitud un poco quijotesca y, por tanto, ligeramente expuesta al ridículo. Claro es que esto del ridículo no haría mella en él, convencido seguramente por la experiencia de muchos siglos de cómo todos los apóstoles de una idea comienzan siendo ridículos y acaban por ser poco menos que adorados. ¿Quién sabe el porvenir que aguarda al apostolado del señor Trigo?

En *Sor Demonio* se traza de una manera vigorosa la figura de un «marido hidalgo y metafísico». Si D. Juan Valera, en su famosa polémica con D. Ramón de Campoamor, no hubiese dejado ya bien demostrada la poquísima utilidad de la metafísica, este libro del Sr. Trigo hubiese sido un buenísimo argumento en pro de la dicha inutilidad. Se trata de un señor que tiene sospechas metafísicas de que lo engaña su mujer, y que metafísicamente quiere confirmarlas. La metafísica lo arrastra de tontería en tontería hasta el desastre final. Su mujer lo engaña efectivamente, cansada de la metafísica del marido. Por donde venimos á parar en el convencimiento de que la metafísica no es ya sólo inútil, sino también perjudicial.

En este libro hay páginas de un interés agudo y cruel, que muchas veces trajeron á nuestra memoria las del *Primo Basilio,* del gran Eça de Queiroz.

Es una verdadera lástima que el Sr. Trigo se imponga la tarea de destrozar nuestro idioma. Escribiendo en castellano puro y sencillo ganarían mucho sus novelas. Empeñándose en ser un reformador del lenguaje, sobre todo cuando se trata de hacer la reforma por procedimientos arbitrarios ó caprichosos, sólo conseguirá el Sr. Trigo atraer sobre sí las iras de los infinitos señores que todavía conservan el buen gusto de amar la

expresión pura y noble, la dicción elegante y correcta que ha distinguido siempre á los buenos escritores castellanos.

***

Historia de la novela desde el romanticismo hasta nuestros días, por D. Andrés González-Blanco.

Don Andrés González-Blanco pertenece á una numerosa familia de escritores. Es crítico, poeta y novelista. Sus versos—ya hemos tenido ocasión de decirlo á pesar de que no han sido reunidos todavía en volumen—son deliciosos. Sus novelas, muy escasas, dejan adivinar en él á un novelista de importancia. Pero versos y novelas, perdidos en colecciones de periódicos, no permiten al crítico formar juicio definitivo acerca de la joven personalidad del Sr. González-Blanco. Hasta ahora, solamente como crítico podremos hablar de él con fundamento, porque sólo sus obras de crítica han tenido la suerte de ser coleccionadas, y, por tanto, de presentarse al lector formando un todo homogéneo en que puedan ser apreciados convenientemente los distintos aspectos del temperamento literario del autor.

Ante todo, convendría preguntar si el señor González-Blanco es crítico. Para ser crítico se necesitan dos condiciones fundamentales: tener serenidad de juicio y cultura. El Sr. González-Blanco tiene cultura, mucha cultura, abundante y variada cultura; el señor González-Blanco ha leído una prodigiosa cantidad de libros. Pero el Sr. González-Blanco no tiene serenidad de juicio. Esto es muy triste para el Sr. González-Blanco.

El Sr. González-Blanco juzga á los escritores como un mundano podría juzgar á sus compañeros de sociedad. Los divide en amigos y enemigos. Á los amigos los elogia; á los enemigos los censura. Y éste es un gravísimo defecto. La crítica está por encima de toda amistad. El crítico debía ser un hombre extraordinario, sin amistades, sin enemigos, sin más relación con las gentes que la puramente intelectual; un hombre que viviese en una torre aislada adonde no llegasen de los hombres más noticias que sus obras. Sólo en esta forma podrían los juicios del crítico tener ciertas garantías de acierto.

Y el Sr. González-Blanco, debemos confesar, aunque sea muy triste, que no se aisla, que más bien busca la sociedad de los literatos. De aquí su extremada parcialidad; la que, por ejemplo, le hace decir que el señor Insúa escribe muy mal, y que el Sr. Francés escribe muy bien. ¿Cómo aceptar este juicio del Sr. González-Blanco? Prescindamos de las condiciones de novelista que tengan el Sr. Insúa ó el Sr. Francés; pero en lo que se refiere á la parte puramente externa de su arte, al idioma, ¿hay alguien que se atreva siquiera á poner en duda que el Sr. Insúa escribe mejor que el Sr. Francés?

El Sr. González-Blanco es un hombre apasionado, excesivamente amigo de sus amigos, excesivamente enemigo de sus enemigos. El Sr. González-Blanco no sabe aislarse en su torre de marfil—muy útil para el crítico, aunque completamente desacreditada para el poeta lírico—. Y esta incapacidad para el aislamiento, este dejarse arrastrar de las pasioncillas de cenáculo, es el gran defecto del Sr. González-Blanco como crítico. Y donde resplandece de un modo vigoroso es en su *Historia de la novela desde el romanticismo hasta nuestros días*.

El Sr. González-Blanco, hombre de cultura grande y extraordinaria, dada su juventud, ha hecho un libro interesante y ameno; un libro nada doctrinal, en el sentido de sequedad y pedantería. Su *Historia de la novela* es agradable, se lee con gusto; su estilo suelto, gallardo, jugoso, retiene al lector. En fin, es un libro que no pesa, no obstante sus mil y pico de páginas. Pero, desgraciadamente, todas estas bellas cualidades tienen una gran contra en la falta de serenidad de juicio del autor.

Menos mal toda la parte dedicada al estudio de la novela romántica; muy bien las disertaciones preliminares al estudio de la novela naturalista; pero ya los estudios parciales de los novelistas naturalistas dejan traslucir un poco el apasionamiento del autor. ¡Esas innumerables páginas en que se analiza la personalidad del Sr. Blasco Ibáñez!... Y luego, al llegar á las últimas generaciones, ya los juicios del Sr. González-Blanco solamente merecen el calificativo de caprichosos. Unos son acertados; otros, no; pero tal es nuestra prevención al ver elogiados sin tasa á algunos señores, que las alabanzas dirigidas á otros que las merecen se nos figu-

ran también fruto del capricho, y no de la justicia.

Esta severidad nuestra para con la obra del Sr. González-Blanco no debe ser tomada en mal sentido. Tratándose de un escritor cuyo talento tenemos en alta estima, y respecto del cual son muy grandes nuestras esperanzas, creemos nuestro deber hablarle con una absoluta sinceridad.

Fantasio.

***

Los ojos del lazarillo (cuentos), por Julio Hoyos. Librería de Pueyo; Madrid, 1908.

La tierra valenciana, que tantos nombres gloriosos ha dado al Arte y á las Letras, cuenta con un buen número de jóvenes escritores que trasladan á sus libros toda la hermosura del bendito suelo en que nacieron. Entre ellos sobresale Julio Hoyos, el cual ha publicado recientemente una hermosa colección de cuentos rotulada con el título del primero, que es el que encabeza estas líneas.

Domina en estos cuentos la nota sentimental, y en casi todos ellos pone el Amor un ritmo sencillo y delicado, confortación espiritual de las almas. Sobre la mayor parte de sus paisajes vierte el sol magnífico sus bocanadas de fuego, adivinándose en el autor un devoto ferviente de la Naturaleza, sin que por ello deje en olvido las complicaciones afectivas que traman sus tejidos entre los seres terrenales.

Cuidadoso del estilo, el Sr. Hoyos escribe sin afectar preocupaciones de preciosista, encontrándo siempre el calificativo acertado, y tropezándonos á lo largo de sus párrafos con imágenes de poderosa visualidad y delicada belleza emotiva.

Pueyo, librero que está dando gran impulso á nuestras letras contemporáneas merced á su publicar infatigable, ha hecho un gran servicio á los aficionados á los bellos libros al reunir en un tomo bien presentado los cuentos del joven literato valenciano.

***

Batalla de odios (novela), por D. Rafael López de Haro. Librería de Pueyo; Madrid, 1908.

Desde que yo leí que la pluma del Sr. López de Haro era un látigo, tuve una gran curiosidad por enterarme de cuanto este nuevo escritor publicara, pues estoy convencidísimo de que, en el estado actual de nuestras costumbres, no son los látigos los instrumentos que menos falta hacen, ya que en un país donde toda rebeldía tiene su asiento y todo principio de autoridad encuentra su escarnio y su incumplimiento, la autocracia durante algún tiempo sería una medida de salud pública, y no se concibe el tipo del verdadero autócrata si no es bajo el uniforme del domador de fieras. Dígalo si no D. Joaquín Costa, haciendo restallar desde su retiro de Graus el látigo de su prosa viril y de su inteligencia fulminante.

Esta curiosidad, que me hizo leer *En un lugar de la Mancha* y *Dominadoras,* los dos primeros libros de López de Haro, me llevó más tarde á enfrascarme en la lectura de *El salto de la novia,* y me coloca hoy ante la portada de *Batalla de odios,* su última novela; y una vez ante la portada..., ¡cómo no pasar al interior, si la buena impresión de los libros anteriores quedaba todavía señalada en mi mente!

Buena impresión en cuanto al arte desarrollado por el novelador, ya que en cuanto á la vida que aquellos libros reproducen no puede ser más desconsoladora la que en nosotros dejan. *En un lugar de la Mancha* se desenvuelve un drama rural que incuba pesimismos; en *Dominadoras* conocemos á cuatro mujeres que emanan en torno suyo un fuerte perfume de perdición; en *El salto de la novia* nos ensombrece la vida la atormentadora visión de un balneario en donde buscan la salud algunas docenas de enfermos incurables.

Pero he aquí que nosotros, que pasamos por la vida como por un caminito de parque festoneado de rosales, nos envanecemos con un eclecticismo extraño de hombres independientes, y desde una página toda sol y risas de Martínez Sierra gustamos saltar á una toda sombras y lágrimas, pasando por una irónica y crepuscular que Pío Baroja puede servirnos.

Y como buscamos sombras y tristezas para que al regresar á nuestras dichas nos parezcan éstas más apetecibles, en los libros de López de Haro las hallamos de todo punto adecuadas á nuestro deseo, sin que esto sea dicho en desprestigio del autor—líbrenos

Dios de tal despropósito—, que condición es de toda obra excelente dejarnos un poco tristes al cabo de su lectura.

Batalla de odios es una novela interesante; acaso sea ésta la condición que más la distingue, pues el interés corre á lo largo de sus páginas con la impetuosidad de un torrente. Así, el lector avanza en busca del desenlace, atraído por aquel deseo invencible de ver en qué paran las andanzas amoroso-jurídicas del protagonista, ganoso de saber cómo terminan los trágicos amores que forman el libro y cómo se resuelve el proceso que le da asunto.

Entre las varias figuras que entran y salen en el tinglado de esta novela, sobresale la de la Loba, la mujer vampirera, en cuyos labios el amor está mezclado con el odio y la pasión desenfrenada con el instinto criminal, y en cuyos ojos fascinadores un espíritu perverso pone toda su tirana sugestión, porque, como dice el autor, «en las pupilas femeninas está la eterna fontana de la ventura y del dolor».

López de Haro, que con sus cuatro libros ha alcanzado un buen puesto en la novelística española contemporánea, no se conforma en *Batalla de odios* con aparecer como artista exquisito y evocador maravilloso de escenas violentas, sino que aprovecha el asunto para actuar de sociólogo, convierte su pluma en látigo para flagelar los vicios sociales que su sagacidad de atento observador descubre, y puesto en el trance de describir un juicio por jurados, arremete briosamente contra tan fosilizada institución, contra una de las tan cacareadas *conquistas de la libertad,* hermana gemela del resobado sufragio, y estampa en su libro una página que debiera ser de texto en las cátedras de Derecho penal, y leerse al mismo tiempo que los comentarios de Silvela.

J. García-Mercadal.

Libros recibidos

Anomalías de la oclusión dentaria y ortodoncia.—Luis Subirana.—Madrid.

Ensayo de crítica literaria.—Balbino Dávalos.—Méjico.

Nuevo libro de los Enxemplos.—Alberto Casañal Shakery. Biblioteca Argensola.—Zaragoza.

Ensayo de Patología social, por el Dr. Saturnino García Hurtado.—Madrid.

El Código de Hammurabi.—Adolfo Bonilla y San Martín.—Madrid.

Enciclopedia universal ilustrada europeoamericana.—Tomo IV.—J. Espasa é Hijos, editores.—Barcelona.

La hermanita Comino.—Novelas cortas.—José María Matheu.—Biblioteca Argensola.—Zaragoza.

El mirador de Lindaraja.—Poesías.—Francisco Villaespesa.—Librería Pueyo.—Madrid.

El libro de Job.—Poesías.—Francisco Villaespesa.—Librería Pueyo.—Madrid.

Jaculatorias y otros poemas.—Juan Pujol.—Cartagena.

Tregua.—Novela.—Dorio de Gades.—Madrid.

El tormento de Sisifo.—Novela.—Augusto Martínez Olmedilla.—Librería Pueyo.—Madrid.

Reconquista.—Novela.—Federico Gamboa.—Méjico.

Discursos sobre Filosofía de la Naturaleza.—Edmundo González-Blanco.—Madrid.

Memoria de la Fiesta Escolar celebrada en Bilbao los días 19 y 23 de septiembre de 1908.

VILLAMARTÍN

Tuvo la desgracia de vivir el comandante Villamartín por los tristes días en que la actividad de nuestro Ejército se derrochaba en los sangrientos azares de la política.

Nuestro generalato, por su mayor parte, se había formado en la escuela de la primera guerra dinástica; algún raro ejemplar sobrevivía aún de la gloriosa lucha contra Napoleón; bastantes de ellos se formaron peleando en las olvidadas tierras de la América continental, tratando de sostener un Imperio que las faltas metropolitanas habían minado en sus cimientos; todos ó casi todos habían tomado parte, sufrido ó contemplado las andanzas de los períodos constitucionales, con su amarga secuela de persecuciones, enconos, odios y matanzas.

Con una tal condición profesional y ética en nuestro alto mando, la masa general del Cuerpo de oficiales tenía que participar en más ó en menos de sus querellas y parcialidades, derivándose de esto una absorción de la atención militar hacia la política, una incertidumbre poco propicia para el aliento de la cultura técnica, y una desoladora indiferencia por cuanto suponía estudio serio, reflexivo y hondo de los problemas varios y complejos de la Milicia.

No era posible, ciertamente, que la devorante nerviosidad y el perpetuo recelo cabílico y la ambición desbordada y el pesimismo reflexivo, amontonado y condensado alternativamente durante más de medio siglo hasta estallar en los mil y un *pronunciamientos,* motines y pseudorrevoluciones, dejasen vagar al espíritu de generales y de oficiales, para engolfarse en meditaciones ó en análisis de cuestiones técnicas y orgánicas que, al tiempo mismo, tenían paladines, apóstoles y sustentadores innúmeros en otros ejércitos de Europa, á quienes cupo en suerte en sus países el papel que en España representó el nuestro como volante regulador de la política.

De aquí nació el escaso interés que se concediera á las obras nacionales ó extranjeras de calibre y de alcance que á la sazón vieron la luz: no quedaba tiempo ni humor para ello.

En esos difíciles instantes, entre el revuelo de pasiones y de codicias, cuando toda la atención yacía embargada por los combates del mando político, apareció en escena el tratadista Villamartín.

***

Joven, apenas llegado á la edad viril, con una preparación filosófica encarnada en un cerebro rico y desbordante de ideas, Villamartín sentó plaza de tratadista eminente con su libro *Nociones de Arte Militar,* el más genial, el más jugoso y elegante de su tiempo.

Había luchado el joven pensador para publicarlo con el sueño de las guardias, con el cansancio de las jornadas, con el fastidio en las navegaciones y, sobre todo, con la pobreza de medios materiales, todo lo cual, como él mismo escribe en el epílogo, «despertaba en su espíritu un sentimiento de noble altivez que nos hace amar nuestro libro, por malo que sea, y que nos alienta á estudios más profundos».



Retrato y facsímile de D. Francisco Villamartín.

Villamartín consigna modestamente que, más que un estudio concreto del Arte militar, quiso hacer «el de sus relaciones con la política y con las ciencias del siglo», porque entendía que era el único medio de analizar la guerra, «que no puede ser en la Historia un hecho fortuito, ni en filosofía un principio aislado, sino el término de la serie lógica, natural y precisa que recorre toda idea social en su desarrollo complejo, desde que brota en la mente de un hombre hasta que encarna en las leyes, en la educación, en los cultos, en las ciencias, en todos los principios de la vida de un pueblo»...

Vió él una correlación social, que algunos años después había de desarrollar gentilmente el italiano Marselli en su gran obra *La guerra y su historia*. Y la vió en su intimidad toda, bajo un prisma radical, casi revolucionario, por cuanto la buscaba en la soberanía popular, en la energía popular, fuente ésta de inmensos bienes. En ello, aunque con significación democrática idéntica á la de Nicolás Marselli, coincidió con Scharuhorst y con Gneisenau, revolucionarios conservadores de Prusia, grandes y férreos educadores de su Ejército.

Al analizar la guerra de nuestros días y parangonar la escuela pacifista con la realidad histórica, dice:

«Esta lucha entre escuelas tan distintas nos da la medida del estado en

que hoy se hallan las relaciones del Ejército con el país. Las masas guerreras han cambiado de ser moral, y se hace necesario el cambio en su ser material; han dejado de ser máquinas pasivas, dóciles á cualquiera mano que mueva sus ruedas, para ser corporaciones que viven con la misma vida que el resto del pueblo, y de aquí la necesidad de combinar su acción con la de las fuerzas sociales, sin ponerlas jamás en choque; de dictar sus leyes en armonía con las leyes de cada Estado, y de darles en la paz la organización más á propósito para levantar en poco tiempo formidables pies de guerra, pero sin abrumar, cuando esto no sea necesario, con un ejército numeroso, caro y desligado del pueblo por leyes, costumbres y afectos encontrados, á un país que no lo necesite.

»Por eso creemos que nos hallamos en una época de transición: la vida íntima de los ejércitos ha cambiado, sin que este cambio se vea en las leyes escritas; más tarde, cuando esto suceda, podremos fijar la fórmula de la nueva escuela que se presiente; pero de un modo ó de otro, implícita ó explícitamente, la alianza entre las fuerzas sociales y militares está hecha, y la guerra defensiva adquiere por eso un vigor que no tiene en la época del Imperio.»

La guerra defensiva, en cuanto al hecho contrastado de la fuerza conservadora que engendra la riqueza económica de los pueblos. En cuanto á la fórmula, ¡quién sabe si la hallaría hoy Villamartín en el germen evolutivo ya de la nación en armas hacia las milicias ciudadanas, con una gran instrucción, un espíritu indomable, una disciplina de acero y un patriotismo sano y viril!

***

A pesar del propósito del filósofo y del sociólogo, Villamartín aparece en sus obras con un gran relieve de tratadista militar: con el más profundo sentido entre todos los de su tiempo en España.

Y cuenta que él escribió su obra magistral antes de conocerse siquiera lo que había de ser la guerra de los Ducados. ¡Cuán sazonada hubiese sido su labor, de haberse hecho después de estallar en Sadowa y desarrollarse del Sarre al Loire el asombroso vigor militar de Prusia y de Alemania!

Villamartín nutrió su espíritu con las guerras de la antigüedad; vió gallardísimamente el Renacimiento de Europa y, dentro de él, el juego de España cuando se inicia en los campos de Italia, por el esfuerzo y el genio de Gonzalo de Córdova, aquel ciclo grande y fecundo en Armas, en Ciencias y en Arte, que había dorado en sus albores los arabescos granadinos y que había de caer melancólico en las estepas ensangrentadas de Rocroy; conoció por el análisis, y empapó plenamente su espíritu, la Revolución y el Imperio; pudo apreciar también las desorganizadas y pobres campañas de Crimea y de Italia.

Mas faltóle, para que su genio hubiese volado por esferas dilatadísimas, además de edad, la observación personal y el estudio sazonado de la lucha, que aún es, y que será todavía en largos años, escuela de generales, de Estados Mayores y de tropas: la lucha gigantesca de 1870-71. De haberla podido des-

entrañar, y de haber alimentado su cerebro con el magistral estudio de Clausewitz, su libro sería hoy, ¡quién puede dudarlo!, el más luminoso, enjundioso y brillante de los pensadores militares contemporáneos.

***

Porque la parte segunda de las *Nociones,* consagrada al desenvolvimiento del Arte militar, es una síntesis admirable de los modos militares característicos de la antigüedad, estableciendo la diferencia orgánica y táctica de las Instituciones de allende con las de aquende... «En todo lo demás, en moral y política de la guerra, en estrategia, en administración y gobierno, en número de fuerzas, en división de institutos, efecto de la del trabajo, en las relaciones de la ciencia bélica con las demás, del ejército con el enemigo y con el pueblo, la guerra de nuestro siglo es mucho más difícil y complicada que la de aquéllos, y su progreso no ha estado en el mismo Arte, sino en el progreso múltiple de todos los demás conocimientos enlazados.»

Los inicios de la Edad Media, con su preparación y desarrollo del feudalismo, no desmerecen de los de la Revolución y del Imperio, más grandilocuentes y de vibraciones más intensas, que llegan también, por su proximidad cronológica, más al vivo á nuestras imaginaciones.

Conságranse los restantes estudios á la estrategia y á la táctica, á la teoría de las fuerzas y á las operaciones, y en todos ellos la cultura del autor da pasto á una imaginación sin límites, saliendo como resultante conclusiones sugestivas, precisas, hechas, por así decirlo, con cincel genuinamente latino.

Las bellezas sintéticas y geniales de este pensador, tallado en artista sin par, justifican sobradamente el éxito alcanzado entre los militares de preparación intelectual selecta y aun entre los mismos practicones dotados de corazón. Villamartín tiene el don de interesar desde sus primeros párrafos á la imaginación y al sentimiento del lector. Cuanto más que él es siempre gallardísimo paladín del pensamiento español, clarividente apóstol de unos modos militares «á la española», sacados del jugo y de la entraña de la trabajosa existencia de cuantos guerreros nos han precedido en nuestra Historia.

Las *Nociones de Arte Militar* están dedicadas al ilustre capitán general marqués del Duero, y en las líneas que le consagra se duele razonablemente de que el menguado pasto intelectual de nuestros oficiales lo formen libros y producciones franceses y alemanes. Y añade:

«Estas obras, donde se nos deprime muchas veces y se nos olvida otras, plagadas de errores de escuela y de errores hijos del espíritu patrio, basadas en principios y reglas aplicables á esos países y esos ejércitos, pero de ningún modo á los nuestros, han traído á España, á cambio de algunos bienes, dos grandes males: uno, el exagerar nuestra debilidad y tener en mucho más de lo que vale la fuerza de otros países; otro, el hallarnos en una punible ignorancia desde el punto de vista del arte de nuestros hechos de armas. El vulgo de nuestros militares sabe con todos sus detalles las campañas de Francia, y

cree, bajo la palabra de los autores franceses, que Waterlóo no debió haberse perdido, que la campaña de Rusia no debió terminar con aquel terrible desastre, que los ataques en revuelto montón de turbas jadeantes de fatiga es el último progreso del Arte, el único medio de victoria, á la vez que desconoce el paso del Garellano y niega el mérito de las operaciones que precedieron á la capitulación de Bailén.

»Por estas razones se hace sentir más cada día, desde que se ha iniciado nuestro renacimiento, un curso completo de Arte militar; pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con presencia de las cualidades morales y físicas de nuestros soldados, el carácter general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad. Aunque sin fuerzas ni talento para ello, me propuse emprender tan ardua tarea, y de mis incompletas apuntaciones resulta un libro que está muy lejos de ser el que mi presunción había soñado, pero que, tal como es, tengo el honor de ofrecer á V. E.»

***

Don Francisco de Villamartín y Ruiz nació en Cartagena el 23 de julio de 1833, ingresando en el Colegio de Toledo en 1848, y saliendo á subteniente de Infantería, con destino al regimiento de Toledo, en 1850, de guarnición en Vitoria. Pasó con su regimiento á Barcelona, hallándose en los sucesos del 56, y peleando con distinción y bizarría, recibiendo un balazo en la pierna derecha.

Como capitán pasó á Cuba en 1857, regresando á la Península en 1861.

Fué entonces destinado al regimiento de Toledo, de guarnición en Madrid, y entonces logró terminar su obra más capital, publicándola antes de ser destinado á cazadores de Arapiles.

Un año después fué destinado á las órdenes del marqués del Duero, como auxiliar para sus tareas tácticas. Por aquel tiempo publicó dos excelentes monografías, de gran ciencia la una, *Napoleón III y la Academia de Ciencias,* de alentadora belleza literariomilitar la otra, *Historia de la Orden Militar de San Fernando.* En 1866 dió á la estampa anónimamente otro folleto, *San Lorenzo del Escorial,* que mereció ser traducido al francés (1).

Alcanzó el empleo de comandante en mayo de 1865, como premio de su libro, y en los primeros meses de 1868 fué destinado de ayudante de órdenes del capitán general marqués de Novaliches.

Al estallar *la gloriosa,* es sabido que el noble marqués de Novaliches fué nombrado general en jefe isabelino para combatir á los revolucionarios. En el combate de Alcolea, donde fué herido Novaliches, quedó triunfante el movimiento liberal.

---

(1) Son ya raros los ejemplares. La *Revista Técnica de Infantería y Caballería* reprodujo hace pocos años algunas de sus partes más esenciales y primorosas.

Este trabajo, como muchos otros de periódicos, también anónimos, los hacía Villamartín para ayudarse á la vida y para desempeñarse de los gastos de su obra fundamental.



Mausoleo en el cementerio de San Justo (Madrid).

Villamartín, que estaba de corazón del otro lado del puente, peleó por deber con el brío del caballero, mereciendo de su jefe la propuesta para el empleo inmediato, esto es, de teniente coronel. Pero no prosperó la propuesta porque los vencedores, como es lógico, para nada tuvieron en cuenta los merecimientos anteriores, ni el valor ni el deber de los vencidos.

Villamartín siguió con lealtad á su noble general; pero, privado Novaliches de su categoría de capitán general, quedó de reemplazo, en cuya situación permaneció hasta su muerte, acaecida el 16 de julio de 1872 en la casa número 47 de la calle de San Vicente Alta.

Sus restos yacen en el sepulcro erigido por sus admiradores en el patio primero de San Justo, muy cerca del sepulcro monumental del ilustre López de Ayala.

Un biógrafo de Villamartín dice que es creencia vulgarizada la de que Ayala escribió la carta que el duque de la Torre dirigió al general Novaliches en vísperas de Alcolea, así como que la contestación del general isabelino la redactó Villamartín. ¡Fronteros duermen el sueño eterno los dos insignes antagonistas, puestos en campo distinto, sin duda, por disciplina el uno, por ideas el otro!

*
* *

Cual suele ocurrir frecuentemente, fué la posteridad más justa que los coetáneos con este ingenio malogrado.

Espíritus beneméritos, como Vallecillo y Vidart, pusieron á plena luz las obras y la vida del infortunado tratadista. Y algunos años después de su desaparición se honraron sus cenizas con un mausoleo y se glorificó su nombre publicando una buena edición de sus obras.

Este fué el mejor homenaje que se ha podido consagrar á su honrada y utilísima existencia. Porque gracias á tal edición hemos saboreado los primores de su inteligencia y de su arte cuantos vamos ya trasponiendo hacia la vejez.

Ciertamente, los encantos del decir de Villamartín sólo tenían rival en nuestra época en el *Guía del oficial en campaña* ó en el *Diccionario* de Almirante. Pletórica de ideas la prosa del uno, vestida además con galanuras muy del gusto de la mocedad soñadora y romántica; certera de juicio y con aticismos inimitables la del otro, ambas cautivaban al estudiante y eran remedio seguro para la desaplicación y la pereza.

Pero el comandante Villamartín, por su modesta jerarquía, por los afanes de su existencia, por el *via crucis* que representa escribir una obra de su calibre entre los veinticinco y los treinta años, atraía con sugestión mayor, leyéndose acaso por eso mismo sus obras con mayores afanes y más íntimo cariño.

De mí sé decir que muchas de sus teorías me han servido de faro luminoso en la formación de mi espíritu. De todos los educadores de la profesión militar en España, Villamartín es quien hoy tiene en mi generación recuerdo más cariñoso, más simpático y atrayente.

Muchas veces en el vagar espiritual y fantástico del cadete; muchas también en el caminar luctuoso por las tierras cubanas donde él vivió, en sus campamentos ingratos y frondosos, he soñado con el maestro vistiendo el airoso poncho con marcial continente, oyendo su palabra sonora, precisa y elegante, que nos decía... En el mundo moral, como en el físico, es la lucha el principio constitutivo de todo lo creado... El verdadero poder del hombre y de los pueblos es la inteligencia; con ella se crea la fuerza que ampara el derecho y la justicia... La opinión pública es el primer factor para el mando y para la guerra... En España, rota una guerra, si la fortuna nos niega sus favores, no se sabe cuándo hacer la paz... El caudillo de un ejército ha de presentarse á los ojos de su pueblo y ante el fallo de la Historia como una figura colosal, á quien el mundo salude con respeto por su vida privada, su vida pública, sus costumbres, sus cualidades y creencias...

José Ibáñez Marín.

Entremeses del siglo XVII, atribuídos al Maestro Tirso de Molina

(Conclusión.)

II

EL GAVACHO [1]

ENTREMES FAMOSO

(REPRESENTOLE EL VALENCIANO)

Hablan en el las personas siguientes:

MANUELA.	ANA.	VN ITALIANO.
PULGON.	FRANCISCA.	VN FRANCES.
ANGELA.	VN MORO.	MUSICOS.

ESCENA PRIMERA

Salen MANUELA, tapada, y PULGON, gracioso.

MANUELA. Escucheme, galan, vna palabra.
PULGON. Mi señora tapada: ¡y aun quinientas
escucharè, lleuado de esse brio!... *(Asele del braço.)*
Mas.. ¡poco a poco, que esse braço es mio!
MANUELA. ¿Desto solo se quexa?
PULGON. Soi muy tierno.
MANUELA. ¡Que delicado que es para el infierno!
PULGON. Luego ¿vamos allà?
MANUELA. ¡Pregunta nueua!
PULGON. Mas ¿donde puedo yr, si ella me lleua?
MANUELA. ¿Tan demonio soy yo?
PULGON. No sè, por Christo,
que solo el paramento es lo que he visto.
¡Ea! ¡Corre el soplillo, socarrona!
Y mira que no seas narigona,
que ay muger de nariz tan insolente,
que pienso, quando miro sus confines,
que se la han hecho para con chapines.

(1) A la cabeza de las páginas siguientes: *El Gavacho, y las lengvas, o lengvas.*

ESCENA II

Sale ANGELA, tapada.

ANGELA. Vna palabra, hidalgo.
MANUELA. ¡Linda chança! *(Vase Manuela.)*
PULGON. ¿Otra palabra? Buena va la dança.
ANGELA. ¿Diz que trae gran dinero?
PULGON. Hanla engañado,
porque el me trae a mi...
ANGELA. ¿Como?
PULGON. Alcançado.
ANGELA. Luego ¿saliòme en vano la intentona?
PULGON. Y mucho, raterissima buscona,
dechado vniuersal de auentureras,
espia doble de las faldriqueras;
diste en vagó esta vez; quedaste manca.
ANGELA. Pues ¡no es possible que no traiga blanca!
¿Vnos quartos no avrà?
PULGON. ¿Pues esso ignoras?
Vn relox tengo que los dà por horas.
(Vase Angela, y sale Ana, tapada.)

ESCENA III

ANA. ¡Vna palabra!
PULGON. ¡Andallo, camaradas,
que oy es el dia de las palabradas!
ANA. Yo vengo a dalle...
PULGON. No puede ser malo
qualquier cosa de *dalle*.
ANA. Con vn palo.
PULGON. ¡Harre allà! ¿Estàs borracha o endiablada?
ANA. ¿No se llama Pulgon?
PULGON. Que non deuiera.
ANA. Las pulgas mato yo desta manera. *(Dale.)*
PULGON. Deten la mano, y pues con essos ojos
las vidas y las almas apaleas,
ruego a Dios...
ANA. ¿Que, Pulgon?
PULGON. ¡Que nunca veas!
(Vase Ana, y sale Francisca, tapada.)

ESCENA IV

FRANCISCA. Señor galan: ¡vna palabra!... ¡escuche!
PULGON. Aun no puede caberte a ti en el buche,
palabrerita niña; ¿que me quieres?
FRANCISCA. ¡Oiga! ..
PULGON. Ya oigo, tilde de mugeres.

FRANCISCA. Quiero ser su respeto (1).
PULGON. No lo acepto,
que seré hombre de muy poco respeto.
FRANCISCA. Tengole dada el alma.
PULGON. ¡Poca dadiua!
FRANCISCA. ¿Por que?
PULGON. Porque, si el cuerpo es tan chiquito
que, para velle, al suelo me abalanço,
el alma vendrà a ser como vn garuanço (2).
FRANCISCA. ¡A fè que vos pagueis la burla y juego!
(Arrimase a vn lado Francisca.)
PULGON. ¡Por Dios, que tengo brauo mugeriego!
Tapadissimas niñas de los diablos,
yo me resueluo en verles los retablos.
Por esta empieço: ¡mira no seas fiera!
(Descubrese vno de Moro.)

ESCENA V

MORO. ¿Que querer bosance? ¿De qué se admira?
Hortelano estar, sonior,
desta horta e desta casa,
y ser, aunque velde assi,
cencerrage de Granada.
¿Querer vna ensaladica?
Que me hazelda tan bezarra,
que, a saber sonior Mahoma,
comemos de bona gana.
Echar perregil, mastorço,
merdabona, merdolagas,
caporretas, caporrones,
çucar, lechuças, borrachas.

---

(1) Amante; cúyo.

«Villodres, respeto suyo,
un bigote en el talón
y otro espetado en un ojo,
dijo á su competidor:»

(Luis Quiñones de Benavente: *Jácara que cantó, en la compañía de Bartolomé Romero, Francisca Paula.)*

«CATALINA. Tened: ¿por qué reñís?
FRANCISCA. No es casi nada:
por celos es.
MARÍA. Y no sin gran misterio,
pues siendo mi respeto don Quiterio,
da en pasealle.»

(Idem id.: *Entremés famoso: Los Mariones.)*

«Aquí están nuestras daifas ó respetos.»

(Idem id.: *Entremés famoso de Los ladrones y Moro hueco, y la parida.)*

(2) Aquí hay un hurto, del cual no sé á quién hacer responsable, porque es lo cierto que en el entremés famoso *Los sacristanes Cosquillas y Talegote,* atribuido á Quiñones de Benavente en la colección *Navidad y Corpus Christi festejados* (Madrid, 1664), se lee:

«COSQUILLAS. Téngola dada el alma.
TALEGOTE. Poca dádiva.
COSQUILLAS. ¿Por qué?
TALEGOTE. Porque si el cuerpo es tan pequeño,
que, para verle, al suelo me abalanzo,
el alma vendrá á ser como un garbanzo.»

PULGON. Perro: no quiero otra cosa
sino que de aqui te vayas;
¡valgate el diablo por hembra!
¿aquesto los mantos tapan?

MORO. Vos perro; y si me coger,
hazerle andar por el barba,
caraqui, caracolla;
quedauos en noramala. *(Vase.)*

ESCENA VI

PULGON. ¡Para mi, pues que me creo
de aquestas sierpes tapadas!...
Pero esta dama podrá
consolarme con su cara.
(Sale vn Italiano a lo figon, tapado con vn manto.)

ESCENA VII

ITALIANO. ¡Sea ven benuto vuseoria!
¿Volete qualque cosa de hosteria,
puesto que no me llamo tragachone
de piñata, vitela, macarrone?
¿Volete qualque musica cheleste,
arlequin, saltimbarqui?

PULGON. ¿Que hombre es este?
Señores: ¡baçucado (1) tengo el sesso!

ITALIANO. ¿Que vole vuseoria, adesso, adesso?
Patrone (2) caro, ¿que vole? ¡Dica, dica!
El ajafar, a fè, ancora que ancora,
venerano le tutili caualieri,
depoy de auer balato la gallarda,
altri bolte florete, capiole,
salti chicati multi sopre vn pedi,
mutance in torni de diuersi modi,
que, pillando la dami, dando bolti,
sente rumore de la pianele,
que potriano farlo molti chircole.

PULGON. ¿Ay tarauilla igual? ¡Calla, demonio!
¿No eras muger aora? ¿Que es aquesto?

ITALIANO ¡Ay me, poltron, farfante, mollo paruto,
vallente homo, fi reconoçuto,
que por esso alle el mundo arrinconare!
No estaro piu. *(Vase.)*

---

(1) En el Diccionario de la Academia Española se lee: «BAZUCAR (del latin *batuere* = batir), a. Menear ó revolver una cosa liquida moviendo la vasija en que está.»

«Otro empata la cuestión,
con que todo lo bazuca...»,

dice Moreto en la jornada II, escena 1.ª de su comedia *Antioco y Seleuco*.

Don Julio Puyol y Alonso, en su *Glosario de algunos vocablos usados en León (Revue Hispanique;* Paris, 1906; página 3), trae: «BATUCAR, a. Diminutivo verbal de *batir*. Agitar ligeramente el liquido que contiene una vasija.»

(2) Ha de leerse «Patron», para que tenga medida el verso.

ESCENA VIII

Vn Frances con manto.

FRANCES. Yo, Iuan Frances; ¿que quiere para ello?
¿Piensa que vuesasted no te conozca?
¡Pues veamos aora que destapas!
¿No puede estar tapada o descubierta,
y el diablo que te lleue?

PULGON. ¡Poco á poco,
camarada!

FRANCES. Oye, tu, camara (1):
no ponga a nadie nombros,
que, ¡viui Dios que, en medio de la corte,
como en Camaranchon de abaxo hablas!
¿Yo camara? ¡Yo soi hijo de galgo,
con mi pobre vestido y mal pellejo!

PULGON. Y tras esso seràs christiano viejo.

FRANCES. ¡Mientes, picoro!; yo pobre mancebo,
mas viui Dios que soi christiano nueuo.
¡Diz que viejo! Tu, viejo; que yo, hermano,
veinte años ha, no mas, que soi christiano.
¡Hable bien, que por Dios que no te sufra!
¡Valga el diablo el mostrenque! ¡Diz que agora
me pone nombros!...

PULGON. Vete poco a poco,
franchote, que te pierdes, si no callas.

FRANCES. No me pierdo, que bien sabo las callas.

PULGON. ¿Que calles sabes tu?

FRANCES. Yo se a la puente Saboyana; al Parche;
a los caños de Alcolo; a la tuerta çurrada;
a los frailes barquillos; a la calle de las plastas;
y a la calle del orinal; y al peso de la orina;
a los tabardillos de san Francisco; y a la cuesca
de la Madalena y santa Barbuda;
y al pollino quemado (2), donde van a nadar,
migas hiruiendo. A todos estos partos
sabo yo; y ¡viui Dios, si me descubres otra
ves, que te coma y te destrueque, y te
bueluo a comer! *(Vase.)*

ESCENA IX

PULGON. ¡Dios mio! ¿Que es aquesto, niña duende,
estornudo de dama, don melindre,
requiebro venial, muger en cierne,

---

(1) Verso incorrecto, como algunos otros que siguen.

(2) Se llamaba «el molino quemado», y era, probablemente, algún remanso de los muchos que hay en el Manzanares. Luis Vélez de Guevara hace alusión á él al final del Tranco VIII de su *Diablo Cojuelo:*

«No ha menester mayor rio Madrid—dixo don Cleofas—pues ay muchos en el que se ahogan en poca agua, y en menos se ahogara aquel Regidor que entrò en el Ayuntamiento de las ranas del Molino quemado.» *(El Diablo Cojuelo,*

muñequita con alma, atomo breue!
¡No te descubras, porque lleuas talle
de ser lombriz, gusano, pulga o chinche!
Mas sacame, por Dios, de aquesta casa,
adonde, si no son ermofroditas,
baruan las damas de vna mano a otra.

FRANCISCA. Corto de manos y bolsa,
largo, de cuerpo no mas,
caña de alcançar gorriones,
lança de desollinar,
aguileño passadizo,
quartago mayor de edad,
aguela de la Xiralda,
viga grande de lagar:
¡mas vale aquesta carita,
aunque verla no querais,
que quantas bellezas cria
la corte!

PULGON. ¡Donosa estás!
Pulga del amor, descubre
essa cuenta de cristal.
(Descubre a Francisca, y estarà vestida de arlequin, y con barba.)

PULGON. ¿No dixe yo, viue Christo,
que es casa de Barrabas?
¡Por Dios que ha de auer remedio,
que yo no he de reuentar!
En tus manos me encomiendo,
fortunilla, ¿donde estàs?
(Musicos cantan.)

ESCENA X

MUSICOS. Por esta encantada puerta,
que a encantos solos se dà,
dos deidades salgan luego
con sus ojos a encantar.

---

por Luis Vélez de Guevara. Reproducción de la edición príncipe de Madrid, 1641, por Adolfo Bonilla y San Martín; Vigo, librería de Eugenio Krapf, 1902; páginas 96 y 132.)

Y ya que de esta edición hablo, no he de ocultar mi sospecha de que las palabras «rio Nauarrisco», que emplea Vélez de Guevara refiriéndose al Manzanares, encierren una alusión á la moneda de Navarra, que no *pasaba* en Castilla ni en Aragón. Quiñones de Benavente dice, en la *Loa con que empezó Lorenzo Hurtado en Madrid:*

«Porque era autor navarrisco,
que no pasó en nuestro reino.»

Y en el entremés famoso de *El Talego-Niño:*

«Quédate en el ayuno, que es tu casa,
gaznate navarrisco, que no pasa.»

Aún se oye en Aragón, según D. Rafael Salillas, el siguiente cantar baturro:

«Navarrico, navarrico:
no seas tan fanfarrón,
que los *chavos* de Navarra
no pasan en Aragón.»

El mismo Quiñones, en el famoso entremés *Las Civilidades*, cita «abarrisco», como vocablo del lenguaje diabólico.

Dos moçuelas, cuyo brio
es de lo ayroso y galan,
sonando las castañetas
se entretexen a compas.
¡O, que bizarras mudanças
todas quatro haziendo van,
con tal brio, que parece
que riñen y que se dàn!
Y, por celebrar la burla
que a Pulgon han hecho yà,
piden que muden de tono
a los que cantando estan.
Quien tuuiere la bolsa dura y cerrada,
dondequiera que fuere serà fantasma;
y es cosa clara,
que, ni ama, ni quiere quien no regala.
Mas estiman las damas en este tiempo
dos reales de a ocho, que mil requiebros;
aquesto es cierto:
que mugeres no quieren sino al dinero.

III

LAS VIVDAS

ENTREMES FAMOSO

(REPRESENTOLE PRADOS)

Hablan en el las personas siguientes:

DON (1) PEDRO.
IUANA.
LEONOR.
LUISA, que es el gracioso.
CARTON.

ESCENA PRIMERA

Salen DON PEDRO y IUANA.

IUANA. Mire, señor galan: yo bien le quiero;
mas està muy lampiño de dinero.
DON PEDRO. Mire, señora dama, yo la adoro;
mas està muy cebada con el oro.

(1) El texto: *Pon Pedro.*

IUANA. Mire, señor mancebo, yo le busco;
mas en no viendo argen (1), luego me ofusco
DON PEDRO. Mire, señora dama, yo la amara;
pero tiene vusted cara muy cara.
IUANA. ¡Muy cara! Pues ¿mi cara tiene precio?
¿No bastaua ser pobre, sino necio?
¿Ay India rica que apreciar bastara
la mas çurda faicion de aquesta cara?
¿Ay oro en el Oriente rico y bello,
que pueda compararse a mi cabello?
Lo claro del cristal que al mundo espanta,
¿no sirue de açabache a mi garganta?
Vn amante, de noche y en inuierno,
aguardando a que le abran en la calle,
¿puede ser mas airoso que mi talle?
Aqueste pie, en el mundo peregrino,
¿no parece razon de vizcaino?
DON PEDRO. Señora mia: ¡bueno està! ¡quedito!
Cesse la excomunion y a Dios se quede,
que aunque en seruilla mucha gloria gano,
para tanta deidad soi muy humano. *(Haze que se và.)*
IUANA. ¿Que le digo, galan?... ¿No oye?... ¿Està sordo?...
¿Luego se corre? ¿Hiziera mas vn gordo?...
¡Buelua acà; Iesus, que çurdo que anda!
DON PEDRO. Ya bueluo, mi señora: ¿que me manda?
IUANA. Esso mismo, señor, mandeme algo,
que sacarle por mandas es mi intento.
DON PEDRO. ¿Que la mande? Pues ¿hago testamento?
Yo *durazno* me llamo, por vellaco (2).
IUANA. Yo *garitera* (3), porque a todos saco.
¡Deme vna colacion, no sea importuno!

---

(1) Dinero.

«Todas lo hacen así por varios modos,
que, en faltando el argen, los vuelan todos.»

(L. Quiñones de Benavente: Entremés famoso: *El Sacristán y Viejo ahorcados.)*

«Ya las siguen dos mocitos
en quien el cielo cifró
gracia, brío y gentileza,
poco argen y mucho amor.»

(Idem íd.: *Entremés de los dos Alcaldes encontrados*; tercera parte.)

(2) Véase un pensamiento semejante, aunque no idéntico, en *La elección por la virtud,* de Tirso (I, 4.ª; edición Cotarelo, I, pág. 347):

«Ella se ablandará, cuando
al interés no resista,
que no hay mejor *tomista,*
que la que empieza en *Durando.*»

Luis Vélez de Guevara, en su *Entremés de los atarantados* (incluído en la *Flor de entremeses y sainetes de diferentes autores*; 1657), escribe:

«si es muy duro, y su argen no se conquista,
de durango es forzoso que me vista.»

(3) *Garitero,* en germanía, significa el dueño de casa de juego y el *encubridor de ladrones.* (Cf. D. Joaquín Hazañas y la Rua: *Los rufianes de Cervantes*; Sevilla, 1906; pág. 242.)

DON PEDRO. ¡Colacion! Pues ¿es oy dia de ayuno?
¡Ay tal pedir! ¿Pidiera mas vn pobre?
IUANA. ¿Pobre soi? ¡Antes ciegue que tal vea!
De limosna vuested.
DON PEDRO. ¡Dios la probea!
LUISA. *(Dentro.)* ¡Ay, ay, ay!
DON PEDRO. ¿Que vozes son aquestas?
IUANA. Aqui viue Leonor: ¿si ha sucedido
desgracia alguna? Veamos lo que ha sido.
Llama, pues, a essas puertas.
DON PEDRO. ¡A de casa!...

ESCENA II

Sale LUISA, que es el gracioso, de viuda.

LUISA. ¿Quien nos llama a las solas, las cuitadas,
las viudas, en agraz desmaridadas?
IUANA. ¿Que llantos son aquestos, que quimeras?
LUISA. ¡Muriose mi señor Iuan de las Eras!
DON PEDRO. ¡Valgame Dios!
LUISA. Y el diablo le tentaua
quando aquel pajarillo se acabaua.
IUANA. ¿Fue larga enfermedad?
LUISA. De quatro meses;
mas como el mal, para traer la muerte,
tanto tiempo lo andaua dilatando,
estauamos las dos...
IUANA. ¿Que?...
LUISA. Rebentando.
IUANA. Llama a Leonor, por que la consolemos
y el pesame le demos.
LUISA. No ayan miedo
que puedan consolar a la cuitada.
DON PEDRO. ¿Por que?
LUISA. Porque [ella] ya està consolada.
¡A Leonor! ¡A señora! ¡A mis amores!...
Sal a cumplir con estos dos señores.

ESCENA III

Sale LEONOR, de viuda.

LEONOR. ¿Para que ha de salir vna afligida?
LUISA. Para contar a todos tu salida.
IUANA. [Oye] Leonor amiga: cesse el llanto,
que puede suceder por ti otro tanto.
DON PEDRO. Pesame, mi Leonor; pesame mucho.
LUISA. Dos vezes le ha pesado al auechucho.
¡Ay hombres que se turban dando vn pesame!
DON PEDRO. ¡Para salud le sea!
LUISA. ¿A quien, hermano?
¿A mi ama, o al difunto?—Aquesto propio
me sucediò con vna vejezita

que vino a amortajalle esta mañana,
que, despues de dexalle muy cosido,
santiguandole, dixo con voz baxa:
«¡Para salud le sea la mortaja!»

LEONOR. ¡Ay, que dolor!

LUISA. Mi viuda dolorida,
¡consuelate por Dios!

LEONOR. ¿Que me consuele?
¡Como se echa de ver que no te duele!
¿Es barro auerse muerto mi marido?
¿Yo viuda?... ¡No lo creo!... ¡No lo creo!

LUISA. Añade: «... segun ha que lo desseo.»

LEONOR. ¿Que es desear? ¡Buen siglo aya el que pudre,
que le quise yo mucho en esta vida!

LUISA. Y mucho mas le quieres en la otra.

LEONOR. ¡Ay, que sola he quedado y desdichada!

LUISA. Sola es mejor que mal acompañada.

LEONOR. ¡Que de gustos me hizo por mil modos!

LUISA. Y este postrero fue el mayor de todos.

LEONOR. Quando me dixo: «amiga: ¡que me muero!»,
me vieras, Iuana, que me deshazia...

LUISA. De ver con el espacio que moria.

LEONOR. ¡Ya se me acabò el brio y el buen talle!
Cierren aquessas puertas de la calle,
porque temo, si abiertas bueluo a vellas...

LUISA. Que se te ha de boluer a entrar por ellas.

LEONOR. ¡Era mi Iuan tan cuerdo, tan afable,
y tan callado en todo quanto hazia!...

LUISA. Que nunca dixo: «esta muger es mia.»

LEONOR. Acuerdome que hallandome vna noche
hablando en Leganitos con vn hombre,
quando pensè vna y otra puñalada,
me dixo: «¡Quexaos luego, delicada!
¿No sabeis que el sereno os haze daño?
Pues ¿por que no sacastes vn sombrero?
¿Haos de curar aqueste cauallero?»
Y, trayendome a casa, me reñia,
porque muy abrigada no salia;
porque fue su bondad cosa notable.

IUANA. ¡En gloria estè marido tan afable!
¡A este que yo tengo se parece,
que, porque bostecè en el mesmo instante
que vn hombre bosteçaua, en las quixadas
me dio tantos puñetes a pie quedo,
que ya, aunque quiera, bosteçar no puedo!

LEONOR. ¡Pluuiera (1) a Dios viniera el mal logrado,
aunque me maltratara rostro y pecho!

LUISA. ¡Ay señora, que bien està lo hecho!

LEONOR. ¡Que de promesas hize, ay afligida!...

LUISA. Porque se fuesse en paz a la otra vida.

(1) *Sic*, por «Pluguiera».

LEONOR. Oy, quando le lleuaron de mis ojos,
me lastimaua con los circunstantes...
LUISA. De que no huuiesse sido vn año antes.
LEONOR. ¡Que ya no te he de ver, Iuan de mi alma!
¡Muerto, deseo verte, dulce empleo! (1)
LUISA. Pues ya se te ha cumplido tu deseo.
IUANA. Mi Leonor: no lo llores todo junto,
que parece que quieres en vn dia
hazer honras, entierro y cabo de año,
casandote otra vez. Esto colijo
de tanto llanto.
LUISA. ¡El diablo se lo dixo!
Mi señora no se ha desayunado;
haganla comer algo.
IUANA. Traelo luego,
que yo harè que lo coma.
LUISA. Voy al punto
a traer vnos vizcochos.
LEONOR. Luisa, espera:
¡vizcochos no, que es cosa regalada!
Traeme aquel jamonzillo de tozino,
que esso basta, con vn trago de vino (2).
LUISA. ¡Ai señora, con essa niñeria,
yo enuiudara diez vezes cada dia. *(Vase Luisa.)*

ESCENA IV

LEONOR. ¿Que te parece, Iuana? ¡Ya estoi viuda!
IUANA. ¡Si và a dezir verdad, Leonor hermosa,
mas que triste, me tienes embidiosa!
¡Que ventura tan grande que has tenido!
Dime: ¿con que mataste a tu marido?
(que, despues que te vi, ando muy inquieta
por tomar de memoria esta receta).
Porque tengo vn marido perdurable,
y tan de azero (tiemblo de dezillo),
que es tabardillo èl del tabardillo.
(Sale Luisa con vino y taça, y algo que comer, [y] vn plato.)

---

(1) Para que resulte el chiste de Luisa, es preciso leer:

«¡Muerto deseo verte, dulce empleo!»

(2) No se juntan aquí *tocino* y *vino* por mera razón de consonancia poética, sino por cierto parentesco substancial, al que se refiere Tirso en la comedia *Tanto es lo de más como lo de menos* (acto III, escena 1.ª: edición Cotarelo, I, 139):

«TORBISCO. Ya veo
la amistad que han profesado
el Dios vino y Dios jamón...
.....
GULÍN. En lógica os he de dar
la respuesta. Un relativo
es imposible que esté
sin correlativo: el vino
es relación del tocino
desde el tiempo de Noé.»

ESCENA V

LUISA. Aqui està esta miseria. Haz que lo coma,
porque no estè en ayunas mi señora.
IUANA. ¿Que tanto ha que no come?
LUISA. Vn quarto de hora.
IUANA. ¡Come, Leonor! ¡Ea, amiga!...
LEONOR. ¡Por no ser porfiada!...
IUANA. ¡Eso conuiene!
Mira por ti.
LUISA. En cuidado se lo tiene.
LEONOR. ¡No lo puedo passar!
LUISA. Ni yo tampoco.
A vn dotor sucediò este mismo cuento,
yendo a cierta visita de momento,
que el mismo enfermo le metiò en la mano,
al despedirse, vn real de a dos mui falso.
El procurò passalle en pan, en carne,
en juego, en la comedia, y no huuo talle,
en todo vn dia, de poder passalle.
Pues viene, y toma, y, ¿que haze?: en vn instante,
mandole confitar, y, a otra visita,
dixo al enfermo: «vuesasted procure
tomar este cordial para las bascas,
que le ha de dar la vida»; y el cuitado
se echò en la boca el real açucarado;
mas, viendo que al tragar se resistia,
dixo, con vna tos que se moria:
«¡No lo puedo passar, medico loco!»;
y el dotor respondiò: «¡Ni yo tampoco!» (1).
LEONOR. Dame vn trago.
LUISA. A ti vn trago, y a mi otro (trago),
que, con la muerte deste mal logrado,
todos son tragos quantos he passado.
(Beue Luisa, y sale Carton.)

ESCENA VI

CARTON. ¿Quien es aqui la viuda?
LUISA. Hombre de golpe,
la que llora.
CARTON. ¡Muger es de mi gusto!

---

(1) Un cuento semejante se lee entre los notados por D. Juan de Arguijo (véase A. Paz y Melia: *Sales españolas, agudezas del ingenio nacional*. Segunda serie; Madrid, 1902 [*Colección de escritores castellanos*]; páginas 93-94):

«El licenciado Morillas, cura de la parroquia de San Vicente, de Sevilla, fué á pedir limosna por su colación, sábado de Pascua, para dar otro día pan y carne á los pobres. Llegó á la casa de un viejo muy rico y muy avaro, el cual le dió un cuarto de limosna, de los falsos, que llaman *del fraile* ó *de Santo Domingo*. No advirtió entonces él qué era lo que recibía; pero después, no pudiendo pasar el cuarto entre otros, ni hallando salida de él, se acordó de quién se le había dado. Guardóle para restituírsele, y, domingo de Pascua, yendo el viejo á que le comulgase, el mismo cura, disimuladamente, le metió el cuarto en la boca en lugar de la Forma. El hombre, sintiendo la dureza y el frío del metal, quedó turbado, pareciéndole milagro, y no osaba sacarle de la boca, ni tampoco contar el suceso, por el escándalo del pueblo. Tomó por expediente decirle muy bajito al cura:—Padre, no puedo pasarlo.—El cual le respondió:—Tampoco lo pude yo pasar.»

LUISA. Toda esta vida es tragos. ¡Ay, que susto! *(Beue.)*
CARTON. Señora viuda: yo busco consorte,
y, si no es ella, de otra no me pago.
LUISA. Por passar me faltaua aqueste trago. *(Beue.)*
LEONOR. ¿Y que a esso viene?
CARTON. Si, (reina).
LEONOR. ¡Que mal [que] vino
LUISA. ¿Mal vino? No es, por Dios, sino diuino. *(Beue.)*
CARTON. O ha de darme la mano, o yo a ella cozes.
LUISA. (Y lo harà verdad; ¡mal le conoces!)
LEONOR. ¿Que dizes desto, Luisa?
LUISA. Dize Luisa,
que fue vispera el llanto de la risa,
y a dezir la verguença te prouoca
miz con los ojos, *çape* con la boca (1).
LEONOR. ¡Que bien parece vn hombre desgarrado!
LUISA. Pero no de vestido.
LEONOR. Aquesto es cierto:
hasta tener vn viuo llorè vn muerto (2).
Esta es mi mano.
CARTON. ¡Cierta es mi ventura!
LUISA. Oye, señor: ¿es lomo, o assadura?
¿es liviano, o riñon?...
CARTON. Serè vn esclauo
con la merced que mi Leonor me haze.
LUISA. Esso le dixo vn sastre a cierto titulo.
Fue a lleualle vn vestido, y preguntòle:
«¿Està preñada su muger, maestro?»
El sastre respondiò, alegre y risueño:
«Si, mi señor, preñada està Maria
con la merced que le haze vueseoria.»
DON PEDRO. Si todo anda de fiesta, Iuana hermosa,
¿que hemos de hazer los dos?
IUANA. Retuya es Iuana.
DON PEDRO. ¡Vaya de baile y musica!
LUISA. Esso pido;
que, en lo demas, el jarro es mi marido.
CARTON. Vaya de baile y quien ayude aprissa.
LUISA. A todo ha de ayudar la hermana Luisa.

---

(1) «¿Luego ignora que, en los celos,
son *mizes* todos los *zapes*?»

(Bellaco sois, Gómez, acto III, escena 4.ª—Comedia atribuída fundadamente por Gallardo á Tirso de Molina, é incluída por E. Cotarelo en el tomo II de *Comedias* de este último autor, en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles.)*

(2) «(¡Qué regocijada
que anda el diablo de la moza!
Mas es mujer, ¿qué me espanta?
Dieran ellas, por casarse
una vez cada semana,
un dedo por cada boda,
aunque se quedaran mancas.)»

Tirso de Molina: *La villana de Vallecas*; III, 17; edición Hartzenbusch.

Cantan:

¡O que baile se ha juntado
a las bodas de Leonor!
¡De tan sazonado gusto,
que oy se casa, viuda de oy!
Las amigas y vezinas
van saliendo dos a dos,
para hazer de sus donaires
soberana obstentacion.
Vna viuda quintañona
de por medio se metiò,
y, con estas seguidillas,
todas tres piden perdon:
—¿Porque lloran las viudas
a sus difuntos?

LUISA. Porque temen que bueluan
del otro mundo.
—¿Que parece vna viuda
dentro en la Corte?

LUISA. Capitan reformado
con sabañones.
—¿Quales son los viudos
de la Comedia?

LUISA. [Son] Los arrendadores (1),
si ella no es buena.

IV

EL DVENDE

ENTREMES FAMOSO

(REPRESENTOLE SALAZAR)

Hablan en el las personas siguientes:

VN SACRISTAN. IUANA.
FRANCISCA. CATALINA.

MUSICOS.

ESCENA PRIMERA

Salen el SACRISTAN y FRANCISCA, tapada.

SACRISTAN. ¡A señora tapada! ¡Oiga! ¿A quien digo?...
¡*C, d, e, f, g*, y si no responde,
con todo el *A, b, c* pienso llamalla!

(1) Según las *Ordenanzas de Teatros* de 1608 (*apud* E. Cotarelo: *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*; Madrid, 1904; pág. 625), recibían por inventario los bancos, llaves, cubos y demás pertrechos del teatro; daban cuenta cada día al *comisario semanero* de los *bancos* y *aposentos* que habían alquilado, y no podían cobrar por cada *aposento* más de doce reales, ni más de uno por cada *banco*.

FRANCISCA. ¿Dize vuested a mi?
SACRISTAN. ¡No, sino al alua!
¡Braua graciosidad! ¡Gentil despacho!
¿Ay otra aqui? ¿Quereisme hazer borracho?
FRANCISCA. ¿No ay otra, y otras dos?
SACRISTAN. ¡Por Dios bendito,
que fuera de vusted no ay vn mosquito!
FRANCISCA. Miraldo bien.
SACRISTAN. ¡Ya miro y me rodeo!
¡Los diablos lieue, amen, la que yo veo!
No me empiece tan presto a boluer loco.
Descubra la lindura (1), la hermosura,
la vara y quarta de amarilla toca,
jeme de cara y atomo de boca,
y mas arriba la nariz, colgada
del garauato del ojuelo y zeja.
FRANCISCA. ¿Que sabe vuesarced si yo soi vieja?
SACRISTAN. No puede ser, que hablaras papandujo (2)
y soruieras las bauas como caldo.
FRANCISCA. Esso se suple con postiços dientes.
SACRISTAN. ¡Picara! (3) Con tu cara te desmientes,
que es de cuero mas rezio y estirado,
que vn mercader pidiendole fiado.
¡Desembaina los ojos, alça el rostro,
y a este salmanticense gorronista
pegale de estocadas con la vista.
FRANCISCA. Soi muy desamorada, le prometo;
matame el necio y cansame el discreto;
mueleme el pobre, el rico me acouarda;
el musico me atruena, y me marea
el poeta, por lindo que lo sea:
finalmente, con todos me confundo.
SACRISTAN. Pues ¡vayase a viuir al otro mundo!

ESCENA II

Sale IUANA, tapada.

IUANA. Pues buelua vuesarced a estotro lado.
SACRISTAN. ¿De donde aueis caido, del tejado?
IUANA. *No venet sede, ando per meos pedes.*
SACRISTAN. ¡O vieja, y lo demas! ¿Latin sabedes?
FRANCISCA. ¿Dixeos yo que otras dos damas auia?

---

(1) El texto: «llndura».

(2) «Sierpes damas, de ochenta y con valona,
los pescuezos con papos como mona,
sierpes entre terceras y entre brujas,
ojos de arrope y bocas papandujas.»

(L. Quiñones de Benavente: *Entremés de la Sierpe.)*

(3) «Y esta *picara* que adoro,
es una veleta al aire,
que, en mirando tu donaire,
me ha de perder el decoro.»

(Tirso?: *La mujer por fuerza*; I, 13; edición Cotarelo, I, pág. 242.)

SACRISTAN. En la mitad mentides, reina mia,
que no ay mas de vna, y yo sè quien la truxo.
IUANA. Domine, vuesarced, que es medio brujo.
FRANCISCA. ¡Que donaire!
IUANA. ¡Que talle!
FRANCISCA. ¡Que bien hecho! *(Dandole.)*
SACRISTAN. A esse andar, no quedo de prouecho.
IUANA. ¡Que peto!
FRANCISCA. ¡Que braones! *(Todo es dandole.)*
IUANA. Y ¡que faldas!
FRANCISCA. ¡Que braços!
IUANA. ¡Que vigotes! *(Tirale dellos.)*

ESCENA III

Sale CATALINA.

CATALINA. Y ¡que espaldas! *(Dale.)*
SACRISTAN. ¡Ola! ¿Jugamos a los matachines?
¡Por Dios que son ya tres los serafines!
Andallo, que, a este passo, lleuo talle
de fundar vn conuento en esta calle.
¡Yo os conjuro, visiones femeniles,
esponjas del mas intimo bolsillo,
guiones penitentes de soplillo,
que me digais a que os aueis juntado!
FRANCISCA. A pretender su amor, seor licenciado.
IUANA. ¡Yo muero!
CATALINA. ¡Yo me tiuo!
FRANCISCA. ¡Yo me rindo!
SACRISTAN. Todo aquesso merezco, que soi lindo.
Aora bien, destapadas las veamos. *(Destapanse.)*
FRANCISCA. Si en aquesso consiste, ya lo estamos.
SACRISTAN. ¡Iesus! ¡Que se ha soltado la belleza!
¡Que me anego en hermosas! (1).
FRANCISCA. ¿Que? ¿Te embaças?
SACRISTAN. Ojos mios, seruid de calabaças.
IUANA. Diga qual es mejor de las que ha visto.
SACRISTAN. Cada vna es mejor ¡por Iesu Christo!
Todas tres son estrellas, luzes, rayos,
merluças, naterones y lacayos;
y aquesta escojo por la mas taimada.
FRANCISCA. Entremos pues, que aquesta es mi posada.
SACRISTAN. ¿Seguridad?
FRANCISCA. ¡Grandissima!
SACRISTAN. Pues, guia.

(1) Este pensamiento *huele* á Quiñones de Benavente. Recuérdense estos versos del entremés *Del Avantal:*

«CACHIVACHE. Desabochornad la faz.
ARZALES. Desavahad la cartela.
COSTETA. Con mil gustos.
CEBOLLETA. Con mil ganas.
CACHIVACHE. ¡Ay, que me anego en belleza!
¡Ay, que de antubion me han dado!»

A reuender (1), corrida compañia!
(Vanse Francisca y el Sacristan.)

ESCENA IV

IUANA. Oyen, señores: todo me lo valgo;
escarmienten en este cuitadillo
de no ser confiados, que mis ojos
arman la trampa y coxen en el laço:
que esto y mas sè yo hazer, si me amostaço. *(Vanse.)*

ESCENA V

Sale FRANCISCA, y trae al SACRISTAN de la mano.

SACRISTAN. ¿Donde vamos a escuras, dama duende?
FRANCISCA. Espere en esta sala media hora,
que bueluo en sossegandose la casa.
SACRISTAN. ¡Oyes, oyes, mi bien! ¡No tardes mucho,
que en amores a escuras no estoi ducho!
FRANCISCA. ¡Ay! ¡Que se me oluidaua! No se espante,
si oyere algun ruido en esta casa,
porque ay vn duendezillo algo trauiesso.
No tiene que temer. *(Vase.)*

ESCENA VI

SACRISTAN. ¡Andar, morena!
¡Heme aqui, viuo, buelto en alma en pena!
¿Duende, y a escuras, y en vn aposento?
¡Con quinientos pellizcos me contento!...
¡Ay!... ¡Ya se acerca el duende!... ¿Que es aquesto?
(Sale Francisca y dale vn villete y vase.)
¡Ciegale, san Anton!... ¿Villete a escuras?...
¿No truxera vna luz—¿como he de velle?—
vusted que me le dà para leelle?...
(Sacan por debaxo dos velas, vna a cada lado.)
¿Dos por falta de vna? ¡Aquesto es cierto!
¡Tiendome entre las dos, pues ya estoi muerto!
(Tiendese.)
¿Quien tal desgracia por amar ha visto?
¡Tumba de honras parezco, viue Christo!

---

(1) Así la edición de 1635, pero debe leerse: «A reueder», ó sea, «Hasta la vista». Es un italianismo (como el *regracio* del *Entremés de Casquillos y la Volandera*, de Quiñones), que hallo dos veces en Quiñones de Benavente: una, en el *Entremés famoso de Turrada:*

«LUCÍA. ... A reveder, galán.
TURRADA. ¿Dónde vas, fiera?»;

y otra, en el de *El enamoradizo:*

«LUISA. Óyeme, amigo: á reveder, que es tarde.
ENAMORADIZO. ¿Qué es *reveder?* Espera.»

Quiero ver lo que dize el *villetorum* (1)
y con razon dirè, haziendome cruzes,
que madrugo a leer entre dos luzes. *(Lee:)*
«Al que pretende regalos,
creyendose de ligero,
le daràn, por majadero...»
¿Que le daran? *(Dentro, los Musicos:)*

MUSICOS. ¡Muchos palos!

SACRISTAN. Ni aun contados son buenos, duendezillo.
¿A mi batan, golpeos y porraço?
¡Por Dios, que antes sufriera vn xeringaço!
(Danle vn xeringaço.)
¡Iesus, Iesus! ¡Que llueue àzia arriba!
Duende de Monicongo o de Mandinga:
¿de donde se ha soltado esta xeringa?

ESCENA VII

Salen MUSICOS y MUGERES, cantando.

MUSICOS. Cesse la colera y rumbo,
capigorrista galan,
que, con letrillas y bailes,
quiere el duende meter paz.

SACRISTAN. Señores: ¿ay mas tramoyas?
La colera pierdo ya;
lleguen[se], señores musicos.

MUSICOS. Aguardese y bailaran.

SACRISTAN. ¡A, traidora! ¡Tu me has muerto,
y ahora me has de pagar
los males que me hizo el duende!

FRANCISCA. Todo fue burla, bausan,
y aqueste engaño te hizimos.
No bueluas a enamorar,
sino gastando primero.

SACRISTAN. ¿Y el xeringaço?...

FRANCISCA. ¡No mas!
Dexate aora de burlas
y ayudanos a bailar.

SACRISTAN. ¡Haz lo que quieres, morena,
que en todo te he de agradar!

MUSICOS. Los lenguados, morena,
andan por la mar;

---

(1) Terminación muy del agrado de Quiñones de Benavente, las veces (que eran hartas) que sacaba á escena sacristanes:

«Que, *cum acompañamentum*
famulorum, famularum,
he de ser mi *tu cum ego*»,

dice Tarabilla en el entremés de *Los sacristanes burlados.*

Y en el de *El Molinero y la Molinera,* que algún parentesco ha de tener, si no me engaño, con el popular cuento de *El Corregidor y la Molinera,* dice el sacristán:

«¿Hay embarazo, trampa ó *garrotorum?*
Que si hay algo desto, *me afuforum.*»

pero los deslenguados
en la tierra estan.
Hablador maldiziente,
preciate dello,
que de aquessas pensiones
come el infierno.

V

LA MAL CONTENTA

ENTREMES FAMOSO

(REPRESENTOLE VALLEJO)

Hablan en el las personas siguientes:

LA MAL CONTENTA.
IUANA Y QUITERIA.
VN VALIENTE.
TRES, VNO PLUMISTA, OTRO, ABRIDOR DE CUELLOS, Y OTRO VENTERO.
LOS MUSICOS.

ESCENA PRIMERA

Sale LA MAL CONTENTA.

LA MAL CONTENTA. ¡Nicasia! ¡Estefania! ¡Iacobina!
¡Aluarez! ¡Nuñez! ¡Perez!... ¿Con quien hablo, picañotas? (1).
(Salen Iuana y Quiteria, y las que pudieren.)

ESCENA II

TODAS. Señora.
LA MAL CONTENTA. ¡Andallo, amigas!
Siempre andais como gato sobre ascuas,
hasta que os digo el nombre de las Pascuas.
IUANA. Estauamos...
LA MAL CONTENTA. No esteis.
IUANA. Quise...
LA MAL CONTENTA. No quieras.
TODAS. ¡Señora!...
LA MAL CONTENTA. ¿Respondeis. suzias rabosas?

---

(1) Pícaras, holgazanas, bribonas.

«LUCÍA. Aparte el manto.
ALCALDE. No puedo.
LUCÍA. ¿Por qué?
ALCALDE. Porque no le traigo,
que vine con serenero.
LUCÍA. Pues yo la serenaré,
picañota. *(Descúbrele.)*
ALCALDE. ¡Aquí del puebro,
que matan á la josticia!»

(Luis Quiñones de Benavente: *Entremés famoso de Turrada.)*

¡Amiguita soi yo de aquessas cosas!
Dadme vn espejo, que tocarme quiero.

QUITERIA. Quebròse.

LA MAL CONTENTA. ¿Que?

QUITERIA. Que se ha quebrado.

LA MAL CONTENTA. ¡Aguero!
¿Mas que viene algun necio a visitarme,
o que me casan oy?

QUITERIA. Iba a colgalle...

LA MAL CONTENTA. ¡De vna reja lo estès hazia la calle!
Cantame, Iuana, alguna cosa alegre,
que el espejo me tiene melancolica.

IUANA. De buena gana.

LA MAL CONTENTA. ¡Claro està, tontona,
que si os mando cantar tarde o mañana,
lo aueis de hazer, de buena o mala gana!

Canta IUANA. «Mal contenta està la niña
desde el dia en que naciò;
mal la parecen los hombres,
y sus embustes peor.»

LA MAL CONTENTA. ¡No cantes mas aora, ni en tu vida!

IUANA. ¿Por que, señora?

LA MAL CONTENTA. Porque vàs cantando
con tanta floxedad y desaliño,
que parece que duermes algun niño.
Quiteria: ¿sabes cuentos?

QUITERIA Si señora.

LA MAL CONTENTA. Pues dime vno, sin *erase que se era*
(¡dexèmelos allà!), ni Rei con hijos
que pidan bendicion, cauallo y armas;
y si ha de ser con essos aderentes,
antes te lleue el diablo que lo cuentes.

ESCENA III

Sale VN VALIENTE.

VALIENTE. ¿Que flor, hembra mortal?

LA MAL CONTENTA. La entrada alabo.
¿Es brauo?

VALIENTE. Si.

LA MAL CONTENTA. Pues tome para el brauo.
(Dale vna higa.)

VALIENTE. He sabido que busca matrimoño,
despues que le faltò su compañia,
y estàle mui a cuento aquesta mia.
Yo soi matante que, de vn estornudo,
dexo a vn christiano ciego, sordo y mudo.
Desde aqui doi en Indias cuchilladas
y vn elefante mato a bofetadas.
Si acometen quarenta mi persona,

cabeças tuerço como palominos.
Los leones me siruen de pollinos
Soi al genero humano contrapuesto.

LA MAL CONTENTA. ¿Ha dicho?

VALIENTE. Si.

LA MAL CONTENTA. Pues no se me dà esto.
(Toca los dientes.)
¡Valgate el diablo, amen, por hombronaço!
¡La bolina que metes! ¿Estàs loco?
Yo soi quien todo aquesso tiene en poco,
porque hago mucho mas, aunque no hablo.
¿Entiendes?

VALIENTE. Si.

LA MAL CONTENTA. Pues anda con el diablo
Mas, porque veas, si casarme quiero,
la gente que me espera, escucha aora
y veras lo que passa. ¡Ola!
(Dizen dentro todos:)

TODOS. ¡Señora!

LA MAL CONTENTA. ¿Que aguardais en aquesse encerramiento?...
¡Responded, mentecatos!

TODOS. ¡Casamiento!

LA MAL CONTENTA. Salgan a fuera, y nadie se alborote.
¿Està contento, seor majaderote?

ESCENA IV

Salen tres.

[LA MAL CONTENTA.] Yo enuiudè, como saben, buena gente,
porque, como no ày quien me contente,
tanto vine a apurar al tal marido,
que, por no verme, al otro mundo es ido.
Quiero segunda vez matrimoñarme,
y vuestedes, al rostro y al dinero,
como moscas se van tras el melero.
Pues sepan que ha de ser examinado
el marido que quede concertado.
¿Quien es este primero, que el rosario
nos encaxa por fuerça?
(Dize el plumista (1), *con el rosario en la mano:)*

PLUMISTA. Soi plumista.

---

(1) Escribano. «Pregunté—escribe el colosal Quevedo en *Las Zahurdas de Plutón* (edición Fernández-Guerra, página 317)—(como nombraron ladrones) dónde estaban los escribanos. «¡Es posible que no hay en el infierno ninguno, ni le pude topar en todo el camino!» Respondióme un verdugo: «Bien creo yo que no topariades ninguno por él.» Pues ¿qué hacen? ¿Sálvanse todos? «No—dijo—; pero dejan de andar, y vuelan con plumas. Y el no haber escribanos por el camino de la perdición, no es porque infinitisimos que son malos no vienen acá por él, sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar y llegar y entrar es todo uno (tales plumas se tienen ellos); y así no se ven en el camino.» Y acá—dije yo—, ¿cómo no hay ninguno? «Sí hay—me respondió—; mas no usan ellos de nombre de escribano, que acá por gatos los conocemos. Y para que echeis de ver qué tantos hay, no habeis de mirar sino que con ser el infierno tan gran casa, tan antigua, tan mal tratada y sucia, no hay un raton en toda ella, que ellos los cazan.»

LA MAL CONTENTA. ¿Y rezais?
PLUMISTA. A san Iuan Euangelista,
que es santo deste oficio y desta ciencia.
LA MAL CONTENTA. Yo os lo pongo por cargo de conciencia,
porque quanto a san Iuan aueis rezado,
le quitais a san Dimas mal quitado.
¡Fuera trampas! ¡Despejeme la sala!
PLUMISTA. Quede en buen hora. *(Vase.)*

ESCENA V

LA MAL CONTENTA. ¡Vaya noramala!
¿Quien sois vos?
ABRIDOR. ¿Yo, mi señora?
LA MAL CONTENTA. Vos, mi señor, grillito vozinglero.
ABRIDOR. Del cambrai y la gaça tintorero;
digo, abridor de cuellos.
LA MAL CONTENTA. Dos mil vezes
viene a ser mas el ruido que las nuezes.
¡Afufon, abridor!
ABRIDOR. ¿Por que, mi Reina?
LA MAL CONTENTA. Porque dais tantos gritos que, con ellos,
mas lo sois de cabeças que de cuellos.
ABRIDOR. ¡Este es mi quedo!
LA MAL CONTENTA. ¡Si no sois mas necio!
¡Al infierno que sufran vuestro rezio!
ABRIDOR. Pues a Dios. *(Vase.)*

ESCENA VI

LA MAL CONTENTA. ¿Quien sois vos, vejete honrado?
VENTERO. Ventero.
LA MAL CONTENTA. Dios os saque de pecado,
pues algo se me alcança dessa ciencia:
echar en la ceuada, diligente,
para que crezca vn poco, agua caliente;
tener moças de sartas y sortijas,
mas que criadas y algo menos que hijas,
que en vna venta es trato conocido
tener vna donzella que aya sido,
porque al hazer la cuenta o embeleco,
se venga a alçar con el real y el trueco;
y en auiendo gastado el buen ventero
su vida en estas traças y gouiernos,
se baxa a descansar a los infiernos.
VENTERO. ¡Poco a poco, señora enfadosita,
que no me aplacarà toda la sala!
¿Mal dize deste brio, talle y gala?
¡Pues, por Dios, si me enojo...!
LA MAL CONTENTA. ¡Calla, viejo
VENTERO. ¡Mentis, que no he cumplido treinta y siete,
y harà vn año enuiudè, la barba negra!

LA MAL CONTENTA. Pues ¿como estais tan cano?
VENTERO. Tengo suegra.
LA MAL CONTENTA. ¡Bien disculpado estais!
VENTERO. ¡No, sino el alua! (1).
¿Viejo yo? ¡Mas quisiera tener calma!
LA MAL CONTENTA. Pues ¿por que no os teñis, si sois tan moço?
VENTERO. Porque no quiero andar causando risa
si mal mi barba el vadulaque toma,
con visos, como plumas de paloma,
o como tafetan tornasoladas.
LA MAL CONTENTA. Probaldo.
VENTERO. Que dè al diablo essas prouadas (2).
LA MAL CONTENTA. ¡No ay nouio que me agrade! Al pensamiento
me ha dado que dilate el casamiento.
Quede para otro dia: y vengan luego
con instrumentos musicos galanes,
celebraremos todos la alegria
de auer quedado, como siempre, mia.

ESCENA VII

Salen MUSICOS con guitarras.

MUSICOS. A la Mal contenta, mas la codician...
LA MAL CONTENTA. Por sus muchos dineros, reales, escudos, doblones,
que por si misma.
MUSICOS. Y ella que lo escucha, publica a vozes...
LA MAL CONTENTA. Que son falsos, sagazes, taimados, vellacos,
todos los hombres.
MUSICOS. El engaño y mentira se vsa en el mundo,
LA MAL CONTENTA. Y no ay hombre, muchacho, señora, damaça, fregona,
que no ande al vso.
MUSICOS. Mucho mienten los hombres. ¡Temed, mugeres!
LA MAL CONTENTA. ¡Sea vieja cuitada, pobreta, çuciona, feaça,
quien los quisiere!

El Bachiller Mantuano.

---

(1) Locución equivalente á «¡No que no!», ó á «¡Buena está la pregunta!»

«GARULLO. ¿Llamaron? *(Llaman dos veces.)*
LECHUGA. No, sino el alba.
MERLUZA. Otra vez.
GARULLO. Ya escampa.
LECHUGA. Andar.»

(Luis Vélez de Guevara: *Entremés: La burla más sazonada*; en la *Flor de entremeses y sainetes de diferente autores*; 1657.)

(2) «Antonia, dad al diablo esas probadas.»

(L. Quiñones de Benavente: *Entremés de la Sierpe.)*

La metafísica religiosa y el henoteísmo.

No hay problema sobre el cual se haya divagado más que sobre el de saber si en la evolución religiosa precedió el monoteísmo al politeísmo, ó éste á aquél. Poco debatido en la Edad Media, mal planteado al comienzo de los tiempos modernos, este problema ha adquirido en el siglo XIX una importancia y una precisión tan grandes como merecidas. Todos los pensadores que lo han estudiado á la luz de la filosofía, han señalado sus escollos y han llegado á conclusiones encontradas sobre el sentido histórico que encierra. Los evolucionistas se han contentado con investigar á qué puede reducirse el culto primitivo: si fué una determinación concreta de la percepción abstracta de lo infinito, ó una simple veneración á los antepasados; si empezó por la adoración de un solo Dios, ó de varios dioses, ó de simples *fetiques;* si se mostró antropomórfico, zoomórfico ó phitomórfico. No por esto se ha esclarecido más ni presentado mejor aquel problema interesante. Desde los días de MEINERS (1806) han surgido hipótesis y más hipótesis sin tregua alguna, parecidas á las mangas arenosas del Sahara, y fundadas en exclusivismos. Desgraciadamente, no eran, como ellas, sino polvo; y si bien á mediados de la pasada centuria se conocían en Europa cerca de veinte sistemas de este género, aferrados á sus limitaciones de punto de vista, ni uno solo ha permanecido firme en su puesto, ni es digno de estimular nuestra crítica. Todos se han desvanecido por sí propios, sin dejar la menor huella.

Pero tras estos sistemas exclusivistas vino la teoría más general y más profunda que el célebre filólogo MAX MÜLLER ha desenvuelto en sus distintas obras de historia religiosa. Todos los esfuerzos de MAX MÜLLER tienden á mostrar que la idea de Dios, aunque confusa en un principio, no fué material ni múltiple. Más aún: por lo mismo que era confusa, era una, era sintética, y los primeros estadios del desenvolvimiento religioso representan el paso del sintetismo dogmático al análisis. Como las lenguas, las religiones muestran mayor tendencia á la síntesis cuanto más antiguas son, y á lo analítico cuanto más modernas; siempre y en todas partes las representaciones religiosas primitivas han sido sintéticas y se han hecho analíticas con el tiempo. Así, MAX MÜLLER admite el germen ó la *nonada* de lo infinito en el primer estadio del desenvolvimiento religioso en que el hombre razonó *in confuso,* esto es, sin ver claramente si hay un Dios, si son muchos los Dioses, ó si están éstos contenidos en una Divinidad. A este primer grado de religión llama MAX MÜLLER *henoteísmo,* el cual se diferenció más tarde en politeísmo, monoteísmo, panteísmo y ateísmo.

Con MAX MÜLLER da, pues, principio en el seno mismo del idealismo mitológico una teoría religiosa nueva, por lo menos en apariencia. Ya en el primero de sus estudios había MAX MÜLLER definido la religión como «una facultad del espíritu que... hace al hombre capaz de percibir lo infinito bajo nom-

bres diferentes... Sin esta facultad no sería posible ninguna religión, ni aun el culto más degradado de los ídolos y de los *fetiques,* y, por poco que apliquemos el oído, reconoceremos en toda religión un gemido del espíritu, el eco de un esfuerzo para concebir lo inconcebible, para expresar lo inexpresable, una aspiración hacia lo infinito.» En su segunda obra célebre, MAX MÜLLER insiste en este punto de vista, que en el fondo es agnóstico. El citado pasaje manifiesta bien claro las ideas de MAX MÜLLER: lo pone todo en duda en los sistemas de creencias y de prácticas, pero hay algo que en todos ellos parece esencial: la conciencia y afirmación de un *nescio quid,* impenetrable á la razón y á los sentidos. Y este *nescio quid* lo toma él como el Misterio, lo Incognoscible, lo Incomprensible, que late en el fondo de las religiones, que es lo mismo para todas, y que induce á definirlas todas por su objeto y á clasificarlas por los medios de que se valen para representarlo. Los agnósticos no han hecho otra cosa: han seguido un camino muy diferente del de MAX MÜLLER; pero el punto de partida ha sido el mismo. Oigamos á SPENCER: «Las religiones, por diametralmente opuestas que se presenten en sus dogmas oficiales, convienen todas, sin embargo, en reconocer tácitamente que el mundo, con todo lo que en él se contiene y obra, es un Misterio que exige una explicación.» «Las religiones—repite también CAIR—consisten esencialmente en la fe en la omnipresencia de algo que rebasa los límites de nuestra razón.» Así, pues, podemos asegurar que á la hora que corre duerme y descansa de sus fatigas de las pasadas refriegas el henoteísmo idealista y el henoteísmo evolucionista pero vela y pestañea en toda su actividad el henoteísmo agnóstico, á la manera de aquel gigante de que nos habla HOMERO que mientras dormía con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad.

Para hacernos bien cargo del error de MAX MÜLLER, conviene que nos situemos en su punto de partida inconsciente. Este no es otro que la *unidad* primordial del sentimiento religioso, unidad que se establece sin pruebas, como en lingüística se ha establecido, verbigracia, la unidad del alfabeto humano. Los lingüistas unitarios han supuesto que la manera como la escritura figurativa conduciría seguramente al uso de un alfabeto, consistiría, probablemente, en que los dibujos llegasen á representar primero una palabra y después un sonido, simplificándose al propio tiempo y adquiriendo un valor convencional. De una manera semejante explica MAX MÜLLER la refracción de la primitiva idea simple de Dios, es decir, la deformación de esta idea según el medio, edad, civilización, raza, que es una de las cuestiones menos exploradas de la mitología. Esa idea vendría á expresar por de pronto un ser, y luego un espíritu, concretándose á la vez y adoptando formas plurales.

Lo que á mí me importa es el fundamento *psicológico* del henoteísmo. Los críticos de MAX MÜLLER no han dado con él; no han visto que no es más que una generalización de la lógica de HAMILTON. En esta lógica no se enseña, como en la de LOCKE, que el espíritu humano no procede sino de lo simple á lo compuesto, y que para asociar dos ideas es preciso ante todo haberlas tenido separadamente una de otra. Como nuestro conocimiento procede, por lo

contrario, de lo confuso á lo distinto, de lo vago á lo determinado, en boca de los niños, y por analogía se puede decir lo propio de los primitivos hombres, ni expresa precisamente lo general ni lo individual, sino lo vago y confuso, y después lo universal se va elaborando por medio de la abstracción, y lo particular por la especificación é individualización. Es lo que HAMILTON enseñó el primero contra los dialécticos sensualistas, y MAX MÜLLER acaba por volver á la misma concepción, aplicándola á la ideogenia del sentimiento religioso, esto es, afirmando que en la inteligencia primitiva la noción de la cosa significada no precedió á la del signo, y que el hombre espontáneo de los antiguos tiempos creó el símbolo antes de saber bien precisamente lo que en él puso. En los *Essays on the science of religion* es donde esta tendencia simbólica y aun mística es más palmaria. No hay explicación de las más aventuradas de KREUZER que no sea apoyada por MAX MÜLLER y hasta exagerada por él. Discutiendo la teoría de RENAN sobre el universal exclusivismo monoteísta de la raza semítica, defiende el carácter vago del primitivo sentimiento religioso; la escala que forman los cultos para que se levante el espíritu desde la contemplación de lo divino natural y abstracto hasta la animación diversificada de las fuerzas físicas; el misterio soberano que al universo envuelve, misterio que nuestros antepasados reconocían llenos de un santo temblor; original transcendente, al cual responde débil y flacamente la múltiple diferenciación dogmática.

Esta teoría de MAX MÜLLER es, sin duda, ingeniosa, mas no tan nueva como algunos pretenden. Los alejandrinos habían ya formulado como principio experimental de su teología el carácter *sintético* de la concepción humana de Dios y visto en sus adulteraciones sucesivas una división y un análisis de su contenido primario. Según la observación de PLOTINO, los mitos analizan y separan, dejando al espíritu que los ha concebido el cuidado de operar de nuevo la síntesis. Los mitos, decía también PROCLO, consisten en llamar dioses á los diferentes aspectos de la potencia divina y á los diversos estados del alma, que es asimismo una potencia divina.

Hasta ahora no se le ha ocurrido á nadie, que yo sepa, señalar estos antecedentes del henoteísmo en la escuela de Alejandría. Tampoco se ha fijado lo bastante la atención en los vestigios de esa teoría que nos muestran las vivas controversias habidas entre el cristianismo primitivo y el paganismo agonizante. Los apologistas del primero, al poner de manifiesto la inmoralidad, los absurdos y las contradicciones del politeísmo, tendían principalmente á pulverizar las explicaciones alegóricas con las cuales se quería sostener á aquel sistema (1). Estas explicaciones están perfectamente resumidas en la siguiente

(1) «Que *Júpiter* sea el fuego y *Juno* la tierra—decía ATENÁGORAS—, que *Plutón* sea el aire y *Nestis* el agua, por esto el fuego, el agua y el aire no dejarán de ser elementos, y ninguno de ellos será Dios. El fuego, el agua, la tierra, el aire y la simpatía que reina entre ellos, forman, á creer á EMPÉDOCLES, la universalidad de las cosas. Sin la simpatía que los une, no podrían subsistir, pues la discordia los pondría en confusión. ¿Y cómo estas cosas podrían convertirse en dioses? Según EMPÉDOCLES, la amistad ordena, y los elementos compuestos obedecen. El que manda es, sin disputa, el dueño; pero atribuyendo igual naturaleza al que manda y al que obedece, igualamos, con menosprecio del buen sentido, la materia corruptible, móvil y mudable, con el Dios eterno, inmortal y siempre semejante á sí mismo.»

enfática declamación del Emperador JULIANO: «¿Por qué clase de imbéciles nos tomáis, oh cristianos, asegurando que nosotros adoramos la materia misma que representa nuestros dioses: metal, piedra ó madera? Todos nuestros predicadores quieren convencer á los demás, á nosotros y á vosotros. Pero esto es una mentira. Nosotros no adoramos la piedra muerta, el metal ó la madera, sino el alma, el alma viviente de la belleza en los más altos modelos de la más pura belleza humana. No somos nosotros los idólatras, sino vosotros, que os devoráis continuamente, como las fieras, por una *jota;* vosotros, que besáis los huesos podridos de los criminales ajusticiados por infracción á las leyes romanas; vosotros, que llamáis al fratricida Constancio *¡eternal y santo!* Deificar las soberbias esculturas de FIDIAS, que respiran la belleza y sabiduría olímpicas, ¿no es más razonable que inclinarse delante de dos maderos cruzados, vergonzoso instrumento de tortura? ¿Hay que avergonzarse de vosotros, compadeceros ú odiaros? Es el colmo de la locura y del oprobio para nuestra patria ver á los descendientes de los helenos que leen á PLATÓN y HOMERO, precipitarse, ¡oh abominación!, hacia una tribu reprobada, casi exterminada por VESPASIANO y TITO, para deificar un hombre muerto. ¡Y os atrevéis todavía á acusarnos de idolatría!»

No son concluyentes estos argumentos de JULIANO para demostrar que bajo la adoración politeísta había un monoteísmo abstracto; y por lo mismo que no lo son, por lo mismo que representaban un plagio hecho á la teología cristiana, por lo mismo que el paganismo, *después de haber hecho de un Dios muchos* (corrupción de la idea primitiva), *hizo de varios dioses uno solo* (reacción monoteísta y culto de *Mitra),* hay motivo para afirmar que en la mente pagana el monoteísmo se concebía inconscientemente como un henoteísmo al modo de MAX MÜLLER.

El sueño henoteísta se ha perpetuado todavía en diversos círculos filosóficos, y según la fórmula indicada por un metafísico tudesco, el profesor HARTMANN, en casi todas sus obras teológicas, y señaladamente en la muy notable que lleva por título *Religioses Bewsstein des Humanitat im sein Fortgang,* impresa por primera vez en Berlín en 1882. Según HARTMANN, los objetos religiosos tienen una importancia supremamente macroscópica en el hombre natural. El íntimo sentimiento es conmovido y excitado bajo la acción de los horrores y de la belleza de la naturaleza. El hombre siente algo misterioso y superior á él en medio de las fuerzas naturales que le rodean; á este algo le llama *Dios,* sin formarse idea clara del significado de esta palabra; quisiera estar bajo la dependencia de este algo, y con esto reconoce HARTMANN como religión primitiva al henoteísmo, descubierto ó, más bien, construído por MAX MÜLLER. La nebulosa idea de Dios del henoteísmo se condensa poco á poco, tomando formas antropomórficas, en el politeísmo; pero después, de un modo supranaturalístico, por una parte, en sistemas abstractos monísticos, merced á una inaccesible unidad universal, y por otra parte, en el monoteísmo. En suma, la religión primitiva se divide en formas diferentes.

La teoría de HARTMANN es interesante como teoría característica de la de-

generación definitiva del sistema del fundador, como exageración de sus defectos capitales. MAX MÜLLER, que ordenó los hechos, no había aclarado el principio transcendental del henoteísmo. HARTMANN, en su obra, hablando como pensador especulativo, ha querido asimilar la religión primitiva á los postulados y apriorismos de su doctrina pesimista, deduciendo luego el proceso henoteico de sus fantasías y de sus exclusivismos y exageraciones. Es el solo libro que á propósito llevó el problema á sus últimas consecuencias lógicas, y ha resultado un desengaño abrumador. Fuera de esto, y aun en esto mismo, no hay por qué negar la profundidad y hasta, en principio, la legitimidad del henoteísmo como método. Sin embargo, aunque legítimo en sí, ha precipitado en grandes errores á MAX MÜLLER y toda su escuela; y si el filósofo WACKAY no ha incurrido en los mismos, es preciso convenir en que el sistema teológico adoptado por él en su obra *The progress of the intellect* puede conducir á los resultados más contrarios á una sana crítica, si le sigue en todas sus consecuencias; porque no se limita á suponer que el hombre es por constitución un ser religioso, sino que da también por sentado que es por naturaleza fundamentalmente monoteísta. Por lo demás, repito que no combato el henoteísmo de MAX MÜLLER en nombre de su vaguedad ó de los adelantos con que la mitología comparada ha podido concretar (de un modo muy limitado siempre) ciertas ideas de las dogmáticas antiguas. Me río de los mitólogos que se dan tormento para encerrar en algunas palabras precisas la noción de esa cosa indefinible que llamamos religión. Lo religioso, como de lo bello acostumbraba á decir GOETHE, es un fenómeno primitivo, que no se manifiesta nunca en sí mismo, pero cuyo reflejo es visible en mil creaciones diversas del espíritu creador; fenómeno tan múltiple y variado como la naturaleza misma.

En fin, no es concepción de un espíritu vulgar la que divide la historia religiosa en dos especies de épocas: las épocas caóticas y las épocas formales, representando las unas el momento en que los creyentes proceden por síntesis y viven en la unidad de una aspiración y de una fe comunes, y expresando las otras el trabajo contrario, el análisis, á la hora en que la fe vaga se extingue y en que la sociedad que esta fe envuelve en sus ideas, en sus sentimientos y en sus ritos, se disgrega, se disuelve en variedad de mitos, de dogmáticas arbitrarias ó de cultos definidos. Pero resulta un verdadero *histeron-proteron* de nuestra ciencia poner un monoteísmo abstracto, tan imposible en el fondo como un monoteísmo concreto, por principio y no por fin de la religión. Dios, es cierto, engéndrase sin cesar en la conciencia vaga y abstracta de las generaciones; sin embargo, el error religioso no es la unidad, es la variedad. La verdad de las religiones sólo en la unidad reside. Un Dios Uno y Unico es como la realidad, tiene su fondo esencial, existencial, ontológico, tanto para la inteligencia como para el corazón del hombre: la afirmación de varios dioses es un lienzo más ó menos apto para la pintura de fábulas. El axioma *nomina numina* es á la letra una verdad para las deidades multiformes.

Con fijarse en el fundamento que tiene el idealismo henoteísta caen por su base todos los argumentos que en su favor se formulan. Como la teología tra-

dicional, el henoteísmo se resiste á considerar como punto de partida de la religión lo que es en ella inferior y rastrero, prefiriendo considerarlo como corrupción de la idea religiosa. El henoteísmo no es más que un evolucionismo al revés, muy semejante á la mitología cosmogónica de la antigüedad. El hombre, decía PLATÓN haciéndose eco de la religión helénica, es un dios degenerado; la mujer, un hombre degenerado; el animal, una mujer degenerada; la planta, un animal degenerado; la piedra, una planta degenerada. Si esto fuera exacto, habría que concluir que el hombre primitivo poseyó la religión más divina, más aproximada á la verdad; pero la historia y la tradición prueban que no sucedió así. La fe era entonces tan mala y tan *material* como todo: como la ciencia, como el arte, como la moral, como el derecho. Si queremos ser sinceros, es preciso que reconozcamos que el politeísmo ha manchado la cuna de todas las religiones del mundo, cualquiera que fuese su mitología y su organización.

Por otra parte, ¿qué puede esperar el henoteísmo de la lingüística? Si tuviese en esta ciencia un principio sólido que conservar, aun rechazando ciertas consecuencias, el asunto cambiaría de aspecto. Pero el mismo MAX MÜLLER reconoce que «hay dialectos hablados hoy en día que no tienen nombres abstractos, y cuanto más nos remontamos en la historia de las lenguas, hallamos que es menor el número de estas expresiones tan usuales... En las lenguas antiguas, cada una de las palabras que cabe considerar desde cierto aspecto como abstractas tiene necesariamente una terminación que expresa el género, lo cual es natural que produjera en la mente la correspondiente idea de sexo; así que tales nombres recibieron, no sólo un carácter individual, sino hasta sexual. No había sustantivo que no fuera ó masculino ó femenino, pues los neutros son de formación posterior y distinguibles principalmente en el nominativo.» En otro trabajo declara que «los antiguos vocablos y los pensamientos antiguos, porque ambas cosas van juntas, no llegaron al estado de abstracción en que pueden representarse las potencias activas, por ejemplo, sean naturales ó sobrenaturales, en una forma personal cualquiera, más ó menos humana». Aquí lo concreto está representado como lo original, y lo abstracto como derivado. No obstante, en algún lugar, dando MAX MÜLLER como ejemplos de nombres abstractos *día* y *noche, primavera* y *verano, aurora* y *crepúsculo, tormenta* y *trueno, cielo* y *tierra, rocío* y *lluvia, río* y *montaña,* pasa á argüir que «en tanto que el pueblo pensó en un lenguaje, era sencillamente imposible hablar de mañana ó de tarde, de primavera ó de verano, sin dar á estos conceptos algo de un carácter individual, activo, sexual y, por último, personal». Aquí lo concreto está derivado de lo abstracto, el concepto personal presentado como viniendo *después* del concepto impersonal, y MAX MÜLLER cree que los antiguos mitos brotaron á través de una tal transformación de lo impersonal en personal. ¿Cómo pueden conciliarse esas proposiciones? La personificación ha sido ciertamente un resultado de la impersonalidad, como lo heterogéneo un resultado de lo homogéneo; pero este punto de vista, tan aparentemente conforme con la ley general de la evolución y que nos

muestra cómo, á partir de una forma de creencia sencilla, vaga, aborígene. brotaron por diferenciaciones continuas otras formas de creencias más complicadas, ¿no se aplicaría mejor á un culto rudimentario é inmediato como el de los espíritus ó antepasados muertos en que se afirma el neoevemerismo sociológico, y no á la idea de lo infinito, que, fuera de ser vacía y muda, no es religiosa? (1).

Max Müller es censurado por Spencer, y con razón, porque introduce la noción de diferenciación lingüística en los orígenes de la religión justamente cuando tildaba á la mitología de henoteísta. Hay que decir una de dos cosas: si en un principio no existía uno siquiera de los nombres abstractos apuntados, entonces los asertos primitivos referentes al curso diario de la naturaleza se harían en términos concretos: los elementos personales del mito eran los elementos primitivos, y las impresiones impersonales, que son sus equivalentes, vinieron más tarde. Si no se admite esto, hay que suponer que hasta después de haber surgido nombres abstractos, faltaban en absoluto afirmaciones corrientes respecto á los objetos y cambios más patentes y visibles que presentan los cielos y la tierra, y que los nombres abstractos, habiéndose formado de una manera cualquiera y usádose sin sentido personal, más tarde se les personalizó: proceso que es la inversa de aquel que caracteriza al primitivo progreso lingüístico. El mito y el origen del mito es la *corrupción lingüística*, como dice muy bien Max Müller; pero la corrupción lingüística no es, como él añade, la *corrupción en el nombre,* lo cual ciertamente no implica nada, sino la *corrupción en el sentido* del nombre, como demuestra la experiencia.

Que la noción de lo divino, sobre todo bajo la forma de lo infinito, ha precedido á la de los dioses, es una afirmación de Max Müller que el neocriticismo francés aplicaría sólo á su teodicea novísima. Es más que dudoso, es inverosímil que el ser humano prehistórico, acosado por necesidades físicas, en perpetua lucha material con el mundo exterior, haya manifestado facultades tan elevadas de deducción y de síntesis. Una idea como la de lo infinito, que en su proceso psicológico es matemática é implica la formación de una gran imagen numérica, de una inmensa extensión cuantitativa, ¿es concebible ni posible en la mente de hombres que, como los salvajes actuales, apenas saben contar? Un negro del Surinam que no cuenta más allá de veinte, que se sirve para hacer esta operación, como punto de partida, de los dedos de las manos y

---

(1) *Le sentiment de l'infini, pur et simple, est-il religieux? Les infinités abstractes, le temps infini, l'espace infini, sont des notions vides et muettes pour l'âme religieuse,* dice Reville en la página 33 de sus *Prolegomènes à l'histoire des religions;* y su observación es tanto más significativa, cuanto que en la página 30 de la misma obra desarrolla una teoría de origen que tiene muchos puntos de contacto con el henoteismo de Max Müller. En efecto; para Reville, constituído el hombre en un ser por la evolución transformista, comienza á sentir en sí la realidad de un ente superior á los fenómenos sensibles, y concibe á vueltas del sentimiento religioso la noción de Dios. Este momento solemne en que el alma humana queda embargada por el influjo de un Espíritu cuya existencia hasta entonces no sospechaba, es el punto inicial de todo el movimiento religioso que había de llenar el campo de la historia. *Ce moment où une âme humaine se sentit comme effleuré par un Esprit dont jusque là elle ne soupçonnait pas l'existence, fut le point initial de tout un dévelopment que devait remplir l'histoire.* No habla de otro modo Renan en sus *Dialogues philosophiques;* uno y otro, partiendo de la *ineidad* de la religión al modo de Max Müller, conciben su primera manifestación histórica, no como una revelación de Dios, sino como una revelación que se hizo el hombre á sí mismo.

de los pies, y aun del nombre de estos dedos, y que llama *viriviri* ó «mucho» á todo lo que pasa del número de veinte, ¿podrá en religión abstraer y generalizar hasta el punto que supone MAX MÜLLER?

A la verdad, atribuir un concepto abstracto como el de lo infinito á los primeros tanteos de la inteligencia humana ante el mundo exterior, es un anacronismo imperdonable en buena sociología. Este principio psicológico está fundado, como todos los principios de MAX MÜLLER, sobre una confusión ó, más bien, sobre un juego de palabras. «Lo infinito en sentido transcendental—dice el mitólogo inglés—se aplica á cualquier objeto que, elevándose sobre una montaña ó en el aire, sale de la esfera visual humana y se hace invisible, sin que á la vez pueda dudarse de su existencia. Con arreglo á este dato, ¿qué imposibilidad encuentra nadie en que la noción de lo infinito haya sido provocada por el desierto, por el cielo ó por el mar? Al contemplar estas vastas extensiones, el hombre primitivo reconoció un más allá de lo visible y esta impresión le dió la percepción de lo infinito.» Aquí se presenta de bulto la equivocación de MAX MÜLLER. Toma lo infinito por lo *indefinido,* esto es, por lo que no tiene límites asignables, y lo reduce á un infinito aritmético que no puede ser materia de conceptos religiosos. Mas no por esto hemos de desconocer el valor de la inteligencia intuitiva como principio y fuente de toda religión. Es imposible al alma humana negar lo infinito, que la oprime y la rodea por todas partes: en vano se esforzaría por escapar. El mismo MAX MÜLLER parece entender por *percepción de lo infinito* (expresión empleada por ANCILLON antes que por él) la impresión que el infinito ejerce sobre nuestros sentidos, y por la cual afirma su existencia. Y si aun así el término mencionado implica contradicción, es porque lo infinito no puede ser nunca objeto de percepción, ya que los sentidos no perciben más que lo finito. Vuelvo, pues, á preguntar: ¿De dónde la idea de lo infinito en el hombre primitivo, si no le otorgamos suficiente facultad de razonamiento para formarla y esclarecerla?

Otros anteponen el sentimiento á la idea en las formas primitivas de la religiosidad. En su crítica del henoteísmo, GOBLET D'ALVIELLA reconoce que á primera vista esta teoría parece que lleva consigo la lógica. Claro es que para amar ó temer á un ser hay que haber concebido la noción de su existencia. Sin embargo, por indispensable que sea colocar al comienzo de la religión una operación intelectual, se debe reconocer que los sentimientos puestos en juego para esta operación han debido preceder mucho tiempo á las más antiguas fórmulas de la teología primitiva. El sentimiento, tanto ó más que la noción, supone necesariamente un objeto.

En RIBOT hallamos otra luminosa indicación, semejante á ésta. También él se inclina hacia la prioridad del sentimiento (aunque sin poder suministrar argumentos de hecho, pues el período de los orígenes es el de las conjeturas), y cree que el único medio de dar á la tesis de MAX MÜLLER una cierta verosimilitud psicológica es despojarla de su carácter intelectualista y admitir en el origen un sentimiento más bien que una noción; una necesidad, una tendencia más bien que un conocimiento. De estos dos factores que constituyen toda

creencia religiosa, uno intelectual, otro afectivo, ¿cuál es el que tiene la prioridad? ¿Es la noción la que ha producido el sentimiento, ó el sentimiento el que ha suscitado la noción? Este es el problema que se encuentra en el fondo de los debates sobre el origen de las manifestaciones religiosas. La generalidad de los mitólogos lo colocan en el dominio de los instintos; así RENAN compara la religión en la humanidad con la nidificación en el ave.

No encuentro que se gane nada con reemplazar una fórmula vaga con otra confusa. El sentimiento que se quiere preferir á la noción de lo infinito de MAX MÜLLER, tendría que ser también *sentimiento de lo infinito,* y no veo su inferioridad ni la posibilidad de predicarlo con más verosimilitud de las razas primitivas. La historia de la metafísica está llena de teorías que consideran la idea de lo infinito ó de Dios, no como una concepción, sino como una percepción; no como un conocimiento, sino como un sentimiento. Y esas teorías no se formaron ciertamente en las primeras etapas del pensamiento filosófico; antes bien pecan de modernas: sirvan de ejemplo JACOBI y sus numerosos discípulos. Y esto tiene una explicación perfectamente psicológica. En la obra del conocimiento se mezcla siempre al trabajo del pensamiento una buena parte de sentimiento y de ideal. La imaginación, ejercitándose sobre los primeros datos derivados del estudio de las cosas, se ingenia en unificar sus relaciones, que no percibe en detalle, y forma conjeturas. En esta colaboración necesaria, la función del deseo es provocar una apetición de lo verdadero é incitar á su investigación; la de la idealidad, sugerir hipótesis que hagan presumir dónde puede estar la verdad. No hay, pues, mitos espontáneos, brotados como el rayo, sin el antecedente natural de ideas determinantes; pero éstas, á su vez, son inconcebibles sin esa multitud de sentimientos sociales fabricados por la humanidad en el horno de la historia. La creación del mito no sería posible, si la mente humana no llevara ya consigo el tipo del mito; y, sin embargo, la formación del sentimiento religioso, así mítico, como dogmático, como cultual, se llevó á cabo sucesivamente, y por grados, y como por una acción recíproca, en cuanto que cada elemento hacía al hombre más hombre, y que este perfeccionamiento del hombre provocaba á su vez un nuevo perfeccionamiento de su religiosidad. La ley de este fenómeno se esconde á nuestra penetración; pero su existencia misteriosa revélase á todo el que sabe apreciar rectamente la conciencia religiosa de la humanidad considerada en el proceso de su desarrollo.

De muy buen grado comprobaré extensamente más adelante todo lo dicho, haciendo ver toda la falta absoluta de henoteísmo en los orígenes de cada uno de los sistemas religiosos; aunque esto sea ir más lejos que el mismo MAX MÜLLER, como después se verá. Entretanto no será mal recordar que el *sistema* del sabio inglés está en íntimas relaciones con su *método,* como éste, á su vez, con el estudio de que aquí se trata. El estudio denominado durante la primera mitad del siglo XIX mitología, mitografía ó filosofía de la religión, y posteriormente historia ó ciencia de las religiones, por oposición á la teología tradicional y también, sin duda, á la teosofía contemporánea, es, en realidad,

desde el segundo de los indicados aspectos, una investigación completamente nueva. Tuvo su verdadero en 1878 y en Inglaterra con las llamadas *Hibbert-Lectures,* que MAX MÜLLER tanto reanimó con sus lecciones; antes de ese año no puede decirse que hubiese para la razón científica en sus perspectivas religiosas más que días de desaliento y de desesperación. Oigamos lo que en 1865 escribía todo un BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE, que, como eco de la mitología de su época, expuso su opinión y la opinión de la mayor parte de los mitólogos de dicha época: «El culto de los dioses, tal como está en los *Vedas* ó en HOMERO, es para nosotros un indescifrable enigma; responde á un estado de la conciencia humana que la imaginación más potente no puede resucitar.»

Al prorrumpir en ese grito de escepticismo contra la posibilidad de una verdadera investigación de los orígenes de las religiones, BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE no se hizo acreedor á crítica alguna, pues, como acabo de decir, fué sólo un eco de la opinión común de los mitólogos de su tiempo. No por ello debe creerse que no se habían levantado ya voces aisladas, reclamando con timidez y parsimonia el derecho del hombre de ciencia á penetrar en el campo de la religión y esclarecerlo á la luz del método *histórico-comparativo.* Así, por ejemplo, DRAPER, en un resumen de la doctrina fisiológica del progreso intelectual, leído en la Asamblea de la Asociación Británica para el Fomento de la Ciencia celebrada en Oxford en 1860, decía: «Como la anatomía comparada examina la estructura de los diversos animales, reconoce sus identidades y sus diferencias y por ellas establece las relaciones que entre los mismos existen; como la fisiología comparada estudia las funciones de los diversos seres orgánicos á fin de deducir de esta comparación las relaciones de conexión que les unen, de la misma manera las mitologías de las diversas razas humanas pueden dar origen á una teología comparada. Sólo con la ayuda de esta ciencia es posible llegar á conclusiones exactas respecto de la evolución definida de las opiniones religiosas, las más importantes de las operaciones intelectuales del hombre. Y el espíritu no debe olvidar que la teología comparada revela los resultados ó efectos de una fase de la vida, pero no en modo alguno su causa.»

Como se ve por el anterior pasaje, la idea de una ciencia comparada de las religiones, á pesar de todo el agnosticismo de BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE y secuaces, era una idea propicia para desarrollarse en suelo inglés. La justicia me obliga á añadir, recordando de nuevo la fundación de las *Hibbert-Lectures,* que Inglaterra fué la primera nación que se opuso á aquel agnosticismo. Ninguna otra de Europa puede disputarle ese privilegio. Hasta 1880 no se nombra á REVILLE para explicar en el *Colegio de Francia,* en París, la asignatura de ciencia de las religiones; hasta 1887, y esto por conducto de la Alemania intelectual, no se instituyen en Hungría y Grecia cátedras del mismo género. Asimismo vemos al Gobierno italiano esperar á 1886 para establecer en Roma otra cátedra de ciencia de las religiones, que la Universidad de Bruselas tenía desde 1884. En Holanda, por aquella misma época, el vigoroso entendimiento de TIELE, explorador infatigable, populariza la nueva mitología

con sus cursos de historia religiosa. Dos años más tarde, Suiza confía al catedrático STROEHLIN la misma rama de enseñanza; en 1888, Austria y Escocia, imitando el común ejemplo, añaden en sus escuelas de estudios superiores á las secciones diversas la de ciencias religiosas; en 1889 se inaugura el afamado *Museo-Guimet,* que hace necesaria la publicación de los *Annales* y la *Revue de l'histoire des religions;* por último, en 1893, los Estados Unidos, con el Congreso de Chicago, dan al mundo el noble ejemplo, no de una nación que domina con indiferencia las religiones, sino de una confederación espiritual que saca su fuerza de todas ellas.

Ha terminado el siglo XIX, y aún no ha empezado España á interesarse por esos estudios, tan florecientes en otros países, y que tanto importan y se imponen por su elevación, espiritualidad y grandeza. «La nación española, libre del común *contagio,* prosigue su tradicional derrotero.» Así escribe, sin avergonzarse, el jesuíta MIR. Hay que ser imbécil para no confesar que, con toda nuestra fama de idealistas y románticos, somos los españoles el más satisfecho, si no el más materialista de los pueblos europeos: el más materialista por el egoísmo, por la ignorancia, por el escepticismo práctico y social; el más materialista por la exclusiva preocupación de bienes terrenos que nos embarga; el más materialista, especialmente, en cuanto á la indiferencia y á la seguridad con que todo lo tenemos resuelto de tejas arriba y de tejas abajo. Los Estados viven vida propia como los individuos, y el patriotismo es la personalidad de las naciones perpetuamente realizándose por natural estímulo ó siquiera por externa emulación. Nosotros no tenemos patriotismo, porque carecemos de personalidad; y carecemos de personalidad, porque nos falta vida propia. Los libros producidos por la meditación profunda y razonada y relativos á cuestiones de rigurosa modernidad científica aparecen aquí como una flor que brota entre piedras, implicando un esfuerzo de perseverancia, de heroísmo y de adaptación, que bastarían en otro medio social para producir un hombre superior, una genialidad verdadera. De este notable hecho hay pocos ejemplos más típicos, entre nosotros, que SÁNCHEZ CALVO, el autor de *Los nombres de los dioses;* y á tal propósito debo declarar que sin la ayuda de las opiniones y principios desenvueltos en su obra, probablemente no hubiera sido escrita una gran parte de la mía, á pesar ó á causa de las frecuentes ocasiones que se me han presentado de expresar diferencias de apreciación y criterio. Por lo pronto, ya disentimos en la cuestión de método. SÁNCHEZ CALVO, procedente de la escuela de MAX MÜLLER, adora el método lingüístico, y todo fenómeno religioso primitivo reduce á mito ó fábula, cuyo análisis fonético, morfológico y semántico es, para él, la clave entera, el procedimiento exclusivo de la ciencia de las religiones. Por mi parte, creo con DUPUIS que «no basta analizar las fábulas sagradas, sino que es preciso examinar el culto en sí mismo». El estudio de las fábulas sagradas pertenece al dominio de la historia interna, que á su vez es una de las ramas ó aplicaciones de la teología natural científica, cuyo programa y contenido conserva. Si á la historia de las religiones ó á la *hierografía* se aplican los procedimientos de la crítica filosó-

fica, se tendrá la ciencia de las religiones, que se llama algunas veces *hierología,* y que Réthoré designa acaso mejor con el nombre de teología natural comparada (1). Desgraciadamente, en nuestros días, en que más que nunca trata de romperse con las tradiciones científicas del siglo XVIII, la *teología comparada* parécese, rasgo por rasgo, á esa *mitología comparada* de la que Gaidor decía que no había sido nombrada así sino porque no comparaba nada del todo.

Fantástico es, por ejemplo, el invento de Braga, de que trata Said Armesto. Sin rebozo asentaba Braga en 1882 que *Don Juan Tenorio* es tipo de mítica alcurnia: no que en el *Priapo* pagano esté el molde formatriz, esquema ó prefiguración profética de *El burlador de Sevilla,* como ha llegado á sostenerse, sino que debe su hechura el tipo al prestigio erótico y fascinador que el nombre *Ioannes* ha ejercido y conservado en las supersticiones de la remota edad grecolatina, como en la credulidad ingenua de los siglos medios. Así resulta que la leyenda cristiana de *Don Juan* es por línea recta un mito gentílico: á él sube Braga por vía de trastuecos seculares. «El *Tchang'O* de la mitología china y los *Hengé* caldaicos—dice—, entidades demoníacas de la seducción amorosa, vinieron á ligarse al nombre de *Don Juan* por sinuosos y enmarañados caminos.» ¡Baladronada muy digna del positivista portugués! Véase cómo el sutilísimo crítico Said Armesto censura en términos irónicos el criterio de su antecesor: «El fecundísimo mitólogo, con auxilio de eso que los arqueólogos conspicuos llamaban gravemente hace años *teoría turaniana,* amparado de una filología dócil y á la vez traviesa (cómoda ganzúa para todos los cerrojos difíciles de abrir), y aforrado con la enorme balumba de su saber enciclopédico, llegó obtener pasmosas conclusiones, algunas de tan formidable estruendo y aparato como la de que el *Tenorio* lígase á reminiscencia del dios céltico *Thunaer,* ó *Thunor,* ó *Taranis.* Yo no voy tan lejos, ni con mucho. Me coloco en una apacible neutralidad. Porque para mí (con vergüenza lo digo) todas esas aproximaciones ó enlaces mitográficos y etimológicos, logrados como por destilación, apenas pasan de ingeniosidades divertidas (¡y gracias cuando logran divertir!), por mucho que la erudición los apuntale y por muy bien que la agudeza los combine» (2).

Ciertamente, el método lingüístico es por lo menos concreto, pues en él se coloca en algún modo cada divinidad ó concepción religiosa en los límites de su significado como el insecto debajo de la campana de cristal que observa el naturalista. Hay, además, en tal método un sentido exegético de importancia

---

(1) La teología propiamente dicha, como la de Santo Tomás, reposa sobre la revelación; la teología natural *(natural theology),* como la de Paley, reposa sobre los principios de la razón.

(2) Said Armesto añade que sobre la etimología del vocablo *Tenorio* ó *Tanoiro* se ha divagado mucho. El P. Sarmiento lo refiere á *tenería,* del latín de la Edad Media *tanaria,* procedente del gótico *tan* = raíz ó corteza que sirve para curtir cueros. Braga, según queda apuntado en el texto, lo acomoda al céltico *Thunaer* ó *Taranis,* divinidad que tenía por emblema una «piedra» y un «martillo». Como la comarca de *Tenorio* es en Galicia el país clásico de los picapedreros, pudiera ser que allá en tiempos remotos los naturales rindiesen á *Thunor* culto patronal. Pero también pudiera ser que no se lo rindiesen. Michaëlis descompone así el vocablo: *Tenorio* = *Tanoiro* = *Tan-auri* (comparable con *Osorio* = *Osoiro* = *Os-auri).*

suma. Con efecto; para entender las religiones es preciso que nos hagamos *anagnostas,* es decir, lectores de sus textos sagrados.

Propiamente hablando, no se concibe mitología sin lingüística. Era tan natural pasar de la investigación comparada de las lenguas á la de los mitos, que JONES, el primero que proclamó el origen común de las lenguas que SCHLEGEL llamó á poco indogermánicas, fué también el primero en intentar una comparación entre los dioses de la India y los de Grecia é Italia. Siguieron sus huellas KUHN, BAUDRY, BREAL, TREZZA, DENIS, GUBERNATIS y otros muchos filólogos. SÁNCHEZ CALVO se apoya, sobre todo, en MAX MÜLLER y en parte en su henoteísmo. Este sistema exige un método contrario en todo y por todo á la mitología histórica y la negación absoluta en los orígenes de las religiones del materialismo naturista é idolátrico.

Hay, pues, que suponer, fuera de este criterio y dentro del criterio henoteísta, que el fetiquismo y hasta el politeísmo son posteriores, esto es, resultados del fraccionamiento de la unidad primitiva. ¿Cómo sale de su empeño MAX MÜLLER? Esta es la cuestión que debe preocupar nuestro interés. Desde luego declara con la mayor seguridad que el politeísmo y hasta el fetiquismo son debidos á una enfermedad del lenguaje. Cada nombre, dice MAX MÜLLER, se convierte en un dios distinto; las palabras se erigen en seres que tienen su vida, sus atributos y sus leyendas: *Nomina numina.* Es lo que BURNOUF enseñó el primero como declarado onomatólogo, y SÁNCHEZ CALVO acaba por volver á la misma concepción de una mitología nacida de la fusión entre el nombre y la cosa nombrada, de la sustantivación del nombre y de su substancialización. Tales fenómenos deben ser examinados por el mitólogo con la escrupulosidad del anticuario que quiere descifrar los caracteres medio borrados de un manuscrito viejo.

Desde la antigüedad más remota, esta parte de nuestro estudio entró de lleno en el campo de la filosofía del lenguaje. Ya PLATÓN, partiendo de su principio general de que los nombres de las cosas son fatales y conformes á la naturaleza de las cosas, dedujo que todas las divinidades significan en sus denominaciones un profundo sentido, que son las *Ideas* mismas; en suma, que el lenguaje tiene en su seno el gran depósito de conceptos y nociones que forman la mitología. Por eso, entre las palabras derivadas dió el primer lugar á los nombres de los dioses y de los héroes. «¿No será justo—decía—comenzar por los dioses?» Claro es, en efecto, que los nombres de los dioses deben ser el resumen de las doctrinas religiosas y metafísicas á que se elevaron los primeros pueblos. En estos nombres es donde la señal de las ideas debe aparecer más visible, y la filosofía moderna, por boca de SÁNCHEZ CALVO, conviene con PLATÓN en buscar en los nombres sagrados el pensamiento religioso y filosófico de los pueblos. PLATÓN dió prueba de una gran profundidad al decir que los primeros hombres parecen haber estado preocupados, como HERÁCLITO, por la idea del movimiento universal. Esto es, en efecto, lo que debió impresionar ante todo á los espíritus, éste es el primer grado de la dialéctica. Los filólogos modernos, como SÁNCHEZ CALVO, encuentran también en los nombres sagrados

de la Grecia y de la India la idea dominante de las revoluciones de la naturaleza: sucesión de los días y de las noches, de la luz y de las tinieblas, del calor y del frío, del invierno y del verano, de la vegetación y de la esterilidad, de la vigilia y del sueño. «¿Cuál puede ser la razón de este nombre *Teos* (θεός)?—se pregunta PLATÓN—. He aquí lo que yo supongo. Para mí los antiguos habitantes de Grecia no reconocían otros dioses (como actualmente una gran parte de los bárbaros) que el sol, la luna, la tierra, los astros y el cielo; y observando su movimiento y su curso perpetuo, les llamaron θεοί, con arreglo á esa propiedad de correr, θεῖν; nombre que se extendió en lo sucesivo á las nuevas divinidades que se reconocieron.» Notemos que los dos momentos dialécticos de la *apelación* están aquí perfectamente indicados: *a),* acto por el cual se percibe en la *comprensión* del objeto la esencia general ó atributo característico; *b),* acto por el cual se amplía la *extensión* de la palabra formada, aplicándola por inducción á las cosas del mismo género (1).

En cuanto á la verdadera etimología de *Teos* (θεός), PLATÓN no pódía conocerla (2); pero está en lo verdadero al buscar en los fenómenos celestes el primer origen del nombre de las divinidades. También está en lo cierto cuando insinúa el interés y la importancia de estas investigaciones etimológicas, persuadido de que cada palabra encierra toda una historia, toda una religión, toda una filosofía. ¡Qué de cosas, por ejemplo, no nos revela ese nombre Dios, cuyo primer origen se esforzaba PLATÓN en encontrar! Si tal nombre pudiera abrirse en algún modo ante nuestros ojos y mostrarnos todas las significaciones por las que le ha hecho pasar una dialéctica interior, ¿no reconstruiríamos todos los grados de la gran dialéctica humana? La palabra sánscrita *div* ó *deva* designa por de pronto, si no el curso de los astros, como creía PLATÓN, al menos su luz pura, sobre todo esa claridad del día que hace todas las cosas perceptibles y sin la cual no hay calor, ni vida, ni actividad. Luego, por encima de esta luz visible, el pensamiento humano entrevió y adoró la luz inteligible, y supuso antes de PLATÓN que el sol que alumbra el mundo material es la imagen y el símbolo del que resplandece en un mundo superior. Pero la raza aria no pensó desde luego que este hogar del mundo intelectual debe ser único, sino que llamó divinos á los objetos múltiples en que se dispersa y se refleja su luz, fuerzas de la naturaleza, ideas de la inteligencia, virtudes del alma. Las palabras *deva, teos, deus,* fueron nombres comunes y la expresión de un género más bien que de una individualidad. Sin embargo, PLATÓN, á ejemplo de SÓCRATES y de otros sabios, pronunció ya el nombre de *zeos* para designar la personalidad suprema, simple y única. Sólo á raíz del cristianismo ha llegado á ser el nombre de Dios propio exclusivamente de la individualidad del ser absoluto, perdiendo poco á poco toda significación material, toda huella sensible y hasta todo carácter de pluralidad; esta palabra no suscita

(1) Todas estas observaciones se hallarán en la obra de FOUILLÉE.

(2) *Zeus* significaba en el origen el cielo brillante, en sánscrito *Dyaus*, y muchos de los relatos de que es héroe en los poetas no pueden comprenderse más que en tal sentido.

hoy en el pensamiento humano, ni la imagen de la luz visible, ni el sentimiento vago de lo divino, ni las nociones múltiples de las potencias celestes, sino la Idea pura y única del Ser perfecto: Dios.

PLATÓN aplica á los otros nombres de las divinidades un método análogo, que se ha de juzgar menos en el detalle que en el espíritu que anima el conjunto. *Júpiter* (Ζεύς) significa para PLATÓN el alma soberana, la vida (ζῆν); *Vesta,* la primera á quien se invocaba en los sacrificios, es la Esencia de las cosas (ἑστία); *Rhea,* que viene después, es la *generación* ó *desarrollo* universal (ῥοή); *Cronos* es el tiempo ó la corriente perpetua (χρούνος); *Demeter* es la tierra que *da como una madre; Hera* es el aire; *Persefone* es la sabiduría, que percibe las cosas á pesar del movimiento que las arrastra; *Atenes* es el pensamiento de Dios (ἀ θεοῦ νοά); *Hefaistos* es el dios *luminoso; Ares,* el dios *varonil* y fuerte; *Hermes,* el *intérprete* que ha inventado la palabra (la inteligencia); *Pan,* en las dos naturalezas, expresa todas las cosas, arrastradas por la eterna corriente: es el lenguaje ó la manifestación. Los nombres del fuego y del aire (πῦρ y ἀήρ) designan el flujo perpetuo de los elementos (por ejemplo: ἀήρ ἀεὶ ῥεῶν) (1). Seguramente hay verdad en este simbolismo filológico: los detalles son inexactos; pero el pensamiento general es ingenioso y profundo. «Me parece—concluye con razón SÓCRATES—que no he adivinado mal al imaginar, como hice ahora poco, que los hombres de la antigüedad más remota que han establecido los nombres, han debido experimentar lo mismo que hoy experimenta la mayoría de los filósofos; han cambiado de ideas y creen que son las cosas mismas las que se transmutan, y que de su naturaleza nada tienen de estable ni fijo; á creerles, sólo hay flujos y revoluciones, movimiento y generación perpetua.»

Ahora bien; hay filósofos que han argüído del modo que sigue: Cuando se pronuncia un mismo nombre varias veces, se designa siempre la misma cosa. Si, por ejemplo, pronuncio la palabra *otro* varias veces, designo siempre una misma cosa, que es lo *otro.* Pedro es *otro* que Juan; Juan es *otro* que Pedro: luego son la *misma* persona (puesto que se reducen ambos á dos *otros).* Tal era la dialéctica de ZENÓN, de PARMÉNIDES, de PLATÓN en parte y del mismo HEGEL, y, en sentido inverso, ésa fué también la del hombre primitivo relativamente á sus dioses. Dice MARX, si mal no recuerdo, que es casuística innata en los hombres la de cambiar las cosas cambiando sus nombres y hallar así rodeos para romper con la tradición sin salirse de ella, en todas partes donde un interés directo da el impulso suficiente para ello. Resultó de ahí una espantosa confusión, que determinó más ó menos insensiblemente el paso de la creencia en un Dios á la creencia en otro. Por lo común, ésta parece haber sido la transición más natural. Pero cuando se desciende al terreno de la ciencia mitológica y se trata de reconstruir lingüísticamente esa psicología instin-

(1) De igual modo, *Saturno* es la contemplación; *Marte,* la pasión; *Caliope,* el alma del mundo; *Aglaia,* el esplendor intelectual, etc., etc.

tiva de los primeros hombres, la cuestión varía de aspecto, ofreciéndose dificultades sin número.

No se ve claro de primera intención qué cambios lingüísticos se pueden establecer entre nombres de dioses distintos. Se explican diferencias como éstas: el dios egipcio *Harmakhonti* es el sol cuando sale, como *Atum* antes de salir, *Ra* y *Hor* al mediodía, *Shou* y *Nowri-Tum* al ponerse (los griegos le llamaron *Harmakis)*. Tal manera mitológica de nombrar el sol, que, según la manifestación especial y el modo diverso de aparecerse á la vista de los hombres, recibía entre los antiguos egipcios nombres distintos, es una verdad que no hay por qué negar. Pero, fuera de casos semejantes á éste, la asimilación de denominaciones divinas pudiera resultar temeraria, cuando no absurda.

Nada más peligroso, por otra parte, que considerar las divinidades de los diferentes pueblos como abstracciones personificadas y, en consecuencia, como términos analizables lingüísticamente, por lo menos de una manera semántica. Esto será verdad tratándose, por ejemplo, del pueblo romano, cuyos dioses no fueron nunca individuos, sino signos de los seres y de las cosas, sin historia, sin cualidades, sin antropomorfismo: *Sive Deo, sive Deae, sive quo alio nomine te appellari volueris*. Pero si pasamos al pueblo griego, hallamos á Sánchez Calvo tan equivocado como á Platón. Aquí no hay personificaciones, sino personas: los dioses griegos tienen vida, movimiento y sexo; nacen, aman, se casan, gozan y sufren. ¿Cómo es posible que un mismo método sea aplicable á una mitología en que reinan la necesidad, el orden, la uniformidad inflexible, y á otra que se ha desenvuelto en el sentido de la libertad, bajo la influencia de la imaginación más variada? Tal es la antropomorfización lingüística; pero es en los conceptos donde hay que buscar la evolución. Aun cuando el proceso antropomórfico no hubiera de llegar más lejos del animismo femíneo y antropopático de Fenicia, el término forzoso (que ya señaló la sagaz observación de Tiele) de la religión cananea, cuyas diosas no son más que nominales ó manifestaciones de los dioses, sería siempre, como en Fenicia, servir de transición entre los viejos cultos semitas, exclusivamente consagrados á las divinidades femeninas, y el masculino *yahvismo* de Israel, donde el elemento femenino, en la concepción de la divinidad, no figura más que á título de símbolo y de alegoría.

Todavia se percibe más clara la fuerza de las dificultades considerando el hecho de que la evolución del nombre no va unida, por desgracia, á la evolución del *concepto* de un dios. La perpetuidad de la existencia del nombre no supone la del concepto ú objeto nombrado. Llamar *Federico* á un revoltoso, *Epifanio* á un obscuro, *Aniceto* á un vencido, son ejemplos de este género en el campo de los nombres propios de personas. En otro campo cualquiera, como en el de las denominaciones técnicas, vemos algo semejante. Fuera de las que reflexiva y recientemente hemos sacado de la terminología griega con todos los rigores de la nomenclatura exacta, no hay una sola cuya etimología corresponda á la idea que hoy tenemos de la cosa ó relación que expresa. Así se nota en los términos *matemáticas, geometría,* etc. Y esto mismo pasa con

los nombres de los dioses. Sus significados se perdieron, y únicamente como figuras retóricas pueden usarse actualmente. Propias del tiempo en que nacieron y de una sociedad y unas costumbres que han dejado de existir, ya no tienen sentido sino asimiladas artificialmente á nuestra concepción corriente. Es ésta una asimilación de que no se han librado frases enteras, cuando se han perpetuado por ser de uso popular. «Arrieritos somos y en el camino nos encontraremos», «la bien cortada pluma», «hacer una cosa por la posta», serían locuciones inconcebibles, de entenderlas literalmente, en una época de plumas de acero y de ferrocarriles. Y eso es, en el fondo, lo que ocurre con los dioses y sus nombres. Estos, lejos de haber muerto con los conceptos ú objetos de que tomaron origen, les han sobrevivido para expresar conceptos ú objetos más elevados. Cuando pronunciamos en nuestros días el nombre *Dios,* lo referimos á nuestro concepto de un Ser Supremo, de una Personalidad Infinita, de un Poder Eterno, de una Causa Primera, etc., etc.; pero busquemos el verdadero significado del nombre ó el objeto á que correspondió en un principio, y no hallaremos tal Causa, Poder, Personalidad ó Ser, sino, sencillamente, un concepto de lo *brillante,* un luminar ú objeto luminoso, en una palabra, la luz personificada. Tal es, en efecto, lo que significa el sánscrito *Deva,* de cuyo vocablo viene el *Deus* de los Latinos y el *Zeus* ó *Theos* de los Griegos, y con el que pueden también compararse el *Diw* de los Celtas, la *Dililia* de los Eslavos, el *Debis* de los Japoneses, etc., etc. NIETSZCHE teme que «no nos desembarazaremos jamás de Dios porque creemos todavía en la gramática». ¡Qué error tan grosero! Precisamente, si creyéramos en la gramática tendríamos un motivo muy plausible para desembarazarnos de Dios; pues esta palabra, en su significación y etimología, no corresponde ya á la idea que de Dios hemos alcanzado. Y no podía menos de ser así, porque el nombre, para ser significativo, tendría que darse *á posteriori,* después de formado el concepto, de acabado el objeto. Pero sucede lo contrario; la denominación no espera á la concepción: á un hombre se le llama de algún modo desde que nace, sin que á nadie se le haya ocurrido esperar á que acabe su evolución para nombrarle según propiedades personales, distintivas, características.

Como se ve, no oculto las muchas y graves dificultades que ofrece la aplicación del método lingüístico exclusivo á la mitología comparada. Debo añadir aún otras. En primer lugar, toda interpretación abstracta de los nombres de los dioses al modo platónico es una tergiversación. En griego (y daré este solo ejemplo) no hay nombre de divinidad que pertenezca al género neutro, único correspondiente en el sentido de PLATÓN á un ser abstracto. Los nombres griegos de los dioses (comprendiéndose también en ellos los de vientos, ríos y meses) son masculinos: *o men* (el mes), *o Eurotas* (el río Eurotas), *o Zefuros* (el viento de Poniente), *o Ecotombaion* (el mes Hecatombeo). Y los mismos nombres abstractos, que parece debieran ser neutros, son en su mayoría femeninos: *e elpis* (la esperanza), *e nike* (la victoria), *e dikaiosune* (la justicia), *e tajutes* (la velocidad), etc., etc.

Fuera de esto, la naturaleza del nombre no da la idea de la naturaleza de

la cosa que expresa. El nombre es dúctil, es analizable, pero no siempre revela lo que envuelve. Parece semántico, y es morfológico y fonético, mientras que el concepto ú objeto que expresa es frecuentemente muy resistente á la descomposición analítica, y más resistente de todos modos que él, como una barra de acero forrada de caña.

Por otra parte, los materiales lingüísticos no constituyen la única piedra de toque del método mitológico; como se ha dicho, con verdad, analizar las voces y examinar su raíz y fragmentos para asegurar el valor histórico de documentos originales, equivale á tratar de cerciorarse de la clase de aroma de una flor disecando el papel en que está pintada. La vida de las naciones posee un encanto que le es propio, y á cuyo lado desaparecen fácilmente todas las exégesis rigurosas, todas las hermenéuticas exclúsivistas. Como flores trasplantadas á un clima distinto, que pierden sus colores y sus fragancias, las palabras pierden de una época para otra toda su significación. Muy particularmente los nombres de los dioses permanecieron al principio en el pensamiento de los pueblos como el símbolo de ideales radiantes y deslumbradores; mas poco á poco las brumas del tiempo han ido obscureciendo sus rayos, y ya en el fondo de nuestra alma colectiva son unas frías reliquias.

Edmundo González-Blanco.

(Concluirá.)

Cuentos

FLOR SILVESTRE

En un cortijo de la Sierra la recogieron cuando era pequeñita, una noche en que al volver del pueblo el amo de la masía la encontró sola, rebujada en un viejo mantón, llorando y tendida en la cuneta del camino.

Hasta los ocho años creció jugando libremente sin más trabas que algún que otro pescozón de su madrina por tal cual travesura propia de su edad. Después se le confió la guarda de un pequeño rebaño, con el que salía al monte apenas los claros del alba empezaban á romper las sombras de la noche.

Con un mendrugo en una mano y la cayada al hombro emprendía el camino detrás de las ovejas, seguida del mastín y canturreando monótonamente al compás del tintineo de las esquilas.

Al amanecer Mari se instalaba en un sitio donde el pasto fuera abundante, y, tendida á la sombra, veía transcurrir las horas mirando al cielo en constante soñar.

Al principio sus pensamientos no iban más allá de la aldea, sus aspiraciones no pasaban de una muñeca, y sus ambiciones limitábanse á correr y saltar sin cuidado alguno. Más tarde, ya casi moza, á medida que se alargaron sus sayas fueron creciendo sus anhelos, y todas las tardes, cuando parada con sus ovejas en el paso á nivel tenía que esperar el cruce del tren, se quedaba mirando ensimismada, durándole la impresión hasta que de nuevo volvía á ver el ferrocarril, único amigo y exclusivo amor de la mozuela.

Cuando algún labrador, atraído por la belleza de la zagala, la requería de amores, contestábale siempre: «Aún no; no puedo... ¡*El* vendrá!» Y es que, como todas las mujeres, tenía la esperanza en el soñado príncipe que en una ú otra forma llevan en su imaginación hasta que el tiempo toma á su cargo desvanecer la quimera.

Durante el día, en las horas de soledad en que su mirada, perdiéndose en el espacio, parecía absorta en la contemplación del espléndido paisaje, su pensamiento, acariciando siempre la misma idea, no la dejaba ver los suaves matices de las humildes florecillas, ni percibir el solemne rumor de los campos, ni aspirar el delicioso aroma de las plantas. Preocupábala solamente aquel tren que corría y corría, llevándose á la gente lejos, muy lejos, á poblaciones inmensas, donde la vida era otra, otros los placeres y otros también los amores.

Mari fué transformándose por completo; llegó á sentir antipatía por todo lo que la rodeaba; su imaginación tendió el vuelo hacia Madrid; sus ilusiones de niña trocaron la soñada muñeca en lujosos vestidos y joyas brillantes; su ambición actual se cifraba en la riqueza, el amor y el placer.

Al fin llegó, no el príncipe, pero sí el hijo del amo, dueño de todos los ca-

seríos del contorno. Enamoróse de ella al ver su extraordinaria hermosura, y comprendiendo la admiración que había de producir entre sus amigos de la corte aquella flor silvestre, la propuso llevarla en su compañía. Mari se deslumbró; las palabras de aquel hombre deslizáronse en su oído con dulce murmullo, pintándole la existencia como ella la soñaba. Dejar el monte, ir en el tren, ver mundo, gozar y, como aspiración suprema, vivir para el amor: para el amor con botitas de raso, con adornos, con perfumes; no para el amor que hasta entonces le habían ofrecido, con zuecos, con las desnudeces de la miseria, con los olores insufribles del trabajo brutal.

La noche de su fuga salió del cortijo por la puerta del corral, por aquella misma puerta por donde salía al clarear el alba precediéndola las ovejas, siguiéndola el mastín, con un mendrugo en la mano y la cayada al hombro. Salió, sí; pero sola, cautelosamente, en silencio, sin que alegrase los campos su monótona canción al compás de las esquilas.

En el camino la esperaba un coche que la llevó al pueblo, y por la tarde, á la hora en que ella acostumbraba á esperar en el paso á nivel, lo atravesó en un coche de primera, sin mirar los lugares en que había pasado su infancia.

Llegó á Madrid; era lista y hermosa; hizo en él su aprendizaje rápidamente, y consiguió después ser reina de la moda en París durante una temporada.

Su belleza y *suprema distinción* la proporcionaron la fortuna; pero en medio de los esplendores del triunfo y del dinero, de las frivolidades de su vida y del torbellino de los placeres, se acordaba de la casería, oyendo entre sueños el balido de las ovejas, y pensando en el amor de un mozo robusto que la oprimiese contra sí sin refinamientos, sin palabrerías, con la sencillez algo salvaje de la verdad.

Un día se levantó con *espleen,* sintió más que nunca la nostalgia de lo viejo, y decidió hacer un viaje sin más objeto que pasar por los lugares en que transcurrió su infancia.

Como no tenía otra ley que su capricho, realizó su deseo. De pie ante la ventanilla del *sleeping* contemplaba el paisaje, esperando llegar al valle enclavado entre verdes montañas donde en otro tiempo pacían sus ovejas. Las lágrimas mojaron sus mejillas, el corazón latía apresurado, y toda su vida pasó ante ella con la rapidez de un relámpago, haciéndola comprender que sus quimeras de entonces, como sus caprichos de hoy, no eran otra cosa que el eterno soñar con una felicidad que no se alcanza.

Al aproximarse al paso á nivel sacó la cabeza por la ventanilla, distinguiendo á una muchacha que, como ella, aguardaba con su rebaño á que el tren pasara para seguir su camino, y tuvo envidia de la pobre zagala. Hubiera querido ocupar su puesto; mas, siéndole imposible, abrió rápidamente su cartera y dejó caer sobre la niña un puñado de monedas, que la chiquilla se apresuró á recoger.

Mientras tanto el tren continuó su marcha, arrastrando en su carrera ver-

tiginosa la flor silvestre, que, al cabo de los años, lloraba porque no podía arrancar sus raíces de la lujosa maceta para llevarlas de nuevo á la tierra en que brotaron y en donde se formó el capullo.

EL NÚMERO TRECE

Hace algún tiempo que la suerte, en cuyos brazos me entrego sin oponer nunca la menor resistencia, me condujo al Gran Casino de Wis-Baden.

Al comenzar todos los días las sesiones de la ruleta presentábase un individuo que llamó mi atención desde el primer momento.

Era un anciano con el pelo blanquísimo, ojos azules de mirada profunda y triste, enjuto de carnes, sobrio en el hablar y pulquérrimo en el vestir sus trajes de luto, de tanta severidad en la forma como elegancia en el corte.

Invariablemente sentábase á la derecha de uno de los paleteros, y allí permanecía horas y horas sin arriesgar ni una moneda, siguiendo con la mirada los saltos de la bolita de marfil antes de quedar inmóvil dentro de una de las casillas.

Pensé al principio que era uno de tantos *martingaleros* que, con la mejor buena fe del mundo, hacen profundas combinaciones antes de resolverse á jugar, para concluir, cuando se deciden, perdiendo sus puestas, como si hubiesen estudiado con ahinco el modo más seguro de quedarse sin dinero. Pero viéndole mirar impasible la incansable bolita, que giraba y giraba, produciendo en los jugadores profunda ansiedad que termina en regocijo para unos y desesperación para otros, comprendí que había algún misterio en la constancia del anciano.

Pregunté á todo el mundo, y un día, en la sala de conversación, un antiguo dependiente del establecimiento me dió la clave del enigma.

—Ese caballero—me dijo—viene todos los años en la misma época y permanece aquí dos meses. Es un lord millonario que acude á Baden como acuden á los cementerios los que no olvidan (hay algunos), los que prolongan más allá de la muerte su comunicación con los seres queridos, adornando sus tumbas con plegarias y flores.

Estas palabras excitaron más aún mi curiosidad, y, á indicación mía, el buen hombre me contó á su manera lo ocurrido.

El anciano lord, á quien la fortuna perseguía concediéndole millones y negándole hijos, seis años después de su matrimonio sufrió la pérdida de su esposa en el momento de dar á luz una niña, aminorándose en su alma el regocijo de la paternidad con la pesadumbre de la viudez. Desde aquel instante no

vivió más que para su hija, reconcentrando en el ser querido todos sus afectos, todas sus ilusiones y esperanzas.

El ángel se hizo mujer, sin que perdiera su figura de ángel. Rubio el cabello, azules los ojos, acariciadora la mirada, dulce la sonrisa, gentil el talle y melodiosa la voz.

A los diez y seis años enfermó Keti, y entonces fué cuando hicieron ambos su primera visita á Baden en busca de distracciones.

La hermosa joven divertíase mucho jugando á la ruleta, sentándose siempre en el mismo sitio. El anciano se acomodaba á su lado para recoger en silencio las ganancias y reponer las pérdidas.

Al tercer año la linda miss no era más que una sombra, pues su demacración rayaba en lo intangible. Un día, al incorporarse para cobrar un pleno de diez mil francos ganado en el número trece, cayó sobre la mesa con el cuerpo rígido, los ojos desmesuradamente abiertos fijándose con tenacidad en el número favorecido, y las manos crispadas sobre el tapete. La muerte fué instantánea.

Desde entonces el anciano lord llega á Baden todos los años en la misma fecha, ocupa el sitio de su hija, y permanece en él horas y horas mudo é inmóvil.

¡Quién sabe si reza!... ¡Quién sabe si llora vertiendo esas lágrimas que no se ven porque caen en el corazón y son las más amargas!

Manuel de Castro.

PSALMOS

I

Como el polvo que arrastra á su capricho el viento,
á merced del Destino por la vida he cruzado,
sin hallar una fuente mi corazón sediento,
ni sombra de reposo mi espíritu cansado.

Y quisiera haber sido, en lugar de inconsciente
nube que empaña el cielo y empolva la espesura,
como el árbol plantado á orillas de una fuente,
que brinda al pasajero fruto, sombra y frescura.

Tener limpias las manos de todo vil contacto,
y la conciencia pura y el corazón intacto,
para poder amarlo todo de amor eterno.

Ser árbol que da sombra y fruto hasta que muere,
y que después al mismo leñador que le hiere
brinda calor y fuego en las noches de invierno.

II

Amor que sobrepuje á todo entendimiento,
que en todos los espíritus deje su eterna huella;
piscina de agua clara, perfumada de ungüento,
que purifica todo cuanto se baña en ella.

¡Tal quisiera mi vida, libre de todo anhelo
terrenal! Ser un río de amor que en su carrera
refleja, al par que el fúlgido azul del alto cielo,
las piedras y los árboles de la humilde ribera.

Sin principio ni término, porque he sido creado
en el profundo seno del Tiempo ilimitado...
El cuerpo será polvo, porque del polvo viene.

Sólo el alma en lo eterno como una estrella brilla...
¡Nuestra carne es un frágil vaso de tosca arcilla:
si vale, es por el rico perfume que contiene!

Francisco Villaespesa.

(De *El Libro de Job*, que acaba de ponerse á la venta.)

INFORMACIONES

Reformas sociales

La protección á la infancia.

No cabe duda que España, aunque algo tarde y á lamentable distancia de otras naciones más adelantadas y prósperas, va entrando con firme paso en el camino de las más provechosas reformas sociales. La legislación vigente en los accidentes del trabajo y la relativa al de las mujeres y los niños pusieron de relieve, ya hace algunos años, por una parte, los conocimientos nada comunes del Sr. Dato en materia de tanto interés social, y por otra, la existencia de cierto ambiente español no muy intenso ni extenso, es verdad, pero bastante á hacer que fuera recibida con aplauso y echara raíces en el país la obra de aquel ministro. No fué, ni podía ser, completa, como no suelen serlo innovaciones de tamaña importancia, que afectan múltiples intereses y están en pugna con censurables pero inveterados egoísmos; aun así, ha merecido, no obstante, la atención y el respeto de la mayoría de las gentes, y, sin duda, ha servido de estímulo para implantar otras beneficiosas reformas: una de ellas, la que es objeto de este artículo, y se encierra en lo recientemente legislado tocante á la infancia desamparada.

Aquella antigua máxima de que «más vale prevenir que remediar», aunque fué siempre indiscutida por toda persona de mediana experiencia, era, en realidad, poco menos que letra muerta, por lo que dice al Estado, en lo referente á esas legiones de niños de uno y otro sexo que constituyen en nuestras grandes urbes un semillero de vagancia perpetua y, lo que es peor, de criminalidad para mañana: tan deficiente y falta de orientación venía á ser la tutela que por deberes de humanidad y orden público ejercía sobre aquellos desgraciados el propio Estado, y no sin frecuencia la de las autoridades provinciales y municipales. Por fin, la ley de 12 de agosto de 1904 y el reglamento de 24 de enero de 1908 marcan un saludable rumbo y dan pie para esperar mucho y bueno de las iniciativas que á su calor pueden desarrollarse y de hecho se están desarrollando entre nosotros.

Principalmente en los grandes centros de población, los deberes impuestos por una administración pública prudente y celosa, no menos que los de caridad, han evidenciado en todo tiempo la urgencia de prevenir en lo posible los funestos y duraderos efectos que la vida callejera por necesidad produce en esa multitud de seres desamparados, sin casa ni hogar, ni más escuela que la de perniciosas costumbres, á todas horas abierta en malecones, muelles y plazuelas. Iniciativas aisladas, muy dignas de loa, pero, sin duda, desproporcionadas con la magnitud del mal, atendían bien ó medianamente pocos ó muchos de esos terribles infortunios. Casas provinciales de Caridad, Asilos y otros institutos benéficos existen de antiguo en el Reino, demostrando que algo de mayor ó menor

eficacia hacíase en el sentido de lo que estudiamos; pero—podemos repetirlo—ese algo ni obedecía á unidad de plan ni abarcaba la mínima parte de lo que se debe hacer, de lo que *se puede* hacer. No se crea que, al decir esto, querramos atribuir á la novísima legislación un influjo absoluto, un poder de extirpación que no puede tener ni fuera lógico asignarle: nos proponemos demostrar meramente que, por virtud de estas recientes disposiciones, cuyos efectos empezamos á tocar, resulta mucho más fecunda y se extiende á esferas mucho más amplias la acción tutelar de la sociedad, representada por los Altos Poderes y por la intervención de las autoridades provinciales y los Municipios.

Cónstanos que en Madrid señala ya una nueva etapa la aplicación de aquellas plausibles disposiciones, y no dudamos que alguna autorizada pluma hará justicia á los desvelos de las entidades oficiales y privadas cuyo ésmero en llevarlas á la práctica es manifiesto. Cíñese, empero, nuestra observación directa de los hechos á Barcelona; y de lo que en esta populosa ciudad se nota hablaremos, bien que no con la extensión que merece la importancia del tema, con la certeza y seguridad que permite el estudio en vivo y de primera mano.

Ante todo, por su íntima conexión con lo que aquí ha de decirse, haremos observar que antes de ponerse en planta lo últimamente legislado, funcionaba ya en la capital de Cataluña un notable servicio municipal de *Mendicidad,* gracias á los desvelos del alcalde Sr. Sanllehy y de algunos concejales, entre ellos el Sr. Puig y Alfonso. Dicho servicio, merced á la competencia y asiduidad bien visibles de D. Esteban Cladellas, á quien estaba y está confiado, ha producido una enorme disminución de postulantes y *golfos* en la vía pública, y, como veremos luego, es de gran utilidad para los fines que persiguen la ley de 1904 y el reglamento de 1908. Felizmente, la acción municipal ha encontrado en Barcelona ocasión propicia para secundar el esfuerzo del Poder legislativo, por concurrir á este efecto circunstancias excepcionales en el activo é ilustrado gobernador D. Angel Ossorio, y haber tenido dicha autoridad el acierto de confiar buena parte de la organización de la *Junta provincial de Protección á la Infancia* á persona de tanto mérito y tan reconocida idoneidad como el Rdo. Sr. Pedragosa, capellán que fué hasta hace poco tiempo de esta prisión celular, y en la actualidad miembro de la Junta de protección á los libertos. Hemos de consignar, además, y lo hacemos con gusto, que el celo del Sr. Ossorio y Gallardo halló toda clase de facilidades para poner la Junta por él presidida á la altura en que se encuentra. Barcelona, nunca sorda á los llamamientos de la caridad, ha respondido dignamente á las excitaciones del Gobierno civil, según puede comprobarse por el siguiente bosquejo de la humanitaria obra realizada ya por el moderno organismo que aquí ha creado el ministerio de la ley.

Veamos sucintamente lo hecho por las beneméritas personas que preside la primera autoridad de la provincia, y terminaremos luego con breves consideraciones pertinentes al tema de estas líneas.

Con arreglo á lo dispuesto, la Junta provincial de Protección á la Infancia debe dividirse en cinco secciones: Puericultura y primera infancia; Higiene y educación protectora; Mendicidad y vagancia; Patronatos y corrección paternal; Jurídica y legislativa. Los señores que la componen comprendieron al pronto que en los primeros pasos de la flamante institución no convenía desparramar las fuerzas disponibles, y tuvieron el acierto de enfocarlas con gran vigor en la *Mendicidad y vagancia,* ricos criaderos de niños necesitados del amparo oficial. Empezó, pues, á funcionar esta sección en 20 de mayo de 1908, y al terminar el semestre (mediados de noviembre) había amparado á unos 140 niños y 10 niñas. Este amparo no se redujo, como pudiera creerse, á hacer que hacemos,

á cubrir el expediente, sino que la Junta, después de examinar debidamente á aquellos desheredados, tomar los necesarios informes y ultimar la conveniente clasificación de los mismos, mandó á sus protegidos al Asilo del Parque, á la Granja Agrícola, al Asilo Durán, á los Talleres Salesianos, al Hospital Clínico ó á la Casa de Caridad; á otros los hizo ingresar en el servicio de las armas, y á algunos los colocó de aprendices en casas recomendables. Hizo aún más: en veinticinco casos persuadió á las familias de los recogidos en la calle, consiguió que se hicieran cargo de sus deberes para con ellos, y, sin perjuicio de vigilarlos desde lejos, entrególos á sus más próximos parientes, cerciorándose antes de las condiciones morales y de las garantías de toda suerte que ofrecían estos últimos. Treinta niños fueron enviados al punto de origen, uno de ellos á Cette y otro á Toulouse, no sin tener previamente la seguridad de que serían atendidos por sus respectivas familias.

Todo esto viene á confirmar nuestro dicho de que existe de cierto en España ambiente favorable para esta obra esencialmente reformatoria; porque al logro de lo indicado, y de más que por no hacernos pesados omitimos, han debido coadyuvar alcaldes, curas párrocos, jueces municipales y vecinos de muchas poblaciones españolas, que se han apresurado á evacuar las consultas y secundar los propósitos del Sr. Ossorio y Gallardo, con incesante eficacia auxiliado por el Rdo. Sr. Pedragosa y el personal á sus órdenes. Y en la esfera administrativa hay que decir otro tanto del celo que se emplea y del cuidado que se pone en la aplicación de los fondos recogidos. En el *Boletín* que publica la mencionada Junta, del cual extractamos los datos que aquí figuran, aparece un ingreso total de 36.249,60 pesetas hasta 14 de noviembre último, producido por numerosas suscripciones particulares y donativos encabezados por la primera autoridad civil de la provincia. Á esta notable cifra de ingresos corresponden 7.805,45 pesetas de gastos en igual período; de modo que en la fecha citada quedó un remanente de 28.444,15 pesetas. ¿Puede dudarse de lo mucho que se hará con esta cantidad y las que se vayan agregando, después de visto lo que se hizo con 7.805,45 pesetas cuando más difícil era la realización de tan útiles servicios, es decir, en los comienzos de la obra, en la época en que todo son dificultades y obstáculos, vacilaciones y entorpecimientos?

Aquellos ciudadanos de espíritu encogido, siempre recelosos de cualquier novedad, los de ánimo apocado, que, sintiendo el bien, amilánanse ante las contrariedades y no se deciden nunca á empezar, deben en todas partes tomar ejemplo de lo que en este caso lleva á cabo una autoridad penetrada de su misión social cuando el favor público, poniéndose al servicio de una empresa humanitaria, prestando medios y concurso de toda suerte á quien la dirige, hace relativamente fácil el vencer las dificultades inherentes á toda instalación y organización de instituciones sociales. Nada más elocuente que los números ni más evangelizador que los hechos. Unos y otros están ahí haciendo patente lo que puede una voluntad inquebrantable consagrada al cumplimiento de la ley, si á su empuje cooperan elementos valiosos y resueltos á llegar hasta el fin.

En Barcelona se da, por otra parte, el caso, muy digno de tenerse en cuenta, de que el nuevo organismo alcanza mayor eficacia por la dichosa coincidencia de hallarse al frente del Negociado—pase la palabra—de Mendicidad en el Ayuntamiento un hombre laborioso y práctico como el ya citado Sr. Cladellas, y también la de que no regateen su colaboración los señores encargados de los albergues nocturnos municipales, donde, no hay que decirlo, se cosecha abundante personal necesitado de amparo y reforma. Puestos de acuerdo esos tres factores sociales, á cual más importante, no es dudoso que el resultado de esta compenetración ha de redundar en provecho de los infelices para quienes se hizo la legislación relativa á la infancia abandonada.

Que lo apuntado en estas páginas sea susceptible de mejora y engrandecimiento, no hay que decirlo; de todos modos, es innegable que se ha empezado con buen pie y es saludable la orientación de lo hecho hasta aquí. Poco á poco iráse completando la labor iniciada por este Municipio al disponer la recogida de mendigos tal como hoy se practica en nuestras calles. Ya en este punto, de relación tan estrecha con la protección á la infancia, podemos citar con orgullo el testimonio imparcial de D. Constantino Román: «Los mendigos—dice—son rarísimos. En la vía pública tampoco es frecuente que la mendicidad disfrazada obstruya el camino del transeunte con palabras lastimeras y quejumbrosas» (1).

¿No es, en realidad, alentadora la consideración de lo que, en el particular de este artículo, vemos todos los días en la Ciudad Condal, y no merece la perseverancia de estas autoridades que se saque á luz lo que no acostumbran nuestros compatriotas examinar con la debida atención? El autor de estas fugaces notas ha debido consultar recientemente memorias y monografías de lo que en este ramo se hace en la América del Norte, Inglaterra y Alemania, y es para él motivo de satisfacción saber y hacer saber que, siquiera de lejos, vamos aquí adaptando al modo de ser de estas poblaciones algo fundamental de lo que allí da preciosos frutos. Restar delincuentes al porvenir, entregar á la circulación elementos humanos que, desatendidos, serían rémoras de orden y progreso, ¿no es acaso contribuir á esa renovación y vitalización de España que deseamos todos?... Por esto me he atrevido, abusando de la bondad de los lectores y de la galantería del director de esta Revista, á decir *un poco* de lo mucho que puede señalarse tratando de la gestión «sociológica» de D. Angel Ossorio Gallardo en esta provincia, y de la discreción y loable empeño con que le secundan los Pedragosa y Cladellas y todos los instrumentos de redención y cultura en esta caritativa y hospitalaria Barcelona.

B. Santos y Vall.

Financiera

Emisión de obligaciones de la Sociedad General Azucarera de España

El Consejo de esta Sociedad someterá á la Junta general extraordinaria que ha de celebrarse el 17 de marzo próximo su proyecto de emisión de 70 millones en obligaciones hipotecarias al 4 por 100, destinado á recoger las obligaciones actualmente en circulación y á consolidar parte de su deuda flotante.

Se concederá á los actuales obligacionistas el derecho de convertir sus títulos por los nuevos al tipo de 90 por 100, que es el fijado para la emisión, y los accionistas, tanto de preferentes como de ordinarias, tendrán derecho á suscribir, proporcionalmente á las acciones que posean, el sobrante de lo no convertido por los obligacionistas y lo

(1) *Faro*, 3 de enero de 1909.

destinado á consolidar la deuda flotante; lo cual resultará muy cómodo para el grupo asegurador, porque entre los obligacionistas y los accionistas cubrirán la operación, y á los aseguradores no les quedará otra misión que la de cobrar 1.050.000 pesetas, importe de la prima del seguro.

Confirmando en un todo las impresiones publicadas en el número anterior, el Sindicato asegurador es numerosísimo y desproporcionado á la cantidad que se trata de emitir, habiendo quedado formado por las siguientes entidades: Banco de Crédito de Zaragoza, Banco Aragonés de Seguros y Crédito, Banco Español de Crédito, Banco Hipotecario, Banco Hispano-Americano, Banco de París y Países Bajos, Banco Mercantil de Santander, Banco de Bilbao, Banco Hispano-Colonial, Sociedad de Crédito Mercantil de Barcelona, Banco de Barcelona, Banco de Vizcaya, Banco Guipuzcoano, Sres. Aldama y Compañía, Hijos de Rodríguez Acosta, M. Arnús y Compañía, Masveu y Compañía, á más de multitud de particulares, sin que se haya dado á conocer la participación de cada uno de estos establecimientos en el seguro.

Como en el mercado el dinero se presenta abundante y barato, y las nuevas obligaciones al tipo de emisión producen 4,45 por 100, más 10 por 100 de prima de amortización, es indudable que los actuales obligacionistas concurrirán en masa á canjear las antiguas obligaciones por las nuevas.

Por tanto, tan sólo quedará como verdadera cantidad á emitir la necesaria para obtener 11.500.000 pesetas, que es, en definitiva, la deuda flotante que se pretende consolidar. Por esta cantidad la Sociedad pagará al Sindicato asegurador, según lo convenido, á reserva de que sea aprobado por la Junta, una prima de 1,50 por 100 sobre el total á emitir, 70 millones, ó sea, 1.050.000 pesetas. Esto y la necesidad de complacer á todo el mundo para conseguir votos en la Junta para un proyecto lesivo á los intereses sociales, explica la necesidad de 19 establecimientos de crédito de primer orden, suficientes cada uno de por sí solo para llevar á efecto tan pequeña operación.

Desde que un financiero de autoridad indiscutible como el Sr. Martínez Ibáñez publicó en *Faro* un notabilísimo artículo demostrando lo perjudicial de la operación que nos ocupa, ha sido el tal empréstito causa de honda preocupación para los accionistas, que ven tan seriamente amenazados sus intereses por un proyecto tan poco meditado.

Y lo cierto es que el mencionado artículo quedó sin contestación, ni creemos que se pueda contestar fundadamente.

Por nuestra parte, atentos siempre á robustecer en cuanto podamos la vida de las Sociedades anónimas, institución la más grande de los tiempos modernos, consideramos esencial la defensa del accionista, cuyos derechos son generalmente desconocidos; y buena prueba nos ofrece el Consejo de la Sociedad General Azucarera, hasta dentro de su inmensa equivocación, prescindiendo del accionista, del verdadero dueño, hasta que lo necesita, para ofrecerle la limosna de un ridículo sobrante que le haga más suave la pérdida de la Sociedad, y, por tanto, lo que necesariamente ha de perder en sus acciones.

Es necesario que el accionista despierte de su letargo y que tome una parte más directa en la defensa de sus intereses, estudiando con esmero los asuntos que se sometan á su aprobación, para que al emitir su voto tenga la conciencia de que ha procurado el bien de la Sociedad á que pertenece; y á fin de que sirva de base de estudio, vamos á someter al juicio de nuestros lectores una comparación entre lo actual y lo que se proyecta, que dará una idea exacta del inmenso perjuicio que se avecina, de prosperar el pensamiento del Consejo.

El siguiente razonamiento nos probará de modo irrefutable la opinión que venimos sosteniendo:

	Pesetas.
70.000.000 nominales, emitidos á 90 por 100, dan un efectivo de.....	63.000.000
A deducir por derechos reales de amortización y emisión, timbre, comisión de 1,50 por 100 de seguro, gastos de escritura, confección de nuevos títulos, etc., etc.....	2.000.000
Total producto líquido de la emisión de 70.000.000.....	61.000.000

De modo que, ascendiendo á 49.500.000 pesetas lo que deberá la Sociedad en 1.° de julio próximo por las obligaciones de la emisión de 1903, la cantidad que se podrá consolidar se elevará á 11.500.000 pesetas, más bien menos que más, porque al calcular los gastos hemos dejado de consignar intencionadamente algunas partidas, para que de ningún modo se nos pueda decir que incurrimos en exageración.

Veamos, pues, por comparación el enorme perjuicio que se ocasiona á la Sociedad, de aprobarse el ruinoso empréstito que proyecta el Consejo de Administración:

	Pesetas.
Obligaciones emisión de 1903, amortizables en treinta años, de los cuales quedan ya solamente veinticinco. Importa su anualidad para quedar extinguidas, con su interés al 5 por 100.....	3.512.770
Importa la anualidad para extinguir en veinticinco años 11.500.000 pesetas, con sus intereses al 5 por 100.....	815.950
TOTAL.....	4.328.720

Cantidad que, multiplicada por 25, ó sea, por el número de años, arrojará la cifra de 108.218.000, con cuya suma el año vigésimoquinto no se debería un céntimo por la Sociedad, teniendo completamente desempeñado el resto de su vida legal.

Ahora bien; de aprobarse lo que se solicita por el Consejo, tendríamos lo que sigue:

	Pesetas.
Importe de la anualidad para extinguir en cuarenta y cuatro años 70.000.000 de pesetas, con sus intereses al 4 por 100.....	3.406.517
que, multiplicadas también por 44, ó sea, por el número de años, darán.....	149.886.748
Y como, siguiendo la situación actual, según queda demostrado anteriormente, habría que pagar solamente la mencionada cantidad de.....	108.218.000
Tendríamos una diferencia de.....	41.668.748

Esto es, que, de aprobarse la propuesta del Consejo, se perjudica la Sociedad en

cuarenta y un millones seiscientas sesenta y ocho mil setecientas cuarenta y ocho pesetas.

El disgusto entre los accionistas es general, habiéndose comentado mucho los rumores esparcidos por los centros financieros de que el Consejo piensa presentar su dimisión si el proyecto no es aprobado.

Los accionistas de la Sociedad General demostraron en la última Junta saber defender los intereses sociales, que son los suyos propios; veremos lo que ocurre en la próxima Junta, y como las resoluciones que se adopten están en sus manos, nunca mejor que ahora podremos recordar la célebre frase de Thiers de que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen.

Compañía de los Ferrocarriles del Norte

Se ha repartido una interesante circular, cuyos autores, sustrayéndose á la publicidad bajo la firma de «varios antiguos accionistas», pretenden formar opinión con el fin de que se solicite del Consejo en la primera Junta general la disminución de los gastos de administración, que conceptúan exagerados, y, principalmente, la supresión del servicio bancario, en la actualidad encomendado al Banco Español de Crédito, que percibe de la Compañía del Norte por comisiones y beneficios en la compra de francos, que asciende anualmente á unos cincuenta millones, la suma de un millón de pesetas. Servicio que muy bien podría hacer la Compañía comprando directamente los francos en plaza por mediación de los agentes y corredores.

No hemos tenido ocasión de comprobar la exactitud y certeza de las anteriores cifras, consignadas en la referida circular, ni es nuestro propósito por el momento fundamentar opinión en tan, al parecer, laudable propósito; pero sí debemos reflejar con este motivo la opinión existente en los mercados entre los hombres de negocio, de que es un mal generalmente practicado por todas las Empresas y Compañías que desarrollan negocios industriales y mercantiles el de tener excesivos é inútiles gastos de administración, que á veces hacen imposibles los negocios que desarrollan, y que siempre ahuyentan á los capitales de las industrias, y el de estar dotados los puestos de consejeros con sueldos ó beneficios exagerados al trabajo que desarrollan y á las ventajas que reportan á las Sociedades y Compañías á cuyo Consejo pertenecen.

Por ello nos parece acertada la campaña, y es muy posible que sea imitada por accionistas de otras Sociedades.

Bolsa de Madrid.

Impresión general del mercado

Las Bolsas, tanto nacionales como extranjeras, acusan una mejora de grandísima importancia en el cuadro general de sus cotizaciones, debido á la inmejorable situación monetaria y á existencia de grandes disponibilidades de dinero en espera de colocación, empleado momentáneamente en *report* á interés verdaderamente poco remunerador.

Por algunos momentos la cuestión de los Balkanes inspiró serios temores, que hicieron variar la fisonomía de los mercados, que se presentaron durante algunos días, aunque pocos, con sensible depresión de cambios; pero tan pronto como las corrientes pací-

ficas brotan á la superficie y se abandonan los temores y recelos, se produce una fuerte alza en todos los valores, y vuelve á dominar la tendencia alcista.

En lo que respecta á nuestra plaza, las impresiones no pueden ser más favorables de lo que son, alcanzando los valores del Estado español cambios no esperados por los más optimistas.

Indudablemente, debido al crédito adquirido durante estos últimos años por nuestro Tesoro público, por la seriedad en las gestiones económicas, y considerando la elevación constante de las recaudaciones de nuestra Hacienda y la liquidación de nuestros Presupuestos con *superávit* más ó menos grande, contra lo que ocurre en otras naciones de mayor importancia financiera, á nadie debe extrañar que las Deudas españolas tiendan á capitalizaciones ya conseguidas por las inglesas y francesas.

Fondos públicos

INTERIOR 4 POR 100.—Generalmente, la especulación y los profesionales se anticipan con sus operaciones y jugadas á los movimientos del mercado; pero en esta ocasión el alza originada en el Interior 4 por 100, que alcanza tipos de 87,20 en contado y 87,35 fin de marzo, ha sorprendido á los más avisados, habiéndose deslizado el alza con escasísimas posiciones en los corros.

La liquidación fin febrero se hizo lentamente, con gran facilidad y baratura de dobles; y como los precios alcanzados por este papel son por el momento conceptuados altos, y, por otra parte, el mercado, completamente despejado, acusa firmeza y orientación alcista, se hace muy difícil constituirse en oráculo del porvenir.

Sin embargo, pensando fría y serenamente, como no es posible que constantemente en las Bolsas se produzcan alzas de la importancia de la habida, lógico parece pensar en un detenimiento, dejando que transcurra el tiempo en la consolidación de los cambios alcanzados. Y aun muy bien podría producirse alguna ligera depresión, originada por realizaciones de beneficios, siempre frecuentes en las grandes subidas.

AMORTIZABLES.—Siguen la marcha marcada por el Interior como Deuda reguladora, llegando á 94,70 el 4 por 100 y 102,65 el 5 por 100, pudiendo aplicarse á estos valores lo dicho para el Interior.

VARIOS.—Los demás fondos públicos, cédulas del Banco Hipotecario y valores de la Diputación y Ayuntamiento se cotizan con firmeza, y éstos últimos con escasas transacciones.

Valores industriales

BANCO DE ESPAÑA Y TABACOS.—Las acciones de estos valores permanecen estacionarias, y en el corro de Tabacos se teme que el ministro de Hacienda modifique en sentido desfavorable el contrato que el Estado tiene hecho con la Compañía.

ALTOS HORNOS.—Se presentan flojos en la Bolsa de Bilbao y firmes en la de Madrid. Las impresiones sobre los beneficios obtenidos por la Sociedad durante el ejercicio de 1908 son excelentes, habiendo superado á los años anteriores. Según nuestras noticias, á pesar de que, atendiendo á los beneficios, bien pudiera aumentarse el dividendo complementario que se distribuirá en abril, el Consejo tiene el criterio de no hacerlo, llevando fuertes cantidades á la amortización de obligaciones, fondos de reserva y mejoras de fábrica.

Este criterio, constantemente observado por los directores, da por resultado el que

sea éste uno de los valores más solicitados para cartera, y de los que capitalizan entre los industriales á más bajo interés.

AZUCARERAS.—Las acciones ordinarias tienen desde hace bastante tiempo muy poco mercado. Las preferentes, después de bajar algunos puntos en la liquidación, recuperan lo perdido y se presentan firmes.

RÍO DE LA PLATA.—Se cotizan con gran animación, habiéndose presentado en estos últimos días bastante movidos, siguiendo las impresiones del mercado de París. Después de operarse á 461, bajan rápidamente á 440 en los momentos en que la cuestión de Oriente inspiró temores á los mercados, reponiendo después sus cambios, aunque lentamente. América y París acusan firmeza, y muy fácilmente puede alcanzar este valor cambios bastante superiores á los que cotiza.

José María del Valle.
Agente de Cambio y Bolsa.

Bibliografía

Anomalías de la oclusión dentaria y ortodoncia, por Luis Subirana; Madrid, 1909.

La primera impresión en mí producida por la obra de este distinguidísimo autor fué la de profunda extrañeza. Los habituados á juzgar de las cosas por la noción vulgar que de las mismas se posee, difícilmente se sustraerán á esa impresión cuando contemplen cuánto puede dar de sí un tema al parecer tan nimio é insignificante como el de «cosas de los dientes». Del propio modo que Camper, á guisa de lección mundana, al final de su hermosa producción disertó larga y sabiamente sobre los tacones para demostrar que todos los temas son buenos y susceptibles de lucimiento si su autor posee la profundidad y extensión de miras características del hombre de ciencia, del propio modo, repetimos, el autor del libro que nos ocupa, á pretexto de enriquecer la bibliografía dental, nos ha dado alarde de erudición que confesamos ingenuamente no creíamos existiese y fuese capaz de tomar cuerpo aplicándole al arte del odontólogo. Y decimos mal, pues, á juzgar por tan galana muestra, el epíteto de arte ha de desterrarse en absoluto para consagrarle desde hoy en adelante el de ciencia á la profesión susceptible de producir tan sazonados frutos y acabadas manifestaciones de su actividad.

En esta interesantísima obra, que leerán con gusto y provecho propios y extraños, se patentiza una vez más cuán necesaria es la educación científica intensa si se desea acometer con bríos y con singular personalidad una rama cualquiera del saber; y á buen seguro que si Augusto Comte resucitara y leyera la obra á que me refiero, no dudaría ni un instante en confirmar su conocida teoría de los tres estados. Justo es confesarlo: si la especialidad odontológica continúa el derrotero iniciado en el libro *Anomalías de la oclusión,* no tardaremos mucho en afirmar que la ciencia dental está en pleno período positivo.

No es obra absolutamente experimental la del Sr. Subirana; pero sí existe en el espíritu que la informa una señaladísima tendencia á la investigación de las causas de los problemas que estudia, evidenciando, cuando su modestia le veda inmiscuirse en determinadas regiones de la ciencia, dónde radican, cuáles son los puntos de partida de las explicaciones teóricas que pretende inquirir. Algunas páginas, hijas de un temperamento artístico é impresionable, son personalísimas; domina en ellas un deje de tristeza ante la contemplación del nuevo horizonte que el autor vislumbra, y que no alcanza por estar naciente todavía su ciencia. En otras es el pensador el que se impone. Usando de una lógica racional en extremo, acomete de frente algunos problemas; y si no los resuelve, pues, como dice perfecta-

mente, es el tiempo el factor necesario para tal resultado, contrae el indiscutible mérito de plantear con firmeza y claridad cuáles son, dónde radican los puntos flacos de su profesión. Nada he de decir respecto al valor profesional que el libro en sí atesora, pues esta tarea no es de mi competencia. No obstante, á juzgar por el esfuerzo de trabajo que la obra representa, y por la presentación verdaderamente original de algunos puntos tratados, en los cuales el escritor revela ideas muy suyas, creo que su lectura ha de ser provechosa en extremo para sus compañeros profesionales que se interesen por las manifestaciones de la cultura patria.

En el moderno vorágine intelectual, es difícil, dada la tendencia á impersonalizar la ciencia, alcanzar una significación digna de conceptuársela como sinónima de nombradía.

El Sr. Subirana, cuyo nombre y fama no nos eran desconocidos por venir laborando de un modo intenso y asiduo en el periodismo y en la tribuna, se ha confirmado en el terreno de la notoriedad científica y literaria, y al alcanzar aquella significación antes mencionada disfrutará cual merece del triunfo que nadie regatea á la laboriosidad y al entusiasmo por las ideas generosas y nobles del realzamiento moral de nuestro país mediante el trabajo y el estudio.

Esta es una impresión somera respecto del fondo general en que la obra está informada; la puramente técnica no podemos juzgarla; y respecto á la material, todo el mundo convendrá en que es de lo más lujoso que se ha editado en España, revelando un gusto y cuidado sumo en la confección y dirección que el autor ha puesto, acreditando á la par á la Imprenta Alemana, que la ha impreso.

Reciba el ilustrado autor nuestras más sinceras felicitaciones, aguardando no sea ésta la última vez que tengamos la satisfacción patriótica de adherirnos al voto general de aprobación que indudablemente habrá de merecer este libro.

X.

***

Casta de hidalgos, novela escrita por Ricardo León en las Asturias de Santillana; Málaga, 1908.

Hidalguesca es la pinta de este libro que acabo de dejar sobre mi mesa, al alcance de mi mano, después de haber saboreado de un tirón la quinta y última de sus jornadas. Hidalguesca es la pinta que un noble escudo campea en su portada, y, aunque no lo sea, á cosa de pergamino huele la cubierta con sus letras color de sangre. *Casta de hidalgos* es el título de la novela, Ricardo León el nombre del autor, Santillana del Mar el sitio en donde éste escribiera su libro, y Málaga el de la ciudad donde las prensas lo dieron al mundo. ¡Extraño acorde el de estas páginas, que, escritas en un silencioso pueblo del Norte, en un rinconcito legendario y venerable de la España vieja, fueron á imprimirse en un puerto del Mediodía, en una de las ciudades más modernas de la moderna España: en Málaga la bella!

De cuantos escritores se han dado á conocer en estos últimos años, no recuerdo de ninguno que lo haya hecho de modo tan brillante como el autor de *Casta de hidalgos*, ni que su producción cosechara tantos elogios y de tan valiosas firmas. Los críticos de más nombre han ensalzado su libro, y alguno hubo de tan fuerte complexión mental, que vió en la obra del Sr. León «la historia de las dos terceras partes de las familias hidalgas, de las dos terceras partes de los pueblos del norte y centro de España, desde Galicia hasta Cataluña, desde el reino de León hasta el Maestrazgo».

Desde las primeras páginas el lector adivínase espectador del antagonismo de dos estados de conciencia que lucharán á lo largo de aquéllas, siendo su desarrollo el de esta lucha entablada entre el carácter del protagonista, representante del espíritu descreído é irresoluto de nuestros días, y los de aquellas otras personas que le rodean al volver al hogar paterno, hastiado de su vagabundaje de soñador y de poeta, que le hacen hueco en su vida tranquila y como á la antigua usanza.

Santillana del Mar es un pueblo arcaico, «lugar de poesía y de reposo», por donde ha pasado la pretérita vida romancesca, petrificándose el arte en la plástica de sus piedras, que aparecen patinadas por «aquella alegría pagana del Renacimiento, que lanzó un rayo de sol al pasar por Santillana», y los caracteres en la inquebrantable nobleza hidalga, que aquieta los espíritus y los hace vivir en una santa inmovilidad, en una confortadora templanza.

Los hidalgos de la novela, el viejo don Juan Manuel y su hermano don Rodrigo, faltos de destino, vegetan, más muertos que vivos, en los caserones de Santillana. No son hombres de su tiempo: lo son de una época pretérita que se muestra á sus ojos en los restos arquitectónicos que recuerdan la grandeza olvidada de su pueblo natal.

El heredero de los viejos hidalgos, Jesús de Ceballos, tampoco sabe hacerse un hombre á la moderna, aunque, á diferencia de sus progenitores, pretenda serlo; y cuando, en busca de aventuras, se sale por el ancho Montiel del mundo, su inestabilidad le lleva y trae de un lado para otro, ora en una correría farandulesca y pícara, ora en un divagar charlatanesco de falsos revolucionarios extranjeros, sin acertar con el verdadero camino por donde corre el espíritu eterno de su época, y deshilando los mejores años de su vida engolfado en bohémicas andanzas, á lo largo de las cuales va cosechando el *tedium vitae* que le hace sepultarse en Santillana, acogerse al perdón de su padre, y, envolviendo su espíritu en un sayal de melancolía, esperar pacientemente la muerte, dulce, consoladora y poética, después de haberse casado con una muchacha á la que amó de niño, antes de que una sugestión de vida alegre le desarraigara del hondón vetusto de la villa caballeresca.

Es triste el poema de esta vida que halla su tumba en Santillana, agonizar lento de ideales y ambiciones, desvanecerse de ensueños y de quimeras en medio de un ambiente hostil, lo mismo en las piedras milenarias que engarzan entre sus labores el preciado joyel de la leyenda gloriosa, que entre las gentes que le miran como extraño en su mismo pueblo y hasta en su misma casa, cual si al venir de luengas tierras, tanto más luengas á los ojos de sus convecinos cuanto más cerradas están sus inteligencias al influjo de lo moderno, hubiese importado malsanas influencias y funestos contagios de tierras de extranjería.

Pero no sólo el asunto y la manera de tratarlo han sido un triunfo en el autor de *Casta de hidalgos,* con ser aquél como un símbolo de nuestra patria en crisis, y ésta una maestría desenvuelta y bien proporcionada. Lo principal, lo que más enaltece al nuevo escritor y le coloca en el número de los primeros, es precisamente su condición resaltante de tal; es decir, que cuando las letras atraviesan por una crisis de estilistas, cuando el público lee tan aprisa que puede sentirse apasionado por novelistas que no tienen reparos en declarar sus desprecios para el estilo, más que nada por orillar dificultades en su labor de interesar á los lectores, Ricardo León se presenta ostentando un estilo puro y sin mácula, en el que, á pesar de los gustos castizos que demuestra tener, no incurre en ese engolamiento anticuado con que algunos trajean sus escritos, denunciando su frecuente comercio con las obras clásicas.

Á diferencia de otros autores, Ricardo León no anuncia en su libro las obras que prepara. Pero no hace falta. *Casta de hidalgos* no puede quedarse sin sucesión. Cuando el primer hijo es tan hermoso, el padre que le dió vida está obligado á darla nueva á nuevos hermanos.

José García Mercadal.

Libros recibidos

España actual, por Rafael Padilla.—Madrid.

Cabalgata de las horas, por Emiliano Ramírez Angel.—Madrid.

Códigos de Comercio españoles y extranjeros, por D. Faustino Alvarez del Manzano, D. Adolfo Bonilla y D. Emilio Miñana.—Madrid.

Guía Comercial de Madrid, 1909.—Bailly-Baillière é Hijos.

Boletín de Agricultura Técnica y Económica.—Madrid.—Números de enero y febrero de 1909.

PROPAGANDA LIBERAL[1]

Señores: Son mis primeras palabras de profundo agradecimiento: hace pocos días, correligionarios de Valladolid dieron á la que yo podía amar más en el mundo una muestra de consideración profunda; hoy se la dais al vivo como ayer se la disteis á la muerta. *(Grandes aplausos. El Sr. Moret pronuncia estas palabras visiblemente emocionado.)*

Pagado este tributo de gratitud, que se desprende de lo más íntimo de mi alma, voy á entrar directamente en la materia, voy á deciros el objeto de esta reunión y la razón de mi presencia en este sitio, y aun la de aquellos de los ilustres hombres públicos que aquí están, pidiéndoos que no deis á este momento y á esta reunión aquella importancia que pudiera deducirse de las palabras de mi ilustre amigo que hoy nos preside, porque en la vida de los pueblos todos los momentos en los cuales se reúnen sus pensadores y se dirigen á las masas son importantes; y si en la actualidad, por circunstancias de aquellas que han venido acumulándose en los últimos tres meses, pudiera esta reunión aparecer como de mayor importancia, pronto los acontecimientos demostrarán que todos los días y á toda hora, en la lucha que hemos emprendido y en el camino que vamos á seguir, será preciso que se reúnan los hombres que piensan y las masas que hemos de levantar, y que, reunidos constantemente, recorran el camino en los difíciles momentos por que yo os aseguro que vamos á pasar. *(Aplausos.)*

Por eso, más que á la brillantez de la palabra y á los conceptos sonoros, he de someter esta tarde, si fuera posible, á la rítmica frialdad de las reflexiones todo aquello que necesito decir. Pero yo comprendo bien, señores, que no en balde se ha reunido tanta gente y no en balde vibran al unísono en un pensamiento común y forzoso, y por ello será en mí un deber, sobre todo en algunos momentos, poner todo aquello que dentro de mí quede de energías y de calor para afirmar mis ideas y para procurar transmitirlas á vosotros.

La iniciativa de Zaragoza.—La alianza liberal

Yo vengo aquí, señores, á dar una respuesta. Hace poco más de tres meses me levanté en Zaragoza, y allí, delante, exclusivamente delante de los liberales de la capital de Aragón, dije lo que tenía dentro del alma. A diferencia de lo que ha solido suceder en las combinaciones de la política, yo no preparé un programa consultando á mis amigos ni buscando la cooperación de otros ele-

(1) Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret en el teatro Calderón, de Valladolid, el día 1.º de marzo de 1909.

mentos. Me pareció que en aquellas circunstancias eso hubiera sido imposible, y, dada la responsabilidad que sobre mí pesaba, entendí que lo único que podía hacer era decir aquello que consideraba que era justo, y preguntar al país, á los liberales primero, á todos después, si creían que eso bastaba para reunirnos y formar un programa político capaz de vencer á nuestros adversarios, cada día más poderosos. Y entonces, después de exponer ideas á las que ya vendrá el momento de aludir en el curso de estas reflexiones, me dirigí primero á los míos, á los liberales; después, á aquellos que como míos consideraba, á los demócratas; después, á los afines de ambos grupos, á los republicanos; luego, á todos los elementos de la izquierda, con ellos muy especialmente á la juventud, y les dije: He aquí lo que yo creo de la situación presente. ¿Pensáis vosotros coadyuvar? Y como la respuesta había de darse en público, lo mismo que se hacía la pregunta, por todas partes en España se han convocado y reunido mítines.

A ellos han asistido los hombres más esclarecidos de estos diferentes grupos y un número grande de juventud, á la cual yo saludo con profunda alegría, porque si dudabais de que la juventud pudiera aprovechar sus grandes cualidades y comunicarnos su vida y su savia cuando andaba dispersa (que no tiene nada de extraño, porque hasta los hombres políticos lo estábamos), al ver que sigue este movimiento, conservo todo el espíritu, porque esta juventud es como el pedestal sobre el cual se puede levantar la estatua, porque ella es la nueva generación, en la cual se han de realizar todas las aspiraciones y todos los pensamientos.

En esos mítines he recibido respuestas constantes. Por eso al tocarme hoy, á mi vez, responder á aquellos ofrecimientos, á aquellas cooperaciones que se brindaron á mi idea, he rogado á estos ilustres amigos que se tomaran la molestia de venir á escucharme, porque si no les decía yo directamente las cosas, me parecía que el eco de mi voz, aun mandado por conducto de la prensa, no era lo mismo que escuchar la contestación en mis pobres palabras, pero que responden á los latidos de mi corazón. *(Aplausos.)*

Después de agradecerles profundamente ese acto de deferencia, ahora digo solemnemente delante de vosotros, castellanos: yo he tendido la mano, á ella se me ha contestado tendiendo otra, yo la estrecho, y cuando la tengo así reunida, yo digo, poniendo la otra mano sobre mi corazón, que lo que hago en este momento es sellar definitivamente la alianza liberal pedida por mí en Zaragoza. *(Grandes aplausos.)*

Los mítines de propaganda

Si digo esto, inmediatamente saltará á vuestro espíritu que los sucesos que han ocurrido en estos tres meses son sucesos que exigen el que nos hagamos cargo de ellos; porque desde el momento en el cual para la lucha y para la aspiración común somos unos, desde ese momento, yo, por mi parte, contraigo la obligación de defender y de ayudar á aquellos que están conmigo y hacer

mías las responsabilidades en que ellos hubieran podido incurrir. *(Muy bien, muy bien.)*

Y no olvidaré que por algo estamos en un país que debe vivir de las libertades democráticas. Las reuniones nuestras, los mítines celebrados, han dado lugar á merecer toda clase de comentarios. Por palabras sueltas, por frases aisladas, sin leerlas en su conjunto, sin escucharlas en su correlación, buscando, por decirlo así, los enemigos la manera por la cual pudieran poner mal á unos con otros, á otros con los demás, á todos con las Instituciones, de suerte que se crease una dificultad, ha habido una crítica constante y ha habido una explotación, valga la palabra, de cualquiera de los más pequeños, de los más indiferentes dichos y asertos de los discursos pronunciados.

Y es extraño, porque estas reuniones las hay en nuestro país de todas clases, y á nadie llama la atención el que se proclamen las teorías del amor libre y de la disolución de la familia y de la propiedad, cuando esto se hace en ciertos mítines de los socialistas; á nadie llama la atención que los carlistas se reunieran una tarde al pie del Palacio Real y brindasen por «su señor» delante de la casa en la cual se alberga la Monarquía, que representa el triunfo de la independencia. *(Aplausos.)*

Y pronto habrá reuniones en las cuales las ideas antiguas parece que quieren resucitar, volverse á reunir para presentarse ante nosotros; y no hay para qué repetir que en muchas partes se han dicho también, en reuniones públicas, conceptos que nos agravian, no ya como liberales, sino como españoles, porque creímos ver en ellos algo que ofendía á España. Pero sobre eso no se ha suscitado, sobre eso no ha habido observación alguna que hacer: éramos nosotros, éramos aquellos que veníamos buscando una inteligencia; pero como lo que nosotros hacemos va á herir, está hiriendo ya, una porción de sentimientos y cantidad de intereses sobre todo, de ahí que hubiese empeño grande en crear alrededor nuestro atmósfera que pudiera ocultar el verdadero sentido de aquello que se venía realizando en esa concordia que hoy me toca á mí proclamar.

Sí, en esto echaban polvo á los ojos, y con el polvo no se veían pasar las figuras; á mí me toca ahora, en este momento, en el cual vengo á resumir la labor de estos días, recordar que lo que esos mítines han significado ha sido precisamente una obra magna, de la cual vosotros mismos quizá no os habréis dado cuenta, por no haberos fijado; pero es una organización política con el fin de mantener, estrechar y consolidar la inteligencia entre todas las fracciones liberales, «sobre la base de las manifestaciones hechas por el Sr. Moret en su discurso pronunciado el día 18 de noviembre en Zaragoza», porque después de esta primera base de unión, en el propósito se pretende ensanchar la red y fijar bien en ella lo que tiene de orgánico. Es decir, la red general, la inteligencia, el contacto, el auxilio, la defensa, el apoyo.

Queremos ser, queremos vivir; de ninguna manera nos contentamos con algo que sea aislado, sino con algo que represente allá en la vida central todo este movimiento; queremos que, como la red telegráfica, con un movimiento

de la manivela pueda producirse la chispa que vaya por todas partes, comunicándose, si es necesario, la protesta ó el auxilio á todos los elementos liberales de la sociedad española esparcidos por el suelo patrio. *(Aplausos.)*

Pero es, señores, que parece que aquí se han olvidado las nociones de la libertad, que allá en los años 1868 y 69 creímos ya establecida para siempre en España; es que en todas partes del mundo en los mítines se manifiesta dentro del pensamiento general una porción de opiniones completamente distintas, diversas, separadas; y ésa es su virtud, en eso consiste su esencia; porque ¿qué es lo que sucede en esta reunión—no en ésta, en que habla uno solo, por la razón dicha—; pero qué sucede en casi todas las reuniones? Que lo que se manifiesta es el alma nacional, que, hablando por boca de todos los que tienen afinidad en las ideas, pero educación diversa, temperamento distinto, naturalmente, va saliendo á la superficie y recorriendo en el espacio, con las diversas maneras de sentir de todos aquellos que se encuentran delante de difíciles problemas.

Unas veces obedecen al ejemplo, otras á prejuicios, muchas veces á preocupaciones que asaltan á aquellos que han tenido que sufrir por una causa; pero todos ellos realizan una grande educación: porque se educa el que oye, se educa el que habla; porque se conocen todos estos aspectos; porque no queda oculto nada; porque las asperezas se liman; porque los ángulos se van puliendo poco á poco, y en esa vida del mitin valen más las manifestaciones de cada orador, porque se comprende el estado del alma de la nación española, que en los estudiados discursos, que podrían enseñaros una porción de cosas, pero que harían que algunas no salieran á la superficie.

Las acusaciones de los reaccionarios

Se ha hecho una grande propaganda en contra nuestra, se ha hecho la acusación de haber invocado yo la alianza de los republicanos siendo un monárquico, y esa acusación se hará ahora también á todos mis amigos, porque deseamos ardientemente la cooperación de los que defienden con nosotros la idea de la libertad. De esa acusación necesito yo, señores, hacerme cargo, asumiendo para mí toda responsabilidad; pero ¿por qué? ¿Qué razón habría para considerar que puede haber algo criticable, censurable—no digamos otra palabra—en que elementos que coinciden en las ideas fundamentales de la libertad y de la sociedad en que vivimos se asocien, cuando, sin embargo, están divorciados en una sola cuestión: en la cuestión de la forma de gobierno?

Lo que hay que hacer sobre este punto es tener una precisión y una claridad; porque lo que yo he propuesto ha sido que aplacemos—que aplazada está de hecho—, pero que aplacemos de voluntad la cuestión de la forma de gobierno, y los republicanos han respondido: «No abdicamos de ninguna de nuestras ideas, pero nos asociamos para la obra común.»

En las derechas hemos encontrado una porción de elementos de todo género

que es de lo más extraño que puede darse: porque el carlista es un antidinástico, aunque sea monárquico, mientras que el integrista es enemigo de la Monarquía, puesto que sólo cree en la autoridad del Pontífice y en lo que la Corte de Roma tenga y decida como mejor.

Y cuando, después de la Revolución de 1868, nosotros conservamos como el credo de todas las libertades los derechos individuales, y cuando queremos marchar por todas partes y se va amontonando el lastre en uno de los platillos de la balanza, y el platillo, naturalmente, cae, ¿quién será aquel que tenga tan poco amor á la libertad que no se vuelva á aquellos que con él estuvieron aquellos días, que no les llame al socorro, que no les grite al peligro, y que enfrente de esa masa negra de las derechas no opongan la luz vivísima que, cual la de un faro, á todos ilumina? *(Grandes aplausos.)*

¿Se puede, además, señores, proceder de otra manera en el mundo? No hablaré yo de España, no; no hablaré, porque parecería empequeñecer la cuestión, de los elementos que componen la mayoría y las fuerzas que con las de la mayoría tienen hoy la dirección de la vida pública española; pero ¿de qué se compone el partido liberal inglés? ¿De qué se compone el partido liberal italiano? (No hablamos de Alemania, porque el régimen alemán no es idéntico; pero la pregunta es igual, y la contestación sería la misma.) Pues, señores, los antiguos partidos tenían un molde estrecho, que se ha roto. En Inglaterra había los *torys* y los *wighs,* que son los conservadores y liberales en la manera de considerar las dos grandes agrupaciones gobernantes. Los antiguos credos, los antiguos programas, no solucionan nada.

Partidos y agrupaciones políticas

Cuando hemos visto un Ministerio liberal en Inglaterra, hemos preguntado: ¿de quiénes está compuesto?; y hemos preguntado también: ¿quiénes son los elementos que lo han formado? Su inmensa mayoría la hallaréis en el partido socialista; en los irlandeses, que piden la autonomía administrativa, no la política; en los no conformistas, que no quieren reconocer cierta supremacía, y luego otra porción de elementos sueltos, por ejemplo, en las cuestiones agrarias; pero todos ésos formando una masa para conseguir un objeto general: implantar, dentro de las formas de la libertad, cada una de las aspiraciones que tienen en el instante; de aumentar y no separarse; y de esa manera gobierna aquello que se llama el partido liberal, y de esa manera consigue realizar las grandes reformas que está tocando hoy la nación británica.

En Italia son los grupos, no los partidos.

Los grupos contribuyeron á la revolución y á formar la unidad italiana; y ¿por qué no volver la vista, con un poco de envidia y cierta admiración, hacia aquellos hermanos nuestros de la raza latina que se llaman el pueblo italiano? Cuando Víctor Manuel decidió la unidad de Italia, cuando la gran inteligencia del conde de Cavour llamó á todos los elementos de aquella sociedad para coadyuvar á la obra, también había allí republicanos, republicanos

que fueron luego garibaldinos, gentes que no admitían la Monarquía, pero que querían la unidad nacional, y cuando vieron al Rey caballero batirse, y á Cavour dominar con profunda habilidad las inmensas dificultades de la cuestión internacional é interior, y cuando Garibaldi había ido á Marsala, entonces, cuando llegó el momento supremo y hubo que sellar la unidad entrando en la capital, en Roma, todos se unieron, y Crispi fué el primer ministro, dos veces, del Rey Humberto y del Rey Víctor Manuel.

También Crispi había sido garibaldino con Giolitti; pero delante de la Patria, de la santa unidad, de la defensa del territorio, desaparecieron todas las formas que eran un poco bizantinas y vinieron á unirse todos aquéllos en una aspiración. Y ahí tenéis á Italia, que ha llegado á ser primera nación, tan sólida hoy, tan fuerte, tan dueña del porvenir, que ha pasado á competir con aquellas que parecían tener el dominio y hegemonía de Europa. *(Aplausos.)*

Se me olvidaba otro ejemplo interesantísimo: Hungría, con la revolución de 1848, la guerra civil sangrienta, su lucha tremenda con Austria, su deseo de independencia, los hombres que fueron fusilados, los otros que marcharon al destierro. Y después de todo eso, que parecía que había establecido algo irreconciliable y algo que no podría reunirse después de los desastres de Austria, la independencia de Hungría fué una necesidad política.

Y ocurre con esto lo que con muchas cosas de la vida: que, cuando las vemos de lejos, nos admiran, y cuando las queremos hacer en nuestro país, sorprenden y llaman la atención.

¿Es que acaso en nuestra patria Rivero no fué un gran republicano? ¿No lo fué el ilustre Martos? Todos estos hombres, ¿no ayudaron á los monárquicos en diferentes momentos y se decidieron en algunos, mientras otros creían que no había llegado la ocasión oportuna de hacerlo?

La concentración liberal

Y ahora, ¿qué momento podría haber, yo os lo pregunto, en que fuera más legítimo este apoyo, esta colaboración que nosotros pedimos? ¿Podría el partido liberal solo hacer lo que pretende? El partido liberal, y aun unido con los demócratas, si no encontraban el apoyo de la masa, no; porque enfrente de nosotros tenemos, señores, todo aquello que puede considerarse como un elemento de tal fuerza, que hace la lucha muy difícil.

Y si nosotros, atendiendo tan sólo á esas circunstancias, los unos no tomamos la iniciativa y los otros no responden á ella, ¡ah!, entonces estamos de antemano vencidos y es inútil que cantemos á la libertad si, por no saberla amar bastante, no sabemos reunirnos para defenderla. *(Grandes aplausos.)*

Lo único que he propuesto es una tregua, y esa tregua me ha sido plenamente concedida; después cada uno verá en todo momento su posición, sus compromisos y lo que tiene que hacer. Yo sólo puedo recordar otro momento análogo, en que la democracia monárquica facilitó la vuelta de algunos republicanos á la vida común y á la reunión de todos los elementos liberales, para

deciros que de aquel movimiento salió luego la decisión de Castelar y de los posibilistas, que trajo á España la conquista del sufragio universal, que es la garantía y la seguridad de que no seremos arrollados en el disfrute de la libertad si tenemos energía para defenderla.

¿Qué sucederá ahora? Pido sólo las bases elementales de la vida política; pido la unión, la concordia, la asociación de todas esas fuerzas, y luego Dios dirá; porque cuando la masa haya aprendido todo, cuando vean que van poco á poco retrocediendo sus enemigos, cuando dentro de sí sientan la satisfacción de haber obrado bien, entonces ella irá sola, irá á la derecha ó á la izquierda: eso sólo dependerá de la prudencia y del tacto de los hombres que en aquellos tiempos inspiren sus acciones; pero nosotros habremos salvado el peligro de hoy. ¿Qué más se nos puede pedir? *(Grandes aplausos.)*

Claro está, señores, que si hacemos esto lo hacemos para conseguir el Poder, porque la aspiración de la vida política es realizar; para realizar falta el instrumento: el instrumento es el Poder; nosotros, pues, hacemos todo esto para llegar un día á obtener el Poder, y desde el Poder, con los medios legales por supuesto que éste da, realizar nuestras aspiraciones y deshacer la obra de nuestros enemigos. Hasta aquí todos estamos conformes, y lo estarán aun los que no puedan por sus condiciones tomar el Poder, pues ésos no lo harán directamente, pero lo conseguirán indirectamente, porque, colocándose por delante, cubren con sus cuerpos la acción, mientras sacan las manos, como esas marionetas que se ven en los teatros infantiles, y las extienden en todas direcciones. *(Bien, bien.)*

¿Pero cuáles son los medios que nosotros tenemos para conseguir el Poder? Yo os ruego, señores, que me permitáis haceros sobre este punto algunas observaciones, que, aunque no son imprescindibles, las considero necesarias en un momento como éste, porque ellas han de ser, naturalmente, la guía y la característica de mi conducta en el porvenir.

Yo, señores, soy de los que creen que los partidos liberales—dad á esta palabra la extensión que queráis—, los partidos liberales no tienen más que un medio de llegar al Poder: la opinión, y no tienen más que un procedimiento para conseguirlo y una sola sanción: subir con ella para subir con toda la energía posible. Cuando por atavismo de nuestro país, cuando por recuerdos de lo que ha pasado en años que vosotros, al menos muy pocos de los que están aquí conocen, pero que yo he conocido—los tiempos de Isabel II—; cuando por algo de instinto de que al fin y al cabo la Monarquía se encuentra frente al poder del clericalismo, porque los reyes son los autores de las Regalías y de los Concordatos; cuando por todas estas razones hay alguien que piensa en que puede obtenerse el Poder por acudir á la Monarquía, entonces, señores, paréceme á mí que hemos invertido por completo el orden de los procedimientos y que hemos invertido las acciones de los hombres de opinión y de amor á la libertad por las cuales podamos conseguir el Poder. ¿Y sabéis pór qué? Pues sí, señores; todo esto encierra un fondo que para mí es fundamental en el día de hoy. ¿Sabéis por qué? Porque la Monar-

quía constitucional tiene en su esencia dos factores, y nada más que dos factores—allá en 1869 yo lo aprendí claramente de los labios de aquellos hombres eminentes que escribieron la Constitución y la discutieron—; la Monarquía constitucional se compone de un Monarca irresponsable y de hombres políticos, ministros ó no, completamente responsables; palabras al parecer vacías y que se han repetido muchas veces. No; la Monarquía constitucional, para ser irresponsable y cumplir su misión, tiene que ser extraña al juego y al movimiento de la vida política, tiene que vivir aparte; es la manecilla del reloj que está allí inconmovible dentro de la ley de la gravedad, y que desarrollándose y extendiéndose los resortes, que representan la opinión, hacen que marque las horas y los minutos. *(Grandes aplausos.)*

La responsabilidad de los hombres políticos

Pero la responsabilidad de los hombres políticos, ¡ah, señores!, la responsabilidad... ¡Si vierais cómo pesa esta palabra! Porque la responsabilidad que se pide ante el Senado, acusando á los ministros, alguna vez se ha ejercido; ¡pero de qué manera tan pobre, tan miserable, tan vergonzosa! Valiera más no recordarlo. La responsabilidad de los hombres políticos es la responsabilidad moral, la que se lleva dentro, aquella en virtud de la cual se está pensando en la consecuencia de nuestros actos, y que cuando la olvidan los políticos se hacen cortesanos, perdiendo además la noción de sus deberes. *(Muy bien.)*

Y ésta, señores, es la cuestión del equilibrio de la vida de los pueblos. Vosotros no lo habéis visto; yo sí, y es una de las pocas ventajas de los años que han pasado. Yo he visto, señores, el reinado de Doña Isabel II, que murió, como sabéis, en el ostracismo, olvidada, perdonada, compadecida, y he visto á todos sus ministros responsables, cubiertos de glorias y de honores, disfrutar de la vida y morir tranquilamente en su patria, cuando ellos eran los que habían abusado de los defectos de aquélla, ellos los verdaderamente responsables.

Pensad, pues, en estas cosas, que dichas así, esfumadas en el tiempo, comprendo que os agradarán, porque las contempláis en síntesis, y veréis que la responsabilidad de los hombres políticos sólo puede evitarse de esta manera: viniendo ante el país, oyendo sus latidos, apreciando sus necesidades y procurando mañana cumplir todos los compromisos que han contraído, sabiendo además que sobre ellos ha de caer el estigma cuando dejen de cumplirlos sin motivo alguno. *(Grandes aplausos.)*

A esto he de añadir un buen sistema electoral, del que nos da digno ejemplo Inglaterra, haciendo todo lo posible por que la voluntad del pueblo se manifieste con toda serenidad en los comicios, sin acudir al argumento de que porque falte alguna pieza la máquina no debe echar á andar. Hagamos cada uno lo que sea menester, que lo otro vendrá por sí solo; porque al que ama la justicia, está visto que todo lo demás le será dado con exceso.

Este modo de ser; el haber acudido yo á Zaragoza para exponer mi pensamiento; el haber dicho francamente á nuestros adversarios, como se lo diré

ahora, que vamos contra ellos; el ponerme en contacto con vosotros, es cosa que, tras de dar gran educación al pueblo, acusa dignidad y seriedad en los que estamos al frente de la vida pública. He aquí por qué éste es el camino que yo recomendaré al partido liberal, y la única manera como él quiere llegar al Poder. Y cuando así llegue, cuando haya formado opinión, cuando sepan nuestros adversarios á lo que viene y los compromisos contraídos, entonces, señores, se podrá gobernar con fuerza, entonces se podrá realizar todo lo ofrecido. Pero entretanto, entretanto, no; porque ¿en qué se apoyaría si le faltase esa base, y cuál no sería, de otro modo, su responsabilidad, ya que la Corona, para vivir constitucionalmente, no debe tener ninguna, porque ella es inaccesible, y, siendo inaccesible, debe estar exenta de las pasiones, de los compromisos y de las concupiscencias de los hombres?

Este movimiento que hemos iniciado en Zaragoza, y que esta noche (y pido á Dios acierto en mis palabras) viene ya á cristalizarse y á concretarse de manera que podrá empezar segunda etapa, este movimiento, señores, despertó inmediatamente contra nosotros una gran enemistad. Por todas partes pululan nuestros enemigos; enemigos diré, y no adversarios, pues que los adversarios tienen siempre un terreno común, y cuando concluyen la lucha, aun en los duelos sangrientos, se dan la mano. Los enemigos aspiran á destruir á aquellos á quienes combaten, á aquellos á quienes declaran incompatibles, y á nosotros, señores, nos han declarado incompatibles desde el primer momento con muchas cosas y personas.

En los mítines anteriores se ha hablado de ciertas actitudes tomadas, no sólo por ciertos elementos laicos, sino por ciertos elementos eclesiásticos, por prelados muy dignos y respetables de la Iglesia española, contra este movimiento de la alianza liberal.

Y, cosa rara. En seguida la fórmula que han encontrado es la de decir que nosotros somos antirreligiosos, que somos enemigos de la religión.

¿Antirreligiosos? ¿Enemigos de la religión? ¿Por qué? ¿A qué dogma atacamos? ¿A qué cánones siquiera, ni á qué disciplina de la Iglesia? ¿Qué es lo que nosotros pedimos?

¡Ah, señores! Vamos á decir sobre esto todo lo que sea necesario, á fin de que no quede la menor sombra de duda.

La cuestión clerical

He aquí nuestra fórmula: cuando los fariseos querían perder á Cristo, al que achacaban una predicación contraria á sus egoístas intereses y á sus deseos, buscando la manera de entregarle al Tribunal, le presentaron una moneda, esperando que dijera que no se debía pagar el tributo. Jesucristo cogió la moneda—según el Evangelio—y, señalando la efigie del Emperador en ella grabada, dijo, devolviéndola á los fariseos: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» En esas sublimes palabras salidas de sus labios trazó la separación de lo material y lo espiritual.

Pues nosotros venimos á pedir eso. Queremos dar al César lo que es del César, empezando por sacar de una parte del clero lo que corresponde al César, que es el Estado. Pedimos todo aquello que le corresponde en las relaciones de la vida, en el matrimonio, en el registro civil, tanto en lo relativo al nacimiento como á la muerte; queremos, en una palabra, que toda la vida civil, en la que nada tiene que ver la autoridad eclesiástica, corresponda única y exclusivamente al Estado.

Si esto sucediera, aparecerían en seguida una porción de cosas contrarias á las que están pasando.

Ha habido, señores, en nuestro país un período al cual creo yo que no hemos dedicado todavía bastante atención, que sólo lo hemos conocido á la larga con exceso, como sucede con las enfermedades cuando no se acude á tiempo para curarlas, y es que el mal no tiene remedio.

Este período ha sido la invasión de las Ordenes religiosas después de la expulsión de Francia; y entonces ha habido un momento en el cual nos hemos encontrado que, con la libertad y con las formas exteriores de la libertad, la acción del Estado empezaba á desaparecer por todas partes; porque el Estado no tiene más que formas externas, no tiene formas interiores; el Estado no manda la conciencia, no manda la voluntad, no predica, no confiesa, no absuelve: el Estado no tiene más que las apariencias exteriores. Pero, en cambio, dentro de esas formas puede haber una influencia constante, en la cual, poco á poco, van desapareciendo todas las otras influencias; porque, ¡ah, señores, si pudiera daros la estadística (y no sería difícil, pero no sería completa), la estadística de los sermones que se predican contra nosotros en todas partes!

Aquí han venido ahora de las provincias amigos míos que os dirán que tres veces en la semana se dedican en esta forma á hablar mal de nosotros con motivo de esta alianza liberal, y pedir que continúen las cosas en el estado en que se encuentran.

Estas Ordenes religiosas van desarrollándose por todos lados, y por algo hubo una guerra civil y unos desastres tremendos y toda clase de crueldades que sufrieron las generaciones de nuestros mayores para dejar reducidas á tres las Comunidades para varones.

Pero ésta es una cuestión tan grave que me obliga á presentar las cosas tal como yo las entiendo; no el político, sino el jurisconsulto, el hombre civil, el hombre social.

Parece algo de broma que en un discurso de mitin yo traiga para leerlos los artículos del Concordato, y, sin embargo, vais á ver las consecuencias de por qué los leo.

Dice el artículo 29 del Concordato:

«A fin de que en toda la Península haya el número suficiente de ministros y operarios evangélicos de quienes puedan valerse los prelados para hacer misiones en los pueblos de sus diócesis, auxiliar á los párrocos, asistir á los enfermos y para otras obras de caridad y utilidad pública, el Gobierno de Su Majestad, que se propone mejorar oportunamente los Colegios de misiones

para Ultramar, tomará desde luego las disposiciones convenientes para que se establezcan donde sea necesario, oyendo previamente á los prelados diocesanos, casas y Congregaciones religiosas de San Vicente de Paúl, San Felipe Neri y otra Orden de las aprobadas por la Santa Sede, las cuales servirán al propio tiempo de lugares de retiro para los eclesiásticos, para hacer ejercicios espirituales y para otros usos piadosos.»

¿Os habéis fijado bien en las palabras? Los obispos, los párrocos, la función de auxiliarse, la misión de servir la función parroquial; esto es, que el clero secular, todo él, es el que está organizado dentro de las condiciones de nuestra vida jurídica en sus relaciones con el Estado, y ellos son los que pueden determinar y los que pueden fijar, dentro de este límite establecido en el artículo 29, quiénes han de venir á ayudarles en sus funciones de cura de almas y asistencia de enfermos.

¿En qué se parece esto á lo que tenemos nosotros? ¿En que se parecen los pobres párrocos que no tienen para sostenerse, y en qué se parece la subsistencia de las parroquias rurales, y aun de las capitales, á esas Ordenes religiosas, independientes, ricas, poderosas, que construyen iglesias, que celebran funciones cívicas, mientras que el pobre sacerdote marcha á pie, con el frío y con el agua, para cumplir su misión, faltándole todo á su lado, hasta la protección del Estado, y viendo otra cosa que se llama el culto de las Ordenes religiosas, que lo acaparan todo, hasta las industrias y cuanto significa la vida particular? *(Atronadores aplausos.)*

Aquí estamos tres que pertenecimos al Gabinete del Sr. Sagasta cuando aquel ilustre hombre público emprendió la tarea de disminuir las Ordenes religiosas. Nos encontramos entonces con una estadística, y casi vacilamos en publicarla, por su extraordinario número. Esto no lo permite el Concordato; pero ¡qué resistencia hubo, qué de dificultades se crearon entonces! De aquí el que ahora esas cuestiones estén de nuevo planteadas; pero lo están con mayores dificultades, sin que tengan obstáculos superiores que vencer porque han adelantado muchísimo camino, y nosotros, los que queremos poner esta sociedad civil á la altura y en el estado en que se encuentran otros países, tenemos que luchar contra todo género de circunstancias, que no aparecen en ninguna parte, pero que están en todos lados.

¡Si uno pudiera contar su historia! ¡Si yo contara mi historia porque la creyera digna de traerla á vuestros oídos! Realmente, vuestra indignación no se traduciría en aplausos, sino en maldiciones.

El señor obispo de Ciudad Real (aquí está su carta; la he leído con profundo interés), un hombre dignísimo, ilustrado, nos dice que todo esto de Zaragoza y otros mítines, lo que yo pueda decir, lo que han dicho Melquiades Alvarez, Canalejas y otros, no significa absolutamente sino la guerra á la religión. Porque dice el citado obispo: «¡La libertad de cultos!... Ya se permite la construcción de capillas. ¡El matrimonio civil!... Ya hay una ley de Matrimonio civil, por la cual se puede casar solamente por el Registro civil aquel que lo quiera así. ¡La cuestión de cementerios!... Ya hay de todo, según las necesi-

dades. Por consiguiente, ¿á qué vienen estos señores? Estos señores traen algo semejante á lo que traían los políticos franceses.» Y en una larga serie de citas, nos compara con Viviani, con Rouvier, con Combes y otra porción de hombres de los que en Francia han seguido una guerra cruel, decidida, contra todo lo que fuese la religión.

¡Ah, señores! Yo no quiero que mis amigos ni yo aparezcamos en nuestros hogares, en nuestras casas, de esta manera; pero no voy á refutar ese argumento, voy á decir una cosa: nosotros no partimos del punto de donde ha partido esa Revolución francesa; y si allí se llegó á esas exageraciones, fué precisamente por la intolerancia y el fanatismo, revelados con más fuerza después de la muerte de León XIII, esa figura colosal, cuyas palabras, expresadas en sus Encíclicas, serán por mucho tiempo la estrella polar que guíe la dirección de la Humanidad; y León XIII se dirigió á los católicos franceses y les dijo: «Reconoced al Gobierno republicano», «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Los católicos franceses desoyeron al Papa, y cuando acudieron á él para pedir que sostuviera la antigua Monarquía absolutista, León XIII dijo aquellas sublimes frases: «La religión católica no se ha abrazado nunca más que á un cadáver, al cadáver de Cristo crucificado allá en el Calvario. Todas las demás cosas las considera muertas, porque no quiere sino vivir en paz y aumentar todos los medios de cohesión.» Y, naturalmente, por el espíritu de defensa, se ha llegado á ese último extremo; ¡por eso, por no haber sido religiosos, son desgraciados! *(Grandes aplausos.)*

La doctrina liberal en cuestiones religiosas

¿De dónde partimos nosotros? ¿De quién venimos? ¿Con quién vamos? ¡Ah, señores! Yo no acabaría nunca de decir lo que ahora voy sencillamente á esbozar. Yo querría tener las fuerzas que otro tiempo tenía, allá en mi juventud, para desenvolver todos estos temas. Uno desarrollé en Zaragoza.

Nosotros venimos del punto de partida de reconquistar lo que teníamos con el Concordato del 51, con la Constitución del 69, cosas que han desaparecido casi por completo, que llevan trazas de perderse, de no volver á nuestras manos; y para eso, á quienes invocamos nosotros es á los más grandes genios del catolicismo moderno: á Lavigerie, á Gibbons, á Magni, á León XIII; invocamos á todo ese catolicismo liberal, admirable luchador; á aquel que está haciendo el proselitismo en el mundo social, á aquel que admite libertad, paz, ciencia, descubrimientos...: todo eso lo anhela la religión católica, todo eso es lo que quiere; el pasado, la costumbre..., todo eso le estorba; adelanta más haciendo que la vida cambie, porque cuanto más grande es la vida, más grande es también la religión.

Y voy á deciros en apoyo de estas palabras que están afluyendo á mi memoria algún texto en pro de mi tesis, algo que es una gloria de la Humanidad y de los sentimientos religiosos. Permitidme. Cuando el señor obispo de Ciudad Real nos echó, casi nos excomulgó; cuando otros señores obispos quieren

que hagamos profesión de fe y convirtamos las plazas públicas en Concilios; cuando de esta manera halla uno cosas que le parece que son completamente incompatibles con la dignidad de la prelacía, recuerdo lo que León XIII escribía al obispo de Grenoble, ya en los últimos momentos de su vida. Es á saber: «Que los católicos deben luchar por la verdad y la virtud donde y doquiera les sea posible, asociándose para ello á los hombres de rectitud y de honradez, aun cuando estén fuera de la Iglesia. Por lo que á la Iglesia toca, yo hago por todas partes lo posible, deseando ver á los obispos hacer lo mismo, siempre que las circunstancias lo permitan.» O León XIII no era escuchado, ni digno de serlo, ó el señor obispo de Ciudad Real no nos cree á nosotros rectos ni honrados, y estima que no podemos asociarnos á ninguna persona de la Iglesia católica para hacer el bien y la virtud, para mejorar la condición de las clases españolas.

Cuando se celebró una gran Exposición en Chicago, entonces, señores—ya lo han dicho elocuentes oradores—, los Estados Unidos iniciaron aquella gran obra con la plegaria dicha por los jefes de todas las religiones del mundo. En nombre de la católica habló el cardenal Gibbons, y después de dar gracias á Dios por haber permitido á Colón descubrir América, comparándole con el patriarca de la Biblia que pudo ver á lo lejos la tierra prometida, dijo que el pueblo de los Estados Unidos debía profunda gratitud á la Providencia, que le había deparado la suerte de reunir en su seno á los representantes de todas las religiones; y añadió: «Pero no es, Señor, tan sólo por esta herencia terrenal por lo que queremos daros las gracias. Lo deseamos aún más por el beneficio precioso de la libertad constitucional que poseemos; porque este suelo tan fértil sería para nosotros un desierto árido y seco si no estuviera fecundizado por el rocío de la libertad. Por eso os pedimos humildemente que continuéis bendiciendo nuestro país y nuestras instituciones, tan queridas, prometiéndoos solemnemente este día, ante esta vasta asamblea y en nombre de nuestros conciudadanos, consagrar toda nuestra energía á preservar este legado incólume de toda alteración y á transmitirle como herencia preciosa á las generaciones futuras.»

He aquí definido por monseñor Satolli, el nuncio de León XIII en los Estados Unidos, el criterio religioso. Oid, porque más que esto no podré citaros esta noche. Monseñor Satolli, en un momento solemne, aconsejaba á los católicos americanos: «Marchad resueltamente por el camino del progreso, llevando en una mano el Código de las virtudes cristianas, el Evangelio de Cristo, y en la otra la Constitución de los Estados Unidos.» *(Grandes aplausos.)*

Es decir, ¡la Constitución de la garantía de la independencia de los cultos, del respeto de las creencias, del derecho absolutamente individual; y todo esto bajo la protección de la ley, en medio de la instrucción pública más grande, más libre, más prolongada, más colosal y más desarrollada que se ha conocido! *(Grandes aplausos.)*

Sea éste, señores, nuestro punto de partida, nuestra filiación y nuestra compañía.

Ejemplos prácticos

Todavía me habéis de permitir que os cite algo de estos días, casi de estas horas. El descanso dominical en Inglaterra ha entrado, desde hace algún tiempo, en un período de decadencia, y ha creído la gente pensadora y religiosa que el descanso dominical, propio no sólo de la substancia física, sino también de lo moral, debía estimularse, y han hecho esfuerzos para volver sobre aquellos principios de la antigua costumbre inglesa que Montalembert cantaba con tan elocuentes palabras; y para conseguir este resultado, para realizar esta obra, han constituído una Liga Imperial, ó sea, de todas las posesiones inglesas, cuya Liga está presidida, dirigida y firmada la convocatoria por el arzobispo Cantuar, de la iglesia de Cantorbery (protestante); por el arzobispo Vogan (católico), de la abadía de Westminster, y por Lidgett, en representación del grupo conformista de la Iglesia protestante. De modo que cuando han tratado de hacer una buena obra, entonces el consejo de León XIII se ha seguido; entonces los prelados, no sólo se han asociado á las diferentes sectas, sino que se han reunido con representantes de todos los cultos, porque Dios es el mismo para todos y porque bajo las formas con las cuales se le adora (como sucedió en el Congreso Eucarístico de Londres) se encuentran todos los beneficios. La montaña es siempre la misma; el Sol, también; pero así como el Sol, al girar la Tierra, proyecta unas veces la sombra al Oeste y otras al Este, la religión de Dios es la misma; varían las sombras de la montaña, pero las verdades fundamentales son eternas y permanentes. *(Prolongados aplausos.)*

Bastantes cosas desearía yo añadir en este orden de ideas, porque ahí es precisamente donde vamos á encontrarnos y donde es posible que la lucha se haga más encarnizada; pero quiero también sobre este particular, aunque omita otros extremos, quiero pediros permiso para someteros una consideración final. Hemos invocado é invocaremos el Concordato para defender estas doctrinas; no queremos la lucha religiosa; pero cuando se trate de cuestiones del Poder civil y concordadas no hay que hablar: eso pertenece siempre á las autoridades civiles. Buscamos, ante todo, la paz de las conciencias y la paz de los espíritus.

Y si se me dice que con esta doctrina que predicamos y con estas peticiones que formulamos venimos á perturbar lo que hoy existe, contestaré que no habrá paz en las conciencias mientras haya elementos que procuren impedir el desarrollo de la vida civil. Pero, por mi parte, hablo por lo que á mí se refiere, yo intentaré que todas estas cuestiones se resuelvan por la paz y se llegue á una inteligencia.

Yo espero que así lo entenderán aquellos que hoy nos arrojan poco menos que de la consideración de las gentes porque creen que vamos á atacarles en sus privilegios. Yo debo decir una cosa: debo decir que hoy quizá podría tener alguna influencia sobre ellos para pedirlo así; pero si llega un momento en que todos nuestros esfuerzos se malogran, entonces, señores, tendría que volverme hacia vosotros y deciros que por los caminos de la paz no se puede seguir; y

el día que yo dijera eso, sería como si el torrente contenido rompiera de pronto el dique que lo sujeta. *(Grandes aplausos.)*

Mientras no haya precisión de adoptar estas medidas, á mí lo que me toca en los últimos años de mi existencia es procurar por la paz y la concordia. Por consecuencia, si llega un día en que tenga que volverme hacia vosotros, será el día en que me falte la confianza para seguir adelante; y entonces..., entonces Dios dirá, porque es llegado el momento en que los hombres proceden con elevación de ideas.

Queda, señores, todavía algo que decir. Yo, en Zaragoza, propuse antes de que fueran aprobadas mis ideas que yo reclamaba para mí la dirección y aplicación de las mismas, y hoy que las cristalizo debo hacer la misma declaración. Yo lo justifiqué ante vuestros ojos, ante los amigos; yo soy de los que están dispuestos á luchar; luchar no me lo puede impedir nadie. Yo no he buscado mi posición, me la habéis dado; pero una vez en ella, cualesquiera que sean las consecuencias, yo debo seguir adelante. *(Grandes aplausos.)* Yo tengo la razón de la vejez, la razón de la ancianidad, de los últimos treinta años, que vosotros conocéis, en la vida política española; pero en todos los anteriores, desde 1850, yo he asistido á las grandes transformaciones de la sociedad política, y yo he visto que, por desgracia, en nuestro país no ha sido posible obtener ciertas ventajas sino por medio de la lucha y de la fuerza; y en esa lucha, á veces la impaciencia, el deseo de marchar pronto y rápidamente, la popularidad, que en muchos momentos embriaga, las dificultades de momento, todo eso puede comprometer los éxitos, y yo, á fuerza de tener nieve sobre mi cerebro y sobre mi corazón, deseo que no haya ningún momento en que se pueda comprometer la obra, y por eso pido la confianza en el modo de proceder, confianza que no puede ser por mucho tiempo, con la cual yo puedo estar seguro de prestar á mis ideas y á mis amigos el servicio más grande por medio de la alianza, con el esfuerzo de mi vida, para llegar al final de mi camino. *(Grandes aplausos.)*

Por los liberales de toda España

Ahora, las últimas palabras. Castellanos: la primera parte de esta etapa está cumplida; pero falta todavía muchísimo por hacer. Este mitin representa la alianza liberal consolidada, pedida por mí, ofrecida, sellada; pero en esas fuerzas que se han adherido hay algo que es preciso completar, y para eso necesitamos seguir hablando y seguir reuniéndonos. Mas hay otra cosa que me inspira mayor interés: me refiero á la situación de muchos de nuestros hermanos los liberales en varias provincias de España.

En Navarra no pueden vivir los liberales; en Guipúzcoa teníamos, por medio de la unión de los liberales, la fuerza, y la hemos perdido; en Vizcaya, donde está Bilbao, la ciudad de los Sitios y de los triunfos, en Bilbao, por las desuniones y por las discordias, de una parte porque han predicado la abstención como medio más cómodo, y de otra porque han ido haciendo el *boycotta-*

ge—y perdonadme lo brutal de la palabra—, para que todo aquel que no se asocie á ciertas ideas pierda su comercio; en Burgos, donde se está desarrollando la misma fuerza.

Es necesario, es urgente, es nuestro primer deber, correr allí para socorrer á nuestros amigos, para denunciar los hechos, para combatirlos luego en el Parlamento, para que sepan que no están solos—que por algo se ha formado esta alianza—, para hacerles ver que en todas partes tienen amigos y auxiliares, y denunciar estos hechos y sacarlos á la luz pública, y, ó no es verdad que el oxígeno purifica, ó haciendo esto conseguiremos que desaparezcan estos gérmenes que no nos dejan vivir. Y á lo que yo he venido aquí es á sellar la alianza que nos permita hacer todo esto. *(Grandes aplausos.)*

Conclusión

He concluído. He hablado mucho, mucho más de lo que yo creía, y he dejado de decir bastantes cosas; pero los días se suceden, las reuniones se multiplican, mis amigos tienen gran elocuencia y dones de persuasión y predicación: se bastarán ellos solos para completar la obra. Yo no renuncio á tomar parte en ella; hoy me es indiferente estar en la guerrilla ó en el centro del ejército. Vosotros habéis dado un ejemplo muy grande: habéis venido de todos los pueblos á la capital de Castilla; os traía la fe, la confianza, la seguridad de que la libertad tiene en España defensores acérrimos.

Este solo acto vuestro, este solo concurso de voluntades, esta suma, este entusiasmo, son una fuerza, y una fuerza colosal, porque se traducirá en las urnas, en el periódico; y no olvidéis, señores: esta fuerza necesita extenderse por todas partes, pues por todas partes nos asedian para disminuir nuestros medios, uno de los cuales, la prensa, es ya toda calificada de mala prensa precisamente porque es la que divulga las ideas.

Si con todos estos elementos, si con el ejemplo que habéis dado en Castilla esta noche se consigue realizar y llevar á cabo esta obra de salvación común, entonces, señores, ¿qué importa quién lo ha dicho? Los ecos lo repetirán; pero los resultados nacerán de la conducta, de la convicción, y los elementos liberales aplaudirán á los castellanos por la fuerza que nos prestan hoy y por el entusiasmo con que nos ayuden. *(Grandes aplausos y vivas á Moret y á la alianza liberal.)*

ARROQUIA

Como uno de los recuerdos más gratos de mi existencia conservo el de las conversaciones con que me honró, en los últimos años de su vida, el general D. Angel Rodríguez de Quijano y Arroquia, maestro ilustre de ciencia militar é ingeniero de probada suficiencia, lo mismo en los trabajos del Cuerpo durante la paz que en las operaciones de guerra desenvueltas como jefe de tropas técnicas, y como comandante general también.



Retrato de Arroquia.

Alcancé el honor de ser su amigo desde cierta excursión hecha á su pueblo nativo, La Carolina, con ocasión de un alumbramiento de aguas. Era ya anciano el general; hacía muchos años que no había visitado su país, en cuyo suelo reposaban las cenizas de sus padres; acaso sentía él ya el agotamiento de su vida... Y cuando, luego de darnos sobre el propio terreno una de aquellas conferencias geográfico-históricas de cuya amenidad tenía él el secreto, le acompañamos al cementerio del lugar, todos sentimos una honda emoción al ver su venerable y arrogante figura, vestida con todas las galas de su alta jerarquía y adornada con cuantas veneras había ganado con su saber y su valor, postrarse ante la tumba de sus mayores y orar con una ternura filial y una gratitud intensa, reveladoras de la hermosura de sus sentimientos.

Desde entonces, cuantas acciones le he visto desenvolver, así oficiales como particulares, llevaron siempre el aroma de sus nobles cualidades. Ostentaba él en su pecho la noble cruz de Calatrava, y, ciertamente, pocos le habrán sobrepujado en sostener sus prestigios con mayor hidalguía y bondad.

Porque él fué un hombre bueno y un hombre útil, que educó á dos generaciones en el civismo y en la ciencia, y toda su vida, hasta el postrer momento, hizo obra benemérita y eficaz.

***

Arroquia, solo apellido con que le conoce el mundo intelectual, ya octogenario, era la encarnación del apóstol de la cultura.

Los socios del Ateneo, particularmente los que concurrían á los cursos de

estudios superiores, lo vieron asistir puntualmente aun en los días en que la ceguera casi le impedía valerse.

Y no hay acto importante del desenvolvimiento del Centro del Ejército y de la Armada, en sus manifestaciones de cultura y de enseñanza, que no lleve asociado á él la acción altruísta, tenaz y lúcida del general Arroquia.



El general Arroquia.

En honra de su nombre debo decir que en días angustiosos para la Sociedad instalada en el palacio de los Montijo, cuando su existencia peligraba por falta de recursos materiales, la bolsa de Arroquia se abría á todo su ancho, y anticipaba cuanto era menester para sacarle de los apuros económicos. Y es que, con un alto instinto del papel bienhechor que el Centro ha representado y representa en el Ejército, no sólo le sostenía en la cátedra con su ciencia varia, sino que llegaba á esos otros extremos en su amor á la casa, en cuya sala de sesiones figura con legítimo derecho el retrato del ilustre y sabio general.

Y no fué al Centro del Ejército y de la Armada solamente adonde el espíritu generoso y alto de Arroquia llevó su calor y su constancia. Como presidente y asiduo colaborador de la Sociedad Geográfica, en sus Boletines hay rastros de fecunda labor, ocurriendo lo propio en su gestión de organizador del Congreso Geográfico y del Militar, y en todas cuantas manifestaciones de la cultura profesional hubo desde la madurez á la extinción de su vida.

***

Nació en La Carolina el 26 de mayo de 1820, siendo sus padres el contador de Hacienda de esta población, capital de las nuevas colonias de Sierra Morena, D. Manuel Rodríguez de Quijano y Gómez de Zevallos y doña Margarita Arroquia y Olavide, sobrina del fundador de tales colonias.

Ingresó en la Academia de Ingenieros en 1838, siendo promovido á oficial del Cuerpo en 1842, después de cursar el plan de estudios con tanta lucidez y aprovechamiento, que desde luego fué nombrado ayudante profesor de la misma, permaneciendo como tal profesor en la docta casa de Guadalajara

hasta 1848, que pasó á prestar sus servicios en el regimiento real de Ingenieros.

La promoción de salida de Arroquia es, sin duda, una de las que más honda huella han dejado en el Cuerpo de Ingenieros y en el Ejército. De ella fué el número 1 el ilustre Pujol; el 2, nada menos que Almirante, el genial tratadista; el 3 fué nuestro Arroquia; el 4, Aparici, tan ilustrado y competente; el 5, D. Tomás O'Ryan y Vázquez, que todos hemos conocido en elevados puestos, desde los que siempre procuró fomentar la ilustración del Cuerpo de oficiales; el 7, D. Felipe Lacorte, cuyos trabajos sobre Filipinas le dieron tan justo renombre...



Último retrato.

Durante el tiempo que Arroquia desempeñó el profesorado en Guadalajara tuvo la fortuna de formar discípulos bien preclaros; entre otros, D. Carlos Ibáñez é Ibáñez de Ibero, geodesta de universal fama.

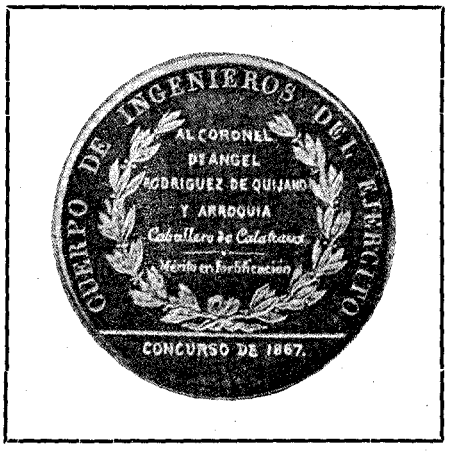
Encantaba oirle contar cómo eran las novatadas en sus días de cadete y de profesor, como encantaba también escuchar de sus labios la narración de cómo se defendieron del ataque que dió Cabrera con su facción en la excursión atrevida que hizo por Castilla. ¡Verdaderamente, nuestros abuelos sentían la libertad!

Al ascender á comandante en 1844 consagró su actividad á la construcción del ferrocarril de Madrid á Jadraque, marchando después á la campaña de Africa y sirviendo con el general Prim.

Desde 1863 á 1869 sus talentos profesionales fueron aprovechados en multitud de estudios y servicios referentes á las plazas de Zaragoza, Pamplona,

Mahón, Cádiz, Tarifa, Ceuta y Campo de Gibraltar, y durante los sucesos del cuartel de San Gil en 1866 se portó tan denodadamente, que alcanzó el empleo de brigadier.

Como jefe del segundo regimiento, operó lucidamente contra el carlismo en el Centro y en el Norte, mereciendo que por sus hechos le distinguiera muy singularmente el general en jefe Moriones. En el Norte continuó como comandante general de Ingenieros después, hasta casi la terminación de la guerra.



Medalla conmemorativa.

En 1877 pasó á Alemania para presenciar las variadas experiencias con piezas Krupp y sobre corazas en el polígono de Meppen.

Después de esto estudió sobre el terreno la defensa de algunos puertos y plazas, por cuyos trabajos obtuvo la gran cruz de Isabel la Católica.

Ascendió en 1881 á mariscal de campo, pasando á la sección de reserva en 1888, en plena salud y robustez, cuando todavía la Patria podía esperar de él en mandos activos servicios eminentes.

***

De todas las misiones que él desempeñó en el Extranjero sacó enseñanzas fructuosas para la ciencia militar española: en una nos produjo su concienzudo estudio *Escalas gráficas ó dibujo geométrico;* en otra, un análisis de lo que eran las Escuelas militares de Viena, Berlín y París; de todas, una clara orientación de lo que podía referirse á la defensa general de un Estado.

Cabalmente, su característica fué, en la plenitud de su inteligencia y de su saber, la de la defensa general de los Estados, con un concepto tan amplio, tan social, como hoy se diría, que sobrepuja en esto al relieve del ilustre ingeniero belga Brialmont, autoridad universal ciertamente en el arte de aplicar la fortificación á la defensa total de un país.

Arroquia, por sus estudios, su espíritu observador, sus largos y frecuentes viajes, supo elevar y completar brillantemente aquel concepto de nuestro Sánchez Cisneros expuesto cuando en los comienzos del siglo XIX alboreaban los conocimientos geogénicos: «La causa de la variedad de inclinaciones y del modo de ser de los diferentes pueblos ó provincias tiene su verdadero origen en la clase de terreno en que viven. La vivacidad del chino y el entorpecimiento del lapón no son efecto de causas distintas. El habitante español de los Pirineos no es el mismo que el de las fértiles llanuras del Turia...»

En la condición y en la variedad de las razas, en sus relaciones con el

suelo, en sus aptitudes para determinadas funciones, en la condición general y mudable de las armas que se usan en la guerra, basó el general Arroquia su último fundamental libro *El terreno, los hombres y las armas en la guerra.*

La génesis de este libro fué bien curiosa. Un valiente jefe de nuestra Infantería, D. Manuel de Fuenmayor (1), publicó allá por los años de 1892, en la *Revista Técnica de Infantería y Caballería,* un trabajo profesional titulado «Influencia del terreno en la suerte de los pueblos», en el cual aludía respetuosamente á la autoridad del veterano y sabio maestro de geodesia y de ciencia en general. Arroquia acudió muy luego á la palestra, y de tamaña invitación salió uno de sus más nutridos y sazonados trabajos. ¡Cuántas veces, al recordarle el nombre de Fuenmayor, y luego de ensalzar sus entusiasmos y su fibra, me decía que le debía mucha gratitud por haberle dado ocasión de escribir, en las postrimerías de su vida, un volumen tan bien acogido por la crítica militar de Europa!

Resultó, en efecto, el libro en cuestión ricamente editado por su autor, que lo regaló liberalmente á las bibliotecas públicas, y entre los amadores de tal género de estudios, un triunfo de nuestra cultura militar.

La *Revue des Sciences Militaires* publicó su traducción, y dió ocasión á que los hombres que siguen con interés estos problemas recordaran la labor benemérita y el positivo mérito de nuestro general, que ya había merecido favorable opinión en Europa por otras obras científicas.

Henry Houssaye decía del libro: «Pasando á ocuparnos de la obra del general Arroquia, haremos una sucinta reseña de este notable trabajo, que comprende todos los elementos y aspectos de la guerra; su estudio se extiende hasta fines del siglo XIX, llevando sus observaciones á través del tiempo y del espacio en todas las épocas y en todos los pueblos, desde los orígenes de la táctica y de la estrategia, desenvolviendo con la misma erudición y competencia las guerras de Aníbal y César, la táctica de Gustavo Adolfo y Napoleón, la orografía de España y el sistema de campos atrincherados, y las organizaciones de los diferentes ejércitos, siendo el libro un tratado de Arte de la guerra y un resumen de Historia militar. Es un conjunto de observaciones que determinan á los hombres de guerra á pensar con detenimiento en los problemas que desenvuelve con tanta lucidez y con tanta singularidad, siendo su dialéctica convincente y sugestiva.

»Es natural que en un libro escrito por un general español se consagren muchas páginas á las campañas de los grandes capitanes Gonzalo de Córdova, Farnesio y duque de Alba, con lo cual ha podido poner de relieve las indiscutibles virtudes del soldado español, su intrepidez, su sobriedad y condiciones de resistencia, vigor y agilidad, al propio tiempo que su valor y su patriotismo.

»El triste desenlace de las últimas no logrará modificar en Europa esta

(1) Murió bravamente en nuestra campaña de Cuba, en circunstancias bien dramáticas para nuestras tropas, que en aquella jornada probaron su coraje para pelear. Iba al frente del batallón de cazadores de las Navas, cuerpo de los más brillantes y lucidos de la moderna Infantería española.

ventajosa opinión de los descendientes de Cortés y de Pizarro y de los tercios viejos de Francisco Melo. Una guerra entablada en desventajosísimas condiciones no puede eclipsar las glorias de tantas conquistas ni hacer olvidar el alto puesto que ha ocupado España en la historia del mundo.»

***

El 16 de junio de 1903 murió en esta corte el noble anciano, paladín de la cultura militar de su tiempo, heraldo á la vez de doctrinas científicas cuya aplicación en la vida militar se impone con fuerza creciente.

Fué aquél un día de duelo para veteranos y para jóvenes, pues el general había estado hasta pocos días antes trabajando con todos nosotros en las cátedras del Centro del Ejército y de la Armada. Y se le lloró, porque, pese á su avanzadísima edad, estaba siempre en la brecha para todo cuanto tendiese á desarrollar los ideales patrióticos y militares, que constituyeron sus tareas de apostolado durante sesenta años.

Su nombre, orlado por honores conquistados tras una vida de trabajo, de abnegación, de desinterés y de merecimientos, tiene entre cuantos le conocieron personalmente otra aureola mejor: la de la gratitud por su bondad para enseñar, su tesón y su desprendimiento para sostener aquello que podía fomentar la cultura militar del país.

¡Bien merece figurar entre los educadores preclaros del Cuerpo de Ingenieros y del Ejército en general, por la riqueza, variedad y alcance de su patriótica labor!

José Ibáñez Marín.

Producciones del general D. Angel Rodríguez de Quijano y Arroquia:

Ensayo sobre la reflexión de las imágenes, aplicado á un desenfilador de trincheras.

Colección de signos convencionales para la representación de los objetos en los planos y cartas, formada y redactada en colaboración con los capitanes profesores de la Academia de Ingenieros, Sánchez Osorio y Albear.

Complemento á la geometría descriptiva. Empleo de un solo plano de proyección, ó sistema de acotaciones, con aplicación á las superficies irregulares, á la topografía y á la desenfilada de las obras de fortificación.

Estudios topográficos.

La fortificación en 1867. (Se tradujo al francés.)

La guerra y la geología. (Idem íd. íd.)

El *Memorial del Cuerpo de Ingenieros* contiene, además, muchos trabajos del ilustre escritor militar.

VEJÁMENES LITERARIOS

ADVERTENCIA

¿Tienes noticia por ventura, curioso ó desaseado lector, de un ingenio del siglo XVII á quien se pinta retaco de cuerpo, calzado de frente, de pestañas ralas, piernas arqueadas, negro como una endrina, de suerte

> que mil veces ha pensado
> que, en vez de materia prima,
> con campeche le engendraron?

¿Sabes, además, que el susodicho ingenio era notablemente obeso y, por añadidura, gozaba fama de no muy limpio? ¿Acaso ha llegado también á tu conocimiento que el tal ingenio tenía á gala ir siempre vestido de estudiante, y lo era, no sólo en el traje y en las inclinaciones, sino en lo de padecer hambre y sed con más frecuencia de lo que su humanidad habría querido? ¿Sabes asimismo que, estando como diez Adanes, acosado de sastres y perseguido por mercaderes, hubo de pedir un día al conde de Niebla remedio para las llagas de sus calzones? ¿Sabes que en otra ocasión, habiendo cesado en su cocina los cotidianos humos, se vió obligado á demandar de limosna una ración al conde de Luna? ¿Te enteraste de que á duras penas pudo librarse cierta vez de cinco ó seis capeadores (que en el número no están conformes las historias), sacando á salvo la miserable bayeta, pero también la cabeza rota? ¿Has leído quizás en polvorientos papeles que la familia del pobre poeta solía pasarse con versos los más días, que el casero le amenazaba continuamente con desahucios, que la mujer le vituperaba, y que, habiendo representado cierta comedia ante Su Majestad, reclamó de él al siguiente día una ayuda de costa? ¿Recuerdas la espinela en que solicitó picarescamente un jubón del hijo del conde de la Puebla de Montalbán? ¿No ignoras que utilizó su musa para pedir favores al duque de Uceda, y hasta hizo versos para solicitar del conde de Luna, su *amo,* un corte de vestido? ¿Sabes, en conclusión, que él fué archipobre y protomiseria, á pesar de lo cual nunca le faltó el buen humor para escribir saladísimas jácaras, desenfadadas quintillas de ciego y una comedia burlesca, anunciada en los carteles con el título de *La muerte de Valdovinos,* que fué en su tiempo cosquilla del gusto y tropezón de la carcajada?

Pues ya conoces lo bastante del sazonado ingenio aragonés que se llamó en vida D. Jerónimo de Cáncer y Velasco, y que entregó el alma á Dios en 1655; si á lo dicho añades que nació en Barbastro; que se casó; que tuvo una hija, chistosa y regocijada como él; que sus costumbres fueron morigeradas; que, aun cuando á veces se quejó de la Fortuna, y lloró no haber seguido

«El Norte fiel de una Secretaría»,

estando sin oficio ni beneficio, se consolaba pensando en lo transitorio de las cosas mundanas, y disculpaba su flojedad diciendo

«que siempre fué delito el ser primero»;

y que, en resolución, fué

«hombre de muy lindo juicio,
pero grandísimo loco».

De él se burlaban sus cofrades, diciendo que se hacía pagar las coplas, y que su estatura era tan pequeña, que parecía que le habían hurtado el cuerpo (1); pero todo lo sobrellevaba el lacerado con paciencia, á trueque de que sus amigos Luis y Juan Vélez de Guevara, Moreto, Zamora, Matos Fragoso, Villaviciosa, Rosete, Zabaleta, Belmonte, Martínez de Meneses, Alfonso Alfaro, Rojas Zorrilla, Antonio Sigler de Huerta y Calderón colaborasen con él en las comedias, pues siempre tuvo singular temor á comparecer solo ante los terribles mosqueteros del patio. Unicamente se atrevió á ir sin padrinos en los entremeses, bailes y mojigangas, y en las dos comedias burlescas *La muerte de Valdovinos* y *Las mocedades del Cid,* porque sabía que la sátira era su fuerte, y que no le eran menester auxiliares para provocar la hilaridad del público, ya que en los puntos de sus medias, en los golpes de sus mangas ó en el harnero de sus calzones tenía raudal de inspiración harto más abundante que si hubiese apagado su sed en la fuente Hipocrene.

Fué, en suma, un bohemio del siglo XVII, que, en vez de usar paletoque y pantalón colán, gastó chambergo, ropilla y espada; y en lugar de llamar Mimí á su amada y de comer con ella en el café Momus, la denominó Clori y la llevó en coche á las Viñas, al Prado y al Sotillo.

*
* *

En Madrid, el año 1651, se imprimieron por Diego Díaz de la Carrera las *Obras varias de don Gerónimo de Cáncer y Velasco,* dedicadas á D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno. Se reimprimió la edición en el mismo año, y nuevamente en Lisboa (1675) y en Madrid (1761), en la oficina de Manuel Martín (12 + 256 páginas en 4.°) (2). Entre estas *Obras varias* figura el *Vejamen* que á continuación transcribo, y que disfruta de singular celebridad en la historia literaria. Es, en efecto, un documento modelo en su género, que al vivo pinta la fisonomía de varios ilustres escritores, á quienes quizá no conociésemos de otro modo tan íntimamente. Campean en él la naturalidad y el gracejo del poeta, y á la vez enseña lo que eran esta clase de *espectáculos,* hoy desaparecidos ó, por lo menos, transformados.

---

(1) Vid. el *Vejamen* de D. Juan de Orozco en el tomo II (pág. 360) de las *Sales españolas* de D. A. Paz y Melia. La lista de comedias de Cáncer puede verse en el *Catálogo* de La Barrera y en el de piezas de teatro manuscritas de la Biblioteca Nacional.

(2) Poseo ejemplar de esta última edición, no citada por La Barrera, y con arreglo á él reproduzco el *Vejamen,* modernizando la ortografía, pues no tengo á la vista la edición príncipe. El referido *Vejamen* ocupa las páginas 105-115.

Celebrábanse en las *Academias* ó reuniones literarias que tan de moda estuvieron en Italia y en España durante los siglos XVI y XVII, y que eran «verdadero mercado de ingenios unas veces, otras lonja de pretendientes más ó menos embozados, y no pocas rendida corte de aduladores y lisonjeros. A vueltas de los que á ellas iban por curiosidad y recreo, veíase al escritor insigne buscando con tímida pretensión remedio á su pobreza en la generosidad del príncipe; ahora al hombre astuto y siempre de su negocio, que á costa del rico desvanecido quería verse de molde en fútiles obras; ya, en fin, al ambicioso ó cómodo aspirante á una vara ó pingüe beneficio eclesiástico» (1). Fueron célebres, entre otras, la del duque de Alcalá, la del veinticuatro Arguijo y la de D. Diego Jiménez de Enciso, en Sevilla; y en Madrid, las del conde de Saldaña, D. Francisco de Silva y Mendoza y D. Sebastián Francisco de Medrano, sin olvidar la famosa *Academia Madridense* y la extraordinaria celebrada en el Buen Retiro, el año de 1637, para festejar al rey Felipe IV.

El arrojadísimo aventurero toledano Diego Duque de Estrada (nació en 1589), cuya autobiografía ó *Comentarios de el desengañado de si mesmo* es fiel reflejo de los esplendores y miserias de la España del siglo XVII (2), da también noticia de otras Academias particulares, como la del conde de Fuensalida (D. Pedro Pérez de Ayala) en Toledo, donde asistían, entre otros, por los años de 1602, el licenciado Quiñones de Benavente y el entremesista Barrionuevo (3), y la juntada por el conde de Lemus, virrey de Nápoles, en 1614, donde se vió al doctor Mira de Amescua y á Lupercio Leonardo de Argensola (4).

De otras muchas Academias pudiera darse noticia, pues andan dispersas curiosas anécdotas de ellas en diversas publicaciones. Citaremos como ejemplo la famosa *Academia de los Nocturnos,* de Valencia (4 de octubre de 1591 á 13 de abril de 1594), cuyo *Cancionero,* extractado por D. Pedro Salvá, ha sido eruditamente dado á luz por D. Francisco Martí Grajales (5).

---

(1) L. Fernández-Guerra y Orbe: *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza;* Madrid, 1871; pág. 29.

(2) Véase el *Memorial histórico español,* tomo XII (Madrid, 1860).

(3) *Comentarios,* páginas 20-21. Habla de la del conde de Saldaña en la página 23 de la misma obra.

(4) Idem, páginas 124 y siguientes.

(5) Tres volúmenes. Valencia, F. Vives y Mora; 1905-1906.

Mi amigo D. Mariano Miguel de Val, director de la revista ATENEO, posee un curiosísimo tomo, encuadernado en pergamino, que contiene los siguientes folletos:

1) *Academia qve se celebro en seis de Enero [de 1661] en casa de Don Melchor de Fonseca de Almelda (sic), siendo Presidente D. Iuan Alfonso Guillen de la Carrera, Cauallero del Orden de Santiago, Secretario Don Fernando de Monleon y Cortes, Aposentador de la Real Iunta de Aposento. y Fiscal Don Alonso de Zarate y la Hoz.* (Madrid.)—41 hojas numeradas en 4.° + 2 preliminares sin numerar.

2) *Academia qve se celebro en siete de Enero, al feliz nacimiento del Serenissimo Principe D. Carlos, N. S. Presidiola en sv casa Don Melchor de Fonseca de Almeida. Fve secretario Don Lvis Nieto, y Fiscal D. Alonso de Zarate y la Hoz.* &.ª Madrid, 1652.—131 páginas numeradas en 4.° + 4 preliminares sin numerar.

3) *Academia qve se celebrò en casa de D. Melchor de Fonseca de Almeida en trece de Febrero, siendo Presidente Don Francisco Pinel y Monroy, Secretario Don Iuan Alfonso Guillen de la Carrera, y Fiscal Don Bernardo de Monleon y Cortes.* Año de 1661.—42 hojas numeradas en 4 ° + 2 preliminares sin numerar.

4) *Academia qve se celebro en veinte y tres de Abril, en casa de Don Melchor de Fonseca de Almeida. Siendo Presidente Don Luis Antonio de Ouiedo y Herrera. Secretario Don Fermin de Sarasa. Y Fiscal Don Luis Nieto.* Con licencia, en Madrid: año 1662.—47 hojas numeradas en 4.°+ 1 preliminar sin numerar.

5) *Academia qve se celebro en casa de Don Melchor de Fonseca de Almeyda, en quatro de Febrero, siendo*

Consérvanse algunos de los *Vejámenes* leídos en estas justas literarias. De los de la *Academia de Madrid* nos ha dejado dos buenos recuerdos en sus *Obras* Anastasio Pantaleón de Ribera, y recientemente se han publicado otros no menos interesantes (1). El de Cáncer, según sospecha de D. Luis Fernández-Guerra (2), fué escrito en el otoño del año 1649. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que constituye un documento literario de gran curiosidad. Aquellas juntas eran palenque del ingenio; pero también daban ocasión á la mordacidad para despacharse á su gusto, teniendo aplicación á ellas las discretísimas palabras del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa (3): «Nacieron de las censuras, fiscalías y emulaciones, no pocas voces y diferencias, passando tan adelante las presunciones, arrogancias y arrojamientos, que por instantes no sólo ocasionaron menosprecios y demasías, sino también peligrosos enojos y pendencias.»...

No así en las Academias de hoy, donde parecerían *nefandos* estos espectáculos. Y, sin embargo, ¡cuán regocijados serían si se celebrasen!... ¡Cuánta gente acudiría á presenciarlos!... ¡Qué deleite si fuese el *encargado de vejámenes* D. Marcelino Menéndez y Pelayo! Cervantes y Lope saltarían de sus tumbas para añadir *cédulas* y *memoriales* á la oración del maestro.

***

Quizás hayan mejorado las costumbres desde el siglo XVII acá; pero es seguro que ha decaído extraordinariamente el hábito de la *confesión*. Si hoy se atreviese un poeta á declarar en letras de molde

«Una mazorca de bubas
tengo en este cuerpecito;
¡plegue á Dios me la devanen
los sudores hilo á hilo!
. . . . . .

Presidente el mismo Secretario Don Iuan de Montenegro y Neyra, y Fiscal Don Ioseph Bernè de la Fuente, Aposentador de su Magestad, en la Real Iunta de Aposento. En Madrid, por Francisco Nieto. Año de 1663.—46 hojas numeradas en 4.°

3) *Academia qve se celebró en veinte y siete de Março, siendo Presidente D. Rodrigo Velazqvez de Carvajal, cavallero de la orden de Santiago. Secretario, Don Matias Diego de Villanveva, y Fiscal, D. Manvel Ochoa de Alayza.* Año 1661.—40 hojas en 4.°

Yo poseo un raro volumen de 427 páginas en 4.°, falto de portada, pero impreso seguramente en Portugal hacia 1669, donde constan, en portugués, hasta XVIII *Academias dos Singulares de Lisboa,* celebradas por los años de 1664 y 1665. Hay en él numerosas poesías en castellano.

(1) Véanse: A. Paz y Melia, *Sales españolas* (II, 309-361, donde publica tres: uno de D. Francisco de Rojas, otro de D. Antonio Coello, y el tercero de D. Juan de Orozco; impresos ya, según otro manuscrito, por Mr. A. Morel-Fatio); A. Bonilla y San Martín: *El Diablo Cojuelo, por Luis Vélez de Guevara* (páginas 249-272; publica una *Oración* de Luis Vélez y un *Vejamen* de D. Francisco de Rojas).

(2) *Comedias escogidas de D. Agustín Moreto y Cabaña;* Madrid, 1856 (tomo XXXIX de la *B. de A. E.);* página XIII. Se funda: en que en el *Vejamen* no figura Luis Vélez, que murió en 1644, sino su hijo Juan; en que las obras de Cáncer se imprimieron en 1651, y en que se habla en el escrito de un *socorro* que Nápoles había enviado á S. M., y que debe de referirse al que vino á fines de septiembre de 1649 en la armada del general Francisco Díaz Pimienta. (Cf. el libro de mi malogrado amigo D. José Wangüemert y Poggio: *El Almirante D. Francisco Díaz Pimienta y su época;* Madrid, 1905; pág. 197.)

(3) *Plaza universal de todas ciencias y artes* (Madrid, 1615), fol. 64. Suárez de Figueroa añade que estos enojos y pendencias fueron «causa de que cessassen tales juntas con toda brevedad».

Gálico estoy confirmado.
¡Qué bofetón tan impío
me sacudió la manaza
de Turpín el arzobispo!»,

diputaríamosle, cuando menos, por un sucio, y habría perdido mucho en la estimación social.

Pues ésa fué, sin embargo, la declaración enderezada á su protector el duque de Cea, segundo de Lerma, por el festivo ingenio de Anastasio Pantaleón de Ribera. El cual, como Cáncer (y aun más que él), es otro espíritu *bohemio* de los que abundan en la España andante del siglo XVII.

Dicen sus biógrafos, aprovechando las noticias que de él dió su grande amigo el archierudito D. José Pellicer de Salas y Tobar, que nació en Madrid el año 1600; que cursó la facultad de Leyes, aunque no llegó jamás á aficionarse á ellas; que fué protegido del duque de Cea y del marqués de Velada y San Román; que en 1620 concurrió (obteniendo premio) á la justa poética de San Isidro; que se distinguió en la Academia de Madrid que desde el año 1623 al de 1626 se reunió en casa de D. Francisco de Mendoza, secretario del conde de Monte-Rey; que fué gran admirador y discípulo de Góngora; que falleció en febrero de 1629, y que sus *Obras* fueron publicadas en Madrid, por Francisco Martínez, el año 1634; habiendo otras ediciones de Zaragoza (Diego Dormer), 1640; Madrid (Diego Díaz de la Carrera), 1648, y Madrid (Andrés García de la Iglesia), 1670.

Todo ello está muy bien; pero yo, sin haber visto el retrato que dicen pintó D. Diego de Lucena, me lo represento tan al vivo, que no parece sino que le tengo delante de mis ojos, y que escudriño, cual endiablado zahorí, hasta los últimos rincones de su alma. El fué, sin duda, moreno de rostro, de ojos provocativos, y harto propenso á desenvainar la de Juanes por un quítame allá esas pajas. Con turbante, jaique y babuchas, cualquiera hubiérale tomado por un sectario de Mahoma recién traído de Argel. Preciábase de no tener pizca de amante, y vive Dios, que no quería decir con esto que aborreciese al bello sexo, porque por su causa fué

«del Prado en la sucia calle
herido de dos gabachos
que perdonó Roncesvalles»,

y aun quizá la *gabacha* de marras fué causa eficiente del condenado mal que le llevó al sepulcro antes de cumplir los treinta años.

Como quiera que fuese, él vivió, bebió, amó y escribió lindas poesías, amén de dos *Vejámenes,* leídos en la Academia de Madrid, y que son de las más exquisitas muestras del género, según tendrá lugar de comprobar después el lector. Y gracias sean dadas al susodicho erudito D. José Pellicer de Salas, que recogió y ordenó (con algunos retoques) los manuscritos del poeta, entregándolos á la imprenta, meritoria acción por la que le debemos profundo reco-

nocimiento. Es lo que yo digo, cuando oigo á ciertos *esprits forts* zaherir la labor histórica: «¡Qué sería de ti, desdichado, si dentro de un siglo no hubiese eruditos que te desenterrasen de la gusanera!»

El Bachiller Mantuano.

I

VEJAMEN QUE DIÓ

[DON JERÓNIMO CÁNCER Y VELASCO]

SIENDO SECRETARIO DE LA ACADEMIA

Antes de ayer, estando yo en mi casa, aún no bien resuelto á admitir el oficio de secretario, llamó D. Juan Vélez (1) á mi ventana, y saliendo yo á ella, me dijo á muchas voces: «¡Bueno es, señor don Jerónimo, que le estén rogando á v. merced con el oficio de secretario, y que no lo quiera ser! Admítalo, que todos se lo ruegan, y nadie es tan á propósito para este ministerio como v. m.; escriba y trabaje, pues Dios le dió buen entendimiento, pena de que se hará un castigo grande con v. m.» Y, diciendo esto, me dejó con la palabra en la boca y se fué, dejándome en poder de mi mujer, que, habiendo oído lo que D. Juan Vélez me decía, embistió conmigo y me dijo: «¿No está

(1) Juan Crisóstomo Vélez de Guevara, hijo de Luis Vélez de Guevara y de Úrsula Bravo de Laguna. Nació en Madrid y fué bautizado en la parroquia de San Andrés el 9 de febrero de 1611. Juró el cargo de ujier de cámara de Su Majestad, sustituyendo á su padre, en 10 de junio de 1642. Estudió leyes y obtuvo, después de 1644, la plaza de oidor en Sevilla. Fué protegido por el duque de Veragua. En 1655 casóse en Madrid con Úrsula de Velasco, de quien tuvo un hijo llamado Manuel José, que nació en 30 de marzo de 1657. Murió en Madrid en noviembre de 1675. Escribió algunas comedias y muy lindos entremeses. (Cf. Cayetano Alberto de la Barrera: *Catálogo,* etc., páginas 461 y siguientes, y Felipe Pérez y González; *El Diablo Cojuelo;* Madrid, 1903; páginas 193 y 204.)

En el *Vejamen* que dió D. Juan Orozco en casa del contador Agustín de Galarza *(Apud* A. Paz y Melia: *Sales españolas ó agudezas del ingenio nacional;* segunda serie; Madrid, 1902; pág. 359), y que La Barrera supone dado por D. Francisco de la Torre y Sevil en la citada casa el día de San Agustín de 1640, se lee: «Fuimos luego junto á San Pedro á buscar tres poetas *lunáticos:* D. Juan Vélez, D. Jerónimo Cáncer y D. Bernardino de Montenegro, que hacen un árbol de locura, porque cada uno tiene su ramo. Son todos valientes, porque Vélez es *un alfanje corvo...* D. Juan Vélez ha dado al traste con la poesía, pues *no escribe ya sino letras para guitarra...* D. Juan Vélez es *tan grande* que le decimos que no crezca y sin oíllo se pasa de largo .. Y pues han venido á propósito, he de referir tres coplas que ellos mismos hicieron. La de D. Juan Vélez, *acordándose de que fué paje más de catorce años,* dice así:

»De dos maneras me alarga
aqueste penoso cargo:
primero fuí paje largo,
y agora soy paja larga.»

De Juan Vélez de Guevara cita La Barrera seis entremeses (además de los incluídos en la rarísima colección de *Entremeses de D. Juan Vélez de Guevara...* Madrid, 1664, que no logró ver), siete bailes y diez comedias, de las cuales *Los siete infantes de Lara* está escrita en colaboración con Cáncer, y *La verdad en el engaño,* con Cáncer y don Antonio Martínez.

Al número de los entremeses citados por La Barrera hay que agregar el de *Dios te la depare buena,* incluído en la *Flor de entremeses y sainetes de diferentes autores* (1657). En la Biblioteca Nacional (V. *Catálogo de las piezas de teatro que se conservan en el Departamento de Manuscritos;* Madrid, 1899) existen además los bailes de *El contraste de amor, La esgrima* y *El pregonero,* no citados por La Barrera.

cansado de ser pobre? ¿Por qué no acaba de ser secretario, pues Dios le dió entendimiento? ¿Viénesele la fortuna á casa, y no la quiere? ¿No ve que tiene hijos para quien sea? ¿Por qué no acaba de aplicarse? Que su flojedad nos tiene en el estado en que estamos. ¿Es mejor andarse haciendo coplitas?» Y, diciendo y haciendo, empezó á quitar trastos de un aposento, diciendo: «Aquí puede tener el escritorio y el despacho, mientras nos mudamos á casa mayor, que antes de un año, si Dios quiere y él es hombre, la tendremos propria.»

Yo empecé á sosegalla, y ella á enfurecerse, sin quererme oir el género de la Secretaría; y, mohino con su ignorancia, tomé mi espada y mi capa y me salí de casa; y al passar por la de mi zapatero, que vive enfrente, que también había oído lo que D. Juan Vélez me había dicho, me dijo: «¡Ah, señor don Jerónimo! ¡Sea para bien la Secretaría! Ahora me parece que será tiempo de pagarme aquellos cuatro pares de zapatos, pues ha tanto tiempo que v. m. me los debe.»

Acabé de desesperarme, y fuíme á dar con mi cuerpo, sin saber lo que me hacía, al Prado. Sentéme debajo de un álamo, al mismo tiempo que un estudiante gorrón (1) andaba passeándose por una de las calles del Prado, tomando muy recio de memoria versos de Virgilio; y más adelante estaban dos italianos, hablando de la grandeza del reino de Nápoles y del gran socorro que había enviado á Su Majestad. Yo, que estas cosas las oía sin escuchallas, sin que me sirviessen de embarazo, al ruido de tanta variedad, me dormí; porque yo tengo grandíssima facilidad en dormirme y en despertar, y lo hago en un abrir y cerrar de ojos. Y como los sueños son ecos monstruosos de las voces de los sucessos del día, y yo me llevé en la fantasía socorro de Nápoles, versos latinos, y toda la Academia Castellana, empecé á soñar disparates. Parecióme que me hallaba en un campo dilatadíssimo, y junto á mí un hombre, que Dios me le deparó para hablar con él de aquella novedad. Vi que hacia la parte donde yo estaba venía infinito número de gente, como que algún suceso improviso los había juntado allí en el mismo ejercicio en que estaban. Venían, caminando con gran fatiga, de los primeros el Maestro Felices y D. Juan de Veroaga, porque, camino del Parnaso, tanto anda el cojo como el corcovado. Traían sus arcabuces al hombro, aunque D. Juan de Veroaga no sabía cuál era su hombro derecho. Y, viéndolos impedidos y de aquella forma, dije entre mí: estos dos, sin duda, deben de ir á algún soto de alguna imagen devota, á caza de milagros. Preguntéles qué novedad les obligaba á peregrinar de aquella suerte, y el Maestro Felices me respondió: «¡Cuerpo de Dios, señor don Jerónimo! ¿Ahora se está v. m. con essa flema, cuando tienen puesto sitio al

(1) Estudiantes de ínfima clase que solían aplacar su hambre en los más míseros bodegones cuando no había medio humano ni divino de alcanzar *gratis* la colación. Vestían capa corta y gorra, en vez de la sotana, el manteo y el birrete de los *manteístas*. (Cf J. Hazañas y la Rúa: *Discurso leído en la Universidad literaria de Sevilla con motivo de la inauguración solemne del curso académico de 1907 á 1908.)*

De las costumbres de estos *capigorristas* ó *capigorrones* procede la locución, que aún se usa, de *ir de gorra,* á la que se refiere Quiñones de Benavente al final del entremés de *El Doctor:*

«No se me entre de gorra,
que es el diablo la zorra», etc.

Parnaso los poetas latinos y italianos, y el Padre Apolo ha enviado á pedir socorro á los poetas castellanos, y han mandado salir las noblezas y las milicias de la Poesía? Ande v. m.; pues es leal poeta, véngase con nosotros, que esta redondilla podrá ser que le obligue á seguirnos:

»Ande, que en esta jornada
no ha de faltar la comida;
que lleva bien proveída
la alforja mi camarada.»

Yo los dejé passar, por quedarme á ver lo restante del tumulto que ocupaba el camino, y apenas me dejaron aquéllos, cuando se acercaron á mí, envueltos en sudor y polvo, D. Antonio Martínez y Luis de Belmonte (1). Hízome novedad el vellos juntos, y D. Antonio Martínez me sacó de esta duda con esta redondilla:

«Con essa duda me enfadas.
¿Quién el vernos extrañó?
Porque siempre hago yo
con Belmonte las jornadas.»

Traía Luis de Belmonte unos calzones muy largos, que casi le llegaban á los tobillos, y díjele que acortasse de calzones, por que no le embarazassen al manejo de las armas. Y él me respondió: «Es un majadero, y no lo entiende. Nada llevo yo tan en favor de la batalla como los calzones largos; y si no, échelo de ver por esta redondilla:

»Confiado en mis calzones,
me animo más y me atrevo;
que, para esta guerra, llevo
un tercio más de valones.»

Apenas passaron éstos, cuando vi junto á mí al licenciado Lobera, y, antes que yo le hablasse palabra, me dijo: «No extrañe v. m. el verme solo, porque nadie sigue el camino que yo sigo.» «¿Qué puesto lleva v. merced en esta

(1) Don Antonio Martínez de Meneses (nació en 1608) colaboró con Belmonte en las comedias *El príncipe perseguido, La luna africana, El Hamete de Toledo* y *Fiar de Dios*. La Barrera cita 23 comedias escritas por dicho ingenio, solo ó en colaboración con otros.

Luis de Belmonte Bermúdez (nació en Sevilla en 1587), «en las veras heroico y en las burlas sazonadísimo», como dice Pérez de Montalbán en su *Para todos*, fué un autor dramático muy fecundo y discreto. Á las obras suyas citadas por La Barrera deben añadirse las comedias *El cerco de Sevilla por el rey Don Fernando, Las fortunas de D. Juan de Castro y Lemos* y *La luna africana* y el auto *Las bodas de Fineo*, que se conservan manuscritos en la Biblioteca Nacional.

En un *Vejamen* de D. Francisco de Rojas *(Apud* Paz y Melia: obra citada, II, 316) se lee: «Luis de Belmonte, *poeta apóstol en calzones de lienzo casero*, estaba pescando consonantes, y como no tenía cuerda la pluma que le servía de caña, no picaba concepto; mas advirtiendo el poco provecho y mucho gasto, cantó amargamente:

»Poeta de caña
más come que gana;
y si la musa corre,
más gana que come.»

Por lo visto, los calzones del famoso autor de *El diablo predicador* eran tan celebrados en su tiempo como en el nuestro la levita de Weyler, los pantalones de La Cierva ó las corbatas de Morote.

ocasión?», le pregunté. Y él me dijo que iba por espía doble á entrarse entre los poetas italianos y tomar noticias de todos. «V. m. lleva un oficio muy peligroso—le respondí yo—, y es impossible que dejen de conocelle y prendelle, y su mayor peligro es su *Macarronea* (1); y la razón de esto la verá en esta redondilla:

»Con la italiana nación
arriesgado le confieso;
que se la han de armar con queso
en viendo que es macarrón.»

Fuése sin hacer caso de mí, y al mesmo punto vi á Alfonso de Batres (2) echando muchos votos y muchos por vidas, y decía de cuando en cuando: «¿Cercado el Parnaso de poetas latinos? ¡Juro á tal, que es la mayor desvergüenza que se ha hecho en el mundo! ¿Cercado el Parnaso de poetas latinos?...» Y yo le dije, al emparejar conmigo, que no sintiesse tanto estas cosas; y, casi sin mirarme (¡tal era su coraje!), passó, diciendo esta redondilla:

«Romper quieren los divinos
fueros con armas y estruendo.
¿Qué es su intención? Yo no entiendo
estos poetas latinos.»

Volví la cara, y vi venir á un hombre que se las pelaba por caminar apriessa. Traía, á mi parecer, la cabeza colgada de la pretina, y sobre los hom-

---

(1) Supongo que es el titulo de algún poema escrito por dicho licenciado, con quien quizá tenga algo que ver José de Lobera y Mendieta, autor dramático de mediados del siglo XVIII. No es posible (por razón de los años) que se trate de Alonso de Lobera, capellán de S. M., que en 1554 tradujo del italiano la *Risa y planto de Demócrito y Heráclito.*

(2) Madrileño, criado de D. Rodrigo Ponce de León, virrey de Nápoles y duque de Arcos. Escribió en 1632 la comedia *Venganzas hay si hay injurias,* que se custodia autógrafa en la Biblioteca Nacional. Fué secretario en la *Academia* celebrada en el Buen Retiro en 21 de febrero de 1637.

En el citado *Vejamen* de D. Francisco de Rojas se lee: «Alfonso de Batres estaba sitiado de un *mare magnum* de poetas, como secretario de esta Academia. Unos le llamaban señor Batres; otros, por lisonjearle, señor Don Alonso; pero viendo él que por añadirle el Don le quitaban el de la efe, que no le consiguió *el de la mano horadada,* asaz irritado desenvainó esta redondilla:

»¿Á mí Don, seor mequetrefe?
Alfonso es mi adulación;
tómese él allá su Don,
y déjeme con mi efe.»

En otro *Vejamen* del mismo Rojas, leído en 11 de febrero de 1638 (Vélez de Guevara: *El Diablo Cojuelo;* edición Bonilla, pág. 264), escribe:

«¿Sabe vm. de que me espanto yo?—le dixe;—que sufra Madrid cossas en el primero *(en Batres)* que no se pudieran sufrir en el segundo *(D. Antonio Coello):* la una que se llame Batres, y las dos que se llame Alfonsso; y cierto que quando muy niño lo conozí Alo[n]sico, y despues Alonssillo, y ya jobenete Alonsso; y mucho antes que se nos metiesse a ser secretario, nos metió la efe por el ojo de una aguja, con tanto estremo, que todas las alajas que tiene en su cassa tiene[n] efe; en berano no pone en el estrado estera, sino alfonbra; lo que ciñe no es espada, sino alfanje; los libros en que lee son el alfabeto y *Alfarache;* con quien comunica sus secretos es con el Maestro Alfaro; si está acatarrado, no come caramelos, sino alfenique; si compra colazion, come alfonsicos; y si en Palazio pretende por la guerra, es ser alferez.

»Y piensso tanbien que si,
de la fe contra el decoro,
se bolbiera Alfonsso moro,
quisiera ser alfaquí.»

Y, sin embargo (¡ironías del Destino!), La Barrera sigue llamando á Batres *Alonso,* como el Maestro Alejo Venegas se empeñó en llamarse *Vanegas* y se ha quedado, no obstante, con el *Venegas.*

Hay poesías de Batres en el manuscrito 3.795-97 de la Biblioteca Nacional.

bros una calabaza. Parecióme extraño el modo de caminar, y, acercándose más, conocí que era D. Francisco de Rojas (1), que la priessa no le había dado lugar de ponerse la cabellera, y, al pasar junto á mí, le dije:

«La priessa al revés te pinta,
hombre, para caminar.
¡Yo siempre he visto llevar
la calabaza en la cinta!»

Passó como un trueno D. Francisco de Rojas, y luego vimos junto á nosotros un hombre tan feo, que nos atemorizó; y mi camarada, que hasta entonces no había hablado palabra, dijo: «¡Válgame Dios, y qué cara tan endemoniada! ¿Quién es este hombre tan feroz?» «Este es D. Juan de Zabaleta (2) —le respondí yo—; es excelente poeta, y de los mayores. Ha escrito muy buenas comedias, aunque le sucedió un desmán con la de *Aún vive la honra en los muertos*, que fué tan mala. Pero esta redondilla dirá el sucesso de aquel día:

»Al suceder la tragedia
del silbo, si se repara,
ver su comedia era cara,
ver su cara era comedia.»

Passó D. Juan de Zabaleta, y vimos venir con gran mesura, andando de medio lado, á un hombre. Preguntóme mi camarada quién era, y yo, que ya le había conocido, le dije: «Este es D. Pedro Rosete. No está el pobre para caminar más apriessa, porque está muy enfermo, y ha más de veinte años que lo está de aquel lado.» «¡Ya caigo—dijo mi compañero—en él! ¿No es el que escribió la comedia de *San Isidro* (3) con un tal Cáncer, y otro no sé quién es, que tan mala comedia no se ha escrito en los infiernos?» «Esse mesmo es—le dije—, y Cáncer soy yo. Pero esta redondilla os dirá nuestra disculpa:

»Escribimos tres amigos
una comedia á un autor;
fué de un santo labrador,
y echamos por essos trigos.»

---

(1) Don Francisco de Rojas y Zorrilla, famoso ingenio toledano (1590-1660?) Él mismo dice en el citado *Vejamen*, leído en 1638, que «como para ser San Pedro no me faltaba mas que ser calbo, me quité la cabellera». Y en el otro *Vejamen* del mismo autor se lee: «Venía D. Pedro Calderón probándose la cabellera de D. Francisco de Rojas; pero viendo que no le asentaba, dijo apodándola de esta suerte:

»No me la quiero poner,
que á mi desgracia recelo
que no la ha de cubrir pelo.»

En cierto *Vejamen* dado por D. Antonio Coello en la Academia del Buen Retiro en 1638 (Paz y Melia: *Op. cit.*, II, 337) dice el autor, hablando de Rojas: «A él y á mí, cuando éramos estudiantes, nos echaban los aposentadores en las faldiqueras dos pescaderas de aposento, y era de manera lo puercos que soliamos ser él y D. Antonio de Solís y yo, que en nuestras casas no se atrevian á echarnos por la puerta á medio dia, porque no les llevasen la pena, y aguardaban siempre á las once de la noche. Y en casa de D. Francisco se asomaba una criada en lo alto y decia:—*¡Rojas va!* como *¡agua va!*, y le echaba por el canalón »

(2) Celebrado moralista, historiador, crítico y autor dramático madrileño. El *autógrafo* de la comedia *La honra vive en los muertos*, escrita para Pedro Ascanio en 1643, se conserva en la Biblioteca Nacional.

(3) No se conserva, como tampoco la titulada *Madrid por dentro*, que sin duda sería curiosísima, y donde D. Pedro Rosete Niño, según los *Avisos* de Pellicer correspondientes al 23 de abril de 1641, «pintaba la vida de tahures, rufianes, mujeres de mal vivir y gallinas con apariencia de valientes. Sintiéronse algunos—dice Pellicer—, y no contentos con hacer que no se representase sino solas dos veces, le aguardaron y maltrataron.»

Assí como passó éste, se nos ofreció D. Juan Vélez; y apenas le vió mi amigo, cuando dijo: «¡Grandíssima debe de ser la fuerza de este hombre, pues puede con aquellas narices! ¡Mucho es que no se le despeguen de la cara con el peso!» «Harto lo teme él—le respondí yo—, y por eso se las anda sompesando cada instante con los dedos del tabaco.» Y él, que entendió que se hablaba del peso de sus narices, le satisfizo con esta redondilla:

«No se me arrancan del casco,
como tú lo consideras,
porque antes son tan ligeras,
que parecen de Damasco.»

Seguía á D. Juan Vélez un eclesiástico y un seglar; y conocí que el eclesiástico era D. Blas, y el seglar, D. Juan Matos (1). «¿Quién es este licenciado tan cerrado de barba, que ni aun por un resquicio ven la luz sus mejillas?», me preguntó mi amigo; «y ¿quién es el otro que viene con él?» A que yo le respondí esta copla:

«No te pongas á dudar
cualquiera dellos quién es,
que los dos que juntos ves
son Matos y por rozar.»

(1) Don Juan de Matos Fragoso (¿1610-1692), portugués, fecundo autor dramático. Todavía se leen con gusto sus comedias *El sabio en su retiro y villano en su rincón, Juan Labrador;* y *Lorenzo me llamo y carbonero de Toledo.*

Es notable por la nobleza y elevación de sus pensamientos, que resaltan, por ejemplo, en estos versos de las dos comedias citadas:

«Gut. Por esos y otros estudios,
á vuestra majestad dieron
nombre de sabio los doctos.
Rey. Ese nombre no merezco,
pues siempre fué limitado
el humano entendimiento.
Y respecto de lo mucho
que hay que saber en los tiempos,
es siempre más lo que ignora
que lo que sabe el discreto.»

«Que el que examina curioso,
ofende como grosero.»

«Porque, de todas las dichas,
no es mejor la que se tiene,
sino la que más se estima.»

«No extrañes que así tan claro
te diga mi ciego error;
que no enmiendan el delito
los rodeos de la voz.»

«En este postrero don
toda mi vida he fundado:
la nobleza y el valor.
No es rico, pero es discreto,
que es lo que busco; que yo
más quiero hombre sin hacienda,
que no hacienda sin varón.»

«Derogo los privilegios
de la majestad, pues gusto
que hoy seáis mi compañero,
porque, en mi sentir, no es rey
quien de su gusto no es dueño.»

«¡Qué mal fundadas ideas
tiene el honor! Pero es vidrio,
y al menor soplo se quiebra.»

Entre éstas y otras llegamos á dar vista al monte Parnaso, en cuyas faldas estaba el enemigo muy bien fortificado, y muchíssimos poetas castellanos, que, al parecer, debían de haber venido antes que los otros que encontramos por el camino. Había gran confusión entre ellos, por no tener cabeza á quien obedecer, porque cada uno pensaba que era el mayor, y assí era poquíssimo el efecto que hacían en los contrarios. Disparaban los enemigos disticos que abrasaban á los poetas castellanos, y estando D. Melchor Zapata (1) batiendo una estrada, le dieron con un epigrama latino, de que cayó en el suelo medio muerto, sin saber lo que le había sucedido. Y viéndole tan mal tratado, le dijo el licenciado Villaviciosa (2) esta redondilla:

«Si sana, métase fraile
y no ande buscando famas.
¿Pensó que las epigramas
eran almendras del baile?»

Y, en medio de este peligro, reparé que D. Agustín Moreto (3) estaba sentado, y revolviendo unos papeles que, á mi parecer, eran comedias antiquíssimas, de quien nadie se acordaba, estaba diciendo entre sí: «Esta no vale nada. De aquí se puede sacar algo, mudándole algo. Este passo puede aprovechar.» Enojéme de verle con aquella flema cuando todos estaban con las armas en las manos, y díjele que por qué no iba á pelear como los demás. A que me respondió: «Yo peleo aquí más que ninguno, porque aquí estoy minando al enemigo.» «V. m.—le repliqué—me parece que está buscando qué tomar de essas comedias viejas.» «Esso mismo—me respondió—me obliga á decir que estoy minando al enemigo; y échelo de ver en esta copla:

»Que estoy minando imagina,
cuando tú de *mí* te quejas,
que en estas comedias viejas
he hallado una brava mina.»

Iba entrando en el invierno y enfermaban muchos poetas, y D. Juan Matos, viéndose impedido, llegó á pedir licencia para volverse, y dió la causa de su enfermedad en esta copla:

«Con las aguas que llueven
desde el Parnaso,
las voces castellanas
se me han hinchado.»

---

(1) Poeta lírico y dramático. Véase, acerca de él, el *Comentario* de D. A. Bonilla á su edición de *El Diablo Cojuelo* (Vigo, 1902; pág. 154).

Le Sage saca á escena á Melchor Zapata mojando zoquetes de pan en una fuente *(Gil Blas,* II, 8).

En la citada *Flor de entremeses,* etc., hay uno *(Nada entre dos platos)* de Zapata.

(2) Quizás el fecundo entremesista y autor cómico D. Sebastián de Villaviciosa, colaborador de Moreto, Cáncer, Zabaleta, Rosete, Martínez, Matos, Diamante, Arce y Avellaneda.

(3) Don Agustín Moreto y Cavana (1618-1659), ilustre autor dramático madrileño, cuya biografía fué admirablemente escrita por D. Luis Fernández-Guerra (en el tomo XXXIX de la *Biblioteca de Autores Españoles).* (Vid. también á La Barrera.)

Deshacíase el ejército por instantes, y preguntándole á D. Antonio de Huerta (1) la causa de deshacerse tan lucido ejército de poetas, él dió la razón en esta seguidilla:

«Esta gente es preciso
que vaya á menos,
porque, en viéndonos muchos,
nos deshacemos.»

Viendo el poco efecto que hacíamos en los enemigos, enviamos en secreto por cincuenta comentadores que comentassen los poetas latinos y italianos; y teniendo ellos noticia de este designio, por no dar en manos de quien los comentasse mal, levantaron el sitio, y nuestros poetas dieron en ellos y les quitaron algunas voces latinas, de que los *cultos* usan. Y yendo yo con grandíssima furia á picalle la cola á un italiano, quiso Dios que despertasse, y me hallé segunda vez en el Prado, y ahora en la Academia, donde confiesso que todo lo que no es afirmar que los ingenios que la assisten son los mayores, es sueño; que, á estar yo despierto, todas las que parecen burlas satíricas, fueran en mí atentas veneraciones.

FIN DEL VEJAMEN

---

(1) De él se dice en el citado *Vejamen* de Rojas, reimpreso por el Sr. Paz y Melia:

«Iba en este carro el mayor ingenio del mundo, D. Antonio de Huerta, que esto lo dice su merced, y basta; iba, digo, estorbando todo el carro de la mojiganga, sin permitir se hablase en él cosa que no fuese de la comedia que hizo intitulada *La Virgen de Valbanera*. Si uno allí se transformaba en la amenidad del Retiro, decía:—Parece en lo ameno una selva que se puso en el teatro de mi comedia—. Si otro alababa los vestidos de la mojiganga:—Para vestidos (replicaba), los que Velasco sacó cuando rodó por las intrincadas asperezas de mi comedia—. Si otro después alababa los milagros de la Virgen de Atocha, decía:—Para milagros, los que hizo en mi comedia la Virgen de Valbanera—. Y en verdad que no fué menor que se acabase.»

GLOSANDO Á EMINESCU

I

Epigonii

Yassy, la arcaica ciudad de la Moldavia, descansa plácidamente envuelta en el crespón de misterio de la noche. Gritos, rumores, clamor de vida ya no la animan. Sus hijos, sumidos aún en la indiferencia apática en que los postró la última explosión revolucionaria (1848), se han entregado al sueño mansamente, como mansamente tornarán á la vigilia para volver á descansar después, sin que una sola voz intente reanimarlos y desechar su enervamiento, su sombría laxitud.

Hay algo indefinible que flota sobre ellos y envenena el aire, algo que deprime y abruma y que, cual voraginoso río, va engullendo los ánimos de todos y aumentando con ellos su cauce á fuerza de derrubiar las débiles riberas.

Es algo muy hondo que entraña uno de los dos fundamentales sentimientos del pueblo rumano...

En Bucuresti, la ciudad de la alegría—*bucurie*—, flota también una influencia extraña; mas su influjo no deprime: por el contrario, realza, arrebola el porvenir y levanta los ánimos, ornando la imagen de la Patria de un halo fulgente de promesas risueñas.

Pero en Yassy la indiferencia que engendra el pesimismo pretende ser ocultada hipócritamente, y el temor á la verdad de los buenos moldavos disfraza la realidad con la vana apariencia de una vida plácida, agradablemente superficial.

Sólo un pobre diablo, que regenta una biblioteca en el barrio de *Ulisa Mare,* pretendió confesar la duda que todos respiran diluída en el aire, y al punto pesó sobre él el anatema de sus conciudadanos.

Se trataba de un loco fantaseador, derrotado por una vida ingrata y miserable; de un pobre vagabundo sin ningún asentamiento, tan pronto en faz de maestro-escuela como histrión de la legua, periodista como roedor de infolios, y la voz de sinceridad fué relegada al olvido. Las épicas redenciones del pueblo por los *haiduci* sólo podían revivir en las legendarias narraciones del tiempo de los fanariotas, en las *horas* y cantos lugareños; no en la realidad.

***

A la luz vacilante de una lámpara, Mihail Eminescu—*omul gâuditor* (1), como le llaman con risita burlona los que le conocen—da rienda suelta á su espíritu rebelde.

(1) El hombre pensador.

Ha evocado el recuerdo de Nicolae Scurtescu, creyendo poder lanzarse con su ejemplo estimulante á las elevadas especulaciones de la filosofía abstracta, á la investigación del ser universal; pero una amargura inmensa y deprimente le impide seguir por tal derrota, y presto abate las cansadas alas del espíritu.

El poeta—epígono, como tantos otros de sus compatriotas, de idealistas felices — se duele de la engañosa doblez de los humanos. El bien quisiera poder seguir á los óptimos en su blando resbalar sobre las gentes y las cosas; mas no puede: su negra polarización espiritual de lo que aprehende le lastima y obliga á cejar en el intento.

Instintivamente lee y relee el libro que ante sus ojos permanece abierto brindándole su savia. Y es Constantino Rossetti quien habla:

«Las aguas de la tierra comunican las unas con las otras; todos los fluidos de la Naturaleza pasan de unos pulmones á otros, como si los hombres se los prestaran en generosa confraternidad; ¿por qué, entonces, no puede circular del mismo modo entre ellos el mismo espíritu y el mismo amor?....» Mihail no lee más. El acento de queja del famoso bardo revolucionario le induce de nuevo á meditar, y una dolorosa comparación entre las generaciones pasadas y la actual—la propia—se opera en su mente con zozobra. El escéptico gime en la desesperanza; pero clama también por que una reacción se verifique y advengan para su pueblo tiempos mejores que colmen y apaguen los deseos infinitos que la Natura ha puesto en cada átomo de materia viva.

Y el poeta, cuyos ojos se agrandan visionarios y cuyo desaliño acusa el hastío irremediable de la vida, fija su mirar en la fría penumbra de la estancia, y con voz ahogada y raros ademanes expresa su visión de alucinado y dice:

—¡La paz humana sería conseguida si tal identidad fuera posible, generoso Rossetti! ¡Mas ello es ilusorio!...

»*Soñar:* he aquí el supremo deseo de los que fueron. *Saber:* he aquí el que anima á los que son. ¿Mayor antagonismo pudo nunca jamás patentizarse entre los hombres?

»Y, sin embargo, á *ellos* les fué dable conseguir de mito en mito el más alto y difícil de la felicidad, en tanto que nosotros, de sima en sima, en nuestro ávido y febril deseo de aprehender la verdad, nos vemos sumidos en la eterna noche de la confusión y el caos...

»A todos os recuerdo, caros amigos de la mente mía: á ti Cichindeal, boca de oro; á ti también Mumuleanu, como á vosotros Prale, Daniele y Vacarescu el dulce, y á Cantemir brillante y á Beldimán el belicoso...; á todos os adora el alma mía en fervoroso culto, como adora también á vuestro rey, eternamente joven y feliz, cantor de auras y frondas, narrador de leyendas, el suave Alexandri, que, ornando de margaritas el gualdo rayo de una estrella, ora resucita tiempos de heroísmo, ora evoca imágenes de rosa con inmensas alas de plumón de nieve, ojos místicos de mirar profundo y sonrisa de vírgenes.

»¡Cómo os admira, hermanos, mi pobre alma atarazada por el escepticismo que la verdad no habida ha hecho germinar! ¡Cómo os admira y cuánto os envidia! ¡Porque en vosotros está la paz con su diáfana serenidad, mientras en

nosotros—del mismo mundo empero—sólo es dable hallar la lucha—lucha terrible—con la espesa polvareda de dudas que levanta y nos asfixia!...

»Garsos mares de ensueño que la espuma fantasía adorna de encajes; místicas y radiantes primaveras; noches que sobre mi cabeza distienden su manto de añil jaspeado de fuego; días cobálticos de limpio sol; verdes bosques susurrantes al céfiro, animados por el canto de los ruiseñores; campos de esmeralda con fuentes que hablan poesías y arroyos que cantan canciones de idilio... ¡Esa es vuestra obra, poetas del pasado: obra de paz, que es salud!

»¿Pero nosotros? ¡Epígonos! ¡Sentimientos fríos, liras hendidas, nuevos de vida y viejos de fuerza, almas flacas y deformes, ocultando tras la máscara de risas sardónicas horribles oquedades de carácter! La sombra es nuestro dios, y nuestra patria una frase. En nosotros todo es la cáscara, el vano oropel: el fondo es hielo... ¡Vosotros creíais en vuestros escritos; nosotros no creemos en nada! ¡Y por eso vuestras estancias eran santas y bellas: porque, pensadas con la mente, salían del corazón; corazón sensible y generoso, corazón constantemente joven aun en vuestra vejez!...

»¡El orden del mundo se ha invertido: con vosotros pasó el futuro; nosotros encarnamos el pasado triste y frío; en nosotros no existe nada: todo es falso, ¡extraño..., humo..., brumas! Los claros destellos de vuestra fantasía sembraron de rosas el camino de la vida. Vuestro corazón era una lira que, vibrando á la tépida caricia de la brisa, respiraba cánticos divinos, y sus tonos, de una inefable armonía en su tremar suavísimo, sugerían á los hombres la visión de un mundo bello y bueno como un palacio de marfil...

»¡Vosotros soñasteis días de oro para un mundo de hiel y de amargura que sólo la estruendosa y fendiente herida del rayo puede embellecer! Y por eso, nosotros, ojos escrutadores que, fingiendo sentimientos, sin solucionar nada forjamos problemas, os lanzamos al rostro el ominoso calificativo: ¡visionarios! ¡Porque á nuestra videncia no se oculta que todo es puro convencionalismo, ¡hermanos!; que lo que hoy es verdad será mañana mentira!

»La muerte sucede á la vida; la vida sucede á la muerte: jamás otro significado pudo tener el mundo, como nunca tuvo ni podrá tener ni otro fin ni otro destino. ¡Los hombres de todo hicieron imágenes y símbolos; llaman santo, bello y bueno á lo que nada significa; crean á su antojo innumerables sintagmas y revisten de rosa hasta la horrible desnudez de un esqueleto!

»¿Qué fué la poesía para vosotros? ¡Voluptuosa danza de voces é imágenes tremantes, cendal de púrpura y oro sobre una tierra yerta de negra ingratitud!

»¿Qué fué la religión? ¡Sublime sedación del dolor de vivir fundada en bases de engaño y bella irrealidad y un cobarde temor que busca paliativos!...

»¡Pero no importa, hermanos! ¡De vosotros fué la paz, al par que á vuestros sucesores sólo es dable adquirir el funesto patrimonio de la duda! ¡Salve, pues, santos seres visionarios que hacíais cantar á las ondas y volar á los astros! ¡Salve, creadores de un mundo de marfil y una vida de sol allende nuestro globo de fango y nuestra existencia de penumbras!

»Iconoclastas, reducimos á polvo vuestras creaciones. Más aún: ¡en nuestra vesania destructora llegamos á cegarnos de tal modo, que con crueldad inaudita consumamos la más absurda de las ruinas: la propia! Y de consecuencia en consecuencia, llegamos á la más ingente y triste de todas las secuelas: pobres de espíritu y genios; pequeños y grandes; sonidos, almas, luz, materia, ¡todo es polvo!...

»¡Siniestra filosofía que aniquilas los sublimes desavíos de la imaginación!... ¡El mundo es como es, y como él nosotros!...

Y el infeliz epígono, al decir esto, gime sordamente con incancinos gestos de delirio, mientras la tililante flama de la lámpara se extingue y la campana de la basílica *Trei Erarhi* (1) recuerda á sus conciudadanos que la hora de despertar—un despertar manso de inconscientes—llegó de nuevo en la monotonía gris de su vida provinciana.

II

Venerea si Madona

Afuera nieva, llueve, y la horrible tempestad arranca dolorosos quejidos á los árboles, que el aquilón destaza con saña en la dudosa claridad ceniza de un tramonto otoñal.

Mihail, en pie junto al fuego del hogar, inclina la cabeza al peso de fúnebres pensamientos. Sus ojos no fijan la alegre lumbrada subyugadora. Vagan por el vacío con glacial indiferencia hasta posarse en el velón que sobre la mesa lagrimea fuego.

Una á una, como las gotas de cera que funde la mecha encendida, dulces ilusiones se han ido desprendiendo de su mente aburándole el alma... Como aquéllas, también han trocado su licua y ardiente transparencia en la rigidez amarillenta y fría de las astillas que formó la cera.

Una violenta ráfaga sacude los cristales, que rechinan, y el crujido de las compuertas parece más penoso.

La luz del velón y la lumbre del hogar se han extinguido, y el furor de la ventisca penetra en la sala fría y destartalada. Mihail ha abierto el ventanal y, agarradas las manos al alféizar, al viento los cabellos, brillantes los ojos errátiles, sueña en el pasado.

Fué asimismo un borrascoso atardecer de otoño. A él y á Fanny Tardini —la famosa actriz—se les había ocurrido la misma idea de escalar el Negoy. Habían dejado la *caruta* en el linderón, al pie de la cuesta, y animosamente comenzaron la peligrosa ascensión entre conos volcánicos y cráteres extintos cubiertos de nieve. La bruma, más densa por momentos, y el aire, más frío y más violento, eran prodromos evidentes de la tempestad vecina; pero no hicie-

(1) Tres Santos.

ron caso y siguieron su marcha. Luego fué ya demasiado tarde, y allí, en la cima, entre las sombras agudas y amenazadoras ó cimbreantes y furiosas de los árboles, junto al suyo el cuerpo tibio y nervioso de Fanny, abrazados, se sintió fuerte para amparar á la mujer amada, que entre gritos de terror buscaba nueva vida y nuevos ánimos en los labios del poeta en largos, fuertes y golosos besos de indecible voluptuosidad.

Y él la decía:—¡Mira, Fanny; mira cómo la furia desencadenada del mundo se deshace impotente sobre nosotros!... ¡Mira, es día aún y la obscuridad es completa: el día está lleno de noche! Hemos venido aquí con los ojos cerrados, como niños, y, sin embargo, no hemos hecho más que lo que todos hacen: caminar á ciegas, ignorando lo que al final habrá de ser hallado. En nosotros han sido brumas; pero en los demás, ¿podrá nunca ser otra cosa el término, viviendo como vivimos todos sumergidos perpetuamente en el misterio?... ¡La felicidad y la desgracia recorren los caminos de la vida; pero la una vuela, en tanto la otra avanza lentamente sin dejar á sus víctimas hasta convencerse de la imposibilidad de una fuga!... ¡Oh Fanny: amémonos, que es lo único bello de la vida! ¡Amar en la inconsciencia del delirio!...

Después la Natura aplacó su cólera, y los dos amantes, temblorosos los cuerpos al frío y al deseo, comenzaron el retorno y pusiéronse en cobro. Pero las consecuencias de tal locura y de la noche de orgía que siguiera fueron tristes, acerbas. ¡Mihail vióse atacado por la fiebre, y su amante, al verle enfermo, le abandonó para siempre sin una palabra ni un gesto de esperanza!

Creyó morir; pero de nuevo el perpetuo *surge et ambula* de los nacidos en le desgracia le volvió á la vida, jurando olvidar á la maldita.

—¡Olvidar!—gime al llegar aquí el lacerado poeta—. ¡Olvidarte, mujer, cuando tu recuerdo me persigue siempre, y sólo con él la casa desierta parece llenarse y la obscuridad de mi vida errante parece huir ante la coruscación de tu halo divino!...

Y lento, flagelado el rostro buido y marfileño por el viento y la nieve, distiende los brazos, y dovelando una nueva joya de su arco parnasiano, *canta:*

—¡Ideal perdido en la noche de un mundo que ya no existe, mundo que ansiaba míticos ensueños y hablaba poesía: te veo, te oigo y pienso en ti, dulce y blando recuerdo de un cielo con otros astros, otros rayos, otros dioses!...

»¡Venus! Trépido mármol de los ojos de piedra deslumbrante y brazos delicados como el pensamiento amable de un emperador poeta: tú has sido la deificación de la belleza femenil, de aquella mujer á la que maldigo y ante cuya belleza de súcubo me inclino.

»Rafael, soñando arrobado en la majestuosa é imponente grandeza de una noche estrellada, con el alma preñada de rayos en la coruscación de la eterna primavera del alma artista, te vió y pasmóse, y al punto soñó en el paraíso, de aromosos jardines, canciones de caricia y eterna luz de sol, donde vagabas con sutilidad infinita, como reina entre los ángeles del cielo...

»Y sobre el lienzo anodino, de blancura unánime, creó la Madonna divina coronada de estrellas, de virginal sonrisa, pálido rostro y áureas guedejas;

figura de ángel y sin embargo mujer—*ma donna*—, porque la mujer es el prototipo de los ángeles.

»Así también, perdido en la obscuridad nocherniega de mi vida, te veo, taladrándote, en tu vaciedad estéril, sin alma y sin fuego tan siquiera con que ocultar su ausencia, y con todo hago de ti un ángel suave y frío, un animado ychim (1) que palía mi pena, como cuando en la vida, en un día encantado, sonríe por milagro un rayo de fortuna.

»¡He visto tu rostro pálido por la embriaguez enfermiza que lo abura; tus labios cárdenos por la mordedura de la corrupción; tu mirada brillante por la fiebre, y tu cuerpo he pretendido arrebujar en el blanco velo de la poesía, y tu marfileña palidez he procurado animar con el rayo discreto de la inocencia!

»He querido dar á tu frente el bello ornato y la blanca radiación que circunda mágicamente la del ángel Genio, del ángel Ideal; de un demonio he hecho una santa, de un estridor una melodía, de tus ojos zahonados el iris cambiante de la aurora.

»Mas vuelvo á la realidad, retorno á la conciencia: ¡el velo cae! El hielo de tus labios me ha despertado, ¡demonio!, y te miro, y al verte, mi amor extenuado me incita á tratarte con desprecio.

»¡Horrible sarcasmo! Se me figura tener ante mí, en la convulsión postrera del goce erótico, una bacante que con engaño aleve robó el mirto de los mártires de la frente de una virgen, y, ¡oh contraste!, el corazón de la bacante es un delirio interminable y espasmódico, mientras el alma de la pobre escarnecida es santa como una plegaria. Como Rafael creó la Madonna divina con su diadema de estrellas, con su sonrisa dulce, yo he creado también una deidad: ¡una mujer pálida de corazón vacío y cuyo ánimo destila sin descanso mortal ponzoña!...

»Mas, ¡oh rabia!, te odio y, encadenado por tu infernal hechizo, te deseo. Recuerdo tu mirada húmeda, suplicante, y una sola lágrima tuya que yo imagino surcar tu sostro, ¡sombra!, me obliga á caer sollozante y convulso á tus pies, y á pedir el perdón de tus ojos negros y profundos, y á besar tus manos de rosa que asesinan...

»¡Enjuga esas lágrimas y no llores más, tentadora visión! ¡Fuí cruel, lo sé; cruel é injusta, si quieres, fué la acusación! ¡Alma mía! ¡Aun siendo tú un demonio, serías santa para mí, por el amor, que todo lo sublima y lo redime!

»¡Y si el rayo cae ante mis ojos, y el trueno prorrumpe en amenazas sobrenaturales, es porque Natura rechaza mi insulto á ti, ¡oh reina del mundo! ¡Y si las ramas azotan con furia los cristales hasta romperlos en la demencia eólica, ó los álamos tiemblan al soplo de la brisa mañanera en un día de sol, es porque tú con ímpetu ó suavemente te aproximas! ¡Y si los astros se miran parpadeando en el lago, iluminándolo profundamente, es para calmar mi an-

---

(1) La décima categoría de la tradición judaica de Ben Maimón.

gustia de amor y serenar mi apasionado espíritu! ¡Y si las nubes de plomo se alejan y surge en el éter en calma la luna, es siempre, ¡mujer!, para que, aun odiándote, me acuerde de ti!...

III

Mortua est

Fanny Tardini ha muerto. El *reportage* dió la noticia y la multitud la leyó indiferente. La muerta pasó, hundiéndose en las sombras.

Sólo en una de las *odaia* del hospital Brancovanu un pobre orate la invoca con incoherente desesperación.

Las hermanas del Asilo puestas á su cuido procuran calmarle inútilmente. El demente las mira en su extravío y las maldice. Sus pies, que calzan abarcas de cuero, patean el rojo maderamen de la estancia, y con torvo furor las acosa y clama:

—¡Dejadme, sombras funestas! ¡Hicisteis de la piedad una profesion, y por eso vuestra suavidad es el peor y más cruel de los suplicios: el suplicio de una dulzura mecánica!

»¿Pensáis que el dolor sobrehumano se mitiga con el bálsamo tibio de vuestros cuidados? No y no. ¡Sólo vuestra vista irrita! ¡Piedad ejercéis, y cuando el cielo se cubre de luto, vertiendo lágrimas de nieve, y cuando hasta el Dimbovitza detiene su curso, helado de horror por la muerte de Ella, vosotras venís á cumplir vuestra misión con la horrenda vulgaridad de vuestros consuelos!

»¡Basta! ¡Vuestra piedad de autómatas me ofende! ¡Fuera de aquí!

Y erizado, espantoso, cierra sus puños y las arroja fuera de la celda...

En la estancia sólo las trepidaciones y chisporroteos de la leña que atiborra la *soba* acusan vida.

Mihail Eminescu, derrumbado el cuerpo sobre la mesa de pino, permanece inmóvil. Su diestra oprime convulsivamente el número del *Timpul* que aportó la noticia con la impasibilidad fría, mecánica de las letras de molde.

Afuera la nieve cae, menuda, lenta.

A trechos un débil tintineo llega hasta el poeta. Son los trineos que cruzan la avenida raudamente.

¡Oh! ¡El indiferentismo egoísta de la vida! A Fanny, tiempo atrás, las multitudes aclamaban en el paroxismo del delirio. A él le habían ofrendado honores y cargos que luego hubiera tenido que pagar con dobleces é injusticias. Ahora Ella había muerto, él la seguiría fiel hasta en el tránsito, y el demos, indiferente al drama amoroso que finía, buscaría nuevos ídolos que poder levantar para subir á su sombra protectora ó agarrado á sus plantas. ¡Qué asco! Eso pensaba el loco.

***

En la cama de hierro que parece encogerse con temor en el fondo del aposento, Eminescu reposa. Sus ojos, fijos en el techo, parecen ver algo muy distante, más allá.

Entran los médicos y los enfermeros. Lo observan y, desalentados, cuchichean.

Mihail los ha oído y se yergue ante ellos, enhiesta la cabeza.

—¿Venís á buscarme? Bien está. Pero antes el bardo quiere cantar en ese mundo mortal y sórdido un treno final que exprese toda la verdad de la falacia vida! ¡La verdad del engaño! ¡Verdad horrenda!...

El aspecto del pobre loco aterra á los presentes; en su mirada—la horrible mirada negra, de taladro, que hace retroceder al más osado—llamea algo sobrenatural.

Y es la voz póstuma del que acaba la vida y se funde en el misterio de la muerte la que vibra metálica y fuerte como un clarín de guerra.

—¡Oh! ¡Siniestra visión! La llanura—una llanura inmensa—parece rajarse. Mil grietas la cruzan. Se abre, y la negrura de mil tumbas evoca en la mente confusa idea de bostezos ultrahumanos. Por el aire avanza una nube que obscurece el sol. Son sueños y más sueños que corren persiguiéndose hasta caer, como cuervos rendidos, en las fúnebres oquedades de la planicie.

»¿Sabéis qué son?

»Son las vidas que finen.

»Me llamáis loco, ¡pobres humanos!; lo leo en vuestros ojos. En vuestra inconsciencia me llamáis loco porque *veo* la vida, y al verla os digo lo que es.

»¿No lo sabéis? Locura. Sí, sí, ¡locura! Vosotros sois dementes, y, como por intuición lo recelasteis, pretendéis individualizar en unos cuantos el mal de todos para desechar vuestros temores.

»Qué, ¿reís? ¿Reís porque la seguridad equívoca que os dan los sentidos os mueve á creer en la razón y verdad de vuestras vidas? ¡Necios! ¡No veis que el sentido no existe en el mundo! ¡Mirad! Fanny, la mujer en quien adoró mi fantasía, penetra en este instante por la ventana y aletea juguetona. ¿No la veis? ¡Es Fanny, la vida de Fanny! ¡Comprendo no podáis verla, porque es un sueño! Y, sin embargo, es ella, la misma, siempre bella. ¡Bella! Ese es el sentido de vuestro mundo: ¡una mujer que nace hermosa y como tal triunfa y reina, para morir después! ¡Admirable sentido!

»Pero ¡cá!, ¡no queréis ni podéis entenderlo! ¡Déjalos, Fanny; no pretendas iniciarlos en el misterio de la Vida y de la Muerte, porque no te entenderán! ¡Ven á mí, que presto he de seguirte y conocerlo! ¡Ven á mí!...

No puede más. Todo su cuerpo tiembla y pesadamente cae en el lecho con una rigidez de agonía en los miembros.

Los médicos corren á él y pretenden reanimarlo. Pero al sentirlos, el desgraciado vate entreabre los ojos nuevamente y con voz estrapajosa, distanciando las sílabas en su estertor mortal, aduce:

—¡Ah! ¡Queréis oirlo, queréis saberlo! Sea.

»Es una ola que avanza puesta su fe en la Ciencia ó la Ilusión... Cegado

por ella camina bravamente ó con languidez y desmayo sin ver el abismo... Mas á medida que adelanta en su derrota, todo lo que imagina conseguir se deshace—¡cruel espejismo!—impalpable como el éter. Entonces se agita; poseída de vértigo se abandona en la pendiente, y al fin cae. ¿En dónde?... En la Muerte.

»¡Y para eso la lucha y los honores y el dolor y el placer, pobres humanos!

»¡Para salir del Infinito, trazar un rasgo que el tiempo borra y volatiliza y perderos en la Nada!...

Y Eminescu, el poeta consagrado por su pueblo símbolo del pesimismo —un pesimismo oriental felizmente pretérito—, expira, llevándose á la tumba el escéptico sentir que agobiaba y oprimía despóticamente á la antigua nación rumana.

Rafael Vehils.

DE TEÓFILO GAUTIER

EL ARTE

Sí; la obra es más radiante
si el pulimento es terso:
diamante,
mármol, esmalte, verso.

No haya presión intrusa;
mas para andar derecho,
¡oh Musa!,
lleva coturno estrecho.

Al diablo el ritmo soso,
que como floja calza,
pie ocioso
se pone ó se descalza.

Rechaza, estatuario,
la arcilla trabajada
de diario
con mente divagada;

doma al rebelde paros,
vence al carrara duro
—los raros
dueños del perfil puro—;

arranca á Siracusa
el bronce, que altanero
acusa
el rasgo hermoso y fiero;

persigue en cornalina,
con delicado apego,
la fina
faz del Apolo griego.

Pintor, huye acuarelas,
y fija los colores
que anhelas,
cual los esmaltadores.

Haz sirenas caudadas,
monstruos de los blasones,
pintadas
en raras contorsiones;

en su nimbo trilobo
á la Virgen y su Hijo,
el globo
del pie de la cruz fijo.

Todo pasa. Robusto
el arte siempre vive;
el busto
al pueblo sobrevive.

Y la medalla austera
que un labrador ha hallado,
entera
de un César ignorado.

Los dioses mismos mueren;
pero los versos, gonces
adquieren
más fuertes que los bronces.

Cincela, esculpe, lima;
que tu flotante ensueño
imprime
su poderoso empeño.

Traducción de
Balbino Dávalos.

Esta poesía, en unión de otras versiones de poetas extranjeros y de algunas poesías originales, de las que daremos muestra en números sucesivos, fué leída en la solemne velada que se celebró en el Ateneo de Madrid la noche del lunes 22 de marzo del año corriente.

Don Balbino Dávalos, ilustre académico y diplomático mejicano, fué invitado por los numerosos admiradores que entre nosotros cuenta á dar en el Ateneo una lectura de sus versos.

El resultado fué un triunfo para el gran poeta de Méjico, porque el auditorio era muy selecto y el aplauso fué unánime.

LARRA Y SU TIEMPO

Ya ha pasado un siglo... Tú, de los desdenes
de la risa incrédula, cuando satirizas;
tú, de la corona de espino en las sienes,
hoy, pasado un siglo, mira un poco: tienes
oro de la gloria sobre tus cenizas...

Piensa en aquel tiempo, torna á lo de entonces;
recuerda las dudas, la lucha encendida;
vuelve á entrar en tu obra, columna partida,
y no temas yerros, que te ayudan bronces
á evocar los cortos años de tu vida.

Tu España en cadenas... Su heroico pasado
suspendido en ruinas, igual que un trofeo;
la vida, que estaba corriendo á su lado,
mantenida en diques; el pueblo aherrojado;
el miedo erigido sobre un mausoleo...

Atrás, la epopeya curándose heridas;
delante, el destino como una amenaza;
cegadas las fuentes, las sendas perdidas,
¡y un bosque de rejas de hierro ofrecidas
á las avarientas manos de la raza!

«Nuestro tiempo es triste...» Tu palabra austera,
aun después de un siglo, tiene el dejo amargo:
España cerraba sus puertas; afuera
¡todos los espíritus de la nueva era
ensayaban alas para un vuelo largo!

Como cuerdas nuevas, á bronce sonaban
en la lira-Europa las recientes leyes;
las zarpas de Víctor Hugo las pulsaban,
y en los huracanes de su himno, asomaban
como rimas rojas cabezas de reyes...

Y en tanto... A tu lado Madrid sonreía,
cándido, en la alegre piedad de su cielo;
rezaba rosarios, callaba y sufría...;
no aspirando á nada, nada le dolía:
codiciaba fiestas; pero no consuelo...

¿Y tú?... El alma tuya volaba á distancia
de este pueblo alegre, de este cielo puro;
por aquel entonces tornabas de Francia,
y en tu alma tenían una resonancia
las crepitaciones del volcán futuro.

¡Reíste!... Que es obra de su tiempo el vate:
lo esculpe su pueblo y él es la escultura;
y con los latidos de su patria late,
y según le lleven á farsa ó combate
tendrá cascabeles ó tendrá armadura.

Así, pues, reíste... Tu tiempo quería
ligereza y risas: sonaron tus prosas
á jácara, encima de aquella agonía;
pero del contraste nació la ironía,
áspid con que atabas tu ramo de rosas.

Reíste; querías que la gente oyera;
tenías legados que hacerle á tu raza;
te sobraban cifras para una bandera;
pero ya que España feriaba, ligera,
barracón de feria pusiste en la plaza.

Y tus risas fueron como alegres llamas
que admiraba el vulgo con júbilo inmenso;
serpiente era el fuego, las chispas escamas;
pero tú, en aquellas encendidas ramas,
tu alma entera echabas á guisa de incienso.

Tu alma, que esperaba; tu alma, que creía;
tu alma, que á otros tiempos se sacrificaba;
tu alma que, esgrimiendo la daga-ironía,
persiguió tiranos; tu alma, que moría
como un cisne blanco, y al morir cantaba.

Porque tu obra es ésta. Precursor..., pusiste
á arder en tu fuego las cosechas malas;
pero en cada brasa que de ellas hiciste,
para que al futuro volaran, prendiste
tu fe y tu deseo de innovar: dos alas.

¡Y ha pasado un siglo!... Fueron levadura
del pan que amasaba tu España cautiva
las sátiras agrias de tu musa dura;
y hoy, lámpara encima de tu sepultura,
tu obra viva guarda tu memoria viva.

Porque destruíste para hacer camino;
porque abriste surcos como los labriegos;
porque trituraste, férvido molino
que en harina trueca los trigos manchegos,
nuestro ayer, sacando de él nuestro destino.

Porque, humano, en alto tu antorcha blandiste
y las chispas te caían encima;
porque no pactaste; porque no mentiste...,
¡y porque, en tus himnos al amor, hiciste
de tu propia sangre la postrera rima!

Eduardo Marquina.

Esta composición fué leída por su autor en la sesión solemne que el Ateneo de Madrid consagró á la memoria de Mariano José de Larra en el primer centenario de su nacimiento.

CHAPÍ [1]

Perdonadme la torpeza con que mi pensamiento ha de responder á mi voluntad. El alma, dolorida, se estremece y llora junto á una sepultura apenas cerrada. Penetrar ahora en el misterio de la muerte para intentar la disección moral de esa gran inteligencia que apenas ha comenzado á reposar en la paz de la tumba, tiene algo de profanación. En vez de juzgar, deberíamos sentir, y trocar las palabras y las ideas en sollozos y en lágrimas.

La veneración con que mi espíritu se ha prosternado siempre ante la noble figura de Ruperto Chapí se convierte en culto, que tiene mucho de religioso, en estos instantes, cuando el conjunto de sus obras se ofrece á mis ojos, emergiendo en el arte español como la montaña emerge en la llanura. Su genio rompió los moldes doctrinales que hasta entonces habían aprisionado el pensamiento de nuestros compositores, y con sus obras penetró en nuestra música la profundidad de sentimiento y la riqueza de forma que avaloran el arte clásico de Weber y de Beethoven.

Antes de él nuestros compositores tenían como único dechado las obras de los maestros italianos y su degeneración de la escuela francesa. Arrieta, con una delicadeza y una abundancia de inspiración melódica que fuera de España no tuvo casi ninguno de sus contemporáneos, logró crear obras admirables, dentro siempre de los procedimientos que caracterizaban entonces á toda música teatral en el mediodía de Europa. Gaztambide, de temperamento más progresivo, aunque menos atildado en la expresión, no logró redimirse de aquel ambiente, donde la grandeza de sus ideales se sentía aniquilada, para volar hacia el arte wagneriano, cuya magnificencia adivinó entre nosotros antes que nadie, con instinto de verdadero precursor. En cuanto á Barbieri y Caballero, ambos habían hecho su profesión de artistas ante los modelos italianos más humildes, y nunca intentaron siquiera emanciparse de sus fórmulas, pobremente estereotipadas en cánones inmutables, aunque en ellas consiguieron moldear en ocasiones la inspiración de origen popular.

Sólo al talento independiente y robusto de Chapí se debe que penetrasen en España esos procedimientos, en absoluto ajenos al arte de franceses é italianos, cuyo origen está en la orquesta sinfónica de Beethoven, y por los cuales la estructura musical de toda obra dramática llega á ser interpretación idealizada de la acción poética. En eso, como en todo, Chapí se adelantó á los compositores de su tiempo, y mientras todos, aun aquellos de quienes menos pudiera esperarse, renegaban con lamentable unanimidad del ideal wagneriano, Chapí lo afirmaba con indómita energía, concitando contra sí el anatema de los que, sin poder seguirlo, lo veían remontarse.

Y en tanto que Ruperto Chapí, sin abjurar de su personalidad ni de su

---

(1) De la sesión necrológica celebrada en el Ateneo de Madrid la noche del viernes 2 de abril de 1909.

inspiración, á un propio tiempo tan honda y espontánea, penetraba resueltamente en la nueva escuela, en España y fuera de España casi todos los compositores que aún viven confesaban tristemente su impotencia de realizarla y proseguían aferrados á los medios de expresión más indigentes y caducos; ó bien, desligándose de toda tradición, se arrojaban torpemente á un terreno anárquico, sólo asequible á la ignorancia ó á la inconsciencia.

Chapí ha ido afirmando constantemente sus convicciones. La escuela por él fundada, aunque viva la propia virtualidad melódica de nuestra raza y de nuestro suelo, tiene sus raíces en la técnica incomparable, en el elevado idealismo, en la noble inspiración de la escuela alemana, de la cual deriva su noble abolengo. Gracias á Ruperto Chapí, nuestra música contemporánea está en España más cerca de Mozart, Weber, Beethoven y Wagner que lo ha estado nunca de Rossini, Meyerbeer, Donizetti ó Mercadante. Así, la evolución lógica del arte, que desde la *Flauta mágica, Freischütz* ó *Leonor,* conduce, á través de Spontini, hasta *Tannhäuser* y *Lohengrin,* ha encontrado en España una derivación que arranca del arte de Chapí precisamente. Esa evolución ha sido proseguida sin vacilación alguna, porque nuestro gran compositor, como todo artista excelso, pasó su vida entera en una perpetua elaboración de su estilo, siempre renovado, logrando alcanzar por ella esas cimas de nuestro arte nacional que se llaman *Curro Vargas, Circe* y *Margarita la Tornera.*

Si alguna vez el público no ha acertado á comprender toda la belleza de lo que tenía ante sus ojos, ha sido porque el compositor, atento sólo á alcanzar el ideal lejano de un arte supremo, se distanciaba forzosamente de los que, sin iguales fuerzas que él, le seguían. Pasados aquellos instantes de ofuscación, que la muerte, siempre justiciera, ha venido á destruir, puede ya asegurarse que sólo un error fundamental en el juicio llevó, sin duda, en otras ocasiones al desconocimiento de la hermosura.

El arte de Chapí fué un arte clásico, donde se unieron en consorcio indisoluble la belleza de las ideas y la maestría de la forma. Entre todos los compositores modernos, no existe ninguno que le supere en la técnica ni que le iguale en inspiración y fecundidad. Y si ante algunas páginas de Ricardo Strauss ó de Max Schillings nos deslumbra la esplendente floración ó el pomposo ramaje de su procedimiento instrumental, nunca hallamos en ellas la sobriedad y la pureza de que el gran Ruperto Chapí supo revestir sus maravillosas melodías, en las cuales palpitará eternamente el aliento de un artista inmortal.

Manuel Manrique de Lara.

EXTRANJERO

América

República Argentina.

Los argentinos en París.—El teatro y la crítica zumbona.

Hay argentinos en París que se diferencian de los príncipes en las servidumbres y en las libreas. Los hijos del trabajo son enemigos de ese fausto banal, y reparten sus gastos nada mezquinos entre el gozar de la vida, la asimilación de la intelectualidad y la adquisición de maquinaria para sus industrias.

Hasta los periodistas eruditos y los poetas americanos dedican su atención principal al progreso de Europa.

Los hacendados argentinos han dado interesantes fiestas de intelectualidad en los salones del Grand Hôtel, pagando las conferencias de los sabios á miles de francos.

Pero por si se han descuidado ó no en ostentar la *dernière cri* de las corbatas, ó llevaron alguna vez un frac de distinto corte que los de los lechuguinos de la crítica, la zumba de los críticos de arte y modas les tildó públicamente de *rastaquores* é incapaces de asimilarse la civilización europea.

Recientemente se estrenó una comedia donde se les ponía en solfa, considerándoles muy inferiores por los detalles de la indumentaria.

Lo verdaderamente ridículo es que los caciquillos de la pluma y de la moda no tengan más digna ocupación que criticar á las gentes porque se propongan vivir á su gusto y gastar su dinero como mejor les plazca. Es un signo de inferioridad despreciable.

Los sudamericanos que eligen á París para su temporada de *paseo* por Europa se muestran indignados contra los profesionales de la bagatela, románticos de todas las locuras, y no conciben que la superioridad parisiense haya de consistir precisamente en manejar sonrisas de incredulidad, volverse locos por el can-can y entusiasmarse con la moral de *La dama de las camelias*.

Ese París artificial é insincero, de intelectualidad estragada y picante, no puede ofrecer ciertamente á los sudamericanos reglas de moralidad económica ni de moralidad alguna, y lo que más asombro les produce á los vapuleados adinerados argentinos es que allí donde creían alejado el imperio de los tiranos, reina con el de un zar y un sultán cualquier sastre, peluquero ó fabricante de corsés.

Hijos de otra moralidad más arcaica quizá, pero más sana, no conciben que el pudor femenino se cotice bajo la inexorable condición de que sea problemático y absurdo, para que las *demivierges* no sufran las depreciaciones de cotización de los fondos de Haiti.

Ellos, los americanos, son enemigos declarados del rescripto de Malthus; pero profesan el axioma económico: «Tanto vales cuanto gastas.»

Todo el ambiente de la vertiginosa vida parisiense es un puro artificio de engranajes, y hasta las revoluciones políticorreligiosas, la renovación de grandes ideas inaplica-

bles á otros pueblos, las espeluznantes novelas, las creaciones de arte patibulario, han sabido convertirlas en concepto de ingresos para la *Villa-lumière*.

El interés de Francia por Turquía es debido á que hasta los rancios católicos han entregado el dinero de las novenas para engordar al Sultán y resarcirse con los intereses que da el gran déspota.

Cuando los argentinos se instalan en París se les figura estar al mismo tiempo en Europa entera, y ha bastado que la República Argentina decidiera adquirir sus armamentos en Alemania para que el trato parisiense se convierta en sanglantes zumbas y bufonescas representaciones teatrales.

En España no somos enemigos de la experiencia, y sabemos á qué atenernos sobre la sociología parisiense, que convierte en un espectáculo más, grabándole en cera para el Museo Grevin, la moral del mundo.

París es mucho menos despreocupado de lo que parece. Y todo el dinero del Nuevo Continente podrá venir á servir los intereses de sus empréstitos, pero no bastará á librarle de la carcajada parisina.

Los que forman parte integrante de la raza española nos consideran menos europeos, porque somos en el movimiento mundial cuestión de conjunto para examinada á la luz de presentimientos y cálculos.

Pero nuestro deber es protestar franca y rudamente de que nuestros hermanos de América sean juzgados con fingido entusiasmo de comisionistas de hotel, para ser despedidos groseramente con arreglo á la propina.

Aborrecemos la pedantería de esa crítica parisiense, que sólo concede importancia á las corbatas y corsés llamativos, y sentimos que no se haya dado cuenta de que su Babilonia de la elegancia y del placer sería una capital de provincia más, sin el atractivo cosmopolita, sin la policromía de razas, sin la diversidad de cuños de moneda en la circulación de sus mercados, sin que París haya llegado á ser el escenario de las grandes despreocupaciones y locuras.

Esos filiíes dantescos de figurines que constituyen la felicidad de París tienen sin cuidado á muchas gentes, y lo que más procuran averiguar los sudamericanos á estas fechas es si la próxima Exposición de 1910 en Buenos Aires se parecerá en el contenido, aunque se distancie en lo demás, á las más célebres Exposiciones de París.

Julián de la Cal.

———oCo———

INFORMACIONES

Política

Empezó este mes para la política con un discurso del Sr. Moret en Valladolid, que era esperado con ansiedad, y sobre el que, antes de pronunciarse, habíanse hecho distintos pronósticos.

Para unos, iba Moret á dar por terminada la campaña de propaganda del bloque, y hasta la puntilla á éste, pues se pretendía por algunos elementos que Moret en Valladolid rectificara parte del discurso que pronunció en Zaragoza el 18 de noviembre, en el que hizo el llamamiento al país liberal y requirió á todas las fuerzas de la izquierda.

Contra todos estos augurios, Moret en Valladolid se ratificó de cuanto había dicho en Zaragoza, y de su discurso nos conviene puntualizar algunas notas, singularmente una, por lo que significa y debe importar á nuestra política.

Habló de los deberes del monarca constitucional, concretándolos, haciendo ver cómo debían ser cumplidos, acudiendo á la historia, bien reciente en nuestra España, para recordar cómo por no haber sabido la reina Isabel II ser reina, y sus políticos políticos constitucionales y parlamentarios, se hizo aquella revolución cuyo primer resultado fué su destronamiento.

De todo esto larga y categóricamente habló Moret, con la autoridad que como caudillo de los elementos de la izquierda tenía y con la que disfruta en nuestra política, en la que jamás se gastan los hombres ni se pierden los prestigios—donosa condición de ella—, y estuvo por su palabra á la altura de un político liberal que acude á la opinión para demandar su concurso y su apoyo, importándole poco lo que se piense en las alturas.

Todo esto fué ruidosamente aplaudido y, exceptuando algún segundón cortesano, aprobado sin reservas por cuantos elementos habían ido con Moret á escuchar su discurso.

A las consideraciones que esto nos invita acudiríamos con entusiasmo, si fuera ello posible dentro de las exigencias de un artículo; pero, con todo, haremos indicación de aquello que no puede pasar en silencio.

Una pregunta se nos ocurre sólo como base de todo cuanto á este particular pudiera decirse. Es la siguiente:

¿Cómo al cabo de los años de monarquía constitucional que llevamos en España, es oportuno y necesario que un hombre como Moret, entusiasta de la Monarquía, devoto del Rey, algunas veces hasta con apariencias de cortesano, hable de cuanto habló en Valladolid, y esté tan categórico como si el Rey, olvidado de sus deberes, necesitara avisos que hoy son prudentes, mañana pudieran ser amenazas, y luego realidades?

No lo entendemos; pero conste que si cuanto dijo sobre ese particular Moret no fuese por la creencia en éste de la necesidad de recuperar para el pueblo y la opinión aquel puesto primero que en las monarquías constitucionales le pertenece, no entendemos lo que dijo ni comprendemos aquel entusiasmo en la multitud que le escuchaba, que delirante se levantó aplaudiendo aquellas manifestaciones.

Hoy ya en España debiéramos vivir la monarquía constitucional de tal modo, que no fuera menester recordar deberes fundamentales ni al Rey ni al pueblo.

No es así, y dejemos esto por ahora, consignando que ha sido político de la autoridad de Moret quien se ha visto obligado á hablar en términos que su sinceridad le imponía, y que acaso sus sentimientos de adhesión al Monarca le censuraban.

Otras notas tan simpáticas como ésta tuvo el discurso que comentando á la ligera vamos, como la de que los mítines no terminaban, y que esa campaña de propaganda bloquista, que se propone, y consiguiéndolo va con la lentitud que la pereza de nuestro país exige, despertar la opinión, continuaría.

Esto, que nada significaría si aquí se realizaran estas campañas, fruto del régimen político en que vivimos, con la frecuencia debida, tiene en nuestro país singular importancia, porque nunca, al menos con los elementos turnantes en el Poder, se ha llevado á cabo propaganda tan constante y duradera.

Y tiene más importancia todavía, porque, acostumbrados á un silencio y á una paz que olían á muerto, preocupa á muchos la agitación que estas campañas suele producir y lo que en ellas, interpretando muchas veces deseos de gran parte de la opinión, se dice.

Para esto también tuvo Moret en Valladolid palabras sumamente simpáticas.

En los mítines celebrados, como en los que se celebren, cada uno de los elementos que forman el bloque se ha pronunciado según su sentir y pensar, y, no saliéndose ninguno en las peticiones y en los ofrecimientos del plan que la política liberal seguirá, todos daban sus notas más ó menos radicales, que van haciendo su efecto y que han de producir su fruto.

Trató también Moret la cuestión religiosa ó clerical, llamóla así para que no se discuta por el adjetivo, y aun cuando lo hizo con las reservas consiguientes de quien va á ser Poder tarde ó temprano, pero seguro, satisfizo en general los deseos de todos.

Hemos llegado en esto tan lejos, caminando empujados por los de la derecha, y estamos tan convencidos, por lo menos yo, del empujón que todavía tenemos que aguantar, que diputaríamos un triunfo para nuestros ideales ver sólo que ese problema era planteado y abordado en todos los términos que la realidad le ofrece y con todas las energías que demanda. Si lográramos esto en la primera situación liberal, y se llevara á cabo de modo que ya no fuera posible gobernar sin tropezar con ese problema, habríamos adelantado mucho para su solución y para satisfacer radicalismos—así los llaman algunos timoratos liberales—que se reputan peligrosos.

No hay problema político en este país en el que el miedo de gobernantes y gobernados no ponga un reparo ni deje de vislumbrar un peligro.

***

Ha seguido luego la política callada y tranquila hasta fin de mes.

Hace tiempo tenía ganas de reconocer un mérito y poner públicamente un aplauso en aquello que creo merece la política del Sr. Maura. En este régimen político vivíamos con las Cortes cerradas, apenas si se abrían, hasta que llegó Maura á la presidencia del Consejo de ministros. Desde entonces, lo mismo la otra vez cuando fué presidente doce meses, que ahora que lleva dos años bien cumplidos, ha vivido con las Cortes abiertas.

No merecería esto tampoco ni siquiera un comentario si sucedieran las cosas como debieran; pero en nuestro país hemos de consignarlo como un mérito de Maura, y prodigarle por ello nuestro aplauso.

Gobierna con el Parlamento abierto para que su obra pueda ser censurada todos los días, y para que, cuando las oposiciones sean tales, caiga como es debidò. No hay otro modo de gobernar en los países de régimen constitucional y parlamentario, y no está de más recordar esto para algunos liberales que aún viven del espíritu del 70.

Lo más interesante ocurrido durante el mes ha sido el debate á que dió lugar en el Senado el Sr. Sánchez de Toca, y sus consecuencias. Es de aplaudir la destitución de éste, pues no sería posible la vida ni la autoridad de ningún ministro discutiendo con sus subordinados, ni era además soportable en partido alguno la conducta de Sr. Sánchez de Toca.

En esto, como en lo referente al debate sobre el Canal y la Hidráulica de Santillana, no encontramos tan falto de razón al Gobierno; pero la falta de habilidad del señor ministro de Fomento, por querer abusar de ella, enredó el debate, y resultó oportuno hablar de todo y censurar la política en general del Gobierno, que en asuntos como el de la ley de azúcares, la hojalata, casualmente resuelto en vísperas de la manifestación, el proyecto de ley de comunicaciones marítimas, etc., etc., tiene tanto que censurar y merece tanta protesta.

Así las cosas, y con el debate generalizado, el Sr. Sol y Ortega habló con la claridad en él peculiar, y el jefe del Gobierno se exasperó y se pronunció en términos en él peculiares también, creyéndose con toda la opinión detrás y suponiendo solo al senador antisolidario.

Le retó á Sol y Ortega á que demostrara su compañía y á que esa opinión en nombre de la cual decía hablar se manifestara, y Sol y Ortega recogió el reto del señor Maura y se dispuso á demostrarle que no estaba solo.

Y en este momento ocurre en nuestra política una de esas cosas chuscas y peregrinas que tienen rara y dudosa explicación.

Había hablado Sol y Ortega con aplauso de liberales, demócratas y republicanos, y cuando llegó la hora de exteriorizar esta opinión le dejan solo todos, menos el pueblo republicano y prestigiosas figuras de él, no todas.

A pesar de esas ausencias, la manifestación resultó imponente y ha sido un éxito para el senador por Guadalajara, y los que no acudieron quizá lamenten haber desperdiciado una ocasión en la que pudieron dejar demostrado que sus palabras se reflejaban en los hechos.

De esto estamos tan necesitados en España como sobrados de promesas, á las que no es posible dar crédito cuando se ven ciertas cosas.

A. González Alonso.

Marzo de 1909.

El Congreso de la Poesía en Valencia

«Valencia
es un compendio de los primores
con que ornó al mundo la Omnipotencia;
cuna de silfos, nido de amores,
patria de bardos y trovadores,
verjel poblado de ruiseñores,
pomo de esencia,
jarrón de flores.
Eso, señores,
eso es Valencia.

»José Zorrilla.

»Los periódicos de Madrid publican estos días el lucido programa de Congresos que durante la próxima Exposición de Valencia han de celebrarse en la hermosa ciudad levantina.

»Los arquitectos, los penalistas, los hombres de ciencia, los agricultores y ganaderos, los pedagogos, los higienistas, los sociólogos, los comerciantes é industriales, los notarios, los médicos y farmacéuticos, etc., se disponen ya á celebrar allí asambleas solemnes, verdaderos concilios de la inteligencia, en los que, estableciéndose una comunión de actividades, observaciones y experiencias, se obtengan la mayor prosperidad para el trabajo y el estímulo y el galardón para cuantos sean dignos de ello.

»Acreedoras son al aplauso todas estas iniciativas, que tan excelente resultado acaban de dar en Zaragoza, donde el Congreso de la Tuberculosis, el del Progreso de las Ciencias, el Histórico, el Pedagógico, el Africanista, el de la Exportación, etc., han proporcionado á España una elocuente manifestación de sus adelantos, de su potencia intelectual, un recuento importante de sus hombres ilustres.

»Caminamos cerca de un siglo retrasados con respecto á otras naciones. Alemania comenzó sus Congresos científicos, bajo la presidencia del gran Humboldt, en 1828, y no mucho después inauguraron Inglaterra y Francia los del Progreso de las Ciencias, que acabamos de introducir aquí como una novedad.

»Pero no hemos de olvidar que si para nosotros fuese una vergüenza inaugurar hoy las obras ya en otros países centenarias, para ellos sería una vergüenza también erigirse ahora en gimnastas ó, si se quiere, deportistas á renglón seguido de tanta sabiduría.

»Y es que los pueblos todos están fatalmente sujetos á evoluciones, no análogas, idénticas, por cuanto son naturales y lógicas. Hoy por la Historia y mañana por la raza. Á una generación de intelectuales debe seguir, para compensación de la muscular atonía, una generación de fuerza bruta, y viceversa. La inercia y la rutina, monótonas é insanas, serían el desequilibrio, la degeneración.

»Y así, los que fueron potencia ayer lo volverán á ser mañana. La ley de las recompensaciones es infalible. Si todos fuésemos á la vez potencias, no necesitándonos los unos á los otros, se acabaría el mundo.

»No forcemos, pues, la nota ni desfiguremos los hechos; todo llegará para nuestras industrias, para nuestras ciencias; todo llegará sin excesos ni alardes, por sus pasos contados, y no paulatina, sino velozmente.

»Hasta entonces, ¿cómo desvirtuar nuestro carácter, nuestra significación en la vida, cuando somos la envidia de aquellos mismos á quienes más ó menos servilmente imitamos?

«Hacer castillos en España», el país de los héroes y la alegría, el país de las aventuras, y el arte, y la belleza, es el sueño dorado del extranjero.

»Cultivemos nuestro jardín.

»Valencia está debajo del paraíso,
y cuando Dios les priva de su presencia,
por el balcón del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman á ver Valencia.

»Así lo dijo el poeta.

Y es el momento y la ocasión de celebrar allí una gran fiesta, una suntuosa fiesta de la Poesía.

«No sólo de remolacha vive el hombre», dijo el baturro.

»En Zaragoza, y con las facilidades que me daba la circunstancia de dirigir allí el decano de la prensa local, al propio tiempo que la revista ATENEO, de Madrid, tuve la satisfacción de poder formar el *Romancero de los Sitios,* «monumento de gloria—como dijo la crítica—que los poetas, cinceladores de la palabra y el espíritu, legarán á las »generaciones venideras, junto á los mármoles y bronces de Querol y Benlliure».

»Pero Valencia requiere algo más. Aragón es la tierra de los frutos; Valencia es la tierra de las flores.

»Valencia es la florida puerta del cielo,
el balcón por donde abre la aurora el día;
Dios por él de la España bendice el suelo,
y la salud, la gracia y el sol envía.

»Hay que ir á Valencia, poetas, para que en sus batallas espléndidas de flores no falten las de la inspiración y el consonante.

»Gil Polo, Guillén de Castro, Vicente Wenceslao Querol, Teodoro Llorente y tantos otros vates ilustres nacieron allí, donde debieran inspirarse los poetas españoles para ser españoles y poetas, y no padecer el desvío decadente de los extravagantes afrancesados.

»Pero hay que ir con toda pompa y ostentación; es decir, en corporación y con maceros. No á celebrar unos Juegos Florales más, sino á ver Valencia, á cantar á las valencianas y á coronar á un vate insigne, de fama universal, Teodoro Llorente, fiel traductor de los grandes poetas del mundo, iniciador del renacimiento de la poesía lemosina, y cantor el más brillante y entusiasta de aquella hermosa tierra donde abrió los ojos á la luz.

»Protección y facilidades no han de faltar, como no les faltan á los veterinarios ni á los ganaderos, con la diferencia de que los poetas pueden ser allí mejor comprendidos.

»Cuando queráis, hablaremos de ello de una manera más concreta y terminante.

»Y, entretanto, nadie lo olvide:

»Está bien, muy bien, todo eso de los Congresos que ya se anuncian y organizan; pero sin que Valencia tome el aspecto grave de los sabios que la visiten, porque Valencia

es un compendio de los primores
con que ornó al mundo la Omnipotencia;

cuna de silfos, nido de amores,
patria de bardos y trovadores,
verjel poblado de ruiseñores,
pomo de esencia,
jarrón de flores.
Eso, señores,
eso es Valencia.

»MARIANO MIGUEL DE VAL.»

El anterior artículo, publicado el domingo 21 de febrero del corriente año en el *Heraldo de Madrid,* fué reproducido en varios periódicos de provincias; entre ellos, *Diario de Avisos de Zaragoza* y *Las Provincias,* de Valencia.

Muchos fueron los poetas que se apresuraron á ofrecer su adhesión y concurso al pensamiento.

Y ello dió lugar á otro artículo en el *Heraldo de Madrid* (19 de marzo), que reproducimos también:

«EL CONGRESO DE LA POESÍA

»La idea que tuve el honor de lanzar no hace muchos días en estas mismas columnas, relativa á la celebración de un Congreso de la Poesía en Valencia, ha tenido la fortuna de ser acogida con entusiasmo.

»Muchos han sido los poetas residentes en Madrid que me han hablado de este asunto, proponiéndome la convocatoria á una reunión; muchos los poetas de provincias que me han escrito y comunicado su adhesión; la prensa de Valencia ha reflejado también el admirable efecto producido allí por la iniciativa; hora es, pues, de que insistamos á fin de llegar á un acuerdo para la realización del pensamiento.

«La idea, la magnífica idea—ha dicho en *Las Provincias,* de Valencia, el ilustrado escritor Sr. Calvo Acacio—, satisfizo á todos los valencianos, porque iba envuelta en manto de flores y de rendimientos para nuestra querida tierra. Prestamos *in mente* todos los valencianos conformidad á la tentadora iniciativa. El artículo de Val guardábanlo poetas y escritores como algo muy querido, como prenda inestimable del amor que la juventud literaria, sedienta de aromas levantinos, siente por la patria de Auxias March y de Gil Polo...

. . . . . .

»Y ahí van estas líneas, que desde luego me consta que suscriben valiosos elementos literarios de Valencia.

»Sí, hermano Val: á la guirnalda de fiestas que la ciudad de los claveles piensa tejer con motivo de la solemne consagración de su riqueza y de su laboriosidad le faltaría lo principal, el perfume, el color, la vida, si no viniesen aquí los poetas en devota romería á dejarnos las flores embriagadoras de su ingenio á cambio de sensaciones nuevas y de saciar en este océano de bellezas la sed intensa de inspiración. Les llama el padre Sol—primer valenciano—, dispensador de riquezas, que tan pronto distribuye generosamente las magias de su gama en nuestros jardines, como tornasola y enardece las palomas multicolores de nuestra fantasía. Les llaman estos días espléndidos, fastuosos, que nos hacen nacer á la vida diariamente, y estas noches horacianas,

llenas de vagas caricias
y de olor de flores frescas.

»Invítales con el poder de lo maravilloso esta inundación gloriosa de flores.

. . . . . .

»Que vengan los poetas á dedicar rendidos madrigales á la mujer valenciana de

negro pelo sedeño,
arqueados labios rojos,
el semblante trigueño,
soñadores los ojos,

vencedora aun sin combate, escultura griega con alma oriental y arrogancia castellana. Para ellas se hizo este soberbio jardín de ensueño, y á ellas, como únicas soberanas, se les ha de rendir pleitesía con ese lenguaje que sólo los ruiseñores poetas saben modular...

»Pónganse al frente de esta original peregrinación á la sagrada tierra levantina, Meca de las sugestivas bellezas naturales, el gran Rubén Darío, amante predilecto de las Plérides, gran revolucionario de la métrica; Salvador Rueda—ya nuestro viejo amigo—, mago del ritmo, poeta de los claveles, incomparable forjador de soberbias ataujías; Fernández Shaw, depositario de la clásica tradición lírica española; Martínez Sierra, que hila con singular maestría áureo hilo del idioma, paladín afortunado de la juventud triunfadora; Juan R. Jiménez, *sabidor* de almas, cantor de los augustos silencios campestres; el plácido, el nostálgico Pérez de Ayala, que posee la virtud de animar con su propio espíritu aun las cosas inanimadas; Amado Nervo, autor de dos sonetos, *Galardón* y *Á Kempis,* indicadores ellos solos de un robusto temperamento poético; Eduardo Marquina, poeta pensador y pensador poeta, que ha heredado, sin duda, el plectro grecolatino; Ricardo Catarineu, al que deben agravios las musas, y con ellas quienes sabemos cuán correctamente versifica, por privarnos—al dedicarse al periodismo militante—de sus composiciones cálidas, tiernas, humanas; Antonio de Zayas, el orfebre que al labrar ricos joyeles de distintas épocas hace dudar quién fué el verdadero artífice, si el joven poeta del siglo XX ó un contemporáneo de Gonzalo de Berceo, porque Zayas pinta como el Greco y escribe con la naturalidad del arcipreste de Hita...

»Acompañen á todos éstos Villaespesa, el rimador que acierta siempre y no se cansa nunca; Díez-Canedo, Emilio Carrere, Icaza, Antonio y Manuel Machado, Cristóbal de Castro, Blanco-Belmonte, Vaamonde- ¿qué se ha hecho el autor de *Mujeres*—, toda la juventud y la madurez intelectual que *sienten* á Valencia sin conocerla, ó, conociéndola, no la vieron vestida de fiesta con las preseas y las joyas y los tesoros que le ofrece la Naturaleza y le procuró el trabajo fecundo de sus hijos.

»Los poetas provenzales se hallarán aquí como en tierra propia, bajo cielo diáfano y temperatura vernal; catalanes y mallorquines—¡cuán agradecidos quedaríamos, Maragall y Costa, si vinierais!—dialogarían con el alma del pueblo valenciano, que habla parecido lenguaje; los hijos de Andalucía saludarían al sol de su tierra en los ojos de las valencianas, y aquí, en nuestra ciudad, en las huertas, siempre verdes; en los jardines, en plena orgía de colores; en los huertos alcireños, que parecen bosques inmensos de gigantescas camelias, no cabe duda de que los poetas de las diversas regiones hallarían goces intensos, temas divinos para sus cinceladas estrofas...

»La idea es magnífica, generosa, y de por sí constituye profesión de fe en el gran culto á la Belleza. Sea Valencia el templo. Los valencianos lo sembraremos de mirto, de claveles y de ramas de laurel para recibir dignamente á los poetas que vengan como fervorosos creyentes á depositar sus exvotos, en forma de áureas rimas, en el altar de nuestras gloriosas tradiciones y de nuestro actual resurgimiento...»

»El brillante articulista, que, como se ve, no habla sólo por cuenta propia, sino obedeciendo á un entusiasmo general, termina citando más nombres.

»Á todos pedimos su concurso. Su ayuda y protección, al maestro Vicenti, á Francos Rodríguez, al insigne Mariano de Cavia, gran impulsador de todo justo homenaje, de toda manifestación de cultura.

»Y dense todos por convocados á la reunión que, para tratar de este asunto, se celebrará en el Ateneo de Madrid el lunes 22 del actual, á las seis de la tarde.

»Por hoy, ni una palabra más.

»MARIANO MIGUEL DE VAL.»

Al siguiente día del señalado para la reunión en el Ateneo, *El Liberal* dió exacta cuenta de lo ocurrido en ella en la siguiente forma:

«EL CONGRESO DE LA POESÍA EN VALENCIA

»En la Secretaría del Ateneo de Madrid se celebró ayer tarde, á las seis, la reunión anunciada, preparatoria para la organización del Congreso de la Poesía en Valencia.

»Entre los que asistieron figuraban los Sres. Francos Rodríguez, D. José Joaquín Herrero, Cavestany, Nervo, Zayas, Martínez Sierra, Vega, Villaespesa, Machado, Marquina, Castro, Díez-Canedo, Gil, Répide, Vaamonde y De Val.

»Enviaron expresivas adhesiones los Sres. D. Rubén Darío, Vicenti, Rodríguez Marín, Salvador Rueda, Alvarez Quintero, Pérez de Ayala, Catarineu, Sandoval y Fernández Shaw.

»El Sr. De Val dió cuenta del objeto de la reunión, convocada solamente para conocer la adhesión de los elementos indispensables á la organización proyectada y para designar las personas que hayan de estudiar los pormenores del Congreso, temas, fines, alcance que puede dársele, época de su celebración, etc.

»El Sr. Francos Rodríguez elogió elocuentemente el pensamiento del Congreso de la Poesía, cuya transcendencia ha de ser grande, y manifestó su conformidad con que el objeto de la Junta se concretara al nombramiento de la Comisión que ha de estudiar el asunto y ha de preparar la realización del Congreso.

»Acordóse un voto de confianza al Sr. De Val, y á propuesta de éste quedaron designados para formar parte de la citada Comisión los Sres. Vicenti, Francos Rodríguez, Herrero, Nervo, Zayas, Martínez Sierra y Machado, que con el Sr. De Val comenzarán en breve los trabajos preparatorios, reuniéndose frecuentemente á fin de ultimarlos cuanto antes y dar al Congreso la mayor importancia posible, no sólo por razón de sus elevados fines, sino por la asistencia del mayor número de poetas ilustres provenzales, americanos y españoles de todas las regiones.»

Entre los artículos que otros periódicos han publicado sobre este mismo asunto, recordamos los que á continuación se enuncian:

«Crónica», de D. Federico García Sanchís, en *La Correspondencia de España* (23 de marzo).

«Palabras de un mundano», de D. Bernardo G. de Candamo, en *El Mundo* (23 de marzo).

«Cintas de cinematógrafo», de D. M. R. Blanco-Belmonte, en *El Imparcial* (24 de marzo).

Otros artículos sin firma han aparecido en *La Época, El Liberal, Heraldo de Madrid, Gedeón, A B C,* etc.

El viernes 26 del actual reunióse por primera vez la Comisión organizadora del Congreso de la Poesía.

Adoptáronse importantes acuerdos; entre ellos, la formación de otro Comité en Valencia, con el que se mantendrá constante relación.

Financiera

Impresiones generales

Todos los mercados bursátiles, sin excepción alguna, acusan orientaciones alcistas y excelentes impresiones monetarias.

Por otra parte, la política exterior, dando como resuelto de un modo definitivo el problema de Oriente, ha hecho desaparecer de los mercados las vacilaciones y temores que antes existían de la posibilidad de conflictos armados.

Por todo ello, durante el pasado mes de marzo las Bolsas han sufrido oscilaciones de consideración, que han terminado en un movimiento de alza importante, que, en nuestro concepto, se ha de consolidar primero, para ser continuado después en sucesivos meses.

En lo que á los valores españoles se refiere, hay que hacer mérito especial del alza del Exterior, que llega á cambios muy cercanos de la par, fundándose en los rumores más ó menos verídicos de una posible conversión del Exterior 4 por 100 y del Amortizable 5 por 100, debiendo hacer constar que el ministro de Hacienda ha declarado no tener ningún proyecto que se relacione con estos valores.

Bolsa de Madrid.

Fondos públicos

La Bolsa se ha desentendido por completo de los últimos acontecimientos políticos interiores de nuestra patria, importándola muy poco que el actual Gobierno sea ó no inmoral, perjudique ó favorezca los intereses generales del país. Atenta solamente á la seriedad económicofinanciera de los conservadores, y principalmente al crédito adquirido por estos elementos políticos dentro de la economía, sólo le interesa su permanencia en el Poder, y, dado el ambiente que en Bolsa se respira, un cambio de Gobierno sería indudablemente seguido de una baja de consideración en los valores del Estado.

Este hecho debe ser recogido y estudiado por los partidos liberales y democráticos, para que, concediendo la importancia que indudablemente merecen los problemas del orden económico, no sientan las debilidades de otras veces, y, desechando antiguas y desacreditadas teorías económicas, sepan inspirar á las fuerzas productoras del país la

confianza que merecen, presentando á los problemas económicos pendientes soluciones en armonía con los adelantos científicos ya puestos en práctica por otros países de mejor organización financiera y menos elementos productivos.

Las excelentes disposiciones de nuestra plaza han sido aprovechadas para producir un alza importante en nuestro primer signo de crédito, el Interior 4 por 100, que alcanza el cambio de 88,40 por 100 después de cortado el cupón abril corriente, y que en las operaciones de fin de mes llega á 89 por 100 excupón.

El Amortizable 4 por 100 llega á 96 por 100 excupón por haberlo repuesto rápidamente, y el 5 por 100 Amortizable cotiza también los elevados cambios de 102,65-70.

Los corros presentan bastante animación y gran firmeza, siendo de esperar mayores progresos en el alza, de continuar los conservadores gobernando.

Valores mercantiles

BANCO Y TABACOS.—Las acciones del Banco de España mejoran algo, aunque poco, llegando á 449, y las de la Compañía Arrendataria se muestran flojas alrededor de 393. Por las razones ya indicadas en anteriores revistas, estos dos valores (á que la plaza atribuye un carácter semioficial, por explotar monopolios concedidos por el Estado y por la intervención y vigilancia que éste ejerce sobre ellos) no pueden seguir, como debieran, el movimiento general de los fondos públicos. Los corros se presentan poco activos, y las transacciones sobre Banco y Tabacos son de escasa consideración.

RÍO DE LA PLATA.—Con bastante animación, este valor, tan justamente conceptuado como de los mejores de nuestra plaza, gana algunos enteros, pasando su cotización de 450 á 465, cuyo movimiento alcista ha de seguir produciéndose, si se atiende á las impresiones y creencias generales.

ALTOS HORNOS.—Permanecen estacionarios y completamente abandonados de la especulación, haciéndose á 295. La Sociedad habrá celebrado Junta general el día 3 del corriente, y el cupón se empezará á pagar muy próximamente. Los beneficios durante el ejercicio de 1908 han sido superiores á los de 1907 y se aproximan mucho á diez millones de pesetas. En el próximo número nos ocuparemos especialmente de la Memoria y distribución de beneficios, de las cuales cantidades verdaderamente importantes pasan á fondo de reserva, amortización de obligaciones y mejoras de fábrica.

EXPLOSIVOS.—Mientras que en nuestro mercado se presenta bastante dinero á 329 y 330, en la plaza bilbaína hay papel á 328.

Por el momento, no parece nada indicar la posibilidad de un aumento en este papel.

AZUCARERAS.—Las preferentes oscilan entre 107 y 106,50, más bien flojas que fuertes, y las ordinarias, con escasísimas operaciones, á 40 por 100. A pesar de que la Junta general acordó la emisión de los 70 millones de obligaciones, de que por separado dimos cuenta, no existe en el corro gran entusiasmo.

VARIOS VALORES.—Los restantes valores sin variación de importancia, cotizando: Hispano-Americano, 148,50; Español de Crédito, 128; Hipotecario, 236, y Castilla, 118.

José María del Valle.
Agente de Cambio y Bolsa.

Libros recibidos

OBRAS DEL DR. D. ANGEL PULIDO

Estudios médicos.—Madrid, 1889.
Grandes problemas (segunda edición).—Madrid, 1892.
El gran pueblo.—Madrid, 1894.
La bella Asturias.—Madrid, 1895.
La emoción oratoria.—Madrid, 1896.
Saneamiento de poblaciones españolas.—Madrid, 1902.
Sanidad pública en España.—Madrid, 1902.
Mezcla de pimentón y aceite (discursos).—Madrid, 1902.
Españoles sin patria.—Madrid, 1905.
La Sanidad militar.—Madrid, 1909.

OBRAS DE D. TEODORO LLORENTE

Versos de la juventud (1854-1866).
Leyendas de oro (segunda serie).—Valencia, 1908.

OTROS LIBROS

Morbideces.—Ramón Gómez de la Serna.—Madrid, 1908.

El Amo del mundo.—Roberto Hugo Benson.—Barcelona, 1909.

Catálogo de la Escultura del Museo del Prado.—Eduardo Barrón.—Madrid, 1909.

Asociación Española para el Progreso de las Ciencias.—Congreso de Zaragoza (tomo I, primera parte).—Madrid, 1908.

D'OÙ DÉRIVE
"EL SOMBRERO DE TRES PICOS,, [1]

Sous le titre «Los orígenes de *El sombrero de tres picos*», M. A. Bonilla y San Martín a publié ici même (XIII, 1905, pp. 5-17) une intéressante étude dans laquelle il reproduit:

1.° Une nouvelle de Boccace (VIII, VIII) d'après la traduction espagnole (éd. de 1543): *Como dos amigos, durmiendo cada uno con la muger del otro, sin otra vengança, fueron mas amigos.*

2.° Un romance anonyme, *El molinero de Arcos,* publié par Durán *(Romancero general,* II, pp. 409-411) d'après un *pliego suelto.*

3.° Une *Canción nueva del Corregidor y la Molinera,* d'après un *pliego de cordel.*

Pedro Antonio de Alarcón, dans la préface (julio de 1874) de sa nouvelle, assure avoir entendu conter à un berger—«hace ya más de treinta y cinco años»—«el cuento en verso de *El Corregidor y la Molinera,* ó sea, de *El Molinero y la Corregidora*», et il ajoute un peu plus loin: «Andando los años, hemos oído muchas y muy diversas versiones de aquella misma aventura de *El Molinero y la Corregidora...*, y, además, la hemos leído en letras de molde en diferentes *Romances de ciego* y hasta en el famoso *Romancero* del inolvidable D. Agustín Durán.»

Alarcón connaissait donc le romance *El Molinero de Arcos* et un «cuento en verso de *El Corregidor y la Molinera*» qui semble bien n'être autre que la *Canción nueva del Corregidor y la Molinera.* Dans ces deux pièces—de même que dans la nouvelle de Boccace—les deux adultères se consomment: ils ne se consomment pas dans *El sombrero de tres picos.* M. Bonilla y San Martín le remarque et dit: «¿Sería porque Alarcón tuviese á la vista otro texto de la aventura, ó porque la modificase á su placer, con el púdico propósito «de restablecer la verdad de las cosas, devolviendo á la peregrina his»toria de que se trata *su primitivo carácter,* que nunca dudamos fuera aquel en que »salía *mejor librado el decoro*», como él mismo dice, en el Prefacio? Nos inclinamos á creer lo último...»

M. Benjamin P. Bourland, qui a tout récemment réimprimé avec un très grand soin *El sombrero de tres picos* (New York: Henry Holt and Company, 1907), parle de l'opinion de M. Bonilla y San Martín (Introduction, pp. XIII-XIV) en ces termes: «He seems to me beyond any doubt to be in the right in holding that the differences to be noted between these sources and the novel are Alarcón's own, not the product of some other model, to him (Bonilla) unknown. To my mind this conclusion should be more strongly put. In his preface Alarcón tells us where he found the story, and makes direct reference to the Durán *Romancero;* had he had another, more strictly decorous, version at hand, one in short better suited to his need, he had surely mentioned it. Bonilla seems to me to take far too seriously the closing lines of the preface, which, to one without the pale, seem simply a graceful confession of faith in the basic decency of Spain.»

Je crois que l'adverbe «surely» est un de ces mots dont il convient de ne se servir qu'avec la plus extrême prudence en pareille matière, et c'est parce que je conservais

(1) *Revue Hispanique,* tomo XVIII. *(Reproducido con autorización de su autor.)*

des doutes sur les sources immédiates de la nouvelle d'Alarcón que je me suis livré à des recherches dont on trouvera ici le résultat.

Le *pliego de cordel* d'après lequel M. Bonilla y San Martín a réimprimé la *Canción* lui appartient, et il en a vu un autre à la bibliothèque de la Real Academia Española. J'en ai trouvé deux qui ont chacun un strophe de plus que les précédents, qui sont l'un et l'autre datés, et dont l'un tout au moins est plus ancien que ceux utilisés par l'érudit madrilène. C'est ce texte *(A)* (1) (Madrid: Imprenta de Isidra Ocaña, 1821) que je vais reproduire en indiquant les variantes du plus moderne *(B)* (2) (Barcelona: Imp. de José Tauló, Tapinería, 58.=1859. Barcelona: En casa Juan Llorens, calle de la Palma de Santa Catalina).

LA CANCION

DEL

CORREGIDOR Y LA MOLINERA

CHANZA SUCEDIDA EN XEREZ DE LA FRONTERA (3)

I

En Xerez de la Frontera (4)
habia un Molinero honrado,
que ganaba su sustento
en un molino arrendado.
Era casado
con una moza
como una rosa,
y era tan bella,
que el Corregidor
se prendó de ella.
La visitaba y festejaba,
hasta que un dia
la (5) declaró el asunto
que pretendia.

II

Respondió la molinera:
«Vuestros favores admito;
pero temo que (6) mi esposo
nos atrape en el garlito.
Porque el maldito
tiene una llave,
con la cual abre
cuando es su gusto,
y si viene y nos coge
tendré (7) gran susto;
porque es un hombre
muy vengativo,
cruel y activo,
y como le agravien,
no se la hará ninguno
que no se la pague.»

III

Respondió el Corregidor:
«Yo puedo hacer que no venga,
enviándole al molino
cosa que allí le entretenga (8).
Pues, como digo,
será de trigo
porcion bastante,
que la (9) muela esta noche,
que es importante
para una idea
que tengo oculta,
bajo la multa
de doce duros;
y con eso (10) podremos
estar seguros.»

---

(1) British Museum, 12.330. l. 1 (71).—(2) British Museum, 11.450. f. 27 (75).—(3) *B.* Nueva cancion del Corregidor y la Molinera.—(4) *B.* En cierto lugar de España.—(5) *B.* le.—(6) *B.* (que).—(7) *B.* tendrá.—(8) *B.* con que á él entretenga.—(9) *B.* lo.—(10) *B.* esto.

IV

Consintió la molinera,
y luego, sin más porfia,
el Corregidor dispuso
todo lo que dicho habia.
Pero aquel dia
por cierto (1), vino
á este molino
un pasajero,
que tenia el oficio
de Molinero.
Viendo la orden,
le dijo ayroso:
«Si usted está ansioso
por (2) irse, amigo,
vayase, que sin falta
moleré el trigo.»

V

Lo (3) agradeció el molinero,
y arrancó como un cohete,
á las doce de la noche,
y se mete en su retrete (4).
Cuando en la (5) cama
vió á la Dama,
sin mucho empeño,
y al Corregidor,
que ambos estaban (6)
dados al sueño;
y en una silla,
muy recogido,
todo el vestido
sin faltar nada,
relox, capa, sombrero,
baston y espada.

VI

El molinero se puso,
con contento y alegria,
del Corregidor el trage,
y dejó el que traia.
Tomó la guia
para su casa,
por ver si pasa;
y (7) llamó á la puerta:
le abrió el criado,
que estaba alerta,
y como iba
tan disfrazado,
sin ser notado
se entró en la cama
con la Corregidora,
que es linda Dama.

VII

A la que por desquite
y porque le agradaba,
era tanto lo que hacia,
que un punto no la dejaba.
Como estrañaba
la Corregidora
desorden tanto,
llena de espanto,
dijo al Molinero:
«¿Que novedad es esta,
esposo mio,
que en otras noches
no anduvo el coche
con tal violencia?»
y la respondió:
«Hija, tenga paciencia.»

VIII

Despertó el Corregidor,
y ver la hora procura;
pero al buscar el relox,
estraña la vestidura.
Con amargura,
la Molinera
toda se altera,
y ha respondido:
«Ay, señor,
que es la ropa
de mi marido;
yo no sé ahora
donde me oculte,
ó me sepulte,
que él no lo entienda;
yo me voy con usia,
que me defienda.»

IX

El Corregidor temblando,
que el delito (8) le acobarda,

(1) *B.* de acaso.—(2) *B.* para.—(3) *B.* Le.—(4) *B.* noche, || llega á su casa y se mete || en su retrete.—(5) *B.* su.—(6) *B.* están.—(7) *B.* (y).- (8) *B.* que el cielo.

en vestirse no se tarda
para volver á su casa (1).
Con capa parda
toda girones,
chupa y calzones
con mil remiendos,
las polaynas atadas
con unos vendos,
y unas albarcas
de piel de baca (2),
con una estaca
y su (3) montera,
se fue á su casa,
y siguele la Molinera.

X

Llegó llamando á la puerta,
y nadie le respondia;
tanto llamó, que de adentro
preguntaron que se ofrecia.
Y él les decia
á grandes voces:
«¿No me conoces,
que soy tu amo?,
¿como no abres la puerta
cuando te llamo?»
Dijo el criado:
«Calle y no muela:
vaya á su abuela
con esa (4) trama;
ea, calle, porque mi amo
está durmiendo
ahora en su cama.»

XI

Se estuvieron á la puerta,
de buena ó de mala gana,
hasta las nueve (5) del dia,
los dos toda la mañana.
¡Suerte tirana!,
pues el cuitado (6),
muy afrentado,
con gran paciencia,
sufrió, tras de los cuernos,
la penitencia;
y ella lo mismo
en compañia,
pues no sabia
donde (7) encubrirse,
hasta que el Molinero
quiso vestirse.

XII

Viendo la Corregidora
que aquel no era su marido,
se arrojó de la cama
como un león enfurecido.
Dijo: «Atrevido,
¿como has entrado
y has profanado
mi gran decoro?,
¿quien te dió el traje
de mi marido,
que me has perdido?»
Y con gran modo
la respondió:
«Allá fuera
lo sabrás todo.»

XIII

Salieron á la calle,
y cuando todos se vieron,
porque nadie lo (8) notase,
en la sala (9) se metieron.
Y dispusieron,
como hombres sabios,
que, sin agravio,
por el desquite,
se celebre el suceso
con un convite;
porque en la Córte,
por los dineros (10),
hay mas Corregidores,
que Molineros.

J'ai trouvé aussi le *Sainete* suivant, et c'est sur cette pièce que j'appelle plus particulièrement l'attention du lecteur:

---

(1) *Ce vers manque dans A.*—(2) *B.* de piel de paño.—(3) *B.* y una.—(4) *B.* esta.—(5) *B.* siete.—(6) *B.* citado.—(7) *B.* á donde.—(8) *B.* les.—(9) *B.* casa.—(10) *B.* con el dinero.

SAINETE NUEVO

EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA

PERSONAS...
- DON JULIAN, corregidor.
- DOÑA MARCELA, su esposa.
- PERICO, molinero.
- TERESA, su muger.
- BLAS, hermano del molinero.
- UN ALGUACIL.

El teatro representa un aposento del molino; en él hay algunos sacos de harina, una criba, una horquilla de madera, etc., una mesa y sillas: una escalerilla que figura subir al dormitorio.

(Salen Perico y Blas.)

BLAS.

Por mas que digas, Perico,
esta es la verdad.

PERICO.

Aprieta;
no parece segun hablas
sino que ya mi Teresa,
después de engañarme á mí,
ha perdido la vergüenza.
¿Tan fácil juzgas tú, Blas,
que á mi muger la pretendan,
siendo de virtud un muro?

BLAS.

Pero el muro no es de piedra.
Y como dice el refran,
la carne es perecedera,
la muger fuego, y el hombre
estopa que al aire vuela:
llega el diablo, sopla el fuego,
y muger y hombre se tuestan.

PERICO.

Pues ya que tanto predicas,
¿negarás que mi Teresa
cumple los buenos oficios
que su estado lo presenta?
¿Negarás que las mañanas
las pasa siempre en la Iglesia?
¿Negarás que cuando moza
no hubo ninguno en la aldea
que su corazon ganase
sino Perico?

BLAS.

¡Babieca!
La que engaña á su marido
hacer lo contrario intenta
de lo que piensa á sus solas,
pues es cosa valedera
que la muger, si es un diablo,
parece santa por fuera.
Yo, como hermano que soy,
y como tu bien me alegra,
quisiera que vigilases
la virtud de tu Teresa.
El perro guarda el ganado;
tú atisba, mira y acecha;
que si algun apuro tienes
y me pides asistencia,
subiré con un garrote
y al que te busque la ofensa
prometo que he de dejarle
partida en dos la mollera.

PERICO.

Blas, ¿qué dices?

BLAS.

Lo que digo.

PERICO.

¿Y tú lo harás?

BLAS.

¡Friolera!
En el pueblo me llamaban
por mote corta-cabezas.

PERICO.

Mira, Blas, yo considero
que es mejor de otra manera.
Indagaremos primero
la verdad de tus sospechas.
Nadie mas interesado
que yo en aquesta materia.

BLAS.

Yo lo creo... y si me engaño,
¡infeliz de tu cabeza!

PERICO.

Voy así que tú te vayas
á llamar aquí á Teresa,
y tú quédate á la mira
para aquello que se ofrezca.

BLAS.

Bien, Perico; así me gusta;
firmeza y siempre firmeza,
tieso y tieso y con valor
y vea la España entera
lo que puede un molinero
de Jerez de la Frontera. *(Vase.)*

PERICO *(solo).*

¿Si tendrá razon mi hermano?
¿Que cosa ha visto, ó que seña,
que así viene á hablarme á mí
en contra de mi Teresa?
Dicen que en siendo cuñados
no hay pazes y siempre en guerra
se están; lo mismo que dicen
de los yernos y las suegras.
Bueno es que cauto me avise,
bueno es que yo me prevenga,
bueno y muy bueno es que yo
lo que pasa en casa sepa;
y juro á S. Pablo Apóstol
que si sus nuevas son ciertas
he de dejar mas memoria
de mi venganza tremenda,
que haga fama el molinero
de Jerez de la Frontera.
Pero alerta..., cuidadito,
que aquí se acerca Teresa.
(Sale Teresa.)

TERESA.

Marido mio, ¿qué tienes
que la color se te altera
y brotan fuego tus ojos
y paréceme que tiemblas?

PERICO.

Sin duda traes los ojos
á componer.

TERESA.

La cabeza
te dolerá, porque tú,
tan testarudo y tan flema,
nunca puedes estar malo
á no ser de la cabeza.

PERICO.

Ni la cabeza ni el pié
me duele. ¿Hay tal tema?
Sin duda te has vuelto loca.

TERESA.

Puede ser; pero no cuela.
Tú tienes alguna cosa;
y no pronuncia tu lengua
la respuesta á mi pregunta
cual yo quiero la respuesta.

PERICO.

Es que he tenido con Blas
hace poco una reyerta,
porque ha venido á contarme
mil chismes de la tia Pepa
y de la novia de Anton,
que va siendo buena pieza.

Se va á casar con el uno,
y anoche junto á la era
la vieron con el Zurdillo
que estaba en grande parleta.
Todas son unas.

TERESA.

De aquellas
hablarás; que tú bien sabes
que cuando estaba soltera
tan sólo de mi Perico
escuché yo las ternezas.

PERICO.

Si soltera hicistes eso,
hazlo tambien de esta hecha,
y Perico no tendrá
palabras ni peloteras.

TERESA.

¿Que dices? ¿Estás en tí?
¿Sospechas de tu Teresa?
¡Mira, Perico, cuidado,
que si yo suelto la lengua,
habrá la de Dios es Cristo!
¿Tú te me vienes con esas
cuando la vida que paso
parece la de una negra?
Porque vayas aseado
paso las noches en vela;
y no me mata otro afan
que verte con gentileza.
¡Esposo mío! ¿Que tienes?

PERICO.

Déjame: ¡no sé que tema
te ha tomado Blas! Ahora
me decia en esta pieza:
«Cuida tu casa, Perico;
hacienda, el dueño te vea»
y otras palabras iguales
que de cólera me llenan.
Y si acaso lo decia
porque, libre y desenvuelta,
fueres tú la causa de ello,
juro por Cristo, Teresa,
que te acordarás de mí
como tal cosa suceda.

TERESA.

¡Pícaro! ¡Vil! ¡Todavía
insistes en la sospecha
de juzgar de mí tan mal!
Cuidado con la Teresa,
que es blanda como una malva
y humilde cual la cordera;
pero si se ve ofendida
y monta en cólera ciega,
ni la iguala de un leon
la furia. ¡Estamos buenas!
¡Miren el Sr. Perico
con lo que sale! Me alegro
haber con gracia escuchado
tanta tontura y simpleza.
Por no irritarme te dejo;
trata bien á tu Teresa;
que la muger blandamente
es como se la maneja. *(Vase.)*

PERICO *(solo).*

¡No puede ser! Blas es loco;
bien claro lo veo de ella.
¿Como habria de mentir
con tan ninguna vergüenza
si tuviera algun pecado
que le roa la conciencia?
Pero tambien si me acuerdo
hablóme con indirectas
de que sabria vengarse
y á mas de cólera ciega
pareceria al leon
en su venganza tremenda.
Algo hay en casa, Perico.
Aguardemos á que vean
los ojos lo que aqui pasa.
Vámonos á la tarea.
Le diré á Blas que mi esposa
todas las culpas me niega
y que se ha puesto furiosa.
Esperaremos, y venga
lo que Dios quisiere: Blas,
echa á andar aquesa muela. *(Vase.)*
(Sale Teresa.)

TERESA.

Ya se marchó. ¡Tunanton!
¡Quien habrá sido el tronera
que le ha contado á Perico
todo el caso! ¡Ese babieca

de Blas! Por vida de Anton
procuremos que no vean
ni mi marido ni Blas
á D. Julian cuando venga.
El quiere le quiera yo,
y para correspondencia
dice me dará sortijas
y delantales y medias
y me llevará á su torre (1)
á comer naranjas buenas,
mientras que el marido mio,
siempre entre harina, no cuenta
en dar gusto á su muger
y en tenerla satisfecha.
Pasos siento. Será él.
El es...
(Sale D. Julian con casaca, sombrero de tres picos, baston, chupa, etcétera.)

DON JULIAN.

Señora Teresa,
me alegro verla lozana
como del prado la yerba,
como la rosa de Abril,
cual la flor de la pradera,
y mas brillante que el sol
que alumbra toda la tierra.

TERESA *(aparte)*.

¡Que cosas me dice siempre!

DON JULIAN

¡Estais como nunca bella!
Los colores de los labios
parecen coral; las cejas
arcos de Cupido son
que el corazon atraviesan.

TERESA.

¿Y quién es ese Cupido?

DON JULIAN.

¿No lo sabes, picaruela?,
el que nos vuelve los sesos
por las bonitas mozuelas
que como tú me enamoran
y me gustan y me alegran.

TERESA.

Mas bajo, por Dios, señor,
¡Ay!, no sé lo que suceda
al verle á V. mi marido;
porque ya tiene sospechas
de que yo admito rendida
de algun amante ternezas.
Y aunque puedo asegurar
que injusto de mi tal piensa,
no ignora V. el infierno
que en mi casa se metiera
si por ventura Perico
le viese á V. en tal tema.
(Blas asoma la cabeza por una de las ventanas que hay en la pieza.)

BLAS.

¡Con la escala del molino
he subido á esta tronera
porque he sabido hay visita!
¡Ola, ola! ¡Aquesta es buena!
¡El Sr. Corregidor!
¡Zambomba!, ¡esto va de veras!
¿Si vendrá con la casaca
y el baston y esa montera
de tres picos á moler
el trigo para su hacienda?
Veamos.

DON JULIAN.

Sí, Teresita;
cuando yo pueda en ternezas
decirla á V. mi pasion,
verá V. que no hay que tema,
pues soy el Corregidor,
y si Perico se altera,
le echamos un par de grillos
y le metemos en Ceuta.

BLAS.

¡Canario! Ya lo verás;
tú sabrás como se venga.

(1) Ce mot est employé ici dans l'acception qu'il a à Barcelone: maison avec jardin, dans les faubourgs ou la petite banlieue.

TERESA.

Pero, Sr. D. Julian,
no esté V. mas.

DON JULIAN.

Ten paciencia.

TERESA.

Es que si viene Perico
y aquí solos nos encuentra,
me va á dar una paliza.
Si V. otro tiempo tuviera,
podríamos hablar mas
y con mas calma.

DON JULIAN.

Teresa,
yo voy á inventar ahora
una mentira dispuesta
con tal arte, que Perico
estará la noche en vela
y no podrá del molino
apartarse aunque quisiera.

TERESA.

Pues ea, que ya anochece:
váyase V. y no vuelva
hasta quedar bien seguro
de que está sola Teresa.

BLAS.

Y yo también volveré;
voy á dar á Pedro cuenta,
y juntos hemos de dar
un gran chasco al tio montera.
(Vase.)

DON JULIAN.

Conque adios, dueña del alma;
hasta luego.

TERESA.

Hasta la vuelta.
(Vanse.)
(Salen Perico y Blas.)

BLAS.

Ya está cogido el raton,
ya cayó en la ratonera,
y el Sr. Corregidor
se ha quedado tio montera.

PERICO.

¿Has visto algo?

BLAS.

¡Ya lo creo!
He visto, y con las orejas
he oido, que es mejor.
D. Julian con tu Teresa
están de acuerdo, y tendrán
un ratito de parleta.

PERICO.

¿Cuando?

BLAS.

Esta noche.

PERICO.

¿Y adonde?

BLAS.

En esotra pieza.

PERICO.

¿Tú lo has oido?

BLAS.

Seguro.

PERICO.

¿Y vendrán?

BLAS.

No tengas cuenta.

PERICO.

¿Y que haremos?

BLAS.

Una burla.

PERICO.

¿De que modo?

BLAS.

Que le duela.

PERICO.

¿Será fácil?

BLAS.

Ya lo es.

PERICO.

Pues disponla.

BLAS.

Está dispuesta.

PERICO.

Grita alarma, Blas amigo.

BLAS.

Ya grito: venga quien venga.
(Sale un Alguacil.)

ALGUACIL.

El Sr. Pedro Saquete,
que casó esta primavera
con Teresa Covarrubias,
¿está en casa ó está fuera?

PERICO.

Yo soy.

ALGUACIL.

Pues escuche V.
Me ha encargado S. S.
que para mañana mismo,
y aun antes de que amanezca,
ha de moler sin escusa
de trigo doce fanegas
para raciones de pan
que necesita. Y me ordena
que si á las cinco no están,
le exija sin mas conciencia
la multa de doce duros
por haber inobediencia,
y pagará V. además
las costas y daños: crea
que si se le forma causa
puede vaya á la galera.

PERICO.

Diga V. al Corregidor
que al punto voy á faena,
y antes que las cinco den
estará la harina hecha.

ALGUACIL.

Siendo así, que Dios os guarde.
(Vase.)

BLAS.

Vaya V. y nunca vuelva.

PERICO.

Te has portado, Blas. Ya ves
que tus sospechas son ciertas
y hay que vengarse cual hombres
que tienen su honra bien puesta.

BLAS.

Pues ea, que ya anochece:
llama al punto á tu Teresa
y dile que en esta noche
tienes tu mucha faena
y no puedes acostarte.
Yo estaré de centinela,
y en viendo venir al coco
al punto te haré una seña. *(Vase.)*

PERICO.

¿Teresa?

TERESA *(adentro)*.

¡Marido mio!

PERICO.

Sal al punto hácia aquí afuera.

TERESA *(saliendo)*.

Ya estoy aquí.

PERICO.

En esta noche
tengo yo mucha molienda:
conque, cena y no me esperes.

TERESA.

¡Cuanto lo siento! ¿No cenas?

PERICO.

No, que he merendado bien;
y el trigo abajo me espera.

TERESA.

Adios, marido;
voy á disponer mi cena
y me acostaré en seguida.

PERICO *(aparte)*.

¡Ah picarona, embustera!
Ya me lo dirás despues.

TERESA.

Hasta luego.

PERICO.

Adios, Teresa. *(Vase.)*

TERESA.

Ya estoy sola. D. Julian
puede venir cuando quiera,
y hablaremos largo rato
de lo que mas interesa.
Tiene un modo de esplicarse
que le escucho cuasi lela;
me dice rosa y jazmin
y otras doscientas ternezas,
y no puedo de Perico
oir palabras tan tiernas.

BLAS *(asomándose á la ventana)*.

Ya estoy alerta: ¡ah, bribona!,
como te coja en la trena,
de seguro que te mando
por diez años á galeras.

TERESA.

Pasos siento de seguro.
¿Será D. Julian? Alerta.
(Sale D. Julian.)

DON JULIAN.

Teresa del alma mia,
mas limpia que una patena,
¿está tu marido ya
trabajando en la molienda?

TERESA.

Ya se marchó: estamos solos.
Pero si quiere vuecencia,
estamos mal aquí al paso.
Ya he preparado la cena:
subiremos y hablaremos
cuanto V., D. Julian, quiera.

DON JULIAN.

Vamos donde vos querais:
yo he dejado á mi Marcela
con pretesto de salir
á dar al pueblo una vuelta
con la ronda, y me he venido
al lado de mi Teresa.

TERESA.

Pues subamos.

DON JULIAN.

Pues subamos.
(Vanse.)

BLAS *(saliendo)*.

¡Ya te cojí, buena pieza!,
caiste como el raton
dentro de la ratonera.
No te vale ser alcalde

ni tener toda la fuerza,
porque las malas acciones
nunca han podido ser buenas;
lo mismo en el hombre pobre
que el que nada en la riqueza
y donde quiera que estén
la maldad y la vileza,
la ley castiga con palo
al que falta á la decencia.
Ea, Blas, aquí hace falta
un poco de sutileza;
aquí de tu ingenio, Blas,
que si sales bien de aquesta
mereces una corona
y tu fama será eterna.
Atisbemos por el ojo
de la llave: ¡friolera!,
cenando están los bribones
con muchísima paciencia,
y el alcalde echa mas tragos
que pueden sus tragaderas.
¡Y está en mangas de camisa!
Se me ha ocurrido una idea.
Voy á llamar á Perico.
Perico... Perico... apriesa.
Sube al instante.
(Sale Perico.)

PERICO.

Aquí estoy.
¿Ha venido?

BLAS.

Y con Teresa
acabando de cenar,
se están ya de sobre mesa.

PERICO.

¿Y has pensado en la venganza?

BLAS.

Ya está la trama dispuesta.
Déjame ver lo que nacen.
Se han dormido él y Teresa
y él ha dejado la chupa,
la casaca y la montera
sobre una silla.

PERICO.

¿Y que hacemos?

BLAS.

Abre con tiento la puerta:
entra sin hacer gran ruido
y sácate hacia aquí afuera
el trage de D. Julian
y te diré lo que resta.
(Entra Perico y á poco sale con la casaca, la chupa, el sombrero y el baston.)

PERICO.

Ya está aqui todo.

BLAS.

Pues vamos,
Periquillo, ropa fuera;
ponte al momento este traje.

PERICO.

¿Y que hago?

BLAS.

No seas postema.
Ya te lo diré despues. *(Se viste.)*

PERICO

Buena facha será aquesta.

BLAS.

Ahora te vas á la casa
del corregidor: si encuentras
á su muger, que se llama,
si no me engaño, Marcela,
dile que eres su marido
y tu venganza es completa.

PERICO.

Ya te he entendido.

BLAS.

Pues anda;
vé, corre, que si despierta
á los dos nos lleva presos.

PERICO.

Dices bien: hasta la vuelta. *(Vase.)*

BLAS.

Bueno va el ajo: ya están
mis emboscadas dispuestas;
veremos quien vencerá.
Pero tate: ruido suena.
¿Si habrá despertado ahora?
Escondréme en la huronera.
(Se esconde.)
(Salen D. Julian y Teresa.)

TERESA.

¡Infelices de nosotros!
¡Estoy perdida!

DON JULIAN.

¡Paciencia!
La ropa se me han llevado
y corre un frío que hiela;
pero en cogiendo al ladron
le he de poner en la trena
y le mandaré á presidio
y habrá la marimorena.
Busca á Perico.
(Sale Blas.)

BLAS.

No está.
Le llamó Doña Marcela
y se ha marchado corriendo.

DON JULIAN.

¡Habrá infamia como ella!
¡Pues no me faltaba mas!
¡Venga pronto una chaqueta!,
que voy á casa y le juro...

BLAS.

Tome V.: sólo hay aquesta,
y aunque está llena de harina.
como hace un frío que hiela
no le vendrá á usia mal.

TERESA.

Ten compasion de Teresa,
hermano mio: dí, ¿es cierto
que se fué con la Marcela
mi Perico?

BLAS.

Ya lo creo,
y corria que era gresca.

TERESA.

Ya lo vé, D. Julian;
sus palabras lisonjeras
han venido aquí á turbar
de mi Pedro la paciencia.

BLAS *(aparte).*

Si fueras muger de bien
no pasarias baquetas.
(Voces dentro de Doña Marcela.)

MARCELA.

¡Justicia, pronto, justicia!
(Sale Doña Marcela.)

DON JULIAN.

¿Esposa mia, Marcela?

MARCELA.

¡Aparta traidor, ingrato!
¡Hombre vil!, alma de hiena;
¿te has metido á molinero,
que gastas esa librea?

DON JULIAN.

¡Basta de bromas, esposa!
¿Porque en voces descompuestas
vienes pidiendo justicia?

MARCELA.

Yo te lo diré: contenta
esperaba tu venida,
cuando llaman á la puerta.
Bajo á abrir, y por el traje
creí fueses tú. Se me entra
un hombre dentro en mi casa
y al punto pide la cena.
No le conocí al momento;

pero al sentarse á la mesa,
le ví manchado de harina:
caigo entonces en la cuenta
de que no eres tú, y á voces
la vecindad se molesta.
Empiezo á gritar: ¡ladrones!,
pero él, con voz muy serena,
me cuenta que te has venido
á cenar con su Teresa,
y la plaza que vacaba
estaba para él dispuesta.
Quise saber la verdad:
bajo á prisa la escalera,
y en tu busca he recorrido
las calles y callejuelas.

DON JULIAN.

Pues era un ladron; á mí
me amenazó de manera
que hube de darle mi ropa;
y como el frio molesta,
me metí en este molino
para que abrigo me dieran.

BLAS.

Señora, no le creais:
el Alcalde es un tronera
y ha venido á este molino
á ver á la molinera.
Mi hermano, cuando lo supo,
quiso burlarse é intenta
ponerse casaca y chupa;
y como su vuecelencia
para cenar mas á gusto
se quitó chupa y montera
y dormia como un tronco,
hizo el cambio. Esta es la cuenta.

DON JULIAN.

¡Embustero! Ya verás
el castigo que te espera.

MARCELA.

Tiene razon; eso mismo
me informó ayer la tia Pepa,
y ya estaba yo en acecho:
pero ¿que bulla es aquesta?
(Perico dentro.)
No, señor, eso es justicia.
(Sale con el Alguacil.)
A ver, alguacil, la cuerda
y átame á ese molinero
(por D. Julian)
para que á la cárcel venga.

ALGUACIL.

En nombre del Rey, prisión.

DON JULIAN.

¡Majadero! ¿No contemplas
que soy el Corregidor?

ALGUACIL.

¿Corregidor con chaqueta?
No señor. ¡Yo no conozco
sino al que casaca lleva!

TERESA.

¡Marido mio, por Dios!

PERICO.

Alguacil, la molinera
átala de pies y manos,
y corta despues su lengua.

MARCELA.

Vamos, esto se acabó
pase por broma y por fiesta
y vamos...

PERICO.

No, no, señora,
Alguacil, trae otra cuerda
y ata á la Corregidora.

BLAS.

¡Como me gusta la gresca!

ALGUACIL.

No tengo cuerdas bastantes.

BLAS.

Pues entonces aquí hay cuerda.

PERICO.

Ahora vereis, mentecatos,
que nunca en vano se juega
con la honra de un hombre pobre
que con sudor se alimenta.
Porque V. lleva casaca
y yo no mas que chaqueta,
¿le parece ha de jugar
con el honor de un cualquiera?
Alguacil, suelta á ese hombre,
suelta tambien á Teresa,
y tu, Blas, desata ahora
la cuerda á Doña Marcela.
Ya estais libres; tome V.
su casaca y estas prendas,
y déme á mí en el momento
esa empolvada chaqueta.
La venganza a sido igual:
vos cenasteis con Teresa
y yo con vuestra muger.
Si hubo despues de la cena
algun esceso, tan sólo
al curioso lector queda;
pero de aquí en adelante,
si cruza V. esa puerta,
ni le vale la casaca
ni el llamarse don Urrea,
porque me armo de un garrote
y aunque grite y arme gresca
no le dejo, voto á cribas,
ninguna costilla entera,
que soy molinero honrado
de Jerez de la Frontera.

DON JULIAN.

Pierda V., Sr. Perico,
todo cuidado: escarmienta
en cabeza agena el cuerdo;
yo escarmiento, y en promesa
de que no ha de suceder
otra burla como aquesta,
sólo les pido que queden
secretas tales ofensas,
y mañana allá en mi casa
tendremos una merienda,
viviendo de aquí adelante
como Dios manda y la Iglesia.

TERESA.

Perdóname tú, Perico.

PERICO.

Alza: perdonada quedas.

DON JULIAN.

Y tú, esposa, ¿me perdonas?

MARCELA.

Mis brazos son la respuesta.

BLAS.

Echa, Alguacil, esos cinco;
vámonos á la taberna
á celebrar este ingenio,
que á Blas se debe la fiesta;
que aunque palurdo y vestido
con lanas y con bayetas,
el corazon le hizo Dios.
Y en él la honra bien puesta,
lo mismo dá ser paleto
de haber nacido en nobleza.
Buenas noches, á la cama;
V., D. Julian, aprenda
á ser buen Corregidor,
y bien entendido tenga
que hay fama en un molinero
de Jerez de la Frontera.

TODOS.

Y aquí se acaba el sainete:
perdonad las faltas nuestras.

FIN

Les vers de la scène finale:

«La venganza a sido igual:
vos cenasteis con Teresa
y yo con vuestra muger.
Si hubo despues de la cena
algun esceso, tan sólo
al curioso lector queda...»

laissent supposer que, comme dans la nouvelle d'Alarcón, l'adultère ne fut consommé ni d'un côté ni de l'autre (et ils semblent montrer aussi que le *sainete* fut composé pour la lecture plutôt que pour la représentation). Mais il y a d'autres similitudes: un personnage commun, l'alguacil, et bien des détails (le *sombrero de tres picos,* notamment) paraissent indiquer que l'un des deux auteurs connaissait l'œuvre de l'autre. A ceux qui seraient tentés de supposer que le *sainete* s'inspira de la nouvelle d'Alarcón, nous nous bornerions à faire remarquer que la nouvelle est de 1874 et que le *sainete* a été imprimé en 1862 (1).

R. Foulché-Delbosc.

(1) *Pliego de cordel,* huit pages à 2 col. Barcelona: Imprenta de Juan Llorens, Palma de Sta. Catalina, núm. 6. 1862. [British Museum, 12.330, l. 9 (20)]. C'est ce même Juan Llorens qui avait publié en 1859 un des deux textes de la *Cancion* utilisés plus haut. La même gravure se trouve en tête de la *Cancion* et du *Sainete.*

VEJÁMENES LITERARIOS

(Conclusión.)

II

VEXAMEN

QVE EL POETA

[ANASTASIO PANTALEON DE RIBERA]

DIO EN LA INSIGNE ACADEMIA DE MADRID

QUE SE HAZIA EN CASA DE DON FRANCISCO DE MENDOÇA

SECRETARIO DEL EXCELENTISSIMO SEÑOR CONDE DE MONTERREI (1)

Qve el cuerpo de la Luna es habitable, tuvo por opinion la escuela toda de Pitagoras, empeçando a delirar en esta parte, como Tulio refiere, Xenofanes; i aunque Plutarco y Firmiano condenan rasamente, sin parecerles digna de contienda, esta mentira, la tragò Anaxagoras Clazomenio, la enseñò Democrito Abderites, la disputò Tales Milesio, la siguiò Arato, la interpretò Macrobio, i la escribio entre los antiguos Luciano. De los modernos, la averigua Iuan Pico, Conde de Mirandula: la refiere Pablo Merula: la distingue Iusto Lipsio, i la cita Angelo Policiano, explicando a Seneca en su *Hercules furioso,* aquel hendecasyllabo:

Sublimis aliàs Luna concipiat feras (2).

I en su *Nutrix* dixo el mismo Interprete:

... Naemeaeaque tesqua
Lunigenam mentita feram.

---

(1) Folios 122 vuelto á 140 recto de la siguiente primera edición, de la cual poseo ejemplar:

Obras | de Anastasio | Pantaleon | de Ribera | Ilvstradas con la proteccion | Del Ilustrissimo i Excelentissimo Señor | Don Rodrigo de Silua, i Mendoça, | Quarto Duque de Pastrana, Principe de la | Ciudad de Melito, | Duque de Francauila, Marques de Algecila, | Señor de la Chamusca i Vlme, | Grande de España. Por | Don Ioseph Pellicer de Tovar | Señor de la Casa de Pellicer | Cronista de Castilla i de Leon. | Post Fata, Fama. | Con privilegio. | En Madrid, por Francisco Martinez, Año | de M. DC. XXXIV. | A costa de Pedro Coello Mercader de Libros.

8.° 225 folios numerados + 16 sin numerar de preliminares. Colofón: *En Madrid, | Por Francisco Martinez. | Año M. DC. XXXI.* El Privilegio (por diez años) lleva fecha de 10 de abril de 1631. Ya dice Pellicer, en el prólogo *A los curiosos*, que las obras de Anastasio llevaban, al salir á luz pública, «casi tres años de embaraço».

(2) *Hércules furioso,* acto I, escena I, verso 83.

Si huvieramos de acordar los demas lugares i Autores que han sentido assi, duraria la impertinencia a par de essas bugias. Quien gustare saberlo de proposito, lea à Martin Delrio, à Gaspar Barcio, i à Estevan Claverio sobre aquellos versos de Claudiano:

... Taurus medio nam sidere Lunae
Progenitus, Dictaea Iovis possederat arua.

Diose, pues, a creer este disparate aquella primer Filosofia, sin mas fundamento que la ambicion de sentir con novedad (porque no solo errò a los Sabios antiguos la ciencia muchas vezes, sino tambien el sesso algunas); que era el Sol una massa candente, dixeron; que las estrellas padecian sed; que en el Orbe de la Luna tuvieron vida los monstros de que triunfò Alcides, i que las manchas que afean i obscurecen el esplandor deste Planeta eran ciudades, montes i rios, como los deste mundo inferior que vivimos. Tuve por infalible, desde ayer que la leì (1), esta sentencia, i cargando toda la imaginacion sobre su verdad, me la hizieron mas possible los ojos que los libros. Con este pensamiento, i el de procurar dar un Vexamen mui aliñado, me dormi, i ofrecioseme otro sueño, como en el Vexamen passado (ya es hado en mi, ò poltroneria, los acontecimientos en los ronquidos).

Soñè, pues, que, llevado de mi fantasia, iba peregrino por essos aires, tan hecha al temple de los dos superiores Elementos mi tolerancia, que ni las impressiones i Meteoros en la segunda, ni las vezindades del fuego elementar en la region del aire primera, me ofendian. No apercibi mi jornada de otro viatico que el de medicarme los ojos con Anacardinas i Colirios, pareciendome que el que esperaba ver i cuidar lo que yo, avia menester razonable seguridad en las potencias i los sentidos, i que aviendome de alexar del mundo mio tantas leguas, estadios i parasangas (sin tener por allà por amigo otro Empedocles, como el Icaro-Menippo de Luciano), era forçoso ayudar la vista en tanta novedad de luzes, i fortalecer el acuerdo en tanta variedad de noticias. Porque el viage fue breve (es gran cosa el sueño para cavalgadura), no me esperarè a contarle. Lleguè a ciertos Paises que tienen por nombre *La otra vida* (assi los llaman los que otra viven allà), no lexos de Selenopolis, Corte Imperial de la Luna, situada en el centro de aquella esfera. Hallème poco despues a sus puertas, i admirome la frequencia de sus ciudadanos i la semejança de aquel Orbe ignorado a este que posseemos. Discurri por algunas calles, recreado de mil diferencias de objetos, en quien me detenian sin verguença las permissiones de estranjeros. Llegando, pues, à cierta plaçuela que llaman del Interlunio, obscuro de rostro, menudo de facciones, i en cada carrillo una cruel bofetada de barbas, embuelto en una sotana de lanilla, tan descolorida i tan blanca como que no le huviera quedado gota de sangre, se vino un Estudiante para mi, en el izquierdo un latigo, y abiertos ambos braços. Creì

(1) *No se crea por esto que la erudición de Anastasio Pantaleón era minúscula ó postiza, sino muy notable y sólida, á pesar de sus pocos años, como lo revelan su Discurso sobre la sentencia de Virgilio Labor omnia vincit improbus y sus cartas latinas á D. José Pellicer y al Dr. Pedro de Torres Rámila.*

desde lexos, viendole puesto en cruz, que fuesse penitente el ademan, pero llegandose cerca de mi, le rematò en cortesia, abraçandome con tan cruel caricia, que me dexò por mucha pieça hoyosa la cara de botones como de viruelas. Hecho el gesto una salvadera, sepultadas en el visage diez hormillas, con un cardenal sobre un labio i un nepote sobre una ceja, me desasi diziendo: «¡Hombre de Satanas! ¿Quien te enseñò tan rezios los cariños? ¿De quien aprendiste tan desabridos los halagos?» I parando mientes en su rostro i figura, yà con mas atencion que mohina, conoci que en el trage i la estatura era

DON LVZIDO INVERVALO (1),

de felice recordacion. Preguntème entre mi: «¿Es por ventura este?» I respondime: «Si, èl es. Lo sordido del semblante i del arreo no me puede marrar.» Lleguème entonces àzia èl, apesarado de aver dicho sobarbadas à un amigo tan caro, i escusandome como supe mejor, me respondio: «Por el deseo que tengo de veros, perdono facilmente mis injurias, i por saber nuevas de España mi patria. ¿Como quedan nuestros amigos? ¿Tiene salud la Academia?» «No por cierto, le dixe: muchos Poëtas malos ai, i los dias passados estaban en una enfermeria, cada uno en su cama, mui dolientes, hasta que por obra del Dotor Apolo quedaron todos limpios de calentura, si no es *Coriandro,* que tiene siempre achacosa su sotana.» «Por el Percacho—me dixo don Luzido—supimos acà como hizo de esso su Vexamen Coriandro, i le acabò en menos de dos dias, pero que se le echò de ver la liberalidad en que no tenia cosa suya.»

Cessò esta platica, i queriendo informarme de los estudios de don Luzido, le preguntè: «I vos, amigo, ¿sois Poëta todavia? ¿Estudiais aun en Rengifo? ¿Como os và del Arte?» «Mal Arte tengo:—me respondio—no me quiero preciar de galan, y assi me valgo poco de esse Maestro, puesto que no me enseña a endereçar las pantorrillas.» «I esse açote,—le dixe yo—¿con que fin os acompaña?» I respondiome: «Yo me hallè en Madrid atestado de Arte i sin modo de seguir tan honrada habilidad. Supe que avia necessidad en este mundo de un buen Maestro de Poëtas, después de la muerte de Manilio, que fue Poëta de los Astros i que enseñò con aplauso la ciencia Sideral, i concertandome con Mercurio, interprete de los Dioses, me señalaron de gages cien sestercios en cada un año, casa de aposento, Medico i Botica. La plaça, hermano, ni es de dignidad, porque el titulo que me dieron no fue de Maestro, sino de Loquero, ni el exercicio es de industriar Poëtas, sino domeñar locos; pero ahorrase el salario todo, que de mas a mas tengo de racion un pan i una pescada; porque en este mundo, de precepto de Pitagoras, su antiguo Legislador, se guarda tan continente la abstinencia, que solo se comen los atomos (2) de Democrito i

(1) Es D. Alonso de Oviedo, según resulta de un *Cuaderno de versos de Anastasio Pantaleon, al Excelentísimo Señor Marqués de Velada, Gobernador de Orán, mi señor,* manuscrito de 150 hojas en 4.°, citado por Gallardo en el *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos* (tomo IV, cols. 91-92), y que para hoy en la Biblioteca Nacional. (Véanse los manuscritos M-118 y M-30.)

(2) El texto: «atamos».

las Ideas de Platon. Esta es mi historia, i si vos os aveis de detener aqui, sed huesped mio en tanto, i estareis divertido con la diferencia de temas i variedad de noticias que os harè de mis locos.»

No me hize mucho de rogar con mi buen amigo, i llegando á su casa, me entrè tan de rondon como de gorra. El edificio no era magnifico, como suelen ser los de semejantes Hospitales, si bien con muchos atajos, retiros i mansiones, i deseoso de ver quien los vivia, lleguè al primer aposentillo, i vi que le habitaba un hombre moreno de rostro i azul de trage; sus griguescos eran tan justos, que merecieron ser celestes; su ropilla, ni se si por el color ò la vejez, era Celestina. Estaba escribiendo, i lo que mas me admiraba, era que le veîa mojar la pluma en la tez i no en el tintero. Bolvime a mi huesped i dixele: «Este varon de aguas marinas, ¿de que Cofradia es muñidor, qué, segun se viste, parece que es del raso de los cielos?» «No es siuo de un perpetuan de los infiernos, me respondiò, con que no nos dexa vivir. Este es sastre por oficio, dedicador por luxuria, Granadino por nacimiento, hablador por naturaleza, i por el trage azul se llama:

DON ZAFIRO (1)

Su tema es escribir dedicatorias, i aprenderlas para que no pueda faltarle que hablar, porque dezir sus obras, i dormirse, es siempre en el de memoria. Iamas se viò luz en su alcoba, i con todo se descalça de retentiva, se desnuda de reminiscencia, i se acuesta de coro. Andanle las narizes mucho trecho de su cara, pero tan prevenidas, que, para no cansarse, tienen cierto cavallete. Los que le ven tan negro de talante, han dado en creer que se le ha subido la assadura a las facciones, porque a lo menos su color es baço. Tuvo, siendo niño, por combidadas unas viruelas, i enfadado de que le comiessen tan sin sabor, se rascò los huespedes, con que quedò su rostro hecho una criba. El, en fin, por hablar, pareciendole que para la copia de sus palabras era poco vazio su boca, ha pronunciado por boca de tabla, ha dicho por boca de noche, ha razonado por boca de lobo, i ha hablado por boca de ganso muchas vezes. I si quereis tener mas noticias suyas, èl os las harà mejor que yo.» Lleguème a èl, preguntèle quien era i à que le traxo, siendo Andaluz, al cielo de la Luna su designio. El entonces, todo àzia mi, del primer borbollon de sus palabras me arrojò la espadañada de coplas que se sigue:

«Has de saber, si me dudas,
que desde tu mundo vine
à remendar con mi capa
las esferas que te ciñen.
Su sastre soi i su adagio,
que, si alguna vez oîste
lo de la capa del cielo,
por esta capa se dize.

(1) Don Jacinto de Aguilar, según el manuscrito citado por Gallardo.

Ignoro si será el D. Jacinto de Aguilar y Prado que escribió la *Relacion de la entrada que hizo su Magestad y Altezas en Lisboa; y de la jornada que hicieron las galeras de España y de Portugal desde el puerto de Santa Maria a Lisboa* (Lisboa, 1619; en 4.°).

Piensan que naci Ceruleo,
porque fue mi madre Lypis
i en fuego azul se quemaron
sus pares ò paladines.
Pero mienten, que es con causa
de que, hechos Argos i linzes,
verme el redaño desean
mas de quatro zahories.
De Puzol para ocultarme,
como rosario, me visten
estos Lazulis asseos,
estos aliños Turquies.
Yo zurzi la esfera toda
de Marte, que es corruptible,
aunque la opinion contraria
Fisicos tantos afirmen.
Dieronme oficio los Dioses
i el Orbe dexè que vives,
para sastre a los Planetas
i à los Cielos para tinte.
Yo azulè el plaustro à Bootes,
i yo que valiessen hize
estos mis perpetuanes
lo mismo que los añiles.
Yo remendè a Sagitario,
i en un antiguo tarbique
recossi los azulejos
del signo brumal de Piscis.
Por mi, en fin, todos los cielos
Ceruleos estan: si pides
mas noticia, Peregrino,
hartas a mi voz supiste.»

Cessò don Zafiro, i llevòme don Luzido a vna quadra que ocupaba un hombre de buena suerte i habito. Quise preguntar quien era, i yà mi huesped avia empeçado a dezirme assi: «Este es

DON CARINEMO (1),

Poëta Italiano i confirmado loco, porque vive en casa del Nuncio. El principal objeto de su locura es ser zurdo.» «Pues ¿de que enzurdecio?», le dixe. I respondiome: «Esso se cuenta de muchas maneras: unos dizen que, quando este nacio, tuvo muchos tuertos su madre, i por esso no le tienen por parto derecho. Otros dizen que no es esso, sino que sus padres se descuidaron con èl, hasta que, siendo de quinze años, cayò en ello un tio suyo, i dandose una palmada en la frente, dixo: «¡Tate! ¡Vive Dios Carinemico, que eres zurdo!» Y el respondio: «¡Pues hablàra yo para mañana!» No tuvo enmienda la costumbre, porque bien se sabe de Horacio aquello de *Naturam expellas furca tamen usque recurret*. Preciase de jugar las armas, aunque nadie le tiene ni juzga por diestro, si bien tiene de quando en quando sus reveses como la fortuna. Es amigo de rodear, i nunca và camino derecho. Con sola su izquierda se restituyò lo hurtado, como con una excomunion, porque, en no pareciendo, mata candelas; embidia los morteros i los reloxes, porque de fuerça no pueden ser zurdos. Tiene tan mala inclinacion que, aunque yo le he reñido i le he dado una buena mano, no puedo con èl que sea hombre de bien a las derechas, i aora trato de hazer subir acà à Aparicio el espadero, para que por lo menos le haga de dos manos i le concierte las veneras. Tiene otra cosa graciosissima, i es que pronuncia las RR asperas como hortigas, i es tan

(1) Don José Camerino, «natural de la ciudad de Fano, en la provincia de la Umbria, Estado de su Santidad». En 1624 publicó en Madrid unas *Novelas amorosas*, dedicadas al príncipe de Mélito, con censura de Vicente Espinel, y versos de Lope de Vega, Vélez de Guevara, Ruiz de Alarcón, Guillén de Castro y otros.

trabajador en esta culpa, que las yerra R à R. Es, mas desto, vicioso i mugeriego, si bien en èl es de admirar, por aver nacido en Pais donde los mas son hombrerciegos. I porque yo no me acuerdo de otras cosas, llegaos a èl, que èl os las referirà.» Acerqueme entonces i dixele: «Assi Dios os dè buena manderecha, que me digais de que quedasteis zurdo?» Bolviose a mi, i respondio de esta manera (solo que, al pronunciar cada R, pensè cierto que rompia una vara de cañamaço):

«Naci en Roma, no estevado,
ni zambo, manco, ni cojo,
revegido ni contrecho,
i, sin nacer corcobado,
ni tener turbio el un ojo,
no pude nacer derecho.»

Guiome don Luzido, saliendo desta, à otra quadra, donde vi à un hombre asotanado como edificio, candeal de facciones, aguedejado a gustos i barbado apenas, rubio el pelo, el rostro de aquello de *frin, fron,* i todo albor finalmente. Preguntè luego: «I este ¿quien es?» Respondiome entonces mi amigo:

«DON LISOFEO ZELIGERPIO (1),

Lunatico candidissimo.» «Si, pero--repliquè yo—¿que es aquello que trae sobre los ombros? ¿cabeça, ò alcarraça?» «Vno i otro;—me respondio mi guia—i para que tengas mas noticia suya, sabete que son sus manos candidas

---

(1) Don José Pellicer (1602-1679), ilustre erudito y fecundísimo escritor, además de buen amigo de Anastasio. Su indigestísima y archipedantesca erudición campea especialmente en el insoportable prólogo que puso á las *Obras* de Anastasio, prólogo en el que, á pesar de que no consta sino de 12 hojas en 8.°, se citan *más de noventa y cinco autores.*

Puede verse la ingente lista de producciones de Pellicer en la *Nova* de Nicolás Antonio, en el *Ensayo* de Gallardo, Zarco y Sancho, y en el *Catálogo* de La Barrera.

En el *Vejamen* de D. Francisco de Rojas, recientemente reimpreso por el Sr. Paz y Melia, se lee:

«Ultimo aventurero se descubrió D. José de Salas Pellicer, coronista de Castilla y de León, según él dice. Venía en un caballo de color obscuro, y sobre la crin un rótulo que decía:

YO LE COMENTARÉ

»Traía al *Polifemo* de D. Luis de Góngora debajo del siniestro brazo; apuntábale con el dedo segundo de la diestra mano, con una letra que decia:

ÉL SE ENTIENDE

»Llevaba en la espalda siete lenguas pintadas; pero no hablaba ninguna, porque se las debieron de poner por maza. Luego, luego le tuvimos por Calepino; después, después por Sábado, y de allí á rato por secretario de lenguas; pero la letra y divisa nos desengañaron presto. Traía un Fénix pintado en cenizas, y una letra sobre él, que decia:

»No he de volver á nacer,
á fé de Fénix honrado,
hasta que me hayan sacado
del libro de Pellicer.»

Pellicer fué grande admirador de Góngora, cuyas obras comentó en sus *Lecciones solemnes* (Madrid, 1630). El estudio de los discípulos y comentaristas de Góngora merece un libro especial, que podría ser harto interesante y que aún no ha sido escrito. Bien es verdad que aún no tenemos tampoco una buena edición de Góngora, ni la tendremos, según las trazas, hasta que el benemérito hispanista M. R. Foulché-Delbosc se decida á publicar la que hace años prepara.

Es vergonzoso el olvido en que los españoles suelen tener su historia. Faltan ediciones *buenas y accesibles* de casi todos nuestros clásicos (incluso Cervantes). Y, entretanto, las Academias siguen *luciéndose,* y demostrando con su inacción ó sus torpezas su inutilidad. Y digo *torpezas,* porque para publicar una edición como la que últimamente ha hecho la Real Academia Española de las *Obras* de Lope de Rueda, valía más que los señores del margen se hubiesen metido siete estados bajo la tierra.

como un Letor; su catadura, aunque desde lexos parece bien, està en la peor moneda que pudo buscar, porque todos la tienen por blanca. Ha dado su gesto en creer que es camarin, i por esso le veràs lleno de barros. Suele usar de aquello vulgar: *Medico, curate a ti;* i si se le amortigua el color, se sube en una mula i se cura la tez. Tiembla, como si padeciera el terror panico, de qualquier amago que le hagan; pero como, al fin, es tan blanco, quien mas le haze temer es qualquier punteria.» Con esto callò mi Truxaman, i yo, gustoso de saber algo mas dèl, se lo preguntè a èl mismo, i alçando la cabeça, que no traîa, sino llevaba a cuestas, dixo assi:

«Con grandissimo trabajo
averiguarse ha podido,
si, por la albura, he nacido
de alguna yerva de quaxo.
Que es tal la blancura mia,
que, el sesso mas atinado,
duda si soi Licenciado
de carne, ò de cotonia.»

Fuimos desde esta à una estancia, cuyo dueño era un hombre de estatura pulgar, moreno i flaco el rostro, diez onzas de lacre por narizes, i sobre ellas, a la gineta, unos antojos. Pareciase a Midas en las desemejadas orejas, porque lo que le faltaba por donde ver, le sobraba por donde escuchar. En viendoselas, dixe: «Mucho debe de valer este, si vale sus orejas llenas de agua.» Espantòme ver persona de proporcion tan dadivosa, i creì desde entonces que puede aver hombre mas largo que Alexandro. Dixele, pues, à mi don Luzido: «¿Este niño, quien es?» «De la Rollona, me respondio; este es uno, ò el mayor, de los Silvanos; llamase

DON SILVANO (1),

Orate que no puede ser mayor, porque quando nacio vino el linage de los hombres de mar a mar, huvo avenida de nuestra naturaleza, i creciente de toda la humanidad. Quando se supo que avia de salir de madre, aunque nacio en Lisboa, calafetearon en Sevilla.» «I este *Orate*—repliquè yo—¿tiene *fratres?*» «Si; dos hermanos tiene—me dixo—i un primo, tan locos como èl; pero, aunque no han muerto, estan en el otro mundo. No te harè relacion sino de este, i aunque te le voi a alabar de virtuoso i recogido, conozco por las estrellas que fuera mui vicioso si pudiera darse tantas en ancho como en largo, pero (¿quien creera tal?) le desayuda su flaqueza, siendo quien lo suele persuadir en los demas hombres. Mayor Monarca es que todos los Reyes, si se mira el estado que tiene, aunque èl nos jura que no le ha tomado, y que es soltero. Si le han de poner su misma capa, ha de doblar las rodillas para que se la

(1) Don Diego de Silva, según el repetido manuscrito. Fué abad de Salas, é hijo de la princesa de Mélito.

carguen, como camello, ò andarse en cuerpo siempre, porque nadie le alcança si no es por gran favor. I no te espante verle tan crecido oi que es Selva yà, que desde Silvanico de dos meses se sabe que mamaba en pie. Su delirio deste es pensar que su ojos son reliquias, i por esso ha dado en traer su vista á fuer de relicario. El, en fin, tiene tal proporcion, que vale por diez.» Oîanos, i bolviendo àzia nosotros, dixo esta copla, tan hinchadamente, que creì que hablaba algun Escuerço:

«Por diez valgo, aunque ocultar
suele mi estatura el cero,
que soi de Ruth compañero,
desde que empecè a espigar.»

Estaba a mano izquierda otro aposento a teja vàna, i, entrando en èl, vi sentado en el suelo un niño con barbas, i pareciome que estaba hecho hombre ò cosa tal, porque se le trasluzia al lado izquierdo una espadilla. Señalabansele, amen desto, por los carrillos unos pespuntes de qualque reciente vigotera; tanto, que creì que se levantaba los vigotes con çurriaga. Ibale a preguntar quien era, i halleme à don Luzido diziendo yà: «Este es

DON ABANICO DE IVRREDA (1),

muchacho de poca, i loco de mucha edad. Aunque le vès con barbas, ha poco que salio de los pañales i que le destetamos, pero llorò por esto tanto, que casi quisimos bolver a tetarle. Su ordinario sustento son las sopas i la papilla que le dan. Tiene tan meñique la proporcion, que, sin la maravilla del Poëma de Homero, cabe en el hueco de una nuez. Tiene tan desagradecidos aquellos dos cuervos ò dos vigotes, que despues de harto de criarlos, le quieren sacar los ojos.» «I èl—dixe yo—¿està aora de assiento en esta Corte?» «No està —me respondio—sino en cuclillas, una aldea de aqui cerca. Llamanle el Poëta Abeja, porque sabe labrar en corcho, i en no teniendo de que hazer unas arracadas a su dama, suele descorchar un cepo. El guarismo del corcho nadie le sabe como èl, porque perpetuamente està haziendo cuentas i diezes, no sè si para el que reza, ò para el que multiplica. Enojase mucho si juran con mentira por vida de los chiquitos, pareciendole que es poner en contingencia la suya. Su tema es darse a la Venus i no acabar de concibir.»

Oyendo esto el muchacho, se levantò, i dado que se puso en pie, no se añadio por esso. Vinose, pues, àzia nosotros, i dixele a mi huesped: «¡Mil sales tiene el tamaño! ¿No es bueno que se ha venido hasta aqui sin andador?...» «¿No es bueno—dixo entonces èl—que vengo a darles muchos moxicones, por

(1) Don Juan de la Barreda.
Si no fuese por la referencia á Barreda contenida en el manuscrito de Gallardo, creeria yo que *Don Abanico* es Alfonso de Batres, que perteneció á la Academia Madridense y que compuso una *Fábula de Adonis y Venus*, citada por Montalbán

que no se metan en si soi dado a la Venus ò no? Que Horacio, en aquella Oda que empieça:

O Venus, Regina Gnidi, Paphique...

tuvo nombre de Venusino, aunque mas diga Crinito que lo fue de Patria. ¿Fue luego mucho, siguiendo varon tanto, que escriviesse yo la Fabula de Venus, para que ellos me lo zahieran? Pues ¡voto a diez que, si saco la espadilla, que no aya sido jamas triunfo tan matador!» Esto dixo empuñandola, i yo entonces, santiguandome, repeti en mi memoria aquello de que hasta los escarabaxos tienen tos i las cucarachas carraspera. «¡Basta que aun los niños saben oi jurar!» No lo dixe tan quedo que no lo oyesse, i, asiendome por el manteo, dixo: «Pues no basta, que aun aveis de oîr esta copla que tengo hecha a mi talle.» Detuveme a escucharle, i hablò assi:

«Mi talle no es de los buenos,
que dà, por lo corto, risa;
cosa parezco precisa,
en que no pude ser menos.»

Llevòme de alli don Luzido a otra mansion, donde se divisaba un hombre de buen talle i rostro. Relampagueaba sobre todo èl una calvaça, ò, por mejor dezir, una calavaza, con tantos visos i tornasoles, que quitaba la vista de los ojos. En estos relampagos i ventiscas de aquel cerebro, conoci que debia de tener la calva-trueno. Preguntè quien era, i dixome mi guiador: «Este es un hombre Lunatico ò Lunar, quiero dezir, que vive en el Orbe de la Luna, i llamase

DON ANSOLO (1)»

«Entonces—bolvi a dezir—Lunatico bien puede ser, mas no lunar, pues no tiene cabello. Pero ¿que don Ansolo es este? ¿Es por ventura el Casto?» «No, sino por desgracia el Castillo,—me respondio—que, como otros suelen traer cabelleras postiças, trae èl postiça la calva, porque tales paramos de cabello no se pudieron hazer sino a sabiendas. Con todo esso, dizen algunos que, haziendo un concierto con un amigo suyo (2) de la misma cabeça que èl, jurando de no bolverse atras, echaron pelitos a la mar, i se quedaron mondos de pie i de pierna. Su exercicio es ser Poëta jocoso, de aquella data *verbi gratia,* pero no tiene *verbi gratia,* aunque se precia de mas salado que un

(1) El anagrama es bien fácil de descifrar: trátase de D. Alonso de Castillo Solórzano, fecundísimo novelista del siglo XVII.

La Barrera, después de citar el *Vejamen* de Anastasio, que copiamos en el texto, añade: «Siguese en estas mismas obras otro *Vejamen* del propio autor, falto de un gran retazo, sumamente curioso, pero completo en cierto códice de la Biblioteca Nacional. En este fragmento, inédito hasta hace pocos años, se dice de D. Alonso que tenía nido de avestruces en los hombros, y un huevo por cabeza, etc.»

(2) Quizá D. Francisco de Rojas y Zorrilla, insigne autor dramático toledano, de quien se habla en el transcrito vejamen de Cancer.

Arenque. Vamos a otra cosa. Digo que su tema es escribir cada dia librillos, i, si Dios no lo remedia, escribirà cada hora hartesas i barreños. Ha pedido esta semana passada en el Consejo Real de la Luna, que, pues dà licencia à don Zafiro para que se vista como quiere, i actualmente anda de azul, le permitan a èl andar cabellado, i en-carnado à don Pradelio, que se le ven al pobre los huessos.» Preguntè otra vez: «Este loco, dado que tiene assomos, por una de bien nacido, no me parece, por otra parte, hombre de buen pelo. ¿Es noble ò no?» Apenas oyò la duda, quando, viniendose para nosotros i asiendome de un braço, soltò desta manera la maldita:

«Yo traigo en la comisura
sangre antigua i verdadera,
porque es Nuño mi mollera
de extraordinaria Rasura;
quien averiguar procura,
sepa que sangre me dio
ilustre mi padre, i que
jamas en Castilla fue
Lain-Calvo como yo.»

En pos desta se seguia otra pieça, en que vi à un hombre flaco, descolorido i barbado, como sobre mascara. Preguntè quien era, i dixome don Luzido: «Vnos mui buenos cascos para en arrope. Este es un falto de sesso, à quien llaman

DON GERARDICO (1),

que trae unos fuelles en trage de cabeça, i una ventosa en habito de meollo; hombre carnal i mundano, que de la misma manera concibe una copla, segun las haze de coloradas, que concibiera un madroño, sin saber ni distinguir lo que và de madroños à coplas. Su tema es ser Poëta a la deshonestidad i à la malicia, por no tener en sus versos huesped de aposento.» «No soi sino a la bonicia,—respondio el tal—que escribir con desenfado no se ha de interpretar luego à delito. Si dais noticia de mi, hablad verdades puras. Dezid que juego de la noche a la mañana, i que me ganaron mi hazienda como à un niño inocente, que perdì con un verdugo que dio garrote secretamente a los naipes; que me salgo a buscar la flor de los tahures, como si fuera la del berro, i que la vez que me siento a jugar, juego de nueve ò doze cartas; parezco garañon, i no tahur, porque perpetuamente estoi haziendo burros. Pero dezid tambien que, la vez que tengo suerte, van pintas de mi como de una vaca, i si no, diga este moço, que lo sabe (asiome entonces por una mano), si pinta mas que yo don Gelcambo, con toda su habilidad?»

De solo que me hablò cerca, diò con toda la bateria de una infinidad de perdigones i otros avechuchos en mis narizes, de suerte que, para arredrarle

(1) Pedro Méndez de Loyola, según el manuscrito de Gallardo. Fué, según Montalbán, autor dramático.

de mi, le dixe, interrumpiendole: «¡Hombre de los diablos! ¿Dizes, ò salpicas? ¿Pronuncias ò rozias? ¿Hablas ò jabonas? Si has de razonar conmigo, ponganme babador, que hazes mas saliba que todo un lábadero»; i respondiome:

«Parece que te embaraças,
con maravilla no poca,
de averme visto en la boca
tantas jabonaduras i labaças.
¿Que importa? ¿Es acaso mengua
hablar con espuma, ò no?
¿Estoi obligado yo
à traer cucharon para mi lengua?»

Tiròme del braço don Luzido, diziendome: «Quitaos de esse loco, que Dios os darà otro»; i dexandole con la palabra en la boca, llegamos à un aposento que habitaba un Licenciado de lapiz, frison de gesto, mui negro i mui lanudo. Estaba, a mi parecer, de reboço, porque le cubria hasta los ojos un estraño papahigo de barbas. Dixe à mi huesped entonces: «Deste hisopo de aldea, i no de Frigia, os toca ser el Maximo Planudes; contadme, pues, su vida i milagros, i dezidme quien es hombre de cogote tan prodigioso, que le empieça desde los carrillos.» «Este—respondio—es

DON CORIANDRO (1)»

«¿Coriandro?—repliquè yo—. Esse nombre suele tomar en sus obras un amigo mio.» «Assi es—me dixo—; pero bien puede aver un Coriandro que se parezca a otro. Su tema deste es hazer vana ostentacion de su linage, i mostrarnos un escudo de sus armas, en que està pintada sola una navaja en campo de Barbechos. La letra Latina es trova del primer epigrama de Marcial en sus Espectaculos, que dize assi:

Barbara Corralidum rasit novacula vultus
Assiduus fecit queis la Mamona labor (2).

Si gustais de descubrirle el rostro, dad acà un pulidero, i devanarèmosle aquel ovillo de zaleas, que, recien hecha la barba, suelen quedarle unos cañones con que se puede batir la Inclusa. Su color, como veis, es obscuro, livido i cetrino, i lo mismo le passa en los interiores, que, aunque le veais en cueros, està tan de luto como un albacea. Dizen algunos, viendole las uñas negras (porque jamas se las limpia), que debe de ser estudiante Cernicalo. Su

(1) Don Gabriel del Corral, traductor de la *Argenis*, de Juan Barclayo. para la cual versión redactó Anastasio una censura *(Obras,* fol. 163 y siguientes). Don José Pellicer escribió la *Argenis continuada ó Segunda Parte* (Madrid, 1626). indigestísima novela que dedicó á Fr. Hortensio Félix Paravicino.

(2) El texto de Marcial dice así:

Barbara Pyramidum sileat miracula Memphis;
Assiduus iactet nec Babylona labor.

desaliño es asquerosissimo, porque, aunque bien nacido, i no en Astorga, le debio de alcançar la maldicion de santo Toribio de Lievana tantas vezes como trae rabos; pero como sean en solo el gorgueran, presto se quitan.» «Pues esso—respondio el mismo Coriandro—por la Magestad de Dios;

»Ninguna mancha me queda;
limpio estoi, si no aliñado,
que el azeite me han chupado
ciertas lechuças de greda;
bien que, desde el pie al cogote,
rabos traigo aun el estio,
mas de ningun rabo mio
se puede hazer buen virote.»

En saliendo del aposento de Coriandro, entramos en el de un estudiante, que, a la luz de un candil (por ser algo lobrego) pintaba con un carbon una cabeça, que quiso ser de hombre i parecia de processo. Luego que la vi, como quien maldize el naipe con que ha perdido, dixe: «¡Valga el diablo quien te pintò!» Bolviose a mirarnos, i vile embuelto en unos fileiles de lustre i de decoro. Debia de tener, segun me parecio, los carrillos de caña dulce, porque se los chupaba en demasia. El color de sus vigotes era de miel de xara, rubios i retostados, i aunque el semblante era todo digno de nota, lo que mas le atendi, fue unos pies en solas las medias, tan largos, que pòdia persinarse con qualquiera, hincando los talones en el suelo. Dixome don Luzido: «Este es

DON GELCAMBO (1),

Poëta que suena mejor que parece, i loco sin igual. Dase a creer, pisando con aquellos dos lenguados, que son pececillos mui donosos. Es pintor de hasta el lapiz; no ha llegado al pelo de la ropa al carmin, ni al açarcon. Tiene tan desvanecida la cabeça este loco, que quiere meter a los demas en un çapato, i es la desdicha que caben, porque qualquiera çapato suyo es mas largo de pala que la Forneira.» Encarème àzia el candil, i dixele a dòn Luzido: «¡Por aquella luz que salio por boca de Angel, que me digas como, estando sin çapatos este hombre, no se acatarra en estas humidades!» «Algunas tiene

(1) Don Gabriel Bocángel y Unzueta, poeta madrileño. Murió en 1658. Fué de los partidarios de Góngora.

En el *Vejamen que dió D. Juan Orozco en casa del Contador Agustín de Galarza* (publicado por el Sr. Paz y Melia en el tomo II, pág. 339 y siguientes, de sus *Sales españolas)* se lee:

«... cómo puede ser, si ha muy poco que yo le vi en una mula, que anda más aprisa que habla Francisco García Hazañón, y iba más tieso que D. Gabriel Bocángel? ... y ansí salimos con intento de ir en casa de D. Gabriel Bocángel, un hombre que antes dará á torcer su brazo que su cabeza. ... Embestí á él á tiempo que entrábamos en casa de don Gabriel Bocángel... Oimos en esto á D. Gabriel Bocángel que á grandes voces decía: —Mozo, ven á desatarme, que se matan aquí fuera dos hombres.—Estas palabras nos pusieron en paz, y entrando más adentro á ver lo que sería, le hallamos atado á un poste con tantas sogas, como si le hubieran dado por penitencia que se aspara. Pidió á D. Fernando que le desatase, el cual, despues de haberlo hecho, le preguntó:—¿Pues qué novedad le tiene á Vm. de este modo?—A que respondió: —Esta no es novedad, que si yo no me quedara así todas las noches, ¿cómo hubiera de andar tan tieso todos los días?»

Vide, sobre Bocángel, á La Barrera y á Gallardo.

—dixo—i aora està con tos i romadiço; pero, aunque este es rico, si huviesse de comprar çapatos tan sola una vez cada año, no tenia en toda su legitima para capillos, i assi no se calça, si no los halla de lance.» Entonces, acercandose èl a nosotros, dixo:

«No es querer comprar barato
tener descalços los pies:
no aver encontrado es
la horma de mi çapato.
I si esta prolixa tos
à avaricia me interpretas,
¿donde se venden maletas,
que quiero calçarme dos?»

Passamos mas adelante, i llegué à un aposento en forma de cañuto, donde estaba otro estudiante tan largo, tan angosto i tan hueco como una cerbatana. Su cara era pilonga, i pareciome Poëta de la galera, en que no le vi cejas mas que por la palma de la mano. Cruxianle los huessos, i di en sospechar si era talega de juego de damas, ò Licenciado, porque allà dentro de la loba le sonaban los trebejos. Todo èl, finalmente, era una chita con sopalandas. «¿Que punçon—dixe—es este, metido en este estuche de caña de vaca? ¿Que longaniza en tripa de lanilla? ¿Que borcegui de sarga, que assi ha echado la carnaça fuera?» «¿No has oido dezir en el mundo de allà abaxo à

DON PRADELIO FLAQVICEL (1)?»

«No caigo en èl—dixe—por el nombre.» «Pues hazes bien—replicò—de no caer en èl, porque te hincàras hasta el mango, i està dado con eslavon i untado con tozino. Este es un loco de Bilbao de las viejas, aunque no es de lomo. Tiene una nuez en el recaço, que es gloria de la fruta seca. Tuvieron sus padres la culpa de estar èl tan delgado, porque le amolaron hasta sacarle una muesca que tenia junto a la hijada. El objeto de su frenesi es padecer achaques galicos, i desto se le han caîdo las cejas i las barbas. Otras dolencias, parecen en los demas hombres à otros pajaros, pero las suyas a bubillas. Dudan algunos, viendole tan largo, ligero i delgado, si es virote ò Poëta, i ai quien diga que no le pario, sino que le disparò su madre. Los que le vèn tan magro i de poco provecho, no saben si es pescado, pero a lo menos no ignoran que no es carne. Lo cierto es que fue pua tres años en casa de un Puerco Espin, i que anda por essos libros de cavallerias hecho lança de Artus de Algarbe.» El, en esta sazon, algo desabrido, rompio assi:

(1) Don Nicolás de Prada.
Supongo que es el mismo á quien Nicolás Antonio *(Nova,* II, 155) atribuye un manuscrito en 4.° de la Biblioteca Olivariense, rotulado: *Iornada de la Reyna de Ungria.*

«Saber si soi bacallao
al sabio Letor se dexe:
quien supiere que soi Pexe,
sepa que soi Nicolao.
En mi especie dudaràs,
i aun yo no sabrè decilla;
siempre me llaman Anguilla,
pero no Barbo jamas.

El que me dixere Pua,
pienso que dize verdad,
que, en cierta necessidad,
servi de chuço en Berrua.
I porque mas no me digas,
à don Belianis me voi;
alli me hallaràs, que estoi
falseando unas lorigas.»

Salimos desta, i llegamos a otra quadra, donde vi de espaldas un estudiante leyendo un papel impresso, cuyas letras mayusculas, que eran las que de lexos se podian leer, dezian: MAS OTRO CERTAMEN. Luego que sintio desassossegarse, trastornò una silla en que estaba, i vile (¡Dios nos libre!) cara a cara. Tenia el rostro ni mas ni menos que este mio, i pegado como yo, al ojo izquierdo, un antojo tan embaraçosamente, que por traerle solo tenia una mano menos, como quien viene de la guerra. Dixe luego entre mi: «¡Valgame el Dios de los exercitos! ¿Quien me ha subido acà el espejo? Que, si esto no ha sido, sin duda tengo en este mundo algun Melliço.» I preguntando a don Luzido quien era, me respondio el mismo estudiantillo: «Yo os lo dirè. Escuchad:

»Mi nombre es Pantaleon (1),
si bien conjeturas mias
que no fue nombre sospechan,
apodo, si, de la pila.

Hombre de tan lueñas faldas,
que solo me desobliga
de muger, el no calçarme
onze dedos de taugia.

---

(1) El propio autor del *Vejamen*. Los versos que aquí se transcriben forman parte de un romance que, pintándose á sí mismo, dirigió el poeta á una dama que deseaba conocerle. (Véanse las *Obras*, ed. cit., folio 52 y siguientes.)

A los folios 197-201 de las *Obras* de *Anastasio*, figura el siguiente romance, que copio, por constituir una ampliación del *Vejamen* que va en el texto:

«*Vexamen que dio a los Poetas de la Academia de Madrid.*

»Cocha allà, Coriandro amigo, el natural de la Mancha;
cocha allà, que te hecha menos el resto de la piara.
Di que te examine a una de essas hermosas Madamas,
de quien tanto te amartelas, que conmigo te enmarañas.
¿Iudiciarito me eres? ¿La figura me levantas
que aun a las doze del dia suelo tener en la cama?
¿De que sirve madrugarme el nacimiento? ¿No bastan
las ofensas cometidas en Sirene i sus hermanas?
Los sucessos de la zorra, que buena memoria ayan,
¿de que sirven en Madrid, si passaron en Velada?
I si de mi antojo dizes, ya saben que, en essa falta,
sola tengo de mis niñas la izquierda no más preñada.
Di tu de tus suziedades lo asqueroso, ò si no, calla,
no te denuncie de Riche vn xecutor de vara. *(Sic.)*
De parte de Dios mi Musa que le digas te demanda
si eres alcuça, que vives en penas de hoja de lata.
Digaselo, pues, Salicio, el estudiante de natas,
que tendra en su barba pelo quando le tenga la rana.
El lo sabra, que es forçoso, pues en una mesma casa
sois entrambos los arrozes: el de (la) leche, i tu de grasa.
Digalo el canoro Antandro, que, assistente de la caxa,
de su no prestado coche es eterna mermelada.
I digaselo cantado, pues le sirve en la guitarra
vn pardillo con vigotes, vn girguerito con barbas.
Digalo el poëta, que, segun le dura la cara,
desde las ocho a las doze solo en persinarse tarda.
Aquel que, galanteando la deidad de una ventana,
suele arrobarse, i se eleva de la tierra quatro varas.
Digalo ô sinhor Dom Vasco de Palla, dando à pancada
nos dous versos que lhe fiquem derradeiros de uma oitava.
Dom Vasco, ò que ja escriben nas outras noites passadas
com saudades à Alcides, e à Dejanira con magoas.

Digalo el buen Don Gerardo, cavallero de la vanda,
porque se pica de diestro i suele jugar la espada.
I diganoslo de espacio, que, segun se le resbalan
las palabras, al quien diga que se enseba la garganta.
Digalo don Abanico de la luarreda, si el ama
le ha sacado yà los braços de la prisión de la faxa.
Aquel poëta en mantillas que aun no quedàra de marca,
si del gigante Golias le hizieran una peaña.
Digalo mi Mexicano, que, aunque sin cola ni maça,
es el monaço inventor del primer *cocale, Marta*.
El que và a rietar los toros de Zamora con su lança
i su quartago, hecho un mismo poëta Ordoñez de Lara.
I digalo el Hortelano del Prado, que en las palabras
suele traer ponlevi, siendo hablador de ventaja.
Aquel que de allende Roma casos grita i cuentos ladra,
con tal ruîdo, que parece que los dize una carraca.
El poëta empedernido lo diga, el culto de Ocaña,
estudiante berroqueño, que sus coplas aguijarra:
cuyos versos son tan duros, que nadie de oîrlos trata
sin azeite de Aparicio, porque luego descalabran.
Digalo el turbio Gelcambo si han hecho poço en su gala,
baxandosele a lo hondo todas aquellas çurrapas.
Aquel que de su Amarili no es amante, sino arcada;
aquel a quien asco tiene, i no voluntad, su dama.
Digalo don Flaquicel, el de la corba guadaña,
a quien un bien entendido llamò cencerro de sarga.
Digalo tambien su hermano, pues que le viene de casta
el hablar con tanta hebra, que en cada oîdo se ensarta.
Poëta, en efeto, anguilla, pues nunca jamas se halla
tan solo un pelo ermitaño en los yermos de su barba.
Digalo, al fin, don Herrete, el de las narizes bracas,
el *tus, tus* de la Academia, el poëtica de falda,

Algo Abenamar mi rostro
i mi tez algo Xarifa,
al arbitrio de un espejo
ni me acusan, ni me libran.
Negro todo el año el trage,
mas que me viste me tizna;
alma soi de la bayeta
i humanidad de la frisa.

Espiritu soi de un requiem,
que en la profession jurista
me graduè de funesto
Bachiller por la otra vida.
La interior, la oculta gala,
en ningun estremo pisa,
que en lo afectado ò lo feo
jamas el medio peligra.»

«¡Teneos,—dixe—Licenciado, que basta hurtarme la figura, sin que hagais el mismo ladronicio en el Romance!» «No hurto de nadie yo,—me respondio con gran confiança—que si tuviera essa inclinacion, no la gastàra en hurtar cosa tan mala como vuestra figura.» «Pues, picaro brivon,—le dixe—¿no bastaba la desvergüença, sin añadir el denuesto? ¡Vive Dios que he de cruzarte toda essa cara, si, como estàs en el Orbe de la Luna, estuvieras en su mismo cuerno!» Apenas le huve dicho la maldita palabra, quando me dixo: «¡Guiton menguado, yo te la cruzarè, i serà de Carabaca, por mas señas! Pero, para que te entretengas con una pisa de moxicones, vè rumiando los que se siguen.»

Cerrò conmigo, i yo con èl, tan desapiadadamente, que de cada porraço nos echabamos las narizes una legua mas arribica de donde sucedia la pendencia. No bastaba don Luzido a ponernos en paz, porque estabamos mas encarniçados que don Pradelio, el qual, oyendo el ruîdo, salio de su vaina, i Coriandro de su camara, diziendo: «Señores, jueguen desde fuera, i miren que no vale braçal.» Pero el fingido Pantaleon me llovia las manos a esta comisura (de que, à mi parecer, quedè medio calvo), i yo le graniçaba las uñas a aquellos ojos (de que, à su parecer, quedò mui tuerto), hasta que, metiendo el montante don Luzido, nos dio mità i mità dos latigaços. Con el del que me tocaba en la particion, despedì el Incubo molesto, i hallandome en mi cama, di mil gracias à Dios de aver escapado de tan pesado sueño.

Esto se aya dicho en burla.

El Bachiller Mantuano.

---

el hombrecito que suele andar ceñido a su espada,
el monito que su cola trae metida en una vaina.
Diganlo todos, i sepa mi Caliope sagrada,
que eres la mugre con vida i la cochambre con alma.
Tu, empero, que me predices lo futuro, i que señalas
horoscopo a mi figura, ¿por que la tuya me tapas?
Tu, Licenciado Silicio, con cuya cerdosa barba
se mortifica la carne en una Semana santa;
tu, que de todos tus miembros pagas al Rei alcabala,
aunque a las doze del dia sueles tener tripa franca;
tu, estomago aventurero, horro no mas que en la pança,
vsagre de todo plato, roncha de toda piñata:
desabrocha a estas señoras (por no dezir desaraca)
el cuerecito de lixa, la pielecita de zapa,
i essos justillos de bello con que naciste botarga,
i en que tu fregona ninfa, si no se goza, se rasca.
Pues luego emiendas vestido lo que desnudo no agradas:
lleno tienes el manteo de gelcambos i de carpas.
Todos los que de ti escriven se sabe yà que se calan,
mas yo calçarè a mi Musa vnos çapatos de vaca.
Tan jaspeado el azeite te tiene a diversas manchas,
que nadie sabra si eres estudiante ò porcelana.
Si con tanto azeite intentas ser del abadejo salsa,
dexa de ser Licenciado, i profesa de nogada.
I si no, vete a curar tus lamparones a Francia,
que te vistes un pescueço en lugar de una sotana.
Coriandro amigo, si tanto romance no te acorrala,
i te ha quedado ponçoña, a mi me sobra triaca.
Este farmaco te purgue aquessa pluma mal sana,
que es antidoto con que quise pujarte la haba.»

Este *Vejamen* poético fué motivado, sin duda, por otro que dió D. Gabriel del Corral en la misma Academia, y al que alude Anastasio en su segundo *Vejamen* (incompleto en el impreso). El hermano de D. Flaquicel, á quien se cita en el romance, debe de ser D. Pedro de Prada, mencionado también en el segundo *Vejamen* de Anastasio.

AL PARTIR

(Del libro en preparación intitulado *Mis filosofías.)*

Ha llegado el momento de partir, y nuestro viajero piensa en liquidar sus cuentas.

Ante todo la del hotel: tantos días á tanto diario, hacen tanto; más algunos extras que él ya sabe; total, tanto... Pero si hasta aquí se trata de cantidades previstas, ahora hay que entrar en un terreno absolutamente indefinido, terrible, implacable: el terreno de las propinas.

—Vaya—dice el viajero—, procuremos hacer un cálculo aproximado.

En primer lugar, está el muchacho del ascensor. Cierto que, como yo vivía en el primer piso, nunca hice uso del aparato; pero ello no es culpa del chico. El estaba allí para que yo subiera. Que no subí: ¿es ésta una razón para defraudarlo? Pude subir en ocho días ocho veces como mínimun. Pongamos á veinticinco céntimos al día y nos resultan dos francos.

Viene en seguida el portero. Jamás me sirvió para nada; pero invariablemente, al subir yo la escalera, se ponía de pie. En ocho días, este portero lleno de cortesía se ha puesto de pie lo menos veinticuatro veces. ¿Cuánto vale eso? Calculemos á diez céntimos cada puesta de pie, y contando veinticinco—una más, porque, sin duda, se pondrá aún de pie al recibir la propina—, démosle dos francos cincuenta.

Siguen las doncellas ó camareras.

Una hay que me ha hecho mi habitación, y á ésa, claro, fuerza es darle, por lo menos, un franco diario. Pero de las otras dos, que encontraba yo invariablemente en el corredor, la una me decía siempre: *Bon jour, monsieur;* y la otra añadía: *Il fait beau,* ó bien: *Il fait mauvais,* según el tiempo.

Ustedes comprenderán que un «buenos días» afable y constante no tiene precio. Sin embargo, intentaremos cotizarlo y le asignaremos diez céntimos. Veinticinco «buenos días» á diez céntimos, igual á dos francos cincuenta. En cuanto al *Il fait beau, Il fait mauvais...*, aquí tenemos que establecer una pequeña diferencia. Ciertamente, no podemos pagar igual un *Il fait beau* que un *Il fait mauvais.*

Un *Il fait beau,* cuando os disponéis á salir del hotel, os llena el alma de luz. De antemano saboreáis las delicias del sol radioso, de la brisa fresca... Mientras que un *Il fait mauvais* os desalienta sobremanera. Es la lluvia, es el frío, el barro, la humedad, la tristeza...

¡Oh! Claro que la camarera no fabrica el tiempo. Ella me decía *Il fait beau* ó *Il fait mauvais,* porque, en efecto, así era. Pero yo faltaría á la lógica más elemental si pagase lo mismo el sol radioso que la lluvia insípida, la brisa fresca que el viento húmedo.

Por tanto, daremos á esta chica veinticinco céntimos por cada día claro, y sólo quince por cada día nublado ó lluvioso.

Al *maitre d'hôtel* ya le asignamos una buena propina; pero hay un criado que me abre día á día la puerta del comedor cuando voy á salir. Y lo hace con precisión tal, que nunca me ha acontecido abrirla yo. No importa que mis salidas sean inopinadas ni que él esté sirviendo una mesa lejana. Adivina el movimiento previo con que yo me dispongo á levantarme, y va hacia la puerta del comedor, que abre con movimiento ágil. Yo no puedo escatimar á este perfecto operador una buena propina. Ha abierto la puerta diez y seis veces en ocho días, y vamos á considerárselas, lo menos, á quince céntimos cada una.

¿Y el *chasseur?*, ¿qué haremos con el *chasseur?* Cierto que no hemos necesitado de sus buenos oficios para recado ó comisión alguna; pero este muchacho sin par, jamás dejó de sonreirnos cuando pasábamos frente á él. Jamás; ¿lo oyen ustedes? Jamás.

Y su sonrisa era siempre la misma: hospitalaria, cordial, ya hiciese *beau* ó ya hiciese *mauvais*, ya lloviese, ya diluviase.

Yo bien sé que una sonrisa no tiene precio. Es privilegio tan alto, tan humano, que la bestia fiel que os ama con todas las energías de su naturaleza llena de lealtad: el perro, que daría por vosotros la vida, no puede sonreiros, á menos que entendáis por sonrisa su meneo de cola. (El perro—dice Víctor Hugo—tiene su sudor en la lengua y su sonrisa en el rabo.)

No, de seguro que una sonrisa no tiene precio; pero, en fin, puesto que aquí se trata de recompensar de alguna manera las del *chasseur*, démosle por cada sonrisa veinticinco céntimos, en atención á que es hombre; que si mujer fuera la que nos hubiese sonreído, habría que elevar la tarifa á cincuenta céntimos, no sin advertir que no hay dinero en el mundo con que pagar la sonrisa de una mujer; sobre todo, de una hermosa. Es como si quisieseis pagar una aurora, un celaje, un crepúsculo ó un arco iris.

***

Después de leer esto, posiblemente pensaréis: el viajero rabia contra las propinas. Os engañáis; este viajero no rabia en absoluto.

Paga con más gusto á quien le dice: *Il fait beau*, á quien se pone de pie al verle, á quien le sonríe, que á los que ejecutan duros trabajos por él.

¿Sabéis por qué? Porque los primeros le proporcionan una sensación deliciosa de *chez soi;* porque un *Il fait beau*, una sonrisa, una cara amable en quienes os sirven, son eminentemente hospitalarios.

Aunque os cuenten lo contrario, creed que la hospitalidad en un país está, no en lo que os dan, sino en la manera de dároslo; no en lo que os sirven, sino en la manera de servíroslo.

Para mí, especialmente, los países hospitalarios son aquellos en que todo el mundo me sonríe y en que las mujeres me miran más dulcemente, aunque sea para decirme: *Il fait beau, Il fait mauvais.*

Amado Nervo.

La metafísica religiosa y el henoteísmo

(Conclusión.)

En la mitología clásica *Prometeo* es el raptor del fuego sagrado. «Los *murris* de Australia—dice GUICHOT—atribuyen el robo á un hombre que se convirtió en pájaro; en otras tribus australianas el halcón es el raptor, que presenta el fuego á los hombres. Figuran los pájaros raptores en otros pueblos, y existen otras formas del mito, *que es universal.*» Pero mientras el mito del rapto del fuego es explicado por la teoría filológica (que en este caso reconocen todos que ha hecho curiosas y profundas interpretaciones en la leyenda griega de *Prometeo)* por un accidente del lenguaje, la escuela antropológica, con LANG á la cabeza, busca la explicación de la universalidad del mito en las necesidades naturales y en las pasiones humanas. De igual modo, la unión de los cultos de *Osiris* y de *Râ* en Egipto, unión que afianzó su predominio, sobre todo desde que se les aplicó, como á toda religión, el culto de los animales y de las plantas, no representaban la manifestación simbólica de la esencia de los dioses, como creían los sacerdotes del país de los muertos, sino un resto del totemismo, de dioses totémicos semejantes á los de Australia, América, Africa, India y Siberia. Considerando á *Baal* como personificación del sol y á *Astarté* como personificación de la luna, no pocos, como recuerda PIETSCHMANN, supusieron equivocadamente que todos los *Baales* y todas las *Astartés* de las ciudades fenicias eran derivaciones de un solo *Baal* y una sola *Astarté* únicos. Este error ha sido corregido por una investigación más concienzuda.

En fin, no cabe admitir con MAX MÜLLER y SÁNCHEZ CALVO la pretendida ley que establece que la mitología, esa plaga de la antigüedad, es en realidad una enfermedad del lenguaje (1). El sentimiento de respetuosa atención que tal tesis ha inspirado á los mitólogos no ha sido en ellos más que asunto de acomodación, y no de psicología. La palabra es sólo un vehículo, un punto de partida del trabajo del pensamiento, que es quien produce, en su totalidad, los cambios de sentido. Los *nomina* no pasan á ser *numina* por enfermedad mitológica, sino por enfermedad del pensamiento ó de la fantasía. El mismo MAX MÜLLER lo reconoce en parte al decir desde el punto de vista de la lingüística general: *I hold that a theory on the origin of language can only*

(1) «Un mito—dice MAX MÜLLER—significa una palabra; pero una palabra que al comienzo no era más que un nombre y un atributo, y á la cual se ha dejado adquirir después una existencia más substancial. La mayoría de las divinidades griegas, romanas ó indias no son más que nombres poéticos, á los cuales se ha dejado tomar gradualmente una personalidad divina que jamás había existido en el pensamiento de sus primeros inventores.» Casi resulta inútil poner ejemplos de un hecho tan conocido. *Eos* era un nombre de la aurora antes de hacerse una diosa de *Tithmos*, el día expirante. *Fatum*, la fatalidad, significaba primeramente *lo que se ha dicho*, y antes de que la fatalidad se hiciese un poder superior al soberano mismo de los dioses, esa palabra significaba lo que había sido por Júpiter, y que el mismo Júpiter nunca podía alterar.

be throughly treated in close connection with the theory on the origin of thought, i. e. with the fundamental principles of mental philosophy. No se hace aquí más que indicar esto, sin entrar en detalles que los estudios psicológicos, por un sencillo análisis de los hechos de la actividad pensante, han puesto de manifiesto con claridad completa. La misma expresión «estado morboso de la lengua ó producto patológico», como escribió MAX MÜLLER, es falsa, porque el lenguaje no puede estar enfermo. La facultad del lenguaje puede alterarse en los individuos aislados; pero cuando procede de resultados aceptados por los pueblos, emanando de creencias que tienen mucha intensidad, estos resultados no pueden ser más que de la acción normal y regular de nuestros órganos, como nota PLOIX.

Aunque por el estudio etimológico de los predicados religiosos pueda obtener interesantes conclusiones nuestra ciencia, no por eso ha de considerarse que sea un método adecuado para profundizar la esencia de los mitos, de los dogmas y de los cultos. Aun como método puramente *comparativo,* no siempre sirve para establecer la identidad de origen de los dioses por sus nombres, porque no siempre la semejanza fonética arguye filiación semántica. El *Varuna* indio, dios del cielo, ha sido asimilado por algunos autores al griego Οὐρᾰνός; pero el que este último vocablo signifique, como en el *Veda,* el cielo y el día, se puede explicar en todo caso como se indica generalmente, diciendo que, en su vida mítica, expresa tanto el personaje divino que representa el día, como el mismo cielo. Por el contrario, *Varuna* no se eleva nunca por encima del poder y de la personalidad; es un numen padre, y no la materialidad de la bóveda celeste. Ésta nómbrase en los *Vedas* por el nominativo *Dyaus,* primer dios en la época de la emigración á Europa de aquellos arios, que después llegaron á ser griegos, latinos y germanos, llevando consigo este nombre, en las formas *Zeus, Deus* y *Tiu.* Ahora bien; *Dyaus* no viene de la raiz *div,* como quiere MAX MÜLLER, sino del vocábulo *yu* ó *dyu,* implicativo de todo lo grande, lo fuerte, lo exuberante, lo hermoso y lo *brillante;* pero *Varuna* viene de *vri,* que no es verbo primitivo, y que por su significado de *cubrir* se opone á *dyu,* como el que *engendra* se opone al que envuelve, según consta del *Rig-Veda* (X, 132, 4) bien comentado. Este ejemplo muestra perfectamente cuán inadecuado es el método á que aludo, porque en las deidades védicas el concepto esencial primitivo de cada fenómeno tiene un dominio mucho más extenso que aquel á que se extiende la diversidad de los fenómenos. El desarrollo religioso supera al lingüístico en profundidad, en complejidad y en multiplicidad: los estados internos se sobreponen á la expresión externa de los hechos naturales. Por eso se nota que dioses expresados por raíces diferentes tienen á menudo idéntica significación, mientras que nombres mitológicos enteramente semejantes corresponden á dioses sin relación alguna de naturaleza ideativa.

Fuera de esto, y aun en esto mismo, la inculpación de verbalismo minucioso que suele dirigirse al criterio de la mitología lingüística, en nombre de la antropología, y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el des-

conocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación del espíritu á la letra y por la extensión del método histórico y comparativo, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de descubrimientos futuros. El principal defecto de la escuela filológica está, no hay que dudarlo, en haberse atenido en sus indagaciones al grupo indoeuropeo (mitologías india, zenda, gala, escandinava, griega y romana), tratando más de ligero el grupo semítico (mitologías egipcia, caldea, fenicia y árabe) y desdeñando casi en absoluto las mitologías de las demás razas históricas y las de los salvajes. Por otra parte, esa escuela habla de alteraciones fonéticas y de sentidos metafóricos, términos pasados de moda ya, porque no corresponden ni á la marcha de la historia, ni á las leyes de la psicología. Las investigaciones etnográficas nos han abierto nuevos horizontes; la religiosidad, tanto de los pueblos en el estado natural como en el civilizado, produce fenómenos que no se pueden incluir en la categoría de degeneraciones lingüísticas ni de demencias temporales, porque surgen de las profundidades mismas de la raza ó de las necesidedes del estado social: al impulso de ambos motivos, el alma colectiva se expansiona en manifestaciones fecundas. La nueva escuela antropológica (la de Mannhart, Lazarus, Steinthal, Wundt, Fiske, Tylor, Lang, Tiele, Michelis, Bergaigne, Gaidoz, Braga, Bertrán Bros, Sales Ferré, Guichot), que es la más prestigiosa, porque se inspira principalmente en la crítica histórica y psicológica, ha comprendido mejor el significado de los mitos. Pero no conviene exagerar sus conclusiones, considerándolas como la unidad más alta que cabe imaginar en el estudio científico de las religiones. Ni se puede exceder el sistema filológico sin ridículos comparatismos, ni es dado ir más allá del antropológico sin caer en la vaguedad y en la dispersión. Entre uno y otro se mueve en incesante giro toda la mítica de nuestra época. Quien acepte á componer el sentido de ambos, borrando del mito todo carácter patológico y de la ideogenia del sentimiento religioso el historicismo, habrá resuelto esa antinomia que atrae al presente la atención de todos los pensadores. Antinomia aparente en el hecho, dicho sea de paso; porque ambos sistemas concuerdan en poner al antropomorfismo por base ó protoplasma de la evolución religiosa: si el antropológico ve en los mitos la supervivencia y conservación alteradas del criterio animista ó personalista primordial, también el filológico coloca la edad mitopéyica en un pasado rudimentario y remoto, en el período de separación de arios y semitas de su cuna turania semisalvaje. El método mismo, aunque aplicado á distintas fases del objeto, es igualmente científico y analítico, representando una reacción empírica contra el simbólico y sintético de Kreuzer y Guignaut, que interpretaban los mitos como sistemas de enigmas ó metáforas. La escuela filológica fué la primera en comprender que antes del símbolo ó el signo está la cosa significada, que antes que el sentido metafórico está el sentido propio, y que los comentarios metafísicos de Guignaut y de Kreuzer no podían aplicarse á la infancia de la humanidad.

Lo dicho es bastante para demostrar con cuánta razón se apoya la idea,

frecuentemente sostenida por algunos, de dar la consideración de antropomorfismo á las concepciones naturalistas de los primeros tiempos de la Mitología Popular. En las religiones primitivas los fenómenos naturales fueron personificados y adorados como seres superiores al hombre, y por ello se les invocó, ofreciéndoles dones y sacrificios para aplacar sus terribles manifestaciones. Esto lo han puesto en claro, sobre todo, los mitólogos partidarios del llamado sistema *alegórico,* sistema que si tomado como único posible es falso, no por eso deja de encerrar una parte de verdad muy considerable. Hasta hace pocos decenios, este sistema, que KELLY y SCHWARTZ bautizaron con el nombre de sistema *meteórico,* por tener su fundamento en la interpretación de los dioses de la mitología por los agentes naturales (sol, fuego, tierra, borrasca, viento, con sus fenómenos varios), era el parecer común de casi todas las naciones. El adoptar por punto de partida el método *filológico,* único que parece apropiado á la hermenéutica de las primitivas concepciones religiosas, y el material estupendo de pruebas é ilustraciones científicas con el cual KUHN inició desde 1873 en la obra *Ueber Entwickelungstufen der Mythenbildung* su defensa y desarrollo, bastaron para acreditarle, induciendo á los sabios á no descubrir sino en nubes y temporales el origen de los mitos y leyendas: la caída del chaparrón con los rayos y truenos conmovía los ánimos de aquellos pueblos y despertaba en ellos ideas míticas que fueron después el fundamento de sus prácticas místicas y de sus creencias. Hasta los nuevos idealistas transigieron en parte con este criterio; y entre ellos, y como fiel discípulo de KUHN, MAX MÜLLER levantó también la bandera de la exégesis Mito-Astronómica, y aplicándola á los *Vedas,* defendió con honda convicción que estos himnos no se refieren sino al sol, al cielo, á la aurora, á la mañana, á la primavera, llamándolos *devas,* y *adevas* á sus contrarios, noche, tinieblas, obscuridad, como enemigos irreconciliables. Cuidó de limitar su idea especialmente á la aurora y al sol, mirándolos como la condición de los principales mitos. No hablaba, pues, como su maestro KUHN, de «impresión de fenómenos extraordinarios en el espíritu», sino de «personificación de fenómenos ordinarios de la naturaleza» (1).

En tanto que esta opinión cuente con defensores tan eminentes como MAX MÜLLER, será necesario hacer ver su falsedad en los mismos terrenos que él prefiere, á saber: terreno histórico, terreno psicológico y terreno lingüístico. Verdad es que para una refutación general bastará el criterio del buen sentido (2) y la comparación con exégesis mitológicas desacreditadas. Fácilmente se advierte una analogía con las explicaciones alegóricas en las obras de un autor que á mediados del último siglo sobrepujó mucho á todos sus antecesores, filósofos religiosos de la extrema izquierda hegeliana y teólogos críticos de la escuela de Tubinga, con sus sistemáticas negaciones, acumulando prue-

(1) Acerca de las diferencias entre el modo de ver de KUHN y el de MAX MÜLLER, merece leerse el P. CARA.

(2) Tal es el seguido por SAYCE, quien, hablando de este asunto, se limita á decir que «creer que nuestros antepasados andaban siempre entretenidos en describir con tanta riqueza de metáforas poéticas las maravillas de la aurora y el continuo viajar del sol por el cielo, es sencillamente absurdo. *To believe that our barbarian ancestors were always busied in describing the wonders of the dawn and the daily progress of te sun through the sky in richly poetical metaphors, is simply absurd.*»

bas y más pruebas contra el cristianismo: hablo del famoso alemán RUGE, para quien JESÚS, aunque es un mito, como dice STRAUSS, no lo es á la manera que éste lo afirma; porque el mito JESÚS figura la lucha física del invierno con el estío, de las tinieblas con la luz: por eso nace, decía, cuando comienzan los días á decrecer, y muere cuando la naturaleza revive en la primavera. Pensando muchas veces en el sistema alegórico, he comprendido que sus explicaciones no son más fundadas ni más científicas que la anterior de RUGE, la que á su vez es un eco de la clásica de DUPUIS, para quien todos los cultos se refieren á la astronomía, y las mitologías de todos los pueblos son leyendas calendarias. Por ejemplo: CRISTO es el Sol; los Apóstoles, los Doce Signos del Zodíaco, que llevan por jefe á JANO, el de las llaves; MARÍA es el signo zodiacal de *Virgo;* la Natividad es el Solsticio de Invierno; la Muerte, el Equinoccio, y así sucesivamente.

Pero aunque hoy no pueda sostenerse esto en absoluto, queda siempre un fondo de orientación, indudable desde muchos aspectos. Las investigaciones más recientes, por más que hayan modificado algunos detalles de esas teorías, consideran verdaderos los principios generales del célebre crítico. Los mitos astronómicos, y en particular los mitos solares, son otros tantos símbolos de los más augustos misterios. Las grandes alegorías exotéricas se reducen á una acomodación de las grandes verdades de la teosofía al lenguaje y á la conciencia de pueblos incultos y rudos. Los Iniciados de la Sabiduría Secreta de todas las edades se han visto en la precisión de envolver en ellas, como en un alfabeto pictórico, los elevados conocimientos de esa cultura siempre antigua y siempre nueva, cuyo origen es imposible determinar, pero que aparece alumbrando desde muy antiguo. No sin razón se ha dicho que la leyenda es en algún sentido más verdad que la historia, porque la leyenda no da cuenta de los hechos, á menudo incompletos y abortivos, sino del genio mismo de las grandes épocas y de los grandes pueblos. Sólo por las leyendas se ha realizado *á priori* la unión de la teología, en cuanto enseñanza de primeros principios supremos y ciertos, con la Ciencia, en cuanto narración mitológica al alcance del vulgo. Si los mitos más aparentemente ridículos están enlazados con los misterios más sublimes; si todas las inscripciones antiguas en todos los países atribuyen al favor de los dioses los hechos de los hombres, es porque entonces la Doctrina Universal proyectaba desde el templo su influencia sobre las fantasías y supersticiones populares, que encauzó y dominó ocultamente. Así no es difícil descubrir en las mitologías exotéricas un elemento de Filosofía, un Cabalismo.

Un ejemplo para concretar. El número *diez,* aplicado á las generaciones que las mitologías ponen entre la creación y el diluvio, es simbólico (MOISÉS habla de diez *generaciones;* los iranios, de diez monarcas *peischadianos* ó *kaiomarianos;* los caldeos, de diez *jefes;* los fenicios, de diez *patriarcas;* los indios, de diez *pitris;* los chinos, de diez *emperadores;* los germanos, de diez *antepasados;* los escandinavos, de diez *odines;* los árabes, de diez *aditos,* etc.). Los números no son nunca arbitrarios en las constituciones de la antigüedad. En

Roma trescientos senadores corresponden á los días de los diez meses del año cíclico; ciento cuatro eran los de Cartago, es decir, el duplo de las semanas de un año. En Atenas las trescientas sesenta casas y los trescientos sesenta miembros de la *Anfictionia* estaban en relación con los días del año solar, como los trescientos senadores de Roma con los del año cíclico. Del mismo modo, treinta eran los senadores en Esparta; treinta las hermandades de los modernos *suliotas,* y otros tantos los duques lombardos; treinta puercos parió la marrana que vió ENEAS en el sitio donde se fundó Roma; treinta ciudades componían la confederación latina; treinta sabinas fueron las robadas, y con su nombre denominó RÓMULO á las treinta curias; doce las tribus de Israel, y doce las ciudades fundadas por los Pelasgos á orillas del Po, en Etruria y al mediodía del Tíber. En Atenas las doce πολεις estaban distribuídas en doce δεμοι, doce φρατριας y doce φυλαι; el Areópago principió con los doce dioses; doce buitres se aparecieron á RÓMULO; doce eran los dioses escandinavos; doce secuaces tenía ODIN; doce caballeros la *Tabla Redonda* de ARTURO, y doce paladines la corte de CARLO MAGNO. En mi libro sobre *El descanso dominical según la cronología y la historia* me extendí en teosóficas consideraciones sobre el misterio del número *siete,* consideraciones que no es del caso reproducir. Pero considero de mi deber y mi derecho hacer una observación. WINCKELMANN y los helenistas no hicieron gran caso del uso alegórico de los siete colores, porque no entendían la arquitectura simbólica; es indudable, no obstante, que eran rituales algunos colores en el arte antiguo. Así, *Saturno, Menanon, Osiris-Serapis, Knef-Ammon-Agaiodemon-Nilo, Visnú-Narayana, Krishna* y *Buda* eran negros ó azules obscuros, probablemente porque se referían á las aguas; *Júpiter,* de color de tierra ó de fuego, como *Ita* y *Siva-Ganesa; Marte,* rojo, como *Sabramania* y *Osiris-Horo, Sem* ó *Somi,* etc.; el Sol, de color de oro; *Venus,* de color de púrpura; *Mercurio,* de piedra cerúlea, y verde el templo de la Luna. LIDIO dice: «El rojo estaba consagrado á *Marte,* el blanco á *Júpiter,* el verde á *Afrodita,* el cerúleo á *Cronos* y á *Poseidon...*, en relación con los cuatro elementos, estando el rojo dedicado al fuego por su color, el verde á la tierra por las flores, el azul al aire, el blanco al agua..., ó bien con las cuatro estaciones, consagrándose á la primavera el verde, el rojo al estío, el azul pálido al otoño, y el blanco al invierno.» Para los romanos era presagio muy funesto el que en los combates del circo venciese el color verde; y este mismo carácter simbólico de los colores tiene gran parte en los monumentos y ceremonias del cristianismo. Además de los varios colores de los ornamentos, en las iglesias góticas los hay que están prescritos: el dorado ó azul sirve para los ábsides; MARÍA, reina de los cielos, lleva el manto de color de atmósfera; JESÚS, *sol saliente,* está vestido de rojo, y es asimismo simbólico el color de los estandartes en nuestras procesiones, el de los trajes cardenalicios, etc. Podríase multiplicar infinitamente el número de estos simbolismos sin cambiar en nada el resultado general, que demuestra que el estudio teosófico de la religión encuentra, dondequiera que lleve sus investigaciones, señales de una cultura remota y universal, que ha impreso su sello de armonía y exactitud

aun á las fábulas más groseras y á las prácticas más supersticiosas. Por lo que se refiere á las grandes verdades, no han sido reveladas sino en una gran parte en la Doctrina Secreta, que no es Ciencia ni Religión, sino la unidad misma de ambas realizada *á priori,* y que aun en sus influencias exotéricas permanece parcialmente cierta, pues parte del sentimiento de que no hay en el Universo nada que no pueda ser conocido y, por consiguiente, revelado. Que no se apoca el espíritu teosófico por descubrir la explicación de lo que hasta hoy era misterioso y oculto; muy al contrario, esto le exalta y enaltece: así, el intrépido viajero que en busca de estelas mitológicas se ha aventurado en la nación de las pirámides, siente una mezcla de satisfacción y de piedad al asistir á la antigua lucha mística de *Tifón* contra *Osiris,* al recibir en sus fauces el hálito abrasador del monstruo que velaba la gloria serena del dios solar, anieblando con el polvo de la arena un cielo que hace opaco y pesado.

La mitología, no sólo precedió á la religión, sino que germinó de la ciencia, de una ciencia rudimentaria y animista. Y no consiste en otra cosa el secreto de esto, sino en que la mitología sólo necesitó de la facultad de observación para imitar á la naturaleza, al paso que la religión necesitaba, además de la observación y la comparación, el sentimiento de moralidad ó eudemonología, que separa al hombre de los animales. Así, Sayce desenvuelve su *sistema subjetivo utilitario* partiendo de tan importante hecho, y estableciendo que no son lo mismo ni son contrarias mitología y religión, y que la vida es producto y resultante de ambas. El hombre atribuyó existencia y operación espiritual á los objetos materiales y sidéreos; después proveyó á su subsistencia propia refiriendo esto á su conducta y bienestar; finalmente, organizó la vida de la tierra según entendió que se hallaba organizado el cielo. Del mito pasó al dogma, del dogma al culto. Y ya el mito encerraba como en germen necesidades dogmáticas y cultuales, pues en el mito laten implícitos los sentimientos todos religiosos: temor, dependencia, veneración, deseo.

No quiero continuar esta serie de observaciones sostenidas en nombre de una ciencia que, como la mitología comparada, tiene tanto porvenir; y si alguno de mis lectores desea más, consulte á Regnaud en las concienzudas páginas de su opúsculo *Comment naissent les mythes,* publicado en París en 1897. Obscura cripta poética, hoy desdeñosamente confinada por muchos en las tinieblas del pasado, la alegoría mitológica inspira, no obstante, todavía la admiración de los grandes esfuerzos del espíritu primitivo del hombre, y conservará siempre para los que saben comprender la majestuosa melancolía de la aurora del mundo. La lingüística hará en ella, como en todas las concreciones históricas, más luz cada vez, y su luz llegará á esclarecer cumplidamente el origen y desarrollo de la lenta construcción dogmática, que forma como la trama de las religiones de la sociedad moderna, y anima casi todos los símbolos, ritos y fórmulas, que son el elemento sensible de esas religiones.

Edmundo González-Blanco.

LA CALLE DEL CONVENTO

A lo largo del barrio señorial en su día
se prolongan las curvas de la angosta calleja,
y en los muros cansados de las casas vetustas
las horas van borrando los escudos de piedra.

Los aleros se inclinan protegiendo la herrumbre
que ramajes de fuego prende á clásicas rejas,
y cintillos de plomo los vidrios aseguran,
de opacidades hondas tiñendo las vidrieras.

Se entreabre un postigo, y se cierra despacio...
Allá dentro alguien vive que vigila y espera...
En la hidalga casona de enfrente, los herrajes
centenarios rechinan al abrirse la puerta.

Con sigilo por ella se desliza una dama
enlutada; su sombra se prolonga en la acera,
y al avanzar se arrastra la sombra por las losas,
cual si mujer y sombra medroso espectro fueran.

Desaparece... Un soplo caliente de la tarde
reanima el tenue ritmo de las vidas secretas
en el suelo, en el aire, en la luz, en el hondo
misterio de la calle medieval y desierta...

Y hay una celosía que en el gótico vano
de un ventanal oculta la mirada indiscreta
de una infanta cautiva que, ignorante y curiosa
del amor y del mundo, pregunta á las estrellas.

¡Por la calle olvidada, condensando su ambiente,
pasaran nuevos días llenos todos de viejas
pesadumbres y sombras y recuerdos marchitos,
y salmos que la luna canta á las cosas muertas!

Ved las rejas claustrales cerradas todavía
y agarradas al muro, que armas reales ostenta;
tras los altos tapiales están las celdas blancas,
y están las blancas monjas en oración en ellas.

Aún tiene la abadesa jurisdicción marcada;
fué señora en el mundo la humilde hermana lega,
y el sitial que en el coro ocupó un rey galante,
hoy, pasados tres siglos, en coro lo espera.

Y cuando las novicias de marfileñas manos
y pupilas de ensueño se asoman á la huerta
los velos religiosos hasta los pies caídos,
de los Reyes Católicos platica su inocencia.

¡Oh! Convento sellado con secreto de amores,
la triste fundadora que se aduerme en tu iglesia,
tan sólo en tal recinto, recostada en el mármol,
recobra en la penumbra su mística belleza.

Flor de lisados paños descubren la alta frente
y las manos, que guardan un ramo de azucenas.
Los sutiles vapores del incienso que sube
acentúan con tonos azules la silueta.

Real convento, bien hayan tus arcaicos blasones,
tu abadesa mitrada, tu clausura severa,
que ella guarda en la obscura soledad de los claustros
el rosal que en los siglos florece: la leyenda.

Sofía Casanova.

Varsovia, abril de 1909.

EXTRANJERO

República de Chile

El incidente de la corona.—Retirada del ministro chileno de Lima.—La interpelación del senador Martínez.—El problema de Tacna y Arica.—Los peruanos «sacan el cristo».—Esperanzas irrealizables.—Chile rechaza el arbitraje.—El apoyo alemán.—«Statu quo» inalterable.—El Tratado de Ancón.—Imposibilidad de realizarlo.—Causa de la apreciación divergente.—El plebiscito popular y el protocolo especial.—Negociaciones entre Puga-Borne y Seoane.—Desacuerdo.—Regnícolas y extranjeros.—Nuevas negociaciones chilenas.—Proposición definitiva.—El derecho de sufragio en los plebiscitos internacionales.—El ejemplo de Tarapacá.—Resolución probable.

Con ocasión de haber rechazado el actual Gobierno del Perú una corona de bronce que el representante de Chile, Sr. Echenique, en nombre de su Gobierno, dedicaba al monumento levantado por los peruanos á los héroes muertos en la guerra chilenoperuana, la prensa de Lima publicó violentas diatribas, que obligaron al Sr. Echenique á retirarse de esta capital.

En Santiago, por el contrario, el Sr. Echenique fué recibido con manifestaciones de patriótico estruendo, agudizando la crisis de relaciones entre ambos países la interpelación dirigida al Senado chileno por el ex ministro Martínez.

En veinticinco años de ejercicio inestable del Tratado de Ancón no se ha desvirtuado el opuesto concepto que de lo pactado tienen Chile y Perú; las vías diplomáticas han desarrollado pertinaces reclamaciones por parte del Perú y firmísimos rechazos de Chile; el problema se suspende ó se renueva con actitudes y con palabras, y la respectiva dignidad de ambas naciones no se cansa de agotar política generosa, nerviosidades patrióticas, discreteos y correspondencias en que se debilita muchas veces la cordialidad.

Cuando los Gobiernos peruanos se hallan más preocupados de lo debido por dificultades interiores, *sacan el cristo* de la «revolución de Tacna y Arica», y toda la atención pública se retrae de los demás asuntos para concentrarse en éste como un nublado.

Todos los Congresos panamericanos han recibido apelaciones del Perú en favor de la devolución de estas provincias, que fueron simplemente los rehenes, según el Perú, de la guerra de 1884, y que Chile posee hasta que un *plebiscito popular* decida si quieren ser peruanas ó chilenas, con arreglo al Tratado de Ancón.

Perú alimenta cierta confianza en la posibilidad de un concierto de complicaciones sudamericanas que ejerzan cierta coacción sobre Chile. La cuestión del Acre entre Perú y Bolivia obliga á cierta intervención al Brasil; la de Misiones entre la Argentina y Brasil ha sido un gran período de recelos que no han desaparecido por entero; y el litigio por los límites de los Andes entre la Argentina y Chile obligó á estos dos países á improvisar grandes armamentos, hasta que se resolvió definitivamente por un Tratado de amistad reciente.

A pesar de que Chile ha estado poco acompañado de las simpatías de sus vecinos, tampoco parece que las haya echado de menos, y sin omitir las demostraciones de prudente consideración á todos, siempre se opuso á toda idea de arbitraje, y no quiso influenciarse en la cuestión peruana por ninguna razón extraña al Tratado de Ancón.

Su susceptibilidad nacional desarrolla idéntica confianza en el derecho que en las armas, y su educación á la alemana le ha permitido la comodidad de aprender á esperar como los fuertes.

Solamente Alemania ha dado pruebas de querer guiar á Chile en las circunstancias difíciles, iniciando la reforma de su Ejército, publicando obras importantes para dar idea del desarrollo chileno, introduciendo sus cobres y salitres, y contribuyendo con sus vapores á detener los abusos del monopolio de navegación en el Pacífico.

Cuando funcionaron los Tribunales arbitrales con ocasión de la guerra peruana, Alemania dejó de patrocinar muchas reclamaciones, y se limitó á apoyar algunas que estimó justas. Y cuando en 1884 una demostración naval contra Chile trató de obligarle á pagar los certificados salitreros emitidos por el Perú, la actitud alemana conjuró el peligro determinando una transacción equitativa.

En toda hora de peligro han podido inspirar serenidad á Chile la actitud y las manufacturas alemanas y la firmeza del crédito chileno en Londres. En la actualidad parece que le tienen á Chile más prevenido y sin cuidado que nunca los negocios internacionales.

Ese incidente de la corona chilena dedicada á los soldados peruanos muertos en la campaña contra Chile ha sido imprevisto para éste, que contaba suavizar de tal modo la aspereza y nerviosidad constantes del pueblo peruano al chileno. Cuando Chile exploró el efecto que produciría este acto, encontró la aquiescencia de Pardo y de los elementos peruanos con quien un ministro extranjero puede parlamentar. El actual y sus ministros han hecho un acto impolítico rechazando la corona que en principio admitiera su predecesor. Pero el *statu quo* no ha de alterarse por incidentes de transcendencia pasajera. Y la conformidad de ambos poderes volverá á la normalidad cuando las nerviosidades se tonifiquen y la razón de Estado encauce las gestiones.

La campaña de la prensa peruana contra el Sr. Echenique es una dificultad para llegar á un acuerdo satisfactorio en la manera de practicar el plebiscito de Tacna y Arica, puesto que hace imposible la estabilidad de ningún ministro chileno en Lima; pero las relaciones de poder á poder continuarán siendo soportables, corteses, mediante fórmulas de real ó supuesta conformidad con el presente estado de cosas.

El tiempo ha hecho una exigencia de los intereses en litigio: mantener á todo trance la paz, y no le parece á Tacna y Arica desaprovechable para su vida interna la administración chilena, de cordialidad estable con ambos países.

Hay una razón suprema para que Perú discuta serenamente si corresponde á la conveniencia de los hechos el fascinar los ánimos peruanos hasta hacer imposible la convivencia en Lima de los ministros chilenos.

En virtud del Tratado de Ancón, Chile es dueño y señor de Tacna y Arica por la ocupación de las armas y por cesión del Perú en compensación de los sacrificios hechos en la guerra.

El *plebiscito popular* de que habla el Tratado de Ancón no se ha realizado por imposibilidad absoluta de llevarlo á la práctica, puesto que relegaba á un acuerdo posterior las condiciones de realizarlo.

El Perú solamente transige con el sufragio de los peruanos. Chile acepta únicamente el sufragio universal, y este desacuerdo hace imposible la solución plebiscitaria de Tacna y Arica. Esta dificultad será precisamente el título de posesión que á favor de Chile consigna entre líneas el Tratado de Ancón, porque es un hecho efectivo de mayor fuerza que los alegatos periodísticos, las excitaciones patrióticas, las frases de los estadistas y las ruidosas excitaciones peruanas á todos los Congresos panamericanos.

El artículo 3.º del Tratado de Ancón dice que los territorios de Tacna y Arica *continuarán poseídos* por Chile y sujetos á la legislación y autoridades de Chile durante diez años, y, expirado este plazo, un plebiscito decidirá, en *votación popular,* si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente del dominio y soberanía de Chile, ó si continúa siendo parte del territorio peruano. Aquel de los dos países á favor del cual queden anexionadas las provincias de Tacna y Arica pagará al otro diez millones de pesos. Un protocolo especial, que será *parte integrante de este Tratado, establecerá la forma en que el plebiscito deba tener lugar* y los términos y plazos en que hayan de pagarse los diez millones de pesos por el país que quede dueño de las provincias de Tacna y Arica.

La ausencia de toda crítica y pasión advierten que la actitud de Chile no quebranta la letra ni el espíritu del Tratado, y que los precedentes históricos invocados por Perú no son argumento definitivo para interpretar el Tratado de Ancón en la manera precisa de llevar á término el plebiscito concordado.

Las negociaciones desarrolladas entre los Sres. Puga-Borne y Seoane, ministros de Estado respectivos de Chile y Perú, tuvieron la dialéctica de no interrumpir los intereses del porvenir, y por eso el Gobierno chileno declaró inconexos con el Tratado de Ancón los que tenían por base de amistad con el Perú ligar los intereses mutuos por medio de convenios comerciales, ferrocarriles y navegación, con la condición de tratar después de ejecutar el protocolo plebiscitario; es decir, separando completamente esta cuestión de las otras.

Pero Chile no ha logrado obtener el avenimiento del Perú, que considera más la forma que la substancia de su derecho, puesto que la cesión de las provincias de Tacna y Arica, salvando las apariencias, fué un reconocimiento implícito á estas provincias de disponer libremente en lo sucesivo de sí mismas.

Resulta más racional que el plebiscito sea universal, puesto que el disponer de la suerte de los habitantes debe ser obra de la voluntad de todos, como el Tratado consigna al expresar que el plebiscito sea popular. La imposibilidad de cumplirlo declararía nulas de hecho las aspiraciones peruanas.

El plebiscito es una consulta que se ha de hacer á los habitantes todos de Tacna y Arica para que decidan si desean continuar sometidos á la soberanía de Chile ó quieren formar parte del territorio peruano, y claro está que el espíritu y la letra del Tratado de Ancón están de acuerdo con el derecho internacional y el común sentir en que deberán tomar parte en el plebiscito todos los sufragantes.

Perú entiende que no deben tomar parte en el plebiscito sino los regnícolas, con exclusión de los extranjeros, entre los cuales incluye á los chilenos; interpretación en pugna con los plebiscitos que consigna la historia, en todos los cuales se ha dado participación á los habitantes que no estuvieran exentos de derechos civiles.

En 1901 Perú retiró su Legación de Santiago, exigiendo de Chile que ordenara retirar sus autoridades de Tacna y Arica, efectuar el plebiscito bajo la autoridad de una potencia amiga, y convenir que no votaran sino los peruanos. Transcurrieron cinco años sin que contestara Chile á lo que conceptuaba una provocación.

En 1905 Chile propuso al Perú la organización del plebiscito en estas condiciones:

«Todos los habitantes del territorio de Tacna y Arica capaces de emitir un voto consciente tendrían derecho de sufragio.

»Las operaciones electorales serían confiadas á Juntas en que figurasen, junto con los chilenos, los peruanos y ciudadanos de otras nacionalidades.

»El resultado sería inapelable.»

Perú rechazó esta proposición y continuó exigiendo más apremiantemente á medida que las dificultades de Chile con la Argentina hacían menos posible á aquélla su libertad de acción.

Plebiscito—dice la Academia Española—es la resolución adoptada por todo un pueblo; pueblo es el conjunto de gentes que habitan un lugar: luego el *plebiscito popular* á que hace referencia el Tratado de Ancón debe ser la resolución sobre la nacionalidad definitiva de las provincias de Tacna y Arica dictada por el conjunto de las gentes que las habitan.

Todo plebiscito internacional tiene en derecho amplitud mayor que un plebiscito nacional. Tratándose de plebiscitos que afecten á un régimen político, no deben intervenir los extranjeros. Pero en un plebiscito internacional convocado para resolver sobre la nacionalidad de un territorio, el derecho de sufragio surge de consideraciones externas al interés político, y, sobre todo, de los Tratados aplicables al caso. Dispone el Tratado de Ancón que sea popular el plebiscito que decida la nacionalidad de Tacna y Arica, y el pueblo lo forman los habitantes del lugar donde radican sus intereses, han constituído sus familias y á cuya prosperidad contribuyen con su labor.

El problema de Tacna y Arica está planteado con atenuantes que hacen menos quimérica cada vez la irreductible intransigencia de reivindicaciones improbables. Pero el ejemplo de Tarapacá es una pieza alegórica de circunstancias en que Chile y Perú piensan sobre todo. Cuando hablan de Tacna y Arica piensan en Tarapacá, sin que el pensamiento llegue á sus labios.

Tendremos ocasión de ocuparnos de Tarapacá en otro artículo especialmente dedicado á tan importante cuestión, medula de las diferencias entre Chile y Perú, que la última ahonda con el incidente Echenique.

Enemigo desde los comienzos del conflicto de todo ideal arbitral en este asunto, no es probable que Chile acabe por aceptar la mediación de una potencia amiga y neutral, la Argentina, por ejemplo, para determinar la forma de realizar el plebiscito.

Hemos dicho que Chile considera y sostiene que se determina en el artículo 3.° del Tratado de Ancón, diciendo que sea popular.

De alterarse el *statu quo* por el incidente anotado, lo probable es que Chile opte por señalar un plazo prudencial, notificando en forma que para obviar inquietudes se decide á cumplimentar el Tratado de Ancón.

Julián de la Cal.

Estados Unidos, España y Méjico

Concepto del profesionalismo en estos países.—La iniciativa privada y la iniciativa oficial [1].

Hoy que se estudia en el Consejo Superior de Educación el proyecto de encaminar de una manera práctica á los futuros profesionistas, á fin de hacer de ellos unos luchadores hábiles en la contienda social, nos parece pertinente echar una mirada retrospectiva sobre el pasado, y por una comparación entre lo que siempre se ha hecho y las nuevas orientaciones que se preparan á la educación, dar cabida á una patriótica esperanza, creyendo que los hombres del mañana serán enérgicos, iniciadores, audaces, eminentemente prácticos y de una viril y arrogante acometividad; los hombres, en fin, de «la vida intensa» de que habla Roosevelt.



D. Rómulo Farrera.

Durante la mayor parte del siglo pasado la influencia del clero en Méjico era incontrastable. Dueño de una gran parte de la propiedad y acreedor hipotecario de la mayor parte de las fincas rústicas y urbanas de la nación; convertido además en un partido político militante, y con su gran influencia moral sobre las conciencias, todas estas circunstancias hacían que su poder fuera enorme. Leyes de reforma y desamortización redujeron el poder pecuniario del clero y lo retiraron de la escena política, limitándolo á su misión evangélica y moralizadora.

Las épocas de revuelta, que hicieron la anarquía permanente en Méjico, crearon el militarismo. Cualquier carácter turbulento y audaz, cualquier agitador de oficio, cualquier espíritu indisciplinado, sin el menor conocimiento en la ciencia de la guerra, se conseguía un grado militar, se lanzaba á la revolución y se hacía jefe de un grupo, la mayor parte de las veces compuesto de revoltosos y vagos que, no queriendo trabajar, se replegaban á un partido revolucionario cualquiera: al que hacía mayores promesas

---

(1) Reproducimos este notable artículo, recientemente publicado en Méjico, en la seguridad de que nuestros lectores apreciarán la oportunidad de las enseñanzas que contiene, especialmente para aquellos que aún sueñan en el *Estado-Papá*. Su autor, nuestro huésped en la actualidad, ha sido diputado en el Congreso de los Estados Unidos Mejicanos y es gerente de un importante Banco de emisión. Ha escrito sobre diversos asuntos, exponiendo ideas avanzadas y demostrando un criterio muy amplio y un conocimiento profundo, no sólo de la organización social, política y económica de Méjico, sino también de otros países. Forma parte de esa nueva generación hispanoamericana que ha sabido hermanar con as enseñanzas del pasado las nuevas ideas sociales y económicas que han hecho la grandeza de América.

ó al que se tenía más á la mano. Los agitadores trataban siempre de corromper el ejército regular con los cuartelazos y el pronunciamiento, y, por otra parte, saqueando las fincas, apoderándose de valores y animales, é imponiendo préstamos forzosos á los comerciantes y demás ciudadanos de posibles, sembraban el terror y el pánico en todos los lugares que invadían y adonde llegaba su esfera de acción. Esta fué una época de terror y de abatimiento en Méjico, en que la nación estuvo á punto de perecer y desorganizarse, como un cuerpo exangüe que está próximo á sufrir las eternas transformaciones de la materia.

El tipo del militar de hoy ha cambiado completamente: es ilustrado, moralizado, disciplinado; tiene la conciencia del deber y de la subordinación; respeta á la sociedad y es un hombre decente. La paz, el progreso y el acrecimiento de la riqueza y de los negocios mataron al militarismo.

Para la vida de las naciones, muy poco tiempo hace que Méjico entró en esta nueva situación: aún está en su infancia el desarrollo de la industria, de la agricultura, de los transportes, de las finanzas. Las grandes masas de raza indígena permanecen en la ignorancia, y apenas si comienzan á tener conocimiento de sus derechos, estando muy lejano el día en que puedan tomar parte en el movimiento evolutivo de la nación. Verdaderamente, las facilidades y medios para propagar la instrucción han sido muy limitados y desiguales, formando pequeños grupos privilegiados en los cuales se han gastado todos los elementos, dejando casi abandonada la gran masa á sus propios esfuerzos. Se ha atendido más á los pocos colegios de instrucción superior que á la difusión y generalización de la instrucción primaria. Los pocos que han seguido una carrera en los colegios de instrucción superior, han llegado á profesionales con los títulos de abogado, médico, ingeniero, y son en la actualidad los que forman la clase directora del país.

Marcada división es la que ha existido entre este grupo de profesionales y todos los demás hombres de negocios que se han dedicado á desarrollar las fuentes nacionales de riqueza, tanto en la agricultura como en el comercio. Esta clase de hombres de negocios es la más numerosa; porque en cuanto á la industria, la minería y la banca, requièren por su propia índole hombres de conocimientos técnicos y especiales para su dirección. La iniciativa privada, en general, sólo ha abordado hasta hace poco los negocios seguros, pero pequeños, y los sueldos han sido como las empresas: pequeños y poco remunerativos. En cambio, el Gobierno, disponiendo de mayores elementos, ha podido pagar mejor á un personal más apto. De ahí que casi todos los padres de familia hayan procurado dedicar á sus hijos á las carreras profesionales, y encaminarlos en seguida á los empleos del Gobierno, desviando una gran parte de las energías y del nervio de la nación, que hubieran debido manifestarse en innovaciones, en actividades y en luchas de todo género. El individuo acostumbrado al empleo y al sueldo fijo durante varios años, pierde la iniciativa individual, el valor para los negocios, y se acostumbra á la rutina.

Méjico ha entrado rápidamente en una época de prosperidad y desarrollo; el movimiento evolutivo lo irá cambiando todo. En las tendencias y ambiciones de la joven generación los problemas económicos tienen que ser los políticos y que sobreponerse á todos los demás. La iniciativa privada llegará á estar muy por encima de la iniciativa oficial. La difusión de los estudios preparatorios formará muchos hombres para la carrera de los negocios; los veinte años próximos serán de plena y magnífica prosperidad para Méjico, y es de esperar que dentro de esa época surgirá el *businessman,* el típico hombre de negocios, que es el que representa la verdadera grandeza de países como los Estados Unidos é Inglaterra.

El *businessman* puede tener un título, ó no tenerlo; realmente, para él el título es un adjetivo de significación secundaria. El individuo vale por sí, por sus conocimientos, por su expedición en los negocios, por su actividad, por sus energías, por su audacia para acometer cualquiera empresa, y por el golpe de vista é inteligencia para conocer dónde hay un negocio lucrativo que promete buenos resultados; persigue el éxito por todas partes, y cuando, por el contrario, se encuentra con el fracaso, no se arredra ni se amilana: persiste y se levanta con más brío y resolución para acometer nuevas empresas; saca fuerzas de flaqueza, convierte el terreno erial en un jardín, levanta en el desierto la fábrica que dará vida á multitud de familias, transforma la inercia en actividad, ya sea aprovechando las cataratas que inútilmente se han despeñado durante siglos, ó sacando el oro negro de la tierra donde ha permanecido oculto durante miles de años bajo los grandes mantos que lo aprisionan, y de esta inercia transformada obtiene calor, luz y movimiento. El *businessman,* con su ambición, ha descendido al fondo de los mares para aprovechar sus misteriosas riquezas; ha oprimido la superficie de la tierra con cintas de acero para comunicar cómoda y rápidamente á los hombres y para repartir los productos de todas las naciones; ha surcado los mares en seguras embarcaciones; ha difundido los conocimientos y las costumbres por toda la faz del planeta; ha estimulado la inventiva, y es el gran factor de la iniciativa humana.

En los Estados Unidos la iniciativa privada vale mil veces más que la iniciativa oficial. Hace poco tiempo se publicó una larga lista de jefes de negociaciones que tienen mucho mayor sueldo que el del presidente de la Unión. Allí aparece Mr. Schivac con un millón de dólares al año; gerentes de ferrocarriles y empresas de seguros con sueldos que varían entre cien y doscientos mil dólares, cuando el presidente de los Estados Unidos sólo tiene cincuenta mil dólares. Esto refiriéndose á sueldos fijos; porque tratándose de los magnates, será extensa la lista de los que ganan más de un millón de dólares al año en sus negocios particulares.

Difundida la instrucción preparatoria en aquel país en tantos centros de instrucción, é ilustrados los hombres en la práctica de los negocios y con la costumbre de leer la prensa, los hombres de negocios que no tienen título están á la misma altura que los que lo tienen, y, realmente, no establecen diferencia alguna entre unos y otros, y la jerarquía se determina por la magnitud de sus negocios y el resultado obtenido. Los muchos ramos en que están divididas las diferentes fuentes de riqueza y diversas formas de la actividad humana hacen que cada ramo se convierta en un gremio, y los profesionales, con su denominación respectiva, forman un gremio igual al de los otros. Todos concurren indistintamente á las escuelas públicas de instrucción primaria, confundiéndose todas las clases, y allí se efectúa la aplicación práctica de los principios democráticos; allí, de una manera gráfica, se enseña la verdadera igualdad y se despiertan el estímulo y la ambición, los siempre fecundos generadores del progreso. Las escuelas primarias son plantíos en donde se cultivan los vástagos que después, trasplantados por todo el suelo americano, llevan por todas partes la práctica de la libertad, que significa fuerza, cultura y riqueza.

¡Cuántos hombres hay que, salidos de las capas sociales más humildes, obreros en su juventud, han escalado los primeros puestos en la sociedad americana, y han llegado á ser un Rockefeller, Carnegie, Mac-Kinley, Vanderbilt, sin que hayan necesitado de título profesional alguno! Más aún: por el éxito colosal que muchos de estos hombres han alcanzado, han ennoblecido muchos oficios y ramos del trabajo que antes se consideraban ínfimos, hasta depresivos é indignos, como el tráfico de cerdos y pieles, ramos de riqueza que se explotan por sistemas científicos y hombres de conocimientos técni-

cos, generalmente más instruídos que nuestros profesionales. Todo este gigantesco progreso de los Estados Unidos es el fruto de la iniciativa privada, y la opinión pública, que es el resumen de toda la iniciativa individual, pone y quita á los hombres públicos que forman la máquina del Gobierno.

En los Estados Unidos, así como todas las empresas se desarrollan por la iniciativa privada y todos los luchadores prosperan por su personal esfuerzo y valimiento, así también las grandes agrupaciones de hombres, las grandes ciudades americanas, viven y prosperan sin el apoyo oficial, y en esto los Estados Unidos han dado un saludable ejemplo al mundo civilizado: Nueva York, Chicago, Filadelfia, Boston, San Francisco y demás poblaciones de importancia que forman la grandeza de aquella nación, no son capitales de Estado, más aún, parece que los Poderes públicos fueran un estorbo para su desarrollo, y las capitales de los Estados se asientan en pueblos de segundo ó tercer orden, para no cohibir la iniciativa privada. Las grandes ciudades, creadas y ensanchadas por la imperiosa necesidad económica en lugares apropiados para su extensión, en lugares convenientes para el tráfico, para la industria, en centros agrícolas, en lugares de fácil comunicación para abarcar grandes zonas de consumo y producción, viven con vida propia, y no son organismos raquíticos y artificiales que necesiten de la presencia de un Gobierno por el presupuesto que éste gasta.

Méjico, que prospera y avanza todos los días en el camino de la civilización, comienza á ofrecer los primeros frutos de la iniciativa privada. Las poblaciones no se fundan ya por «real cédula», sino que se establecen para llenar las necesidades económicas del país, y seguramente que la evolución seguirá en el mismo sentido en que marchan nuestros vecinos; y como la primera prueba, tenemos la ciudad de Torreón, creada recientemente en un centro algodonero y comunicada por varios ferrocarriles, que avanza rápidamente, sin Poderes públicos, á ser pronto una de las primeras poblaciones de la República. Lo mismo puede decirse de Orizaba, centro importante, llamado el Manchester mejicano por sus grandes fábricas.

Estamos en vísperas de asistir á dos conquistas transcendentales: la de la libertad por el trabajo y la del trabajo por la libertad, la victoria de la iniciativa privada sobre la iniciativa oficial; y esto sucederá ensanchando nuestra esfera de acción á todos los ramos de la actividad humana, y aumentando con el caudal de nuestros conocimientos el de nuestras energías. Así conseguiremos, por medio del propio esfuerzo encaminado hacia la producción, satisfacer todas nuestras necesidades sin pedir al Gobierno más que la protección de las leyes; así conseguiremos la riqueza y la libertad por medio del trabajo. Y libres y ricos, en el sentido económico de esta palabra, podremos trabajar sin pretender un título profesional, que frecuentemente no es la patente de inmunidad contra la miseria, sino solamente el certificado de haber cursado algunos ramos del saber, y la limitación del trabajo y del esfuerzo en las demás esferas de la producción, porque el título, según nuestras rancias preocupaciones sociales, imprime cierto carácter al profesional que lo inhabilita para todos los demás negocios lucrativos.

Muy en breve veremos cambiar la educación de la juventud hacia los nuevos horizontes del progreso moderno para formar hombres moralizados, enérgicos, audaces, iniciadores y eminentemente prácticos, sin prejuicios ni preocupaciones en su propio criterio, y á la vez respetuosos del ajeno.

Rómulo Farrera.

INFORMACIONES

Política

Acabó el mes de marzo con los comentarios que siguieron á la grandiosa manifestación celebrada el día 28.

Como consecuencia de ella, y provocado por el Sr. Soriano, tuvo lugar en el Congreso un debate que se redujo á una verdadera función de desagravios en honor del señor presidente del Consejo de ministros.

Parecía, á juzgar por frases que sonaron en los discursos pronunciados en aquella sesión, como si los que la organizaron y los que asistieron á ella se hubieran propuesto injuriar personalmente al Sr. Maura y á sus ministros. Por esto nos interesa hacer constar que aquella manifestación, triunfo indiscutible del Sr. Sol y Ortega, se hizo respondiendo á un importuno reto del Sr. Maura, razón por la que debían haber asistido todos los que creen, y son muchos, si hemos de juzgar por lo que dicen, que el Gobierno actual no responde á la confianza pública, y tiene enfrente un estado de opinión considerable que lucha por verse libre de esta situación conservadora.

Y luego era, ó fué, mejor dicho, aquella manifestación una protesta, la más fuerte que aquí ha habido, de la conducta de todos los Gobiernos, ó de casi todos, que, interesados en amparar intereses de grandes y poderosas Empresas, descuidan la protección de los verdaderos intereses públicos.

Así ha podido hablar el Sr. Urzáiz de la inmoralidad de las clases gobernantes en un discurso que pronunció en el Congreso, y que está sin contestar, al discutirse el proyecto de la ley de Alcoholes que presentó, modificando el anterior, el actual ministro de Hacienda, Sr. González Besada.

De aquel debate nada resultó, ni siquiera la rehabilitación del Gobierno; y hasta el mismo Sr. Moret, tan mirado y escrupuloso para todo lo que signifique censura al Gobierno, tuvo, reconociendo la importancia de la manifestación realizada, que considerarla como una lección que todos debían aprovechar.

Siguió luego la discusión del proyecto de comunicaciones marítimas, sobre el que también ha dado su fallo la opinión pública, pese á esas manifestaciones de algunos puertos en los que se sigue la teoría tan generalizada en nuestro país, que vive en constante crisis del sentimiento patrio, de no tener en cuenta los intereses generales de España, y sí sólo los locales de cada provincia.

¡Algunos ejemplos podrían citarse á propósito de esto!

Este proyecto de comunicaciones es de protección á la marina mercante: así lo dicen sus autores; pero resulta que la subvención de los diez millones de pesetas que por veinte años concede á la Compañía de navegación que tenga barcos de cierto número de toneladas y recorran tantas millas en una hora, sólo hay una en España y en el mundo: la Trasatlántica española; hasta el punto que parecen calcadas en el proyecto de ley, al señalar las condiciones necesarias para adquirir el disfrute de esa subvención, las que reúne la citada Compañía.

Es una casualidad, naturalmente, pues de sobra sabemos no pensaron en semejante Empresa ni el ministro de Fomento ni el jefe del Gobierno; pero es un hecho, y como aquí estamos acostumbrados á esas mercedes para los poderosos, tomamos, sin querer, á guasa esos proyectos de protección á la marina mercante.

A pesar de todo, bien estaría la subvención á la Trasatlántica si realmente fuera y hubiera sido una Empresa que satisficiera necesidades nacionales; pero no hay nada de esto. Los que somos y hemos vivido en puerto de mar algo podríamos decir de los beneficios que reporta y de las facilidades que da.

Mucho hablaríamos de esto, que en la conciencia de todos está, como de los sacrificios de la Trasatlántica en pro del interés común cuando nuestras últimas guerras coloniales.

***

El suceso del mes ha sido la denuncia del Sr. Macías contra el Gobierno, acusándole de prevaricador en general, y al ministro de Marina en particular, por la adjudicación de la escuadra.

Hay que tener en cuenta, para formar luego cabal concepto de la conducta que ha observado el Gobierno en este asunto, para él tan desdichado, que el país trabajador y sensato calificó aquella famosa sesión de noviembre de 1907 llamada memorable con adjetivo bien distinto, y no participó de los entusiasmos que nuestros políticos sintieron por la construcción de tres acorazados para dentro de ocho años, de un tipo que ha de resultar entonces perfectamente viejo.

Con este estado de opinión, que no ha podido escapar á la perspicacia del jefe del Gobierno, y con murmuraciones más ó menos justas respecto al concurso celebrado, se presenta una denuncia de un teniente coronel auditor de la Armada acusando al Gobierno de prevaricador.

No se puede pensar que el denunciante esté completamente chiflado y haya cometido locura de esa naturaleza; y así pensando, el Gobierno, que tuvo que advertir todo esto, se entretiene en cuidar de reglas de procedimiento y en velar por el cumplimiento de artículos reglamentarios, antes de procurar el esclarecimiento de los hechos para demostrar su inocencia y proceder contra el calumniador.

Esto, denle las vueltas que quieran el Gobierno y sus amigos, ha parecido extraño, y seguirá pareciéndolo hasta que Macías hable y podamos convencernos de la justicia de su acusación ó de su torpeza ó calumnia.

Cuando se pone en entredicho la moralidad de un Gobierno y se ve que caen sobre el denunciante toda clase de procesos, el pueblo, que no entiende de reglas de procedimiento para ciertas cosas, duda y se escama de sus gobernantes por no ver en ellos aquella arrogancia que inspira la seguridad del cumplimiento escrupuloso del deber.

Hay que desengañarse: amparado en un artículo de reglamento, no se resulta arrogante.

Todo el empeño de las oposiciones ha sido que el Sr. Macías fuera oído, y eso era lo natural después de haber dado lectura de su denuncia en el Congreso; y todo el que ha tenido el Gobierno, juzgando imparcialmente, parecía el contrario.

Cuando el Sr. Moret, defendiendo su proposición, pedía se escuchase á Macías por una Comisión de siete diputados, el jefe del Gobierno contestaba que siete eran pocos, y que él no tenía inconveniente en que le oyeran siete multiplicados por cuatrocientos. A esto replicaba Moret que bueno, que viniera al Congreso Macías y allí todos le oirían, y entonces respondía Maura que eso no podía ser. ¿Cómo, si no, le iban á oir á Macías tantos como Maura quería? Este enigma le ha dejado sin explicar el elocuente jefe del Gobierno.

Lo mismo pidieron los republicanos, y también fué denegada su petición por el Gobierno.

Sólo ha procurado, el día que se discutió la proposición del Sr. Moret, que el presidente del Congreso diera con la fórmula para hacer llegar al conocimiento de los diputados lo que Macías tenga que decir; pero el señor presidente lo hizo de modo que no advirtió no conseguiría nada, por pretenderlo de Macías en unas circunstancias y de manera que decorosamente no podía declarar.

Y no ha hecho más el Gobierno sino repetir una y otra vez que lo que procedía era sostener siete señores diputados la acusación.

Los siete no han parecido; pero tengamos en cuenta que el Gobierno no ha llevado íntegro el expediente al Congreso hasta el jueves de la semana pasada, que es voluminoso, y que, por tanto, se ha de tardar bastante en estudiarle, y que sin esto no es posible acusar.

Con todo, á la excitación del Sr. Maura, que tenía el tono de un desafío, sólo había una respuesta: levantarse siete diputados, haciendo la declaración previa que lo hacían para impedir pasara del Congreso una denuncia leída en él, y respondiendo al reto de Maura, sin perjuicio luego de retirar la acusación si nada aparecía en el expediente que la justificase.

No se ha hecho así, y todos hemos creído ver, más que prudencia, cobardía en esa conducta, así como en la de otros diputados sólo ha señalado la opinión el sistema ventajista y de preparación para el día de mañana, siguiendo aquella regla de elemental protección que reza «hoy por ti y mañana por mí».

Así las cosas, llegó el lunes, y el Gobierno se preparó á la aprobación del dictamen de la Comisión de peticiones.

Hemos de advertir, ya que de esto hablamos, que no nos explicamos cómo consintió el Congreso pasara á esa Comisión la denuncia de Macías, pues el derecho de petición tiene un fundamento, la gracia, y á nadie se le ha ocurrido pensar que el que pide justicia pide gracia.

Pero, en fin, tal dislate pasó, y el lunes se consumó, después de un discurso del llamativo Morote, en el que puso de relieve una vez más su afán de notoriedad, á pesar de tenerla bien adquirida, y en el que comprometió su autoridad política.

Tenían los diputados de la minoría republicana su plan de conducta, al que había contribuído Morote, pues firmada por él estaba una proposición que aquella misma tarde había sido defendida por el Sr. Giner de los Ríos, y después de éste y de pronunciar un discurso el Sr. Cervera en el que empezó á dar ligeras noticias del expediente, pues, á pesar de sus conocimientos en esa materia, no había podido terminar su estudio, se levanta Morote, profano en esas materias, y declara que él se sabe el expediente, y que no ha visto en él nada que pueda dar motivo para una denuncia como la que pesaba sobre el Gobierno, y canta las excelencias, que nadie ha negado, de la casa Wickers.

El asombro de estas declaraciones entre los diputados republicanos fué grande. No se explicaban cómo sabiendo Morote todo lo que dijo saber no los había ilustrado, ó, por lo menos, no les advirtió que él no podía seguir el plan formado por constarle el recto proceder del Gobierno en este asunto.

Nada de esto hizo, y los comentarios á su conducta han sido los naturales á una ligereza de esa índole.

Y con esto terminó en el Congreso, por ahora, el debate de la escuadra, y quedamos esperando el resultado de los procesos á Macías y el del asunto por él planteado, en cuyo comienzo estamos.

A. González Alonso.

Abril, 1909.

El Congreso de la Poesía en Valencia

El 8 del mes corriente reunióse en la Secretaría del Ateneo la Comisión organizadora del Congreso de la Poesía.

«Asistieron los Sres. Vicenti, Herrero, Zayas, Martínez Sierra, Machado, Val (don Mariano Miguel de) y Francos Rodríguez.

»Los organizadores tienen trazados en líneas generales los planes de la futura Asamblea.

»Ésta se verificará en el próximo mes de octubre, y concurrirán á ella cuantos quieran inscribirse, con arreglo á las condiciones que han de publicarse, y los representantes de entidades colectivas, Academias, Ateneos, etc.

»El Congreso celebrará dos ó tres sesiones para tratar temas de carácter teórico y de condición práctica, cuyo desarrollo ha de encomendarse á personas de grande suficiencia y autoridad.

»Entre esos temas están los de la fundación de una *Academia Nacional de la Poesía*, relaciones entre los poetas hispanoamericanos y todos los de la raza latina, é influjo social de la Poesía.

»Los asuntos de carácter práctico que han de tratarse se refieren á la formación de una Sociedad de poetas para defensa de sus intereses, mutualismo editorial, constitución de un Montepío, medios de facilitar el transporte terrestre y marítimo de libros á los países extranjeros, y manera de difundir en el nuestro las lecturas poéticas.

»Estas sesiones tendrán por base las ponencias de que se ha hecho mención, y las conclusiones serán concisas y se adoptarán con brevísimos debates.

»Para dar fin á las tareas del Congreso se celebrará un gran festival que sea homenaje á la poesía popular, fuente de toda poesía.

»Se procurará que á este acto, celebrado al aire libre, concurran altas representaciones sociales y poetas de Francia, Italia, Portugal; que sea, en suma, la sesión un espectáculo digno de la idea que la inspira y propio de la grandeza del gran certamen que se dispone en Valencia.»—*(Heraldo de Madrid.)*

Estos fueron los acuerdos en principio adoptados. El Sr. De Val salió aquel mismo día para Valencia con el fin de ultimar algunos pormenores antes de fijar de un modo preciso la fecha de la reunión del Congreso.

La cooperación de Valencia

No puede ser más entusiasta ni más decidida, á juzgar por el resultado de las gestiones del Sr. De Val.

Las autoridades y personalidades literarias más salientes ofrecieron desde luego su concurso incondicional.

La prensa lo reflejó en aquellos días con párrafos tan elocuentes como éste:

«Valencia está obligada á cooperar con entusiasmo á que ese Congreso se realice con la grandiosidad á que se aspira, y todos, poetas y escritores en primer término, artistas

y no artistas, simples valencianos, todos debemos poner nuestro esfuerzo para que nuestra ciudad sea la primera en que se celebre una fiesta que bien podría considerarse como una de las que acreditan de la más refinada cultura á un pueblo.»

El dignísimo alcalde de la ciudad levantina, D. José Maestre, quiso que el Sr. De Val expusiera su pensamiento en una reunión para ello convocada; celebróse ésta en el Ayuntamiento la tarde del sábado 10; asistieron, entre otras personas, es decir, á más del alcalde, los concejales y los directores de la prensa local, los Sres. Trénor, Berga, Calvo Acacio, Cortina, Mira y Martínez Aloy. Y entre los acuerdos que se adoptaron figuran los siguientes:

Aplazamiento del homenaje al insigne poeta D. Teodoro Llorente, á fin de que coincida con el Congreso de la Poesía.

Nombramiento de una Comisión valenciana que se entienda con la de Madrid para la organización del Congreso.

He aquí sus nombres:

Por el Ayuntamiento, el alcalde, D. José Maestre; por el Comité ejecutivo de la Exposición, D. Tomás Trénor; por la Comisión del homenaje á Llorente, D. José Martínez Aloy; por el Ateneo Científico y Literario, su presidente, D. Tomás Jiménez Valdivieso; por *Lo Rat-Penat,* su presidente, D. Leopoldo Trénor; por la Asociación de la Prensa Valenciana, D. José Clemente Lamuela; el diputado á Cortes D. Carlos Testor; el secretario de la Sección de Congresos, D. Alejandro Settier; el brillante escritor español don Vicente Calvo Acacio y el escritor valenciano D. Luis Cebrián Mezquita.

La prensa

Continúa consagrando gran atención al proyecto. He aquí la relación de algunos artículos que hay que añadir á los ya anteriormente enumerados por nosotros:

Congreso de la Poesía.—Mariano Miguel de Val.—*Heraldo de Madrid* (5 de abril).

El palacio de los poetas.—F. Aznar Navarro.—*La Correspondencia de España* (7 de abril).

El Congreso de los poetas.—Azorín.—*A B C* (10 de abril).

Una interviú con Mariano Miguel de Val.—Mateo.—*Las Provincias,* de Valencia (11 de abril).

Glosario.—J. Fillol Sanz.—*Heraldo de Madrid* (12 de abril).

Congreso de la Poesía (crónica).—Antonio Cortón.—*El Liberal* (18 de abril).

Adhesiones

Muchas y muy numerosas son hasta hoy las adhesiones recibidas. He aquí una relación de los cincuenta nombres que encabezan la lista de congresistas:

Sofía Casanova, Blanca de los Ríos de Lampérez, condesa del Castellá, Rubén Darío, Amado Nervo, Balbino Dávalos, Alfredo Vicenti, José Francos Rodríguez, Francisco Rodríguez Marín, José Joaquín Herrero, Mariano de Cavia, Teodoro Llorente, Salvador Rueda, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa, Manuel Machado, Juan Antonio Cavestany, Carlos Fernández Shaw, Antonio Palomero, Gregorio Martínez Sierra, Antonio de Zayas, Ramón Pérez de Ayala, Florencio Vaamonde, Andrés González-Blanco, Antonio Zozaya, Ricardo J. Catarineu,

Pedro de Répide, Enrique de Mesa, Manuel de Sandoval, Nilo Fabra, M. R. Blanco-Belmonte, Cristóbal de Castro, Enrique Díez-Canedo, Rodolfo Gil, Juan Pérez Zúñiga, Carlos Miranda, Luis Brun, Emilio Luis Ferrari, Enrique de la Vega, Mariano Berdejo Casañal, Leopoldo Trénor, Alberto Martínez Daza, Julián Martín Salazar, Vicente Casanova, Antonio Valcárcel, José Jalvo Villanueva, Adolfo Rubio y Mariano Miguel de Val.

Trabajos preliminares

La Comisión organizadora prosigue sin interrupción sus trabajos de invitación y propaganda.

Los Gobiernos hispanoamericanos enviarán al Congreso los mejores poetas de aquel gran continente.

Serán igual, entre otros, invitados Mistral, Guerra Junqueiro, Eugenio de Castro y d'Annunzio.

Dentro de pocos días quedarán constituídas las Comisiones provinciales, y todas ellas funcionarán con arreglo á unas bases que se publicarán en breve.

Financiera

Altos Hornos

La Sociedad Altos Hornos de Vizcaya ha celebrado el día 3 de abril último la Junta general ordinaria de todos los años.

La Memoria correspondiente al ejercicio de 1908 no puede ser más brillante, y revela la marcha siempre creciente y progresiva de la Sociedad, cuyas fundiciones pueden compararse con las mejores del mundo, debido á la competencia de la dirección, y seriedad y honradez administrativas.

Los beneficios sociales se han elevado en 1908 á 10.968.522,98 pesetas, de las cuales se han dedicado 3.326.031,43 á la amortización de obligaciones, disminución del valor de fábricas, intereses, impuestos y gastos generales.

Á los fondos de reserva y previsión se lleva la respetable cantidad de 3.101.092,23 pesetas, habiéndose repartido un dividendo de 60 pesetas por acción, que suma 3.930.000 pesetas, y dedicado á retribución del Consejo de Administración la cantidad de 611.399,32.

Para que nuestros lectores puedan ver fácilmente la solidez de este valor y la garantía que fundadamente inspira al mercado, á continuación publicamos un estado de beneficios y distribución de los mismos desde la fusión de las tres antiguas fábricas Altos Hornos, Vizcaya é Iberia:

AÑOS	Beneficios.	Amortizaciones, impuestos y gastos generales.	A fondos de reserva y previsión.	A retribución al Consejo.	Repartido á las acciones.
1902.....	10.238.384,32	2.772.224,59	2.139.357,82	613.213,72	4.912.500
1903.....	10.115.891,06	2.875.982,43	1.748.215,94	579.192,69	4.912.500
1904.....	7.357.733,48	2.461.453,26	1.229.577,81	391.702,41	3.275.000
1905.....	7.394.613,98	2.363.734,80	1.353.408,85	402.470,33	3.275.000
1906.....	7.426.513,50	2.343.168,24	1.401.677,64	406.667,62	3.275.000
1907.....	9.603.996,83	2.736.119,85	2.393.046,83	549.830,15	3.930.000
1908.....	10.968.522,93	3.326.031,43	3.101.092,23	611.399,32	3.930.000

En las anteriores cifras aparecen claramente todas las vicisitudes del valor. Durante los años 1904, 1905 y 1906 los beneficios son menores, porque la venta de los hierros se hizo en ruda lucha con las demás fábricas españolas, y después los años 1907 y 1908 los beneficios aumentan considerablemente, á causa de haberse sindicado las fábricas, repartiéndose la producción y el consumo.

El proyecto de construcción de la escuadra y los de los ferrocarriles estratégicos y secundarios hacen concebir en este valor muy grandes y fundadas esperanzas de que todavía ha de prosperar y ampliarse el hermoso negocio que desarrolla, aumentándose con ello considerablemente los beneficios y las cotizaciones que el valor alcanza en el mercado.

Y, para terminar esta breve reseña, he de hacerme cargo de dos observaciones que los accionistas de la plaza madrileña hacen con relación á este valor, y que merecen ser conocidas. La primera se refiere á que conceptúan el dividendo repartido á las acciones en estos dos últimos años demasiado pequeño, si se tiene en cuenta los beneficios y las cantidades dedicadas á amortización, mejoras de fábrica y fondos de reserva y previsión; y la segunda hace referencia á las cantidades que se dedican al Consejo de Administración, estimando que el 8 por 100 que perciben debía cargarse, no sobre el beneficio, sino sobre la cantidad repartida á los accionistas por dividendos; y conste que con esto sólo nos hacemos cargo de las impresiones corrientes, sin dar en ello nuestro parecer ni meternos á formular juicios que estarían fuera de lugar y de tiempo.

Bolsa de Madrid.

Impresión general

El mercado se ha presentado durante los primeros días del pasado mes de abril flojo, debido principalmente á los acontecimientos de Turquía, donde la contrarrevolución y el partido de los jóvenes turcos tienen al Imperio completamente trastornado, y han hecho temer á las cancillerías europeas que pudiera ser destruído el acuerdo en la cuestión balkánica.

Los proyectos de Hacienda, bien acogidos por la Bolsa, han causado poca impresión, porque existe la creencia de que no han de llevarse á la práctica, toda vez que parece probable un cambio de política como consecuencia de los últimos debates parlamentarios, y principalmente del resultado de las elecciones concejiles, donde los republicanos han obtenido en las grandes ciudades un triunfo significativo.

La nueva ley Electoral con el voto obligatorio ha hecho que la clase neutra haya emitido su voto en contra de los partidos monárquicos como protesta á la política clerical y reaccionaria de los Gobiernos conservadores, en la cual han sido ayudados por los liberales. De esto deben sacarse por los jefes buenas consecuencias, y si en lo sucesivo no hacen política abiertamente liberal, bien pronto hemos de ver acontecimientos significativos.

Y, por último, la lectura de los Presupuestos, con un *superávit* inicial de 41 millones, impresiona favorablemente el mercado, que se presenta firme y bien dispuesto.

Valores del Estado

La liquidación del mes de abril se ha hecho con una doble de 30 á 35 céntimos, habiéndose aumentado las posiciones al alza. Se ha doblado con relativa facilidad, y en Barcelona se han hecho entregas de papel procedente de la plaza madrileña. Después de la liquidación el corro de Interior aparece más firme, principalmente al contado, llegando á 88,45 contra 88,57 fin de mes.

El Amortizable 5 por 100, ante la proximidad del cupón, se presenta muy firme á 103, y el del 4 por 100 á 95,90, bastante pedido.

Valores industriales

Banco de España y Tabacos.—Las acciones de estos dos valores se presentan en alza por creerse en un alejamiento de la discusión del proyecto de ley del Banco; las del Banco se hacen á 460 con bastante animación; los Tabacos suben rápidamente por haberse terminado las negociaciones entre el ministro y la Compañía, y creerse no son sus resultados tan desfavorables como se esperaba.

Río de la Plata.—Este valor se presenta muy firme y cotizando cambios mucho más altos que los alcanzados en el mes antenior. Llegan á 500 pesetas, y las noticias y cotizaciones de América y París no pueden, en realidad, ser mejores. Tal vez la negociación del Banco Central Mejicano, que acaba de empezar en esta Bolsa, reste fuerza á este corro.

Banco Central Mejicano.—Este valor ha sido introducido en el mercado por el Banco de Castilla, y aunque todavía no han sido admitidas sus acciones á la cotización oficial, sobre él se hacen multitud de operaciones, y se ha formado en la Bolsa un corro de bastante importancia.

El Banco Central Mejicano se fundó en 1899 con un capital de seis millones, que en sucesivas veces ha sido elevado hasta treinta millones, que es el actual capital del Banco; el dividendo que ha repartido se ha elevado de 5 por 100 á 11 por 100, y tiene por objeto centralizar y efectuar operaciones entre los diversos Bancos locales de emisión establecidos por la ley en 1897, recoger y aceptar la circulación fiduciaria, por cuyo

servicio percibe un octavo, y realizar cuantas operaciones son propias de todos los Bancos.

Según la última Memoria de 1907, el fondo de reserva de este Banco esta constituído por 5.914.898 pesos, y los beneficios fueron de 6,16 millones, de los cuales 3,45 pasaron al fondo extraordinario de reserva, y 2,31 á pagar el dividendo de 11 por 100.

Es el tercer Banco de Méjico, pues sigue en importancia al Banco Nacional y al de Londres y Méjico.

En Madrid han empezado las operaciones á 489, llegando á 523, y siendo impresión general la de que este Banco, que tanta aceptación ha tenido, ha de mejorar rápidamente, puesto que el interés que produce lo permite muy descansadamente.

***

Los demás valores, presentándose firmes, cotizan iguales cambios que el mes anterior.

Proyectos de Hacienda.

Orientación de los proyectos

Con los proyectos de Hacienda que el Sr. Besada ha presentado á las Cortes y están pendientes de debate, ha respondido á la favorable opinión con que siempre ha sido acogido en los centros mercantiles, industriales y económicos, donde, como discípulo de Villaverde, ha gozado merecida fama de hacendista y financiero. Los proyectos podrán ser buenos ó malos, teóricos ó prácticos, responder ó no, cuando se cumplan, al pensamiento que los inspiró; pero siempre hay una alabanza justísima que dirigir al ministro: la de haber trabajado mucho y la de intentar acometer la empresa de una reforma financiera de importancia, que, en nuestro sentir, ha de tener una mayor amplitud y desarrollo si permanece largo tiempo en el Ministerio.

Proyectos sobre tributación, intervención y Clases pasivas

Los proyectos sobre reforma tributaria, inventarios de la Hacienda del Estado, intervención de la Administración del Estado y Clases pasivas han sido en general bien recibidos por la opinión financiera, y puede afirmarse que son una total y completa rectificación de la política del partido conservador en su primera etapa política, siendo ministro el Sr. Osma, lo cual pone de manifiesto la carencia absoluta de criterio fijo en el partido gobernante.

De ellos nos ocuparemos *grosso modo* para consagrarnos más especialmente á los que hacen referencia á las emisiones y recogidas de Deudas.

La reforma tributaria parece principalmente inspirada en dos principios de indudable valer y de general aceptación: el de recargar la contribución territorial de aquellos pueblos que no tienen hecho y aprobado el Registro fiscal ó Avance catastral, porque con ello se pretende impedir las ocultaciones de riqueza, y el de que en algunas de las modificaciones introducidas se tiende al impuesto progresivo, tan reclamado por la ciencia como por la equidad y la justicia.

A partir del 1.º de enero de 1910 quedan suprimidos los derechos pásivos á cargo del Estado de cuantos funcionarios ingresen á su servicio. En compensación se crea una Caja Nacional de Previsión y Ahorro de los Funcionarios del Estado, cuya organización y funcionamiento se detalla.

Pareciéndonos bien el pensamiento que inspira este proyecto, tememos que cuando, pasando el tiempo, la Caja de Previsión haya formado gran capital para atender á su misión, el Estado se incaute de él, como se incautó en tiempos pasados de los pertenecientes á los Montepíos.

Los proyectos de formación de inventarios é intervención de la Administración del Estado están bien inspirados, y sólo depende su bondad ó maldad de la forma como sean ajustados á la práctica, porque claro está que á nadie puede parecer mal que el Estado sepa exactamente lo que tiene y lo que debe.

Proyectos sobre Deudas.

Emisión de mil millones

Se autoriza al Gobierno para emitir en el plazo de diez años mil millones de Deuda amortizable 4 por 100 para obras públicas, siendo necesario:

1.º Que preceda aprobación legislativa del plan y presupuesto de la obra.

2.º Que la obra sea costeada por el Estado, excepción hecha de los edificios destinados á la enseñanza.

Cuando en algún año no se hubiese recogido una cantidad de Deuda perpetua, cuando menos, igual al importe del interés y anualidad de amortización de la suma emitida en dicho año, se limitará la emisión del siguiente á la cantidad necesaria para el pago de las obligaciones ya contraídas.

Sin que por nosotros sea negada la indudable necesidad y conveniencia de multitud de obras públicas en España, el proyecto nos parece fuera de lugar y en contraposición con la táctica financiera seguida á partir de nuestras últimas guerras coloniales, que trajeron en su liquidación, como consecuencia, el grandísimo aumento de nuestra Deuda y el recargo de la tributación á límite tan grande, que hace en España muy difícil el desarrollo de las industrias constituídas y el establecimiento de otras nuevas. Si á esto se añade el gasto de 200 millones de pesetas para construcción de la escuadra y el aumento que en estos últimos diez años ha tenido el presupuesto de gastos, tendremos una consecuencia evidente: la de que en España el ciudadano se encuentra verdaderamente sacrificado con una tributación insostenible, que aumenta exageradamente el costo de los artículos de primera necesidad y hace imposible la vida de las clases trabajadoras, fomentando la emigración y dejando inexplotadas muchas fuentes de riqueza y producción.

La táctica financiera debía estar inspirada en principios diametralmente opuestos: lejos de aumentarse las Deudas, deberían hacerse recogidas y amortizaciones, y, aligerando de esa suerte el capítulo de gastos por intereses y amortización de Deudas, ir paulatinamente con el sobrante de presupuestos aligerando aquellos impuestos que más dañan á la producción y construyéndose las obras públicas que tuviesen carácter reproductivo, entre las cuales, indudablemente, pueden contarse las que inspiran el pro-

grama político del ex ministro liberal Sr. Gasset en sus proyectos de aprovechar las abundantes aguas de nuestros ríos para convertir en tierras de regadío la mayor parte de las que hoy lo son de secano.

Proyecto sobre el Exterior

Se establece un fondo de 6.500.000 pesetas oro por cuenta de los excedentes del Presupuesto y cargo de la recaudación de oro de la renta de Aduanas, que sumados á los intereses que dejaren de pagarse por consecuencia de la amortización que anualmente se realice, se aplicará á extinguir la Deuda perpetua exterior.

Se derogan la prohibición establecida en la autorización quinta de la ley de 17 de mayo de 1898 y el artículo 8.° de la ley de 2 de agosto de 1899, pudiendo, en su consecuencia, los naturales del país poseer títulos de la Deuda exterior, y quedan sujetos al impuesto de 20 por 100 en oro los títulos de Exterior estampillado que pertenezcan á españoles.

Quedarán, por tanto, tres clases de títulos:

1.° Títulos estampillados pertenecientes á extranjeros.

2.° Títulos estampillados pertenecientes á españoles.

3.° Títulos de Deuda perpetua exterior no estampillados.

Los poseedores de títulos pertenecientes á los grupos primero y tercero quedan en la misma situación que lo están hoy día.

De los pertenecientes al segundo, ó sea, aquellos interesados que compren ó ya hubiesen comprado Exterior 4 por 100, tendrán que presentar sus títulos dentro del plazo de treinta días, á contar de la fecha de su adquisición, en la Dirección general de la Deuda, donde serán inscritos como pertenecientes á españoles, y sometidos, por tanto, al impuesto ya mencionado del 20 por 100 por concepto de utilidades.

El proyecto no fija cómo se ha de ir extinguiendo el Exterior. ¿Será por compras en los mercados á los tipos de cotización y cuando lo crea oportuno y conveniente el ministro? ¿Será por subastas en la misma forma que ahora se hace con el Interior? ¿Será por amortización? Si se emplean las compras en el mercado, como es natural, el Exterior que se recoja por este procedimiento le ha de costar bastante caro al Estado, porque los tenedores elevarán constantemente el precio, y conforme se vaya encareciendo el papel este inconveniente irá tomando caracteres de mayor gravedad.

Si se emplea el procedimiento de la amortización, se modifica substancialmente la clase de Deuda, convirtiendo el Exterior de perpetuo en amortizable, y es preciso contar con los poseedores del papel, que pueden muy bien negarse á ello, mucho más existiendo el precedente de haberse gestionado anteriormente un arreglo con ellos que resultó fracasado, y, en este caso, se discute mucho en los centros financieros si el Estado tiene ó no tiene derecho para hacer una conversión obligatoria sin ofrecer de una vez el reembolso á los tenedores del papel que no estén conformes con el cambio.

Y, por último, si se emplea el procedimiento de subasta, como queda á voluntad de los tenedores del papel el presentarse ó no á ella, puede haber años en que sobre dinero del consignado á este servicio y no se regula ordenadamente su aplicación en años posteriores.

De conformidad con los más concienzudos financieros, á nuestro juicio, es indudable que las emisiones de Deudas exteriores hechas en malas condiciones por los Estados de poca consistencia económica, la excesiva producción de la plata y el haber implantado

el patrón oro las naciones de mayor fuerza económica, trajeron á varios países, entre ellos al nuestro, la crisis monetaria aún existente, aunque algo atenuada; y como este proyecto tiene íntima relación con ella, los anteriores ministros han sentido grandes temores al ocuparse de este problema, no atreviéndose á hacer nada por temor á una elevación de cambios.

El actual ministro lo ha tocado en términos cuya utilidad y conveniencia no se nos alzanza, puesto que si bien suprime el *affidávit* y permite á los españoles poseer con amplia libertad el Exterior, al someter los títulos por éstos poseídos al impuesto de utilidades hace ilusoria la autorización, porque nadie ha de comprar Exterior á 99 por 100 cuando tiene papel del mismo Estado con igual renta y garantía á 88, como lo es el Interior 4 por 100.

José María del Valle.
Agente de Cambio y Bolsa.

Bibliografía

El tormento de Sisifo (novela), por D. Augusto Martínez Olmedilla Librería de Pueyo; Madrid.

Rara es la vida de artista que no puede llevar un prólogo de penalidades y miserias, sobre todo cuando su arte florece en un medio inculto y entre las mezquindades de una existencia sin recursos, condenado á ganarse el sustento con menesteres ordinarios y en perjuicio de sus nobles afanes de luchador. Pero todavía las dificultades crecen y se hacen indominables cuando el elegido alienta sus ideales junto á otro artista fracasado, encastillado en su inepcia y dominador por el omnímodo poder de sus riquezas, que le hacen llamarse maestro en el rincón ineducado de un pueblo, el cual, con el dominio que le da su poderío, y ensoberbecido al ver apuntar en el rudo discípulo las excelsitudes del arte que él no pudo alcanzar, trata de consumar villanamente la obra miserable de su envidia.

Tal es el asunto que desenvuelve el excelente novelista D. Augusto Martínez Olmedilla en su libro *El tormento de Sisifo,* publicado recientemente por el editor Pueyo, y á fe que en su desarrollo descubre el joven escritor sobradas dotes de novelista, siendo varios los parajes del libro en que logra emocionarnos, haciendo vibrar nuestro corazón á compás con el del pobre escultor incipiente, que corre encegado tras los pasos de la gloria, y haciéndonos padecer con su martirio y, sobre todo, con aquel trágico desenlace que pone fin á la vida del artista y á la obra en que sus luchas se relatan.

El ascenso es una novelita corta que completa el libro de Martínez Olmedilla, dedicada al maestro de periodistas Francos Rodríguez, y por la delicadeza del asunto y la sencillez bondadosa de los dos personajes que integran esta obra, nos parece que supera á la novela que da nombre al libro. El tipo de Eudoxia, la mujer del empleado, es de un acierto psicológico admirable, asegurando á quien tan bien sabe reproducir un carácter un buen puesto entre los jóvenes novelistas de nuestra última generación literaria.

***

Sincerasio el parásito, novela de costumbres romanas, por D. E. Barriobero y Herrán. Librería de Pueyo; Madrid, 1908.

Cuando nos encontramos con un libro español en el que, á vueltas de un asunto cualquiera, inténtase reproducir el ambiente y las costumbres de una época pasada, siempre la sorpresa emerge de la superficie de nuestra curiosidad, por ser la novela histórica género apenas cultivado en nuestra patria. Pero cuando la época resucitada es la de los tiempos de Augusto y posteriores, es preciso reconocer en el autor del libro el

atrevimiento que se necesita para este malabarismo artístico que impulsa á dar un salto atrás en el desarrollo del tiempo, y caer de golpe en una época pretérita tan resobada como la de los romanos.

Género es éste, el de la novela histórica, en el que se confunden el arte novelesco y la arqueología, y que, como ya hemos dicho, apenas ha logrado cultivadores en España, recordándose entre los últimos libros publicados el de *Sónnica la cortesana,* de Blasco Ibáñez. Si en España no se da fácilmente este género de novela, pues el salir airoso en su desempeño supone un gusto exquisito para presentar una erudición que de otro modo fuera fatigosa, no sucede lo mismo en el Extranjero; y cuando los ojos tropiezan con la raridad de una novela española de esta clase, el primer nombre que viene á nuestra memoria es el de Flaubert y su *Salambó,* y luego, en procesión numerosa, van apareciendo Chateaubriand, con sus *Mártires;* Bulwer Litton, con *El último día de Pompeya;* Anatole France, con *Thais;* el polaco Sienkiewicz, con su famoso *Quo Vadis?;* Pierre Louys, con su *Afrodita;* Juan Lombard, con *Bizancio;* Lewis Wallace, con *Ben-Hur;* Dmitry de Merejkowsky, con *La muerte y la resurrección de los dioses;* Houssaye, con su *Cleopatra,* y así una infinidad de ellos.

La novela histórica ha tenido grandes defensores, entre ellos M. de Villemain, renombrado crítico y literato francés, el cual, leyendo un libro de Walter Scott en el que se pintaban los turbulentos sucesos de María Stuardo, hubo de ponerlo sobre la misma Historia. Tomamos la cita del prólogo que *El Solitario* puso á la novela de su pariente Cánovas del Castillo *La campana de Huesca,* en el cual se dice «que si la novela histórica alcanza ciertos quilates de bondad y perfección, quedando siempre la fábula muy por bajo de los fueros de la verdad, adquiere ésta mayor realce y mayor ascendiente en el ánimo de los lectores por los atractivos y adornos que ha de saber prestarle el autor, y por los estudios é investigaciones que por fuerza ha de hacer sobre el período ó punto histórico que quiere recorrer, supuesto que haya de dar á su obra novedad en los caracteres, fidelidad en la pintura de los países y de las costumbres, proporcionándose medios naturales, aunque maravillosos, para cebar y entretener el ánimo del lector, sin romper por ello ni para ello, ni con la verdad de los sucesos, ni con el hilo de la tradición y de las historias».

Si los adornos con que el autor puede engalanar su relato han de ser los que embellezcan la novela histórica que reproduce hechos y costumbres, júzguese el efecto literario que podrá conseguirse cuando en el asunto escogido desaparezca toda la impuesta rigidez de los hechos acaecidos, y sólo quede la artística reproducción de las costumbres que fueron. Claro es que se impone la verosimilitud de los caracteres, la fidelidad del cuadro y su plasticidad emotiva; pero queda más libre el autor para reproducir lo que mejor sea de sus gustos y para sus aptitudes.

Tal es el caso de Barriobero y Herrán, triunfador con su novela de costumbres romanas *Syncerasto el parásito,* en la que nos lleva, arrastrados por la pulcritud de su estilo y la serenidad de sus frases hábilmente engarzadas, á través de un mundo de actores, filósofos, hetairas, libertinos, cortesanas y parásitos.

J. García Mercadal.

***

Reconquista (novela), por Federico Gamboa. Méjico, 1908.

Amado Nervo, el ilustre poeta mejicano, de noble y aristocrático espíritu, que con tanto entusiasmo me habló siempre de los literatos y poetas de su país, presentándomelos imaginariamente y haciéndomelos conocer por sus anécdotas y querer por sus estrofas, me puso no hace mucho tiempo en relación con Federico Gamboa, recomendándome la lectura de una de sus novelas: *Reconquista.*

Acostumbrado estoy á admirar siempre á los presentados de Nervo, poetas y escritores como el duque Job, Díaz Mirón, Urbina, Valenzuela, Dávalos, poetas y escritores que dió á conocer en sus veladas memorables del Ateneo de Madrid y de los que frecuentemente nos habla.

Pero el libro de Gamboa ha colmado como ninguno la justicia con que me fué elogiado por el gran Nervo.

Y es que en él hallé algo que no esperaba,

algo que anhelaba encontrar en los libros americanos: ambiente de América, cuadros de América, gentes de América, amores de América y almas de América; es decir, espontáneos sentimientos é ideas propias, en vez de inspiraciones ajenas.

Intensidad grandísima tiene el cuadro con que la novela se abre á la curiosidad del lector. El artista enamorado, viudo; la mujer muerta frente al lienzo que, iluminado por la luz funeraria de los cirios, la retrata desnuda; la soledad en que vemos aquel rincón de arte, en medio de los recuerdos de ilusión y de amor y de felicidad que palpitan en el dolor del artista, son figuras y circunstancias que cautivan al lector y le subyugan desde luego. Pero el interés de la obra no sólo se mantiene, aumenta en cada página, á medida que el pensamiento se desenvuelve y que se aprecia la grandeza del asunto, verdadero poema de la Fe y del Arte, cuyo protagonista, enamorado, soñador, patriota, se nos presenta rodeado de mujeres que se hacen amar, humildes, sencillas, buenas: Emilia, Carola y Magda, triunfantes al fin, no por refinamientos pecaminosos, tan en boga entre los novelistas afrancesados, sino por su honestidad, por su recato, por su virtud.

El aderezo de las ideas altas y de los problemas mejicanos, tales como el que hace á Salvador renunciar las ventajosas proposiciones del *magazine* de Chicago, acrecienta positivamente el valor de la obra literaria, porque nos ofrece un ambiente verdad y, al propio tiempo, da lugar al lucimiento de ese estilo exuberante y cálido que caracteriza á Gamboa.

Así, pues, cuando al finalizar la lectura de tan hermosas páginas se llega al «Creer, crear» con que el novelista rotula su moraleja, el autor ha logrado emocionarnos, convencernos, y el bello lema se nos filtra en el alma como una revelación divina.

M. M. V.

—o—

Libros recibidos

El Teatro en España (1908).—José Francos Rodríguez.—Madrid, 1909.

De la Mística y de la Novela contemporánea.—Blanca de los Ríos de Lampérez.—Madrid, 1909.

Burum.—Federico Maciñeira.—Ferrol, 1908.

En pro del arte literario.—R. Martí Orberá.—Valencia, 1909.

Levantinismo.—Felipe Peyró Carrió.—Valencia, 1909.

POESÍAS

Flors de paper.—Leopoldo Trénor.—Valencia, 1898.

Para nosotros solos.—Leopoldo Trénor.—Valencia, 1908.

En voz baja.—Amado Nervo.—París, 1909.

Las ofrendas.—Balbino Dávalos.—Madrid, 1909.

Ninon.—Alberto Valero Martín.—Madrid, 1909.

Vida.—R. Martí Orberá.—Toledo.

NOVELAS

Los emigrantes.—Antonio de Hoyos y Vinent.—Madrid, 1909.

Amelia.—Manuel Valcárcel y Julián Martín de Salazar.—Madrid, 1908.

Lo que una pluma insigne, de universal prestigio, dice de nuestros Monarcas á los lectores de lejanas tierras, no puede menos de interesarnos más que á nadie.

Es una hermosísima semblanza de D. Alfonso XIII, que, trazada de mano maestra por el gran Rubén Darío, ha hecho gemir las prensas (28 de febrero último) de uno de los más grandes diarios del mundo: *La Nación,* de Buenos Aires.

Leída allá por cientos de miles de lectores, no debe ser aquí ignorada.

Por eso hoy, en el XXIII aniversario del natalicio de S. M., nos complacemos y honramos en reproducirla.

Madrid, 17 de mayo de 1909.

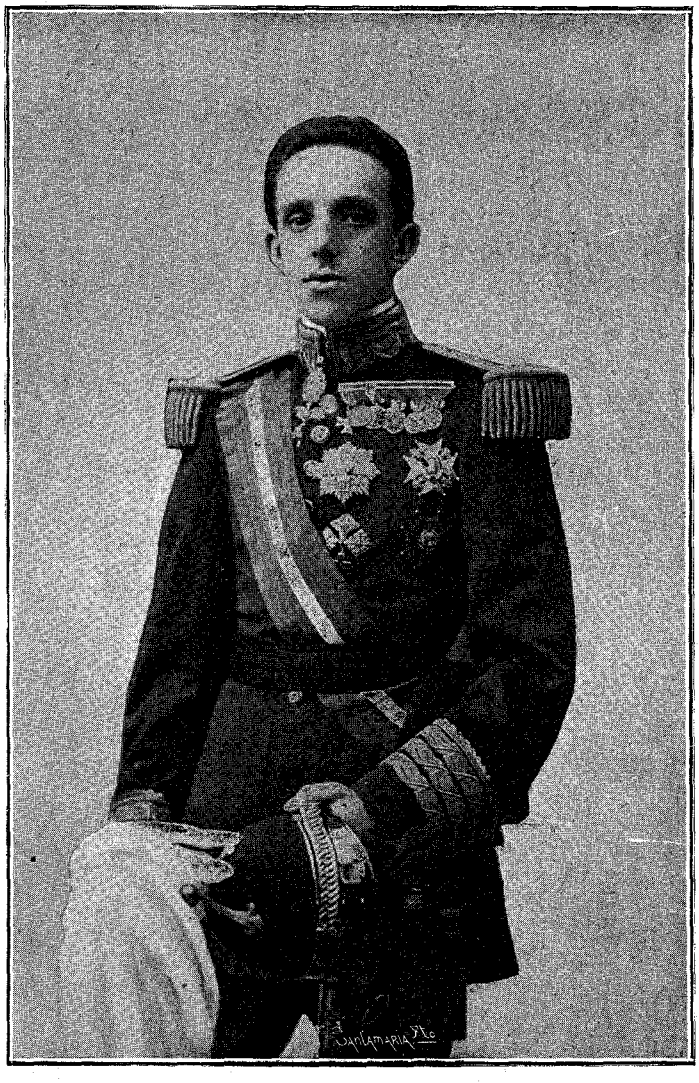
(Nota de Ateneo.)

ALFONSO XIII

A las doce y treinta minutos de la tarde del lunes 17 de mayo de 1886 nació en el Real Palacio de Madrid el Rey D. Alfonso XIII. Sobre una bandeja de plata, y en brazos de la Camarera mayor de la Reina madre Doña María Cristina, fué presentado á las personas asistentes al ceremonial de uso. Sagasta, á la sazón Presidente del Consejo de Ministros, fué el primero que gritó: «¡Viva el Rey!» En toda la historia de España no hay un solo Monarca que haya venido al mundo en circunstancias tan especiales como el hijo de Alfonso XII. Sabido es que este

príncipe falleció dejando embarazada á la ilustre Archiduquesa de Austria que con él compartía el Trono. El nacimiento de un varón después del de la Princesa de Asturias y de la Infanta María Teresa fué la salvación de la dinastía.

La Reina Regente se consagró al cuidado de su hijo con un amor y una constancia incomparables. Se creyó al principio que esa infancia desaparecería en su flor. No fué así. Hace diez años escribía yo desde Madrid: «Hace algunas tardes, por un punto de la Casa de Campo en que suele turbar el silencio del bosque reverdecido un tropel de jacas, un jinete, el rodar de un cupé, he visto pasar al Rey D. Alfonso con su madre y sus hermanitas. Iba el carruaje despacioso, y así pude observar bien el aspecto de Su Majestad infantil. No está tan crecido como los retratos nos le hacen ver; pero muestra lo que se dice une bonne mine. Tiene la cara ya señaladamente fijos los rasgos salientes de un Austria; es la de Felipe IV niño. Es vivaz, y sus movimientos son los de quien se fortifica por la gimnasia. Los ojos son hermosos y elocuentes; la frente



S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

Fot. Franzen.

maciza sería un buen cofre para ideas grandes; el cuerpo no es robusto, pero tampoco es canijo. La leyenda de un reyecito enclenque y cabezudo, de un niño raquítico, se ha concluído. El niño real ha pasado los peligrosos años de su niñez y entra en la pubertad con buen pie. Por hoy, D. Alfonso es príncipe que sonríe, que monta á caballo, que hace sus estudios militares, y si de esta manera continúa, hay Borbón para largo tiempo.» Inútil decir que me complazco en haber sido buen profeta. Agregaba en mi impresión: «Por hoy, D. Alfonso, según lo que se alcanza á divisar, puede esperar tranquilo la hora de su reinado. Lo que no han podido los errores é ineptitudes de Gobiernos absurdos ó culpables, no lo realizará el hombre del palacio de Loredán, ni menos los divididos partidarios de la República.» Don Alfonso subió al Trono. Los afanes de su madre admirable tuvieron esa recompensa; y la Casualidad, el Destino, el Misterio, nombres de la voluntad de Dios, si gustáis, han estado de su parte hasta en las tentativas crueles de los locos rojos.

La educación del Rey fué como correspondía. Se procuró, sin fatigar su espíritu, darle una cultura apropiada; y teniendo muy en cuenta la poca fortaleza de sus primeros años, se tendió á su mejoramiento progresivo físico, al cultivo prudente y eficaz del corpore sano. De allí que desde niño se haya aficionado á toda clase de deportes, sin menoscabo de sus condiciones intelectuales y sin descuido de una instrucción tan metódica como variada. Los principales principios científicos y literarios, la historia y las disciplinas militares le fueron inculcados. Inútil decir que la religión tuvo la mejor parte en quien debía ostentar el hispánico y consagrado título de S. M. Católica y en quien tuvo por padrino al Pontífice León XIII. Una vez en el caso de tomar esposa, eligió á la bella Princesa protestante que, convertida al Catolicismo, trajo sus prestigios y encantos al Palacio de Madrid. Entre la Reina Cristina, maternalmente amorosa, austera y tradicional, y la Reina Victoria, primaveral, reina de cuento azul, se alza la figura del Rey joven, mirando hacia el porvenir, en los comienzos del siglo XX.

Es un rey caballero. Es un rey gentleman. No es un rey fanático, ni un rey del pasado. Es de su instante histórico, sin perder, natural y felizmente, el antiguo é invariable concepto de la jerarquía, base de todo Gobierno monárquico. Ama el aire libre, la agilidad, el vigor. Dichosamente libre de la oratoria, en otros soberanos tan puesta de manifiesto, sabe hablar cuando la ocasión llega, y sabe conversar. Posee algo que atrae á las muchedumbres: la simpatía, y algo que seduce al mundo: el valor. Es uno más en la serie de los ilustres Alfonsos de España.

Decía yo antaño:

«El I, férrea flor de Covadonga, todavía con la pura savia goda, fuerte como un roble de sus bosques, lancero formidable de Cristo, terror de la morería, y, en el corazón primitivo, un diamante de nobleza;

El II, casi iluminado, favorecido con manifestaciones extranaturales, hombre de lecturas y meditaciones, Alfonso el Casto;

El III, el Magno, bizarro y aguerrido desde lo



S. M. la Reina Doña María Cristina.

Fot. Franzen.

fresco de la juventud, terror del mogrebita, varón de tanta fe como valor;

El IV, quien, como más tarde el césar Carlos V, buscaría en un monasterio la tranquilidad espiritual;

El V, el de los buenos fueros, legislador y espíritu de consejo, también luchador feliz con los infieles y sostenedor de la fe;

El VI, que aparece soberanamente—á su lado la figura del Mío Cid—, el Rey de la conquista de Toledo, y que tuvo la previsión de ver hacia abajo y favorecer al pueblo con leyes bondadosas y fueros justos;

El VII, Alfonso el Emperador;

El VIII, que perpetuó el nombre suyo en las Navas de Tolosa;

Siendo después, al propio tiempo que caballero de combate, amante de la sabiduría, el IX;

El X, formidable figura, cerebro y brazo, el Rey de las Partidas, alquimista y poeta, astrónomo y filósofo, cuya palabra aún se escucha y se escuchará en los siglos, ya comience: Ficieron los

omes..., ó inicie los balbuceos encantadores de sus toscas estrofas;

El XI, que juntó la habilidad política al vigor militar, Monarca de largas vistas y uno de los más amantes de sus súbditos;

... Y á quien verá muy de cerca—agregaba—, animado por la palabra maternal, por el inmediato eco de su vida, será á su padre. Será para él el rey modelo, y honrará la memoria de el Pacificador.»

Á él le ha tocado un tiempo de decadencia de todo ideal, de despertamiento de odios, de exacerbamiento de pasiones y violencias sociales, de locuras colectivas que se traducen en furiosos ímpetus aislados; de ansia de goces, agonía de esperanzas y luchas terribles por la consecución del dinero. El Dinero, el dios de la época. El bíblico Becerro del Sinaí, multiplicado en los toros auricornados que se apacientan en el Far West y en las Pampas y que se propagan por toda la redondez de la tierra entre una creciente desbandada de águilas y de cisnes.

El Rey Alfonso XIII lo sabe, y desea, por tanto,

que su patria se regenere por el trabajo. Si su antecesor Felipe IV, en tiempo de musas y de liras, gustaba de ser llamado «Un Ingenio de esta Corte», á él le agrada que se le distinga por «el primer agricultor de España», y aplaude y estimula obras como la de este admirable Marqués de Santillana, fecundador de campos y creador de riquezas, ciertamente grande entre los Grandes de España. Se interesa el Monarca en las industrias, visita fábricas, inicia mejoramientos, en lo que está de su parte. Su misma afición al deporte modernísimo del automovilismo ha dado impulso á nuevas actividades en la Península. «Hoy es el Rey—decía recientemente un periodista—, por exigencias sociales y de civilización, un gran laborioso.» Y agrega que se ha convertido hasta «en viajante de comercio, sirviendo en Cowes al Rey Eduardo, á bordo del Giralda, vino de Jerez en sustitución del de Oporto, y distribuyendo unas cuantas cajas de aquel vino entre las personalidades allí más distinguidas. La prensa inglesa le saludó entonces como el mejor propagandista industrial de su patria.» Está al tanto de todos



S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia.

Fot. Kâulak.

los descubrimientos y de todos los adelantos actuales. Líricamente hablando, sería delicioso que á los poetas nos hablase de poesía... Las veces que he tenido la honra de conversar con él, no me ha preguntado si la princesa está triste, ó si ríe la marquesa Eulalia; en cambio, me ha hablado con mucho conocimiento sobre el asunto del antiguo proyecto de canal por Nicaragua, y me ha parecido muy enterado de la vida política centroamericana. Por otra parte, y ello es natural, todos los diplomáticos extranjeros residentes en esta corte tienen de él la misma impresión.

Ha habido quienes por la prensa—y á propósito del perpetuo filón de las ilustraciones—hayan calificado de excesiva la inclinación del Rey á la caza. Yo les habría contestado con la palabra de aquel gran comprendedor de lo que debe ser un príncipe políticocristiano, que se llamó D. Diego de Saavedra Fajardo. Dice el insigne varón en su empresa Robur et decus: «Para mayor disposición de estos ejercicios, es muy á propósito el de la caza. En ella la juventud se desenvuelve, cobra

fuerzas y ligereza, se practican las artes militares, se reconoce el terreno, se mide el tiempo de esperar, acometer y herir, se aprende el uso de los casos y de las estratagemas. Allí el aspecto de la sangre vertida de las fieras y de sus disformes movimientos en la muerte, purga los afectos, fortalece el ánimo y cría generosos espíritus que desprecian constantes las sombras del miedo. Aquel mudo silencio de los bosques levanta la consideración á acciones gloriosas «y ayuda mucho la caza (como dijo el Rey D. Alonso) á menguar los pensamien-»tos, e la saña, que es mas menester al Rey que a »otro home. E sin todo aquesto, da salud; ca el tra-»bajo que se toma, si es con mesura, face comer, »e dormir bien, que es la mayor cosa de la vida del »home.» Pero advierte dos cosas: «Que non debe »meter tanta costa, que mengüe en lo que ha de cum-»plir, nin use tanto della, que le embargue los otros »fechos.» Todos estos ejercicios se han de usar con tal discreción, que no hagan fiero y torpe el ánimo, porque no menos que el cuerpo, se endurece y cría callos con el demasiado trabajo, el cual hace rús-

ticos los hombres. Conviene también que las operaciones del cuerpo y del ánimo sean en tiempos distintos, porque obran efectos opuestos. Las del cuerpo impiden á las del ánimo, y las del ánimo á las del cuerpo.» Ese equilibrio que aconseja Saavedra Fajardo y que preconiza Aristóteles, lo ha sabido llevar el Rey español. Él no va á sus ejercicios sino después de largas horas de ocupaciones de la mente, de estudios, del mantenimiento de una correspondencia numerosa y políglota, del despacho oficial, de las audiencias y de la política exterior é interior, teniendo como Presidente del Consejo de sus Ministros á ese vigoroso director y prodigioso trabajador que tiene por nombre D. Antonio Maura.

Si no tanto como su tía la Infanta Doña Isabel, Alfonso XIII tiene también su amor á las artes. Por él Sorolla ha pintado durante largos meses, instalado en una dependencia del Palacio de la Granja. Y si es amigo de Cajal, de Flammarion y de Carracido, lo es también de Echegaray y de Loti.

¿Y de corazón?, diréis. Digno de quien es hijo de



SS. MM. los Reyes de España.

Fot. Franzen.

una madre que á la callada ha sido una de las Reinas más caritativas y bondadosas, y de aquel Rey caballeroso y caballeresco que, como hoy Víctor Manuel de Italia á los míseros de Trinacria, fué en inolvidable momento á socorrer personalmente á sus súbditos atacados del cólera. Don Alfonso XIII, estoy seguro, tendría en semejantes circunstancias idénticos hechos y actitudes. Como también creo que, lo que Dios no permita, si para España llegasen días de guerra, él cumpliría como pocos, y sentiría sobre su cabeza, invisible pero imperioso, el penacho de Enrique IV.

Se casó por amor. Su Queen X... se personificó divinamente. Sabe atraerse para sí y para España las simpatías de las naciones. Sin menoscabo de la hereditaria majestad, es afable y tiene el tan deseado y difícil don de gentes. Cada cual queda satisfecho con su trato. Y si no fuese la intranquilidad de estos tiempos la enfermedad de los siglos, podría decirse que en el Palacio madrileño mora la completa felicidad.

Y él sabe lo que debe á su madre heroica. La

cual derramó lágrimas amables cuando en un banquete reciente oyó en el toast decir á D. Alfonso estas palabras:

—Si como hijo no soy el llamado á hacer los elogios de mi augusta madre, como Rey tributo un homenaje de admiración á mi antecesora en el Trono, que durante diez y seis años rigió á España.

Y todos los corazones sienten eso. Porque el corazón no es monárquico ni republicano. Es, simplemente, el corazón.

Rubén Darío.

TEODORO LLORENTE (1)

Obtener simultánea y justa celebridad en el cultivo poético de dos lenguas, aunque sean hermanas, es don rarísimo, que en nuestra Península sólo alcanzaron algunos antiguos portugueses, como Sá de Miranda y D. Francisco Manuel de Melo, y que rara vez se ha visto repetido en valencianos ni en catalanes. No porque en Valencia haya dejado de florecer nunca el árbol de la poesía lírica y dramática, sino porque esta poesía, con raras excepciones, desde el siglo XVI acá, ha sido castellana de fondo y fórma, y pertenece al tesoro común de la literatura patria, no al peculiar de Valencia. Así, Gil Polo, Rey de Artieda, Cristóbal de Virués, y toda la brillante pléyada de principios del siglo XVII; Tárrega, Aguilar, Guillén de Castro, colaboradores de Lope de Vega en la magna empresa de la creación del Teatro español. Precisamente, la existencia de tantos y tan notables poetas valencianos en lengua castellana, y de un número no menor de eruditos y correctos prosistas, cuya descendencia se prolonga durante el siglo XVIII, es la principal causa de que el reino de Valencia, en cuyos orígenes, por otra parte, entró el elemento aragonés, si bien en menor proporción que el catalán, haya sido y continúe siendo bilingüe, tanto en el habla familiar como en la literatura. Pero reservado, generalmente, el castellano para las manifestaciones más selectas del pensamiento literario, quedó circunscrito el valenciano á la esfera de la poesía cómica y festiva, y fué necesario un grande esfuerzo para restituirle su antigua dignidad y pureza, en lo cual trabajaron varios ingenios con más ó menos fortuna.

No puede negarse la espontaneidad de este movimiento, aunque fuese precedido y alentado en sus primeros pasos por el Renacimiento catalán, del cual, sin embargo, es hermano más bien que hijo, con notables rasgos que le diferencian y dan peculiar fisonomía. La unidad de la lengua, patente en todos los documentos anteriores al siglo XVI, y en la práctica de los buenos autores que siguieron, aunque en corto número, escribiéndola durante la primera mitad de aquella centuria, había ido poco á poco relajándose conforme iba siendo menos intenso el cultivo de la lengua materna (torpemente llamada *lemosina)* así en Barcelona como en Valencia y Mallorca. Los modismos locales y las incorrecciones del habla vulgar (de que ya mosén Fenollar se quejaba en su *Brama dels llauradors)* penetraban en la lengua escrita. Privada ésta de un centro de unidad, y no sostenida por la tradición literaria, que dormía casi toda en viejos códices, de pocos leídos, iba degenerando en dialectos provinciales, cuyo parentesco hubiera llegado á olvidarse, á no ser por la lectura, nunca abandonada, de Ausias March y de algunas crónicas.

---

(1) Preámbulo de un libro en prensa de D. Teodoro Llorente. Hemos sido honrados por su autor con las primicias de dicha obra, y nos complacemos en adelantar á nuestros lectores el hermoso documento que la encabeza.

Pero en Cataluña no hubo una literatura castellana bastante fuerte para acelerar la descomposición de la lengua hablada y compartir con ella el dominio. Sus poetas, exceptuando á Boscán, habían sido de poca nombradía y prestigio, y aunque tampoco fuese muy brillante el cultivo de la musa indígena desde que se apagaron los dulces ecos de Pere Serafí hasta las últimas degeneraciones de la escuela prosaica del rector de Vallfogona, bastaba la aplicación continua del idioma á todos los usos públicos y privados, legales y domésticos, para que se mantuviese con cierta integridad y pureza, sobre todo en las comarcas apartadas y montañosas, donde la lengua oficial era casi desconocida. Así llegó al siglo XIX, en que por influjo de varias causas, no todas literarias, levantó la cabeza el Renacimiento catalán, que de tradicional y romántico que fué en sus principios, ha llegado á convertirse en problema social y político de los más arduos.

Las consecuencias de la guerra de Sucesión fueron todavía más hondas en Valencia que en Cataluña, puesto que implicaron la ruina de la legislación foral aun en su parte civil; pero estas mismas desgracias avivaron la llama del valencianismo en algunos espíritus patrióticos, que dentro de la corriente crítica del siglo XVIII, más poderosa en la cultísima Valencia que en ninguna otra ciudad de la Península, produjeron una serie de trabajos muy apreciables, ya de antigüedades, ya de historia jurídica y eclesiástica, ya de bibliografía, ya de lingüística, bastando recordar á este propósito los nombres de Teixidor, Sales, Ximeno, Branchat, Villarroya, Ortiz, Cerdá y Rico, Borrull, Fúster, y en esfera más elevada, á los dos grandes eruditos Mayans y Pérez Bayer, suficiente cualquiera de ellos para enaltecer á una nación y á un siglo.

Pero en esta obra sabia y de reivindicación patriótica, la historia era lo principal, y la lengua sólo servía como intérprete de los documentos de la Edad Media. El valenciano vulgar vivía obscurecido y desdeñado, al arbitrio de la inculta plebe. Un hombre hubo que intentó levantarle de su postración, limpiarle de barbarismos, reducirle á disciplina gramatical y mostrar sus excelencias, ya con la reproducción de varias obras antiguas, ya con algunos ensayos originales en prosa y verso. Por meritorias que fuesen las tareas de Carlos Ros, á quien nos referimos, ni su ingenio ni su saber estaban á la altura de sus honrados propósitos é instinto castizo. Pero nadie puede negar al buen notario el título de primer valencianista de su tiempo en la esfera humilde en que trabajó, secundado por el ingenioso autor de la *Rondalla de Rondalles* (Fr. Luis Galiana), que tenía más talento y miras más elevadas que él, como lo prueba la excelente carta con que encabezó el *Diccionario valenciano* de su amigo.

No fué perdida enteramente la semilla de estos ensayos; pero el gusto popular, ó más bien vulgar, siguió imperando en las manifestaciones fugaces y desaliñadas de las musas del Turia y del Júcar hasta mediados del siglo XIX: coloquios festivos, que en algún tiempo suplieron la falta de teatro, versos de circunstancias y solemnidades públicas, sátiras y desahogos polí-

ticos, entremeses rudos y chocarreros, que representaban, á veces con indisputable gracejo, escenas y tipos de la ciudad y de la huerta. Esta poesía efímera, y á menudo licenciosa y chabacana, es la que recibieron en herencia Bonilla, Bernat Baldoví y otros autores tales, de semanarios jocosos y piezas *per riure,* de cuyas manos salió más literaria, pero no más pulcra en el idioma, y seguramente menos morigerada en la intención. Afortunadamente, este mal gusto pasó pronto, y el cultivo espontáneo y popular del dialecto valenciano dió un fruto muy sabroso, el sainete de costumbres locales, en que Eduardo Escalante y otros rayaron á la altura de lo mejor que la musa cómica había producido desde los tiempos de D. Ramón de la Cruz. Y por mi parte, no deseo á Valencia más ambiciosa dramaturgia, sin que basten á convencerme de lo contrario las extrañas adaptaciones de los símbolos ibsenianos y del «teatro de ideas» que modernamente hemos visto en Cataluña.

No á los modestos lauros de la poesía dialectal, encerrada en los estrechos límites del género festivo y de la farsa cómica, sino á la restauración íntegra de la gloriosa lengua antigua, capaz de todas las manifestaciones del arte, aspiraron desde la mitad del siglo XIX, con tímido conato al principio, luego con más enérgica resolución, algunos ingenios valencianos, alentados, sin duda, por el eco que en Barcelona habían logrado las estrofas de Aribau «á la patria», y los cantos del *Gayter del Llobregat.* Al principio, poco más se hizo que escribir en castellano con desinencias valencianas, como Villarroya; pero el movimiento fué cobrando calor, gracias sobre todo á la activa y docta propaganda del ilustre mallorquín D. Mariano Aguiló durante el tiempo que estuvo al frente de la biblioteca universitaria de Valencia. Entre los jóvenes que entonces comenzaban á descollar en el cultivo de las letras, figuraban en primera línea D. Vicente W. Querol y D. Teodoro Llorente. Uno y otro, movidos por el consejo y ejemplo de Aguiló y por las nuevas que de Barcelona llegaban anunciando la restauración de los Juegos Florales y los progresos del Renacimiento, empezaron á simultanear el cultivo de la lengua propia con el de la castellana: Querol, solo en contadas ocasiones, pero de brillantísima manera; Llorente, con verdadera y plena consagración á las musas de su país, que le han dictado sus más bellas inspiraciones originales.

Querol fué, sin duda, uno de los más excelsos poetas líricos de que España pudo gloriarse en la centuria XIX: no inferior á ningún otro en elevación sostenida, en noble y brillante elocuencia. Pero su misma importancia en el Parnaso castellano relega á segundo término sus rimas *catalanas,* tan viriles y enérgicas, primeras que un valenciano se atrevió á llamar así, con notable extrañeza de muchos de sus paisanos, aunque con estricta propiedad filológica, opuesta al vulgar error que entrañaba la palabra *lemosina.* Fué intermitente, ó, por mejor decir, ocasional, el tributo rendido por Querol al habla de sus mayores; el de Llorente no se ha interrumpido desde 1857, y á él debemos la preciosa colección que hoy se estampa, con notables mejoras y aumentos sobre todas las ediciones anteriores.

Muy seguro puede estar Llorente, como los mallorquines Costa y Alcover,

de que nadie les aplique el necio y vulgar reproche «escribe en su *dialecto* porque no puede escribir en castellano». Precisamente porque pueden y saben, y en mil ocasiones lo han mostrado, reservan para su idioma nativo aquellas expansiones más íntimas de su alma, aquella inefable comunión de afectos que ninguna lengua puede expresar tan adecuadamente como la que hablamos desde la cuna. Si justificación necesitase el despertar de las hablas regionales, nos la daría el hecho de que con ella se han multiplicado las energías poéticas de España, y han salido á la superficie las que estaban latentes, rompiendo la dura costra que los siglos habían acumulado sobre el núcleo tradicional. Lejos de ser un movimiento de disgregación, la nueva primavera poética ha sido el noble principio de una más alta unidad y armonía, una revelación más clara y explícita de la conciencia de la raza, entorpecida y aletargada tanto tiempo por el centralismo árido, infecundo y escéptico.

Es indudable que muchos de los poetas que más robustos sones han arrancado en nuestro tiempo al arpa catalana, incluyendo al gran Verdaguer en primer término, no hubiesen sido verdaderos líricos, ó lo hubiesen sido muy imperfectos, escribiendo en la lengua que para ellos era oficial y aprendida meramente en los libros. La triste esterilidad poética de Cataluña, desde Boscán hasta Cabanyes, nos convence plenamente de ello. Escribir traduciéndose á sí mismo mentalmente es cosa hacedera y llana para el prosista didáctico, para el historiador y el crítico, y en todos estos géneros ha tenido Cataluña autores que España entera acata como maestros. La huella que han dejado en el pensamiento nacional es tan honda, que por interés recíproco conviene que Cataluña permanezca bilingüe en la esfera de la prosa, y aun prefiera para las obras de más general cultura la lengua común del reino. Pero en las obras de puro ingenio, en las poéticas sobre todo, es imposible que la traducción mental deje de robar vida y espontaneidad al pensamiento, color y nervio al estilo.

El caso de los valencianos es algo diverso, porque, en realidad, Valencia, desde el siglo XVI, habla, piensa y siente en lengua castellana tanto, por lo menos, como en la suya nativa, y ha escrito tantas páginas de oro en el habla de la España central, que, sin usurpación, puede considerarla como propia. Pero son pocos, son rarísimos, como advertí al principio, los que en ambas lenguas han descollado por igual, y ninguno con tanta maestría como nuestro D. Teodoro Llorente, elegantísimo escritor castellano en prosa y en verso, y el más valenciano de todos los poetas en la preciosa colección que tienen delante de los ojos nuestros lectores.

La predilección con que su autor mira estos versos se manifiesta en haberlos recogido antes que su abundantísima producción castellana, de la cual sólo disfrutamos hasta ahora los *Versos de la Juventud,* primicias de un arte ya muy seguro de sí, muy correcto y reflexivo, acaudalado con selecta lectura, que no es frecuente en tales años, y guiado por los aciertos de un buen gusto casi instintivo, que es prenda tadavía más rara en los ensayos de la mocedad. Y, sin embargo, la sencillez, la ingenua ternura, el vago anhelo, la cándida

efusión del alma enamorada, la impresión fresca y juvenil de la naturaleza, bien corresponden á la edad en que tales versos fueron escritos, no menos que el plácido raudal de su locución fácil y cristalina. Este don de la blanda melodía fué concedido á Llorente desde muy temprano; es el distintivo de sus versos originales, y explica también algunas de sus predilecciones como traductor, y aun el hecho mismo de haber traducido tanto.

Un alma tan poética como la suya, tan afectuosa y comunicativa, no puede menos de estremecerse al contacto de la inspiración ajena y mezclarla con su propia inspiración. A casi todos los grandes poetas del siglo XIX, y aun á muchos de segundo orden, ha tributado espléndido homenaje, poniendo en rima castellana sus más selectas obras ó las que más se conformaban con nuestro gusto y mejor podían adaptarse á nuestra lengua. De este modo ha contribuído, más eficazmente que nadie, á la educación literaria de nuestro pueblo, introduciendo con parsimonia y discreción elementos nuevos, no por medio de secos análisis y adaptaciones crudas, sino haciendo verdaderamente españolas las composiciones que traduce, lo cual no es desfigurarlas, sino infundirles una segunda vida poética y aclimatarlas bajo distinto cielo. Así, merced á la sabia industria del Sr. Llorente, parecen los *lieder* de Enrique Heine emanaciones espontáneas de nuestra lírica popular, refinadas y sutilizadas por el arte. Así, algunas escenas del *Fausto,* traducido por él, tienen resonancias de la dramaturgia calderoriana. Así, Byron parece que se despide de su ceñuda altivez y se hace más tratable y humano en los versos de su imitador. Así, las baladas de Schiller entran en el amplio cauce de nuestra poesía narrativa sin desmentir su prosapia germánica, pero con cierto sabor de romance. No hay que decir que la arrogante y triunfal elocuencia poética de Víctor Hugo se encuentra como en su propia casa en aquella lengua que tanto celebraba y que tanto obró en él por sugestión infantil, aunque la conociese tan poco.

Voz unánime de lectores y de críticos es la que proclama á D. Teodoro Llorente príncipe de nuestros traductores poéticos en la era moderna. No sé de ningún otro contemporáneo, salvo el italiano Andrés Maffei, que haya sabido dar propia y adecuada vestidura á inspiraciones tan diversas. Y no se tenga por empleo subalterno de la actividad literaria este de la traducción, pues no sólo es viril gimnasia del estilo y del metro, la cual nunca han desdeñado los grandes poetas, sino creación de una forma nueva y personal del intérprete, cuyo hallazgo presupone recóndito sentido de la belleza, fantasía dócil para asimilársela y dominio absoluto de la técnica. Todas estas dotes ha de poseer en grado eminente el que intenta trasladar versos ajenos, trocándose, hasta cierto punto, en colaborador de quien primero los escribió, y entrando á participar de los reflejos de su gloria.

La importancia y justa nombradía del Sr. Llorente como poeta ha hecho que sean menos celebrados los aciertos de su prosa, la cual ha tenido el raro privilegio de no contagiarse ni mucho ni poco con los resabios del estilo periodístico, en que por tanto tiempo se ha ejercitado. Inútil sería recordar otros

rasgos de su pluma, cuando tenemos tan á mano los dos hermosos tomos de su obra descriptiva é histórica de Valencia, que es una de las partes más recomendables de la desigual compilación *España y sus monumentos,* y compite con las mejores páginas de Piferrer y Quadrado en sus viajes artísticos y arqueológicos. No hay sobre Valencia libro de conjunto más útil que éste, ni más galana y pintorescamente compuesto, ni que en menor espacio reúna mayor número de sabrosas noticias, depuradas por una investigación asidua y certera, que se disimula bajo la facilidad atractiva del estilo. Si en tal forma estuviesen redactadas todas las historias particulares de nuestra Península y descritas todas sus regiones, no sólo encontraría el patriotismo local suave estímulo y sólido cimiento, en vez de las peligrosas fantasías en que hoy suele extraviarse, sino que, conociéndonos unos á otros, sentiríamos crecer el amor á la patria común con la estimación de las bellezas de cada territorio.

Tales y tan numerosas son las producciones con que ha enriquecido el Sr. Llorente la lengua que por antonomasia suele llamarse española, mostrándose verdadero maestro de ella en prosa y en verso. Pero las intimidades de su alma poética, la flor de sus sentimientos de amor, patria y fe, los recuerdos de su infancia, los ensueños de su juventud, las luchas y desalientos de su edad madura, el noble y magnánimo reposo de su honrada vejez, hay que buscarlos en este *Llibret* suyo de rimas valencianas, que por sí solo bastaría para impedir ó, á lo menos, para retardar la muerte del habla expresiva y dulcísima en que ha sido compuesto. Y si es ley fatal que esta lengua desaparezca de las márgenes del Turia, todavía los versos de nuestro autor, enlazándose á través de cuatro siglos con los del profundo y sublime cantor de *Na Teresa,* conservarían en la memoria de las gentes los sones de una lengua que llegó á ser clásica antes del Renacimiento, y que ni el abandono de sus hijos ni la parodia vil han logrado despojar de su primitiva nobleza.

En libros que, como éste, abarcan el ciclo entero de la vida de un escritor, no puede evitarse la repetición de temas idénticos ó análogos, cuando éstos son de los que apasionan por completo la mente y el corazón del poeta. Tales son el panegírico de la tierra natal y la reivindicación de sus antiguas glorias, el himno vibrante y entusiasta en pro de la olvidada lengua, que resuena con igual pujanza en numerosas composiciones, destinadas algunas de ellas á los certámenes y fiestas poéticas de Barcelona y de *Lo Rat Penat* de Valencia. Al lector que fuere tentado á encontrarlas monótonas le recordaremos que las piezas líricas no se escriben para ser aprisionadas en las páginas de un libro, ni para ser leídas en serie, sino que nacen cada una con vida propia, sueltas y aladas, sin que el poeta se preocupe de lo que ha cantado antes ni de lo que cantará después.

Para dar alguna idea de estas canciones, de regio y magnífico aparato, que se han asociado por cerca de medio siglo á todas las solemnidades y alegrías del pueblo valenciano, entresacaré algunas estrofas de *La Reyna de la Festa,* que es de las más gallardas é inspiradas, y contiene una triunfal apoteosis de

la Poesía misma, encarnada en bellísimos símbolos de la Historia y de la Fábula:

Eres aquella Dofne que ab ardorosa flama
per les tesalies selves Apolo perseguí,
y que en llorer trocantse, li va donar la rama
que, eternament florida, sa magestat proclama,
y en lo front dels poetes reverdirá sens fí.
Eres la misteriosa Rebeca, santa y bella,
que á l'ombra de les palmes, vora el camí polsós,
ompli en lo pou simbólich la blanca canterella,
y els amorosos brasos alsant, tota vermella,
l'acosta al brusent llabi del misatger dijós.
Eres la vergonyosa princesa enamorada
que al trovador, al vore dins son palau dormit,
lo front viril li besa, fugint apresurada,
y el fa somniar que alguna tendra y sensible fada
per ell baixá dels astres en la callada nit.
Eres divina image que'ls nobles cors abrusa
en flama inextinguible d'un desijar etern;
la que ensomnis vereu, casta y serena Musa,
Petrarca en les arbredes florides de Valclusa,
y Dante entre les rojes fogueres del Infern.
Eres gentil bellesa que'l esperit falaga;
ninfa en lo bosch ombrivol, y náyade en lo riu;
la encantada donzella que en fort castell s'amaga;
la sonrisent sirena, la enjisadora maga,
que sempre, á totes hores, nos fuig y nos sonriu.

Aun los que sienten (como de mí confieso) tibia afición por la poesía de certamen, con su inseparable decoración de flores naturales, violetas y cigarras de oro, han de rendirse ante el rítmico prestigio de esta versificación espléndida y numerosa, que renueva los mejores acentos de la musa romántica. La sinceridad y el entusiasmo de los poetas y de su público (¿y sin entusiasmo y sinceridad, qué poesía cabe?) han hecho que sólo en los países de la antigua Corona de Aragón parezca natural y espontáneo lo que en otras partes, en Provenza misma, tiene visos de convencional y arcaico, que fácilmente se presta á la blanda ironía y aun á la parodia. Quien haya presenciado en sus grandes días los *Jochs Florals* de Barcelona, prototipo de los restantes, no podrá menos de confesar que, á vueltas de exterioridades más ó menos plausibles, las cuales responden acaso á una falsa visión de la Edad Media y de sus tradiciones poéticas, hay en la renovada institución un brío juvenil, un fondo de energía social, una fuerza expansiva que no lograrán nunca los impecables soñadores, encastillados en sus torres de marfil; los artistas solitarios y desdeñosos, que no por serlo alcanzan siempre la apetecida conquista del reino de lo ideal.

Para los que gustan de una poesía más íntima y recogida que esta de los días de boato y ceremonia, tiene la lira del Sr. Llorente cuerdas que vibran

siempre con especial encanto. La vida familiar y humilde con su cortejo de mansas y resignadas virtudes, las alegrías y tristezas de los pequeños, las castas remembranzas del amor conyugal, las lágrimas de la viudez, de la orfandad y del desamparo, el sacrificio sencillo y sublime por la patria, toda la noble poesía del deber cumplido sin afectación, del trabajo enaltecido sin énfasis, la visión clara y precisa, pero nunca prosaica, de los mil fugitivos accidentes que toda alma, aun la menos compleja, que toda existencia, aun la más obscura, brinda á los ojos del artista puro de corazón é íntegramente humano, tiene hermosa representación en las páginas de este libro, bastando citar, como muestras de ello, *Lo Rosari de la Viuda,* que es una consoladora y cristiana elegía; las *Cartes de Soledad,* tan llanamente escritas y tan hondamente sentidas, donde se perpetúa, mejor que lo hubiera sido en iracundas estrofas, el día más triste de nuestra desventura nacional; el *Plany de la teixidora,* de tan elegante y adecuado ritmo; *La Barca Nova,* que recuerda el espíritu y la manera de los poemas cortos de Coppée.

Otras joyas hay, y el lector las descubrirá sin esfuerzo; pero no puedo menos de llamar su atención de un modo especialísimo sobre *La Barraca,* que no sólo es la más popular de todas las composiciones de Llorente, sino que señala el punto culminante y supremo de su arte lírico. Aunque en el naufragio de los siglos esta sola poesía le sobreviviese, en ella quedaría, como en precioso relicario, lo mejor de su alma creyente y patriótica, enamorada con delirio del verjel en que nació, penetrada y saturada de valencianismo. El mar, la atmósfera, el suelo de aquella deleitosa ribera, el perfume de las flores y el manso rumor de las acequias, parece que le arrullan de consuno, dando á su estilo una transparencia dorada y luminosa, una gracia muelle y ondulante, un ritmo tan ágil como espontáneo y rotundo. Pero aun siendo *La Barraca* admirable como pintura de paisaje, hay en ella algo más que bellezas descriptivas. Los labradores de la huerta no son para el poeta figuras decorativas, sino hermanos suyos en Cristo y en la patria, que trabajan, padecen, aman y lloran con él. Y no sólo le interesan sus rústicas labores, que describe con la sabia pulcritud del estilo de las *Geórgicas:*

La que desfulla la frondosa branca,
aliment de insecte filador;
la que als rossos capells, cantant, arranca
la sobtil fibra d'or...

El que en l'aspre guaret clava la rella
y obri al aygua corrent fonda canal;
el que sembra el bon gra y el arbre talla,
y en l'almácera estrau l'oli més fí,
y ab incansable peu follejant balla
en lo trull ple de ví...,

sino que, elevándose en alas de la fe religiosa, que nunca está ausente de su pensamiento ni de su pluma, invoca sobre ellos, en estrofas dignas de Manzo-

ni, todas las bendiciones del cielo. Dice así, dirigiéndose á la cruz que corona las *barracas* de los campesinos valencianos:

¡Guárdelos be ton ombra, nit y día,
de tots los enemichs!

Guarda als infants, que baix de la porjada,
ab lo jónech valent juhen sens por;
guarda á la verge, que en la nit callada
escolta la cansó que li ompli'l cor;
guarda á la mare, ardida y jubilosa;
guarda al pare pensiu, que's cansa ja;
guarda al pobre vellet, que al peu reposa
del arbre que plantá.

Guárdalos de la pluja y la tempesta
pera que dorguen sens ductós recel;
guárdalos de la fam y de la pesta,
del foch dels homens y del llamp del cel.
Guárdalos be dels esperits malignes,
de les llengües de serp dels mals vehins;
guárdalos be de tentacións indignes,
de pensaments rohins.

Y sobre ses victories y fatigues,
sobre'l goig breu y el trevallar constant,
sobre'l camp pedregat ó ple d'espigues,
sobre la taula vuida ó abundant,
sobre el ball de la boda desijada,
sobre el fúnebre llit, banyat en plors,
estenga eternament ta Creu sagrada
¡los brasos protectors!

Versos de este temple hicieron pocos nuestros ingenios del siglo XIX. Para encontrar alguna vez esta magnánima poesía, cristiana á un tiempo y social, ó, como dicen los italianos, *civil,* no bastan el oído armónico, ni la rica fantasía, ni el raudal de la dicción poética: se requiere además aquella autoridad moral, aquel suave y benéfico influjo que ejerce entre sus compatriotas este gran ciudadano de Valencia, que es hoy la personificación más completa de su lengua y de su literatura.

M. Menéndez y Pelayo.

PSICOLOGÍA DE LA VEJEZ

La atención de los hombres de ciencia que hasta ahora se han ocupado de *psicología de la ancianidad* hase exclusivamente limitado á un examen ligero de sus emociones, de sus sentimientos, y, todo lo más, á un análisis superficial de las singulares afecciones de naturaleza orgánica que se relacionan con el modo de ser de este estado de la vida humana, así como con otros procesos morbosos del dominio psíquico. Esta nueva ciencia de la *vejez* no ha sido todavía objeto de un concienzudo estudio; los literatos, filósofos y médicos que á ella se han consagrado, carecieron, sin duda, de los indispensables datos, hechos y testificaciones adquiridos mediante la observación directa, y sus especiales conocimientos sobre tal rama del saber fueron insuficientes para constituir un cuerpo de doctrina.

No han sido los poetas y novelistas los menos interesados en el análisis de esa fase terminal de la vida del hombre; ellos idearon figuras, crearon personajes é hicieron descripciones y retratos acabados é inspirados. Eligieron á sus héroes en el mundo de los *viejos,* poniendo en evidencia sus errores, sus verdades, extravagancias y sentimientos íntimos. En todas partes hallamos *algo* escrito sobre esta psicología. En las biografías de los hombres célebres, como en las críticas de sus obras, leemos páginas instructivas acerca de dicha nueva ciencia. Verdad es que ha habido novelistas, pensadores religiosos y profaños, poetas y otros escritores que se han ocupado de los caracteres, de los rasgos afectivos del anciano, por lo general ridículos, chocantes é incomprensibles, rasgos que suelen pasar desapercibidos hasta para la mayoría de los psicólogos de profesión; pero esto no basta: la cultura biológica, tan necesaria hoy en esta índole de conocimientos, exige la intervención del médico psicólogo, pues no es el escritor ó el literato el solo capaz de hacer psicología.

Lo que comúnmente resalta en la obra de un poeta ó de un novelista que se ha ocupado de psicología de la *vejez,* es la conducta, el porte, el proceder del *anciano,* y, sobre todo, el modo especial de presentarlo al lector, desde el punto de vista psicológico que más le conviene. El escritor imparcial, el muy amante de la verdad, se complace, cuando menos, con las apariencias de lo verosímil, de lo probable, en lo que se refiere á esa ciencia; y todavía más cuando teme perjudicar la belleza artística de su creación. De este modo resulta la realidad hermoseada, embellecida; pero deformada, desfigurada, en último término. Varios autores dramáticos nos han hecho la psicología del obsesado, del epiléptico, del maníaco, del melancólico, del impulsivo ó del degenerado místico, y vemos desfilar en admirables escenas figuras extrañas, individualidades extravagantes que nos llaman la atención, á pesar de no encontrar el menor parecido entre estas raras figuras y ciertos sujetos apocados de espíritu, desequilibrados, que viven en la sociedad, en las casas de salud, en asilos especiales ó

en los manicomios; y refiriéndonos al *anciano,* entre este ente tan magistralmente presentado por el literato, y el *viejo* ridículamente caprichoso residiendo con su propia familia ó en los hospicios de hombres de avanzada edad, no existe analogía alguna.

Se ha comprobado que no pocos autores, al objeto de amparar el libre juego de su imaginación, frecuentemente se han permitido ciertas *licencias psicológicas,* y han colocado en sus obras cuanto es de su gusto, de su capricho, aunque lo expresaren de un modo enmascarado, desfigurado.

Nos ha dado el gran Shakespeare exacto el retrato, completa la descripción de un *viejo* en su rey *Lear*. Es, realmente, este rey un *anciano*. Su debilidad irritable, su desconfianza, sus vacilaciones y arrebatos, sus dudas continuas, sus tendencias egoístas y su especial recelo á los signos externos de la enfermedad que más bien busca en la boca que en el corazón de sus hijas, constituyen las cualidades esenciales de un espíritu en la declinación de su vida. La intensidad de las exaltaciones afectivas del *anciano,* traducidas por maldiciones y dichos mordaces y acres, nós hacen pensar que se trata de una *vejez patológica*. La facilidad con que *Lear* se muestra cándido, inocente, en los propósitos engañosos é hipócritas para con sus hijas, parece testimoniar en favor de esta creencia. El poeta en su grandiosa descripción introduce de propósito un extraño elemento. El arregla la escena, dispone la realidad á su modo por una palabra, por una frase nada más que pone en labios de un personaje, y trata de persuadir al lector de que el citado *rey* es un desequilibrado, un anormal. Hábil recurso del escritor, que, sencillamente, interpone á su arbitrio entre frase y frase un concepto que en su obra llame la atención, y que le conviene para el fin que se propone. Recurso que se permite el autor y que hemos llamado *licencia psicológica*.

Shakespeare en su novela, en la escena primera del primer acto (1), hace resaltar la satisfacción del *viejo Lear* respecto de las vanas palabras de sus hijas Goneril y Regan, y su protesta relativa á las palabras de Cordelia agradecida—su hija menor, más tarde llegada á ser reina de Francia—. El anciano rey se expresa así: «Quédate con la verdad por dote. Abjuro desde ahora de todos mis sentimientos naturales, rompo todos los lazos de la naturaleza y de la sangre, y te destierro para siempre de mi corazón.» El conde de Kent contesta al rey: «Kent olvida las conveniencias cuando el rey delira. Anciano, ¿qué pretendes? ¿Esperas que el miedo imponga el silencio al deber, cuando, seducido por vanas palabras, inmolas tu poder á la lisonja? El honor debe la verdad á los reyes cuando la majestad cae en demencia. Guarda tu soberanía. Enmienda con más duro juicio tu monstruosa influencia; te aseguro bajo mi fe que tu hija menor no es la que menos te ama; un timbre de voz tímido y modesto no es ordinariamente eco de un corazón vacío é insensible.»

En el *Padre Goriot,* de Balzac, hallamos idéntica conveniencia, el mismo arreglo; aunque no presente el autor á este interesante personaje como á un

(1) Traducción de Fernández Moratín, pág. 188. Año 1886.

sujeto en plena *vejez,* no obstante, Goriot es una meritoria figura, á la cual, según toda apariencia, un anciano ha servido de modelo.

El profundo psicólogo, en la página 108, párrafo primero, de su obra, parece abrogarse como Shakespeare la facultad ó permiso de decir todo aquello que le conviene, y leemos: «Antes de la revolución, Juan Joaquín Goriot era un sencillo obrero de una fábrica de pastas, hábil, económico y bastante emprendedor para haber comprado el establecimiento de su amo, que fué víctima del primer levantamiento de 1789. Durante aquel año, el ciudadano Goriot aumentó capitales que le fueron de gran utilidad para hacer su comercio con toda la superioridad que procura el dinero al que lo posee. Le ocurrió á él lo que les ocurre á todos los hombres que sólo tienen una capacidad relativa: *su mediania le salvó.*»

En la página 37 de su libro se lee: «El buen fabricante de fideos (1), de setenta y dos años, que sólo representaba unos cuarenta; el burgués alegre y fresco, cuyo atildado porte regocijaba á los transeuntes, y que tenía algo de joven en la sonrisa, parecía un septuagenario, alelado, vacilante y amarillo. Sus animados ojos azules se empañaron, palidecieron.» Al descubrir su secreto Eugenio Rastignac, el compañero de la casa de huéspedes de la señora viuda de Vanquer, se expresaba como sigue: «A unas personas causaba horror; á otras, piedad. Los estudiantes de Medicina de la misma casa, habiendo notado lo muy saliente que era su labio inferior y habiendo examinado sus rasgos fisonómicos, le declararon atacado de cretinismo.»

La reducción ó estrechamiento del campo afectivo que nos manifiesta el ilustre escritor tal como lo encontramos en el *viejo;* la especial debilidad de su actividad psíquica; la desaparición de sus nobles, de sus superiores sentimientos; la inseguridad de su carácter, su tacañería ó mezquindad; y, en fin, su débil y pusilánime egoísmo, caracteres los más salientes de su alma, nos ponen de relieve esa *licencia* á que anteriormente aludíamos y que Balzac se permite.

Dicho autor, en el párrafo segundo de la página 95, así se expresa: «Ha visto Goriot que sus hijas se avergonzaban de él, y que si ellas amaban á sus maridos, él perjudicaba á sus yernos, y se ha sacrificado, porque era padre, desterrándose á sí propio de sus casas. Al ver á sus hijas contentas, comprendió que había hecho bien. El padre y las hijas han sido cómplices de este pequeño crimen. Esto lo vemos todos los días. ¿No habría sido una mancha en los salones de sus hijas casadas, la una con el barón de Nucingen, y la otra con el primogénito de la casa de Restand, ese pobre padre Goriot? Lo había dado todo este padre: durante veinte años había entregado sus entrañas y su amor, y había dado su fortuna en un solo día.»

En este párrafo se deja entrever la intención del novelista en hacer verdaderamente trágica la suerte del infortunado viejo, sumido en la miseria por sus hijas. Como acabamos de ver, es consciente de su pobreza. Hemos asistido

(1) Traducción del Dr. D. Joaquín García Bravo. Barcelona, 1907.

á la escena de los estados momentáneos de lucidez de su razón, percatándonos al mismo tiempo de esa persistencia al dolor moral, á la ingratitud de sus hijas, no dejando de ser el viejo en tales circunstancias dueño en absoluto de sí mismo, mientras que en el resto de su vida ha perdido la razón, ó poco menos. He aquí otra *licencia psicológica.*

Si el insigne Balzac trata de hacer resaltar la paternal abnegación más bella y conmovedora del viejo, haciendo de este hombre egoísta é insensible á los más elevados impulsos del alma, de un gran temple moral en determinados momentos de su vida, y hasta un *héroe,* es que el autor se ha valido de ciertos *resortes* que la literatura *no psicológica* no le veda, *recursos* que carecen para nosotros de importancia, por cuanto sería esto salirnos del dominio de la psicología, que debe basarse en la realidad, en hechos bien comprobados. Otra *licencia psicológica.*

Todo ese conjunto de datos, de antecedentes, nos da la fisonomía de la vejez. Pero existen en este cuadro algunos conceptos discrepantes. ¿Cómo se concibe que el viejo Goriot, sin generosidad de sentimientos, se muestre tan resignado y sufrido en las adversidades de la vida? ¿Y cómo se comprende que, estando perturbada la razón, sea consciente de su miseria la mayor parte del tiempo? Ni la *vejez* ni la *senilidad* por sí bastan para explicar esos fenómenos *disonantes,* esos hechos *discordantes* que el eximio Balzac pone de manifiesto. El *anciano,* en opinión de los más distinguidos alienistas y psicólogos, es incapaz de grandes emociones, y en el *senil,* una vez declarado su decaimiento psíquico, persiste para siempre su mental desequilibrio.

Estos subterfugios de que se vale el genial escritor, dotando á las acciones del viejo Goriot de una cierta *consecuencia psicológica,* son para unir los *contrastes,* haciéndole de un espíritu tacaño, estúpido y egoísta, peculiares cualidades de la *ancianidad.* Veamos lo que dice el autor en la página 109 de su libro: «Goriot es paciente, activo, enérgico, constante y rápido en sus expediciones; tenía en sus tiempos ojo de águila, se anticipaba á todo, lo ocultaba todo, era diplomático para concebir y soldado para marchar. Fuera de su especialidad, de su sencilla y obscura tienda, en cuyo umbral pasaba las horas ociosas con el hombro apoyado en el quicio de la puerta, pasaba á ser el hombre estúpido y grosero, incapaz de comprender un razonamiento, insensible á todos los placeres del espíritu; el hombre que se dormía en el teatro y que sólo era fuerte en estupidez.»

No basta cuanto antecede para hacer de la vejez un estudio concienzudo, y procede un examen según un cierto método. La *senilidad* constituye en nuestros días un interesante capítulo entre las obras de psiquiatría. ¿Sabremos sacar provecho de esta ciencia, no siendo la *vejez* y la *senilidad* sinónimas, y establecer la diferencia entre los dos estados? Unicamente nos limitaremos á reseñar las opiniones de algunos autores sobre este punto, sin detenernos á discutirlas.

Se ha tratado de distinguir, si bien de una manera teórica, la *vejez* de la *senilidad,* haciendo de la primera el resultado, el efecto de la edad, del debi-

litamiento progresivo que domina en el último período de la vida: esta falta de vigor nos demuestra el hecho positivo del predominio de la desasimilación en el organismo del *viejo;* la *senilidad,* por el contrario, sería la inmediata consecuencia de diferentes procesos patológicos que hubieran alterado, trastornado el cuerpo del individuo de avanzada edad de un modo progresivo.

Se ha opuesto la pasividad de la una á la actividad de la otra, creencia muy antigua. M. A. Letienne escribía en la *Presse Medicale* (1): «La *vejez,* estado fisiológico, es la falta de la regeneración orgánica suficiente; es decir, todo lo contrario de lo que sucede en la primera edad de la vida. La *senilidad* es un conjunto de afecciones orgánicas íntimas y sumamente complejas; resulta de la acción concomitante de ciertas enfermedades latentes, enmarañadas, no bien interpretadas aún, de efecto continuo y de marcha lenta. Procesos morbosos frustrados, innominados é indefinibles, tanto para el mismo paciente como para el médico.» Opinión que no nos parece fundada sino en datos, en antecedentes hipotéticos. La definición que da M. Letienne de la *vejez* adolece de idealismo, por cuanto esta fase especial de la vida de la persona —que no sería otra cosa que una sencilla atrofia uniforme y progresiva—constituiría por sí una rara excepción.

Como ya sostuvo M. Leri de Lille en su Memoria presentada (2) en el último Congreso de médicos alienistas y neurólogos, la *senilidad* es un estado patológico que se le encuentra casi siempre en el *anciano.* Pero supongamos por un momento que nos hallamos en presencia de una *vejez* ficticia, ideal, como á veces suelen describirnos nuestros autores más distinguidos: si damos á la *senilidad* el sentido clínico que todo el mundo le imputa, ¿no estaríamos obligados á admitir su positiva existencia en un individuo que jamás hubiese sufrido una enfermedad manifiesta ú oculta durante toda su vida, y que hubiera tenido, no obstante, la felicidad, la dicha de vivir durante mucho tiempo? El hombre, con el transcurso de los años y en una muy avanzada edad, comúnmente cae en la *demencia senil.* Es á menudo la *senilidad*—no siempre—la acentuación de la debilidad del *viejo.* La diferencia entre *vejez* y *senilidad* no es, pues, una diferencia de naturaleza, sino más bien de grado.

Kroepelin, en sus famosas lecciones clínicas (3), se expresa en estos términos: «Hay entre la *demencia senil* y la *debilidad psíquica* que acompaña á la *vejez* transiciones y mudanzas insensibles, circunstancia que hace imposible una separación precisa, exacta, entre estos dos aspectos ó estados de la vida humana. Creemos que establecer la diferencia entre una y otra es fácil, asequible, si nos hallamos en presencia de un *senil delirante,* cuyo especial estado no sea compatible con la vida familiar ó social; pero si no se trata de un *senil enajenado,* es totalmente imposible. Los graves trastornos en el dominio de los sentimientos é ideas no dejan duda alguna sobre la naturaleza morbosa de la situación; pero en las formas tranquilas y tardías de la *demencia senil,*

(1) *De la Senilité,* núm. 7. París, 1906.
(2) *Archives de Neurologie,* pág. 111. París, 1906.
(3) *Introduction à la Psychiatrie Clinique* (Vigot Frères), pág. 6. París, 1907.

el mentalista muchas veces se encuentra embarazado al pretender establecer la distinción entre la *senilidad* y la *vejez,* ó al determinar qué hechos ó fenómenos son el efecto de la una ó de la otra.

Esta diferencia—que, indudablemente, puede tener un cierto valor práctico—en manera alguna se basa en otra cosa que en la observación médico-psicológica y en la estadística de los hechos. En lugar de buscar la *vejez* normal en un estado imaginario, ideal, como hacen muchos escritores, en una fase de la vida humana que, si realmente existe, constituye una extrema rareza, sería preferible adoptar como regla general lo que es ya una costumbre, lo que es ya de norma, y erigir en descripción de la *vejez* normal el habitual estado del individuo que ha traspasado un cierto límite de edad, y que cuenta en su pasado con un número determinado de años. Convendría, pues, examinar, estudiar á centenares de viejos viviendo en los más diversos medios sociales; así es como haríamos psicología de la *ancianidad,* principalmente de aquella psicología que respecta á las manifestaciones externas del *viejo.* Es preciso tomarse la molestia de ir á los asilos ú hospicios de *ancianos* si deseamos establecer un término medio, una *media normal,* á pesar de las diferencias individuales; diferencias que se aprecian mejor en la vida colectiva y uniforme de un establecimiento de tal naturaleza. Nada de estudios privados en los gabinetes de los especialistas ó en los despachos de los literatos ó escritores que no estén ajustados á la observación y experimentación. Por encima de esa *media normal* estaría la clase privilegiada de hombres gozando del pleno uso de sus facultades intelectivas en una edad en que la *decadencia psíquica* es bien manifiesta. Por debajo de esa *media normal* hallaríamos, por el contrario, á aquellos individuos cuyo *déficit mental* sería muy pronunciado con relación á la mayoría de *viejos* que tuvieren la misma edad. Formarían éstos la clase de *seniles,* á la que se incorporarían los sujetos de avanzada edad, pero con evidentes manifestaciones patológicas y alguna anomalía evolutiva. No debemos confundir estas anomalías con los caprichos y extravagancias propios de la *vejez normal.* El acceso á cuestión tan interesante nos puede ser facilitado por una excursión al dominio anatomopatológico.

Si en la ancianidad la *decadencia orgánica,* y particularmente la *atrofia,* alcanzan á los tegumentos, á los músculos y al esqueleto; si dicha *atrofia* afecta en mayor grado á diferentes órganos, como al pulmón, al hígado, al bazo, etcétera, que participan de esa retrogradación y experimentan cierta disminución de volumen y peso, no está en la mayoría de las *personas seniles* igualmente repartida. Decía el eminente Charcot á este respecto: «Por una especie de contradicción, y cuya razón fisiológica no nos parece aún suficientemente demostrada, el corazón y los riñones escapan á esta ley, conservando las dimensiones de la *edad media*» (1). Según Marey, el corazón del *viejo* «es muy potente, y las arterias presentan pulsaciones enérgicas».

Apliquemos al cerebro lo que decimos del organismo entero. La destruc-

(1) Charcot, tomo VII.

ción de la substancia cerebral, sea hasta cierto punto independiente del estado de los vasos—así como la *atrofia* ó *esclerosis primitiva* de las células y fibras nerviosas—, sea consecutiva á las alteraciones de los mismos—lo que nos parece muy aceptable—, es una ATROFIA característica que interesa toda la masa cerebral. La disminución de peso del órgano central del sistema nervioso—que, según el Dr. Body, se aprecia después de los cincuenta años—hace elevar en seguida el volumen reducido en conjunto de la referida masa; pero la *atrofia* del cerebro no afecta en el mismo grado á sus territorios más diversos, sino que se manifiesta y predomina en las zonas anteriores, y, según Reichard, invade este proceso comúnmente el cerebelo, que no excede á la atrofia del cerebro. Esta condición explicaría, en opinión del especialista, tanto la *ataxia* como el *temblor seniles* (1).

Pick se expresa en estos términos: «Los estudios recientes nos hacen ver un *mosaico* de demencias parciales y localizadas en la *demencia senil*» (2). Nosotros, dando un sentido más estricto á sus palabras, no hallamos inconveniente en afirmar que la *vejez* es un *mosaico* de *vejeces parciales,* y que la *flaqueza,* la *decadencia del anciano* debe ocurrir pieza por pieza, como acontece el progresivo desmoronamiento de un edificio. No debe tampoco existir entre estas decadencias, estas destrucciones parciales, una independencia relativa. Su coexistencia no implica su identidad.

Respecto de la falta de solidaridad funcional en el organismo del *viejo,* los profesores Lejonne y Lhermite (3) sostienen, después de la publicación de un reciente é interesante trabajo, que «un órgano durante mucho tiempo puede estar gravemente interesado, y aun aniquilado, sin que el organismo se resienta por ello ó sin acusar éste importantes trastornos». Encontramos el mismo hecho en el cerebro de muchas personas de avanzada edad afectadas de *atrofia*. Notzli afirma que «en territorios circunscritos del cerebro de dichas personas alcanza esa lesión á un superior grado, mientras que deja ésta á las zonas vecinas completamente intactas» (4).

Pretender comparar los datos, los antecedentes que venimos reseñando con análogos fenómenos de la *regresión psíquica* de la *vejez,* es, sin duda, una comparación—visto el estado actual de nuestros conocimientos—*demasiado pretenciosa, sobrado burguesa.*

En todos los casos los indicios y las demostraciones anatomopatológicas nos evidencian que en el organismo del *anciano* la *declinación,* la *caducidad,* es parcial y desigual: éstos son fenómenos normales y constantes que marchan á la par de la *disgregación funcional.*

La psicología comprueba la realidad del hecho en la *decadencia psíquica del anciano,* cuyas sensaciones, recuerdos y sentimientos no percibe sino en

---

(1) *Allgem. Zeitschrift fur Psychiat.* Berlín, 1905.
(2) *Ueber einen Symptomen in Bahmen der Dem Senilis.* Berlín, 1904.
(3) Loc. cit.
(4) *Paraplegies par retraction chez les veillards.* Nouvelle Yconograph de la Salpetrière. Mai, 1907. París.

grados distintos y en determinados momentos de su vida. Las sensaciones las experimenta de una manera desigual.

Si la *debilidad psíquica* afectara del mismo modo á todas las facultades del sujeto que ha envejecido, la psicología de la *ancianidad* no hubiera sido objeto de nuestro especial estudio, toda vez que sería la propia psicología del hombre ó del adulto *decaído, desgastado mentalmente.* Pero esta anomalía, esta infracción de la regla común de la vida fisiológica, no es más que aparente. La *regresión psíquica,* única que nos interesa, no se fragua al azar, sino que sigue una marcha que puede precisarse al menos en sus grandes líneas. Es idéntica esta *regresión* en todos los *viejos,* en los que imprime un sello especial la edad, borrando gradualmente las diferencias individuales. Ella hace á los *viejos* semejantes los unos á los otros; tan semejantes, que podemos asegurar que son verdaderos niños entre sí. Y pasa con la evolución de la *vejez* lo mismo que se observa al descender en la serie jerárquica animal: que las cualidades externas, los esenciales caracteres de la individualidad, poco á poco se obscurecen, se atenúan.

La ley que rige á la aparente anomalía en la *regresiva evolución* de la *vejez,* en la vida afectiva como en la intelectual, es la ley de la *disolución psíquica,* magistralmente descrita por el insigne profesor Ribot en su libro (1), que consiste en «una regresión de lo superior á lo inferior, de lo complejo á lo simple, de lo estable á lo inestable, de lo más organizado á lo menos organizado».

La disolución sigue, según el citado psicólogo, un orden inverso á la evolución de las primeras edades.

Desde que la psicología fué libertada de las hipótesis y lucubraciones metafísicas, y de los postulados psíquicos erigidos *á priori* por las tendencias imaginativas del espíritu humano; desde que ha conocido aquélla á la observación y experimentación externa, un gran paso se ha dado en el concepto biológico, un gran progreso se ha realizado. La psicología especial del niño, del adulto, del adolescente y del viejo, de la mujer, del histérico, del idiota, del criminal, del disperso, del imbécil, del neurasténico y hasta de los animales, es una conquista enorme, un considerable adelanto que debe exclusivamente la ciencia á esta nueva orientación de la psicología. La observación interna, que siempre ha tenido un indiscutible mérito, no era capaz de abordar el difícil estudio de los aludidos estados mentales, «que el más profundo metafísico no puede producir á voluntad en sí propio, al objeto de contemplarlos, de observarlos dentro del vasto campo de su conciencia; y si realmente puede, no se halla en disposición de considerarlos atentamente, porque no cree factible ó realizable el fenómeno psíquico de la disgregación del Yo, el misterioso hecho de la cerebración inconsciente, ó ese admirable desdoblamiento del alma, la que por una parte observa con toda severidad, con plena conciencia científica, y por otra se nos muestra disparatada, desatinada, sin orden

(1) *Psychologie des sentiments.*

ni concierto». La psicología moderna es la que, exenta de todo prejuicio, libre de todo espíritu de escuela ó secta, ha comprobado experimentalmente que la conciencia humana es susceptible de desdoblarse. Los cambios de la personalidad provocados en las experiencias hipnóticas, y los acaecidos en ciertos sujetos de un modo espontáneo, son una incontestable prueba de ello.

En atención á lo que acabamos de decir, podemos fundar en la observación externa la psicología de la *vejez*. El *anciano* que parece *á priori* al observador el más apropiado para proceder á la observación personal, al análisis propio, no lo es en realidad. El hombre es incapaz, en una avanzada edad, de observarse y de fijar los cambios operados por el tiempo en su organismo; no obstante, se da perfecta cuenta del defectuoso funcionamiento de sus sentidos, de la infidelidad de su memoria, y es consciente de su *debilidad psíquica:* esto es todo. Pero no se percata del estado de su afectividad, de sus extravagancias, de su variabilidad de humor, de su incapacidad para el trabajo, de las ideas que se le escapan de la mente. El cree haber tenido siempre los mismos conceptos é idénticas disposiciones de carácter. El está sujeto á las ilusiones de recuerdos, y le parece reconocer en su pasado su actual estado, no siendo ello más que el inmediato y deplorable efecto de la *ancianidad.*

Conviene al médico psicólogo observar y juzgar al *viejo* en sus acciones, en sus palabras, en sus movimientos, en sus determinaciones y en sus propósitos; á veces sus declaraciones no tienen más que un valor relativo, y con frecuencia lo que éstas ofrecen como más saliente es su manifiesta discordancia con la realidad. Encontramos en el *anciano* una continua propensión á simular, en parte consciente y en parte inconsciente, tendencia que le aproxima á la niñez, y es sintomática de ese singular estado de *decadencia orgánica* y *flaqueza espiritual* del hombre en la postrera fase de su vida.

La psicología de este estado, no solamente tiene un interés científico, sino un fin humanitario. El médico psicólogo, mejor que nadie, debe contribuir á la felicidad de ese último aspecto de la existencia humana, al bienestar de esa edad tan fácil de contentar y complacer, cuando llegue á percatarse de cuanto ocurre en el dominio orgánico y psíquico, sobre todo en el reinado de los afectos; cuando con mayor perfección conozca la manera de sentir, de pensar del *viejo,* sus últimos deseos y sus verdaderas necesidades.

Antonio Gota.

———oOo———

La psicología religiosa y el antropomorfismo [1]

Para establecer un criterio psicológico que convenga á todas las creencias, hay que partir del principio de que la religión es un vínculo que une al hombre con el universo y con su causa, y cuyas manifestaciones más elementales son siempre antropomórficas. La necesidad metafísica del hombre se satisfizo primitivamente con la tendencia á humanizar, hasta cierto punto, todos los fenómenos de la naturaleza; es decir, á atribuir á los mismos un alma que dirige primero sus propios movimientos y modificaciones, y luego sus relaciones con las cosas que más de cerca ó más de lejos les rodean. El hombre, desenvolviendo mentalmente su mundo anímico, hace á los dioses á su imagen y semejanza, á la inversa de otras concepciones posteriores en que el creador hace á la criatura. La religión y la mitología son, pues, contemporáneas de la razón humana; y aquel conocido dicho de FEUERBACH: «Toda religión es una ilusión por la cual el hombre atribuye sus perfecciones á un ser que cree distinto de su conciencia», ha prosperado tanto, porque es la expresión de lo que la experiencia nos muestra en las religiones inferiores. Efectivamente; en todo el curso de la historia de estas religiones no encontramos nada divino, sino todo humano, en el mal sentido de la palabra. Si no se supiera que Dios creó al hombre á su imagen, habría que creer que el hombre lo había forjado á la suya. Dios hizo al hombre, y el hombre ha hecho los nombres y atributos de Dios según su peculiar idiosincrasia. Este fenómeno es tan significativo, que podemos verlo confirmado, no sólo en los hombres en general, sino en las razas, cuyas diferencias determinan las concepciones religiosas.

---

(1) Autores de consulta: ACHELIS: *Archiv für Religions Wissenschaft*, 1898, I, 188, 191.—ALLEN: *The evolution of the idea of God*, 58, 71.—ANÓNIMO: *Supernatural Religion*, I, 77.—BANCROFT: *The native races*, III, 527.—BERGAIGNE: *La religion védique d'après les himnes du Rig-Veda*, III, 277.—BERNARD PÉREZ: *L'art et la poésie chez l'enfant*, 45, 61.—BLAVATSKY: *Isis unveiled*, II, V, XI.—BRAGA: *O povo portuguez nos seus costumes, crenças e tradiçoes*, I, 28, 30.—BREAL: *Hercules et Cacus* (en las *Mélanges de mytologie et de linguistique*).—BROGLIE: *Problèmes et conclusions de l'histoire des religions*, 48.—BUNSEN: *Dieu dans l'histoire*, 134.—BURKITT: *Early Christianity outside the Roman Empire*, 37 —CALMET: *Disertatio de numinibus cananeorum*.—CASALIS: *The basutos*, 239.—CEJADOR: *Los gérmenes del lenguaje*, 336.—CLEMENTE DE ALEJANDRÍA: *Stromata*, V, 14.—COMTE: *Cours de philosophie positive*, V, 30.—DARWIN: *The descent of man*, tomo I.—DESGOUDINS: *Revue des religions*, 1890, 203.—DIEGO RUIZ: *Genealogía de los símbolos*, II, 151.—DOELLINGER: *Heidenthum und Judentheum*, I, 429; II, 242.—ELLIS: *History of Madagascar*, I, 376.—EMERSON: *Representativement*, I, III. *The conduct of life*, 135.—FENELÓN: *Traité de l'existence de Dieu*, II, V.—FOUILLÉE. *La science sociale contemporaine*, I, V. *L'avenir de la métaphysique fondée sur l'expérience*.—FREEMAN: *History of the norman conquest*, tomo I.—GAVET: *Voyage en Tartarie*.—GONZÁLEZ-BLANCO (EDMUNDO): *Historia general de la literatura*, 41, 79, 266, 273. *La evolución religiosa del pueblo japonés* (en *La España Moderna*, junio, 1904).—GUICHOT: *Ciencia de la mitología*, 48, 57, 71, 103, 110. *Introducción á las supersticiones andaluzas* (en la revista *El Folk-lore andaluz*, 1883, 23).—GUYAU: *L'irreligion de l'avenir*, introducción.—HARLEZ: *Dictionnaire apologetique* (en la palabra *Religion de la Chaldée*).—HARTMANN: *Die Selbestzersetzung des Christenthums und die Religion der Zukunft*, VII.]—HEGEL: *Religionsphilosophie*, II, I.—HENRION: *Histoire générale des missions catholiques*.—HÖFFDING: *Religionsphilosophie*, 18, 22, 32. 344.—HOLBACH: *Système de la nature*, II, 4.—HOMMEL: *Historia de Babilonia y Asiria*, 131.—HOSPITAL: *Cartas sobre las religiones chinas*.—LANG (el pastor): *Religiöse Reden*, 149, 151, 254.—LANG (el mitólogo): *The mythology of the avians* (en *Academy*, 1883, 568).—LAURENT: *La magie et l'adivination chez les chaldeo-assyriens*.—LEBON: *Les civilisations de l'Inde*, IV, I, 7.—LENORMANT: *La magie chez les chaldéens*, 11, 20, 76, 90, 116. *Essai sur la cosmogonie de Berose*—LETAMENDI: *Clínica general*, aforismo 557.—LETOURNEAU: *L'evolution litteraire dans les diverses races humai*

Apolo, por ejemplo, era pastor, porque los cretenses lo habían sido, y músico, porque lo eran sus sacerdotes. Como todo se personificaba, *Apolo,* en su oráculo, fué tomado también por la palabra *Zeus* (= el verbo de Dios), revelándose al mundo; y así la primera *Pythia* se llamó *Phemonea* (= la que comprende las voces), por suponerse que *Zeus* hablaba por medio de sonidos naturales. *Venus,* diosa del amor en el Mediodía, era lujuriosa y adúltera, como el carácter del pueblo griego; *Freya,* diosa del amor en el Norte, era honrada y fiel, como debía serlo la raza germánica, según TÁCITO la pinta. En el orden intelectual, la humanidad ha comenzado por el antropomorfismo, el cual se caracteriza por el vuelo espontáneo de nuestra tendencia instintiva á atribuir á algunos cuerpos exteriores, minerales, vegetales y animales, la misma vida volitiva que á nosotros mismos, viendo en cada ser una persona. Salvajes y niños son igualmente aficionados á animar los objetos del mundo exterior, á imaginar seres fantásticos; por eso su lenguaje es á menudo muy imaginativo, metafórico. Mirando las torres de la catedral de Rouen, SAINT-PIERRE, niño aún, exclamaba: «¡Qué alto vuelan!» Otro niño decía de la luna: «Está en el cielo; ¿acaso tiene alas?» Ciertos niños atribuyen á los vegetales una sensibilidad completamente humana. LETOURNEAU habla de una niña de seis ó siete años que no quería coger flores, «porque—aseguraba—cuando se las coge, tienen un aire triste». Otra creía, como los salvajes, que todo objeto tiene su doble, que era, para ella, el eco. Entre los niños, las nubes conviértense fácilmente en almas de muerto, y una marmita suele en ocasiones representar la gran caldera infernal, en la cual flotan los condenados, figurados por los nabos, las zanahorias y los ognones. Incapaces de análisis razonado y de observación completa, los niños no ven en un objeto más que ciertos detalles, de los que forman una idea muy sumaria, expresada por una sola palabra,

---

nes, 17.—LESBAZEILLES: *Revue philosophique,* abril, 1866.—LOISY: *Revue des religions,* enero, 1891.—LUBBOCK: *The origin of civilization,* 157. *Prehistorics times,* IV.- LUDWING: *Commentar sur Veda* (en el *Museon,* II, 1).—MAC DONALD: *Africana,* I, 61.—MALEBRANCHE: *Recherche de la vérité,* III, II, 9.—MARCO POLO: *Libro de viajes,* I, 441,—MASPERO: *Histoire ancienne,* 670. *Revue de l'histoire des religions,* enero-febrero, 1889.—MIR: *La religión,* 94, 203, 270, 524, 727.—M'LENNAN: *The worship of animals and plants* (en la *Fortnightly Review,* octubre, 1869).—MULLACH: *Fragmenta philosophorum graecorum,* I, 101.—MURRAY: *The litterature in the ancien Greece,* II.—NAVARRO LAMARCA: *El totemismo en las tribus indígenas de Tucumán y de Salta* (en el *Boletín del Instituto de Sociología,* junio, 1905) —NIETZSCHE: *El crepúsculo de los ídolos.*—PALGRAVRE: *History of the english conmowelth.*—PESCH: *Die grosse Welträthsel,* I, 287.—PRESSENSÉ: *L'ancien monde et le christianisme,* 55.—PROUDHON: *Filosofía del progreso,* 92.—RATZEL: *Las razas humanas,* I, 22, 26, 451.—RAYNAL: *Histoire philosophique et politique des Deux Indes,* VII, 1.—RAZOGÍN: *Historia de Caldea,* 303.—REINACH: *Manuel de philologie classique,* I, 370. RENAN: *Mission de Phenicie,* I, 2. *Journal Asiatique,* febrero, 1859.—RÉTHORÉ: *Science des religions,* 67, 69, 211.—REVILLE: *Les religions des peuples non civilisés,* I, 141. *La religion chinoise,* I, 109. *Histoire du diable,* 9.—ROMANES: *Animal intelligence,* introducción.—SALES FERRÉ: *Tratado de sociología,* I, I, 34.—SÁNCHEZ CALVO: *Los nombres de los dioses,* 123, 421.—SAN JUAN DAMASCENO: *De fide orthodoxa,* I, XII.—SATOW: *Apéndice á las Transactions of the Asiatic Society of Japan,* III, 79.—SAYCE: *The ancient empires of the East,* 389.—SCHÖDER: *Die phönizische Sprache,* 10, 13.—SMITH: *History of Assyria,* 16.—SMYTH: *The aborigenes of Victoria,* 107.—SPENCER: *The principles of sociology,* tomos I y III. *Feats and coments,* capítulo X.- SPIR: *La norma mental,* 204.—STAUDENMAIER: *Encyclopädie,* 180.- STEIN: *Social Frage,* tomo I.—STUBBS: *Constitutional History of England.*—TIELE: *Histoire comparée des anciennes religions de l'Egipte et des peuples semitiques,* 134, 505. *Revue de l'histoire des religions,* III, I, 38.—TURNER: *Ninctan Years in Polinesia,* 427. *Samoa a hundred Years ago,* 151.—TYLOR: *Text-Book of anthropology.*- URBANO: *El misterio,* 23.—VALERA: *La metafísica y la poesía,* 230.—VÍCTOR HUGO: *Ensayos sobre política y literatura,* 23.—VOGÜÉ (el novelista): *Le maître de la mer,* III, XVI.—VOGÜE (el orientalista): *Mélanges d'archeologie orientale,* 51.—VOLNEY: *Les ruines,* notas.—WINSON: *Les religions actuelles,* 33.—WITHNEY: *Revue de l'histoire des religions,* IV, III, 138.—YULE: *Anticuario indio,* II, 81.

frecuentemente pintoresca. Las más sencillas relaciones de causa á efecto, de identidad y continuidad, escapan el noventa y nueve por ciento de las veces á estos observadores superficiales. Así, una niña, viendo á la luna en diversos lugares, según las horas, la creía descubrir cada vez: «¡Una luna más!, ¡otra luna!», exclamaba. Como hace observar SPIR, el hombre, después de haber probado por una experiencia constante la validez de las inducciones por medio de las cuales reconoce á los demás hombres y á los animales como seres semejantes á él, tiene, naturalmente, propensión á extender el procedimiento y á prestar una naturaleza parecida á la suya á todo lo que se mueve y ejerce una acción visible. Nada más espontáneo, en efecto, que explicar lo desconocido, asignándole atributos conocidos, y la necesidad de asegurarse y prevenirse de males y peligros de toda suerte, hace de esta explicación una necesidad imperiosa. De ahí el culto á las fuerzas físicas. Para ver qué es en tal caso la religión, basta leer los himnos del *Rig-Veda,* que son su expresión más cándida y limpia. *Agni* (el fuego), *Indra* (el cielo en su aspecto meteorológico), *Jurga* (el sol), los *Marutas* (los vientos) y otros fenómenos físicos semejantes son invocados con una familiaridad encantadora, como personajes que se conocen íntimamente y de los que se espera obtener fácilmente favores por medio de oraciones y ofrendas útiles y agradables. Lo que se pide á estos dioses es la salud, la riqueza y la exención de todo mal físico; manifiéstase francamente el egoísmo más puro, y con razón cabe llamar religión del egoísmo á la religión natural. En Persia los primitivos redactores del *Avesta,* infantilmente animistas, llegan á considerar el suelo laborable como un ser viviente, enumerando los medios por los cuales se le puede agradar, á saber: el cultivo, la irrigación, el abono, etc. La tierra misma, la tierra personificada, toma la palabra para expresar el gozo que le causa tan utilitario tratamiento. Los redactores posteriores aplicaron á los astros el mismo sentir, si bien de un modo más avanzado; y el propio ZOROASTRO, á fuer de mago, tradujo su ciencia en signos cabalísticos, tales como triángulos, círculos enlazados, constelaciones, monstruos alados y otros emblemas de los fenómenos de la naturaleza. Como el mazdeísmo, la religión asirio-caldea veía signos de celestial escritura en las dispersas estrellas y constelaciones, ó figuras humanas que recorrían con pausada solemnidad la inmensa bóveda; animaba, con su naturalismo creador, los objetos terrestres, atribuyendo á los árboles, á las peñas, á las sombras de los edificios y aun á las cosas más innobles, forma, existencia y persona, y separando todas estas visiones en las dos categorías de benéficas y maléficas. De aquí el doble aspecto de la religiosidad popular ó magia: *a)* magia *blanca*, hecha de fórmulas conjuratorias, cuyo secreto era propiedad del dios *Ea,* y de recetas saludables contra los demonios y malos espíritus, de exorcismos contra las enfermedades; *b)* magia *negra,* cuyos nigromantes, á juzgar por algunas inscripciones, eran tan perseguidos como temidos por sus amuletos y talismanes perjudiciales, por sus filtros y brebajes y por los himnos misteriosos con los que evocaban á los demonios y atraían males sobre los hombres. A la suerte malhechora oponían los caldeos la evo-

cación de agentes buenos, poderosos é invisibles, superiores á la fuerza de la naturaleza corporal, y deputados para luchar contra los espíritus de las tinieblas. Los hechiceros eran, no solamente encantadores, adivinos y brujos, sino también sacerdotes, médicos y teósofos, según se ve en la colección de doscientas tablillas en tres libros conservada en el *Museo Británico*. Los conjuros de bendición se expresaban con esta fórmula: *¡Salga el mal genio! ¡Váyase á otra parte! Haga asiento en su cuerpo el espíritu bienhechor, el buen genio.* Esta fórmula iba precedida de la siguiente invocación: *Espíritus, dioses muy grandes, conjurad los demonios.* Toda la virtualidad de los «exorcismos por palabra sagrada» se halla expresada en un bello símil de LENORMANT: «El encantamiento pronunciado por el Señor de la tierra despojaba el sortilegio hostil como se devasta una viña, y le destrozaba como un dátil, y le desataba como un nudo.» Adoradores de las formas de toros y leones alados, las figuras de sus dioses hacían en los caldeos las veces de preservativos; de ellas llenaban los pórticos y aposentos de sus palacios, aunque no estuviesen reconocidos como lugares maléficos. Todos los talismanes colocados en las partes infestadas participaban necesariamente para el caldeo de la virtud del elemento divino. Puede decirse, en vista de esta acción de la hechicería, que, aunque no se opusiese á la libertad humana, no la eximía de la horrorosa fatalidad de la superstición. La lectura atenta y paciente del vasto y concienzudo estudio de LAURENT acerca de tan importante asunto no deja duda alguna sobre la universalidad de la validez mágica en los objetos consagrados por el formalismo litúrgico. Supersticiosos obstinados, rindieron los caldeos un culto tanto más serio á la magia, cuanto que llegaron á hacerlo específicamente inmortal, dedicándole todo un ramo de su literatura religiosa; apenas si es posible estudiar la *Biblia* sin el previo conocimiento de aquellos cantares mágicos de Caldea, tan incorrectos por su forma, pero tan sublimes y tan elevados en su incorrección. Otra creencia, no menos digna de tenerse en cuenta, es la en que estuvieron casi todas las tribus del Asia anterior, de que todos los fenómenos celestes y los objetos chtónicos personificaban deidades misteriosas y antropopáticas. En Fenicia los *Baalim* y *Mekelim,* señores y reyes de los dioses, representaban el sol, las estaciones, las fuerzas de la naturaleza, las energías de la vida; pero como la imaginación de los pueblos primitivos confundía siempre con la sensación las circunstancias que la acompañan, esos númenes de la luz y del fuego se resolvían en un conjunto de cualidades y defectos humanos. Así, *Baal-Zebub* (זבוב) (que es nuestro famoso *Belzebú)* significaba la imagen del calor que anima, vivifica y hace bullir el fango mismo con millares de insectos; pero los habitantes de Accarón hicieron de él el «señor de las moscas». *Baal-Pehor* (בעד) *Beel-Phegor* (que tiene gran analogía con el *Priapo* de los griegos, y á quien se prostituían doncellas) expresaba un dios de la montaña; pero los moabitas hicieron de él un dios fálico, considerando la montaña como el falo del dios del cielo *(Baalsamín),* que en aquel punto se unía á la tierra para fecundarla. Una antropomorfización semejante se observa en *Baal-Berith* (בריח) ó «dueño de la alian-

za», venerado por los siquemitas, etc. Los romanos convirtieron el fenómeno de la lucha de la claridad con las tinieblas, del bien con el mal, en el mito de *Sansus* ó *Hércules* y del monstruoso raptor de sus vacas, *Coecius* ó *Caco,* que muere á manos de aquél. Los hechos se transformaban así en actos, las nociones abstractas en operaciones humanas, y la duración de estas últimas venía determinada por el sentido en que se tomaba el mito. La mitología china estuvo también inclinada desde su origen, por la necesidad misma de su estructura, á animar cada objeto; los agentes celestes y terrestres se convirtieron en espíritus *(chin)* protectores del cielo *(kuei-chin)* y de la tierra *(ming-chin).* Recordemos también, por lo que toca al Iran, el mito de los *Feruers.* Este mito no ha sido bien comprendido. Se ha querido hacer de él un mito metafísico, suponiendo á los *Feruers* una especie de ideas-tipos (como las de PLATÓN), que presiden cada uno de por sí á su cosa, á su ser. Los ángeles, los animales, los hombres, los astros, toda existencia tiene su *Feruer.* ¿Qué quiere decir esto? SÁNCHEZ CALVO observa que *Feruer,* en zenda *Fravachi,* no significa lo que se ha pensado *(fra,* encima, y *vach,* crecer ó vivir), sino que son formas de la onomatopeya repetida en *Feruer,* y de las dos del soplo y del calor en *Fravachi.* No significan más que el espíritu vital que anima á cada existencia. Después se afirmó que este espíritu inmortal y separado de los cuerpos, y los *Feruers,* son desde entonces las almas persistentes y eternas. De parecida manera, entre los egipcios, todo mito, aun aquellos que se aplicaban á una idea abstracta ó privada de vida, fué antropomórfico: la idea á que correspondía desempeñaba en los relatos un papel, como un hombre ó una mujer. Todavía en el Imperio moderno (1703 á 525 antes de J. C.) se venera al rey solar de los dioses, *Ammon,* como ser viviente y numen paternal. «*Taïpi,* maestro de ceremonias de *Ammon,* ruega á *Harmakis,* Dios grande, Señor de *Toser,* que conceda á su hermano afectuoso respirar libremente el viento agradable del Norte y ver el cotidiano despertar del sol.» Esta súplica, grabada sobre una columna funeraria, dice claramente cuál era el voto primordial de los hombres de Egipto, y la necesaria alegría que siempre han deseado, antes que toda otra, para sí mismos y para los que amaron: ver surgir todas las mañanas, en toda la plenitud de su gloria y de su bondad creadora, al padre de toda vida. Su diaria aparición en el suelo de Egipto tiene toda la regularidad de una ley amorosa; su beneficio es tan puntual, tan visiblemente eficaz para todas las necesidades de sus criaturas, que éstas adoran en él al Dios Unico; sus raros desfallecimientos las atribulan como un tremendo desorden cósmico, como una traición á la confianza que los hijos han puesto en ese padre. A pesar de todas las concesiones que estoy dispuesto á hacer á los progresos de la religión, jamás admitiré que pueda hablarse de tránsito súbito del animismo al teísmo. Medítese sobre las conversiones fehacientes de tribus salvajes: en las islas *Tongas* los indígenas han concluído por adoptar las creencias de los misioneros, pero no han renunciado por completo á las prácticas de su mitología *canaca;* para ellos, el gran sacerdote es superior al rey, y, según enseña su cosmogonía, los buenos y los malos genios, así solares como chtónicos,

juegan un papel importante en la naturaleza y en la vida. El cristianismo no desterrará fácilmente el *tabú,* y cuando se trata de extirparle, no se hace esto sin ceremonias expiatorias en las que alguna vez corre la sangre humana.

¿De dónde, pues, provienen los cultos más próximos al monoteísmo, y el monoteísmo mismo? ¿Cómo se formaron primitivamente? No puede aceptarse como una solución la respuesta de aquellos que suponen *á priori* que todos los pueblos reconocieron que había un Ser superior á todos los demás seres, á quien debían adorar y venerar, y que en tan general idea se funda el origen de todas las religiones. Si así fuese, ¿por qué varios pueblos pasaron de una divinidad comprensible, el sol, á una divinidad incomprensible, el Espíritu único y supremo? ¿Diremos, con los ateos del siglo XVIII (1), que porque el Dios desconocido, el más oculto, el más misterioso, satisfacía más á la imaginación que un ser visible? Esto es sustituir á las causas exigidas, á las causas naturales, particulares, determinadas, una causa vaga y superficial, y dar razón de un hecho especial por lo que daría igualmente razón aparente de todos los relativos á las diversas creaciones del espíritu humano. Los mismos que admiten la ineidad de la idea de Dios, reconocen que la idea exacta de quién era y dónde existía este Ser Maravilloso y Desconocido, es difícil la tuviesen los primeros pueblos. En tal hipótesis, parece natural que adorasen lo más grande y asombroso que se presentaba á su vista; y ¿qué cosa más inmensa y más admirable para ellos que el sol? Así vemos que todos los antiguos lo adoraron bajo formas diferentes y con diversos nombres, tales como *Nidib* y *Nindar* en el Turan; *Belus,* en Caldea; *Dionysius, Mithra, Aditya,* en la India; *Yang,* en China; *Osiris, Horos, Râ,* en Egipto; *Adod,* en Siria; *Baal, Belo, Bel,* en Fenicia; *Adon,* en Biblos; *Melicerte,* en Tiro; *Adad,* en Asiria; *Eliogabal,* en Emera; *Malacbolus,* en Palmira; *Ac-Mon, Attis,* en Frigia; *Paris,* en Troya; *Baco,* en Tracia; *Hércules, Mansol,* en Mesopotamia; *Hyperion, Pasifae,* en Creta; *Alios,* en Rodas; *Anius,* en Delos; *Dysares, All-Uzza,* en Arabia; *Hammon, Saturno,* en Cartago; *Amanes,* en Armenia; *Aman, Mithras,* en Persia; *Goetofirus,* en Escitia; *Abelio, Belenus,* en las Galias; *Thor,* en Escandinavia; *Svetovide,* en Sarmatia; *Mannus,* en Germania; *Endovellicus,* en Iberia; *Helios, Apolo,* en Grecia; *Enea, Quirino,* en el Latio; *Febo, Apolo,* en Roma; *Zuitch,* en Eslavonia; *Assabinus,* en Etiopía; *Beive,* en Sajonia; *Mahanne,* en Otaiti, etc. Los egipcios adoraron hasta las fases solares bajo los nombres de *Atum, Hor* ú

(1) Véase á HOLBACH: *C'est ainsi que les hommes préfèrent toujours le merveilleux au simple, ce qu'ils n'entendent pas à ce qu'ils peuvent entendre: ils méprisent les objets qui leur sont familiers et n'estiment que ceux qu'ils ne sont point à portée d'apprecier: de ce qu'ils n'en ont que des idées vagues, ils en concluent qu'ils renferment quelque chose d'important, de surnaturel, de divin. En un mot, il leur faut du mystère pour remuer leur imagination, pour exercer leur esprit, pour repaître leur curiosité qui n'est jamais plus en travail, que quand elle s'occupe d'enigmes impossibles à deviner.* ¡He aquí un ateo poniendo en contra suya lo más íntimo y universal de la humana naturaleza! Si la tendencia del hombre á lo maravilloso es la causa de que rechace el ateísmo, será también la causa de la religión, que siempre acompaña á aquella tendencia. Luego el gusto por el misterio, idéntico á la pasión por la música, por los bellos colores y las bellas formas, es natural al hombre, y el ateísmo luchará en vano contra él. Así, pues, mientras que seamos hombres, mientras que conservemos la humana naturaleza, no podremos arrojar lejos de nosotros la religión; es imposible que nos desembaracemos de ella, puesto que la religión tiene, según HOLBACH, una base psíquica tan constante, tan arraigada, tan irresistible, que no cabe mirarla como una enfermedad pasajera del desenvolvimiento de nuestra especie. *Hinc illae lacrimae.*

Horos, Khopèr ó *Harpócrates, Râ, Shu* y *Anhur,* otra vez *Hor* ú *Horos* y *Osiris*. Los redactores de los *Vedas,* según los efectos que en el sol querían contemplar, llamáronle *Visnú, Pushan, Savitri, Mitra, Varuna, Agni, Soma,* aplicándole títulos de los dioses litúrgicos y atmosféricos. Los tres pasos de *Visnú* designan las tres posiciones del astro-rey: mañana, mediodía, tarde. *Pushan* es á la vez el día y la noche. En *Savitri* se personificó su luz y se miró como el sacrificador celeste. *Mitra* constituye el sol luminoso, causa del fuego visible y terrestre. *Varuna* representa el sol obscuro, invisible y sideral. Nada tienen de extraño estas creencias, si consideramos la influencia tan grande que el sol ejerce sobre la tierra, pues, además de iluminarla, la beneficia con el calor de sus rayos, dando vida á todas las producciones que necesitan los seres vitales para su manutención. Pero como los hombres, no contentos con tener una idea de esa deidad, quisieron representarla en el suelo con alguna forma, ¿qué cosa más semejante ni que mejor diese á conocer al sol que el fuego? De aquí *Agni,* dios del fuego, y *Soma,* dios del sacrificio. Por eso los persas, de la misma familia que los indios, adoraron é hicieron sacrificios al fuego sagrado como su principal divinidad. La acción calórica del sol hubo de ser acogida con sentimiento de gratitud, y la luna y las estrellas hubieron de parecer á los pueblos naturales fenómenos doblemente agradables, dado el miedo pueril que constantemente sienten hacia los fantasmas y hacia los espíritus. Y debe notarse que así como las representaciones directas del cielo y la tierra son ideológicas, las directas del sol y la luna son gráficas. Esta diferencia, como discretamente observa Guichot, surge de la naturaleza formal de las cosas: aquéllos son espacios indeterminados, inmensos; éstos son cuerpos perfectos y totalmente visibles, con forma natural y propia, bien determinados en el espacio y en la luz. El cuidado con que las tribus salvajes procuran alejar con conjuros al espíritu del mal durante los eclipses de luna, la predilección que por la luna han demostrado las leyendas, y, sobre todo, el lugar importantísimo que en las creencias religiosas se concede á ese astro (1), corroboran aquel aserto. El cual se califica también con el peso de la autoridad de Tylor, quien dice que el sol y la luna son los únicos dioses naturales á los que entre nosotros se sigue hasta el día prestando personal obediencia. Aún puede verse en Alemania ó en Francia al campesino quitándose el sombrero al salir el sol, y aún se saluda en Inglaterra á la luna nueva con una reverencia ó cortesía; así como, cual resto de las ofrendas del metal que se dirigían á la luna, queda la curiosa práctica de volver la moneda en el bolsillo, basada en la creencia de que si al ver por vez primera á la luna damos una vuelta á las monedas que llevamos, éstas crecen conforme la luna va creciendo (2). La adoración religiosa de los

(1) *In,* en los chinos; *Nabo,* en los caldeos; *Semiramis,* en los babilonios; *Nephtys,* en los egipcios; *Baaltis, Europa,* en los sirios; *Men, Meon,* en los hebreos; *Faribolus,* en Palmira; *Artemisa, Urania,* en Asia menor; *Minos,* en los cretenses; *Cotis,* en los tracios; *Juno,* en los cartagineses; *Farnace,* en los armenios y capadocios; *Artimpasa,* en los escitas; *Goia,* en los escandinavos; *Zolotaia-Baba,* en los eslavos; *Belisama, Oster,* en los celtas; *Alillat, Allaba, Manah,* en los árabes; *Bissemana, Ankaka,* en los lapones; *Diana, Artemis, Selene, Febé,* en los griegos; *Diana, Juno, Venus,* en los romanos.

(2) En nuestros mismos días, el sabio patologista Letamendi aconsejaba elegir el día tercero *circum circa* de

astros, y principalmente del sol, la encontramos extendida por muchos pueblos, ora de un modo manifiesto, ora indicada por simples; de aquí podría concluirse que «el sol, dispensador de la luz, ha sido venerado por todas las naciones como un ser divino, como un bienhechor universal»; lo cual, según RATZEL, es mucho decir, á pesar de que el culto del sol se halla muy extendido, sobre todo en las esferas intelectuales más elevadas. Conocidas son ciertas leyendas que se ocupan en las distintas posiciones del sol respecto de la tierra y en el cambio de estaciones que aquéllas traen consigo. El sol, en unión con la tierra (1), crea todo lo vivo y todas las estrellas. Las almas de los héroes que fallecen se dirigen á menudo hacia el sol que se pone. En la fase propiamente religiosa de la mitología, se toma el sol como un signo suficiente de la divinidad, como el numen superior del cielo y el protector único de la tierra. Y la psicogenia parece apoyar este modo de ver. HERUBEL refiere de sí mismo que, cuando niño, su consideración de los astros era unilocal: así, paseando con su padre en noches de luna, exclamaba al atravesar la calle de Etretat: «Mira, papá, la luna de la calle de Etretat.» Después cruzaba la calle de Sainte Adresse: «Papá, ¡oh!, ¡la luna de la calle de Sainte Adresse!» Llegaba luego frente al teatro municipal: «¡La luna del teatro!» Todas eran para él lunas diferentes. El sol, en cambio, era único; su brillo era demasiado vivo para que pudiera compartirlo con otro sol: no hay más que un sol. El procedimiento que preside á tales elaboraciones mentales es bien conocido: en el niño las imágenes se yuxtaponen en sucesión cronológica; la analogía se convierte en identidad.

La religión y el culto surgieron, pues, lógica y espontáneamente del discurso humano en presencia de la naturaleza animada. En el mito como en la leyenda, prevalece la intuición inmediata, y la asociación de las ideas obra inconscientemente. Y como intuir inmediatamente, y, por consecuencia, conocer, de cualquiera manera que sea, no es más que comunicar con el objeto, tener algo común con él, sólo conocemos las cosas relativamente á nuestra naturaleza, y en el grado y límites prescritos por ella. En el origen, como ahora entre salvajes y aun en nuestro vulgo, toda se exteriorizaba y tomaba forma. Antes de su contacto con los griegos, los romanos se aferraban obstinadamente á sus dioses especiales, tales como los habían concebido y adorado siempre; es decir, como símbolos é imágenes tomadas á ciertos dominios especiales de la experiencia social, sobre todo á las relaciones domésticas y á las relaciones jurídicas. Lo poco que conocemos de las cosas nos es concedido por lo que sabemos de nosotros por nuestra conciencia; sólo ella nos sirve de comparación para

---

luna nueva, ó, mejor dicho, de semilunio creciente, en toda operación de transcendencia vegetativa, superficial ó de fondo, que consintiese elección de tiempo.

(1) De aquí el gran mito *chtónico-solar* que tan brillante y recientemente ha puesto en luz nuestro gran folklorista GUICHOT. La tierra, en las antiguas mitologías, es la gran diosa, madre de todas las cosas, un ser vivo y perpetuamente fecundo; es la *Prithivi* ariana, la *Baaltis* fenicia, la *Astarthé* ó *Ashera* sidonia, la *Astorect* cartaginesa, la *Isis* egipcia, la *Milita* babilónica, la *Mylidath* caldea y asiria, la *Anaid* ó *Anaitis* meda, la *Cibeles* frigia, la *Bendis* tracia, la *Apia* escita, la *Ertham* céltica, la *Frega* escandinava, la *Kupalo* sármata, la *Alzoharah* árabe, la *Guri* india, la *Kuen* china, la *Tazi* mejicana, la *Pachamana* peruana, la *Papa* de los maoris, la *Gea* y la *Venus* afrodisiaca de los griegos, la *Demeter* y *Ceres* de los romanos.

conocer todo lo demás. Así lo significaba ya MALEBRANCHE, denunciando «la tendencia del hombre á despojarse de todo lo que está en él, para con ello revestir los objetos exteriores». HUME, en su *Natural history of religion,* expresó la misma idea, cuando dijo que «existe en el hombre una tendencia general á admitir que todos los seres se le parecen, por lo cual inclínase á atribuir á cada objeto las cualidades que le son familiares y de que tiene conciencia íntima».

Pero aquí viene una nueva cuestión: ¿es cierto, como SANTO TOMÁS y sus discípulos sostienen, que el monoteísmo fué la forma natural y primitiva de la religión? Preciso es confesar que este problema no puede resolverse definitivamente mientras las investigaciones prehistóricas no hagan más luz sobre el origen verdadero de las religiones. Los conocimientos que poseemos bastan, sin embargo, para que tengamos la seguridad de que el monoteísmo no pudo ser determinadamente primordial. Así como SANTO TOMÁS pone todos los cultos bajo la dirección de la teología, GUYAU somete las creencias á las leyes del desenvolvimiento humano; y para él la religión es el establecimiento de un lazo, por de pronto mítico, más tarde místico, que une al hombre á las fuerzas del universo, luego al universo mismo, y por fin al principio del universo. Tales son, en efecto, las tres fases más generales del proceso dogmático: politeísmo, panteísmo, teísmo. El hombre primitivo tuvo que ser politeísta, porque no pudo profesar religión más directa que el animismo ó espiritualización de los fenómenos de la naturaleza; y animismo implica pluralidad.

Las religiones de los pueblos no civilizados abundan, por lo demás, en ejemplos parecidos. La antropología ha hecho ver que es opinión poco justificada la que pretende que el adorador de un trozo de madera ó de una piedra sólo encuentra en ella un objeto material. Tal opinión nos imposibilitaría para estudiar las simples nociones que poseen las razas inferiores acerca del mundo espiritual, y que constituyen la base general de las muchas dogmáticas del género humano. Si, por el contrario, comprendemos con DARWIN bajo el término de religión la creencia en agentes invisibles y espirituales, el caso es muy diferente, porque esta creencia parece ser casi universal en los pueblos menos civilizados (1). Y no es, en verdad, difícil comprender su origen. Desde que las importantes facultades de la imaginación, de la admiración y de la curiosidad se han desenvuelto más ó menos parcialmente, el hombre ha debido de una manera lógica empezar á darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor y á especular vagamente sobre su propia existencia. Como lo hace notar M'LENNAN, «el hombre es llevado, para llenar su propia satisfacción, á inventar alguna explicación de los fenómenos de la vida; y si juzgamos por la universalidad de semejante explicación, reconoceremos que la primera, la más sencilla hipótesis que se le ha presentado, parece haber sido la posibilidad ó, mejor, la

(1) «Si hemos de considerar como religión un sentimiento de temor y la convicción de que fuera de nosotros hay seres poderosos que habitan el universo, entonces debemos considerar la religión como una propiedad común de los hombres», dice LUBBOCK. Igual testimonio de ello dan estas palabras del gran c smógrafo y antropólogo alemán HUMBOLDT: «Cierto sentimiento de temor de la unidad de las fuerzas de la naturaleza, de los vínculos misteriosos que enlazan lo sensible con lo insensible, es, sin duda alguna (y mis mismos viajes lo han confirmado), propio aún de los pueblos salvajes.»

necesidad de atribuir los fenómenos naturales á la presencia en los animales, en las plantas, en las cosas, en las fuerzas del universo, de espíritus que inspiran sus actos, espíritus semejantes al de que el hombre se cree poseedor». Tal es el significado de los mitos, llamados por GUBERNATIS, en un sentido psicológico, productos de la imaginación relacionada con la ignorancia, y explicados por RAZOGÍN, en un sentido histórico, como fenómenos que se presentan producidos por los actos de poderes invisibles, buenos ó malos, y no como resultado de una ley natural. Pero ¿de dónde toman los pueblos primitivos esas almas que tan pródigamente dotan á la naturaleza? Esta interrogación nos lleva á la más profunda y poderosa fuente de fe, de la cual salen incesantemente millones de almas, de espíritus y de fantasmas. Si, hablando en tesis general, nos preguntamos: ¿cuáles impresiones serán más duraderas en el hombre fácilmente impresionable, pero al mismo tiempo dotado de poca cohesión y persistencia en sus emociones y en sus ideas?, la contestación será la que da el etnógrafo RATZEL: aquellas impresiones que en sí mismas ó en sus más inmediatas relaciones provocan la modificación más radical: tales son la enfermedad y la muerte, y aun el hambre y la sed, que, como afecciones corporales y, en cierto modo, como dolencias, pueden figurar al lado de las dos primeras. Estas últimas se reproducen con frecuencia hasta en los pueblos mejor dotados por la naturaleza, al paso que aquéllas dejan las más profundas huellas y los más sensibles vacíos. De suerte que no es tanto el miedo á la naturaleza como el miedo á la muerte y á los muertos, lo que se nos presenta como primer fundamento de la superstición. La misión de los *chamanes,* médicos, *koradschi* ó como quiera que se llamen esos magos, consiste, en primer lugar, en investigar las causas de la muerte y de las enfermedades, y en segundo, en ponerse en relación con los espíritus de los difuntos, que inspiran siempre terror á sus parientes.

No hay más que un paso, fácil de franquear, de la creencia en espíritus á la fe en la existencia de uno ó varios dioses. Los salvajes, en efecto, atribuyen naturalmente á los espíritus las mismas pasiones, la misma sed de venganza, forma la más simple de la justicia, las mismas afecciones que experimentan ellos en sí mismos. Los habitantes de la Tierra del Fuego parecen, bajo este respecto, encontrarse en un estado intermedio, porque, según el relato de DARWIN, cuando, á bordo del *Beagle,* el cirujano mató algunos canarios como muestra, YORCK MINSTER exclamó de la manera más solemne: «¡Oh! SEÑOR BYNOE, mucha lluvia, mucha nieve, mucho viento.» Evidentemente, añade DARWIN, aquí estaba el castigo que debíamos esperar por haber malgastado alimentos propios á la nutrición del hombre. Así nos refería que la muerte dada por su hermano á un «salvaje» había provocado una horrible temporada de tempestades y mal tiempo. Y, sin embargo, los fuegianos no creen en nada que podamos llamar un Dios, ni practican ceremonia alguna religiosa; JEMMY BUTTON sostenía resueltamente, con un orgullo justo, que no había diablos en su país. Esta última aserción es tanto más notable, cuanto que, como ya se indicó, los salvajes creen mucho más fácilmente en los espíritus malos que en

los buenos. Y esta creencia tan general en los malos espíritus nos pone sobre la pista de muchos gérmenes de religiosidad favorables á varias tesis parciales del evolucionismo religioso. Es imposible negar que tales gérmenes puedan desenvolverse y producir religiones avanzadas. Leyendo la plegaria, citada por Reville, del *malgache* adorador de los antepasados: «*Nyang,* malo y potente espíritu, no hagas retumbar el trueno sobre nuestras cabezas, di al mar que no traspase sus orillas, cuida los frutos que maduran, no agostes el arroz en flor», es hasta cierto punto lícito afirmar con Spencer que *Nyang* se reduce á una forma más desarrollada de un espíritu como aquel que el australiano trata de calmar con sus ruegos: *Nyang is but the more developed form of a spirit such as that propitiated and petitioned by the Australian.* Podrían aún aducirse mejores ejemplos de teorías más complicadas formadas con elementos primitivos.

Los nombres divinos, fuera de raras excepciones, son siempre y en todos los cultos, por su semántica originaria, antropomórficos. En lengua acádica, *Anna* significa padre; *Auna,* madre; *Ugul,* hijo; *Bitu,* casa; *Dingir,* divinidad; *Dug,* bueno; *In,* señor; *Ab,* enemigo; *Aral,* infierno; *Lil,* demonio; *Utug,* malhechor; *Udug,* día; *Gig,* noche; *King,* tierra; *Gul,* estrella; *Zabar,* brillante. En lengua egipcia, *Amum (Ammon)* significa oculto; *Ra,* brillante; *Phtah,* artífice; *Knum,* arquitecto; *Sebak,* reunidor; *Nuter,* exclusor; *Tum,* exclusor único (la nada); *Nu,* fabricador; *Osiris,* vigilador; *Isis,* mar y á veces tierra; *Neftis,* muerte y victoria; *Horus,* hijo de dos hermanas; *Set,* contradictor; *Nun,* abismo; *He,* inmensidad; *Kek,* noche; *Nen,* inercia; *Sit,* rebelde; *Seket* ó *Sokit,* ardor y también justicia vindicativa; *Seb* ó *Sibu,* barro; *Nut* ó *Nuit,* firmamento; *Cneph (Kem, Knun),* engendrador; *Shu,* sol saliente; *Apap,* competidor (tiniebla); *Apis,* fortaleza; *Anur,* energía; *Harsheli,* calor; *Atum,* aurora; *Kopar,* nacimiento; *Shum,* mediodía; *Nowertum,* decadencia; *Haj,* norte; *Nekeb,* sur; *Anubis,* entierro; *Safek,* monumento; *Ranen,* siega; *Nil,* fecundidad; *Supte,* actividad; *Bes,* placer. En las lenguas semíticas, *Ba'al, Babil, Bâlu, Bilu, Belo,* significan señor; *Ilum, Ilu, El, Eloah, Alah, Allat,* alto; *Istar* y *Aschtôreth* (עשחדח) ó *Aschêrâ* (אשדה), bosque sagrado; *Kiyyun* (ביוד), *Keivan* (ﻛﻴﻮﻥ), *Kêvân* (בייד) y *Kêôn* (כאיד), justo; *dagón* (דאיד) y *Derket,* pez; *Môlech* (מלד) y *Malcâm* (מלכנמ), rey. En las lenguas indoeuropeas, *Dyu (Dyaus),* Θευς y *Jupiter* significan padre celeste; *Pardjania* y *Perahom,* fuerza vital; *Anna Purna* y *Anna Perenna,* comida abundante, Ἀδονις, *Balder* y *Byelbog,* primavera; *Hel, Hela, Halja, Kâli,* muerte; *Guri, Isani,* Δημετερ y *Ceres,* color de la mies y tierra madre.

Por poco que se consideren los aspectos significativos de los datos aducidos hasta aquí, se descubrirá fácilmente que el hombre primitivo ha modelado los seres espirituales sobre la idea que formado había de su propia alma, y que convirtió en seres semejantes á él las fuerzas del universo, y en acciones psíquicas los fenómenos naturales. El grado más alto de este criterio antropomórfico es la concepción de un *alma del mundo,* entendida dualística ó monísticamente. Mas antes de alcanzar esta generalización, fruto de una filosofía

incipiente, el cosmos se ofreció al hombre como una multiplicidad discontinua, como una lucha de poderes diversos y contrarios. En el comienzo hubo tantos *numina,* no como *nomina,* pero sí como *entia,* como τοδε τι substanciales, como agentes animadores eran supuestos en las cosas. El hombre no era capaz de imaginar á la *unidad* luchando en su propio seno. A pesar del alto grado de evolución religiosa que representan ya los *Vedas,* hay pasajes en que el número de dioses se eleva á 300 y á 3.000, distinguiéndose en grandes y pequeños. Al mitógrafo Sánchez Calvo parecióle que esto es un recuerdo de la antigua pluralidad. Sin embargo, ya desde los tiempos más remotos empezó á operarse un movimiento lógico de concentración caminando á la unidad; un *richi* dice: «Ninguno de vosotros, oh dioses, es pequeño ó grande: todos sois grandes»; y otros se elevan ya al más puro monoteísmo. Max Müller quiso reducir á la religión de la India el origen y desarrollo de toda religión, sin duda, por creer á la primera la más antigua de las que conocemos. En algún modo, según confirmaré después, implica este criterio un sentido distinto de la cuestión del origen y desarrollo con consecuencias de más concreto significado. Al cabo, no sólo los mitos y los cultos, sino los mismos dogmas, en cuanto misterios, son creaciones del hombre, que se figura justificar sus deseos declarándolos incomprensibles. Algunos críticos é historiadores religiosos han llevado tan lejos semejante idea, que han negado que la mitología naturalista fuese la forma primera de la religión; así Bunsen afirma que á tal mitología precedió una idea sintética y unitaria; lo cual es, en el fondo, volver al henoteísmo de Max Müller. El laborioso y profundo análisis de Bergaigne vino, por su parte, á dar el siguiente resultado, á saber: que antes que los mitos implican los himnos védicos, por su sello sacerdotal, la creencia especulativa, el concepto ritualista, el principio litúrgico; estudiando los dioses solares, deduce que los fenómenos naturales eran, como si dijéramos, la capa de barniz con que se encubría la dogmática de los indios. Otros investigadores afirman, por último, que los fenómenos naturales, y particularmente los celestes, han comenzado por tomar la forma y los atributos de los animales, y que el antropomorfismo no es más que un caso de zoomorfismo (1). Pero éstas son exageraciones de especialistas pegados á la gleba del sanscritismo y de la mayor antigüedad del *Veda.* Lo primero en la religión de éste, como en las demás, fué el temor, no la observación. La religión en sus orígenes es una creación vulgar, y el vulgo observa los grandes fenómenos de la naturaleza sin explicárselos.

La teoría moderna de la identificación de los animales con los espíritus no añade gran cosa á algunos de los anteriores principios, pero determina con gran claridad uno de los procesos mediante los cuales el fenómeno se produce. Los naturales de *Nayarit* creían que durante el día los espíritus podían visitar

(1) Barth, en su hermoso libro *Les Religions de l'Inde,* y, más recientemente, Tiele y Witney, en los trabajos que publicaron sobre el pretendido henoteísmo del *Veda,* no han considerado apenas más que el aspecto *dogmático.* Ludwig, y después de él Lang, han visto con más claridad en qué se funda la totalidad del problema. El aspecto dogmático supone un aspecto *cultual.*

á los vivos bajo forma de moscas para buscar alimentos. Esto nos recuerda un culto de los *Filistinos* y una creencia de los babilonios expresada en la leyenda de *Izdubar,* donde se dice que «los dioses de *Uruk Suburi* (los bienaventurados) se convertían en moscas».

La sociología debería poder sentar á la vez, de buena fe y con rigurosa lógica, que el culto de los *totems* es posterior al de los dioses antropomórficos. A semejante proposición ha opuesto sus argumentos Mac Lennan, y los ha rebatido Spencer en la *Fortnightly Review* de mayo de 1870. Mas no queriendo yo desperdiciar papel, sólo diré del último que, como sociólogo mitologista, pertenece al número de los que hay que leer con noventa y nueve prevenciones. Aconsejo, pues, al lector que no pierda el tiempo en repasar sus sofismas sobre esta cuestión. Los materialistas, por su parte, quieren ver en el fetiquismo la religión primitiva; pero Max Müller les responde justamente en nombre del mismo principio que invocan. Por esto sólo, según él, de que la forma superior de las religiones es un monoteísmo *consciente,* se puede inferir que su forma primitiva ha debido ser un monoteísmo *inconsciente* y vago, una adoración sin objeto preciso y personificado, harto próximo al ateísmo *pasivo.* La segunda fase es la del *polidemonismo* y del *zoomorfismo;* la tercera la del *politeísmo,* y la cuarta la del *monoteísmo consciente,* que confirma con el ateísmo *activo* de los materialistas. Tales explicaciones están ya más cerca de la verdad; pero Max Müller las ha quitado mucha fuerza con reducir mediatamente su punto de vista de origen á los datos mitológicos del sanscritismo, que tan familiarmente manejaba.

Esta limitacion indirecta del término *primitivo* á la religión de la India me lleva á otra consideración importante. Suponiendo por un momento y para las necesidades de la discusión que los himnos arios, por ser *primitivos,* flotan entre las concepciones religiosas más diversas, encontrándose en ellos adoraciones de fuerzas de la naturaleza, panteísmo, politeísmo, monoteísmo, todo, ¿no hay motivo para preguntar si está aquí el sentido verdadero de lo *primitivo,* y si las divinidades arias, por lo mismo que son muy difíciles de someter á una clasificación ó á una jerarquía cualquiera, parécense á esos seres inciertos, de caracteres mal trazados, que los antiguos naturalistas clasificaban, ya entre los animales, ya entre las plantas?

Como se ve, hago al henoteísmo de Max Müller todo el favor que puedo, llevándole más lejos que su autor y dándole todo el significado *evolucionista* posible. ¿Qué mayor evolucionismo en historia de las religiones que empezar y tomar como base los *zoófitos* de la mitología? Sin embargo, los evolucionistas verdaderos creerán con razón que faltan todavía por explicar las transformaciones *vegetales* y el origen de la *vida* religiosa; esto cuando menos. Por otra parte, aunque positivamente sea muy difícil encerrar en un cuadro limitado de definiciones concretas las creencias vagas é inconsistentes que se desprenden de los *Vedas,* los investigadores que han intentado emprender la tarea de esa clasificación ingrata, llegan en fin de cuenta á deducir los puntos siguientes del conjunto de las creencias que los *Vedas* exponen, y que se oponen de todo en

todo al henoteísmo de MAX MÜLLER, á saber: *a)* adoración de las fuerzas de la naturaleza; *b)* personificación de esas fuerzas bajo nombres de divinidades; *c)* creencia en la inmortalidad del alma; *d)* tendencia á someter la naturaleza, los hombres y los dioses á un dios más poderoso que todos los demás, generalmente á *Indra; e)* en fin, una materialización constante de la religión, que la conduce á ser simplemente un cambio interesado de dones entre los dioses y el hombre, éste ofreciendo sus animales y sus frutos en los sacrificios, aquéllos derramando en correspondencia la abundancia, prodigando la bienhechora lluvia, la salud y los tesoros. Estas circunstancias dejan fuera la concepción henoteísta, toda vez que en la India se nota el mismo fenómeno que en los demás pueblos. Al principio los indios eran politeístas, sutilizando todos los fenómenos naturales y dotándolos de pasión y voluntad, como lo prueban á cada paso los *Vedas*. En estos himnos están deificados aquellos fenómenos, sobre todo los en que se manifiestan el calor y la luz, los que la fantasía india llamaba los *que brillan,* los *brillantes,* en sánscrito *devas* (de donde viene *Deus).* Durante este primer período las generaciones indias no conocían otro culto que el del fuego, cuyas bondades cantaban en torno del hogar. Después el pensamiento indio empezó á alejarse de la superficial mitología védica, que era politeísta, para sumergirse en las tenebrosidades del panteísmo brahmánico; pero, como todas las religiones, por pasos lentos y grados insensibles. Primero se redujeron los múltiples dioses á tres potencias divinas. Más tarde se refirieron éstas á la gran alma; de la que se consideraba como organismo el sol. Finalmente, sobre esta concepción del *Alma,* que envolvía todavía multiplicidad, apareció una entidad superior y única, á la cual se dió el nombre de oración ó palabra santa: *Brahmâ.* La especulación metafísica ó teosófica superior fué aún más lejos: estableció *(Bhagvad Gîtâ,* III, 15) que «la acción dimana de *Brahmâ,* y que *Brahmâ* procede del Espíritu Soberano é Indivisible *(Brahm)*». Distinguióse, pues, entre *Brahm* (neutro) y *Brahmâ;* el primero es el Impersonal, Supremo é Incognoscible Principio del Universo, el cual es Eterno, Universal; todo lo penetra y anima; todos los seres emanan de El, y á El vuelven todos. El segundo es el masculino Creador en el definitivo Panteón indio; existe periódicamente tan sólo en su tiempo de manifestación; después desaparece y es aniquilado.

Los persas, que derivaban de la misma raza que los indios, siguieron en su progreso religioso idénticos trámites. Adoradores al comienzo de la luz y del calor, del sol y del fuego, sólo merced á la reforma llamada de ZOROASTRO concibieron como razón del mundo un ser suprasensible, á quien representaron como principio inteligente, pero no omnipotente, á quien hace la guerra un principio primordial malo. Esto no es monoteísmo, por otra parte, y la suposición de que el principio bueno habrá de vencer á su adversario y asegurar el triunfo de la moralidad en el mundo es una opinión ó acomodación á la ciencia de los persas modernos, de que nos ofrecen ejemplos parecidos, por lo que á la tradición mosaica hace, los judíos recientes. Tampoco es henoteísmo, como sostiene el P. MIR, sin dar una sola prueba de su aserción. El maz-

deísmo antiavéstico fué politeísta, como consta en las *Historias* de Herodoto, quien depone que en su tiempo los persas veneraban ríos, árboles, astros, es decir, los genios que representan las virtudes de la naturaleza. El mazdeísmo avéstico, como consta en el *Yasna* (I, 1), fué dualista, aunque los magos empezasen ya á dar á *Ormuzel* cierta supremacía espiritual sobre *Ahriman*. El mazdeísmo postavéstico ó de los *Sasánidas*, según hice ver en otra obra, fué monoteísta y llegó á afirmar la unidad de Dios, sea por la acción inmanente de una evolución propia y sin necesidad de influencia alguna, ó bien, si la hipótesis parece más plausible, por la acción de una influencia superior y exterior: el cristianismo.

Los indoeuropeos occidentales, es decir, los germanos, no constituyen excepción en este punto. Cuando un escritor moderno, en un estudio sobre Germania, halla las ideas de su primitiva religión «en los contrastes de luz y tinieblas, día y noche, calor, fuego y hielo, aceptando además el contraste entre cielo y tierra», es imposible desconocer que este dualismo de potencias de la vida, amigas y enemigas, por una parte, y el de un ser que procrea y otro que produce, por otra, determinó entre las tribus germánicas, lo mismo que en otros pueblos antiguos, el politeísmo en sus ideas religiosas, tan pronto como éstas, dejando de ser obscuras suposiciones, precisáronse con claridad. Cierto que ya en los antiguos dialectos alemanes de que tenemos noticia se encuentra la palabra *Gott* (en godo *Guth*, en alemán castizo antiguo *Kot*, en sajón antiguo *God* y en alemán castizo de la Edad Media *Got*, Dios); pero su existencia no prueba el monoteísmo primitivo de los germanos: sólo demuestra que éstos la emplearon en el mismo sentido que hoy se da al abstracto *Gottheit* (Deidad). El henoteísmo supone lo abstracto en el concepto del ser, no en el nombre del concepto, como sucede aquí. Las razas germanas eran politeístas, y en el transcurso de los tiempos su politeísmo hizo ascender á doce el número de los dioses mayores.

Pasemos á las religiones de origen camítico y semítico. Los egipcios fueron al principio sabeístas, adorando á los astros, y sobre todo á la luna, y luego á los animales, que miraban como encarnación de los dioses: su trinidad de *Isis*, *Osiris* y *Horus* es posterior y no implica todavía un monoteísmo formal. Y aunque sea manifiesto que se trata del pueblo en que la concepción de un Dios Supremo aparece más pronto en su historia, también lo es que se trata á la vez del pueblo en la historia más antiguo (1). Y si alguien quiere darse

(1) Como detalle interesante, mencionemos que ya Volney decía que una de las pruebas de que todos los sistemas teológicos fueron inventados en Egipto, se halla sobre todo en la circunstancia de ser este país el único en que se ve un cuerpo completo de doctrina formado desde la más remota antigüedad. San Clemente de Alejandría (en el libro VI de las *Strotomata)* nos ha transmitido una curiosa relación de los 42 volúmenes que se llevaban en la procesión de *Isis*. «El jefe (escribe) lleva uno de los dos instrumentos simbólicos de la Música y dos libros de *Mercurio*, uno de los cuales contiene los Himnos de Dios, y el otro la Lista de los Reyes. Después de él, lleva el *horóscopo* (observador del tiempo), una palma y un reloj, símbolos de la Astronomía; debe saber de memoria los cuatro libros de *Mercurio* que tratan de la Astrología: el primero sobre el orden de los planetas; el segundo sobre el nacimiento del Sol y de la Luna, y los otros dos sobre el curso y aspecto de los astros. Viene luego el escritor sagrado con las plumas sobre la cabeza (como *Kneph)*, y en la mano un libro, tinta y una caña para escribir (como lo practican todavía los árabes); tiene que conocer los *jeroglíficos*, la descripción del Universo, las revoluciones de los cuerpos ce-

cuenta de la alucinación de los primeros egiptólogos al afirmar la enseñanza monoteísta de la antigua teología de la nación de las Pirámides; si quiere convencerse de que el mismo unitarismo tebano es la resultante de un politeísmo anterior, forzoso le será, como le sucedió á MASPERO, ponerse en consulta inmediata con los monumentos. Este es, según el consejo y ejemplo del concienzudo analista de las estelas funerarias del Louvre, el único camino para llevar á la verdad sobre el tal problema; y porque la indiscutible competencia é imparcialidad de maestro tan versado en las ciencias arqueológicas dará mayor fuerza á sus razones, y quitará toda sospecha de exclusivismo sistemático á su testimonio, á él recurro para demostrar que los egipcios no fueron primitivamente monoteístas. Dice así el eminente sabio francés: «Yo he creído al principio de mi carrera, hará de esto bien pronto veinticinco años, y he sostenido durante mucho tiempo, que los egipcios habían llegado desde su infancia á la noción de la unidad divina, y que, con seguridad de mano incomparable, habían formado de un golpe un sistema entero de religión dogmática y de mitología simbólica. Era éste el tiempo en que no había intentado por mí mismo la interpretación de los textos religiosos, limitándome á reproducir la enseñanza de nuestros grandes maestros. Cuando me he visto obligado á abordarlos, bien á pesar mío (pues siempre he sentido alguna desconfianza hacia la literatura mística), he tenido que confesarme á mí propio que no respiraban aquella sabiduría profunda y aquella elevación piadosa que otros habían sentido... Tomado tal como se nos presenta, el sistema religioso de Egipto es un politeísmo con sus contradicciones, con sus superficialidades, con sus dogmas, unas veces indecentes, otras crueles, otras ridículos para un moderno, con sus familias de divinidades semihumanas, y que el devoto comprendía y amaba tanto más cuanto más se le parecían.»

La religión asirio-caldea no presenta tampoco indicios de haber sido monoteísta en sus comienzos. Hase dado importancia á que *Ilu* era en esa religión el Dios Unico y Supremo, á cuya autoridad estaban todos los otros dioses subordinados y rendidos, y de cuyos atributos eran los mismos representaciones particulares. Mas es bien sabido que *Ilu,* en cuanto significa *Dios,* representa en muchos textos una suerte de demonios ó malos genios. El significar

---

lestes, la división del Egipto (en 36 *nomos* ó provincias), el curso del Nilo, los instrumentos, los ornamentos sagrados, los santos lugares, las medidas, etc. En seguida viene el *portaestola,* que lleva el Codo de la Justicia ó medida del Gran Rio, un cáliz para las libaciones y 10 volúmenes relativos á los sacrificios, los himnos, las oraciones, las ofrendas, las ceremonias y las fiestas. En fin; llega el profeta, que conduce en su seno y descubierto un cántaro; le siguen los que llevan los panes (como en las bodas de *Canáa.)* Este profeta, en su calidad de Presidente de los Misterios, conoce otros 10 volúmenes sagrados que tratan de las Leyes, de los Dioses y de la Disciplina Sacerdotal. Estos y los anteriores componen, en conjunto, 42 volúmenes, de los cuales 36 se aprenden por dichas personas; los otros corresponden á los *pastoforos,* y versan sobre la construcción del cuerpo humano (la Anatomía), las enfermedades, los medicamentos, los aparatos, etc.» Dejo á la voluntad del lector la deducción de las consecuencias que quiera sacar de Enciclopedia semejante. Se atribuía á *Mercurio;* pero IAMBLICO nos advierte que todo libro compuesto por los sacerdotes se atribuía á aquel dios, que, á título de genio ó decano, abridor del Zodíaco, presidía á la apertura de toda empresa, y que se confunde é identifica con el *Iano* de los romanos, que á su vez tiene procedencia india, aunque incierta en cuanto su homónimo védico, como puede verse en el *De Iano Summun Romanorum Deo* de Linde. Por lo demás, parece que aquellos libros fueron la fuente de todo lo que nos han transmitido los griegos y los latinos en todas las Ciencias, y hasta en la de la Alquimia, Nigromancia, etc. Pero la pérdida que más debe sentirse es la de la parte de Higiene y Dietética, en la cual parece que los egipcios habían hecho realmente grandes progresos y observaciones muy útiles.

Dios puede haber inducido á los defensores de la humanidad del mismo á pensar que era el Dios Unico de los caldeos; pero cierto está que entre la turba de dioses es el menos celebrado. «No se halla—confiesa el abate Loisy—en ningún texto. El nombre de Dios es siempre común en asirio. La tendencia al monoteísmo no existe ni en la lengua ni en las creencias de los babilónicos.» «Cosa cierta parece—declara también el P. Mir—que la teología caldea no reconoció al Dios Creador y Conservador del Universo, ni profesó la doctrina del Ser Supremo personal y libre, porque, fuera de no hallarse en ningún monumento expresado semejante concepto, es históricamente incompatible con el culto de muchos dioses que reinó en la Mesopotamia desde la más remota antigüedad.» La verdad es que *Ilu,* en concepto de Hacedor exclusivo y primordial, nunca tuvo templo, ni altar, ni culto, ni atributos: solamente existieron formas varias que se denominaban dioses, del mundo y de sus elementos, considerados en diversidad de aspectos. Además, muchos de los seres sobrenaturales superiores que en Asiria se invocaban para ahuyentar los seres sobrenaturales inferiores, no eran otra cosa que espíritus de hechiceros muertos. Smith traduce de este modo una tablilla: «Estaba un individuo bajo la acción de una maldición. Viéndolo *Merodah,* uno de los dioses, fué cerca del Dios *Hea,* su padre, y le preguntó cómo podía curarle. *Hea,* el numen de la Prudencia, respondió refiriéndole las ceremonias y ofrendas que era preciso emplear para volver la salud al enfermo, y esos procedimientos se consignan para bien de los fieles.»

Al lado de las religiones de Persia y de Caldea existió siempre la religión de *Armenia,* organizada extranacionalmente bajo el mismo régimen de aquélla. Sólo diré sobre la última algunas breves palabras. En su primera etapa era un mero culto á los antepasados, fundado en la tradición que *Thorgon* había recibido de los patriarcas. La primitiva religión de Armenia ha debido ser, como la primitiva de la China, una rama del chamanismo, esto es, una religión en la que el rey y el pontífice era el padre de la familia, en la que la oración y el sacrificio cruento eran los ritos esenciales, en la que la conciencia del pecador de origen y la confianza en la venida de un Salvador celestial eran todo el dogma. El padre adoraba á los dioses en nombre de todos, ofreciéndole víctimas; en sus manos se hallaban los elementos más solemnes del culto.

La primitiva religión de Armenia no se fundaba, pues, en la revelación, sino en la sangre y en la naturaleza. Después, este modo de concebir las relaciones religiosas se convirtió en una serie de honores dispensados á seres secundarios de la creación, como los astros y las fuerzas superiores del universo. Adivínase aquí la influencia de los caldeos, sus vecinos, y aquella inclinación irresistible á leer los secretos del cielo y los destinos terrenales en la escritura misteriosa de los astros, inclinación que dió lugar al sabeísmo.

Edmundo González-Blanco.

(Se continuará.)

Un libro de Francos Rodríguez.

Al hablar Navarro Ledesma del periodismo y de las cualidades distintivas de este género literario, decía que el periodista era y debía ser un artista distinto de los otros, si bien era muy frecuente el caso de que un periodista sea al mismo tiempo un buen poeta, dramaturgo, orador, etc. Tal variedad de facultades y de aptitudes se da en Francos Rodríguez, autor de *El teatro en España,* de cuyo libro voy á ocuparme. Porque Francos Rodríguez, no sólo es un periodista ilustre que en *La Justicia, El Globo* y en *Heraldo* ha puesto de relieve sus extraordinarias condiciones y méritos, dando nuevas orientaciones al periodismo, adaptándolo á las exigencias modernas y formando los gustos y aficiones del público lector, sino que como autor dramático ha conseguido señalados éxitos, y como orador parlamentario, en las legislaturas en cuya labor intervino, demostró, no sólo tener ese verbo fácil, tan común en las razas meridionales, sino algo más difícil de alcanzar y de que pocos hacen gala: el raciocinio seguro y sereno, que huye de las destrezas artísticas, porque busca la persuasión del auditorio.

Y es verdaderamente prodigioso ver un hombre que al mismo tiempo traza en el periódico la impresión justa y vívida del suceso político, habla en la Cámara sobre las más arduas cuestiones económicas y políticas, planea obras de teatro que el público acoge con aplauso, y aún le queda tiempo para hacer labor crítica en forma digna del elogio y la alabanza.

Francos Rodríguez es un luchador incansable. Diríase que para él no existe la fatiga ni es necesario el reposo, y no hay fuente ni asunto vivo de inspiración de aquellos que integran la belleza total del arte humano que no encuentre en él la percepción delicada y justa.

Es la crítica literaria un género difícil y que requiere condiciones singulares. Ya decía Revilla que la crítica artística no es un acto meramente intelectual, un simple juicio, sino la resultante de la unión del juicio con el sentimiento, de la ciencia con el gusto. Como su objeto es juzgar lo bello, y lo bello causa, ante todo, una emoción, si ésta no entra en el juicio como elemento capital, el juicio resulta incompleto y á veces falso. Pero como la belleza no es sólo objeto del sentimiento, sino del conocimiento, y afecta á la inteligencia al par que á la sensibilidad, como la producción de la obra de arte se ha de sujetar á ciertos principios, de cuya realización pende su buen ó mal éxito, el juicio del crítico también se extraviaría fácilmente si sólo se fundara en el sentimiento, participaría del carácter movible y subjetivo del gusto, y se confundiría con el juicio irreflexivo y poco seguro del vulgo.

De estas consideraciones deducía Revilla que el buen crítico debía reunir la ciencia, el sentimiento artístico, el buen gusto y la imparcialidad. Un ilustre escritor inglés que ha hecho notables artículos sobre las obras dramáticas de su país, George Moore, dice al hablar de dos producciones teatrales de

Edward Martín, *The Heather Field* y *Macoe,* que lo más necesario en la crítica, la primera de todas las cualidades exigibles, es la sinceridad. «Seamos sinceros para con el público y los autores.» Esta sinceridad para con el público es tanto más indispensable, cuanto que el crítico alecciona, educa al público, forma el gusto literario de las generaciones, y puede depurarle con esfuerzos bien encaminados. Clovis Hugues ha dicho ingeniosamente, hablando de la influencia de la crítica, que no sólo asusta á los grandes actores é intimida á los autores más celebrados, sino que llega con su poder á dominar el *paraíso.*

La explicación de esa influencia está en la extraordinaria difusión de la hoja impresa, del periódico. Víctor Jamati, al hablar del periodismo contemporáneo en un libro muy interesante que acaba de publicar, recuerda que durante cuarenta años, de 1859 á 1899, Sarcey escribió las crónicas de crítica teatral en *Le Temps,* y que mucho público esperaba con avidez el periódico, no para leer el último crimen ó para conocer los detalles escandalosos del último *affaire,* sino para asesorarse con la opinión de Francisco Sarcey del juicio propio.

La conciencia profesional de Sarcey, su fuerza extraordinaria de atención, la lucidez de sus exposiciones, su estilo franco, directo y claro, explican el éxito extraordinario de su prolongada influencia.

La crítica literaria, pues, sobre todo la crítica teatral, es eminentemente periodística. Por eso, excepción hecha de los que, como Menéndez y Pelayo, hacen crítica académica, los demás críticos del siglo pasado y de principios de éste son periodistas antes que otra cosa. Y en apoyo de este aserto pueden citarse los nombres de Larra, Gil, Revilla, *Clarín,* Balart, Bofill, *Fernanflor,* Jacinto Octavio Picón, Francos Rodríguez, Bueno, *Caramanchel,* Villegas, Laserna, Arimón, etc., etc.

El que tal labor sea periodística antes que nada, no atenúa ni disminuye su labor. Los artículos críticos de Larra más notables, *El trovador, Los amantes de Teruel, Felipe II, Aben Huneya, La conjuración de Venecia,* etc., etc., tienen ese carácter, y en todos ellos campea la altísima representación de su talento. Son, es cierto, impresiones del momento; pero esa impresión constituye una nueva obra de arte palpable, concreta, plástica. Teófilo Gautier decía que el ideal de la crítica era ése: hacer una obra de arte del juicio de la obra de arte.

Y si Larra fué periodista antes que todo y realizó esa misión de arte, no lo fueron menos el poeta Gil, que se dió á conocer en *El Correo Español* en un artículo sobre el drama *Doña Mencía,* de Hartzenbusch; Revilla, á quien dieron no menos fama sus campañas en la prensa que sus *Principios de literatura general; Clarín,* cuyos *Paliques* no serán igualados, el cual, aunque parecía á ratos un autor de invectivas á lo Gustavo Planche, tenía en su espíritu la profundidad de un Taine; Balart, del que aún se recuerda la elevación de criterio con que apreció el drama de Echegaray *En el puño de la espada;* Bofill, que durante mucho tiempo escribió las *Veladas teatrales* de *La Época; Fernanflor,* el cronista brillante y delicado, del que dijera Valera que había

enaltecido con su pluma el periodismo; y Jacinto Octavio Picón, uno de cuyos últimos artículos de crítica dramática que recuerdo sobre la comedia *Las Flores,* de los hermanos Quintero, publicado en *Los Lunes de El Imparcial,* era, sencillamente, un prodigio de lenguaje y de delicadeza en la apreciación de la obra.

Y, hechas estas consideraciones sobre la crítica teatral en sí y sus relaciones con el periodismo, ya es hora de decir algo sobre el libro notabilísimo de Francos Rodríguez. Comprende éste veintisiete artículos, en los cuales aparece todo el movimiento teatral durante el año de 1908. Y con la misma exactitud y acierto en el juicio, limpidez y elegancia en la expresión, formula Francos Rodríguez su parecer sobre el drama de alto coturno, que sobre el sainete modesto, de menor importancia é interés.

Zaragoza y *Pedro Minio,* del gran Galdós, que ha añadido nuevos laureles á su fama; *La señora ama,* de Benavente, en la que el eminente autor manifiesta el arte insuperable con que copia todos los matices de la vida; *Las de Caín,* de los hermanos Quintero, en que estos ilustres dramaturgos dan muestras de un casticismo que encanta; *La mentira del amor,* de los afamados críticos Bueno y Catarineu, que es la historia de un amor con sus inevitables vicisitudes; *Las Hijas del Cid,* de Marquina, el más épico, sin duda alguna, de nuestros poetas; *Gerineldo,* de Cristóbal de Castro y Alarcón, poema que por su contenido produce el íntimo deleite que despierta lo hermoso; *La nube,* de Palencia, y *La confesión,* de Dicenta, obras de tendencia que acreditan que el teatro debe ser medio difusor de las ideas; *Los segadores,* de Armiñán; *La montaraza de Olmeda,* de Maldonado; *La casa de todos,* de Pedro de Répide; *Las bribonas,* de Viérgol: todas estas producciones estrenadas, y otras muchas, dan motivo á Francos para crónicas interesantes, en las que palpita un hondo sentimiento artístico y una clara percepción de la belleza.

El exceso de producción ha sido tan grande, que justifica lo que dice Francos Rodríguez en el resumen de su libro. La suma total de 414 obras estrenadas en Madrid no necesita encarecimiento.

«Claro está—añade—que junto á la abundancia de los vulgares, de los autores de ocasión, de los que entran por asalto en el templo de Talía, está la cuenta consoladora de los ingenios elevados y fuertes que han hecho honor al glorioso abolengo de la escena española. El más fecundo, asombrosamente fecundo, Jacinto Benavente, ha dado al teatro varias obras durante el año, y ha obtenido ruidosos y felices éxitos. Con él y con Galdós, con Dicenta y los Quintero, con Linares Rivas y con otros consagrados, han pedido acceso á las cumbres que ya ocupan literatos que anhelan triunfos escénicos motivadamente. No van con ellos las lamentaciones acerca de la irrupción de autores que hemos sufrido. El peligro no está en los que, sabiendo escribir, componen comedias. El peligro cierto es el representado por quienes consideran que el arte de escribir comedias es accesible á todos y sirve para que se ganen la vida muchos que sienten repugnancia por el trabajo. Las aguas, claro está, recobrarán su nivel ordinario. Pasará la inundación que sufrimos, no habrá

en Madrid más teatros que aquellos que pueden sostenerse, y sólo se llamarán autores los que para ello tienen aptitudes; pero, entretanto, apúntese como característico del año teatral de 1908 el dato de la abundancia.»

He transcrito estos párrafos para que se vea cómo juzga Francos Rodríguez el exceso de producción teatral, y cómo esa benevolencia en el juicio, que algunos ilustres censores le señalan cual defecto de su labor crítica, no es tan absoluta ni general. Francos Rodríguez no extrema la severidad, y hace bien, con todos aquellos autores que acreditan condiciones de inventiva y de talento. Proceder de otra suerte no sería justo, ó acreditaría, más que una crítica seria, formal, digna de un tan ilustre literato como Francos, un malhumor regañón y descontentadizo, propio de un escritor á lo *Abate Pirracas*.

En suma: Francos Rodríguez ha compuesto un hermoso libro de crítica teatral, y nadie que quiera orientarse en lo ocurrido en la escena española durante el año de 1908 podrá hacerlo sin leer su última obra.

Y nada más, sino que, como ya he dicho, es de celebrar en Francos Rodríguez lo extraordinario de su fecundidad intelectual, lo vario de su labor admirable. Las ideas, ha dicho La Bruyère, son depósitos que sólo producen interés en las manos del talento. Francos, que es hombre generoso y desprendido, cobra, sin embargo, con creces ese interés.

Práxedes Zancada.

MAPA MUNDI

EL NORTE

Como delgado alambre, un aura fría
por el aire de vidrio cruza á ratos;
la luna hunde entre escombros insensatos,
tras los mares de mármol, su agonía.
En constricción de enormes pugilatos
raya los lurtes acerada estría,
cuajando largas venas de agua umbría
inyectadas de lívidos sulfatos.
Un gran reno lapón hacia el aprisco
vuelve sus belfos húmedos y tiernos,
y erizado de amor su pelo arisco,
brama en el corazón de los inviernos
á la luna glacial, en cuyo disco
inscribe el tosco ramo de sus cuernos.

EL ORIENTE

Con irritados cobres se colora
la extensión de los densos arenales,
y un humo de oro, en rizos irreales,
flota sobre la brasa de la aurora.
Sus aguas zafirinas evapora
el día. La palmeras en los eriales
desgreña sobre ciegos manantiales
lacios cabellos de mujer que llora.
Blandiendo el áspid, bajo el mustio cardo,
cual pistilo de púrpura su dardo,
sueña en saciar su venenosa gula,
sobre magnificentes almohadas,
con la sangre mirífica que azula
el seno de las reinas destronadas.

EL SUR

Silencio y agua enorme. En la lejana
perspectiva dibuja el mar severo
una sutil horizontal de acero
sobre la transparencia meridiana.

Como vedija de fluida lana
flotante en el añil del tintorero,
surca la ova un cálido reguero
que en efusiones de turquesa emana.
Deja el monzón en el sedoso ambiente
un ligero perfume de canela.
La onda maternal serenamente
palpita, llena de emoción confusa,
y en su leche de ópalo congela
el copo de cristal de la medusa.

EL PONIENTE

Espéjanse en la ciénaga tranquila
juncos inverosímiles y cañas
anémicas, cual lúgubres pestañas
que velan una líquida pupila.
La fúnebre humedad de las campañas
en desabridos hálitos se ahila;
y desde el mar distante, un vaho lila
inciensa lentamente las montañas.
Compungida en hierática postura,
sobre el pantano en cuya quieta hondura
palpitan hipos de cristal sonoro,
sueña la garza solitarios duelos,
mientras el sol, en los aguados cielos,
pone una larga pincelada de oro.

Leopoldo Lugones.

INFORMACIONES

Política

El 2 de mayo se celebraron las elecciones de concejales en toda España, y el 31 habló el Sr. Moret en el Congreso del resultado de ellas y de las reformas que se imponían en la nueva ley Electoral, con arreglo á la que se celebraron aquéllas.

Tenga la nueva ley los defectos que tenga, que son muchos, antes de nada hemos de consignar que gracias á ella se ha votado en nuestro país como jamás se había votado, exceptuando Barcelona y Valencia.

Hay en la nueva ley defectos grandes y artículos como el 29, que no admite más modificación que su supresión, por prestarse, dados nuestros vicios políticos, que no pueden extirparse de un papirotazo, por obra y gracia de una ley, á toda serie de chanchullos. Pero, fuera de esto y de no haber encontrado el procedimiento—hay que buscarle—por el que los designados á constituir las mesas no puedan eludir el cumplimiento de este deber, la ley es buena y ha dado los resultados apetecidos.

Lo que pasa que al darlos ha empezado á salir á flote y á imponerse la verdadera realidad política de España, y, naturalmente, los que estaban acostumbrados á manejar á su antojo el manubrio electoral, y á repartir actas como quien reparte cigarrillos, se han encontrado con que desde hoy en adelante esto no será posible, ó, por lo menos, tan fácil como venía siendo, y temen por la suerte que en el porvenir ha de tener lo que hasta hoy ha vivido gracias á todo género de artificios.

Siga la gente votando como votó el 2, imponga sus candidatos como los catalanes acostumbran á imponer los suyos, y verán cómo el poder central se adapta al mandato popular ó cae con la vieja organización, y con él cuantos políticos están interesados en sostener *todo el tinglado de la antigua farsa*.

El resultado de las elecciones ha sido de una claridad abrumadora para los dinásticos, lo mismo liberales que conservadores.

Sabíamos, pero ello no se había demostrado de manera patente, que no había partido liberal monárquico, y las elecciones han venido á demostrarlo con una claridad meridiana.

Hay restos del partido fusionista que acaudilló Sagasta, y un estado mayor de este partido sin representación en el país, y con ella en el Parlamento por medio de los antiguos procedimientos electorales; pero no existe una masa de opinión liberal monárquica que responda á una realidad en España.

Han ganado en algunos sitios, muy pocos, los liberales; pero aun suponiendo fuera esto así, y no teniendo en cuenta que el triunfo ha sido sólo en las poblaciones en que han luchado unidos con los republicanos, ¿puede estimarse como triunfo el éxito de esas pocas poblaciones, teniendo en cuenta que se trata de un partido de abolengo que ha disfrutado del Poder, que volverá á disfrutar, y que acaba de realizar por medio de los hombres más prestigiosos de él, incluso el jefe, una labor de propaganda?

En serio, esto no puede sostenerse.

Han demostrado más las elecciones verificadas, y es que la alianza liberal, de haber

resultado y de resultar, tiene que ser marchando radicalmente, sin eufemismos de ninguna clase y sin miedo á los republicanos.

En estas elecciones se ha visto que el bloque, que, de vivir, sólo puede hacerlo respirando el aura popular, no tiene ambiente monárquico, y que toda su fuerza se la da la masa republicana. Y, naturalmente, ó la alianza liberal se somete á la política republicana en todo, menos en la forma de gobierno, ó no deben prestar á la alianza su concurso los republicanos.

Estos son los hechos, y, en política, á ellos hay que adaptarse.

Siguen las oposiciones liberal y democrática haciendo el juego al Gobierno, y amenazando hoy para transigir mañana, y la desconfianza que padecían, y bien ganada, en la opinión pública, ha rebasado ya los límites de toda prudencia, y habría que hacer pacto formal con la estulticia para volver á creer en ciertas promesas.

Los sucesos políticos se muestran hoy en la opinión con más relieve que antes; se discuten, se comentan, se palpan, y al hacer manifestaciones respecto á ellos, no valen ya subterfugios ni anfibologías.

Hay que supeditarse á la opinión ó ir contra ella, y á políticos liberales y demócratas no les está consentida, si han de ser fieles en su representación, esta repulsa á la opinión.

Si ellos prescinden de ella, la cosa es clara, ella prescindirá de ellos, y cuando se consoliden ciertos estados, veremos con qué representación hablan y con qué autoridad dirigen y á quiénes.

También tiene el partido conservador enseñanzas que recoger de las últimas elecciones.

En algunas poblaciones, Santander, por ejemplo, habíase por el partido conservador explotado la religión para fines políticos, y así habían logrado la simpatía y, en muchas ocasiones, la adhesión de las fuerzas de la extrema derecha.

Pero, claro es, éstas no pierden el tiempo, y en cuanto se han creído fuertes, han prescindido de los conservadores y han presentado candidatos propios, consiguiendo las actas de algunos, pocos, pero por algo se empieza, y, sobre todo, negando, hartos de razón, á los conservadores católicos que lo sean con la pureza y escrupulosidad que ellos lo son.

De esto no deben olvidarse los que no son más que políticos, militan en un partido y obedecen á un jefe que tiene declarado en un discurso que el derecho público no es católico, ni protestante, ni nada, sino derecho público, y, por tanto, no debe mezclarse la religión en esas luchas, ni establecer discusiones y pugilatos á ver quién es más católico.

***

Ya salió el expediente de la escuadra del Congreso, y, dicho así después de haber estado un mes largo en él, parece que no ha habido de parte de las oposiciones el interés debido para estudiarle, y luego defender al Gobierno ó mantener la acusación de Macías.

Hemos escuchado en el mitin verificado en el Frontón Central para presentar á los candidatos triunfantes del partido republicano, las razones que la minoría republicana ha tenido para no poder sostener la acusación. Las expuso el diputado republicano Sr. Romero, y cuando declaró no daba el señor presidente del Congreso las facilidades debidas y los elementos necesarios para el estudio del expediente, quedamos convencidos de la imposibilidad de acusar con fundamento cierto.

El expediente de la escuadra, además de ser voluminoso, tiene, como es natural, una gran parte técnica que no puede ser dominada por los diputados profanos en esta materia. Por esto los interesados en su estudio pidieron al presidente de la Cámara que les permitiera tomar apuntes, y cuando no les fué consentido, solicitaron se les dejase repasar el expediente en compañía de un técnico que les ilustrase y aclarase infinidad de puntos para ellos obscuros é incomprensibles.

Pero tampoco obtuvieron permiso para esto, y ante la imposibilidad de estudiar de memoria un expediente en su mayor parte compuesto de materia totalmente desconocida, renunciaron al deseo de conocerle y quedaron admirando una vez más el talento de Morote, que en veinticuatro horas consiguió un estudio acabado de materias que en absoluto desconocía.

Naturalmente, en otro país eso que tenemos aquí, y que se llama partido liberal como podía llamarse sucursal del conservador, y ese otro elemento que se despegó de este partido, y se pega y se despega según los apetitos y las situaciones, y se llama democrático, debieran haberse ocupado del famoso expediente; pero ¡vayamos á pedir examen detenido de expedientes en asuntos como el de la escuadra á las fuerzas que acaudillan Moret y Canalejas!

¡Tendría gracia!

Ahora tratan los republicanos de conseguir del Gobierno que pida á la mayoría dé su voto para que el Congreso declare la vacante de Morote, y así presentar á Macías diputado y darle medios para sostener su acusación, ó probar su torpeza ó su calumnia.

Se ha hecho un mensaje suscrito por millares de firmas y se ha elevado á las Cortes; pero no parece que el Gobierno consienta salga del Congreso la declaración que se le pide y convoque á elecciones por Madrid para ocupar la vacante de Morote.

Nosotros insistimos en lo mismo que escribíamos el mes pasado tratando esta cuestión.

Todo lo que no sea por parte del Gobierno extremar, así, extremar los medios para aclarar todo lo relacionado con la denuncia de Macías, es dar ante la opinión la razón á éste, ó, por lo menos, hacerla desconfiar.

Y en este estado de recelo vive más de media España.

A. González Alonso.

Mayo de 1909.

Bibliografía

Una Enciclopedia de cultura general.

Las altas y bajas razones: consideraciones morales, filosófico-sociales, patrióticas, económicas, para llevar al ánimo de las gentes el convencimiento de que la obra de la cultura nacional es la gran obra que tenemos que emprender con el mayor entusiasmo, con la mayor rapidez, etc., etc., están agotadas. Hemos pasado muchos años repitiéndolas, y hemos llegado á cansarnos del sermón pedagógico, que es ya el más insoportable de los sermones.

Hastío profundo me causa el sermón ése, esté bien ó mal hecho. Me interesa, en cambio, cualquiera obra, grande ó pequeña, bien ó mal hecha, pero sinceramente dirigida á la realización del ideal, tan ponderado en

teoría, como olvidado prácticamente en la vida española.

Una obra de cultura española—los libros pueden también ser obras de cultura—es la que acabo de hojear ligeramente por unas partes, de leer con atencion por otras, impulsado por este interés; por la curiosidad que tenían que inspirarme la novedad del plan, lo atrevido del empeño; aparte el afecto que me une al autor de ella.

Esta obra, *Enciclopedia de cultura general,* por Juan Téllez y López, es, ante todo, un atrevimiento inaudito. No porque yo considere tal el hecho de escribir un compendio de todos los conocimientos humanos; empresa—á mi juicio—no muy difícil para una persona verdaderamente ilustrada: es cuestión de paciencia, de meses, de años. El atrevimiento está en la suma de juicio, de pasión, de personalidad que el autor puso en ella.

Dentro de un plan amplísimo, lleva á su obra lo que bien le parece, determina á su arbitrio las proporciones, suprime lo que quiere: corta, tunde, saja. Y de esta libertad con que procede, aplicando como única medida sus propios gustos y juicios, toma la obra cierta unidad de conjunto y una homogeneidad que la hace muy adecuada al objeto para el cual la escribió.

Por lo mismo que el Sr. Téllez y López vuelca allí toda su cultura, dejando fuera lo que no juzga de mayor importancia intelectual, es su obra algo vivo y sugestivo: una vida intelectual que se condensa y que se nos ofrece en espectáculo con ingenuidad atractiva. Es, en este aspecto, un documento curioso para los hombres cultos, un caso que no es frecuente hallar en la realidad, y cuyo análisis sería instructivo. Estas circunstancias la hacen más asequible para la masa de lectores á quienes va dirigida con honda intención pedagógica. No es esta *Enciclopedia* lo que sabemos entre todos: es lo lo que sabe un hombre solo.

Por eso no tiene la frialdad de los diccionarios enciclopédicos ordinarios, obras más vastas, pero más artificiosas. Estos parecen destinados á *sacar del apuro* en un momento á quien desee enterarse de un detalle que desconoce, en una cuestión que surge, de la cual quiere hablar sin entender de ella. La *Enciclopedia de cultura general* está dispuesta para abrir cauces por donde puedan circular corrientes intelectuales más amplias que las contenidas en los artículos de la obra. El valor de aquéllas está en los detalles; el de la *Enciclopedia* está en el conjunto.

No es fácil seguir al autor en todo el curso de su obra, hacer de ella un examen ni siquiera superficial: habría que discutir todas las cuestiones divinas y humanas. Una impresión de conjunto es lo único que se puede presentar en pocas cuartillas. La impresión que el libro produce es la de un bello monumento intelectual, á la vez que útil instrumento de cultura, de gran valor práctico. Porque es un libro muy á propósito para dejar en el lector impresión profunda; un libro que yo creo que ha de ser muy leído, en particular por los humildes—relativamente humildes—de la inteligencia.

En el lector que tenga sólida cultura respecto á un asunto, el correspondiente artículo no hará mella tal vez; pero en el lector novel, ansioso de enterarse de todo, creo que la hará, hasta apoderarse de él. El señor Téllez escribe con sencillez, con llaneza, expresa sus juicios con franqueza simpática, lo cual es mucho más atrayente que la solemnidad del estilo y del empaque académicos. Muchas veces, leyendo sus páginas, parece que se asiste á una charla franca, sin segunda intención, un poco ligera y un poco aventurada; á una comunicación de impresiones más que á la exposición de juicios definitivos. En el libro se respira un ambiente de libertad, muy conveniente, según creo, en obras de esta clase. Un ambiente de libertad intelectual que consiste en esto: que allí donde con mayor entusiasmo se sustenta una tendencia, una opinión determinada, á pesar del calor que se siente á través de las palabras del autor, y que nos lleva á simpatizar con su manera de ver el asunto, nos sentimos libres para apreciarlo de cualquier otro modo; no sentimos ningún afán de imposición dogmática; el autor nos estimula á que nos movamos y andemos, y nos deja completa libertad de movimiento y de dirección: podemos tomar cualquier camino, sabiendo que él no se enfadará con nosotros.

En cuanto á la influencia que en la vida haya de ejercer su libro—ú otro libro de igual índole—, el Sr. Téllez sabe bien que no podrá sustituir á una verdadera educa-

ción intelectual; que una educación intelectual es, fundamentalmente, originalmente, esencialmente, cosa que ha de hacerse fuera de todo libro. Esto no es restar importancia al valor intelectual de la lectura—que es inmenso, insustituíble—; pero en cierta esfera, con ciertas restricciones, á su tiempo. Á nada de esto se opone el sentido general de la obra, y aun explícitamente lo afirma el autor en las primeras páginas del libro.

Estas páginas, que preceden á lo que constituye la verdadera *Enciclopedia,* contienen un estudio amplio, muy complejo, á manera de introducción, en que se expone todo un plan de cultura general, se explica el alcance de la obra, se la defiende por anticipado de los ataques de que en varios aspectos pueda ser objeto.

El pensamiento fundamental, del cual no representa este libro sino una parte, comprende un vasto programa pedagógico. El Sr. Téllez afirma que una verdadera educación es algo más que una suma de conocimientos más ó menos sistemáticamente adquiridos y conservados. Pero en el día de hoy lo más factible, lo más fecundo, lo más oportuno, dentro de la educación intelectual de España, es una gran obra de difusión de la cultura general, de aquella masa de conocimientos que á ningún hombre debiera ser lícito ignorar. Y para la realización de esta obra propone un plan, que deben examinar las personas que buscan caminos por donde se pueda ir á la rápida y eficaz transformación intelectual del país; porque allí encontrarán abundantes indicaciones sobre la manera de comenzar la resolución práctica de nuestro colosal problema pedagógico, utilizando los medios de que actualmente se dispone en España, sin revoluciones, dice, aunque, á mi juicio, su proyecto es bastante revolucionario.

No he de examinar todo esto, que constituye uno de los aspectos más interesantes del libro. Para que el lector sepa hasta dónde se llega al detalle en este proyecto de cultura nacional, diré solamente que en él se habla de «cursos de cultura general», de «cuerpo de profesores de cultura general» *bien retribuídos,* de «escuela modelo de cultura general», y se llega á distribuir el trabajo en cursos y semanas, con sus programas bien definidos.

Defiende la cultura general, la instrucción enciclopédica, contra los partidarios de la especialización exclusiva, que pretenden «encasillar á la gente para que cada uno se limite á un rincón de la ciencia ó del arte, de tal manera, que el músico no sea más que músico, y el químico sólo químico». Hace un minucioso y divertido inventario de lo que sabe un español perteneciente á la clase de nuestros *hombres de carrera.* Presenta un cuadro del desarrollo histórico de la cultura humana en sus diversas ramas, íntimamente entrelazadas, y quiere que este desarrollo histórico sirva de guía para el ordenamiento de los cursos de cultura general. Y en cuanto á la cultura, pone gran empeño en hacer preponderante su criterio: que no la hay completa si en ella no entran los dos factores esenciales de civilización que nunca debieran ir separados, la ciencia y el arte, como dos aspectos de toda vida mental verdaderamente íntegra, normal y natural.

Hay que advertir, porque es interesante, que se trata de un plan de cultura *general* para hombres solos. El criterio del Sr. Téllez y López respecto á la cultura de las mujeres me parece que no concuerda con el conjunto de sus ideas. Ya él se pone la venda, en previsión de que se le diga esto. Pero no le vale. No comprendo, en un hombre verdaderamente culto, las palabras que reproduce de Nietzsche: «¡Como si una mujer irreligiosa no fuese, aun para el hombre ateo, algo repugnante y ridículo!» La manera que el Sr. Téllez tiene de ver este asunto me parece una prueba más de que, por un complicado conjunto de causas muy varias, no están todavía, ni aun los hombres cultos, en condiciones de afrontar con bella serenidad intelectual el problema de la mujer en la pedagogía, en la sociedad, en la vida.

Cuando queremos discurrir acerca de estas cosas nos colocamos inconscientemente en una actitud mental diferente de la que adoptamos al pensar en otros asuntos. Una masa abrumadora de preocupaciones muy diversas nos impide movernos como de costumbre. Sombras que surgen de varios lados nos impiden ver claramente. Pero creo que todos estos obstáculos no son elementos originales, esenciales de nuestra constitución mental, sino que vienen de los más bajos

fondos de nuestra *herencia social*, de la cual no somos todavía capaces de repudiar cierta parte. Pero llegaremos á serlo.

No creo que se pueda desconocer que nuestros viejos conceptos, nuestros juicios acreditados y hasta nuestros sentimientos más ó menos íntimos referentes á la mujer se hallan hoy en crisis. Y, por mi parte, no vacilo en afirmar que de esta crisis han de salir radicalmente transformados. Sin que con ello pierda la pobre humanidad ni una sola gota de ninguna de sus fuentes de placer, ni el amor suprima uno solo de sus más leves aleteos. Sin que el Sr. Téllez tenga el menor motivo de protesta.

La estructura de la obra es, á mi juicio, la más adecuada á su objeto. Artículos como los de literatura, historia y filosofía son verdaderos tratados doctrinales é históricos de estas materias, tan completos como es posible que lo sean dentro de las condiciones materiales y aun intelectuales del libro. Pero no tratados magistrales enfadosos, sino dispuestos para dar al lector una impresión del asunto, en la cual resalten los puntos más interesantes, quedando las minucias indispensables, ya disminuídas, ya como disimuladas, sin que lleven confusión á la inteligencia ni hagan pesada la lectura.

Es, ante todo, una brillante muestra de la aptitud para la divulgación, que es acaso la cualidad preponderante del Sr. Téllez. Su espíritu de simplificación hace asequibles los asuntos más difíciles. Cierto humor superficial repartido aquí y allá prepara bien al lector para dejarse impresionar cuando el autor se pone grave ó cuando cede la pluma á los altos ingenios que en tan gran número desfilan, hablándonos desde las páginas de la *Enciclopedia*. El lector tiene la impresión de que va á entenderlo todo fácilmente, y se siente atraído. Ello es el mérito mayor que puede tener una obra de esta clase. Y creo que en esto ha triunfado mi culto amigo. Y es un triunfo que pocos consiguen.

Gerardo Rodríguez.

***

Catálogo de la Escultura del Museo Nacional del Prado.

Acabamos de recibir un ejemplar de este catálogo, que viene á llenar una deficiencia hasta ahora muy sentida en el Museo Nacional.

Su autor, el laureado escultor D. Eduardo Barrón, conservador de la Sección de Escultura en dicho Museo, ha realizado una labor verdaderamente meritoria, muy interesante por la ordenación metódica de los objetos confiados á su custodia, y la vulgarización de una serie de datos históricos y artísticos ignorados ó, cuando menos, muy poco conocidos.

Elogiamos sinceramente al autor por trabajo tan concienzudo y útil para el público, que podrá desde hoy ir estudiando con más interés y provecho las obras tan importantes que figuran en nuestro codiciado Museo.

Para que dicho catálogo resulte al alcance de todos los bolsillos, se han hecho dos ediciones: una económica, con el texto solo, al precio de 2,50 pesetas, y otra, ilustrada con profusión de láminas, que representan más de cien asuntos, al precio de 10 pesetas.

Terminamos felicitando también á la casa de J. Lacoste por el buen trabajo de imprenta y fototipia que ha realizado en la ejecución de la obra.



J. M'Intrat

Homenaje á Federico Mistral

COMMUNION DES FILS DU SOLEIL

Lountèn li Catalan, lountèn li Prouvençaoù
Sè partagèroun l'aïgu' è lou pan, è la saoù.

Ainsi les félibres provençaux et catalans commémoraient en 1866, dans de grandes fêtes célébrées en Provence, leur passé solidaire et leur constante fraternité. *L'inaltérable amitié* des peuples de France et d'Espagne a comme deux fortes soudures à chaque extrémité des Pyrénées: Fraternité Basque et Fraternité Catalane.

J'entends encore mon père, qui avait participé à ces fêtes, nous en faire le récit à son retour à la maison. D. Víctor Balaguer et Fréderic Mistral en furent les héros, et c'est là, si je ne me trompe, que fût entonné pour la première fois l'admirable invocation de la «Coupo Santò».

Aujourd'hui les poëtes, les littérateurs, les artistes espagnols, si fidèles aux traditions, veulent de loin tendre la «Coupe Sainte» au grand poëte, à l'Homère Provençal entré vivant dans l'immortalité, et viennent déposer aux pieds de sa statue une riche gerbe de leurs plus belles fleurs.

L'écho que cet inoubliable cinquantenaire éveille au delà des Pyrénées résonnera aux oreilles de Mistral aussi agréablement que les vivats enthousiastes du peuple de Provence dont elles sont encore pleines.

Honneur et merci à ceux qui ont pris l'initiative de ce cordial hommage! C'est comme la communion des fils du Soleil, de ce soleil qui fait chanter les cigales et auquel répond la grande voix de Memnon!

Paul Révoil.

Á MISTRAL

¡Mistral! La Copa Santa llena de santo vino
alza el mundo por ti,
y lleva nueva sangre al corazón latino
su líquido rubí.

¡Gran patriarca! Tu canto lleva el mistral sonoro,
canto de amor y fe,
y alza su palma lírica tu Provenza de oro
por su gran Capoulié.

Provenza, que cultiva sus olivos y parras,
cuida el verde laurel,
y al glorioso son de liras y cigarras
te corona con él.

Provenza canta himnos para su rey de cantos,
para su hijo inmortal,
y dice odas pindáricas, ó dice salmos santos,
griega y pontifical.

Y las hermanas de Mireio, la preciosa
flor que el Arquero hirió,
por su memoria ofrendan ramos de mirto y rosa
á quien vida le dió.

Sonad trompetas que anunciáis la victoria
de ese amado del sol,
y que entre vuestro coro se oiga tocando á gloria
un clarín español.

Y que sobre los mares lleven los vientos libres
la divina verdad,
¡Emperador de Musas y Rey de los Felibres!,
de tu inmortalidad.

Rubén Darío.

MIREYA

Fa cincuanta anys, quan dolsa me sonreya
la joventut y me inspirava amors,
á los meus ulls aparegué Mireya,
ompluitme'l esperit de resplendors.

Inocent, complaguda, jubilosa,
vaig vore, en mitj d'encantadors vergers,
á la que me semblá capoll de rosa,
filla gentil del Mas dels Llironers.

Vaig vore obrir á la infantil donzella
son tendre cor als sentiments més vius,
y de son amador felís parella,
en les florides branques buscar nius.

Aqueixa visió idílica, llavores,
¡cóm brillá hermosa en mos ensomnis d'or!
¡Cóm ses fascinacions engisadores
feren glatir mon jovenivol cor!

Vui'l foch de la il-lusió ja en mí s'apaga
y tristament ma vida se consum;
mes aquella visió sempre'm falaga,
flamejant sempre ab la mateixa llum.

Al nostre anhel de la idëal bellesa,
la campesina de la Crau respón;
á tots nos enamora y embelesa,
¡no ja dins de la Crau, en tot el món!

Y aixis será mentre llumene'l día;
¡viurá sempre la verge provensal!
Y eix miracle de amor y poesía
tú, tú l'has fet, meravellós Mistral.

Teodoro Llorente.

Á MIREYA

¿Quién cantará tu peregrina
gracia infantil, flor campesina,
después de tu rendido felibre provenzal?
Nació en sus versos tu figura,
morena y plácida hermosura,
con esa eglógica dulzura
fluvial, radiante y fértil de tu país natal.

Yo vengo á darte serenata:
la noche es un temblor de plata;
ningún rumor despierta del llano la extensión.
Estas estrofas, cuántos días
entre los tuyos las oirías.
Hoy suenan con palabras mías.
Escucha: es de tu tierra y es mía la canción:

MAGALÍ

(De F. Mistral.)

—Magalí, mi muy amada:
violín y tambor al viento
dan una dulce alborada;
sal y escúchala un momento.

Estrellado el firmamento
se ve; la brisa está echada;
las estrellas, Magalí,
pierden luz al verte á ti.

—Menos que el aura en las frondas
me conmueve tu cantar;
del mar en las cuevas hondas
anguila me he de tornar.

—Si te haces, Magalí,
pez de la mar,
yo pescador seré:
te pescaré.

—Si tú pescador te hicieras,
al arrojar el anzuelo
trocada en ave me vieras
al campo tender el vuelo.

—Si te haces, Magalí,
ave del cielo,
yo cazador seré:
te cazaré.

—Tus diestros lazos al ver
contra las aves armados,
hierba florida he de ser
en los predios dilatados.

—Si te haces, Magalí,
flor de los prados,
suave lluvia seré:
te bañaré.

—Si eres lluvia, nube soy
de oro, nube de grana;
verás qué deprisa voy
á la América lejana.

—Magalí, si te vas
á tierra indiana,
viento de mar seré:
te llevaré.

—Si eres el viento que mueve
la superficie del mar,
en sol que funde la nieve
convertida me has de hallar.

—Si te haces, Magalí,
rayo solar,
yo lagarto seré:
te absorberé.

—Si eres lagarto que cría
la maleza, luna llena
seré que á los brujos guía
y á las ánimas en pena.

—Si te haces, Magalí,
luna serena,
bruma leve seré:
te envolveré.

—De la bruma en el cendal
no has de verme al fin cogida;
seré rosa virginal
por zarzales defendida.

—Si te haces, Magalí,
rosa encendida,
mariposa seré:
te besaré.

—Vana será tu firmeza;
no estarás al lado mío:
me vestirá la corteza
de un roble en el bosque umbrío.

—Si te haces, Magalí,
roble sombrío,
verde yedra seré:
te abrazaré.

—Sólo un tronco abrazarás
que ni siente ni palpita...
Del convento de San Blas
yo seré blanca monjita.

—Si te haces, Magalí,
monja bendita,
yo confesor seré:
te escucharé.

—Si al convento vas, allí
verás, al pasar la puerta,
monjas rezando, y á mí
con un sudario cubierta.

—Si tú eres, Magalí,
pálida muerta,
yo la tierra seré:
¡ya te tendré!

—Empezando á creer estoy
que es tu palabra formal.
Mi anillito de cristal
como recuerdo te doy.

—Magalí, ¡qué feliz soy!...
Mira al cielo: por su mal,
las estrellas, Magalí,
pierden luz al verte á ti.

Enrique Díez-Canedo.

MISTRAL, excelso cantor
de *Mireya,* del amor
sin fortuna, de su mal
inclemente,
sobre tierra provenzal:
acoge, dulce Mistral,
mi saludo reverente.

Mireya, cándida flor
que el Dolor
deshojara,—viento frío,
tan aleve, tan impío,
todo mal, todo rigor,—
desde mi tierra te envío
mis saludos; homenaje
de un humilde trovador.
¡Lleguen á ti, cual mensaje
de la Piedad y el Amor!

Carlos Fernández Shaw.

Á MISTRAL

¡Modernos trovadores, Provenza es nuestra Patria!
Bebamos en sus fuentes el gozo de la vida;
la antorcha del Ensueño en ella está encendida
é inunda nuestras almas de límpido fulgor.
¡Modernos trovadores, Mistral es nuestro Padre!
Mirad cómo sostiene la clásica bandera
el bardo de la nívea, sedosa cabellera,
de antiguas tradiciones viril mantenedor.

¡Salud, sol de Provenza! ¡Salud, sol de alegría!
Mistral su fuerte escudo forjó á tu viva lumbre,
Mistral á tus fulgores ganó la enhiesta cumbre
y dijo en gayas lides: «El sol me hace cantar.»
Y vibran en sus versos rotundos y armoniosos
el canto de las frondas, la voz de las montañas
y el hórrido rugido que duerme en las entrañas
profundas, misteriosas y frígidas del mar.

¡Glorioso ciudadano, mirífico patriota
que un día de tu pueblo cantaste la epopeya,
un vate enamorado del alma de «Mireya»
saluda al genio augusto de su ínclito creador!
¡Felibre el más famoso de tierra lemosina,
cantor de los más nobles y puros ideales,
Virgilio de los campos y granjas provenzales,
á ti mis versos vuelan en prenda de mi amor!

Hoy salen de mi lira, cual brotan gayas flores
de múltiples matices en íberos verjeles,
ó surgen del Himeto, purísimas, las mieles,
ó esparce sus aromas el cándido jazmín.
Son flores que hoy le brinda mi Musa entusiasmada
al bardo descendiente de intrépidos varones,
que ardiendo en patriotismo, sus trovas y canciones
decían en las calles de plácido jardín.

Pasando de los montes las cumbres majestuosas,
de nieve coronadas, á ti vuela mi Musa,
que ansía ver contigo la fuente de «Valclusa»,
que dice en sus murmurios: «¡Mireya es inmortal!»

Después, al pie del árbol á cuya sombra un día
cantaron los heroicos y excelsos trovadores,
refiéreme la historia de aquellos defensores
de santas libertades del pueblo provenzal.

Tú viste, ¡oh venturoso!, la sombra del Petrarca
de un bosque de Provenza vagar por la espesura,
de Laura desdeñosa cantando la hermosura,
ceñida la cabeza con hojas de laurel.
Salúdala en mi nombre si vuelves á encontrarla,
y dile al gran poeta que viven en Castilla,
la patria de Cervantes, de Lope y de Zorrilla,
legiones de entusiastas que aún sueñan como él.

¡Oh, cuenta si la sombra del vate apasionado,
el día en que la viste, bajó del alto cielo
á ver si tu «Mireya» calmaba su hondo duelo
oyendo de su lira vibrante una canción!
¡Oh, cuenta si te dijo quién fué la bella Laura!
Si fruto de su ardiente, sublime fantasía,
ó cándida y preciosa doncella que vivía
en gótico y soberbio palacio de Aviñón.

Tú tienes en la cumbre más alta del Parnaso
mansión abierta en oro, lo mismo que allá tiene,
vecina de los astros, señora del Pirene,
el nido abierto en peñas el águila caudal.
Y bajan tus estrofas del monte á la llanura,
cayendo en tu Provenza cual ríos abundosos
que todo lo fecundan en cantos vigorosos
que vibran como acentos del mundo medieval.

Meninas y condesas de rostro nacarino,
que viven en las grutas abiertas en las faldas
verdosas del Pirene, ciñéronte guirnaldas
tejidas por sus manos del monte umbroso al pie.
Condesas y meninas ciñeron tu cabeza
de mirtos y laureles al son de tus canciones,
que ensalzan de la «Patria» las viejas tradiciones,
de «Amor» los entusiasmos, portentos de la «Fe».

No importa que las cumbres del monte Pirineo
separen á tu Patria gloriosa de la mía:
nos une estrechamente la madre Poesía,
y enciende nuestros cantos la misma luz solar.

Se elevan como altares inmensos de granito,
y cuando el sol los dora, divídese en mil soles,
á cuya luz radiante franceses y españoles
las glorias de la raza debemos celebrar.

Francisco de Iracheta.

DÍSTICO

Yo amo ya sobre todo el silencio, Mistral,
y en él, de cuando en cuando, el clarín del mistral.

Manuel Machado.

SOL

Es el sol de Provenza como el sol de Castilla:
roel de fuego y oro que en campo de azur brilla.

Sol que rió en las lanzas de española epopeya;
sol que cerró los ojos de la dulce Mireya.

Sol que dora las mieses, que es el pan de la vida;
sol que sangra con gotas de amapola encendida.

Sol que, al bruñir con oro los lauros de la historia,
galardonó á la raza con áurea ejecutoria.

¡Sol!, aguijón de ensueño, sangre de las canciones;
¡sol!, delicia en los vasos, fuego en los corazones.

Al nacer de tu disco doblarán la rodilla
copleros en Provenza, guerreros en Castilla.

¡Sol, mientras que tú luzcas, ha de ser inmortal
Don Ruy Díaz Quijano y el nombre de Mistral!

Enrique de Mesa.

LOS OJOS DE MIREYA

Mistral, vástago verde del abuelo
que no veía, de la siciliana
zampoña tañedor, hijo de un cielo
revestido de luz grecorromana

donde un eco de liras, del remoto
antaño, va en alondras convertido,
y en la mujer es la pupila un loto,
por la olvidanza, ó como el vino hervido;

aquel vino entusiasta de Castel,
vino real, imperial, pontifical,
que en tus labios vertió brasas y miel
y eterna hizo tal vez tu voz, Mistral.

Dinos, Mistral: ¿es cierto que has mirado
los ojos de Mireya, raro y noble
color, tan humildoso y remansado
como el río que duerme al pie del roble?

Nos dices que eran negros, y tan suaves
como el casto rocío matinal.
Negros... Quizás dos diamantinas llaves
temblando del misterio en el umbral.

¿Por qué no fueron verdes? Tal la yerba
que, entre el bosque, es frescura ensombrecida.
Así fueron los ojos de Minerva,
y el agua que se ve, como dormida

y desnuda, en el límpido recato
de la esquiveza umbrátil de Valclusa,
donde á Petrarca dió su beso Erato,
la más tierna y la más cándida Musa,

cuando gemía, de la dulce Laura
entre la red de amor, manso cautivo.
Verdes, como los de Clemencia Isaura.
Verdes, como la rama del olivo.

Verdes, como las ágiles goletas
que á Marsella llegaban, de países
fabulosos, surcando las inquietas
sonrisas del antiguo mar de Ulises.

Y que, cuando el Arquero, en la sedeña
sien de Mireya hundió dardos fatales,
en sus ojos quedara una risueña
lumbre y dos esmeraldas inmortales.

Ramón Pérez de Ayala.

Á FEDERICO MISTRAL

Encantador de sanos corazones
que, rigiendo por selva de laureles
cuadriga de flamígeros corceles,
de tu patria los límites traspones:

porque sembraste los ingenuos sones
de tu fácil laúd en los verjeles
que acarician isócronos *rondeles*
é ilustraron casuísticos *tensones,*

hoy la pasión de ciudadanos libres,
al aclamarte Rey de los Felibres,
en pujante mistral convierte el aura,

y el alma generosa de Provenza
los nobles mirtos en tu frente trenza,
ayer segados por Clemencia Isaura.

Antonio de Zayas.

EL TRIUNFO

Cantad, nobles poetas, el triunfo de «Los Siete
de Fontségugne». Cantad.
Comulgad en su culto, brindad en su banquete,
seguid su hermoso ejemplo y su virtud premiad.

Entre lauros frondosos y olivares preciados
y parras que cobijan los rincones amados
se leen hoy sus nombres.
Son los ilustres hombres
nacidos en fronteras de francés y español.
Y sus nombres se leen en letras de oro y sol.

En sus fiestas latinas
las copas diamantinas
sonaron como líricas estrofas, y al chocar
brillaron como lumbres
sobre el fondo de plata de las nevadas cumbres
que hicieron centellar.

Su aliento propagaron en sonoros cantarés
á las gentes sencillas de todos los lugares,
y decían las gentes
que era aquello el retorno á las más puras fuentes
de la alta Poesía,
sin artificio, llena de fuego y lozanía.

Y el poeta Mistral,
ruiseñor provenzal,
que encarnó en la inmortal
Mireya, la zagala, todo amor y pureza,
toda noble y alegre natural hermosura,
toda gracia y dulzura
é inocencia y belleza,
triunfó como árbol sano que en el bosque se yergue
buscando por encima de los demás el sol,
más que ser albergado, queriendo ser albergue
de las ramas hermanas y el lindo verderol.

Cigarra de Provenza, vate semidivino,
digno hijo predilecto de Virgilio y de Homero,
con tu alado sombrero
de señor campesino,

tu plateada melena y bigote y perilla,
como José Zorrilla,
la estatua que hoy contemplo en la plaza de Arlés
de un poeta de Castilla
se me imagina que es.

Universal y humano,
si en poco tiempo ha sido
tu verso traducido
á todos los idiomas y en todos comprendido,
me suena, más que á nada, á verso castellano.
Y es, insigne Maestro,
que te creemos nuestro,
y al sentir el impulso de nuestro aliento sano,
emparejar le vemos con tu divino estro.

Hay que triunfar, poetas. En la época actual
quiere tener ejércitos también el Ideal.
Y en las modernas luchas se llevará la palma
quien se apreste al combate
impulsado por émbolos del corazón que late
con el vapor del alma.

El águila imperial,
señora del espacio,
tiene en la cumbre el nido.
El poeta Mistral,
en su país natal,
espléndido palacio
también ha construído.
Es un palacio templo,
Templo de Poesía...
El triunfo del poeta, para seguir su ejemplo,
nos servirá de guía.

Mariano Miguel de Val.

DOS ENCARNACIONES

Helios, despertado de su nocturno sueño por Selene, apréstase á montar en su áureo carro. A la puerta de su oriental palacio piafan cuatro briosos corceles, impacientes por dar vida al Universo, mostrándole su esplendoroso señor. Son los cuatro corceles de gallardo aspecto, y se nutren de los frescos y abundantes pastos de las islas Afortunadas. Mírales complaciente su amo, y, antes de ocupar su fulgurante trono, Eos, la diosa de rosáceos dedos, se aproxima á su hermano, y deteniéndole, dice:

I

«Abandonando á Tithon, mi viejo esposo, vengo del Océano para darte cuenta de un suceso extraño: las almas de Virgilio y de Hesiodo huyeron de su funesta morada, y han vuelto á la Tierra para encarnar en los cuerpos de dos latinos, hijos y adoradores tuyos.

II

»Virgilio es ahora Mistral; y si aquél cantó los solares de Títiro, meditando pastoriles cantos, bajo un haya frondosa, al son del blando caramillo; si ensalzó los bienes de que el labrador goza, mostrando cómo disfruta de segura tranquilidad, de una vida exenta de engaños y rica de variados beneficios, de grutas frondosas, lagos de agua viva, frescos valles, los mugidos de las vacadas y blandos sueños á la sombra de los árboles; si rindió tributo á Dafnis, en unión de Teócrito, llorando la cruel muerte de aquel que enseñó á uncir al carro los tigres armenios, á celebrar las fiestas de Baco y á entretejer los flexibles tirsos con blandas hojas, y consagrándole cada año dos copas llenas de espumosa leche recién ordeñada y otras dos del pingüe zumo de la oliva, Mistral ha cantado las alegrías de la granja de las Almezas, de sus ingentes arboledas, de la hermosa fuente que mana en el vivero de las colmenas de abejas que en otoño se despueblan, y que al sonreir el mes de mayo suspenden cien enjambres de los altos almezes; ha dicho en bellos versos cómo las gentiles arriscadoras de Baus empiezan, el día de Todos los Santos, á llenar sacos y cestos de aceitunas bermejas y almendradas; ha descrito las faenas de la siega, las hogueras de San Juan, con sus músicas y farandolas, y las labores del desembojo; y ha llorado también la muerte de la dulce Mireya, abrasada por tus crueles rayos cuando caminaba por entre los grandes montones de arena, abrasadores, movibles, fatigosos, por los llanos areniscos de la salina corteza, por entre las cañas y las juncias, albergue de los mosquitos, con rumbo á la dorada iglesia de las grandes Santas, sin tener ni una ramita de enebro que la protegiese de tus ardores.

III

»Hesiodo fué Verdaguer; y si aquél cantó la raza divina é inmortal que nació de la tierra, del cielo estrellado, de la obscura Noche ó del seno de las olas amargas; si enseñó cómo surgieron la tierra, los ríos y el inmenso mar; cómo se engendraron las altas montañas, en cuyos risueños valles habitan las gentiles Ninfas; cómo se pobló el Olimpo, y cómo Zeus colérico luchó con los poderosos titanes, rodeando de llamas hasta el sombrío Tártaro, Verdaguer ha cantado los estragos que el derrocador silboso rayo del Tonante originó en el hesperio continente, y las hazañas de Hércules en el huerto de las naranjas de oro, y el hundimiento de la Atlántida, cuando, topándose en los altos cielos las cumbres de las montañas con sus raíces, y éstas con los astros, cayeron de nuevo en lluvia de crepitantes moles, desquiciándose y reduciéndose á escombros el Universo.

IV

»Y como en ellos encarnaron las almas de aquellos dos insignes vates, fueron, como ellos, grandes y elevados, y amaron con fervor á su patria: Mistral, diciendo, por boca de los felibres sus discípulos:

Ame moun village maï que toun vilage;
ame mo Provençe maï que to provinço;
ame la Franço maï que tout...;

Verdaguer, exclamando en imponentes versos:

Y ans que ton Deu, ¡oh Espanya!, t'arremarán les serres,
que arrels hi té tan fondes com elles en lo món;
poden tos rius escorrers, venir al mar tes terres,
no l'ull, però, aclucarshi del sol que may se pon.

V

«Bien está—dijo Helios después de oir el relato de su hermana—. Tendrán para mí las palabras de esos genios mayor encanto que la más dulce melodía, que el fresco soplo del austro, que el rumor de las playas batidas por las olas. Dales mi copa de exquisita fragancia, mi copa, que fué sumergida en el manantial de las Horas, y diles que mientras los jabalíes moren en las cumbres de los montes y los peces en los ríos; mientras las abejas liben el tomillo y las cigarras el rocío, vivirán en el Imperio del Sol su gloria, su nombre y sus loores.»

Adolfo Bonilla y San Martín.

EL GENERAL SAN ROMÁN

Fué un gran señor de la literatura militar española: tal vez por eso mismo no se le apreció bien ni se le supo comprender...

De haber vivido en el siglo XVI, hubiera hecho par con los que elevaron tan altamente, tan señorilmente, con su pluma, las hazañas fabulosas de nuestros tercios viejos y de los soldados españoles en general: D. Carlos Coloma, D. Bernardino de Mendoza, el capitán Alonso Vázquez, D. Diego de Villalobos, D. Francisco Verdugo, D. Diego Hurtado de Mendoza...

Quizás en todo el siglo XIX, como no fuese el insigne D. Luis Fernández de Córdova, primer marqués de Mendigorría, no tuvo rival en lo de ser gran señor de las letras militares, insigne cultivador de la gloria guerrera de España, criado de la cultura profesional del Ejército, siervo y esclavo de la lealtad caballeresca, sin reservas mentales ni prejuicios de míope.

Su vida y sus hechos nos van á decir cuán grande era el calibre espiritual del soldado, al tiempo mismo que nos muestran el generoso sentir de este Mecenas aragonés, á quien tanto deben la ciencia bélica, el arte y la gloria de nuestro nombre.

***

Conjuntamente con todo eso, la semblanza somerísima de un tan raro y original educador de nuestro Ejército nos va á servir para dar unos brochazos que señalen algunas de las lacerias más hondas de cuantas han padecido nuestras modernas Instituciones militares; es á saber: la total y necesaria intervención de los hombres de guerra en la política durante la implantación y el afianzamiento del régimen constitucional, con sus rencores, sus querellas y sus apetitos.

En ese fenómeno social del pasado siglo, tan interesante y tan complejo, hay dos clases de actores entre los hombres del Ejército: los militarotes y de acción, que brotan ya de las angustias febriles de las Juntas regionales durante la Independencia, y que se llaman Cuesta, Blake, O'Donnell, Galluzo, Montijo, Morillo, terminando con Martínez Campos en nuestros días; y los de temperamento más sosegado ó de ocasión menos fácil, que coadyuvan en Parlamentos y en Consejos, como San Román, Clonard, Calonge y otros, paladines de ideas y de partido, que gastan su actividad y sus energías en labores impropias de la esfera técnica y profesional en que vivieron.

Fernández San Román fué un general moderado, un general conservador más tarde. Peleó briosamente con la pluma y con la palabra para ver triunfantes y arraigados los principios y los procedimientos de su partido. Si se reunieran los artículos y los discursos consagrados á tal fin, se echaría de ver

la múltiple y tozuda labor de este general político, notándose de paso cuánto más alta y eficaz hubiese resultado su empresa, aparentemente profesional y guerrera, si tales actividades las hubiera sumado á las nobles tareas dedicadas meramente, constantemente además, al progreso y enaltecimiento de las Instituciones armadas del país.

En esa imperiosa desviación de la fuerza pública y de sus directores durante el siglo XIX radica la diferencia profesional que nos separa de los Ejércitos más respetados de Europa. Nuestra máquina guerrera no pudo tener la orientación y la convergencia de esfuerzos que pide Taine á todo mecanismo material ó humano. Y perdió, como consecuencia, para sus funciones propias, cuanto rindió á causa tan esencial y de tan prolongado proceso como el derrumbamiento del absolutismo y su sustitución por el régimen constitucional.

***

Salió de buena cantera D. Eduardo Fernández San Román, porque su padre fué uno de los invictos defensores de Zaragoza. Y en la ciudad inmortal vió la luz el 13 de octubre de 1818, jurando la bandera como cadete en el regimiento de Zaragoza cuando apenas era mancebo.

Primeramente en Navarra, después en Aragón y en el Centro, San Román supo distinguirse en la ruda lucha contra el carlismo, ganando con la punta de su espada y sobre el campo de batalla el empleo de teniente, el de capitán y el grado de comandante, así como la cruz de San Fernando en la acción de Aliaga, cuando ya en 1840 daba las boqueadas el monstruo fratricida que había vivido desangrando á España durante los *Siete años*.

Tal campaña, iniciada para la carrera del joven San Román en las orillas del Arga y terminada en las del Bergantes, tuvo para él también la inapreciable ventaja de hacerla con maestros como el conde de Clonard, veterano ilustre de nuestra épica lucha contra Napoleón, y como aquel *Lobo cano*, de memoria imperecedera por su sazonada experiencia, su energía y su abnegación, general D. Marcelino Oráa. Y de ella salió una de sus obras profesionales más estimadas por la doctrina militar y por las formas clásicas que la distinguen.

La historia genuinamente militar de San Román puede decirse que se cierra con la conclusión de la primera guerra civil, pues, en verdad, toda su carrera posterior anda mezclada con los sucesos políticos tan revueltos y tan incesantes del tiempo. De ahí las satisfacciones, los honores y progresos de su vida, confundidos con las malandanzas, las persecuciones y los destierros.

Ingresado como jefe en el Estado Mayor, coronel en 1844, brigadier en 1847, diputado en todas las Cortes hasta 1854, general en este mismo año, subsecretario de Guerra, director y teniente general en 1864 y 1866, emigrado al triunfar la *gloriosa* en 1868, condenado á ser baja en el Ejército por un Consejo de guerra en 1870, vuelto al servicio y puesto al frente de la Dirección de Infantería al realizarse la Restauración, senador, académico, escritor y tratadista infatigable hasta su muerte, ocurrida en el año de 1887.

El vulgo, que suele pagarse de lo externo y llamativo, no pudo comprender las cualidades que atesoraba el general Fernández San Román; en cambio, cuantos hombres de cultura le trataron, lo mismo del orden civil que del militar, tuvieron de él el más elevado y envidiable concepto. Á Cánovas del Castillo, á Campoamor, á Silvela, á *Fernanflor,* á Rodríguez Correa; á Gómez de Arteche, Almirante, O'Ryan, Arroquia, Suárez Inclán, Gallardo..., oí siempre los más calurosos encomios de las circunstancias que adornaban al preclaro Mecenas y tratadista; y por esos mundos andan aún generales, jefes y escritores que ostentan otra clase de entorchados y de galones, que confirman la opinión de aquellos ingenios esclarecidos. Cuanto más que sus obras nos van á dar la fotografía espiritual y moral del patriota, del soldado y del amador de las ciencias y de las letras patrias.



En el hervor de las pasiones políticas, y cuando su sangre todavía era moza, en 1847, San Román fundó la *Revista Militar,* publicación que participaba de las pasiones de su tiempo al par que cultivaba todas las ramas, cada día más frondosas, del *Arte Militar*.

En realidad, la *Revista* venía á ser en 1847 continuación de la que en plena guerra civil creara D. Evaristo San Miguel con el mismo título.

El ambiente que rodeaba hombres y organismos por aquellos días era de pasión, á las veces sañuda y cruel, porque encarnaba en hombres de la misma sangre, separados por ideas é intereses personales, que sentían inmediata y directamente los odios jíbaros de los caudillos de la Independencia, exacerbados por las intransigencias, rotas y victorias de los mantenedores novísimos del liberalismo y de los ciegos defensores del régimen medio enterrado en Vergara.

Período constituyente-militar, además, porque surgía con la reorganización del Estado Mayor, con el afianzamiento, reglamentación y ensanche de las Escuelas especiales, con la creciente cultura de la oficialidad, surgía, decimos, una nueva era que necesaria y fatalmente tenía que luchar con la antigua por tendencias, por principios y... por la vida y el porvenir.

Fernández San Román era hombre que odiaba los *pronunciamientos*; como pensador de vuelos, entendía que el motín cuartelario era para un país cien veces más dañino que el callejero; como constitucional moderado, aborrecía de muerte á los caudillos liberalotes que reclutaban sus huestes en las cantinas y en las tabernas, ó en los clubs políticos de medio mogate; en conclusión, como espíritu cultivado, genuinamente aristocrático, padecía además el lamentable error de despreciar á ciertas procedencias y á determinados temperamentos de oficiales nacidos y formados, no por propia voluntad, sino al calor de necesidades nacionales, alimentados en un medio rutinario, aunque para funciones loables, grandes y eficaces.

Y todo ello, lógicamente, había de reflejarse en las páginas de la *Revista Militar,* de modo anónimo en los artículos de batalla, claramente en los que llevan su firma, entre los cuales tienen miga y alcance:

«Sobre la constitución militar del país.» (Año 1847.)

«Sobre la historia y la filosofía de las leyes de ascenso en España.» (Año 1848.)

«Sobre la *Historia de la Infantería española* mandada escribir por el Gobierno de S. M.» (Año 1848.)

«Consideración sobre la guerra de Cataluña.» (Año 1849.)

«Campaña de 1849 sobre el río Tessino, en el Piamonte. Batalla de Novara.» (Año de 1849.)

La publicación comenzó su *crucis* desde el momento en que fustigó ó molestó á los gobernantes, que entonces tenían peores pulgas ó epidermis más blanda que los de nuestros tiempos. Y su cabeza sufrió el destierro consiguiente, que también entonces solía ser más áspero y verdadero que hoy.

Sucumbió la *Revista* tras una existencia fructuosa para la cultura militar española, y de sus cenizas salió años después, en 1861, *La Asamblea del Ejército y de la Armada,* que dirigió el benemérito general Calonge, y en cuyas interesantísimas páginas figuran algunos trabajos de San Román, menos apasionados y de enjundia más clásica y chapada.

***

Vieron la luz en *La Asamblea* algunos fragmentos de una obra inédita que había de acreditar al general como tratadista profundo y metódico, crítico de vuelos y escritor de gusto y de arte. Nos referimos á su *Guerra civil de 1833 á 1840 en Aragón y en Valencia.*

Sus tareas histórico-militares y sus afanes de bibliófilo refinado, liberal y aun pródigo, marchaban á compás de sus trabajos técnicos y orgánicos, des-

arrollados en Juntas, en ponencias, en multitud de asuntos en cuyo proceso no aparece apenas el rastro intelectual de San Román. Porque bien será decir que en la gestación del Estado militar de España, desde 1847 á 1887, su inteligencia fué uno de los factores más constantes y eficaces. Un análisis de cuanto estudió é hizo en los Centros consultivos, al lado ó por mandato del marqués del Duero, del duque de Valencia y de otros caudillos eminentes, daría gran relieve á la parte conocida ya como «engendrada en el magín y no hurtada á nadie» del ilustre general y tratadista.

Á él se deben también multitud de discursos pronunciados en el Senado acerca de problemas fundamentales para la defensa nacional, el *Prólogo* de la obra monumental de Arteche, á más de otros trabajos sueltos en revistas ó leídos en el Ateneo, mereciendo singular mención la conferencia acerca del duque de Bailén y el Ejército en 1808, que figura en la serie dada en la casa de la calle del Prado sobre la *España del siglo XIX*.

***

La finura espiritual del que en los últimos años de su vida se llamó marqués de San Román corría parejas con su grandeza de alma y su patriotismo, ocultos bajo una verdadera y positiva modestia.

Merced á tan raras virtudes, España y la literatura militar española han alcanzado conquistas y beneficios que por sí solos bastarían para inmortalizar su nombre.

Nos referimos á la restauración del Alcázar toledano, solar de la Infantería española, gigante que pregona un pasado recio y noblejudo, garantía, además, de un porvenir digno de nuestra sangre.

Obra fué de su esfuerzo, de su abnegación, de su talento y de su voluntad la de restaurar digna y artísticamente el Alcázar que albergó á los más preclaros reyes de España y bajo cuyas bóvedas resonaron el crujir de corazas y trofeos con los ecos de victoria que traían de los puntos todos del planeta, capitanes, navegantes y conquistadores innúmeros.

La Patria se enorgullece con ese monumento del arte y de la gloria tradicional, que no pudieron abatir los hombres con su incuria, los salvajes con la tea, los siglos con su polilla. Alto y gallardo señorea la ciudad «luz del mundo», teniendo á sus pies el torrente que lo embellece con estruendo. Y mientras quede un sillar de sus torres y de sus almenas, con él se hallará asociado á la tradición castiza que representa, el nombre del general marqués de San Román.

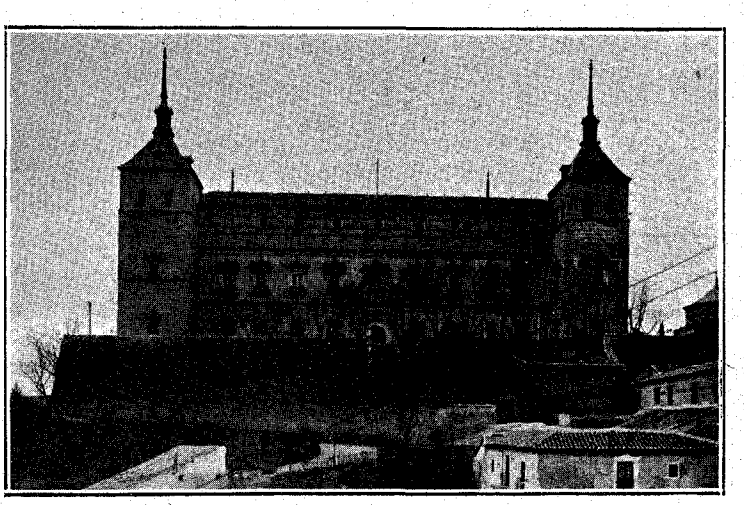
Gracias también al desprendimiento señorial del biografiado, el Alcázar tiene una crónica que ha venido á enriquecer la literatura militar de España (1).

---

(1) Costeada por el general, se escribió é imprimió la *Historia del Alcázar de Toledo*, por D. Francisco Martín Arrué y D. Eugenio de Olavarría y Huarte.

La munificencia del marqués de San Román puede servir de ejemplo aquí donde tan escasos son los mecenas altruístas, verdaderos amadores de su patria.

Al morir, el general legó á la Academia de la Historia toda su riquísima biblioteca, reunida con afanes y dispendios increíbles durante medio siglo. En ella, cual cumplía á la delicadeza de gusto y al saber variado de San Román, tenían puesto de honor los libros más raros y curiosos de nuestra literatura militar; las ediciones más estimadas de aquellos preclaros varones que anotaban las proezas por ellos vistas ó realizadas durante el gran siglo gue-



Fachada principal del Alcázar de Toledo.

rrero de España; armas y trofeos de generales insignes, descollando entre ellas las del emperador Napoleón; y como joya de singular mérito entre otras de aquel verdadero joyal literario-militar, la carta de Miguel de Cervantes al arzobispo de Toledo D. Bernardino de Sandoval.

En un legado de su testamento el marqués de San Román refleja la noble elevación de su espíritu: porque él, que no había querido publicar su precioso estudio acerca de la guerra civil y de las campañas de Oráa, dejaba 25.000 pesetas (1) para que vieran la luz las *Memorias Militares* de D. Jaime Miguel de Guzmán Dávalos Spínola, marqués de la Mina, primer insigne coronel del regimiento de Lusitania, general ilustre y maestro de cosa militar del siglo XVIII.

Era, y con razón, el general San Román amador de la vida y de los escritos de aquel caudillo, digno heredero de nuestros grandes capitanes de la XVI centuria. Sin duda, aguijoneado por la melancolía que produce la pobreza de ingenios militares españoles y de arrastradores de hombres en el período final

(1) Con los intereses de esta suma se publicó después su obra.

de los Austrias y aun durante los comienzos de la Casa de Borbón, quiso mostrar á plena luz el tesoro de enseñanzas que encerraba el tratado del marqués de la Mina, así como su gloriosa carrera de soldado. Su celo militar y su amor á la verdad histórica habían coadyuvado antes á mostrar el relieve de otro gran ingenio de aquel período: el marqués de Santa Cruz de Marcenado.

La ejecución de tan noble y póstumo anhelo la dejó á cargo de su amigo el insigne Cánovas del Castillo y de su devotísimo compañero de Academia el docto D. Antonio Rodríguez Villa. El mártir de Santa Agueda no pudo rematar el macizo y luminoso estudio que preparaba á guisa de prólogo de las *Memorias:* la muerte inesperada lo impidió; mas, tal cual quedó, figura, para regodeo de los que gustan de las grandes síntesis histórico-militares, á la cabeza de la edición revisada y cuidada, con la conciencia y el saber en él característicos, por el eruditísimo historiador de Ambrosio Spinola, *marqués de los Balbases.*

***

Almirante, en su *Bibliografía Militar de España,* dice de D. Eduardo Fernández San Román:

«La antigua amistad con que nos honra el general Fernández San Román haría sospechoso hasta el más inocente adjetivo de lisonja ó cortesía. No hacemos, pues, observación alguna. Ni es necesario. Tan notorias son sus dotes de escritor como su repugnancia á la publicidad.

»Pensador profundo, crítico severo, bibliófilo insaciable, ha logrado, á fuerza de perseverancia y de dispendios, reunir una biblioteca militar, la primera sin disputa de España. En ella, como se ve por las notas, se ha nutrido este libro, que también debe en gran parte su publicación al mismo director general de Infantería, como vocal ponente de la Junta Consultiva de Guerra. Quede sencillamente consignado. Recordar favores recibidos es la más viva expresión del agradecimiento.»

Y ahora, como homenaje al saber militar y al arte literario del ilustre campeón de la cultura española, reproducimos algunos trozos de sus libros y discursos.

El juicio duro, pero justo, y con sobrio lenguaje expuesto, del proceder de Fernando VII y de la ética que caracterizaba al Cuerpo de oficiales del Ejército en los tiempos incipientes de las libertades constitucionales, es atrayente:

«El rey D. Fernando VII, jefe más de partido que del Estado, y más atento á sus agravios y á su enojo que á la gratitud y á la justicia, después de conspirar contra el sistema constitucional impuesto por una sublevación militar del año 1820, no vaciló en llamar y abrir las fronteras á un ejército francés, ni en proclamar á la sombra de sus banderas blancas el restablecimiento de su autoridad real, no bien ejercida primero, groseramente ajada y escarnecida después. Por la violencia de las circunstancias y de una camarilla más realista que el Rey, permitió en el vértigo de la reacción destruir el buen es-

píritu militar del Ejército, mandado por excelentes oficiales, probados la mayor parte en la gloriosa lucha sostenida por la Independencia de la nación y por su propia real persona. En su lugar fueron colocados los que, ó pasados del Ejército á las filas de las partidas realistas, ó levantando en los pueblos su estandarte á lo foragido, habían cooperado á la contrarrevolución y aclamado la intervención extranjera. Las situaciones tirantes, sin embargo, no se pueden extremar sin exponerse á graves peligros, y así lo debió conocer el Monarca, cuando, satisfechos el encono y las venganzas del partido vencedor y extinguidas las fuerzas del vencido, mostró el deseo de reconstruir con mayor templanza y cordura el Estado político, mejorando su administración, aflojando en la dureza y decretando la reorganización del Ejército conforme á los sanos principios de la milicia. El personal de las tropas reclamaba en primer término la principal atención del Gobierno, y, con efecto, se depuraron las filas por medio de revistas escrupulosas de inspección: todos los malos oficiales, aunque realistas, y los de aluvión, fueron separados y arruinados, y elegido el austero general Llauder para llevar á cabo la reforma, volvieron al Ejército aquellos oficiales que, quizá por saberlo ser, sufrían en la miseria años hacía el más injusto y humillante abandono. Algunos de los guerrilleros, aunque reformados (hubo coronel que bajó á ser subteniente), quedaron en activo servicio; pero á la muerte del Rey fueron, con otros de bien distinta y noble calidad y procedencia, precipitadamente separados por sospechosos del Ejército. Repetido esto por Gobiernos imprevisores, las filas carlistas se engrosaron, encendiéndose todo linaje de odios, muchas conciencias mudaron por el agravio, y la lucha se hizo formidable. De los oficiales expulsados había no pocos arrinconados en sus casas por todo el Aragón y Valencia, bastantes de entre ellos lastimados, descontentadizos é inquietos; habíalos que atesoraban venganzas, y con unos y con otros en los mismos pueblos vivían antiguos facciosos, hombres por lo común licenciosos, sin recursos y de ánimo esforzado.» (*Campañas del general Oráa,* tomo I, páginas 12-15.)

Y el retrato que reproducimos de Cabrera tiene tonos de Plutarco, y su factura recuerda la elegante concisión de Melo:

«Cabrera, natural de Tortosa, era hijo de una familia humilde, de condición precipitada y de moral licenciosa. Mozo de barco desde su infancia en el lanchón de uno de sus cuñados, tomó luego un beneficio eclesiástico, muy ajeno por cierto para quien sufría poco y atrevíase á mucho; amigo de pendencias, enconaba riñas y favorecía peleas; causas y motivos que obligaron al obispo Sáez á negarle siempre las órdenes menores. Si hubiera continuado en la mar, hubiera sido un atrevido pirata ó un arriesgado contrabandista. Formado con mala y pobre crianza, vivió en su juventud en un pueblo asaz chico y atrasado para adquirir mucha cultura, pero bastante grande para que los vicios le salieran al paso. Fué lo que todos nuestros mozos que habrá visto el lector en las poblaciones de menor cuantía de España, arrebujados en mala capa, con la baraja en el bolsillo, la blasfemia en el labio, y buscando siempre la sombra y los rincones. Este había sido el muchacho.

»Acontece en las guerras civiles que los turbulentos de naturaleza atizan los descontentos, crece el gentío con los deseos de medrar, y los más osados trepan al poderío; fortuna que engendra tiranos, aunque algunos pagan con la cabeza el haberla levantado. Cabrera, pues, en el verdor de sus años y en todo su vigor, alcanzó el principio de una lucha fratricida, que le brindaba con el logro de halagüeñas esperanzas y esforzaba su ánimo tormentoso. La ocasión le fué propicia y facilitó sus deseos, porque desearon la rebelión sin castigar los alzados ni reprimir los atrevidos, el buen consejo no se puso por obra, y el remedio fué siempre incierto y lejano.

»Mucho le favorecía su carácter iracundo, vengativo y cruel hasta con sus mismos parciales, porque en las contiendas civiles el partido más brutal es el más digno, y el más sanguinario el más temido. Para conseguir su intento humilló á los fuertes, destruyó á sus émulos con valentías sin escrúpulos, alentó á los malvados, subyugó á sus inferiores y dominó á todos, porque, además, le acompañó el respeto supersticioso con que la suerte le salvaba de los peligros sin cuento que para su encumbramiento había provocado. Dábale autoridad y causaba temor y sobresalto su trato rebelde, las groserías de su persona, sus desaliños charros y abigarrados, el desembozo en la conversación y la inquietud y viveza de sus modales; así llegó á un poder absoluto con espanto de sus secuaces, para dejar rastros de sangre en sus acciones, y en sus pactos con los rendidos, la felonía.

»Todavía le quedaba algo de imposible que hacer para coronar su ambición y asegurar su engrandecimiento, y era perpetuarse en el mando; propósito aventurado y varonil, sobre todo cuando se trataba de fuerzas como aquellas de que disponía; tenía necesidad de justificar su dominio, y ya sin freno que se lo impidiera ni freno que se lo estorbara, se impuso con severidad á los suyos y llevó el terror á los contrarios. Entonces aparece Cabrera, sin desmentir sus mocedades, en la plenitud de su pujanza, desarrollando sus feroces instintos, que más tarde le habían de conquistar el sobrenombre de *El Tigre del Maestrazgo*. La bárbara y estúpida demanda de Nogueras para que se diese muerte á su madre en Tortosa, otorgada por imperdonable complacencia de Mina, sólo sirvió de buen pretexto á su sanguinaria locura, declarada, por lo demás, desde el primer día que dió su salto en los montes de Valencia.

»Nada le importaba que no fueran lícitos los medios para afirmar su poderosa voluntad: buscaba trazas vergonzosas cuando le faltaba el esfuerzo; no conocía el sagrado de ningún pacto ni la fe del juramento; no tenía los fines más honrados de la guerra por los mejores; si era débil, negociaba la traición; propicio á la venganza y coligado á la maldad, hacía ostentación de mando con desgarros de milicia; sin embargo, despreciaba el oro, y, aunque fanático, enfrenaba la gente clerical; soberbio con arrogancia y altivo con furor, era un despeñado, en fin, de la vanidad más insolente, que, al desplegar su tiranía, hacía descollar siempre desesperadas resoluciones, violencias y crueldades. Nunca mereció el nombre de general ni fué digno de mandar tropas regulares; tal vez, trocados los papeles, no hubieran servido Oráa ni él para sus

cargos, porque cada empresa obliga diferente ciencia y aptitud. Borso, que era un diestro general de división, le despreciaba, y Oráa le aturdía en el campo de batalla, le obligaba siempre á ceder, y llegó á imponerle temor y respeto. Jamás venció á estos generales. Las victorias de Herrera y de Maella sobre Buerens y Pardiñas no son más que lúgubres padrones del arrojo y presunción de aquellos dos desgraciados y valientes caudillos. No se le vió en combate alguno manejar sus fuerzas con arte y con brío; no se observó en sus empresas y combinaciones más plan ni otro fin que apoderarse de lo que no estaba guardado y atacar cuando no había un general experto ó una resistencia temible. Cuando, forzado por la necesidad, sostenía un choque en la defensiva, que constantemente abandonaba para huir, colocábase siempre en posiciones favorables para la retirada.

»Hízose dueño de Cantavieja y otros puntos seduciendo á traidores; en la defensa que opuso al sitio de Morella no comprendió que el sitiado era el general Oráa. Una sola línea de operaciones llegó á establecer, que fué la del Guadalaviar, ya que no hubo quien se lo estorbase cuando estaba más potente, y porque su importancia y utilidad se hallaban al alcance de la más vulgar inteligencia. Fué siempre desgraciado en sus expediciones; no hizo en ellas marcha digna de recordación, y generalmente volvió castigado.

»Tuvo Cabrera en su campo desde fines del año 37 varios jefes entendidos, y cabe sospechar que algunas, aunque escasas y aparentes reformas en el mecanismo de su ejército, no le fueron debidas. Cabrera, á pesar de su fama de temerario, no se atrevió á molestar los cuarteles de los generales Espartero y O'Donnell en el invierno del año 39 al 40; ni sus tenientes, cuando estuvo enfermo, acudieron á socorrer un solo punto fortificado de los muchos que fueron atacados y tomados. Jefe y secuaces permanecieron en la más pasmosa inacción, sin intentar una mera diversión con sus 12.000 hombres en todo el tiempo que medió, más de ocho meses, hasta el 30 de mayo de 1840, que, acosados, cruzaron el Ebro y se refugiaron en Cataluña.

»Tal campeón militar fué Cabrera, en el concepto artístico de la palabra; tal guerrillero el tan célebre personaje, que ante la crítica y la historia sólo puede aparecer como un afortunado y furioso *condottière*. La ocasión y la buena suerte lo elevaron á un rango fabuloso; pero con mayor asistencia y recursos de los gobiernos de la Reina, y con menos desaciertos de nuestra parte, ¿quién duda que el nombre de Ramón Cabrera no hubiera salido nunca de la obscuridad en que nació?

»Dentro de su campo era obedecido y respetado como un verdadero general. Sin duda, merecía el título entre aquellas gentes. Su ambición desmedida, más de honores que de riquezas, que asqueaba; su despilfarro para gastarlo con los que le rodeaban, según su valer; su voluntad virgen y pronta, eran cualidades suficientes para ejercer imperio sobre aquellos hombres nacidos para obedecer. Llamaba á los que pasaban por entendidos en el arte militar (más en son de honra que de necesidad) para que dirigieran y ejecutaran aquello que no entendía. Era valiente; de admirable constancia para perseverar, y astuto para

transigir; de avaricia excusable de los recursos de la guerra, por mezquinos que fuesen, sin escasear su bárbaro rigor para conseguirlo.» *(Campañas del general Oráa,* tomo I, páginas 336-340.)

***

Su oratoria, al decir de los que le conocieron y escucharon, era igualmente reposada, elegante, impregnada de un varonil clasicismo, que iba bien con los asuntos militares que desarrollaba. Entre los discursos más memorables que pronunciara en el Senado figura el de diciembre de 1881, en contra del dictamen relativo al proyecto de ley sobre concesión de un ferrocarril de Huesca á la frontera francesa por Canfranc.

De él vamos á recordar las frases finales con que cerraba su pensamiento, lleno de doctrina y de patriotismo:

«Y, por último, señores, en esta posición especial, especialísima en que me he colocado con estas opiniones como zaragozano, después de haberlas expuesto como general español y como legislador, diré también á los aragoneses y á los zaragozanos que no se dejen seducir por esas frases lisonjeras y peligrosas con que se evocan sus glorias pasadas para que se repitan escenas que no se han de repetir ahora sino á costa de toda su sangre. Los voluntarios de Alcubierre, de Monzón y de Huesca no harán en una nueva invasión lo que hicieron en las anteriores, porque con los caminos de hierro, las carreteras y una invasión considerable de ejército, no podrán ayudar con sus proezas al ejército defensor en los flancos y en las retaguardias. Aun cuando á algunas gentes les parezca poesía y retórica lo que voy á decir, más retórica y poesía me parecen á mí las ilusiones de los optimistas que quizá no han de ir á combatir, y que dicen que no puede haber ya invasiones. Hemos presenciado ayer una guerra europea inmensa por un pretexto fútil; estamos abocados, encendida la guerra en África, á una cuestión que puede hacerse europea, con todo género de complicaciones.

»No es, pues, poesía y retórica lo que puede suceder á los zaragozanos.

»Zaragoza, la ciudad augusta y cesárea; la que debe á un privilegio especial del cielo que pusiera su planta humana sobre un pilar la Reina de todas las victorias, aquella que inspira y á quien invocan sus habitantes en su próspera y adversa fortuna; la ciudad que cuenta en sus fastos religiosos innumerables mártires de la fe de Cristo, y en sus fastos patrióticos á los ilustres mártires de Santa Engracia: esa ciudad será convertida en ruinas cuando se presente ante sus muros esa formidable artillería cuyo emplazamiento no alcanzarán siquiera á ver los zaragozanos desde sus azoteas, pero cuyos colosales proyectiles reducirán la ciudad á montones de escombros y de carne humana. Sus atléticos hijos, tan gallardos, de pecho tan compuesto como los héroes de Homero, sucumbirán y yacerán por tierra, teniendo entre sus crispadas manos las armas que no han podido llegar á esgrimir. Esos tremendos proyectiles, que traspasan los techos de los palacios y de los templos y que to-

davía penetran después en la tierra, destrozarán, en fin, los sepulcros de los grandes patriotas muertos en 1808 y 1809, y sus manes saldrán de sus tumbas envueltos en sus sudarios ensangrentados, y desfilarán por entre las nubes de humo y polvo, diciendo á la generación que sobreviva: «También á nosotros »nos obligan á salir de aquí; también nosotros tenemos que marcharnos; nues»tras cenizas no fecundarán ya el suelo que producía los héroes, porque hasta »de su santo reposo les ha privado vuestra imprevisión y vuestra credulidad.» *(Muy bien, muy bien; muestras generales de aprobación.)*»

***

Allá por los años de 1881 á 1883, en mis tiempos felicísimos de cadete, vi alguna vez discurrir por las galerías del Alcázar al director general de Infantería y restaurador de la casa-solar de nuestra Arma, marqués de San Román. Generalmente iba acompañado de un hombre que secundó hábil y celosamente su generoso empeño: el entonces comandante de Ingenieros D. Víctor Hernández, de memoria grata también para cuantos nos educamos á la sombra de las almenas medievales reconstruídas por su mano expertísima.

Entonces oía hablar con encarecimiento de la tenaz y patriótica labor del general en favor de nuestro Alcázar, de sus medidas severas como director del Arma, de su saber profundo y variado... Y mezclados con estas lisonjas y como ocultando la púa entre flores, percibía también algún saetazo salido de labios de profesores de aquella inolvidable casa...

Muchos años después, cuando conocí la vida y las tareas del doctísimo maestro y tuve de manos firmes y autorizadas los rasgos esenciales de su noble existencia, adquirí el convencimiento de que á San Román se le miró siempre por muchos de sus compañeros, de sus émulos y de sus subordinados, con el microscopio de la pasión, de la rabia, de la ignorancia, y aun de las faltas ó de los delitos corregidos ó castigados... ¡Sistema de justiprecio humano y español, es verdad, pero que no encaja bien en la crítica histórica ni responde á la hidalga rectitud de espíritus cristianos!

Un juicio tan sincero, tan levantado y tan militar como el de Gómez de Arteche quiso reparar las crueles injusticias de los coetáneos, loando repetidas veces la vida, las virtudes y los trabajos del que fué su amigo y su camarada de armas y de letras, varón de limpios y envidiables merecimientos guerreros además.

Sean estos renglones un nuevo y modesto homenaje ofrecido á su clara memoria, un tanto borrosa ya para las gentes nuevas de la profesión.

Y repitámoslo: fué el general San Román un gran señor de la cultura patria, y como gran señor se produjo en la vida y en la muerte.

Por eso su obra educadora, ejemplar, transcendente, quedará como señuelo que provoque siempre la gratitud de los militares estudiosos y que brinde á la imitación de los encumbrados por la fortuna ó por el dinero.

José Ibáñez Marín.

REVOLUCION Y EVOLUCION

I

Simultáneos son el engrandecimiento mercantil, los progresos náuticos y el desarrollo colonial. Renacimiento de los espíritus, manifestaciones individuales, nuevas formas de expresión, más contraste de las ideas, marcados señalamientos en las relaciones de clases. Á la Edad Media puede decirse que se empieza á volverla las espaldas, sin que esto sea que se rompa con la tradición, por aquello de que la *Verdad eterna* es imperecedera, y la Humanidad se aproxima más ó menos á su radio de acción, pero de su influencia no queda jamás desamparada. Ello es lo cierto que en los siglos XV y XVI las ciencias toman raudo vuelo en iniciativas, afirmaciones, perseverancias y generalización de conocimientos. En los siglos XV y XVI se amplían como nunca el comercio y la navegación, á la vez que la Iglesia, por reunión de Concilio, tiene que atenerse á mantener incólume la creencia del dogma, y en lo que cabe la duda, ó sea lo opinable, discutirlo, para ver de llegar, con acierto, á un acuerdo donde se rindan las opiniones en armónico concierto.

Seguramente es preciso reconocer que á mayor ilustración corresponde más uso de libertad.

Tiene razón Dunoyer cuando dice que en el estudio de cada función social el principio de libertad se hermana con el de responsabilidad. Consecuencia de ese fenómeno sociológico: el descubrimiento de acción del principio moral, que toma incremento por el esfuerzo repetido del trabajo asiduo, siendo con miras al bien.

La cuestión es hacer éste compatible con la labor industrial, cuya influencia es innegable, y de día en día más potente. La atención se fija en elegir zonas y situaciones que sean convenientes al tráfico. Se comprende mejor la ventaja de la previsión, la ventaja de alternar el ahorro con la vida recompensada; y es de ver al capital, no de manos muertas ó amortizado, sino libre de trabas para la transmisión de dominio, tenerlo activo entre vecinos y fuera de su círculo. De Calcuta á Nueva York van y vienen telegramas y giros. El tanto por ciento llama á todas las puertas con golpes estrepitosos: por doquiera predomina la civilización.

Á esto hemos venido á parar en los tiempos presentes. Su base está en los tiempos pasados. Los ideales de ellos que tuvieron algunas lumbreras con Tomás de Aquino y Descartes, son á manera de árbol robusto que se extiende de día en día con esplendoroso ramaje: la evidencia acaba imponiéndose, y la realidad queda perpetuada en la historia.

Afortunadamente, el orden económico es de gran facilidad comprensible por lo que tiene de positivo; y los principios democráticos, si tienen medios

viables de progreso, los dan principalmente el instinto en combinación con el intelecto.

Los hebreos no creyeron que había venido el Mesías prometido por los profetas; pero sí creyeron siempre en la conveniencia de acumular riquezas para satisfacer goces materiales sin renegar ni descuidar de los intelectuales. Así se ha visto la participación del pueblo hebreo en el progreso de todos los ramos del saber.

Desde Asia, aquel pueblo elegido un día por Dios vió que era Europa el continente donde podía influir por medio de la riqueza: riqueza sin las contingencias de cada época que pudiesen tener los bienes inmuebles. En cierto modo fué preferir la usura (que ha sido, es y será siempre el *paño de lágrimas* de las malas pasiones), un negocio como otro cualquiera, en condiciones onerosas, por los riesgos á que se expone el capital: dígalo si no la historia de algún rey de Castilla. La usura, por otra parte, que tiene mercado en África y en América. Y es de notar cómo la raza judaica, siempre perseguida, sin embargo, no ha decaído jamás de ánimo. Hoy la aristocracia judaica cultiva brillantemente artes y ciencias y se señala por laudables actos de caridad.

Tanta soberbia humana moderna rinde tributo al capital judaico, cuya inteligencia mercantil y asentada gestión financiera no tienen rival en el inmenso mercado monetario.

Al mismo tiempo se dice que el consumo es efecto de la producción. No y sí. Á millones son los consumidores que se quedan sin consumir.

Según Balbi, la emigración hebrea tuvo lugar en dirección á Europa, donde las necesidades fueron de día en día en aumento. Las guerras imponían gastos imprudentes por ambiciones en todos los órdenes sociales, aunque con más transcendencia en las esferas feudales. La demanda de capitales era correspondida por capitales hebreos, con previsión acumulados y adaptados á los tiempos que corrían. Siempre el capital, su creación, más su conservación, requiere una regularidad de vida que en cierto modo sea aislada. Sobre todo, de lo más caro que tiene la existencia, que son los vicios, hay que privarse en absoluto para que la acumulación de capital no cese, y venga á ser una especie de relativo movimiento continuo. Recordemos al primer conde de Campomanes, que desde el pueblo de San Clemente comunicó al conde de Lerena luminosos trabajos económicos que convenía implantar en España.

Nótese que el pueblo hebreo, combinando la codicia con costumbres morigeradas; las leyes no siéndole favorables; el sentido moral no siéndole simpático. El criterio, cuando no era el capricho; la imposición, cuando no era el despotismo bárbaro; la amenaza, cuando no era el golpe certero, daban lugar á escenas entre prestatario y prestamista de las que era víctima la Hacienda nacional; y donde había rey había usura, con voluntad arbitraria sobre vidas y haciendas. Las orgías se pagaban caras, cuando no quedaban sin pagarse. El trato era desigual entre el capitalista y quien á él recurría en sus apuros financieros, de donde se deduce que podía haber tragicomedias.

Esta fué la realidad que está registrada en la historia. Como había fami-

lias que sólo sabían gastar, las había al mismo tiempo que sólo sabían ahorrar. Podrían citarse muchos ejemplos. La Hacienda pública estaba, si no siempre, casi siempre empeñada: trance en el que ponía un estado de guerra permanente, que sus gastos improductivos fomentaban la miseria de pueblos y cortes.

Cuando subió al Trono de Castilla y de León Isabel *la Católica,* puso á raya la influencia hebrea, que anidaba perniciosa, más que habitaba, en el palacio de los Reyes ó en sus inmediaciones.

Y en cuanto á la expulsión de los judíos (que ni atacamos ni defendemos), antes de ella, por intolerancia de la época, estuvieron fuera de la ley. Como es sabido que en los siglos medios los hebreos en España vivieron lo mismo entre cristianos que entre moros, no dejaría de influir para este orden de vida de los descendientes del memorable pueblo de Israel que viviesen en barrio suyo exclusivamente. De esto hay ejemplos en Persia, Arabia, Rusia, Berbería. El hebreo, como personalidad jurídica, estuvo desamparado; pero la ha tenido por su dinero. El mercado de metales, que tiene hoy tanta importancia en Londres, ha asumido en sus manos la contratación del oro y de la plata: los dos metales indispensables para el régimen de los intereses materiales.

En cierto modo tiene cierta analogía (aunque con diferencias esenciales) la raza judaica con la raza anglosajona, en cuanto al aislamiento de prole, con la diferencia de que en el anglosajón su aislamiento ha sido espontáneo, y en el judío, obligado. En los Estados Unidos no ha habido aún necesidad del capital hebreo con apremios: todo llegará.

Que todo tiene sus etapas de desarrollo. Remeros fueron los marinos que pusieron sus naves unas enfrente de otras, fenicios y egipcios. El comercio descrito por Fenelón pintando la actividad de Creta, hace ver que sus pobladores, como buenos isleños, alternaban la agricultura con la navegación. Porque en cuanto la agricultura ha tenido importancia, á su producción se ha buscado salida adonde fuese solicitada. Lo mismo la industria: de ahí la importancia que tienen ahora los agentes comerciales. La simpática Bética, la singular Venecia, han sido miradas con predilección. Como atrayéndose por irresistible imán de Oriente á Occidente, se cursa el comercio igual que cursa el astro del día.

¡Los intereses materiales!

Ellos son poderosos: dígalo si no (no obstante dificultades que parecían insuperables) el comercio que desde tiempos remotos hubo entre Asia y Europa, el cual estuvo sostenido por atrevidos navegantes.

Si Asia es la cuna de la historia, ¿no fué allí donde tuvo lugar la *divina escena* que ha dejado consignada el evangelista San Lucas? Cuando los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos preguntaron al *Redentor:* «¿Nos es lícito pagar el tributo al César?», entonces el divino Maestro pidió que le enseñasen un denario, preguntando á los interlocutores: «¿Cúya es la figura y el letrero que tiene?» «De César», le respondieron ellos. «Pues dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Es decir, que la mone-

da, según los tratadistas en la materia, al inaugurarse la era cristiana desempeñaba un papel, respondía á una necesidad mercantil como es la de ahora. El Imperio romano, por su sólida organización, hubo de crear el intermediario en el cambio de mercancías que había establecido: señal de civilización con miras progresivas.

En Asia, como en Africa, como en Europa, destaca la nota que da el industrialismo. Cada productor quiere vender una parte de su producción para adquirir lo necesario que no ha podido producir. Evidente parece que no pasase por la imaginación en aquellos remotos tiempos, ni hubiese estadistas que clasificasen el comercio de legítimo ó de fraudulento. No se concebía más comercio que el natural que emanase del propio derecho y que no menoscabase los fueros de la moral eterna. Mas, ¡ay!, ¿qué es lo que no se ha visto profanado sobre la faz de la tierra? La hermosa *Democracia,* que el Arte ha revestido con sus más resplandecientes bellezas; que la Ciencia, en sus más transcendentales problemas, ha querido perfeccionarla; que la clase popular manifiesta ferviente entusiasmo por su programa. Pues la Democracia sufre aherrojada bajo el manto de muchas banderas nacionales sin dejarse enarbolar la bandera universal con el lema de *Paz, Caridad y Amor* entre semejantes. ¿Que esto es una quimera? Pero lo es por propia voluntad político-social.

Europa apadrina todas las intolerancias: desde la económica hasta la religiosa, desde la política hasta la científica. Así es que al egoísmo se sacian sus apetitos desordenados, y las pasiones acumulan antagonismos, algunos feroces.

En el siglo XII, por no remontarnos á tiempos más lejanos, se inician facilidades mercantiles en pequeña escala. En el año 1124 el comercio de Levante fué patrimonio de los venecianos, al mismo tiempo que destacan hazañas de rivalidades entre almohades y almoravides. En Venecia se llegó á tanta pasión marítima, que se celebraba desposorio entre el Dux y el mar. A la vez, el año 1171 allí se puso en estudio la creación de un Banco comercial. El año 1213 los envidiosos de los judíos en Europa quieren sus riquezas y los persiguen. El año 1271 Marco Polo sorprende con asombro á los navegantes con su ruta á Oriente. En el siglo XIV tiene lugar en París un alboroto por la adulteración de la moneda.

Por ésta, ¡cuántos delitos han quedado impunes!

En el año 1340, por encontrados intereses materiales, los ingleses se presentan en las costas de Flandes en son de guerra, logrando su objeto. En el año 1345 las islas Canarias vienen á formar parte de la dominación europea. En el año 1347 Venecia, preponderante, consigue que sean admitidos libremente sus buques en Egipto y Siria. En el año 1350 Génova se opone á que Venecia compita con su comercio del mar Negro. También las ciudades anseáticas combaten á Dinamarca el año 1361. Y en el año 1375 llama la atención la concurrencia de mercaderes extranjeros en Granada.

Llégase al siglo XV, y Castilla envía una escuadra á Tetuán para castigar á los piratas mahometanos, quienes, con osada piratería, hacen mofa de la poderosa Venecia, que no puede amparar bien á los mercaderes de Beirut el

año 1403. El año 1417 los portugueses avanzan, exploradores, por la costa sudoeste de Africa.

El año 1421 tiene lugar la venta de Liorna, ventajosa á Florencia. El año 1432 Portugal descubre las islas Azores y el cabo Bogador. El año 1450 es descubierto el cabo Verde por navegantes portugueses. En fin, el año 1452 se presentan cinco buques cargados de víveres en Constantinopla, y en los de 1461 y 1464 Venecia celebra Tratados mercantiles con Egipto y Constantinopla. Portugal persevera en sus exploraciones marítimas con reconocimientos de los cabos Mesurado, Santo Tomás, Príncipe y Annobón por los años 1462 á 1472. Y es el año 1480 cuando Castilla se posesiona de las islas Canarias, y Bartolomé Díaz se enseñorea del cabo sur de Africa.

Asombrosa actividad en lucha gigantesca hace que tomen mucho vuelo los intereses materiales, si bien el progreso de éstos es causa más ó menos inmediata de rivalidades, á fin de obtener la superioridad en las ganancias y acumulación de capitales.

El espacio es inmenso, la actividad humana tiene que ser inagotable, y la ambición es desmedida del año 1480 á 1499. Y, sin embargo, ¿qué comparación tiene con el tráfico del siglo XX?

Es cierto que merece llamar la atención como hecho culminante el extraordinario concierto entre Isabel *la Católica* y Cristóbal Colón. El descubrimiento de un nuevo mundo. ¡Y qué mundo! Los moros desde Aden, otras naciones con esfuerzo gigantesco desde las Indias y la China, con asombro oyen relatos de tres viajes bajo las órdenes del inmortal genovés por mares inexplorados y por costas soñadas; costas dominadas por los famosos incas. Allá en lo ignoto Vasco de Gama pone soberano sus huellas. Fíjase el derrotero del cabo de Buena Esperanza. Dos judíos portugueses relatan sus viajes por Ormuz y Calcuta. ¡Oh siglo XV, que da firmeza á la columna universal sustentando al genio supremo de Colón!

La libertad de todos los mares queda asegurada...

Egipto y Venecia tienen que rendir homenaje á sus sucesores. La raza latina merece elogios. ¡Gloria merecen España y Portugal! ¡Inmortalidad ha alcanzado Isabel *la Católica!* Ella puede decirse que da nombre á nuevos mares, á magníficos horizontes, á inmensos territorios, á puertos de abrigo, á costas pintorescas, á territorios que son fecundísimos en maravillas. ¡Lástima que la libertad económica no sea la mejor garantía del progreso humano!

Progreso el de los años 1500 á 1514, en los que toman carta de naturaleza los descubrimientos que ilumina la ciencia, que consiguen los guerreros conquistadores, que normaliza el derecho, que imbuye la religión. Es verdad que Cristóbal Colón no pudo descubrir todas las inmensidades territoriales que estaban en su mente. Pero fué secundado por Cabral en el Brasil, por Alburquerque en el África oriental, por otros exploradores en el golfo Pérsico. Y la Corona portuguesa es adornada con más dominios por Ponce de León y por Núñez de Balboa. Del siglo XVI son páginas de conquista para Europa Nueva Guinea, las islas Molucas, la Florida, el istmo de Panamá, el mar Rojo. Son

otros tantos mercados que se abren al tráfico internacional. Simultanean con éste los adelantos científicos; el cambio de producciones busca y busca ensanche de diámetro, y con él, multiplicidad de radios. La aberración humana ó sus egoísmos entorpecen la actividad, y hoy iniciativas y energías, más que libres, son esclavas en muchos casos. No se repara en los medios, en plena democracia (es verdad más fingida que sincera). ¿Hemos de enumerar las guerras? Sólo en el siglo XVI espanta las que hubo. Alejandro VI es solicitado para demarcar dominios entre españoles y portugueses. A los esfuerzos generosos se imponen los ambiciosos, entre ellos los de Portugal y Holanda; pronto guerrean ingleses y franceses. Con los primeros se disputan el campo colonial los pobladores del Norte de América. Que las colonias, un imperio colonial es el *desiderátum*. Como entonces, ahora quieren probar las naciones poderosas quién puede más.

¡Desgracia es que á la soberbia sólo pueda vencer la muerte!

II

En el siglo XVI señálanse emigraciones de industriales y de guerreros: éstos para conquistar, aquéllos para explotar territorios. También la Iglesia manda misioneros. Y una civilización va á sustituir la otra, como el fuego de arcabuz reemplaza al dardo de la flecha. No es la libertad (por consiguiente, la justicia) la que prevalece, que es la esclavitud. ¡Cuánto se aprende leyendo la literatura del P. Las Casas! En el siglo XVI hay un derroche de ciencia en su primera cuarta parte. Así que, para destacar en él, es preciso ocupar puesto muy culminante. Siglo en el que compiten Cisneros, Carlos V, Francisco I, León X. Éste queriendo reglamentar con garantías la personalidad de los indios. Siglo en el que tiene lugar la celebración del Concilio de Letrán, de discordias y de sabiduría. De terror que infunden turcos y mamelucos. Las ideas reformadoras bullen en contraposición á las de la Edad Media.

La doctrina de Cristo es rechazada por muchos que quieren disfrutar costumbres licenciosas.

En vano son los esfuerzos que hacen los representantes de los intereses materiales queriendo que haya libertad y orden. Para conseguir no entorpecerse las industrias mismas, ni los comerciantes de mercado á mercado, ni los navieros de navegación á navegación, ni los labradores de cultivo á cultivo. Mas no puede dominarse á la inmoralidad en el año 1522. Así sucede verse maltratados hasta los más pacíficos indios americanos, y á los negros africanos se les reduce á la más sufrida esclavitud. En Méjico abusa Hernán Cortés, ó los suyos, de su preponderancia: Motezuma, rey por derecho propio y por el asentimiento de sus vasallos, es reducido á la condición de prisionero.

Mas el período de las grandes revoluciones á la moderna se inaugura. Son á saber: siglo XVI, la religiosa; siglo XVII, la inglesa; siglo XVIII, la francesa; siglo XIX, la social; siglo XX, la feminista.

Al mismo tiempo el comercio á través de obstáculos se abre camino á sus transacciones. Un ejemplo (hasta cierto punto deplorable), según la estadística comercial, lo que sucede entre España y los Estados-Unidos. De éstos aquélla importa en 1890 79 millones; en 1896, 73; en 1904, 102; y exporta 24, 10 y 28, respectivamente, en los mismos años.

La enemistad política no puede sobreponerse á la exigencia mercantil, por necesidades imperiosas de los consumidores, ahora como siempre.

Volviendo á la historia económica del siglo XVI, encontramos á Portugal en posesión de Macao, Cantón, Bengala y Persia, mercados codiciados en el extenso Oriente. Por el Occidente está América, que despierta ambiciones. A la vez que los nuevos dominadores tratan duramente á los indígenas, señaladamente en Méjico, y sobre todo en el Perú. Ventajas atraen la navegación á Terranova, Borneo y Molucas; y la especulación se manifiesta insaciable no obstante abrirse horizontes que eran desconocidos.

En avance del siglo XVI figuran en atrevimientos públicos Tomás Moro, Pizarro, Almagro, Andrés Doria. Pero, por rivalidades, los holandeses se ven amenazados de cerrárseles el mar Báltico. No se descuida el Parlamento inglés en el ejercicio de sus derechos beligerantes, fijándose en el porvenir colonial. Colonias y más colonias son el anhelo de los Poderes públicos en todas las naciones de Europa. El individualismo anatematizado con exageración, y, por consiguiente, con desconocimiento. Que es tanto como olvidarse del egoísmo, nocivo si es maquiavélico, pero que si lo contiene el pudor da ópimos frutos. La personalidad humana rechazaba la manera de pelear de las guerras púnicas; pero sin desistir de la pelea, si antes con la maza, en el día con el revólver. Lo positivo es que lo que no se logra por la persuasión, se quiere conseguir por la fuerza.

Como á la mitad del siglo XVI, decaído el poderío feudal, sus castillos empiezan á ser, aunque en pequeña escala, almacenes.

Los reyes ambiciosos, favorecidos por las circunstancias, se ensoberbecen y guerrean ventajosamente contra cuantos magnates quisieron disputarles el triunfo. Mas el afán de adquirir riquezas, los recursos ó instrumentos mercantiles. Los obstáculos vencidos con esfuerzos titánicos. Libertad que es siempre ventajosa, y nunca extinguida. Aquella libertad con que navegaron los fenicios (aunque corriendo los riesgos de la falta de instrumentos náuticos, ó verse cogidos por feroces corsarios); la que tuvieron almogávares y venecianos. Posteriormente del Mediterráneo saliendo al Atlántico. Adelante por los mares Pacífico, Pérsico y otros. Ello es que en los siglos XVI y XVII vino á intervenir la clase comercial, en representación de intereses económicos. Por lo que tuvo razón de ser la Confederación de Utrecht, y fué legítima su influencia.

El triunfo de la Cruz sobre la Media Luna en Lepanto facilitó la normalidad mercantil en el Mediterráneo. En cuanto á la paz pública, ésta tuvo días terribles y días gloriosos, en los que figuran Diego Hurtado, Torcuato Tasso, Juan de Austria, Ticiano, Drake, Guillermo de Orange, Juan Bodino, D. Se-

bastián, el duque de Alba, Montaigne. Por éste influyó el escepticismo, como á la devastación alguna escuadra con apariencias de protección mercantil. Pero esto, ¿qué de extraño tiene, si ha podido decirse de Holanda que ha sido destructora en su rica colonia de cosecha cuya abundancia podía perjudicar, no ya el precio remunerador, sino el precio monopolizador?

Inglaterra con el emblema leopardo se posesiona de Virginia, nombre simbólico de una virginidad dudada. Era el año 1588 cuando Inglaterra obtenía ventajas sobre España. Isabel y Felipe, enemigos irreconciliables, más que por las ideas, por su genialidad intransigente.

Las presas de galeras con ejemplares de animales hermosos ó raros, con oro ó plata, estaban admitidas por represalias en los mares. Tanto más, que los metales preciosos eran considerados la verdadera riqueza.

Ésta solía encubrirse con el manto de la religión, cuando por ella batallaba Carlos V contra la protestante Alemania. En Alemania, que proclamaba la libertad religiosa como lauro del siglo XVII, en éste fueron la espada y la hoguera instrumento predominante del vencedor sobre el vencido. Se llamaron hombres libres por sus proezas en los mares el holandés Houtman; aquellos navegantes que arribaron á la Guyana; los ciudadanos que lograron para Cádiz supremacía de tráfico; los navegantes que podían burlar la piratería, que estaba consentida sin desdoro nacional. No eran ciudadanos libres el campesino ganando el sustento con el sudor de su frente, ni las Universidades, miradas con saña por los gobernantes, ni el palaciego que caía en desgracia de la Corte.

Los monasterios, si perdieron fuerza, si dejaron de ser sus abades señores de horca y cuchillo, aquélla la ganaron en los estudios que estaban obligados á hacer en aquella avalancha investigadora y acometedora del Renacimiento.

En éste no se descuida el comercio: antes al contrario. Hernán Cortés con el filo de la espada abre nuevos mercados en Méjico; y de California se prometen risueñas esperanzas para adquirir el codiciado metal amarillo. También Francisco Pizarro, como Hernán Cortés en Méjico, abre incalculables horizontes en el Perú. El Cuzco ofrecía al comercio perlas, maderas, tinturas y otras riquezas. No puede negarse el espíritu aventurero, combinándose industria y ciencia, lo humano con lo divino. Sólo que cada genialidad tenía su expresión particular, con medios diferentes y circunstancias especiales. Los siglos XVI y XVII pagan la novatada de disponer de un nuevo mundo y de preocuparse de la influencia de una nueva manera de creencia religiosa.

Es opinión bastante generalizada los inmensos (pueden llamarse inmensísimos) territorios que Mendoza de Castilla, con él otros, no pocos compañeros, se lanzaron codiciosos hacia lo desconocido. Se oye hablar á un atrevido aventurero (siendo esto, podía hasta llamársele heroico) ya de Méjico, ya del Perú, ya de Chile. Desde el curso del Plata hasta el estrecho de Magallanes, los españoles recorren entre ansiosos y serenos vastos bosques vírgenes y centros habitados. Son los reyes de la *creación* que representan á la raza latina y tienen personalidad jurídica á nombre de España. ¿Cómo dudar esto en el si-

glo XX, que vemos á los americanos de nuestra raza tan pujantes, con tanta cultura, y con costumbres semejantes á las nuestras? ¿Qué más explicación de sentimentalismo tradicional, de árbol genealógico con vastísimo ramaje, que ver la propensión á convivir que existe entre la que fué madre patria y sus antiguas colonias?

Las mujeres latinas no rechazan, las que fueron y las que son españolas, lo mismo los hombres, enlazar su vida en legítimo matrimonio.

Todo lo audaz atraía en aquellas tierras vírgenes, como si tuviese imán irresistible. Los mismos indios en sus relaciones impulsan á Gonzalo Pizarro á ir desde Quito á El Dorado. Los indígenas tienen conciencia de la fecundidad de su suelo. Donde no abundan las especias, la rica canela, allí abundan las pepitas de oro. ¿Hay que atravesar los Andes? Pues se intenta atravesarlos. Lo mismo se hace al tropezar con ríos muy caudalosos. ¿Hay que abrirse paso por bosques compactos? El hacha los hace viables. Tantos obstáculos ocupan extensión de unas mil setecientas leguas de mar á mar. El 31 de diciembre de 1540 aquel puñado de españoles termina su expedición, ellos mismos asombrados de su hazaña. (¿Qué hazaña? ¡De las hazañas realizadas!) Orellana y Garcilaso han inmortalizado su nombre.

Los primeros europeos (españoles) que recorrieron América dejaron allí descendencia. Hoy está ésta dignamente representada. Lo está por la misma legislación de Indias. ¡Lástima que en todo momento no haya sido rectamente interpretada! Es verdad que eran tan inmensos, estaban tan lejanos los dominios, era tan complejo aunar la civilización americana con la europea, el corazón de las gentes españolas latía de modo tan distinto que el de las gentes indias, y la mujer del nuevo continente había de influir sobre los españoles, que son para el bello sexo, en general, subordinados á la influencia del llamado sexo débil.

Por otra parte, en América no tenían razón de ser ni el justicia de Aragón, ni Padilla de Castilla, ni hacendistas de Felipe II, ni capitanes de Italia y de Flandes. Allá eran llamados los Pinzones y tipos parecidos.

Ello es que puedan contarse un día (si no ha llegado, llegará) 200 millones de almas con habla española.

¡Oh España!... Brindaba América con sus tesoros: hubo navegantes propicios á dirigirse desde el Adriático y el Mediterráneo al Atlántico y al Pacífico; los hubo desde el Cantábrico y del mismo Atlántico á ir donde hubiese maravillas que contemplar, riquezas que adquirir, enemigos que vencer y peligros que correr. Judíos y moros en Europa estaban activamente contrapuestos al cristianismo. Al mismo tiempo el arte se perfeccionaba, las ciencias se desarrollaban, el derecho iba estando mejor concebido y aplicado, las religiones, si bien es verdad que vivían en guerra, se iniciaba un respeto que era difícil conseguir. El regalismo se afianzaba, el saqueo de Roma enseñaba á prevenir contingencias. En fin, América preparábase para ser de los americanos de raza latina, por España.

III

El plan colonizador de España y la manera de ser de la metrópoli, todo evidencia ahora aquella inmensa y formidable independencia de súbditos que son hoy ciudadanos que con los españoles los ligan fuertes simpatías. Por Oriente las corrientes civilizadoras son distintas, tal vez por cuestión de razas; África y Asia se han presentado con aspecto y razón de ser distinta que América, tanto por los indígenas como por los conquistadores. Ejemplo son el capitán Stephens, las excursiones de Drake y Cavendish, los Gobiernos de Londres, Isabel, Cromwell, Pitt; la característica inglesa llega hasta nuestros días con notas que son patrióticas. El pabellón inglés ha dado repetidas pruebas de sus cuidados y defensas del comercio de su nación. La metrópoli acertó la manera mejor de ser protectora de su comercio.

Los resultados prueban el aserto, aun á través de errores, pero que son subsanados por repetidos aciertos.

Aquel tráfico con Persia, vencedor á través de muchas dificultades; el Mediterráneo utilizado ventajosamente desde diferentes puertos para llegar á Egipto; aquel tráfico que desde el advenimiento del cristianismo va transformándose gradualmente; las grandiosas herencias que dejó Roma imperial; los bárbaros suavizándose poco á poco sus costumbres; la mujer, que mejora en respetos sociales; la libertad, que no cesa de mejorar en su estado político de derecho privado, nacional é internacional; la lucha con caídas y sostenes sociales. Un día Inglaterra, creadora de *Compañía Comercial* y con el pretexto de protegerla, destrona de los mares la supremacía portuguesa y consigue alejar de sus rutas á los rivales de Europa, que no pudieron oponerse á que la soberbia Albión se hiciese dueña de mercados en Calcuta, Dehli y Bengala. La bandera de la libertad tremolada imponiendo la tiranía. Los resultados se tocan en el siglo XX.

Resultados algunos funestos para el progreso de la civilización y para la libertad comercial.

Con completa libertad de acción fueron los ingleses á Oriente. Mas éstos no la otorgaron á las otras naciones. Dueños de Bombay el año 1658, la Compañía de Indias construyó el fuerte San Jorge y estableció en Madrás su presidencia. Al comercio protegieron eficazmente las armas y la diplomacia... La altivez anglosajona con gran sentido práctico.

En octubre de 1651 el largo Parlamento votó el *acta de navegación*. Por ella sólo podrían importarse en Inglaterra las procedencias de Asia, de África y de América en buques ingleses, siendo forzoso que las tres cuartas partes de la tripulación hubiese nacido en Inglaterra, y que el capitán del barco fuese de nacionalidad inglesa. La producción del suelo y la fabricación industrial habían de importarse con pabellón nacional. Por tanto, la exclusión extranjera quedó declarada firme para que el monopolio fuese soberano, mejor, que se

ejerciese despóticamente. Con ello quedó proclamada la guerra de tarifas y desencadenada la intransigencia.

En el mes de mayo de 1679 el Parlamento inglés votó el *bill* conocido bajo el nombre de *Habeas Corpus*.

A fines del siglo XVI y mediados del XVII quedaron establecidas reglas con las que inaugurarse la gran era del régimen colonial, aunque el desarrollo había de ser diferente, con arreglo á las condiciones de raza y circunstancias especiales. En España tuvo lugar (mes de noviembre de 1591) el cumplimiento de la sentencia de muerte del *justicia* de Aragón Lanuza. Que siempre para las libertades otorgadas por fuero, como la ocasión se presente, funciona el verdugo. Por desgracia, se pusieron frente á frente Inglaterra y España. ¡Oh, si comprendiesen bien sus verdaderos intereses los pueblos! España creyó interminable su preponderancia sin rival. Se equivocó; y se aprovechó de su error Inglaterra, inaugurando ésta el siglo XVII su era preponderante.

Inglaterra, déspota con Irlanda y con Escocia, hábil para burlar las travesuras del Extranjero, cruel con los puritanos, que hubieron de expatriarse, atroz á impulsos del fanatismo religioso, organizada para acaparar riquezas, Inglaterra pudo llegar al apogeo de la grandeza humana.

Inglaterra supo sacar partido de las circuntancias desde mediados del siglo XVI, por no haberse gastado sus fuerzas tanto en el Continente como las gastaron las naciones continentales. Lo mismo sucedió en el siglo XVII; y pudo Inglaterra robustecer su poderío, sobre todo el naval, que se hacía de día en día más necesario para atender al imperio colonial. Europa, de grado ó por fuerza, hubo de aceptar la preponderancia del inglés, ocupado principalmente en lo útil, exento de sentimentalismo, tal como fué entendido por venecianos y españoles, que tanto gasto de vida naval hicieron para intentar el golpe mortal que asestaron sobre la marina de la Media Luna en las aguas de Lepanto. España hizo esfuerzos titánicos sobre la base de un sentimentalismo no exento de egoísmos. Pero al fin el sentimiento se sentía, y toda nación que no mira fríamente á las demás, como no haga gastos reproductivos en el sentido utilitario, los hace por sacrificio humanitario, y éste es desinteresado.

Cervantes fué tipo acabado de su tiempo.

La historia explica por qué decayó España y por qué se engrandeció Inglaterra.

España, ocupada el año 1547 con la celebración de Cortes en Monzón, que estuvieron presididas por el príncipe D. Felipe, cuando los Estados de Aragón aún se hacían ilusiones sobre la estabilidad de sus libertades. El emperador Carlos, desde Bohemia, haciendo gastos cuantiosos con las guerras de Alemania y de Italia, necesitó pedir á la representación de Monzón un subsidio de 200.000 libras jaquesas y otros recursos; todo fué concedido á la Corona. Vanas fueron las protestas respetuosas de los procuradores de las ciudades. No había nada que se pareciese al *Habeas Corpus,* ni el pensamiento nacional estuvo puesto en el porvenir colonial. ¡Tan fácilmente se ensan-

charon los dominios de España! Como que llegó á ser la primera en disfrutar más de los rayos solares. Estos la deslumbraron...

Pueblos y soberanos de los dominios de España, sus preocupaciones dominaron la función libre de la razón; y al derecho constituído reemplazó la pasión arbitraria, ó sea, la anarquía gubernamental.

Ello es que, por diferentes causas, cuando el año 1675 se reunieron en Nimega los plenipotenciarios de las potencias beligerantes, los de España, del Imperio y de Holanda, para tomar acuerdos, lo hicieron creídos de que Inglaterra no había de consentir que los Países Bajos pasasen al dominio de Francia. Fundábanse en que Inglaterra se emancipase de cierta tutela que Luis XIV ejercía sobre Carlos II. El error se cometió, y Francia pudo imponer su criterio en la paz de Nimega el año 1678. Nuestro Carlos II tuvo que someterse. Esto es, España en decadencia. Mientras que el poderío transitorio de Luis XIV se preparaba á heredarlo Inglaterra. Y se preparaba aquel *preludio revolucionario,* que está tan bien escrito por César Cantú.

Para España las desventuras siguieron en el orden político desde 1678. La imprevisión, la intriga, un cansancio de fuerzas, el desconocimiento del uso de la libertad. En fin, el descuido intelectual en la esfera gubernamental.

Ha sido inmensa desgracia el descuido de una parte, la corruptela de otra, que en España estuviese desviado su poder naval. Precisamente cuando Inglaterra aumentaba el suyo. Y á la malquerencia de ésta se unía la torpeza de la diplomacia española en el empeño de dominar sobre Inglaterra. Cuando España tenía que cuidarse tanto de sus inmensas colonias de América y de las no menos interesantes de Asia.

A fines del siglo XVII dice Gebhardt: «El duque de Montalto, que había reemplazado en la presidencia del Consejo de Indias al marqués de los Vélez, muerto de pesadumbre en 1693, Montalto declaró á Carlos II que por sí solo no podía encargarse de la gobernación de España.» Ya en el año 1689 el conde de Rebenac escribió en sus *Memorias* «que España tenía elementos de fuerza; pero esparcidos tanto, que llegaban á formar un caos».

España cayó en el delirio de grandezas; en su caída fueron al fondo del mar sus naves, y fueron al fondo del abismo los descendientes de sus famosos tercios...

Todo esto consecuencia del reinado de Felipe II, quien, sobre su mucho valer, estuvo la fuerza de circuntancias adversas. Felipe II creyó que podía más que el *Destino*. Tan vigorosa era su voluntad. ¡Era al fin humana! Y todo gobierno personalísimo es, más que nada, destructor; aun siguiendo la corriente de su tiempo, como hizo en parte Felipe II.

Siglo el XVII que puede juzgarse por algunos de sus personajes. De ese siglo son: en España, Greco, como precursor del gran Velázquez; en Francia, Bossuet, en controversia con Fenelón; el mismo Bossuet, por su *Exposición de la fe católica;* en Inglaterra y Alemania, Spinoza, por su *Tratado Tológico-Político*. En el siglo XVII creyeron los españoles que su poderío era inacabable.

Precisamente cuando por el desarrollo colonial el comercio había de ir en progresiva importancia en España, ésta no tuvo de ella el aprecio debido, aun en Barcelona, Sevilla y Cádiz, con disfrutar de privilegios. Es verdad que, lo mismo en España que en los Países Bajos, el lujo de Francia imponía sus modas.

¡La locura humana! Ésta se ve palpable en la decadencia española desde el siglo XVI, sigue en el XVII, y continúa en el XVIII. Que la locura, como puede ser individual, puede serlo también colectiva, como lo ha sido en los siglos XVIII y XIX.

Felipe II, el rey católico por antonomasia, no admitía intermediarios entre Dios y su persona. Teníase por el ungido del *Señor*. Esto con la mejor buena fe cristiana. Creyóse providencial, brazo fuerte de la Providencia. Entonces, que el comercio era considerado como una ocupación un tanto servil, por no decir un mucho, Felipe, rey de Milán y de Nápoles, había de tropezarse con el rey de Roma; y con Paulo IV hubo de estar en guerra por su poder temporal. Felipe, por sus posesiones de América y sus codiciados galeones, hubo de ponerse enfrente de los piratas ingleses. Felipe tenía que defenderse, por lo menos, de sus codiciosos enemigos. ¿Cómo abandonarles el campo? Esto era lo divino, pero no era lo humano, mucho más en un espíritu de fortaleza extraordinaria, que había sido engendrado con odios al protestantismo. Está bien dicho que el Monasterio de El Escorial condensa su historia y es el monumento de arte que enseña á saber quién fué Felipe II. Después de él, grandezas muchas se encuentran en los reinados sucesivos; y para que no falten grandezas populares, está la guerra de la Independencia con otras manifestaciones de subido color nacional, de arrestos temerarios internacionales. Con ellos llegamos al siglo XX.

Anselmo Fuentes.

———oOo———

La psicología religiosa y el antropomorfismo

(Continuación.)

Respecto á Fenicia, ni aun los mismos filósofos se elevaron más allá de la teoría atomística de la creación, primitivamente dimanada de una concepción politeísta del universo (1). Cuando escribí mi *Historia general de la literatura,* creí poder afirmar, tocante á las fuentes de la cultura y del arte fenicios, que «fueron un ascendiente para el politeísmo vulgar, enriquecido en el panteón egipcio». Esto se comprueba, sobre todo, estudiando el verdadero sentido de sus creencias religiosas. La religión fenicia fué al principio el culto del pueblo, el *patrios zevis,* como le intitulan las inscripciones, significando el culto de los templos dedicados á un *Júpiter* LOCAL. Algunos orientalistas, entre los cuales vemos, por cierto con sorpresa, á RENAN, han pretendido que el Dios adorado en dichos templos era de ordinario el Dios Supremo, determinado por algún nombre particular, como *Zeus Uranios, Epauranios, Upistos, Megistos, Zeos Satrapes,* etc. «En el fondo—escribe RENAN—, los sirios, bajo la adoración á sus extraños dioses, profesaban cierta especie de monoteísmo; por lo menos, es indudable que, comparados con las personalidades divinas enteramente distintas que ofrecía el politeísmo griego y romano, los dioses de que se trata, en su mayor parte Monstruos del Sol, eran casi hermanos del Dios Único.» Esta razón es sumamente débil, y no pasa de la categoría de conjetura. El carácter politeísta de las creencias de los sirios me parece tanto más evidente, cuanto que, aun después de su conversión á las ideas cristianas, quedaron en ellos vestigios innegables de sus antiguas afeminadas concepciones. Así, por ejemplo, en el primitivo cristianismo siriaco el Espíritu Santo tenía nombre femenino, y se le hacía jugar en la Trinidad el papel de la Madre.

Aún más clara y terminantemente que RENAN se expresa VOGUÉ, escritor tan simpático á las clases ilustradas: «El culto del dios fenicio *Baal* implicaba la creencia primitiva en un solo dios, lo mismo que los cultos vecinos de *Bel,* asirio; de *Hadad,* sirio; de *Moloch,* amonita; de *Marna,* filisteo, etc., divinidades cuyo nombre contiene las nociones de la unidad y de la dominación suprema. La multiplicidad de los *Baalín* secundarios no prueba más contra esta unidad que la subdivisión del dios egipcio en potencias divinizadas; sólo que en Fenicia esta repartición del poder divino es más geográfica y política, si se puede hablar así, que filosófica... *Baal* adorado en Tiro, en Sidón y en Tarso, se convierte en *Baal-tsur, Baal-sidón, Baal-tarso.* Como tal, puede recibir un nombre particular, que acabe de destruir en el espíritu del vulgo su carácter primitivo; pero no por eso deja de subsistir la noción confusa de la unidad primordial.»

(1) Véanse, en mi *Historia general de la literatura,* las referencias á las cosmogonías é historias de *Mocho* ó *Moscho* y de *Sanconiaton* (del siglo II ó III de nuestra Era).

De un modo semejante piensa Schöder, el gran analista alemán de la lengua fenicia: *los fenicios eran en el fondo monoteístas.* En qué estribe el motivo de su convicción, no lo declara bastantemente el ilustre semitista. La única razón de su modo de opinar parece ser ésta: «Los cultos paganos de la Fenicia, por su analogía con los de Siria y Babilonia—dice el P. Mir—, reposaban sobre un fundamento monoteísta... El politeísmo semítico en general no fué nunca más que un monoteísmo obscurecido.» Pero el hecho de haber siempre adorado los fenicios á dioses en sexo y poder, es un argumento capital contra las opiniones de los que porfían que se dió culto á un Dios supremo, y este mismo argumento sirve, en mi sentir, para sostener que en todos los poderes sobrenaturales negados (según Filon de Biblos) en la filosofía atea de Sanconiaton, no hay Poder único alguno que domine á los demás, como no sea el sol ú otro ser de grande influjo en la tierra. Y precisamente nos consta, y hace al caso advertir, que *Baal,* Dios supremo, fué el dios solar, sin dejar de ser el dios de la tierra. Acostumbrados los fenicios á contemplar el cielo, maravillados del influjo que el sol ejercía en el reino vegetal y animal, teniendo los ojos fijos de continuo en la esfera celeste, vinieron á dotar las estrellas de tanta virtud en el regir los accidentes de la vida, que les pareció que si no las declaraban por deidades desoían los argumentos evidentes de la razón. Por eso el autor del *Deuteronomio* (IV, 19) no cesaba de avisar á los hebreos que no se parasen á mirar á los astros. *Ne forte elevatis oculis ad coelum videas solem et lunam et omnia astra coeli, et errore deceptus adores ea et colas quae sub coelo sunt.*

Por lo que toca á la liturgia, fué siempre entre los sirios una lánguida y continuada melopea. Inferiores á los romanos en severidad y á los helénicos en magnificencia, los cultos siriacos, en su enervante languidez contemplativa, más propios parecían del Extremo Oriente que del Asia occidental. La supuesta adoración al «Dios Supremo» consistía, como en las demás religiones politeístas, en ofrendas de tortas y libaciones (Jeremías, VII, 18), en incisiones sangrientas, en sacrificios de niños y en la prostitución de las mujeres en los templos ó en los bosquecillos sacros que los circundaban. Y como nota Doellinger, las huellas de la espantosa costumbre de sacrificar á Moloch seres humanos se ven en el mito de *Teseo* y el *Minotauro.* El monstruo cretense, con cuerpo humano y cabeza de toro *(Baco Heban),* á quien se sacrificaban jóvenes, no es más que el *Moloch* importado de Fenicia, así como el triunfo de *Teseo* significa la destrucción del sangriento rito. De igual manera, el rapto de Europa por el toro, traído á Creta desde Fenicia, significa la colonización de la isla por los fenicios, representando el toro al sol dios, y Europa, á la luna diosa.

Entre los árabes tampoco fué el monoteísmo la forma primera de su antiguo culto. La prolongada marcha errante y las numerosas separaciones á que estuvieron condenadas sus tribus, los mantuvo en el politeísmo hasta bien entrada la era cristiana. Sólo la reforma de Mahoma consiguió afianzar el dogma de la unidad divina. No triunfó, sin embargo, completamente de los

instintos politeístas en el alma indómita de la raza. Los musulmanes han vertido, ciertamente, su sangre y la de las demás naciones por establecer en todas partes el culto de un solo Dios; pero el culto de los dioses inferiores ha producido nuevos retoños entre ellos: no sólo los beduínos hacen sacrificios en las tumbas de los santos, sino que los mahometanos más avanzados rinden culto á los santos muertos y les elevan altares.

Las religiones naturalistas que desde tiempos antiquísimos existían en Sajonia, si bien tenían sacerdotes, no exigían su intervención, y la influencia de ellos fué muy escasa en la sociedad inglesa. No es de este lugar reseñar el genio social de los sajones, con su interesante sello individualista (1). Baste dejar consignado que este individualismo estaba tan arraigado en la religión como en los códigos y en las costumbres. Cada sajón era á la vez juez y legislador de sí mismo, y era también sacerdote para su familia en el sagrado asilo de su hogar. Nunca hubo para los sajones de raza otros sacrificios ni otro culto que el culto y los sacrificios dirigidos por el jefe de la sociedad doméstica al dios de su morada.

MARCO POLO nos dice que los habitantes del país de *Cardandan* adoran cada cual al más viejo de la familia, proporcionándose de este modo la comodidad de tener un dios en su casa y á su alcance. Según SATOW, en el Japón se cree que los espíritus de los muertos continúan existiendo en el mundo invisible que nos rodea por todas partes; que se han convertido todos en dioses con caracteres diferentes y poderes más ó menos grandes; que es preciso aplacar los dioses maléficos para que no castiguen á aquellos que les han ofendido, y honrar con un culto á todas las deidades para inducirlas á aumentar sus favores. Este ejemplo, observa SPENCER, da gran fuerza á la opinión de que los dioses maléficos, como los benéficos, se derivan de los espíritus de los muertos, diferentes por el carácter y por el influjo *(maleficent gods and beneficent gods have all been derived from the spirits of the dead of varing chavaeter and influence)*. No creo acertada en absoluto está opinión, ni otras varias emitidas al mismo respecto, y que pecan todas de obscuridad, ambigüedad ó exclusivismo. Muy divididas andan, en efecto, las opiniones sobre la derivación de la primitiva religión japonesa, siendo uno de los principales motivos de esta discordancia el que se ha examinado la cuestión desde aspectos de todo punto diferentes. Sin entrar en ninguna particularidad á este propósito, diré con el P. MIR (de quien tomo mucha parte de estos datos) que, en general, puede juzgarse haberse formado aquella religión de elementos heterogéneos. Afirman sus apóstoles que su aparición se remonta hasta los principios del mundo, y en sus tradiciones, no interrumpidas en el transcurso de veinticinco siglos, debería investigarse tal vez lo que hace referencia, no sólo á su *politeísmo* exuberante, sino también á su *animismo* primordial, de donde seguramente surgió por lentas transiciones aquel politeísmo aparente. Porque la primitiva

(1) Pueden verse reunidos todos los detalles en STUBBS, en PALGRAVE y en FREEMAN. Nada digo de las relaciones entre el politeísmo inglés y el paganismo germánico, por no ser éste un punto á que deba descender mi sucinta exposición.

religión japonesa, aunque se llame *sintoísmo,* que significa «camino de los *dioses*», está por su origen, por su idioma y por su historia tan unida á la de China, que quien posea la una debe dominar la otra; y considerando esta afinidad manifiesta, inclínase uno á pensar que la religión japonesa primitiva fué segura y meramente un culto de los *espíritus,* ya que en las prácticas y creencias primitivas de los chinos no hallamos otra cosa que este culto escueto y descarnado.

HEGEL llamaba á la religión de la China la *religión de la medida,* considerando la medida como la concepción metafísica más pobre y que primero se ofrece á la mente humana, y creyendo, sin duda, que no era posible al hombre empezar la formación de su fe por una concepción más inferior. Hoy está reconocida la falsedad de esta idea. La primitiva religión de la China, como la de casi todos los pueblos, fué una derivación directa de la magia. Aleacionados, en singular confusión con el fetiquismo chamanista, hállanse en ella residuos de animismo, hechicería, éxtasis, conjuros y otras prácticas supersticiosas. A esto se redujo en un principio todo su dogma, su rito y su sacerdocio.

Un tal criterio provoca cuestiones tan obscuras como las que conciernen á la evolución, variación y tránsito histórico á la religión verdaderamente nacional del Celeste Imperio. Como es indudable que semejante investigación no puede hacerse de una manera precisa, bastará insistir en que la religión nacional representa y constituye en un sentido general el paso del punto de vista de la magia al punto de vista de la creencia en lo particular, en lo finito, en lo humano, círculo esencial de lo divino para las creencias religiosas. He aquí por qué el alto dogmatismo chino merecerá siempre ser llamado por su objeto y finalidad la *religión de la medida.*

Quedamos, pues (y perdóneseme lo largo de la digresión), en que la primitiva religión japonesa fué un animismo antes que un politeísmo, á menos de negar la antedicha unión de su origen, idioma é historia con la historia, idioma y origen de los chinos. De sus tres libros ó compendios de antiguas tradiciones, el *Ko-zi-ki,* el *Nihon-Sto-ki* y el *Shin-i,* el más antiguo es el *Ko-zi-ki,* compuesto en el siglo VIII antes de Jesucristo, noventa y nueve años después de haber sido introducida la escritura china. No se espere hallar en ellos aquella dogmática delicada y sutil, aquel ritual amplio y generoso, aquellos preceptos de moral naturalista, aquellas preces conmovedoras á los seres invisibles que constituyen la grandeza de los *Vedas* sánscritos: trátase de recopilaciones de fábulas absurdas y poco edificantes, laberintos de teología laica con pretensiones de piadosa.

La realidad de los *kami* ó espíritus no tenía en general otro fundamento que la divinización de los agentes poderosos del universo ó de los grandes hombres de la tradición. Primeramente vemos un caos dominando en la inmensidad, imperceptible é indiscernible. En las muchas páginas que en su descripción emplea el *Ko-zi-ki* no se encuentra una sola vez el concepto semítico de *creación* ni el concepto ario de *emanación,* sino el concepto mongólico y

tan pueril como vacío de *sucesión*. Al caos sucedieron tres dioses *(kami):* el augusto Señor del cielo, el venerable productor, el venerable hacedor; los tres se dejan ver espontáneamente, no sabemos cómo, en el principio del mundo. El cielo y la tierra hubieron de sentir separación entre sí, y representaban dos fuerzas: activa y pasiva. Entonces la tierra, que flotaba en el caos como gota de aceite en el vasto mar, se condensó, y de su densa viscosidad nacieron dos dioses, que unidos á los tres primeros forman las cinco principales divinidades japonesas (1). ¿Qué nos ofrece esta cosmogonía? Una unidad vaga que se cambia, sin modo claro de relación, en una multiplicidad subsiguiente. Esa unidad, merced á raras transformaciones, hace florecer nuevas deidades, á cuyo cargo corrían las cosas del clima, aire, tierra, agua, vientos, árboles, montes, fuego, bosques, estaciones, pastos.

Otro relato nos presenta el nacimiento del dios del fuego acompañado de una inevitable calamidad, y fué morirse del parto la diosa *Izana-mi*. Su marido el dios *Izana-gi* sintió su pecho agobiado por tanta tristeza y pesar, que no podía con los lloros, de cuyo raudal nació la diosa del llanto. Loco de pena el dios *Izana-gi,* le cortó la cabeza al dios del fuego, de cuya sangre surgieron diez y seis dioses más. No por eso recibían sus ojos consuelo: antes el negro amor, atizando la llama con la ausencia de la fenecida esposa, le traía fuera de juicio y le solicitaba á bajar á los infiernos á buscarla, como lo hizo; pero con tan mala fortuna, que por haber tomado en aquella mazmorra el alimento necesario, hubo de pagar la pena y echar á huir sin su esposa, acosado de los dioses infernales. Al salir zambullóse en un riachuelo para lavarse; de cada parte lavada salió una deidad: del ojo izquierdo, la diosa que lo fué del sol; del ojo derecho, el dios que tomó á su cargo la luna; de la nariz, el dios del océano; y así sucesivamente. Entretanto, su esposa *Izana-mi* empuñó el cetro de la mansión infernal, y le bullían los pies de alegría cuando á *Izana-gi* se le arrancaba el corazón de su lugar por la fuerza de los celos.

En este extracto ya el pensamiento se ofrece más claro; pero todavía resulta cosa embrollada, larga y molestísima seguir el hilo de las luchas entre los dioses de esta mitológica epopeya. Hazaña principal es la desastrada muerte de la diosa de la abundancia: de su cadáver emanaron los animales domésticos, y también los granos y cereales. *Ama-Terasu,* diosa del sol, cansada de vivir entre tanta peleona, subióse al cielo, dejando el cetro de la tierra á su hijo *Ninigni-no-Mikoto*. De este antiguo vástago desciende la dinastía imperial, por haber sido el bisabuelo del primer emperador *Jimmu-Fenno*. Al partir la diosa *Ama-Terasu,* el cielo, que moraba cerquita de la tierra, se apartó, huyendo á los confines del mundo que al presente ocupa (2). Si nos referimos, pues, á la hechura de dioses y diosas, tal como aparece en la mitología del

(1) No entro en la enumeración de los dioses menores que de ahí brotaron, por hacerlo después con todo detalle con motivo de criticar el evemerismo de SPENCER.

(2) La diosa *Ama-Terasu* llegó á constituir el Ser Supremo de los sintoístas; por lo cual se ve que la teoría del monoteísmo primitivo carece de fundamento. Por otra parte, el carácter solar de esa diosa es un hecho que refuta, mediante sólidas razones, la misma teoría.

Japón, habremos de convenir en que esta mitología es una de las más pobres, de las más pueriles que se conocen, así por su fondo como por su forma.

Estas afirmaciones las confirma el P. Mir, quien concluye sus investigaciones sobre el *Ko-zi-ki* con las siguientes palabras: «La mitología japonesa sirve al sabor de la curiosidad franca mesa de dioses y diosas... Uno de los más graciosos episodios es el del *Pino de Takasago,* en conmemoración de la fidelidad conyugal. Vivía en *Takasago* una jovencita hermosa y honesta, ocupada en hilar y coser, rendida á la voluntad de sus padres. Un mancebo venido del Oriente, hijo de *Izana-gi* y de *Izana-mi* (pareja primera de los dioses creadores), acertó á verla en cierta ocasión trabajando á la sombra de un pino, y entró en su gracia muy de veras. Pudo tanto el amor, que se juraron eterna alianza. Vivían felices en regaladísima paz. Caminaban á la vejez; no por eso mermaba el cariño. Iban juntos á recoger hojas del pino; él con la pala, ella con la escoba. Hacía la grulla su nido en la copa del pino, la tortuga buscaba abrigo en su sombra, y sentían los dos esposos caliente el pecho con la amorosa llama. Murieron ambos el mismo día, á la misma hora. Las almas de entrambos pasáronse á las entrañas del pino. De aquí le quedó el renombre de *pino conyugal.* De noche, á la luz de la luna, cuando el viento susurraba entre las ramas del árbol, los *manes* de los dos esposos visitaban la mansión de su antigua felicidad. No se mostraron en figura terrena sino á gente escogida. La tortuga y la grulla, emblemas de la inmortalidad, les servían de compañeras en todas partes.» Y nada más. Apurada está la mitología del Japón. ¿Qué vamos á decir de cosa tan pobre y menguada?

No menos menguada y pobre es la parte práctica del sintoísmo. A decir verdad, en el Japón desde tiempos remotos se aprendió á regular las relaciones morales, pero no sucedió lo mismo con las intelectuales; y el fecundo sentimiento que lleva al hombre á respetar y ceremoniar á sus dioses, queda anulado en aquel país por una hipocresía sistemática y una obediencia pasiva. La mentalidad fútil y superficial de los japoneses carece de toda chispa de entusiasmo; su razón helada no ha llegado á noción alguna cierta sobre la naturaleza y destino del alma humana. Menciona el *Ko-zi-ki* la purificación del agua; pero para nada sirve en aquel pueblo, que la ha aplicado tan sólo á frivolidades. Las prácticas verdaderamente religiosas, que allí no daban más que frutos artificiales, son cuatro: pureza de corazón, abstinencia de toda mancha, observancia de las fiestas, peregrinación á los lugares santos. La pureza de corazón resulta inútil, porque, estando sujeta por la legislación á reglas uniformes é invariables, no ha simplificado en lo más mínimo su espíritu moral. La abstinencia de toda mancha consistía en evitar el trato de la casta vil, en abstenerse de carne, en no tocar sangre, en huir de cuerpos muertos; la impureza duraba á veces horas, semanas, meses, según la calidad de la cosa, llegando á tal extremo la extravagancia sintoísta, que si un japonés recibía visita de alguna persona manchada, lavaba con agua y sal la casa toda de alto abajo. Por fortuna, el progreso, con su fuerza incontrastable que todo lo avasalla, ha triunfado, hasta el punto de que actualmente los japone-

ses posean, no sólo en las ciudades, sino en los villorrios, magníficos puestos públicos de carne y se alimenten concienzudamente con substancia tan sabrosa.

Otras ramas de la raza amarilla son, no sólo politeístas, sino idólatras. En el Mogol hay una vaca que recibe más genuflexiones que el buey *Apis*, que tiene su pecho guarnecido de diamantes, y su establo adornado con las más bellas pedrerías del Oriente. En general, puede decirse que, salvo aquellas manifestaciones de teísmo y panteísmo comunes desde particulares aspectos á los hombres de todas las razas (1), los mogoles son por excelencia politeístas; y en sus religiones predominan, no las partes superiores del politeísmo (mitología, teogonía, etc.), sino las inferiores: culto á los espíritus de los muertos, tradición patriarcal, etc.

Si se comparan ahora las tradiciones teocráticas de los antiguos pueblos de Oriente con las más rudimentarias de los salvajes actuales, se verá, en general, que estos últimos en nada ó casi nada difieren de aquéllos. En 1813 una colonia de la América septentrional, requerida por los ingleses para que evacuase su territorio paterno, respondió por uno de sus jefes: «Nuestras vidas están en las manos del Gran Espíritu. *Él ha dado á nuestros padres las tierras que poseemos;* si ésta es su voluntad, nuestros huesos blanquearán sobre estos campos, pero no les abandonaremos jamás.» Entre los *iroqueses* el aparato ceremonial y la magnificencia del rito estaban tan sólo reservados para los funerales, «por ser el respeto á los difuntos y el recuerdo de los antepasados la principal virtud religiosa de aquellos salvajes». Los naturales de las islas de Sandwich consideraban al espíritu de uno de sus antiguos reyes como una divinidad tutelar. En Madagascar, según Ellis, los cultos hoy establecidos son muy posteriores al culto de los dioses domésticos, que dominaba en un principio. Turner nos informa de que en Nueva Caledonia casi todas las familias tienen un sacerdote. El mismo autor, en otro libro, hablando de los habitantes de las islas Samoa, afirma que recitan en común las plegarias sobre la tumba de un padre, de un hermano ó de un jefe. Rogaráse, por ejemplo, en caso de enfermedad, para pedir la salud y para ver si se le cura ó no. Entre los indígenas de *Bans'Island,* quien de ellos va de viaje reza así: «¡Tío mío! ¡Padre mío! Muchos cerdos para vos, mucho dinero y *kava* para vuestras necesidades, veinte sacos de víveres para vuestra alimentación en la canoa. Os ruego me sigáis con vuestros ojos; protegedme en el mar.» Mac-Donald nos dice que cuando los negros de Blantyre ruegan para obtener una caza feliz y regresar cargados de carne de venado y marfil, saben que lo deben á uno de sus viejos parientes, por lo que les ofrecen un sacrificio en acción de gracias. Si los cazadores no traen nada, suponen que es que está el espíritu de mal humor y contra ellos, y entonces les niegan la acción de gracias, etc.

---

(1) Entre los tan calumniados chinos no faltan quienes crean en *Uno,* en un Dios el más elevado. Según Blavatsky, en la plancha de oro existente en el Altar del Cielo en el gran templo *T'Iantan,* de Pekín, está inscrito el nombre del Supremo Legislador de los Orbes *(Yuh-Hwang Shang-ti).* «Este culto (dice el coronel Yule) aparece mencionado por el narrador mahometano de la embajada de *Shah Bukh* (1421 después de J. C.). Hay algunos días del año durante los cuales el Emperador no toma el menor alimento animal... Pasa el tiempo en un departamento que no contiene ídolo alguno y dice que está adorando al Dios del Cielo.»

De los datos que acabamos de apuntar resulta que el hombre primitivo, á pesar de sus nobles esfuerzos, no pudo elevarse á la idea unitaria de Dios. Nuestras últimas investigaciones nos han llevado por grados en medio de los monumentos de la más remota antigüedad, y del examen de algunos grandes puntos históricos relativos á la religiosidad de la civilización primordial hemos venido á parar á una sencilla y compendiosa crítica del henoteísmo de MAX MÜLLER, sirviéndonos de argumentos y datos que, á lo que se me alcanza, no han sido aducidos hasta ahora. Concibiendo como una obra colectiva el árbol de las mitologías primitivas, hemos examinado las raíces de este árbol con arreglo al sistema que llamaré *sociomórfico,* y que es, en mi sentir, el único que puede explicar todos los demás. Desde el punto de vista aquí adoptado, la unidad y universalidad del Ser Supremo no caben, al menos de un modo holgado, sino en la religión que ve en la humanidad una familia universal y única, es decir, en el cristianismo, y de ningún modo en la familia tradicional, que fué en general, bajo la forma de *clan,* el núcleo antiguo de la sociedad humana. El politeísmo de los primitivos tiempos se explica como un producto de las concepciones diferentes de las muchas razas que surgieron en diversas partes del mundo de las innumerables hordas que sólo unidas por la violencia llegaron á constituir nacionalidades, apuntando entonces vagamente el monoteísmo local.

Si ahora lanzamos una rápida ojeada á las otras partes del mundo, las dos Américas, el África y las islas del Pacífico, y sorprendemos el progreso de la idea religiosa en los que se ha convenido en llamar bárbaros ó salvajes, veremos que en todas partes ha seguido el espíritu humano la misma marcha, y que siempre ha llegado á una sola y única religión; es decir, á un monoteísmo más ó menos puro y más ó menos elevado. *Tezcatlipoca* era, en la mitología de los antiguos mejicanos, el dios que representaba la Providencia; sacrificábanle víctimas el día de su fiesta, después de haberlas rodeado de respeto durante un año, por considerarlas imágenes vivientes del ídolo, á cuyos pies debían ser sacrificadas; pero estos mismos mejicanos, en tanto que no habían pasado en cuanto á su mentalidad del primer estado de evolución, eran politeístas supersticiosos. Las agrupaciones indígenas, en su mayoría *chiriguanas,* extendidas actualmente en las inmediaciones la ciudad de *Salta,* se hallan en un estado muy inferior á los mejicanos; caracteriza sus ideas religiosas un zooteísmo, cuyos temores se concentran en los objetos animados, especialmente en los representativos de fuerza, ligereza, ó en los que surgen en las tinieblas nocturnas, según NAVARRO LAMARCA; convierten tales entes en espíritus tutelares, los invocan en sus ceremonias y se los atraen con sus sortilegios. El negro de la Costa de Oro ofrece sacrificios; pero no se sabe á qué dios, ni si cree el negro en un dios. Á RATZEL le parece indudable que siente la necesidad de relacionar con un ser supremo una porción de ideas que traspasan los límites de lo natural; mas nadie nos ha dicho cómo se lo imagina: quizás él mismo no lo sabe, ó, mejor, no se ha formado una imagen determinada de ese ser, que lleva en la mayoría de los idiomas que habla la raza de color del con-

tinente africano varios nombres, de los cuales pueden citarse los de *Modimo, Ukulunkulu, Itongo*. Algunos misioneros han afirmado que en la religión propia de los polinesios se nota, aun antes de las influencias del cristianismo, un desenvolvimiento tendente al monoteísmo; y si bien RATZEL considera esta afirmación un tanto aventurada, es de todos modos innegable que la religión de los polinesios acusa un poderoso impulso creador de dioses.

Y con esto queda agotado el asunto principal del tema que me propuse; esto es, conocer el politeísmo en sus principios psicológicos y en sus orígenes históricos. He tratado el tema lo mejor que he sabido; pero me ha sido imposible darle mayor amplitud. En una obra de este género no se puede esclarecer más que un punto, y me tendría por dichoso si hubiese conseguido hacer entender, siquiera aproximadamente, lo que he pretendido explicar. La religión primitiva fué politeísta por esencia; el hombre es un animal clasificador, y á todos los conceptos que generalizó puso nombres concretos: su escala para llegar á Dios fué la escala del sueño de JACOB, llena de naturalezas inferiores á Él, aunque superiores á la nuestra. ¿Se dirá por esto que yo he intentado desacreditar la religión, rebajando los esplendores de su cuna? De ningún modo. No quiero manchar á la religión con otra impureza que la del pecado original de su nacimiento, y aun ésa puede borrarse con el bautismo de todos los progresos teológicos, sobre lo cual nos da la historia enseñanzas fecundas.

Yo no niego, por lo demás, que la tierra que habitamos deba acaso los gérmenes de toda elevada cultura á una tradición religiosa, escrita ú oral, de cualquier modo que concibamos su derivación; pero la presencia del antropomorfismo politeísta en los comienzos de la historia, su permanencia á través de los siglos y su universalidad entre las razas poco civilizadas que aun hoy existen, hacen de esta concepción y de este culto un fenómeno de importancia suma en los anales del espíritu humano. Estoy convencido, á causa de mi experiencia particular de mitólogo, y de los hechos auxiliares que me han suministrado las ciencias antropológicas, que, al decir que los politeístas son tres veces más numerosos que los que han reconocido y reconocen una sola Divinidad, y que los creyentes antropomorfistas son tres veces más numerosos que los politeístas en general, me quedaría todavía muy por bajo de la verdad. Durante estos últimos años, muchos autores, sobre todo en el Extranjero, han descrito al pormenor la diversidad de los dioses y de los cultos, según el principio de la evolución; pero siendo el fundamento oculto de ésta, tal como se la entiende por los transformistas al uso, aquella ley biológica de que «el grado de perfeccionamiento estriba en el grado de diferenciación de las partes», se ha venido á parar á un doble y correlativo absurdo: que el monoteísmo debió ser anterior al politeísmo, como la unidad á la variedad ó lo homogéneo á lo heterogéneo, y que el politeísmo representa históricamente un progreso sobre el monoteísmo. Las teorías intermedias, como la del henoteísmo, que supone indiferenciada la noción más antigua de Dios, si han atenuado la fuerza de la primera parte del dilema, han dejado intacta la segunda. Agravada inconscientemente la controversia por semejante conflicto, no nos queda

sino dejar á un lado ese principio, que, todavía aceptable en la biología de Baer, es artificial é impacientante en la sociología de Spencer, y resulta un colosal *histeron-proteron* en la mitología de Max Müller. Mi obra sobre *Los gérmenes del cristianismo en Oriente* ha hecho ver claramente, á propósito de un caso particular, que en los orígenes religiosos la pluralidad procede á la unidad, lo compuesto á lo simple, y lo analítico á lo sintético, como debió de suceder también con las lenguas. Todo el conato de ese libro, y de los que le seguirán sobre el mismo asunto, es demostrar que la religión cristiana, como toda religión universalista, comenzó en forma de sectas, teniendo por punto de partida dogmas sumamente vagos y contrastantes en comparación de aquellos á que acabó por llegar.

Pero afirmemos nuestros pasos antes de proseguir el camino. Yo bien sé que me saldrán al encuentro los ortodoxos, calificando la tesis que pienso explanar en mi próxima obra sobre *La evolución religiosa del judaismo,* de impía, temeraria y gratuita; pero no pienso contestar, si á ello se me provocara, sino á los que me sigan al terreno de los textos ó del orientalismo. De un lado, si, como se pretende por fuera, los conocimientos en materia religiosa son entre nosotros modestos y flotantes, debe ser para el hombre cultivado una verdadera satisfacción darse cuenta más clara y más profunda de los orígenes y del desarrollo de una religión que ocupa en nuestra historia y en nuestras costumbres un lugar tan considerable. De otro lado, nada hay perdido con reconocer la humildad de esos orígenes y la grandeza de ese desarrollo. Precisamente si alguna prueba podemos presentar de la verdad del cristianismo en el terreno de la historia, es que ninguna religión, excepto ella (y el islamismo, su ridícula parodia), ha sido en su cuna monoteísta. La misma religión hebrea, con ser tan constantemente unitaria y haber luchado tanto, á pesar de las continuas defecciones de sus miembros, contra el politeísmo de los semitas degenerados, no nos deja satisfechos con su injertamiento de los *Elohim,* que aquéllos admitían, en una sola voluntad. Esta concepción de los *Elohim* implicaba aún la idea de pluralidad, y fué menester una lenta y posterior evolución para llegar á la concepción de *Jehovah,* como Dios Esencial, Invisible, Eterno, Creador y Regulador de todo lo existente.

En todos los libros de las religiones orientales se encuentra siempre un resto y hasta una preponderancia de la creencia politeísta. En cuanto al Antiguo Testamento, producto de compilaciones numerosas, alterado todavía al pasar á nuestras lenguas europeas, sea por efecto de la ignorancia de los traductores, sea por el deseo de hacerle concordar con las concepciones teológicas más recientes, contiene ciertos pasajes que, fielmente vertidos, expresan la misma creencia. Claro es que á este respecto los datos son muy incompletos, pues, aun dentro de Israel, los puritanos de épocas posteriores suprimieron en los textos todo lo que les parecía demasiado escandaloso. Mas, por desfigurada que haya sido por la censura *jehovista,* que ha alterado deliberadamente los nombres desagradables á su exclusivismo ortodoxo, la onomástica bíblica lleva las trazas de un estado religioso en desacuerdo con el severo monoteísmo

mosaico y profético. Hay, pues, perfecto derecho á exponer la opinión que examina de una manera desusada el sentido de la Biblia, y que apoya en una duda fundamentada la interpretación de la esencia del judaísmo. Mas ¿á qué medios recurrir para dar con una buena y verdadera interpretación? Aquellos que con más despecho miran nuestros adversarios. Se ha dicho con exactitud que la Iglesia ortodoxa tiene dos enemigos mucho más poderosos que los «herejes» y los «infieles», y son la mitología comparada y la filología arqueológica. En efecto; recientemente, la masa de testimonios que se han ido acumulando ha sido reforzada de tal modo, que deja muy poco lugar, si es que realmente lo deja, para nuevas controversias.

El punto capital de esta demostración se hallará en la prometida obra bajo forma de consecuencias. En estas consecuencias, y en los conceptos más generales de que dependen, están sintetizados los principios, y el resto de la obra puede considerarse como una preparación. Me será muy fácil dejar establecido que la religión hebrea no ha surgido en el mundo *á priori* como una cosa formada de una vez; que el *Pentateuco* no descendió del cielo con Moisés, ni ha sido redactado en su conjunto por el legislador de Israel; que, ora se admita la hipótesis *fragmentaria* de Vater y Hartmann, ora la *documentaria* de Astruc y Eichhorn, ora la *complementaria* de Stähelin y Tuch, es indiscutible que el llamado monoteísmo judaico y los cinco primeros libros de la Biblia han estado sometidos, como todo, al imperio natural de la evolución; y que esos libros proceden de muy diversas fuentes anteriores, pertenecientes á distintas épocas y redactados por separado. Lo que se decía decadencia inconcebible de una ley primitiva y aceptada por todos, viene á caer por su base una vez comprobado que dicha ley es posterior al destierro babilónico. El *Pentateuco* encierra, según toda apariencia, antecedentes sacados de los archivos de los pueblos vecinos de Israel; su teología nos aparece hoy día como un edificio de orden compuesto, en el cual generaciones enteras de arquitectos, utilizando los materiales más diferentes, no han cesado de trabajar durante más de diez siglos. Obra y doctrina hállanse formadas por una colección de escritos ú opúsculos parciales contrastantes entre sí, y correspondientes á criterios reñidos, los cuales se distinguen por las tendencias particulares que en ellos se descubren, sirviendo éstos de base y punto de partida para separar unos de otros y determinar su fecha. La ley de evolución de las ideas religiosas, la otra ley histórica de cambio de creencia en proporción á las creencias semejantes concurrentes, alejan toda duda sobre el particular: lo difícil es saber adivinar y apreciar los casos especiales.

Retrocedamos ahora. Aun admitida la generalización del concepto de un Creador entre los mortales, nada se seguiría en pro de lo sostenido por los discípulos de Santo Tomás. Demostraré en mi próxima obra sobre *La evolución religiosa del judaismo* que el nombre bíblico más común, y el que suena nada menos que en el primer versículo del *Génesis,* á saber: *Elohim,* tuvo originariamente parecida significación á los *deva* del período védico. Su forma plural correspondía á una distinción politeísta. Cuando los elementos *jehovita* y

elohimita se refundieron hebraicamente, *Elohim* significó lo mismo que *Jehovah*. Sólo que éste, el tetrágama, no lo pronunciaban los israelitas. Entonces, como dice con razón MAX MÜLLER, vino á ser perfectamente claro é inteligible «un nombre que parecía violar por lo pronto, no sólo las leyes de la gramática, sino las de la razón».

Aunque no hubiera ninguna prueba directa de que el hombre fué politeísta por instinto, bastaría la prueba indirecta sacada del lenguaje. El hombre, pensando la cosa, la concibe (en su particularidad); pero sólo nombrándola la generaliza. Encontramos de ello muestras en todas las partes del mundo y en todos los pueblos de todos los grados de civilización. Sobre el lenguaje reposa naturalmente la generalización. El metafísico más sutil es incapaz de *pensar* como en un universal esquematizado en un grupo ó conjunto cualquiera de las cosas reales que obran inmediatamente sobre nuestros sentidos; pero el paleto más ignorante no es menos incapaz de *expresarlas* por otro medio que por la generalidad abstracta. La reflexión y la palabra son dos formas distintas, aunque inseparables, de las manifestaciones de la actividad espiritual del hombre. De ahí resulta que las impresiones recibidas por los primitivos ante los objetos de su temor, de su adoración, de su culto, fueron lo menos concretas posible, dada la fatal envoltura glotológica de las ideas humanas. Cada fenómeno ú objeto de la naturaleza se transformó en un ser abstracto, y se procuró designarle por un término. Por eso la hipótesis del carácter materialista, sensualista ó fetiquista de los cultos primordiales, tomada en su sentido riguroso, ha sido vigorosamente atacada, y algunas veces con razón.

Sin duda, aquel grado de imaginación, de abstracción y de lenguaje que la sociología ha de presuponer en el género *homo*, y *máxime* en el hombre que cree y adora á seres superiores, es una de las causas necesarias y concurrentes, sin las cuales el temor á los poderes cósmicos y la dependencia, aun prolongada, de los individuos que están sujetos á ella, no bastaría (como no basta entre los animales) para producir ni siquiera el sentimiento de la religión sencilla y natural del niño ó del salvaje que ruega al Todopoderoso sin saber qué nombre le ha de dar. Otra causa necesaria y concurrente es el miedo y la nostalgia de los difuntos; sentimientos que en gran parte están indicados por los mismos *orígenes sociales* del antropomorfismo. Para comprobar esta continuidad necromántica, basta apelar al testimonio de la experiencia. Ante todo, debe consignarse que el muerto ha sido el ser espiritual principalmente temido, y por esto fué enterrado. En segundo lugar, ha sido el ser cuya presencia más se deseó: de aquí que se conservarse su esqueleto ó su momia, y á veces que se le comiese. Finalmente, los *orígenes cosmológicos* del antropomorfismo reaparecen cuantas veces las religiones históricas han sistematizado los gérmenes politeístas de su culto; reaparecen, en efecto, esos dioses vivos, esos dioses mezclados con las cosas, que no pueden menos de encontrarse cuando se vuelve á la naturaleza.

Por lo demás, es para nosotros bastante indiferente que las concepciones del hombre primitivo en materia de religión sean ó no erróneas; lo que nos

importa saber, y aquí nos ayuda la psicología, es qué concepciones fueron expresadas por antropomorfización, la cual no es obra del hombre primitivo únicamente, sino de todo hombre extraño á la meditación filosófica. Así, el hombre blanco pinta negro al diablo; el negro lo pinta blanco. Hace mucho tiempo que JENÓFANES lo observó: «Parece que los hombres han creado á los dioses y les han dado sus sentimientos, su voz y su aire. Los negros adoran dioses del mismo color con la nariz achatada, y los tracios, dioses con los ojos azules y los cabellos rojos. Si los bueyes y los leones tuvieran manos y supieran pintar con ellas y hacer obras como nosotros, se servirían de sus propias figuras para representar sus divinidades, y les darían cuerpos semejantes á los suyos.» LUTERO debía añadir, con otra diferente autoridad, que lo divino y lo humano están en una relación de sobrentendimiento recíproco, en estas sencillas palabras: «Si Dios estuviese sentado en el cielo, solo completamente, no sería Dios.» Ya DANTE, en su *Divina Comedia,* contaba que se le había manifestado la divinidad en figura de tres círculos, cuyos vivos colores nacían los unos de los otros; pero que habiendo querido fijar la vista en su luz deslumbrante, el poeta no vió más que su propia figura. «Así—concluye HOLBACH—, adorando á Dios, se adora el hombre á sí propio.» CICERÓN mismo debe de haber conocido la íntima relación que existe entre lo divino y lo humano, y cómo depende lo último de lo primero, cuando dice que si Dios no se hace agradable al hombre, no puede ser su Dios: *nisi Deus homini placuerit, Deus non erit.* Si, como dice MALEBRANCHE, el hombre todo lo humaniza; si, como afirma SCHILLER, el hombre se pinta en sus dioses; si, como demuestra la experiencia, el hombre, según su temperamento, acomoda, modifica é imagina á Dios á su modo, no puede caber duda alguna de que la idea de éste no ha sido revelada más que á la religión esotérica, ni de que es perfectamente humana. Por eso se nota que la genialidad étnica de un pueblo encuentra en la religión su reflejo más fiel é interesante. Creyeron los paganos europeos que la idea más alta de la humanidad era la idea de la patria: de aquí que sus dioses fueran nacionales, limitados, intransigentes. Cruzó por la mente de los egipcios la noción pura é incorruptible del espíritu: de aquí aquella absorción de todos los intereses humanos en la vida futura, que dió á Egipto una fisonomía tan original (1). No pretendo, sin embargo, formular la tesis del modo que se ha hecho á menudo, diciendo: las concepciones religiosas de los hombres son un producto ó resultado de su individualidad ó de su naturaleza moral; sino al revés: la idea que los hombres tienen de la divinidad influye mucho en su carácter, según el criterio particular con que cada uno la considera (2). Á poco

(1) «El ideal del egipcio, en su abundante país (dice TIELE), fué la vida, el bienestar, el desarrollo de todas las energías morales. El ideal de los asirios, la fuerza, la potencia, el terror inspirado al mundo. El de los babilonios, el conocimiento, la inteligencia. El de los fenicios y cananeos, la divinidad favorable y clemente, rica en bondades, fecunda, entendiendo que el culto más agradable sería el de sus escenas desordenadas y voluptuosas. El ideal de los israelitas, la santidad, inaccesibilidad ó sublimidad del objeto del culto.»

(2) Claramente se expresa este concepto en el libro de REVILLE, que afirma en la vaga religiosidad de los hotentotes la noción del Dios Bueno y la competencia del Espíritu Malo, y da razón del antropomorfismo usado por esos salvajes. *Ce n'est pas l'homme qui a été assimilé à un Dieu; c'est un Dieu qui a été assimilé à un homme.*

que se reflexione, debemos convencernos de que las cualidades y atributos de las diferentes divinidades están en relación con el grado de cultura de sus adoradores. En este sentido se ha dicho que el hombre civilizado es un ser infinitamente superior al dios de esos salvajes que, como los negros de Guinea, rinden culto á una piedra, á un leño, á un árbol, á un río, á una serpiente, á un cocodrilo, á un objeto despreciable. No hay humilde cebolla que no haya sido venerada lo mismo que *Júpiter*. La razón fundamental expónela anchamente el mitólogo español Guichot, diciendo: «Como desde los primeros mitos los hombres crearon á sus dioses á imagen suya, concepto expresado ya de muy antiguo por el fundador de la escuela eleática antesocrática, es claro que en las primeras sociedades humanas el estado social y las ocupaciones tribales dieron carácter á las concepciones religiosas, como la esencia ética del hombre había informado á las divinidades. Así, respecto de la organización social donde prepondera el régimen de la *maternidad,* el dios es un fetique femenino, la tierra-madre, que saca de sí los dioses y las cosas; donde prepondera el régimen de la *paternidad,* el dios es masculino, el símbolo fálico, padre de todos los seres; cuando prevalece el *familismo,* el hijo figura en la agrupación y se forma la trinidad doméstica, que sirve de base para la jerarquía, renovada también por las encarnaciones.» Muy bien nota al mismo propósito un folklorista portugués, Braga, que las formas de la actividad y la naturaleza del trabajo determinan la morfología de las divinidades. En una sociedad *agrícola* la tierra-madre es adorada como gran diosa, y sus montes, cavernas, lagunas y bosques son igualmente reverenciados; la tierra es concebida como un útero fecundo, y su culto toma el carácter de prostitución sagrada ó hetairismo social; sacrifícase á las divinidades femeninas el varón adolescente, que es la más preciada de las ofrendas. En una sociedad *pastoril* sobresale el culto sidérico; se idealizan los fenómenos de la luz; adórase á la luna y al sol, cuyos vestigios subsisten aún en los cómputos lunar y solar del calendario; se desenvuelve el culto de las divinidades malévolas de las tinieblas y de los vientos, y es considerado el fuego, encarnación de la luz celeste, como el mediador, *Mithra, Agni, Khristos,* cuyas alegorías morales y abstractas pertenecen á las fases superiores de la civilización. En las sociedades superiores de régimen *industrial* decae el siderismo, y en muchos pueblos se transforma en epopeyas solares. No dejemos de parar la atención, como caso intermedio, al dios *Marte,* propio de las sociedades *guerreras*. Algunos autores, Sánchez Calvo entre ellos, hallan natural que el dios de la guerra tuviese un puesto de predilección en Roma, el pueblo de la fuerza. En cambio, *Ares* en Grecia apenas llegó á tener verdadera importancia y á conseguir que se le erigiesen unos pocos templos. Parece ser un dios de Tracia, recibido en Grecia con bastante indiferencia. En Italia *Marte* es un dios sabino, cuyo culto puede observarse desde muy antiguo en los umbrianos, en los oscos y en todos los pueblos del país sabélico. El hombre antiguo, dicen Guichot, Braga y cuantos autores han tratado de mitología, el hombre antiguo, incapaz de elevarse á la noción de las fuerzas naturales, asimiló todas las que experimentaba

á la única de que tenía inmediatamente conciencia, su propia voluntad, y así el sol, el rayo, el viento, etc., necesariamente tenían que aparecer como seres agitados por las mismas pasiones y determinándose por móviles análogos á los que á él le determinaban. La hilaza de este tejido, ¿quién no la ve resaltar? La identificación de las interpretaciones de la vida de la naturaleza y sus fenómenos con las de la vida humana y sus funciones, es la raíz de fábulas y cultos, siendo una misma cosa en sus comienzos religión y mitología. Las formas más concretas de ambas se traducen en las dos importantes manifestaciones del politeísmo, en las dos variantes unitarias de la mítica histórica, de cuya distinción parten GUICHOT y BRAGA para sus estudios, á saber: los mitos arios ó *antropomórficos* y los mitos semitas ó *antropopáticos*. Cielo, tierra, fuego, sol y luna constituyeron mitos universales, de múltiples interpretaciones cada uno, predominando el *chtónico* ó terrestre en los pueblos agricultores y de matriarcado, y el *solar,* en los pueblos pastores y de patriarcado. Los cinco conceptos fueron grandes focos de creencias y narraciones, ya personales y características, ya complejas y comunes, confundiéndose unas veces, sintetizándose otras, en el respectivo desarrollo histórico de razas y de pueblos. Desde las primeras observaciones sensibles hasta las primeras formas reflexivas, y desde éstas hasta los mitos personales, religiosos y físicos, venerados y admirados, hay que suponer una sucesiva labor mental, con variantes múltiples, que asombra por su contenido y su duración, la cual fué de miles de años en la total epopeya del trabajo humano. ¡Y qué distancia no vemos todavía entre el antropomorfismo animista y el antropomorfismo teísta! En Grecia los dioses se vengan de los primeros cultivadores, de los primeros fecundadores de la tierra. *Jasios*, fecundando á *Demeter* en el surco tres veces laborado, es muerto de un rayo de *Júpiter* olímpico. El Dios del *Timeo* de PLATÓN es más dulce; hace el mundo porque «no tiene envidia. *Zeus,* en cambio, es todo celos contra el poder humano: *Jasios* y *Prometeo* son la rebelión y el *excelsior.*» El dios antiguo, pasividad y actualidad, tiene la potencia de que es capaz un ser inferior, pero en progreso. Según DIEGO RUIZ, la parte más lógica del mito antiguo es ésta: una vez admitida la actualidad perfecta de *Zeus* y de los dioses, se limitan por necesidad. Esta limitación es inferior á la limitación del hombre. El hombre puede ascender, y su potencialidad le salva. El hombre muestra todas sus aspiraciones. Los dioses las conocen: contra ellas disponen el aparato de su fuerza, y fulminan rayos y aplastan á los mismos gigantes bajo las montañas. Pero el griego confía en que el hombre se levantará. Un nuevo paso es el de hacer intervenir á *Eros* en todas las creaciones de *Zeus:* éste opera con varios elementos, de los que el indispensable es *Eros*. «En el caos primitivo—concluye DIEGO RUIZ—reina un desorden sin leyes hasta que interviene el amor. Luego se hace indispensable una transformación de *Zeus* en *Eros,* para que todo acto creador sea posible. Esta idea se desarrolla en el *Timeo,* variándola así: *Dios no puede crear sino dioses.*»

Edmundo González-Blanco.

(Se continuará.)

Libros recibidos

POESÍA

Lunario sentimental.—Leopoldo Lugones.—Buenos Aires, 1909.
La vida loca.—Carlos Fernández Shaw.—Madrid, 1909.
Como las nubes.—Julio Raúl Mendilaharsu.—Madrid.
Fume de palla.—Alfredo Nan de Allariz.—Coruña, 1909.

NOVELAS Y CUENTOS

Dulce y sabrosa.—Jacinto Octavio Picón.—Madrid, 1909. (Primer tomo de sus obras completas.)
El triunfo.—Alberto Insúa.—Madrid, 1909.
Un cobarde.—Dorio de Gádex.—Madrid.
Más cuentos baturros.—Teodoro Gascón.—Madrid.

HISTORIA

Almira-Rojo. Silva-Gallego.—Augusto C. de Santiago Gadea.—Madrid, año de 1908.
Calbo de Rozas.—Augusto C. de Santiago Gadea.

VARIOS

El libro del saber doliente.—Antonio Zozaya.
La jura de la bandera.—Augusto C. de Santiago Gadea.—Madrid, 1909. (Sexta edición.)
Los cinco gordos del siglo XX.—Abate Lepe.—Madrid, 1906.

ÍNDICE DEL TOMO SÉPTIMO

1909

INDICE DE MATERIAS

Números.		Páginas.
	Sección doctrinal.	
I	*Educadores de nuestro Ejército: El general Gómez de Arteche.*—José Ibáñez Marín	5
I y II	*Entremeses del siglo XVII, atribuidos al Maestro Tirso de Molina.*—El Bachiller Mantuano ... 16 y	72
II	*Educadores de nuestro Ejército: Villamartín.*—José Ibáñez Marín...	65
II y IV	*La metafísica religiosa y el henoteísmo.* — Edmundo González-Blanco ... 95 y	226
III	*Propaganda liberal.*—Segismundo Moret	129
	Educadores de nuestro Ejército: Arroquia.—José Ibáñez Marín.....	145
	Glosando á Eminescu.—Rafael Vehils	164
	Chapi.—Manuel Manrique de Lara	178
III y IV	*Vejámenes literarios.*—El Bachiller Mantuano ... 164 y	209
IV	*D'où dérive «El sombrero de tres picos».*—R. Foulché-Delbosc	193
	Al partir.—Amado Nervo	224
V	*Alfonso XIII.*—Rubén Darío	257
	Teodoro Llorente.—Marcelino Menéndez y Pelayo	274
	Psicología de la vejez.—Antonio Gota	283
V y VI	*La psicología religiosa y el antropomorfismo.*—Edmundo González Blanco ... 292 y	363
VI	HOMENAJE Á MISTRAL:	
	Communion des fils du Soleil.—Paul Révoil	322
	Dos encarnaciones.—Adolfo Bonilla y San Martín	336
	Educadores de nuestro Ejército: San Román.—José Ibáñez Marín...	338
	Revolución y evolución.—Anselmo Fuentes	350
	Cuentos.	
I	*Almas gemelas.*—José María Matheu	31
II	*Flor silvestre.*—Manuel de Castro	113
	El número trece.—Manuel de Castro	115
	Poesías.	
I	*Las rosas de mi jardín.*—Juan Antonio Cavestany	36
II	*Psalmos* (sonetos).—Francisco Villaespesa	117
III	*El Arte.*—Teófilo Gautier (traducción de Balbino Dávalos)	173
	Larra y su tiempo.—Eduardo Marquina	175
IV	*La calle del convento.*—Sofía Casanova	233
V	*Mapa mundi* (sonetos).—Leopoldo Lugones	313
VI	HOMENAJE Á MISTRAL:	
	A Federico Mistral.—Rubén Darío	323
	Mireya.—Teodoro Llorente	324
	A Mireya.—Enrique Díez-Canedo	325
	Mistral, excelso cantor...—Carlos Fernández Shaw	328
	A Federico Mistral.—Francisco de Iracheta	329
	Dístico.—Manuel Machado	331
	Sol.—Enrique de Mesa	331
	Los ojos de Mireya.—Ramón Pérez de Ayala	332
	A Federico Mistral.—Antonio de Zayas	333
	El Triunfo.—Mariano Miguel de Val	334

Números.		Páginas.

Extranjero.

América.

I y IV	*República de Chile.*—Julián de la Cal..... 39 y	235
III	*República Argentina.*—Julián de la Cal.....	180

Bélgica.

I	*La Exposición Universal de 1910.*—Màriano Miguel de Val.....	49

Estados Unidos, España y Méjico.

IV	*Estudio comparativo.*—Rómulo Farrera.....	239

Informaciones.

Política y social.

Financiera.

Científica.

Varia.

I	*La intolerancia religiosa.*—Enrique Sandino.....	51
II	*Reformas sociales.*—B. Santos y Vall.....	118
III, IV y V	*Política.*—Alfonso González Alonso..... 182, 243 y	315
I, II, III y IV	*Financiera.*—José María del Valle..... 54, 121, 190 y	284
I	*Científica.*—Juan Téllez y López.....	56
III y IV	*Congreso de la Poesía en Valencia*..... 185 y	246

Bibliografía.

I	*La ciudad de la niebla,* de Pío Baroja.—Fantasio.....	59
	Sor Demonio, de Felipe Trigo.—Fantasio.....	60
	Historia de la novela desde el Romanticismo hasta nuestros días, de Andrés González-Blanco.—Fantasio.....	62
	Los ojos del lazarillo, de Julio Hoyos.—José García Mercadal.....	63
	Batalla de odios, de Rafael López de Haro.—José García Mercadal..	63
II	*Anomalías de la oclusión dentaria,* de Luis Subirana.—X.....	126
	Casta de hidalgos, de Ricardo León.— José García Mercadal.....	127
IV	*El tormento de Sísifo,* de Augusto Martínez Olmedilla.—José García Mercadal.....	254
	Sincerasto el parásito, de Eduardo Barriobero.—José García Mercadal.....	254
	Renacimiento, de Federico Gamboa.—Mariano Miguel de Val.....	255
V	*Un libro de Francos Rodríguez.*—Práxedes Zancada.....	309
	Una Enciclopedia de cultura general.—Gerardo Rodríguez.....	317
	Catálogo de la Escultura del Museo Nacional del Prado.....	320
I, II, III, IV y VI	*Libros recibidos*..... 64, 128, 192, 256 y	378

ÍNDICE DE AUTORES

Números.		Páginas.
I y II	Bonilla y San Martín (Adolfo).—*Entremeses del siglo XVII, atribuidos al Maestro Tirso de Molina*	16 y 72
III y IV	*Vejámenes literarios*	164 y 209
VI	*Dos encarnaciones*	336
III	Cancer y Velasco (Jerónimo de).—*Vejamen*	151
IV	Casanova (Sofía).—*La calle del convento.* (Poesía.)	233
	Castro (Manuel de).—*Flor silvestre.* (Cuento.)	113
	El número trece. (Idem.)	115
I	Cavestany (Juan Antonio).—*Las rosas de mi jardín.* (Poesía.)	36
V	Darío (Rubén).—*Alfonso XIII.* (Semblanza.)	257
VI	*A Federico Mistral.* (Poesía.)	323
III	Dávalos (Balbino).—*El Arte.* (Traducción de Gautier.)	173
VI	Díez-Canedo (Enrique).—*A Mireya.* (Poesía.)	325
	El Bachiller Mantuano. (Véase Bonilla y San Martín.)	
	Fantasio. (Véase López Orense.)	
IV	Farrera (Rómulo).—*Estados Unidos, España y Méjico*	239
VI	Fernández Shaw (Carlos).—*Mistral, excelso cantor...* (Poesía.)	328
IV	Foulché-Delbosc (R.).—*D'où dérive «El sombrero de tres picos»*	193
VI	Fuentes (Anselmo).—*Revolución y evolución*	350
	García Mercadal (José).—*Bibliografías:*	
I	*Los ojos del lazarillo,* de Julio Hoyos	63
	Batalla de odios, de Rafael López de Haro	63
II	*Casta de hidalgos,* de Ricardo León	127
IV	*El tormento de Sísifo,* de Augusto Martínez Olmedilla	254
	Sincerasto el parásito, de Eduardo Barriobero	254
III	Gautier (Teófilo).—*El Arte.* (Poesía.) Traducida por Balbino Dávalos.	173
III, IV y V	González Alonso (Alfonso).—*Información política*	182, 243 y 315
II y IV	González-Blanco (Edmundo).—*La metafísica religiosa y el henoteísmo*	95 y 226
V y VI	*La psicología religiosa y el antropomorfismo*	292 y 363
V	Gota (Antonio).—*Psicología de la vejez*	283
	Ibáñez Marín (José).—*Educadores de nuestro Ejército:*	
I	*Gómez de Arteche*	5
II	*Villamartín*	65
III	*Arroquia*	145
VI	*San Román*	338
	Iracheta (Francisco de).—*A Federico Mistral.* (Poesía.)	329
	López Orense (Daniel).—*Bibliografías:*	
I	*La ciudad de la niebla,* de Pío Baroja	59
	Sor Demonio, de Felipe Trigo	60
	Historia de la novela desde el Romanticismo hasta nuestros días, de Andrés González-Blanco	62
V	Lugones (Leopoldo).—*Mapa mundi.* (Poesía.)	313
VI	Llorente (Teodoro).—*Mireya.* (Idem.)	324
	Machado (Manuel).—*Dístico*	331
III	Manrique de Lara (Manuel).—*Chapí*	178
	Marquina (Eduardo).—*Larra y su tiempo.* (Poesía.)	175
I	Matheu (José María).—*Almas gemelas.* (Cuento.)	31
V	Menéndez y Pelayo (Marcelino).—*Teodoro Llorente*	274
VI	Mesa (Enrique de).—*Sol.* (Poesía.)	331
III	Moret (Segismundo).—*Propaganda liberal*	129
IV	Nervo (Amado).—*Al partir*	224
VI	Pérez de Ayala (Ramón).—*Los ojos de Mireya.* (Poesía.)	332
	Révoil (Paul).—*Communion des fils du Soleil*	322
IV	Ribera (Anastasio Pantaleón de).—*Vejamen*	209
V	Rodríguez (Gerardo).—*Una Enciclopedia de cultura general.* (Bibliografía.)	317
I	Sandino (Enrique).—*La intolerancia religiosa*	51
II	Santos y Vall (B.).—*La protección á la infancia*	118
I	Téllez y López (Juan).—*Información científica*	56

Números.		Páginas.
	Tirso de Molina.—Entremeses que se le atribuyen:	
I	*El Estudiante*.....	24
II	*El Gavacho*.....	72
	Las Vivdas.....	78
	El Dvende.....	85
	La Mal contenta.....	90
I	Val (Mariano Miguel de).—*La Exposición Universal de 1910 en Bruselas*.....	49
IV	*Renacimiento*, de Federico Gamboa. (Bibliografía.).....	255
VI	*El Triunfo*. (Poesía.).....	334
I, II, III y IV	Valle (José María del).—*Información financiera*..... 54, 121, 190 y	284
III	Vehils (Rafael).—*Glosando á Eminescu*.....	164
II	Villaespesa (Francisco).—*Psalmos*. (Sonetos.).....	117
	X.—*Anomalías de la oclusión dentaria*, de Luis Subirana. (Bibliografía.).....	126
V	Zancada (Práxedes).—*Un libro de Francos Rodríguez*.....	309
VI	Zayas (Antonio de).—*A Federico Mistral*. (Poesía.).....	333

ÍNDICE DE GRABADOS

Retratos.

V	Alfonso XIII, Rey de España.....	259
	Alfonso XIII y Victoria Eugenia.....	271
IV	Farrera (Rómulo), banquero mejicano.....	239
VI	Fernández San Román (Eduardo), general español.....	340
I	Gómez de Arteche (José), general y publicista español..... 7 y	11
V	María Cristina, Reina de España.....	263
VI	Mistral (Federico), poeta provenzal.....	321
I	Montt (Pedro), presidente de la República de Chile.....	43
III	Rodríguez de Quijano y Arroquia (Angel), general español. 145 146 y	147
I	Vergara (Ruperto), ministro de Chile en Madrid.....	48
V	Victoria Eugenia, Reina de España.....	267
	Victoria Eugenia y Alfonso XIII.....	271
II	Villamartín (Francisco), comandante del Ejército español.....	66

Autógrafos y facsímiles

de los generales Gómez de Arteche, Arroquia y San Román, el comandante Villamartín y el poeta Mistral.

Varios.

I	Espada y faja del general Gómez de Arteche.....	7
II	Mausoleo erigido á Villamartín en el cementerio de San Justo (Madrid).....	70
III	Medalla conmemorativa.....	148
VI	El Alcázar de Toledo.....	343